

El autor de EL JUEGO DE ENDER

# ORSON SCOTT CARD

Si Rigg no consigue enmendar los errores del pasado,  
no habrá futuro...



## RUINAS

PATHFINDER. LIBRO II

Lectulandia

## **Un difícil destino. Un camino mortal.**

Rigg, Umbo y Param han cruzado el Muro que separa el mundo que conocen de un mundo que ni siquiera pueden imaginar. Los tres chicos esperan haber llegado a un lugar seguro, pero los peligros en este nuevo cercado son más difíciles de ver. Saben que no pueden fiarse del prescindible Vadesh (una máquina con forma humana, creada para el engaño), pero tampoco pueden confiar ya los unos en los otros. Sin embargo, esa será su única opción, ya que, aunque Rigg puede ver los rastros del pasado, no puede vislumbrar el horror que les aguarda: una fuerza destructiva con un terrible objetivo está a punto de precipitarse sobre Jardín.

Si Rigg, Umbo y Param no consiguen unir sus fuerzas para alterar el pasado no habrá futuro posible.

**Lectulandia**

Orson Scott Card

# **Ruinas**

**Pathfinder - 2**

ePub r2.1

Titivillus 25.02.15

Título original: *Ruins*  
Orson Scott Card, 2012  
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Gregg Homer,  
amigo y consejero,  
por llenar de poder las manos de los demás  
y de sabiduría sus corazones.*

## AGUA

Rigg vio el arroyo antes que ninguno de los otros.

Hogaza era un soldado experimentado: Olivenko no tanto, pero tampoco carecía de instrucción. Y Umbo se había criado en la aldea de Vado Otoño, lo que era casi igual que vivir en los bosques.

Pero solo Rigg había recorrido las densas florestas que se extendían sobre los Acantilados Escarpados, poniendo trampas a los animales para vender su piel mientras el hombre al que llamaba Padre le enseñaba muchas más cosas de las que jamás necesitaría saber. Para localizar el agua con el olfato, Rigg era casi como un animal. Incluso antes de que coronaran la loma tapizada de hierba sabía que habría un arroyo en el valle del otro lado, entre las colinas. Sabía hasta que sería muy pequeño, sin árboles en las orillas, porque el suelo allí era demasiado rocoso.

Echó a correr.

—Alto —dijo el prescindible al que llamaban Vadesh.

Rigg frenó el paso.

—¿Por qué? Es agua y estoy sediento.

—Como todos —dijo Umbo.

—Aquí no podéis beber —dijo el prescindible.

—¿Ah, no? ¿Es que hay algún peligro? —preguntó Rigg.

—¿O lo prohíbe alguna ley? —sugirió Olivenko.

—Dijiste que nos ibas a llevar hasta el agua —dijo Hogaza— y ahí está.

—No me refería a esa agua —respondió Vadesh.

Solo entonces reparó Rigg en lo que no estaba viendo. Su don innato era percibir los rastros del pasado. Tanto los seres humanos como los animales dejaban una huella tras de sí, una senda en el tiempo. Si alguno había pasado alguna vez por algún sitio, Rigg podía saber hacia dónde se dirigía. No era algo que viese con los ojos. Aunque tuviese los ojos cerrados o tapados, o hubiera paredes o roca maciza entre un rastro y él, sabía que estaba allí y podía determinar qué clase de criatura lo había dejado y cuánto tiempo antes.

Por aquel arroyo no había pasado ningún ser humano en los últimos diez mil años.

Y lo que era aún más revelador, pocos animales lo frecuentaban y ninguno de ellos grande.

—Está envenenada —dijo Rigg.

—¿Es una suposición? —preguntó su hermana, Param—. ¿O sabes algo que los

demás ignoramos?

—Aquí no vienen ni los animales a beber —dijo Rigg—. Y hace muchísimo que no lo hacen los humanos.

—¿Cuánto? —preguntó Vadesh.

—¿Es que no lo sabes? —preguntó Rigg.

—Siento curiosidad por lo que sabes tú —dijo Vadesh—. No he conocido a ningún humano capaz de hacer lo que haces.

—Pues prácticamente desde que comenzó la colonización humana de este mundo. —Rigg tenía una idea muy clara del aspecto que tenían los rastros más antiguos, puesto que acababa de cruzar el Muro siguiendo el rastro de un animal del pasado, que había perecido en el holocausto provocado por la llegada de los humanos al planeta Jardín.

—Te equivocas por casi mil años —dijo Vadesh.

—He dicho «prácticamente» —respondió Rigg.

—Mil años arriba o abajo... —dijo Param—. Qué más da.

Rigg aún no conocía a Param lo bastante bien como para saber si su sarcasmo era una pequeña provocación amistosa o una patente burla.

—¿Qué clase de veneno? —preguntó a Vadesh.

—Un parásito —respondió este—. Puede pasar su ciclo vital entero en el arroyo, alimentándose de los cuerpos de sus hermanos, progenitores y descendientes, hasta que uno de ellos lo devora a su vez. Pero si algún animal grande se acerca para beber, se le pega a la cara y extiende unos pequeños tentáculos hasta su cerebro.

—¿Se alimenta de cerebros? —preguntó Umbo, intrigado.

—No —dijo Vadesh—. Se infiltra en ellos. Utiliza la red neuronal. Se apodera de su anfitrión y comienza a controlar su comportamiento.

—¿Y para qué diablos trajeron nuestros antepasados una criatura como esa desde la Tierra? —preguntó Umbo.

—No lo hicieron —respondió Olivenko.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Hogaza. Su tono revelaba el escepticismo que le inspiraba Olivenko, quien para él era solo un miembro de la guardia urbana de Aressa Sessamo y no un soldado de verdad.

—Porque si fuese así existiría en todos los cercados —dijo Olivenko— y en el nuestro no existe.

«Olivenko piensa como Padre me enseñó a pensar a mí —se dijo Rigg—. No da nada por hecho. Se lo plantea todo».

Vadesh asintió.

—El mascaracarne es una criaturilla muy resistente.

—¿Mascaracarne?

—Es el nombre que le pusieron los humanos de este cercado. Por razones que se habrían hecho trágicamente evidentes si te hubieras acercado al agua para beber.

Pero había algo extraño en su explicación.

—¿Cómo es posible que una criatura de Jardín haya podido parasitar los cerebros de seres de la Tierra? —preguntó Rigg.

—No puede decirse que lo haya hecho con gran éxito, te lo aseguro —dijo Vadesh—. Y ya te has acercado lo máximo que dicta la prudencia. Si no queréis pisar los mascaracarnes que hay en la tierra fangosa de la orilla será mejor que sigáis mis pasos exactamente por donde los doy. Os advierto de que pueden pegarse a la piel para luego subir por el cuerpo.

Lo siguieron en fila india por la hierba. Rigg cerraba la fila. El camino escogido por Vadesh llevaba siempre por donde la tierra estaba más alta. Cada vez que pasaban por alguna zona húmeda, la atravesaban de un salto. El arroyo era casi invisible allí. Ninguno de ellos tuvo ninguna dificultad para cruzarlo así.

Solo al llegar a una zona más alta, varias varas después del arroyo, pudo reanudar Rigg la conversación.

—Si no ha tenido mucho éxito, ¿por qué sigue con vida?

—El parásito es capaz de infectar a seres humanos y criaturas de la Tierra de todas clases. En ese sentido sí que ha tenido éxito —dijo Vadesh—. Pero en el caso de los parásitos, no es así como se mide el éxito. Por ejemplo, si un parásito mata a su anfitrión demasiado deprisa, antes de que haya tenido tiempo de infectar a otros anfitriones, ha fracasado. El objetivo de un parásito es el mismo que el de cualquier otra forma de vida: sobrevivir y reproducirse.

—¿O sea, que los mascaracarnes matan demasiado deprisa? —preguntó Umbo con un escalofrío.

—En absoluto —respondió Vadesh—. He dicho «por ejemplo». —Le ofreció una sonrisa a Rigg, porque ambos sabían que estaba imitando la anterior respuesta de este, cuando Vadesh le dijo que su estimación había errado en casi un milenio.

—Entonces, ¿en qué ha fallado el parásito? —preguntó Rigg como si estuviera hablando con su padre. Adoptar aquella actitud le resultaba natural, puesto que, no solo por su rostro y su voz, sino también por su costumbre de mostrarse esquivo en ocasiones, su seguridad en sí mismo y su actitud autoritaria, aquel prescindible era idéntico al que se había llevado a Rigg de la casa real cuando todavía era un niño para criarlo lejos de allí.

—Creo que, con las especies nativas —dijo Vadesh—, el parásito era menos agresivo. Cooperaba con ellas. Incluso las ayudaba a sobrevivir.

—¿Y con los humanos no?

—La única parte de los cerebros de la Tierra que podía controlar era la salvaje y competitiva, la que solo busca reproducirse a cualquier precio.

—Como los soldados de permiso, vamos —dijo Hogaza.

—O los eruditos —añadió Olivenko.

Vadesh no dijo nada.

—Menudo caos —dijo Rigg—. Tú estabas allí por entonces, ¿no, Vadesh? ¿Cuánto tiempo tardó la gente en darse cuenta del peligro?



—Los mascaracarnes tardaron algún tiempo en salir de las crisálidas, tras el cataclismo provocado por el aterrizaje de los humanos —dijo Vadesh—. Y la gente del mercado de Vadesh tardó algo más en descubrir que no solo podían infectar al ganado, sino también a los seres humanos.

—¿No infectaban a los pastores? —preguntó Hogaza.

—La variedad de los mascaracarnes capaz de prosperar en el cuerpo humano no existía al principio. Así que en un primer momento solo era como una molesta infección de hongos y poco más.

—Hasta que dejó de serlo —dijo Rigg—. ¿Tan adaptables son?

—No fue una adaptación a ciegas —dijo Vadesh—. Se trata de una criaturilla fascinante, no exactamente inteligente, pero tampoco del todo estúpida.

De repente, Rigg pensó que Vadesh no parecía solo fascinado por los mascaracarnes, sino enamorado de ellos.

—Solo pueden adherirse a un anfitrión en el agua —dijo Vadesh en respuesta a una pregunta que nadie había formulado—. Pero cuando se pegan a una criatura aerobia, pierden la capacidad de respirar en el agua. Solo pueden extraer el oxígeno de la sangre. ¿Sabéis lo que es el oxígeno?

—La parte respirable del aire —dijo Umbo con tono de impaciencia. Olivenko se rio entre dientes.

«Claro», pensó Rigg. Olivenko era un erudito y Umbo había estudiado durante algún tiempo con el padre de Rigg.

Pero vio que Hogaza y Param parecían ignorar lo que quería decir Vadesh. ¿Cómo podía el aire estar dividido en partes? Rigg recordaba haberle formulado a su padre exactamente la misma pregunta. Pero no tenía sentido explicárselo, ni en aquel momento ni probablemente en ningún otro. ¿De qué les iba a servir a un soldado reconvertido en posadero y a una heredera al trono fugada conocer los principios de funcionamiento de los elementos naturales y el comportamiento de gases y fluidos?

Claro que, durante todos los años que Rigg había pasado en los bosques, aprendiendo con su padre, nunca había pensado que las cosas que le estaba enseñando le servirían de nada, salvo aquellas que tenían que ver con capturar y despellejar las piezas. Solo tras la muerte de su padre, cuando se vio obligado a salir al mundo, comprendió por qué se había empeñado en enseñarle idiomas, economía, finanzas, leyes y mil cosas más, pues todas ellas habían resultado cruciales para su supervivencia.

Así que empezó a explicarles que, en realidad, el invisible aire estaba formado por diminutas partículas de distintos tipos. Pero al ver que Hogaza ponía cara de escepticismo y Param de aburrimiento, decidió que su educación no era responsabilidad suya.

Guardó silencio y comenzó a pensar en parásitos que solo podían adherirse a los humanos en el agua y luego perdían la capacidad de respirar en su propio medio. Tal como le había enseñado a hacer su padre, archivó la información en su mente junto

con otros mil datos aparentemente inútiles, para poder acceder a ella cuando la necesitase.

«Hace solo un año —pensó—. Y siempre está en mi cabeza, mi supuesto padre, mi secuestrador, por lo que sé. Es el titiritero que, incluso después de muerto, sigue tirando de los hilos en mi mente».

Perdido en tales pensamientos, Rigg no reparó al principio en un edificio que había aparecido de pronto ante su vista. Fue Hogaza, alerta en todo momento como buen soldado que era, el primero que captó el destello del metal.

—Se parece a la Torre de O —dijo. Y era cierto, tanto por su altura como por la materia de la que estaba hecha. Pero no terminaba en punta y no era cilíndrica. Y había varias de ellas en las inmediaciones y ninguna era ni la mitad de alta que la Torre de O.

Pero de todos modos eran impresionantes y aunque no tan altas como esta, desde que divisaron la primera de las torres tardaron más de dos horas en acercarse lo bastante como para ver que estaban todas hechas del mismo material y formaban el contorno de una ciudad.

—¿Cómo han podido construir con ese... material? —preguntó Hogaza—. La gente lleva muchos años tratando de perforar la Torre de O, pero ni el fuego ni las herramientas le afectan.

—¿Y quién iba a querer dañarla? —preguntó Umbo.

—Conquistadores que querían hacer una demostración de poder —dijo Olivenko—. La familia de Rigg y Param existe hace pocos años. La Torre ha estado allí diez mil años.

Al hablar del pasado, Rigg reparó en una cosa de la que tendría que haberse dado cuenta al instante, en cuanto supieron que se acercaban a una ciudad. Volvía a haber rastros humanos, al contrario que en las proximidades del arroyo. Pero todos eran antiguos. Ninguno tenía menos de diez mil años.

—¿Cuánto tiempo lleva abandonada la ciudad? —preguntó.

—No está abandonada —dijo Vadesh.

—Hace mucho que no la pisa un ser humano —repuso Rigg.

—Pero he estado yo —dijo Vadesh.

«Tú no eres un ser humano —sintió deseos de responder Rigg—. Eres una máquina. No dejas rastro. Un lugar en el que solo vives tú está inhabitado». Pero pensó que sería una grosería. Y aun así, era una actitud absurda. A fin de cuentas, si de verdad creía que Vadesh era solo una máquina, la grosería no debía suponer un problema.

—¿Adónde se fue la gente? —preguntó Param.

—La gente va y viene en el mundo y donde una vez hubo ciudades ahora no hay más que ruinas, mientras que donde antes no había nada, surgen ciudades —dijo Vadesh.

Rigg se dio cuenta de que era una respuesta esquiva, pero no dijo nada. No

confiaba lo bastante en Vadesh como para dejarle saber que no lo creía de fiar.

—¿Y hay agua? —preguntó Hogaza—. Porque empiezo a necesitarla con cierta urgencia.

—Yo creía que los soldados regulares os bebíais vuestro propio orín —dijo Olivenko.

—Orinamos en las cantimploras, es cierto —dijo Hogaza—. Pero solo para llevárselas luego a los oficiales de la guardia urbana.

Podría haber sido el inicio de una pelea, pero para alivio de Rigg, Olivenko se limitó a sonreír mientras Umbo soltaba una carcajada, y la cosa no llegó más lejos. ¿Por qué seguían provocándose de aquel modo después de todo lo que habían pasado juntos? ¿Cuándo se convertiría la rivalidad en camaradería?

Así que la gente se había marchado de la ciudad. Rigg comenzó a buscar los rastros que indicaran una migración en masa, pero antes de que hubiera avanzado demasiado, Vadesh los condujo hasta un edificio bajo, de piedra vulgar y corriente, que acusaba los efectos de muchos siglos de erosión.

—¿Vivía aquí alguien? —preguntó Umbo.

—Es una fábrica —dijo Vadesh.

—¿Y dónde se sentaba la gente para trabajar? —preguntó Olivenko.

—Era una fábrica mecanizada —respondió Vadesh—. Y la mayoría de ella se encuentra bajo tierra. Aún la utilizo cuando necesito algunas de las cosas que puede fabricar. Pero necesitaban agua potable para los supervisores y los mecánicos, y la gente que metía y sacaba las cosas. —Los llevó por un portal que daba a una cámara a oscuras. Al atravesar el umbral, se encendió una luz sobre sus cabezas. El techo entero estaba iluminado, de una forma muy similar al de la Torre de O.

Los demás se quedaron boquiabiertos de asombro, pero Rigg estaba distraído porque se había percatado de que los rastros humanos que entraban en la cámara eran pocos y muy antiguos. Habían utilizado el edificio durante unas cuantas décadas, como mucho. La había abandonado la misma generación que la había construido.

Vadesh tocó la parte delantera de un grueso pilar de piedra y comenzó a sonar el ruido de una corriente de agua que circulaba por su interior. Volvió a tocarlo y un fragmento del pilar se desprendió sobre su mano. Era un recipiente de piedra, más grande que una jarra y más pequeño que un cubo. Se lo ofreció a Hogaza.

—Dijiste que tenías mucha prisa —dijo.

—¿Es potable? —preguntó Rigg.

—Se filtra a través de la piedra. Ningún parásito podría llegar hasta esta agua.

Una vez más, Rigg se percató de que aunque Vadesh respondía, solo hacía referencia a la improbabilidad de una infección por parásitos, no a la verdadera pregunta que le había hecho. El soldado le ofreció el agua a Param sin probarla.

—A ti te hará más falta —dijo.

—¿Porque soy una frágil princesita? —preguntó Param con cierto tono de resentimiento.

Pero lo cierto es que físicamente era frágil y era una princesa. Hasta que su madre trató de asesinarla junto a Rigg, se la suponía la heredera de la Radiante Tienda. Su debilidad física era fruto de años de vida en los estrechos confines de su cautiverio y el viaje hasta el Muro solo había mejorado un poco su condición física. Pero nadie fue tan grosero como para decírselo.

—La necesitas más porque Umbo y tú pasasteis allí una semana más que nosotros, y casi sin agua —dijo Hogaza.

Param aceptó el agua y bebió.

—Perfecta —dijo—. Sabe a agua fresca y nada más. Salvo quizá un regusto a...

—Trazas de metales —dijo Vadesh—. De la roca por la que se ha filtrado.

Umbo fue el siguiente en beber. Luego trató de pasarle el agua a Rigg, pero este no quiso ni tocarla hasta que Hogaza y Olivenko hubieran bebido también.

—Hay de sobra —dijo Vadesh.

—Pues entonces acábatela, Hogaza —dijo Rigg—. Yo beberé de la segunda ronda.

—Cree que he escupido en el agua —dijo Umbo.

—¿No lo has hecho? —preguntó Hogaza—. Pues normalmente lo haces. —Dicho lo cual, apuró el recipiente.

—Deliciosa —dijo mientras se lo devolvía a Vadesh para que lo rellenara.

Rigg no sabía por qué no se fiaba de Vadesh. No había nada en el comportamiento de aquel prescindible que no fuese idéntico al de su supuesto padre. Puede que esa fuese precisamente la causa de sus suspicacias. Pero tenía la certeza de que Vadesh era sibilino y peligroso, y no porque hubiera esquivado sus preguntas y claramente tuviese sus propios planes —rasgos que también eran característicos de Padre—, sino por las preguntas concretas a las que se negaba a ofrecer respuesta.

«Padre me habría contado por qué se marchó la gente de aquí. Habría sido lo primero que nos explicase, porque uno de sus temas preferidos fue siempre el de las razones por las que actúa la gente. Aunque a lo mejor Vadesh lo hace porque no tiene que educarme».

Pero ni siquiera él mismo se creía su propia explicación. Su padre le había enseñado a no aferrarse a la primera idea que acudía a su mente. «Muchas veces será acertada y a medida que vayas adquiriendo mayor experiencia en la vida, más lo será. Pero nunca debes tener la certeza absoluta de que es correcta y siempre debes buscar otras explicaciones posibles. O como mínimo, en el caso de que no puedas encontrarlas, debes mantener la mente abierta para poder reconocer una explicación mejor en caso de que se presente».

Así que Rigg no se fiaba de Vadesh. Es más, estaba convencido de que Vadesh sabía que no se fiaba de él... A fin de cuentas, su padre lo habría sabido.

Cuando el recipiente volvió a estar relleno, pudo comprobar que el agua era tan deliciosa como habían dicho los demás.

Vació el resto de su cantimplora en el suelo y la acercó al hueco del que había

salido el recipiente de piedra.

—No —dijo Vadesh—. Una de las razones por las que esta agua es de confianza es que solo utilizamos este recipiente. Y de todos modos tampoco funcionaría. El agua solo circula cuando esto está en su sitio. —Volvió a introducir el recipiente de piedra en su sitio y todos oyeron cómo se rellenaba de agua.

Tiraron el agua estancada que habían encontrado en el último arroyo aprovechable por el que habían pasado, dos días antes, y a continuación utilizaron el recipiente de piedra para rellenar las cantimploras. Como el enemigo les pisaba los talones, no se habían atrevido a detenerse ni para cambiar el agua durante el último día de su viaje antes del Muro.

—Fuera está oscureciendo —dijo Hogaza—. ¿Hay algún sitio seguro para dormir en esta ciudad?

—Aquí todo es seguro —dijo Vadesh.

Rigg asintió.

—Nunca vienen animales grandes —dijo.

—Pues entonces, ¿hay algún sitio cómodo? —preguntó Umbo—. He dormido sobre el suelo duro, sobre la hierba y sobre agujas de pino y si no hay una cama...

—Yo no necesito cama —dijo Vadesh— y no esperaba compañía.

—¿Quieres decir que no fabricaban sus camas con materiales que no se descomponen? —preguntó Olivenko.

—No hay nada que no se descomponga —dijo Vadesh—. Algunas cosas lo hacen más lentamente que otras, eso es todo.

—¿Y tú a qué velocidad lo haces? —preguntó Rigg.

—Más despacio que una cama —dijo Vadesh—, pero más deprisa que el acero de campo.

—Pues parece como nuevo —dijo Rigg—. Qué intrigante.

Vadesh permaneció junto al pilar de agua, observándolo durante largo rato. Mientras decidía, supuso Rigg, cómo responder sin revelar nada útil.

—Todas mis piezas son reemplazables —dijo—. Y todo cuanto conozco está almacenado en la biblioteca de la *Estrella Inmutable*.

—¿Quién fabrica esas piezas? —preguntó Rigg.

—Yo —dijo Vadesh.

—¿Aquí? —preguntó Rigg—. ¿En esta fábrica?

—Algunas de ellas sí —respondió Vadesh.

—¿Y las demás?

—En otra parte, obviamente —dijo Vadesh—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que alguna de mis piezas es defectuosa?

«Qué interesante —pensó Rigg—. Lo que iba a preguntarle es si alguna vez ha tenido piezas suficientes como para fabricar una copia completa y nueva de sí mismo, pero ha asumido que dudo de su buen funcionamiento». Lo que, a su vez, lo llevó a deducir que Vadesh albergaba esas mismas dudas.

—¿Cómo voy a saber que una máquina con la que he convivido trece años sin darme cuenta de que no era humana no funciona a la perfección? —preguntó.

—Exacto —dijo Vadesh como si hubieran estado discutiendo y acabase de demostrar sus argumentos.

«Puede que estuviéramos discutiendo —pensó Rigg—. Pero sea lo que sea lo que Vadesh ha hecho desde que nos conocemos, no ha demostrado nada. Pero, en cambio, me ha llevado a sospechar que podría estar averiado. ¿Lo habrá hecho a propósito? ¿Será un ardid para que subestime su capacidad? ¿O el hecho de que me haya inspirado sospechas cuando pretendía tranquilizarme es un síntoma de imperfección?».

—Gracias por el agua —dijo Rigg—. Creo que saldremos de la ciudad para dormir sobre un suelo más blando. Salvo que al menos dos de vosotros queráis dormir sobre la piedra.

Nadie se presentó voluntario. Rigg salió del edificio y de la ciudad abandonada siguiendo sus propios rastros. Al principio, Vadesh pareció dar por supuesto que podía ir con ellos, pero Rigg le quitó la idea de la cabeza enseguida.

—No creo que necesites dormir —le dijo—. Y nosotros no te necesitamos para encontrar un sitio para descansar.

Vadesh captó la indirecta y regresó a la fábrica... sin dejar ningún rastro que Rigg pudiera seguir. Al igual que su padre, Vadesh no tenía rastro. Solo las criaturas vivas lo generaban. Las máquinas, aunque se moviesen, no dejaban ninguna huella que Rigg pudiera captar con su sentido del tiempo.

Le habría sido muy útil poder seguir los movimientos de Vadesh por la ciudad durante los últimos diez mil años, desde la desaparición de sus habitantes. E incluso más saber lo que había hecho durante los mil años anteriores, cuando todavía estaban allí. ¿Qué estaría haciendo cuando se fueron? ¿Y por qué seguía allí, cuando la gente se había marchado a otro sitio?

## PLUMOJA

Rigg descubrió que la mayoría de los rastros de los antiguos habitantes de la ciudad no seguían el camino y se detuvo para comprobar adónde llevaban.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Hogaza.

Rigg miró a su alrededor. El suelo era rocoso y se encontraban en la cima de una loma.

—No parece un sitio muy cómodo —dijo Param—. ¿Dormías en lugares así cuando eras trampero?

—Yo nunca dormiría en un suelo como este —dijo Rigg.

—¿No ibas a llevarnos al sitio donde íbamos a pasar la noche? —preguntó Olivenko.

—Solo quería salir de la ciudad —respondió Rigg—. No había pensado en ningún sitio en concreto.

—Bueno, pues parecías saber adónde ibas —dijo Umbo—. Así que te hemos seguido.

—Este no es un buen sitio para dormir —dijo Rigg—. El suelo es de roca y apenas está protegido contra el viento.

—Bueno, eso ya se ve —dijo Hogaza.

—¿Y qué pensabas hacer si no encontrábamos una posada? —preguntó Param.

—Lo siento —dijo Rigg—. Me he distraído siguiendo los rastros.

—Pensaba que no había...

—Recientes no —dijo Rigg—. Estaba tratando de interpretar los antiguos.

—De hace diez mil años —dijo Umbo.

Como Rigg ignoraba qué era lo que no entendía Umbo sobre los rastros, no tenía sentido tratar de explicárselo.

Así que volvió al problema que tenían entre manos.

—Hay una arboleda por allí —dijo—. Probablemente el suelo sea más blando. Y dormiremos a la sombra de Hogaza, así que estaremos protegidos frente al viento.

—Qué gracioso —dijo el soldado.

Entonces Rigg llegó a una conclusión sobre el asunto que lo tenía intrigado.

—Es posible que hayan muerto —dijo.

—¿Los árboles? —preguntó Param.

—La gente que vivía aquí. Si se hubieran marchado, pacíficamente me refiero, la mayoría de los rastros más recientes estarían en el camino que sale de la ciudad. Pero los rastros más recientes que hay en el camino entran en la ciudad.

—Puede que se fueran por otro camino —dijo Olivenko.

«La muerte es otro camino», pensó Rigg. Pero no lo dijo.

—No sé si podemos dar crédito a nada de lo que diga Vadesh —respondió—.

Umbo, quiero seguir un rastro hacia atrás para poder verlo.

—¿Ver el qué? —preguntó Hogaza.

—Si lo supiera —preguntó Rigg— no tendría que retroceder.

—Vamos a ver —dijo Umbo—. Hasta ahora, ¿qué hemos conseguido espionando en el pasado?

—Salvar el pellejo —dijo Hogaza.

Y, casi al mismo tiempo, Param dijo también:

—Liberarme y salvarme.

A lo que Olivenko añadió:

—Hace diez mil años que toda esa gente abandonó la ciudad.

—O murió en ella —dijo Rigg—. Puede que fuese una plaga.

—Las ciudades nacen y mueren —dijo Olivenko—. Así es la historia.

—Busquemos un sitio para pasar la noche con comodidad —dijo Hogaza—.

Ojalá tuviéramos monturas aún. Podríamos abandonar este sitio.

—¿Abandonar el único lugar donde sabemos que hay agua potable? —preguntó Param.

Entonces llegaron a los árboles y la conversación tomó otros derroteros. Por pura casualidad, Rigg se detuvo y miró hacia atrás en el mismo momento en que Umbo se inclinaba, recogía algo del suelo y se lo guardaba en el bolsillo. Estaba demasiado lejos como para preguntarle «¿Has encontrado algo?» o «¿Se te ha caído algo?» sin que sonara raro. A fin de cuentas, tampoco tenía derecho a curiosear. Umbo no le debía explicaciones.

Pero al mismo tiempo, el gesto de Umbo al guardarse la cosa en el bolsillo y mirar en derredor había tenido algo de furtivo. Pero no lo había mirado a él ni a ninguno de los demás. Más bien su manera de volverse inducía a pensar que estaba buscando a otra persona. ¿La persona a la que se le había caído lo que había recogido? Sin apenas pararse a pensarlo, Rigg comenzó a buscar rastros. Por allí no había pasado nadie desde que la ciudad estaba abandonada y hacía tanto tiempo de aquello que era dudoso que hubiera árboles por entonces.

Pero los animales pasaban por el lugar constantemente, eso sí podía verlo. Uno en concreto había entrado y salido varias veces de la arboleda durante las últimas horas. Reconoció el rastro.

—Tenemos aquí a un amigo —dijo.

Los demás miraron a su alrededor, sorprendidos.

—Nuestro amigo emplumado —dijo Rigg—. El animal que nos llevó al pasado y al otro lado del Muro.

—Creí que se habría vuelto loco cuando volvió al presente y se encontró con el Muro —dijo Hogaza.



—Ya no está allí. Ha venido hacia aquí. Ha estado subiéndose a los árboles. De uno en uno.

—A mí no me pareció uno de esos animales que trepan a los árboles —dijo Hogaza.

—Ni de los que se alimentan de corteza —dijo Umbo.

—No sabemos cómo es —dijo Olivenko—. En el mundo moderno no hay otros como él.

—No puede haber ido muy lejos —dijo Rigg—. Estaba aquí hace menos de media hora.

—¿Sabéis? Solo tenemos la palabra de Vadesh de que el agua es peligrosa —dijo Olivenko.

—No puede mentir —dijo Umbo.

—¿Y eso quién nos lo ha dicho? —preguntó Olivenko—. «Hola, no puedo mentiros». ¿No es lo primero que diría un mentiroso?

—Es como Padre —dijo Rigg— y Padre nunca me mintió.

—Ni tampoco puedes decir que te abriese su alma y te mostrase toda la verdad —dijo Hogaza.

—No te habló de mí —dijo Param.

—Lo hizo cuando estaba... —comenzó a decir Rigg. Pero entonces se dio cuenta de que no estaba agonizando. Solo estaba escondido detrás de un árbol caído, fingiendo que moría. Mintiéndole.

Se tapó los ojos con una mano.

—Sigo viviendo en el mundo que él construyó para mí. Todas sus enseñanzas y palabras... Ya no sé lo que era cierto y lo que no...

—Bienvenido al mundo de los adultos —dijo Hogaza.

—No soy un adulto —dijo Rigg.

—¿Ah, no? —dijo Umbo—. Pues yo creo que si estás a cargo de ti mismo, eres un adulto.

—Ah, ya —replicó Hogaza, resoplando.

—No es por nada, pero hay muchos adultos hechos y derechos que no son ni la mitad de independientes que Rigg o que yo —dijo Umbo.

Rigg volvió a sentir curiosidad por lo que había encontrado Umbo. Por lo que llevaba en el bolsillo.

Un bufido llegó hasta ellos desde tres varas de distancia. Se dispersaron en silencio para tratar de rodearlo. Rigg miró a Umbo y puso los ojos en blanco. Los demás no tenían ni la menor idea de cómo moverse a hurtadillas. Aunque tampoco les hacía falta. El animal estaba haciendo tanto ruido que era imposible que los oyera.

Y sí, de hecho era la bestia de las plumas cortantes y lo que estaba haciendo era golpearse la cabeza contra un árbol y luego frotar la corteza con la misma zona. Al

acercarse, Rigg vio que tenía barro en ese lado de la cabeza.

No, barro no. Lo que había tomado por barro era en realidad otra criatura.

Ahora que sabía lo que tenía que buscar, pudo ver que un rastro minúsculo acompañaba al del plumoja desde que se hubiera adentrado en los bosques.

Hogaza y Umbo, que tenían experiencia con animales, se encontraban ahora mucho más cerca de él. Olivenko y Param se mantenían a cierta distancia. Eran gente de ciudad.

—No os acerquéis demasiado —dijo Rigg.

—¿Qué tiene en la cara? —preguntó Hogaza.

—Sospecho que ha bebido del arroyo —dijo Umbo.

—Lo mismo pienso yo —dijo Rigg.

—¿Queréis decir que ha cogido el parásito? ¿Ese... mascaracarne? —preguntó Olivenko.

—Sea lo que sea lo que tiene en la cabeza, está vivo. Es una criatura distinta. Con su propio rastro.

—Cada vez que el plumoja la golpea o la araña —dijo Umbo— se hace más grande. Se extiende más, quiero decir. Y la pobre bestia tiene un tentáculo metido por la oreja.

—Así que todos los esfuerzos del plumoja por librarse de ella solo están sirviendo para que se adhiera con más fuerza —dijo Rigg.

—Un recurso evolutivo realmente inteligente —dijo Olivenko—. Los mascaracarnes capaces de aprovecharse de los golpes y la violencia de sus presas tendrían más probabilidades de sobrevivir.

—Puede que el miedo y la repugnancia ayuden al mascaracarne a encontrar las partes del cerebro a las que debe acoplarse para hacerse con el control —sugirió Rigg.

—Parecéis muy emocionados —dijo Param—. ¿Alguno de vosotros ha pensado en lo que significa esto?

—¿Qué Vadesh nos dijo la verdad con respecto al parásito? —preguntó Hogaza—. Eso es obvio.

—Me refiero a que dependemos totalmente de Vadesh para conseguir agua potable —respondió Param.

—Mirad —dijo Umbo—, empiezo a pensar que deberíamos buscar un sitio para cruzar de nuevo el Muro y encontrar la manera de seguir con nuestras vidas en nuestro propio cercado.

—Veamos —dijo Hogaza—. Una tierra con un peligroso parásito u otra donde hay miles de soldados buscándonos y todo el mundo se muere de ganas de entregarnos por una recompensa. —Fingió sopesarlo con un gesto de las manos.

—Nos buscan a Param y a mí —dijo Rigg—. ¿Por qué no volvéis los demás?

—¿Para que nos dejen aquí solos? —Param no trató siquiera de disimular el pánico de su voz.

—Nos capturarían igualmente —dijo Hogaza—. Y luego nos torturarían hasta matarnos, para conseguir le contáramos dónde estáis. Y como no darían crédito a la verdad...

—Solo digo que no tenéis por qué estar aquí —dijo Rigg—. En ningún momento he dicho que estaríais a salvo.

—¿Qué hacemos con ese pobre animal? —preguntó Param.

Rigg la miró con sorpresa.

—¿Hacer?

—Está sufriendo mucho —dijo Param.

—Naturalmente —dijo Rigg—. Tiene un parásito pegado a la cabeza que está tratando de apoderarse de su cerebro.

—Pues somos nosotros los que lo trajimos hasta aquí —dijo Param.

—Supongo que sí —dijo Rigg—. Pero es nativo de este mundo y si Vadesh nos ha dicho la verdad... y al menos en el caso del mascaracarne parece ser así, los parásitos también son nativos del planeta, igual que el viejo plumoja. Así que aunque no lo hubiéramos traído, puede que hubiera acabado pasándole exactamente lo mismo, solo que en su propia época.

—Donde estaba a punto de llegar el fin del mundo, de todos modos —añadió Hogaza—. Nuestros antepasados se disponían acabar con él, junto con todos sus parientes, ¿no? Lo hemos salvado.

—Comprendo. Así que en realidad debería estarnos agradecido —dijo Param.

—Mira, si le dieras a elegir entre tener un parásito en la cara o morir, ¿qué crees que preferiría? —preguntó Rigg.

—Ya estás viendo lo que prefiere —dijo Umbo.

Param asintió, aunque resultaba evidente que aquello no le gustaba.

—La vida —dijo.

—Los animales que no se aferran a ella con todas sus fuerzas no sobreviven el tiempo suficiente para tener descendencia —dijo Olivenko—. Nadie quiere morir.

—¿Cómo explicas los suicidios, entonces? —preguntó Hogaza.

—No los explico —dijo Olivenko.

—¿Acaso la muerte de mi padre no fue una especie de suicidio? —preguntó Param.

Rigg tardó un instante en comprender que aunque Param era su hermana de sangre, no se refería al mismo hombre al que él había llamado Padre: el Hombre Dorado, el Vagabundo, la máquina llamada Ram, quien había instruido a Umbo, a Rigg y a ella misma en el uso de sus poderes de alteración temporal. Se refería a su padre de verdad, al que Rigg no había llegado a conocer: Knosso, que había atravesado el Muro en un bote, inconsciente, para acabar ahogado por una especie de semihumano acuático de otro cercado.

—No fue un suicidio —respondió Olivenko con indignación. Cuando aún era un joven erudito de la Gran Biblioteca, había sido amigo y ayudante de Knosso—.

Nunca tuvo la intención de morir.

—No —dijo Param—. Pero conocía los riesgos y tiró su vida por la borda como si no le importase nada más. Incluida yo, desde luego.

—Él te quería —dijo Olivenko.

—Pero le importaba más su experimento —dijo Param.

El plumoja, vio Rigg en ese momento, había dejado de golpearse y arañarse la cara contra el árbol y ahora seguía con la mirada al que hablaba en cada momento. Y no solo con el ojo que no estaba cubierto por el mascaracarne. Movía la cabeza como si tuviera dos ojos perfectamente funcionales. Como si pudiese ver a través de la otra criatura.

En medio del silencio que habían dejado las últimas y amargas palabras de Param, el plumoja avanzó trotando hacia Rigg.

—¡Rigg! —gritó Umbo.

—¡Va hacia ti! —le advirtió Hogaza.

Rigg alargó la mano y el plumoja se detuvo y la olisqueó.

—No me estaba atacando —dijo Rigg.

—¡Quita la mano! —dijo Umbo—. ¿Quieres que el mascaracarne te salte encima?

—Vadesh nos dijo que solo pueden atacar en el agua. Y ahora ya se ha acoplado a... algo. —Había estado a punto de decir «a alguien».

—¿Así que de repente vamos a creernos todo lo que dice? —preguntó Umbo.

—No nos ha mentado sobre los mascaracarnes —dijo Rigg—. Puede que lo haya hecho sobre otras cosas, pero no sobre eso. Y tampoco nos ha seguido hasta aquí ni ha tratado de impedir que nos marcháramos. Puede que fuese cierto que solo quisiera llevarnos hasta un sitio donde pudiésemos beber sin peligro.

—Pensar mal es lo que me ha permitido seguir con vida hasta ahora —dijo Hogaza—. El instinto de supervivencia, ¿sabes?

—Yo pienso igual —dijo Rigg—. Pero en algún momento tienes que jugártela y ver lo que pasa.

El plumoja seguía olisqueándole la mano.

—Creo que lo que huele en mi mano es a sí mismo —dijo Rigg—. Es la mano que tenía apoyada en él mientras cruzábamos el Muro.

—No tiene razones para temer el olor de los humanos —dijo Olivenko.

De repente, el plumoja volvió bruscamente la cabeza y apretó el mascaracarne contra los dedos de Rigg. Este retrocedió al instante.

—¡Mírate la mano! —gritó Umbo—. Creo que tienes algo pegado en ella.

—¿Qué crees, que el mascaracarne acaba de dejármela preñada? —preguntó Rigg.

—Puede que tengan más de un método de reproducción —dijo Umbo—. Vadesh dijo que eran muy adaptables.

—Puede que engendre a sus crías sobre la piel —dijo Param— y te las haya

pegado.

—O que las haya dejado en la corteza del árbol —dijo Olivenko.

Rigg lo pensó un momento.

—Tiene un tacto reseco y un poco áspero. Como la arcilla en bruto, sin pintar. Y no tengo absolutamente nada en la mano. Ahora volvamos al sitio que escogimos antes y vamos a preparar algo de comer.

—¿Y qué hacemos con este... este...? ¿Cómo lo has llamado, Rigg? —preguntó Param.

—Plumoja. Es solo un nombre descriptivo. Y no vamos a hacer nada con él.

—¿Y si nos sigue al campamento? —preguntó ella.

—Si se tumba, no os arriméis a él —dijo Rigg—. Sus plumas cortan como hojas, de verdad.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres que haga, Param? ¿Matarlo?

—¿No es lo que tu padre y tú... es decir, Ram y tú, hacíais con los animales?

—Los matábamos para vender las pieles —respondió Rigg—. ¿Quieres un abrigo hecho de eso?

—Unos guantes —dijo Hogaza—. Creo que a Goteras le vendrían muy bien para echar a los clientes que se pasan con la bebida y no quieren marcharse de la posada sin crear problemas.

Dejaron al plumoja para volver al sitio donde habían decidido pernoctar. Pero no tardó en reunirse de nuevo con ellos. Sus provisiones eran escasas, pero llevaban algún tiempo en los caminos y estaban acostumbrados a ellas. Rigg le ofreció un poco de comida al animal que la olisqueó y se alejó.

—No le parece comestible —dijo Rigg.

—Ni a mí —dijo Olivenko.

—Me pregunto a qué sabrá el plumoja —dijo Hogaza—. Tal vez si pudiéramos convencerlo de que se meta en una cacerola...

—Dudo que nuestros cuerpos pudieran asimilar su carne —dijo Rigg—. Aun en el caso de que lográramos mantenerla en la tripa el tiempo suficiente como para digerirla.

—Bonita escena para imaginar mientras estoy comiendo... —dijo Param.

—No sabía que fueses tan delicada —dijo Rigg con una sonrisa. Param puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no íbamos a poder comérmolo? —preguntó Umbo.

—Cuando estaban examinándome para ver si era digno de entrar en la gran biblioteca —respondió Rigg—, conocí a una científica en Aressa Sessamo que diferenciaba la flora y la fauna que llegó al planeta con nuestros antepasados, que es la mayoría, con la nativa, de la que quedan muy pocas especies. Entre estas últimas, Padre y yo no habíamos identificado una sola comestible. Incluso después de muertas, solo determinadas especies carroñeras se alimentan de ellas. Es como si

convivieran dos ecologías distintas. Padre decía que eran «ligeramente tóxicas». Supongo que sabía la verdad.

—Entonces, es posible que el parásito no pueda utilizar nuestros cuerpos —dijo Olivenko.

—Pero Vadesh dice que sí —dijo Rigg.

—A pesar de lo cual, lo has tocado —dijo Param.

—Mañana volveremos a saltar al pasado —dijo Rigg—. Cuando estemos más descansados y frescos. Vamos, hoy hemos cruzado el Muro. ¡Hace pocas horas trataron de mataros, Param! ¿No podemos dormir un poco?

Pero cuando terminaron de limpiar los restos de la comida, prepararon los sitios donde iban a dormir y se tendieron (todos salvo Hogaza, que se haría cargo de la primera guardia), Rigg descubrió que no podía conciliar el sueño. Porque una vez que identificó el rastro del mascaracarne por su aspecto, comenzó a darse cuenta de que el mismo tipo de rastro acompañaba a los de muchos de los humanos diez mil años antes.

Vadesh les había dicho la verdad: los mascaracarnes habían infectado a los humanos.

Y cuanto más indagaba, con más claridad detectaba un patrón. Al principio, los mascaracarnes eran poco numerosos y nunca entraban en la ciudad. Luego empezaron a visitarla en gran número, junto con los humanos. Operaciones militares, pensó Rigg, o tal vez incursiones.

Pero de repente, unos quinientos años antes de que la ciudad quedara desierta, los rastros de todos los mascaracarnes se instalaron en su interior y los de los humanos solos los reemplazaron en el exterior... de nuevo con incursiones ocasionales.

La conclusión era evidente. Hacia la mitad de la historia de los humanos de aquella ciudad, los infectados por los parásitos se habían apoderado de ella y los que no estaban infectados habían huido al exterior.

Y los edificios más grandes no se habían construido hasta que la ciudad estuvo en manos de los infectados. Rigg lo supo porque ninguno de los rastros humanos ascendía hacia el cielo dentro de aquellas torres hasta tiempos relativamente más modernos, cuando todos los rastros tenían un mascaracarne como compañero.

«Es una ciudad cuyos mayores edificios los erigió gente con un parásito acoplado al cerebro». Una conclusión realmente interesante. Algo que Vadesh tendría que haberles contado si realmente estuviera obligado a no ocultarles nada. Lo que significaba que los había engañado. Debía de haber encontrado alguna treta lógica que le permitía saltarse las órdenes que le había dado Rigg. O puede que, simplemente, no existiera ningún mandato profundo que lo obligara a obedecer a los primeros humanos que atravesaran el Muro.

Pero al fin, el agotamiento se apoderó de él y Rigg se quedó dormido.

## GUARDIA DE LA NOCHE

Desde el mismo instante en que vieron a Vadesh al otro lado del Muro, Umbo sintió un miedo atroz. Ahora tenía claro que atravesar el Muro había sido una idea penosa. En su momento les había parecido que no tenían alternativas, pero eso se debía a que cuando las tuvieron, optaron por acercarse tanto al Muro que se quedaron sin ningún otro sitio adonde ir. Se habían atrapado solos.

Pero entonces Umbo se dijo que era Rigg el que había decidido que debían tratar de atravesar el Muro. Tal vez porque su auténtico padre, Knosso, había intentado hacerlo también, por mar.

Independientemente de las razones de Rigg, cuando escaparon de la ciudad de Aressa Sessamo, perseguidos por el general Ciudadano y por la madre de Rigg y Param, Hagia Sessamin, Rigg se aseguró de que pusieran rumbo al Muro y, una vez allí, de que no tuvieran más alternativa que tratar de cruzarlo.

Pero ¿era la única manera de escapar de las fuerzas del general Ciudadano? ¿No podían haberse separado y ocultado entre la gente? Rigg era el único que podía seguir los rastros que dejaban por el mundo todas las personas y los animales. Nadie más podría haberlos rastreado. Y sin embargo, siempre que alguien proponía otra alternativa, Rigg la desechaba. A la larga los habrían atrapado, decía; dentro del cercado no podrían ocultarse demasiado tiempo. Pero en todas partes había gente que lograba ocultarse. Así que, ¿por qué nadie había discutido con Rigg? ¿Por qué no lo había hecho él?

No es que Rigg diese órdenes a la gente o perdiese el tiempo discutiendo. Lo único que hacía era sacar una vez tras otra el tema del Muro, asegurándose de presentar sus argumentos de manera racional. Hasta que todos daban por sentado que el Muro era el único destino posible.

Hasta el último minuto, podrían haber utilizado los mismos métodos que les habían llevado al otro lado del Muro para escapar. Pero lo habían cruzado porque es lo que quería Rigg.

¿Quién lo había puesto al mando? ¿Por qué todo el mundo le hacía caso?

Como Vadesh. Había dejado claro desde el principio que Rigg era la persona a la que obedecería. Pero el Muro lo habían cruzado todos. De hecho, Umbo y Param lo habían hecho primero. Y era Umbo el que había alterado el tiempo. Primero había llevado a Rigg, a Hogaza y a Olivenko al pasado, al tiempo determinado por Rigg después de encontrar al plumoja. Entonces, cuando ya estaban casi al otro lado, Param cogió a Umbo de la mano y saltó desde lo alto del risco en el que esperaban y

usó su don para dividir el tiempo en pequeños fragmentos. Y luego, una vez más, Umbo había retrocedido en el tiempo junto con ella, hasta un momento situado un par de semanas antes de que llegaran al Muro. Así fue como Umbo y Param terminaron al otro lado del Muro incluso antes de que llegaran los demás.

En última instancia, todos dependían de Umbo. Sí, Rigg podía llevar los saltos temporales mucho más lejos que Umbo. Sí, Rigg podía darles la precisión de la que él carecía anclándose a algún rastro antiguo. Y Param podía seccionar el flujo del tiempo. Los dos tenían poderes. Pero el viaje en el tiempo, el de verdad, solo estaba al alcance de Umbo.

Así que, ¿por qué no se inclinaba Vadesh ante él? ¿Por qué decía que era Rigg el «auténtico viajero del tiempo», cuando Rigg nunca había aprendido a alterar el tiempo por sí solo, como él? ¿Por qué Umbo no era nada, a pesar de que podía hacer cosas que no estaban al alcance de nadie más?

Desde el primer momento, Umbo había acudido a Rigg en tono de súplica. ¡Déjame que vaya contigo, por favor! Al acordarse de su actitud rastrera, Umbo se sintió humillado y furioso. Los dos tenían buenas razones para marcharse de Vado Otoño. ¿Por qué se había colocado Umbo en una posición subordinada?

No podía ser porque Rigg fuese un Sessamid, nacido para ser príncipe, porque ninguno de ellos lo había sabido hasta que lo arrestaron en O. Además, los Sessamid llevaban fuera del poder desde que el Consejo Revolucionario Popular tomara el poder, lo cual era una suerte, porque de lo contrario, a Rigg lo habrían asesinado nada más nacer, puesto que la abuela de la reina Hagia había decretado que ningún varón podía heredar el trono y que todos los niños de su linaje debían morir al salir del vientre de su madre.

De modo que, ¿cómo era que Rigg había terminado tomando todas las decisiones importantes hasta llevarlos a aquel lugar terrible al otro lado del Muro?

«Sé racional —se dijo Umbo—. Rigg está al mando porque así es como lo crio Ram, el Hombre Dorado, el vagabundo, nuestra propia versión de Vadesh».

Ram había ayudado a Umbo a controlar sus poderes temporales y, disfrazado de jardinero, había hecho lo propio por Param, aunque río abajo, en Aressa Sessamo. Pero a Rigg se lo había llevado de niño y lo había criado como si fuese su hijo, con enseñanzas constantes. Lo había preparado para ser un gobernante. Ram lo tenía decidido todo de antemano y tanto Rigg como todos los demás se limitaban a seguir el camino trazado por él.

Y ahora estaban con el hermano gemelo de Ram, Vadesh, que los mentía y los controlaba. Ni siquiera podían conseguir agua potable sin su ayuda, salvo que quisieran acabar en manos de un terrible parásito. Estaban totalmente a merced de una máquina con forma humana. Una máquina diseñada para engañar a todos sobre su auténtica naturaleza. «Los humanos de un pasado ancestral crearon esas máquinas y ahora nos gobiernan, porque ellas lo saben todo y nosotros nada».

Ahora Umbo se encontraba tendido en una arboleda, no muy lejos de las ruinas



abandonadas de una ciudad, contemplando el brillante Anillo en lo alto del cielo, carcomido por el mismo resentimiento que había sentido crecer en su interior desde que cruzaran el Muro. Umbo estaba lo bastante lúcido como para reconocer que, aunque el sentimiento era el mismo, ya no estaba dirigido contra Rigg. Ahora sus destinatarios eran Ram y Vadesh. Pero ¿realmente los odiaba a ellos? ¿Realmente había alguien que lo estuviera haciendo sentir así? ¿O simplemente albergaba esos sentimientos y buscaba a alguien para achacárselos?

«Estoy enfadado, amargado y desesperado, pero Rigg no tiene la culpa y Ram y Vadesh no son más que máquinas y...».

Se apoyó en el brazo y miró a los demás mientras dormían. Hogaza... No había razón alguna para estar resentido con él. No le había prodigado otra cosa que generosidad y cuidados y él, al menos, sí se preocupaba por Umbo y lo tenía en sus pensamientos cuando no lo hacía nadie más.

¿Olivenko? Umbo apenas lo conocía. Rigg sí y parecía tenerlo en cierta estima porque había visto morir a Knosso. Pero Olivenko había luchado tanto como los demás y aceptaba las decisiones del grupo —o sea, las decisiones de Rigg—, así que tampoco tenía razones para estar resentido con él.

Y luego estaba Rigg. Umbo sabía que Rigg era un amigo de verdad y que la gente se sometía a él de manera natural, porque Ram lo había preparado para hacer frente a cualquier cosa y para saberlo prácticamente todo.

A Param le sucedía casi lo contrario. Era del mismo linaje que Rigg —se notaba en lo mucho que se parecían—, pero había pasado tantas horas de su vida en los pequeños lapsos de tiempo ralentizado seccionados por ella misma que allí tumbada, a la sombra del enorme corpachón de Hogaza, parecía casi más joven que Rigg. Cosa que tenía sentido, a pesar de que era dos años mayor que él. En realidad no había vivido todo el tiempo transcurrido desde su nacimiento, porque cuando se adentraba en el flujo temporal fragmentado, solo vivía un segundo por cada tres o cuatro que pasaban para los demás.

«Es más joven que yo», pensó Umbo.

Y este pensamiento provocó en su interior tales accesos de rabia, desesperación y... y anhelo, que sintió deseos de llorar, unos deseos incontenibles a los que, sin embargo, no podía sucumbir...

«Por todos los Santos —pensó—, la primera princesa que conozco y tengo que enamorarme de ella».

«Conque esto es el amor», se dijo tratando de examinar aquellos sentimientos abrumadores con la parte de su mente que conservaba la racionalidad. «Este es el deseo potente y horrible que llevó a Madre a casarse con el terrible tirano al que yo tenía que llamar Padre. ¿Cuántos de los estúpidos héroes de las historias habrán hecho cosas absurdamente peligrosas por la sencilla razón de que estaban enamorados?».

«Y, lo que es mucho más importante para mí, ¿cuántas voy a hacer yo por

estarlo?».

Ahora comprendía todo lo que sentía. Sí, Rigg también había tomado muchas decisiones, pero la razón principal por la que Umbo estaba resentido con él era la sencilla naturalidad con la que Param se comportaba con él. Habían pasado meses en la misma casa; eran hermano y hermana; y habían planeado su fuga juntos; y...

«¡Yo también le he salvado la vida! ¡Y es mía!».

Pero solo aquella vez, la mañana en que saltaron desde la roca. Param lo cogió de la mano, lo ayudó a ponerse en pie y entonces saltó desde lo alto de la roca con él. Y luego, sin soltarle la mano, lo llevó al otro lado del Muro.

Aún podía sentir la mano de Param en la suya. O, más bien, el cosquilleo que le provocaba el recuerdo de su mano. «No es dos años mayor que Rigg y que yo, en realidad no. Más o menos es de mi edad. ¿Y qué más da que sea una princesa? Su madre, la reina, ha tratado de matarla varias veces. Si eso no es lo mismo que perder el puesto de princesa, que bajen los Santos y lo vean. Ahora es una plebeya, como yo, así que no es imposible».

«Una plebeya ante la ley, pero todavía de sangre real. Debe de pensar que soy un privick apestoso, ignorante, sin modales, malhablado y vulgar, mientras que Rigg sabe hablar como ella, con ese lenguaje elegante y refinado. Rigg ha vivido en su casa, ha comido con ella, tiene modales... Yo he viajado a su lado y le he encendido el fuego por la noche, pero más que nada me he comportado como un criado. Como si fuese el siervo de Rigg. Y no como un digno mayordomo, de elevados modales. No, soy como un mozo cualquiera al que Rigg hubiera contratado para que se encargase de las tareas en su viaje desde la ciudad hasta el Muro».

«No —pensó—. No puedo volver a caer en el resentimiento. Estoy enamorado, así que, como dijo en una ocasión el vagabundo —no, Ram—, siento el instinto de luchar contra todos los rivales potenciales por la mujer que codicio. Y no es que Rigg sea exactamente un rival —es su hermano, no su amante—, pero cuenta con su confianza y su afecto. Ella le cuenta sus secretos y pensamientos, todas las cosas que me gustaría que compartiese conmigo y solo conmigo».

Lo que enfurecía tanto a Umbo era la certeza de que ella debía de depreciarlo, de que estaba fuera de su alcance, hiciera lo que hiciese. Pero al mismo tiempo sabía que no estaba seguro, no podía estarlo. Los dos eran muy jóvenes. ¿Qué esperaba?

«Es una locura —se dijo—. Tengo que sacármela de la cabeza ahora que sé lo que pasa».

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la cosa que había recogido del suelo al entrar en la arboleda.

Era una piedra. Concretamente, una piedra preciosa. O, más concretamente aún, una piedra preciosa idéntica a la que Rigg había tratado de vender en O y que se encontraba ahora en el banco de Aressa Sessamo. La misma piedra que Umbo y Hogaza habían tratado de robar repetidas veces para que la colección de piedras de Rigg estuviera completa con sus diecinueve piezas.

La había visto de reojo mientras buscaba un camino entre las hojas caídas. Pero como no podía ser la misma gema, había tratado de encontrarle otra explicación. La sacó del sitio donde la había escondido, en la cinturilla de los pantalones, y la estudió a la luz del Anillo.

Su aspecto no era importante, salvo por el hecho de que tenía exactamente la misma forma y el mismo color que la gema perdida, cosa que ya había podido constatar en el preciso instante en que puso los ojos sobre ella. Ahora examinó su peso y su textura. Parecía tan dura como cualquiera de las otras gemas, era igualmente suave que ellas y tenía el mismo peso.

Volvió a guardársela en los pantalones y se tumbó boca arriba. Recordaba el momento en el que la había encontrado. No se encontraba entre la hojarasca del año pasado, sino encima de ellas. Descansando sobre su superficie, como si alguien la hubiera dejado allí para que pudiera encontrarla.

Pero ¿quién podía haberlo hecho? Rigg había afirmado con total seguridad que ningún ser humano había pasado por aquella arboleda desde hacía muchísimo tiempo. La joya no podía llevar allí desde entonces. Estaría enterrada bajo la hojarasca y seguramente también bajo la tierra.

La falta de rastros sugería que el responsable de dejarla allí era un prescindible como Vadesh y Ram. Ellos no dejaban un rastro que pudiera captar su compañero. Pero ¿para qué iba Vadesh a abandonarla en aquel lugar cuando podía habérsela dado tranquilamente a Rigg?

Puede que fuese una especie de prueba, para ver lo que podía hacer Umbo con ella. Pero nadie podía haber sabido con antelación cuál de ellos iba a pasar por donde había pasado Umbo... si es que lo hacía alguno. ¿Y cuándo podía haberlo hecho Vadesh? Lo habrían visto, ¿no? No había sitios para esconderse entre la ciudad y la arboleda. Y no había huellas ni ningún otro indicio de su paso. Las hojas sobre las que descansaba la piedra parecían intactas, como todas las que las rodeaban.

¿Y por qué aquella gema? Aunque difícilmente podía ser la misma que Rigg había tratado de vender en su momento, desde luego era idéntica a ella. Aun en el caso de que Vadesh hubiera tenido otro juego en su cercado, con las diecinueve, ¿cómo podía saber cuál de ellas tenía que elegir exactamente? Rigg le había mostrado las dieciocho suyas, pero ¿cuándo había tenido Vadesh un instante para ir a buscar sus propias gemas y reemplazar la que les faltaba a ellos?

—¿Estás despierto?

El susurro llegó desde justo encima de su cabeza. Umbo no se encogió ni sobresaltó, pero sintió que se le aceleraba el pulso. Era la voz de Olivenko. ¿Cómo había podido abandonar el puesto de guardia para acercarse tanto sin que se diera cuenta?

—Es tu guardia —dijo Olivenko.

Claro. Y la razón por la que no lo había oído acercarse era que debía de haberse quedado dormido. Y la razón por la que no se sentía como si hubiera llegado a

conciliar el sueño era que se había pasado tanto tiempo pensando antes de hacerlo que lo máximo que había conseguido era una siestecilla, a lo sumo.

Se levantó con legañas en los ojos. Hogaza se removió en su camastro. Tenía el sueño ligero y despertaba en todos los cambios de guardia. Rigg y Param siguieron durmiendo sin darse cuenta de nada. El sueño de la realeza.

«Qué manera más injusta de pensar —se dijo Umbo—. Si hay alguien en el mundo que no puede dormir con tranquilidad es la realeza. Cuando no hay unos rebeldes que están tratando de matarlos, o un caudillo guerrero que cree que debería ser él quien se siente en el trono, son los miembros de su propia familia los que intentan matarlos».

«¿Hasta qué extremos de estupidez y resentimiento me van a llevar los celos?».

—Dime algo —dijo Olivenko—. Si estás dormido no servirás de mucho como guardia.

Umbo abrió los ojos del todo y se estiró.

—Estoy despierto —susurró.

—Sigue moviéndote hasta que lo estés de verdad —dijo Olivenko—. Sé que pudiste conciliar el sueño hace pocos minutos. No me ha hecho gracia tener que despertarte, pero... te tocaba.

«Y no podemos cambiar los turnos si eso significa despertar a alguno de los miembros de la parejita real».

«No —se dijo Umbo—. Deja de pensar así».

Se levantó y salió andando a paso vivo del centro de la arboleda, sin preocuparse por el ruido que hacía al pisar la hojarasca. Llegó a un prado de hierba recortada, donde sus pasos apenas hacían ruido y los troncos y las hojas de los árboles no interrumpían la brisa.

«¿Qué animales serán los que dejan la hierba tan corta al pastar? ¿Por qué no están aquí ahora, con la cara cubierta por los mascaracarnes? Puede que sea Vadesh el que sale a cortarla. O a pastar. ¿Quién sabe lo que hacen esas máquinas cuando están solas?».

Decidió rodear la arboleda, lo que era un buen trecho a pesar de que no parecía demasiado grande o densa. Para no acercarse demasiado al lindero, tuvo que avanzar por una cuesta desde la que se divisaba la ciudad. Solo al oír el ruido del agua se dio cuenta de la tontería que había hecho al alejarse tanto del campamento. Desde donde estaba no podía ver a sus compañeros, aunque sí las copas de las árboles bajo las que dormían. Pero acercarse al agua... ¿Y si tropezaba y se encontraba con un mascaracarne?

Y justo en ese momento su pie izquierdo se hundió en una parte cenagosa del suelo. Retrocedió de un salto tan brusco como si estuviera tratando de esquivar la hoja de una guadaña. Puede que fuese perder el tiempo. Puede que una larva de mascaracarne se hubiera adherido ya a él.

Volvió a subir por la cuesta hasta llegar al borde de la arboleda, donde pudo ver a

Hogaza. Entonces se sentó y se pasó las manos por las piernas y los pies. No tenía nada adherido, aunque se llevó un pequeño susto al encontrarse unas hojas mojadas que se le habían pegado al pie derecho y se le quedaron en la mano al tratar de quitárselas. Aquella noche no había nubes, así que la luz del Anillo le bastó para asegurarse de que no había ningún parásito subiendo lentamente por su cuerpo. Salvo que fuese un parásito diminuto. O estuviera reptando por debajo de la piel.

Se estremeció y luego se puso en pie y reanudó la marcha alrededor de la arboleda, aunque esta vez mucho más cerca del lindero.

Al llegar al extremo norte tuvo que abandonar su plan. No podía rodear la arboleda porque no era tal arboleda, era una península de árboles perteneciente a un bosque mucho más grande que se extendía en dirección al norte. Solo les había parecido una arboleda desde la ciudad, porque el punto en el que se unía al bosque estaba escondido detrás de la colina.

«Crees que sabes dónde estás, crees que sabes lo que pasa y de pronto nada es como tú creías. Y tendría que haber sido evidente desde el principio y eso te hace sentir como un estúpido por haber asumido algunas cosas. Y es que te has portado como un estúpido, sí...». Pero entonces recordó unas palabras que le había dicho Vagabundo:

—No es estúpido asumir cosas. El cerebro humano funciona así. Asumimos cosas para poder actuar más rápidamente que los animales, que solo ven lo que pueden ver.

«Actuar rápidamente, sí, pero también equivocadamente si las cosas que asumimos están equivocadas». Umbo lo había pensado así en su momento y volvió a pensarlo ahora. Pero no había dicho nada, porque le fascinaba poder pasar unos momentos con el extraño y maravilloso padre de Rigg. La máquina.

Cruzó la estrecha franja arbolada, con ruidosos pasos sobre la hojarasca, como si fuese otro tipo de arroyo. Y por fin volvió a llegar al prado. Ahora la ciudad se encontraba a su izquierda, al otro lado de los árboles pero mucho más alta. Mientras contemplaba los edificios se preguntó adónde habrían ido sus moradores y si Vadesh estaría en una de las torres, observándolo desde allí.

Entonces se preguntó si Vadesh estaría preguntándose algo a su vez. Ni Vadesh ni Ram le habían parecido nunca indecisos. Incluso cuando decían que no estaban seguros de algo, lo hacían con total seguridad. Cuando Umbo no sabía lo que necesitaba saber, ni siquiera estaba seguro de ello.

Vadesh les había dicho que no podía predecir el futuro con ningún grado de certidumbre. Sabía millones de cosas que podían hacer los humanos de la Tierra cuando llegaran al planeta Jardín, pero no sabía lo que harían, les dijo. Bueno, ¿no significaba eso que tampoco sabía lo que harían Umbo y los demás? Era algo que tenía que hacer pensar a Vadesh.

«Somos impredecibles para él», pensó Umbo. La idea le inspiró una cierta felicidad vaga. «Nos está manipulando y engañando, y nos oculta información precisamente porque no sabe lo que vamos a hacer y quiere que hagamos algo en

concreto».

«Esa es la clave de todo este asunto. Nos necesita, así que tiene que manipularnos para que hagamos algo que es tan importante que le importa más que contarnos la verdad. ¿Por qué no nos dice lo que quiere? Porque no sabe si lo haremos por nuestra propia voluntad. O puede que esté seguro de que no lo haremos voluntariamente y quiera llevarnos a una situación en la que no tengamos otra alternativa que hacer lo que quiere. Como cuando Rigg nos arrastró hasta el Muro».

«Solo que Rigg es una buena persona y no creía estar manipulándonos para que hiciésemos lo que él quería».

«O puede que sí y yo no lo conozca bien, en realidad».

Inclinó la cabeza hacia delante y se llevó los dedos a la frente. «Siempre acabo pensando que Rigg no me gusta o no debo fiarme de él. Puede que sea eso lo que quiere Vadesh».

Oyó que Param se acercaba. Sabía que era ella por la suavidad de sus pasos.

—Aún no es tu turno —dijo—. Yo solo acabo de empezar.

Param no se detuvo.

—Llevas casi una hora dando vueltas —respondió ella—. Si no he calculado mal el tiempo.

—En este grupo —dijo Umbo—, cualquiera sabe si el tiempo pasa igual para todos.

—No podía dormir —dijo Param. Y entonces, aunque parezca increíble, rodeó a Umbo con el brazo y se acercó a él. Su cuerpo estaba cálido. Umbo se estremeció.

—Estás frío —dijo ella.

—Ahora no —respondió Umbo. Pero entonces se dio cuenta de que sus palabras podían sonar como que estaba flirteando con ella, así que añadió—: O sea, hace un rato sí que tenía frío de verdad, cuando he metido el pie en el agua, cerca del arroyo...

—¿Has bajado al agua? —preguntó ella, sorprendida.

—No ha sido aposta —dijo Umbo—. Aquello es como una ciénaga...

—Podrías haber...

—Me he secado las piernas y los brazos y no tenía nada.

—Pero él nos dijo que en el agua eran muy pequeños.

¿Cómo podía discutir con ella? ¿Y para qué iba a hacerlo?

—Si he pisado un charco y se me ha subido uno de esos mascaracarnes, ya no hay nada que pueda hacer. Al menos así podré decirte lo que se siente.

—Mientras se apodera de tu cerebro —dijo Param.

—De todos modos tampoco le sirve a nadie de nada —dijo Umbo. Pretendía que fuese una broma, pero por su forma de decirlo pareció que estaba sintiendo lástima de sí mismo.

Pero Param no se apresuró a consolarlo, cosa que le habría hecho sentir aún peor.

—Bueno, así podrás conversar con el plumoja.

—Puede que nos gustemos —dijo Umbo—. Qué suerte la mía, encontrar un amigo que tiene cuatro patas y carece de la capacidad del habla.

—Los amigos de cuatro patas que no hablan son los más fiables —dijo Param. ¿Era amargura lo que transmitía su voz?

—Cómo se nota que nunca has tratado de hacerte amiga de un gato.

—Me olvidaba de los gatos. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Comprendo por qué me ayudó Rigg en la capital. Es mi hermano. Pero tú... Estuviste allí conmigo sobre aquella roca, manteniendo a los demás en el pasado mientras aquellos soldados se nos echaban encima. Y Rigg, Hogaza y Olivenko no son de tu familia, ni nada parecido.

—Tengo más aprecio a Rigg que a cualquier miembro de mi familia —dijo Umbo.

—Si no te hubiera indicado que lo trajeras de vuelta al presente...

—Lo habría mantenido en el pasado hasta que lo hiciera.

—¿No temías que pudieran matarme?

—Claro. Si me hubiesen matado, no podría haberlos traído de regreso —dijo Umbo.

—¿Y a mí? —preguntó Param.

Umbo sacudió la cabeza.

—¿Ves lo galante que soy? Sabía que tú podrías cuidarte sola.

—Sabía que corrías peligro. Quería cogerte y hacerte desaparecer. Pero eso habría sido como asesinar a los demás.

—Pero lo hiciste en el mismo instante en que los traje de vuelta al presente —dijo Umbo.

—Solo podía pensar «Tengo que sacarlo de esta roca» —dijo ella.

—Me salvaste la vida.

—Casi consigo que nos maten a los dos —respondió ella con un escalofrío—. Dejé que Madre y los soldados vieran dónde saltaba. Sabían que no podía cambiar de dirección en el aire. Así que si no hubieras retrocedido una semana en el tiempo...

—Pero lo hice.

—Salté sin pensar.

—No tenías alternativa. En ese momento nos salvaste la vida.

—Y tú en el siguiente.

—Así que, en conjunto, creo que nos hemos salvado mutuamente —dijo Umbo. Y entonces, obedeciendo un impulso, se apartó lo bastante para poder volverse hacia ella y hacer una mueca—. Mi heroína —dijo.

Solo que a ella debía de habersele ocurrido la misma broma a la vez, porque exactamente en el mismo momento dijo:

—Mi héroe.

Pero no con sarcasmo. O puede que con un sarcasmo tan bien disimulado que sonaba como la sinceridad.

Bueno, puede que estuviera bromeando o puede que no. Lo único que podía hacer Umbo era reaccionar como habría reaccionado en cualquiera de los dos casos.

—No cuentes con que se repita —dijo—. La verdad es que no tengo madera de héroe.

Ella le dio un pequeño bofetón en broma, apenas una caricia con unos cuantos dedos.

—No puedes dejar que nadie te dé las gracias, ¿verdad?

En aquel momento, lo único en lo que podía pensar Umbo era... Bueno, nada en realidad, porque estaba más allá de la capacidad de pensar. Ella lo había rodeado con los brazos, se había pegado a él, había bromeado con él, le había dado las gracias y lo había llamado héroe, aunque fuese de mentirijillas. Y ahora estaba coqueteando con él. Se sentía como si estuviera en el paraíso. Y al mismo tiempo estaba totalmente centrado en todo lo que ella decía y hacía, para poder responder.

—Puedes darme las gracias cuanto quieras —dijo—. Siempre que yo pueda hacer lo mismo.

—Una de las cosas que más me gustan de haber descubierto que tengo un hermano —dijo Param— es que he heredado a todos sus amigos.

Amigos. Conque eso es lo que eran. No estaba coqueteando con él, sino bromeando como amiga.

—Es mucho más de lo que nunca heredaré de mi madre —añadió Param con tristeza. Se volvió hacia la ciudad y la contempló—. Me parece un sitio muy triste. Era tan glorioso y mira lo que ha dejado tras de sí. Tanto trabajo, tantas maravillas y al final acabaron marchándose.

—Puede que tuvieran que huir —dijo Umbo—. Puede que murieran.

—Bueno, a estas alturas ya están todos muertos, desde luego —dijo ella—. Recuerdo lo mucho que me entristecí cuando murió papá. No estuve presente para verlo, como Olivenko, pero yo lo quería más que a nadie. Y Madre me cogió por los hombros y me dijo: «Todo el mundo tiene que morir, pero como no todos morimos a la vez, siempre hay alguien que se queda atrás. Alégrate de no haber sido tú la que ha muerto». Tendría que haber comprendido entonces cómo es. Puede que lo hiciese. Era perfecta... perfectamente egoísta. Bueno, no. Perfectamente entregada a la Radiante Tienda. Siempre me había parecido muy entregada a mí, pero sabía que si yo llegaba a morir sentiría exactamente lo mismo que tras la muerte de mi padre.

—Nada.

—Fastidio —replicó ella—. La irritaba que el pasatiempo de mi padre le hubiera costado la vida.

—Bueno, piensa lo irritada que está ahora que estás viva —dijo Umbo.

Param se rio entre dientes.

—Aún sigue allí. ¿Recuerdas? Mientras caíamos, lo único que yo podía hacer era ralentizar el paso del tiempo cada vez más, así que pasó una noche entera y los soldados seguían allí, blandiendo esas pesadas barras de hierro. Y todavía están



haciéndolo.

—Y nosotros aún estamos cayendo hacia ellos —dijo Umbo. En un gesto instintivo, estiró el brazo y cogió la mano de Param—. Vamos a hacerlo otra vez.

Ella le apretó la mano y lo miró riendo. Entonces su rostro se ensombreció y retiró la mano.

—No —dijo—. No quiero que volvamos a hacer eso nunca más.

Se dio la vuelta y volvió corriendo velozmente a la arboleda.

«¿Qué nunca volvamos a hacer el qué?», sintió ganas de gritarle Umbo. «¿Saltar desde la roca con unos enemigos pisándonos los talones? ¿O cogerte la mano? ¿O hablar contigo? ¿O saltar en el tiempo? ¿O...?».

Cualquier cosa que preguntara serviría solo para demostrar lo desesperado que estaba. Durante unos instantes, se había sentido como si le gustase de verdad. Y entonces, de improviso, apartó la mano y se marchó, sin que él supiera por qué. Sin que pudiera comprender qué era lo que ella sentía en realidad.

«Esto es una pesadilla. Nunca pedí enamorarme de la hermana de Rigg».

«Me ha llamado su héroe».

Avanzó por el prado en dirección a la ciudad hasta llegar a la vereda. O lo que fuese. Estaba cubierto de hierba, pero a la grisácea luz del Anillo le parecía ver la senda que se escondía debajo. Era muy ancha y aunque estaba cubierta por una capa de hierba, no crecía ningún árbol en su trazado. «Si quitáramos toda esa hierba, seguiría allí, como las calles de la ciudad, inmutable a pesar del paso de diez mil años».

Regresó al campamento. Param había vuelto ya a su sitio y una de dos, o estaba dormida o pretendía aparentarlo. Umbo dejó el paseo. Estaba totalmente despierto.

El encuentro con ella lo había desvelado más todavía que el agua que había pisado. Continuó con la vigilancia y aun cuando supo por la posición de las estrellas que su guardia había terminado, esperó hasta la mitad de la guardia siguiente antes de despertar a Rigg. «De todos modos, tampoco podré conciliar el sueño», pensó. Pero también se daba cuenta de que al dejar dormir a su amigo estaba compensándolo un poco por todas las terribles cosas que había pensado aquel día sobre él. Y no es que Rigg lo supiera, claro. Pero el hecho de flagelarse un poco, de hacer un pequeño servicio a Rigg, le hizo sentir mejor, un poco menos avergonzado.

Como es natural, Rigg se dio cuenta de que Umbo lo había despertado tarde.

—No podía dormir —respondió este con un susurro—. Pensé que para qué nos íbamos a quedar los dos sin dormir.

Rigg se alejó unos pasos. Umbo se tumbó y, a pesar de que creía que no podría conciliar el sueño, en cuestión de instantes estaba dormido y entonces llegó el amanecer y fue como si el tiempo no hubiera pasado. «Param me ha tocado —pensó—. Claro que he podido dormir. Quería empezar a soñar lo antes posible».

Pero si había soñado algo, no lo recordaba.

Estar despiertos al amanecer les resultaba lo normal a todos ellos. Se pusieron con

los quehaceres habituales, salvo hervir agua. No habría gachas calientes aquella mañana. Y tampoco podrían afeitarse o lavarse. Tenían que reservar toda el agua que les quedaba para beber.

—Bueno —dijo Hogaza una vez que todos terminaron de tomarse el tasajo y el queso, acompañados por un trago de agua—. Viajeros del tiempo, ¿queréis saltar al pasado y ver lo que sucedió aquí?

—A mí me gustaría —dijo Rigg—, si Umbo quiere.

Rigg parecía muy complaciente. Umbo se puso colorado de vergüenza al recordar que había pensado que era su amigo el que siempre lo decidía todo.

Claro que, ¿realmente estaba dejando la decisión en sus manos? ¿Cómo iba Umbo a decir que no?

«Puedo decir que no si quiero», pensó.

—No —dijo.

Todos salvo Rigg parecieron sorprendidos.

—¿Umbo? —preguntó Param.

Ahora que se había negado, tenía que encontrar una razón.

—¿Y si cambiamos el pasado? —preguntó Umbo—. ¿Y si nos cambia a nosotros? ¿Y si Rigg muere al saltar al pasado? No sabemos si esa gente era muy violenta. Ni qué enfermedades tenía. ¿Y si Rigg contrae la plaga que acabó con ellos? ¿Para qué vamos a hacerlo?

—No lo envíes solo —dijo Olivenko—. Mándalo con Hogaza y conmigo para que podamos protegerlo.

—¿De las enfermedades? —preguntó Umbo.

—Creo que lo que pasó en la ciudad abandonada, fuera lo que fuese —dijo Rigg—, tiene mucho que ver con lo que Vadesh pretende que hagamos aquí.

—No nos ha pedido que hagamos nada —dijo Param.

—Pero algo quiere, igualmente —dijo Rigg—. ¿No veis lo solícito que se muestra con nosotros? Somos importantes para él. Así era Padre... Ram. Si le importabas, te seguía como un murciélago a una mosca. No tenía ojos para otra cosa. Pero si no le importabas era como si no existieras para él.

—Es verdad —dijo Umbo—. Yo algunas veces le importaba, pero en general no.

—Vadesh no podía quitarnos los ojos de encima —dijo Rigg.

—A ti, querrás decir —dijo Olivenko con una risilla.

—Y a Param y Umbo —replicó Rigg—. Los viajeros del tiempo.

—Todos hemos viajado en el tiempo —dijo Hogaza con una pequeña sonrisa—. Lo que pasa es que siente predilección por los niños.

—Algún día, Hogaza, seré lo bastante grande como para darte una buena tunda —le respondió Rigg.

—Yo he conocido a tus dos padres —dijo Olivenko— y no, Rigg, nunca serás tan grande como él. Ni yo llegaré a serlo.

—Me alegro de que lo tengas claro —dijo Hogaza.

Olivenko puso los ojos en blanco.

—Estoy tratando de mostrarme respetuoso contigo, Hogaza. No hace falta que me pongas en mi sitio, que ya sé cuál es.

—Solo era una broma —respondió el soldado con tono incómodo.

Pero no había sido una broma. Nadie en aquel grupo conocía a Hogaza tan bien como Umbo y él sabía que Hogaza había dicho lo que pensaba.

—Creo que lo mejor será —dijo Rigg— que me dé un paseo por aquí para ver lo que pueden revelarme los rastros. No tiene ningún sentido volver al pasado si llegamos a un sitio en el que no está sucediendo nada decisivo, ¿verdad? Y si no consigo encontrar nada que parezca prometedor no lo haremos. ¿De acuerdo?

Umbo sintió ganas de echarse a reír. Rigg hablaba con tono conciliador, como si estuviera cediendo. Pero lo que estaba haciendo en realidad era pedirles que aceptaran que, si él y solo él decidía que en algún punto del pasado podían descubrir algo, harían el salto. No había discutido con nadie y aun así se estaba saliendo con la suya.

Nadie más parecía haberse dado cuenta y a nadie más parecía importarle. Y lo que más molestaba a Umbo era el hecho de que sabía que Rigg tenía razón, que tenían que buscar información antes de volver a hablar con Vadesh y que si él se había opuesto era porque no soportaba que Rigg lo decidiera todo. Pero ¿qué podía hacer si Rigg tenía razón?

Lo siguió junto con todos los demás mientras su amigo, ensimismado, se perdía en la búsqueda de lo que él llamaba «rastros». Pasaron una hora viéndolo moverse por los prados que rodeaban la ciudad. Finalmente se sentó y, al instante, Hogaza los llevó a todos a su lado. Solo Umbo se quedó atrás, sin mirar a Rigg sino a la ciudad. Era más impresionante que cualquier cosa que hubiera visto en O o en Aressa Sessamo. Cada edificio era una obra de arte en sí mismo y al mismo tiempo, todos ellos eran fragmentos de algo mucho más grande y más hermoso. Era como si cada construcción, algunas más altas y otras más bajas, formase parte de un tapiz. «Quizá, si pudiéramos subirnos a la torre más alta, podríamos ver lo que representa el tapiz. Puede que un mapa, como el globo del interior de la Torre de O. Puede que el retrato de una persona. Puede que un mensaje comunicado por las torres, o por las sombras de las torres al ponerse el sol».

En ese momento reparó en las voces de sus compañeros.

—Lo último que queremos es volver al pasado en mitad de una batalla —dijo Hogaza. Así que, al parecer, Rigg había descubierto algo sobre lo que había sucedido allí.

—No apareceríamos en mitad de la batalla —dijo Rigg—. Solo a un extremo. Lejos. Fuera de peligro. Nadie estaba muriendo aquí mismo, por ejemplo.

—¿Puedes ver las muertes? —preguntó Umbo.

—No —dijo Param—. Rigg ya lo ha explicado. Si hubieras estado con nosotros, lo sabrías. Simplemente ve dónde terminan los rastros.

—Había gente contemplando la batalla —dijo Rigg—. Unas pocas personas. Umbo puede enviarme a su tiempo...

—Enviarnos —dijo Hogaza.

—Los asustaréis —dijo Param.

—Les sonreiré muy amablemente —dijo Hogaza, mientras les hacía una demostración de su mejor mueca militar.

—Oh, no hagas eso —dijo Olivenko—. Asustarías a tu propia madre.

—Tengo que preguntarles lo que está pasando —dijo Rigg—. Es lo que quiero. Recordad que Vadesh nos dijo que cada Muro contiene todas las lenguas.

—Si no les entiendes —dijo Umbo—, hazme una señal y os traeré de regreso a todos.

—¿A quiénes? —preguntó Param.

Hogaza y Olivenko la miraron con expresión de perplejidad.

—A nosotros —respondieron al unísono.

—Yo también voy —dijo Param.

—Es demasiado peligroso —dijo Hogaza.

—Como si hiciéramos alguna cosa que no lo fuese... —dijo Param—. Uno de vosotros tiene que quedarse aquí con Umbo, alguien capaz de protegerlo.

Hogaza se volvió hacia Param.

—¿De verdad quieres presenciar una batalla? La guerra puede ser horrible.

—¿No crees que pueda soportar la visión de cuerpos destrozados y gente chillando de agonía? —preguntó Param.

—Si puedes ahorrártelo, es mejor que lo hagas —dijo Hogaza.

—Mi madre me protegía tanto que casi acaba con mi vida —dijo Param—. Ya está bien. Puede que no sea lo bastante fuerte como para empuñar una espada, talar un árbol o levantar la esquina de un carruaje, como algunos de vosotros. Pero tengo ojos y oídos y quiero formar parte de esto. Directamente.

A nadie se le había ocurrido que tal vez el propio Umbo quisiera ver el pasado. Pero no, él era el ancla, el que no podía ir.

—Os enviaré a todos —dijo Umbo—. Dejad de discutir y cogeos unos a otros. Rigg, cuando hayas escogido un rastro, avísame.

Olivenko se acercó a él.

—¿No te preocupa lo que pueda pasarle a Param?

Umbo trató de controlar su reacción.

—Prestarme a ello no es lo mismo que no preocuparme. Ella quiere ir. ¿Por qué no iba a querer?

—Porque es peligroso —dijo Olivenko—. Porque los miembros de la realeza no tienen ninguna protección especial contra la muerte.

—Una protección especial es precisamente lo que estás tratando de ofrecerme —dijo Param.

—Si alguien puede cuidarse sola, esa es Param —dijo Umbo recalcando lo obvio.

Entonces habló Rigg, en un volumen mucho más bajo que los demás, pero que, sin embargo, los hizo callar a todos. «¿Cómo lo consigues?,» pensó Umbo.

—Lo que me da miedo es que si Param comienza a seccionar el tiempo una vez que hayamos saltado diez mil años hacia el pasado y entonces desaparece, ¿cómo podrás traerla de regreso?

«Debe de pensar que somos todos estúpidos».

—Tengo un plan realmente brillante para impedir que suceda —dijo Umbo—. Mucha atención. —Se volvió hacia Param y le habló con gran solemnidad—. Param, cuando te envíe al pasado, es muy importante que hagas esto: no-secciones-el tiempo.

La princesa respondió con el mismo tono de fingida gravedad:

—Excelente idea. Pero ¿y si nos encontramos con algo realmente peligroso, Umbo? ¿Y si no puedo impedirlo y comienzo a cortar el tiempo en trocitos pequeños?

—Pues no debes hacerlo, simplemente —dijo Umbo—. Si la cosa se pone fea, solo tienes que hacerme un gesto, como Rigg. ¿Crees que puedes hacer lo mismo que él? ¿Tus manos funcionan del mismo modo que las tuyas o necesitas que Rigg te enseñe a hacerlo?

Rigg se puso colorado. No estaba acostumbrado a que la gente se burlara de él.

—Ya es suficiente —dijo Hogaza con tono colérico.

—¿Por qué solo Umbo se da cuenta de que tengo tanto sentido común como todos los demás? —dijo Param—. Vamos, Rigg, escoge un rastro y comencemos.

—¿Qué prisa hay? —murmuró Olivenko—. El pasado no va a irse a ninguna parte.

—El presente sí —dijo Umbo. ¿Y si aparecía Vadesh y los detenía?

Rigg aún parecía azorado... ¿O estaba enfadado? Pero si era así, no lo demostró.

—Ya tengo el rastro que necesito —dijo—. Envíanos, Umbo.

Estaban todos agarrados, como cuando Rigg, Hogaza y Olivenko tocaron al plumo para cruzar el Muro. E igual que entonces, Umbo sintió una fuerte sacudida al adentrarse en el pasado tan rápidamente como la corriente de un río. Por sí solo, nunca podría habérselos llevado tan lejos. Era la capacidad de Rigg de acoplarse al pasado de alguien lo que los atraía hacia allí, al menos en la misma medida que el poder de Umbo. Y el rastro que había escogido estaba muy lejos, diez mil años nada menos, casi toda la historia de la raza humana en Jardín.

No desaparecieron, claro está. Umbo seguía viéndolos tan bien como antes. Pero todos trastabillaron, porque el suelo debía de estar más bajo en el pasado al que habían llegado. Puede que el nivel del prado no fuera el mismo por aquel entonces. Cayeron un poco y luego enderezaron la espalda y clavaron los ojos en el campo tapizado de hierba que había frente a la ciudad, donde, al parecer, estaba librándose una batalla. Como de costumbre, Umbo no veía nada de lo que pasaba. Pero entonces Rigg alargó el brazo y tocó a alguien en el pasado y Umbo atisbó una prenda y, durante un breve instante, el contorno de una persona. Rigg la soltó casi al instante y

la imagen desapareció.

## LA BATALLA

En toda su vida, Param nunca había estado en presencia de más de cincuenta personas a la vez. Incluso algo como esto era muy poco frecuente y siempre prefería evitar las cenas o recitales importantes, o los eventos de cualquier tipo organizados en honor a su madre. Pero aunque las ocasiones sociales pudieran estar salpicadas de crueles refriegas, todas ellas se libraban con palabras, miradas y gestos. Nada la había preparado para la guerra.

Se la había imaginado la guerra, claro está. A fin de cuentas, era la circunstancia central de su historia: primero para los señores de la Tienda Sessamoto, que habían conducido a sus soldados en devastadoras incursiones contra ciudades o aldeas indefensas y también luego, para los Reyes-en-la-Tienda, cuya presencia había obligado a las demás tribus del noreste a unirse contra su autoridad. Por último, el rey-en-la-tienda había dominado la totalidad de la llanura Stashi y había sometido a todos los enclaves libres y las tribus salvajes de los bosques y todas las aldeas pesqueras de la costa. Mientras estudiaba aquella historia, Param se lo había imaginado todo como una versión real del juego de las reinas y la arcilla, donde se lanzaban bolas de arcilla contra peones y reinas, que podían derribarlos o hacerse pedazos al chocar contra ellos.

Desde el punto de vista puramente intelectual, sabía que la guerra era una circunstancia sangrienta. El rey Algar Un Ojo era un ejemplo evidente de este hecho y el general Potonokissu había usado una pata de palo para caminar (aunque no para montar a caballo). Sus mutilaciones eran fruto del campo de batalla y si tales cosas les podían suceder a quienes dirigían los ejércitos, Param apenas era capaz de imaginar la suerte que podían correr los soldados regulares.

Pero cuando todos salvo Umbo se cogieron de la mano y, de repente, saltaron al pasado, se vio rodeada de repente por un fragor tan estrepitoso que estuvo a punto de perder el control. Había voces por todas partes: los gritos feroces que lanzaban los guerreros, las órdenes de los oficiales, los chillidos de los heridos... Y el olor a carne quemada, entre los demás hedores del campo de batalla, que casi le hizo vomitar.

Su reacción instintiva fue comenzar a seccionar el tiempo y desaparecer. Siempre había dependido de aquella habilidad para escapar de todo cuanto la asustaba. Pero se contuvo al darse cuenta de que, al final, Rigg había acertado al preocuparse por la posibilidad de que se perdiera en el pasado.

Se incorporó y vio que su hermano, mucho más acostumbrado que ella a saltos bruscos en el tiempo como aquel, ya se había recobrado y caminaba hacia tres

mujeres adultas que estaban presenciando la batalla. Rigg quería hablar con ellas; Param no tenía el menor deseo de hacerlo. Las mujeres parecían agobiadas y apesadumbradas. Se encontraban cerca de una especie de empalizada que rodeaba la ciudad y protegía al grupo frente a las miradas de los soldados que libraban la batalla.

La empalizada parecía levantada de manera apresurada, en un solo día, y estaba apuntalada aquí y allá desde atrás. Param se preguntó cuánto podría resistir contra un enemigo decidido. Su construcción era más bien tosca y había huecos entre los postes que permitían presenciar la batalla.

Pero ella no quería presenciar la batalla. Hasta poco antes creía que era lo que venía a hacer, pero ahora que se encontraba allí, lo que realmente la fascinaba era la ciudad, porque estaba a medio construir. Solo existían los edificios bajos, que en lugar del negro uniforme de las torres de la época de Param, estaban pintados de brillantes colores. Muchos de ellos parecían desteñidos y desgastados por el paso del tiempo, pero a pesar de ello relucían vívidamente en aquel día soleado, como si los habitantes de la ciudad la hubieran engalanado para un festival.

Desde lo alto de una torre, un rayo de calor puro hizo temblar el aire. Param lo siguió con los ojos un instante y luego avanzó los cinco pasos que la separaban de la empalizada y se asomó por uno de los huecos. Allí donde caía el rayo, la hierba se transformaba en llamas y los hombres huían.

Al principio no notó grandes diferencias entre los dos ejércitos: solo eran dos masas de figuras humanas armadas. Su número parecía similar. Pero pronto, al fijarse en los que estaban más cerca de ella, se dio cuenta de que los defensores estaban mejor armados: espadas y arcos contra garrotes y lanzas de factura tosca.

Y sin embargo, en lugar de penetrar entre las filas de los atacantes, las espadas de los defensores rara vez lograban alcanzarlos. Sus enemigos siempre esquivaban los cortes y golpes. Sus lanzas y garrotes, en cambio, siempre hacían blanco y de no haber sido por la armadura que llevaban sus enemigos, muchos de ellos habrían caído enseguida.

¿Por qué luchaban mucho mejor los atacantes?

Entonces reparó en que todos ellos tenían cabezas grandes y de forma extraña. Un momento después vio que sus cabezas estaban deformadas porque estaban cubiertas casi totalmente por mascaracarnes. Muchos de estos tenían ojos en sitios extraños, como si al parásito, después de haber cubierto la cara de los humanos, les brotara un ojo de la carne. Param los encontraba repulsivos y fascinantes a la vez. Los hombres de los mascaracarnes luchaban con salvajismo y destreza. Eran muy rápidos y esquivaban con movimientos elegantes las flechas de los defensores, antes de abalanzarse sobre ellos para lanzar golpes que raras veces dejaban de alcanzar su objetivo, aunque por lo general eran desviados por las armaduras.

Otro rayo cayó desde la torre. El haz de fuego tendría que haber supuesto una ventaja decisiva para los defensores. Pero en lugar de caer sobre las filas del ejército atacante, lo hizo en una zona donde casi no había hombres de ninguno de los dos



bandos. Como antes, incendió la zona e hizo huir a los soldados. El campo de batalla estaba salpicado de franjas de fuego o cenizas, así que ninguno de los dos ejércitos era capaz de mantener un orden de combate coherente.

—Habría que colgar a esos idiotas de la torre —murmuró Hogaza. Estaba junto a ella, en la empalizada.

—Los que usan esa vara de fuego no parece que tengan demasiada puntería —dijo Param.

—No le dan a nadie —dijo Hogaza—. Es inútil.

Olivenko, desde el otro lado de Param, preguntó:

—¿Cómo pueden ser tan ágiles los atacantes? Nunca había visto soldados que esquivaran tantos golpes.

—Los defensores son buenos soldados —dijo Hogaza—. Están bien entrenados y son disciplinados. Pero apenas logran alcanzar a sus enemigos.

Olivenko asintió.

—Tienen que atacar de dos en dos a cada enemigo para acabar con él.

—Puede que sea porque los otros no llevan armadura —dijo Hogaza—. Eso les permite moverse más deprisa.

«Es el mascaracarne —pensó Param—. Los mascaracarnes aumentan la velocidad de sus reacciones». Pero no dijo nada. Hogaza y Olivenko eran soldados. Sabían lo que estaban viendo, al contrario que ella.

Entonces se dio cuenta de que, si los dos soldados estaban presenciando la batalla, ninguno de ellos estaba protegiendo a Rigg. ¿Y si las mujeres lo tomaban por un enemigo? ¿Y si estaban armadas? Si había algún peligro, al menos ella podía evitar que lo alcanzara.

Las mujeres hablaban en una lengua que Param no había oído nunca, pero que aun así entendía. Se dio cuenta de que no es que estuviese traduciendo la lengua a un idioma que conociera, sino que simplemente la comprendía, a un nivel mental que estaba por debajo de lo lingüístico. O sea, que era cierto que el Muro enseñaba las lenguas que necesitaban a quienes lo atravesaban.

Las mujeres estaban asustadas y aterrorizadas y, al igual que Hogaza, dirigían sus palabras contra la dotación del cañón de fuego. Pero de sus palabras se deducía que no era un grupo, sino un solo individuo, al que se referían como «él».

—No lo utilizaré para matarlos —dijo la más alta de ellas—. Y tampoco dejaré que lo usemos nosotros. No somos tan escrupulosos como él. Los quemaríamos sin dudar.

—Ya no son humanos —dijo la mayor de ellas. ¿La madre?—. Matarlos sería como cortar la hierba, pero aun así no lo hará.

—No es nuestro amigo —dijo la más joven.

—No tiene otra alternativa que serlo —repuso la alta—. Así es como está hecho.

—Él hace lo que quiere —dijo la joven.

Rigg se limitaba a dejarlas hablar y escuchar. Param comprendió enseguida la

razón. Estaba extrayendo información vital de su conversación. Si intentaba sonsacarles, puede que no descubriera tantas cosas, porque le prestarían más atención. Le habría gustado saber cómo les había explicado la presencia de aquellas cuatro personas que habían aparecido repentinamente tras la empalizada. Pero puede que no les importase. Puede que a aquellas mujeres les bastase con que los extraños no llevaran mascaracarnes.

—No podemos construir la ciudad sin él —se quejó la anciana—. Pero no nos deja levantar una muralla de acero de campo y, sin su ayuda, esta miserable empalizada es lo único que hemos sido capaces de construir. ¡Dependemos en exceso de él! No sabemos hacer nada por nosotros mismos.

Param supuso que «él» no podía ser otro que Vadesh. Nadie más era capaz de manipular el acero de campo y nadie más habría podido construir un rayo de calor puro para luego prohibir a los habitantes de la ciudad que lo utilizaran.

—No nos ayuda en nada —dijo la joven—. La ciudad es eterna, pero ¿de qué nos sirve eso si no podemos defenderla?

—No podemos vivir en otra parte —dijo la más alta—. ¿Dónde encontraríamos agua que podamos beber sin peligro? Nos volveríamos como ellos. —Ahora que había visto a los mascaracarnes, Param comprendía el miedo y la aversión de las mujeres.

Finalmente, la anciana reparó en ella.

—¿Eres su hermana? —preguntó.

Param había olvidado lo mucho que se parecían Rigg y ella.

—Sí —dijo.

—Ojalá pudiéramos ayudaros —dijo Rigg.

La mujer señaló la empalizada, donde se encontraban Hogaza y Olivenko.

—Parecen soldados fuertes y están bien armados.

—Pero carecen de experiencia frente a enemigos tan rápidos y astutos como esos —dijo Param—. Los matarían enseguida.

—¿De dónde venís? —preguntó la anciana con tono suspicaz—. Habláis como niños tontos.

—Acabamos de aprender vuestra lengua —dijo Rigg.

—¿Nuestra lengua? —preguntó la joven con incredulidad—. ¿Es que hay otras? Ellos no hablan, salvo con los gruñidos de las bestias. ¿De dónde venís?

—De más allá del Muro —dijo Param.

—Del futuro —dijo Rigg.

Param pensó que era interesante que, aunque se hubieran decantado por interpretaciones distintas de la misma verdad, ni a Rigg ni a ella se les había pasado por la cabeza la idea de mentir.

Tampoco importó demasiado. Las mujeres se pegaron unas a otras mientras se alejaban de ellos.

—Embusteros —dijo la anciana.

—Espías —dijo la joven.

Pero la alta, aunque estaba tan asustada como las demás, les lanzó una mirada cargada de voraz curiosidad.

—¿El futuro? Entonces lo sabréis. ¿Ganaremos la guerra?

Rigg se volvió hacia Param y le habló en la lengua elevada que usaban en la corte:

—He averiguado todo lo que podemos, creo. Vamos a por los demás.

Param miró a las mujeres de reajo. No habían atravesado el Muro. No conocían la lengua que estaba usando Rigg y oírles hablar en un idioma que no entendían debía de ser aterrador.

—¿No vas a responderle? —dijo.

—No conozco la respuesta.

—¡Sabemos que la ciudad está vacía!

—Pero ¿lo está a causa de esta guerra? Si le digo eso podría cambiar el futuro.

—Su pueblo entero lleva diez mil años muerto. Cualquier cambio sería para mejor.

—Se me ocurren desenlaces peores —dijo Rigg. Miró de soslayo la empalizada y la batalla que estaba librándose al otro lado—. ¿Y si al saber que no podrán ganar desesperan y se rinden y entonces los otros, los afectados, sobreviven?

—¿Qué estáis diciendo? —inquirió la anciana.

—Es un galimatías —dijo la joven—. No tiene ningún sentido.

La alta había sacado un cuchillo largo y afilado y lo tenía en la mano.

—Son espías. —Se abalanzó sobre Rigg.

En un gesto instintivo, Param lo cogió del brazo y saltó hacia lo que para ella era su «escondite», la invisibilidad. Pero al tiempo se dio cuenta de que no debía hacerlo. Si Rigg y ella abandonaban el flujo temporal en el que se encontraban los otros, nada garantizaba que Umbo pudiera llevarlos de regreso al presente. Así que se detuvo un instante después de haber cedido al pánico.

Pero era demasiado tarde. La mujer ya había desaparecido.

Era de noche. Se encontraban a la luz del Anillo, Rigg y ella solos.

Maldijo el hábito de desaparecer. Tendría que haberle hecho a Umbo el gesto acordado para que los devolviese a su presente, pero para ello tendría que haberse acordado de que podía hacerlo.

Entonces se dio cuenta de que su talento no funcionaba así. La gente no desaparecía cuando fragmentaba el tiempo, simplemente comenzaban a moverse más deprisa y dejaban de verla. No podía transformar el día en noche.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Rigg con un susurro cargado de ferocidad—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé —respondió ella tratando de conservar la calma—. Me he detenido casi al instante. Solo tendría que haber pasado un momento.

—Podemos hablar, así que ya estamos fuera del tiempo acelerado, ¿no? —

preguntó Rigg.

—Ni siquiera hemos llegado a entrar, en realidad. No desaparecimos.

—Es obvio que sí —dijo Rigg—. Nos hemos desvanecido en su tiempo. Pero ¿cuánto nos hemos alejado y en qué dirección?

—No puedo retroceder en el tiempo y nunca he podido —dijo Param—. Solo dar pequeños saltos hacia delante.

—No ha sido un pequeño salto. Es la noche de ese día. O del día siguiente... o de un día lejano, cien años más tarde.

—La empalizada sigue aquí —dijo Param—. Y el fuego sigue encendido.

Rigg la abrazó con fuerza y juntos se acercaron a la empalizada. Algunos pequeños incendios seguían encendidos y había cuerpos por todas partes, pero el combate había cesado.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Param.

—Lo importante es que seguimos en el pasado. ¿Quiere eso decir que Umbo nos ha perdido o todavía nos está siguiendo? Si hubiera perdido el contacto con nosotros, ¿no deberíamos rebotar hasta él, hasta el tiempo del que procedemos? ¿O es que nos hemos extraviado y no puede encontrarnos para traernos de vuelta? Ojalá comprendiera cómo funciona esto.

Pero Param había visto algo, no en el campo de batalla sino más cerca de la ciudad.

—Rigg, ha caído una sección de la empalizada. La han derribado.

—No —respondió Rigg al cabo de un momento—, la han quemado. Ese maldito los traicionó.

Un grito se alzó en medio de la penumbra. No era una voz articulada. Y tampoco lo eran los gritos que le dieron respuesta. Quienes los habían emitido no se encontraban cerca de ellos, pero tampoco muy lejos.

—Creo que eso responde a la pregunta sobre el vencedor de la batalla —dijo Rigg—. Esos gritos proceden de la ciudad.

—¿Crees que nos han visto? Parece que las voces se están aproximando.

—No veo nada —dijo Rigg.

—Tal vez ellos sí puedan vernos —dijo Param—. Los mascaracarnes los hacen más rápidos y aceleran su capacidad de respuesta. Puede que también mejoren su vista.

Rigg levantó el brazo e hizo el gesto que habían convenido con Umbo.

No pasó nada.

—Nos ha perdido —dijo Rigg.

—No puede vernos —dijo Param al mismo tiempo. No pudo impedir que su miedo se transmitiera a sus palabras, pero Rigg parecía calmado.

—Volvamos al lugar desde donde Umbo nos envió el pasado —dijo—. Hemos saltado medio día hacia el futuro, así que tendría que poder encontrar los rastros de Hogaza y Olivenko. —Se la llevó lejos de la empalizada.

Param empezó a ver a los hombres-mascaracarne que estaban gritando. Llevaban garrotes y lanzas y corrían en línea recta hacia ellos. Era una imagen tan aterradora como fascinante.

—Creo que este sería un buen momento para que nos hicieras desaparecer —dijo Rigg.

—¡Pero Umbo nos perderá! —Se dio cuenta de que era una estupidez al mismo tiempo que lo decía. Umbo ya los había perdido.

—No podremos averiguar lo que ha pasado si estamos muertos —dijo Rigg—. No llevan nada de metal. Haznos desaparecer.

Esta vez no hubo salto, solo el repentino silencio que seguía al seccionamiento del tiempo y el leve zumbido mental que siempre lo acompañaba.

Pero los hombres-mascaracarne no parecían haberlos perdido de vista. No reaccionaron con confusión. Siguieron avanzando hacia Param y Rigg como si ella no hubiera hecho nada.

Lo único que se le ocurrió a Param fue concentrarse más, aumentar la intensidad y la velocidad del zumbido. El tiempo comenzó a dividirse en fragmentos más pequeños y ella a dar saltos cada vez más grandes entre cada momento de visibilidad.

El enemigo pareció acelerar —acelerar muchísimo— y de pronto se los encontraron encima. Pero para alivio de Param, esta vez sí que parecían confusos. Miraban a su alrededor, golpeaban el aire con sus garrotes o daban lanzazos a ciegas por todas partes. Empezaron a correr de acá para allá. Algunos de ellos se alejaron en diferentes direcciones para buscarlos, mientras otros se quedaban y apuñalaban o golpeaban el aire.

Pero a diferencia de los soldados de su madre, no tenían demasiada paciencia. Ahora que habían perdido de vista a Param y Rigg, no tardaron en rendirse. Aunque claro, puede que no tan deprisa como le pareció a Param, puesto que estaba avanzando hacia el futuro a tal velocidad que tal vez en los pocos momentos que pasaron buscándolos los hombres-mascaracarne transcurriese media hora, una hora o más.

La mayoría de los hombres-mascaracarne se marcharon, pero algunos de ellos se quedaron allí como centinelas y al llegar la mañana —al cabo de pocos minutos, a la velocidad que Param le había impuesto al tiempo— regresaron los demás. Se arrodillaron para examinar la hierba y al cabo de pocos instantes habían encontrado las huellas de Rigg y Param. No las que habían dejado atrás, puesto que la hierba que pisaban antes de desaparecer había vuelto a enderezarse. Las huellas que encontraron fueron las que estaban dejando en aquel mismo momento, puesto que la hierba no tenía tiempo de recuperarse en los escasos microsegundos de no-existencia que separaban los saltitos que Param estaba dando hacia el futuro.

Los hombres-mascaracarne examinaron sus rastros. Cuando usaban sus dedos o garrotes no había problema, pero Param sabía que las puntas de piedra de las lanzas podían hacerles daño. Se concentró aún más en el paso del tiempo y comenzó a

cruzar lapsos cada vez más grandes con cada salto hacia el futuro, para que las puntas de las lanzas coexistieran en el mismo espacio que sus pies por espacios de tiempo cada vez más reducidos. El zumbido de su cabeza se había convertido en una palpitación acelerada y profunda. El día terminó y los hombres-mascaracarne se marcharon. Volvió a hacerse de día y no regresaron. Volvió a hacerse de noche y luego de día, de noche, de día, de noche, de día...

Con un jadeo, dejó escapar la presión de su interior. Su corazón latía aceleradamente. Estaba agotada. Nunca había llegado tan lejos, ni siquiera cuando el pánico se apoderó de ella al saltar desde la roca.

Habían vuelto al tiempo real. Y podían oír de nuevo.

La empalizada estaba totalmente destruida. Algunos de los postes estaban partidos sobre el suelo, pero a la mayoría los habían arrancado de sus agujeros. Estaban clavados a poca profundidad, así que no había hecho falta una fuerza sobrehumana para echarla abajo, sobre todo de aquella manera.

Los cuerpos también habían desaparecido del campo de batalla y todos los incendios se habían apagado.

—Gracias —murmuró Rigg—. Creí que no lo contábamos.

—Todavía podría suceder —respondió Param en voz baja—. Por mi culpa estamos perdidos diez mil años en el pasado.

—Menos unos cinco días —dijo Rigg—. O puede que una semana. No estoy seguro de haber contado bien.

—Podrían habernos matado cuando señalaban nuestras huellas con esas puntas de lanza.

—Querrás decir nuestros pies —dijo Rigg—. Era una sensación muy extraña. Sentí que se me calentaban.

En ese momento, Param, que había estado recorriendo el campo de batalla y la ciudad con la mirada mientras hablaban —al igual que Rigg—, vio a Vadesh. Se encontraba de pie en uno de los sitios donde antes había huecos en la empalizada, examinando el campo de batalla como los dos muchachos hasta pocos segundos antes.

Rigg debía de haberlo visto también, porque la agarró de la mano y apretó con fuerza.

—No lo llames —murmuró—. No nos hemos visto aún.

Claro. El Vadesh de aquella época no sabría quiénes eran.

Pero no les sirvió de nada hablar entre susurros. La máquina poseía un sentido del oído extraordinariamente penetrante. Echó a andar hacia ellos.

—Dale la espalda —dijo Rigg—. Que no nos vea la cara.

—Ya os la he visto —dijo Vadesh desde lejos. Después del silencio del tiempo seccionado, su voz sonaba tan fuerte que resultaba estremecedora—. Y nunca las olvidaré.

—Umbo nos ha perdido, o nosotros a él —dijo Rigg—. Y los únicos rastros que

veo están aquí, donde estabais Olivenko, Hogaza y tú, presenciando la batalla. Pero Umbo no nos ve, así que no puede llevarnos de vuelta a nuestro tiempo.

—¿Puedes ver el momento en el que Umbo se los llevó al futuro? —preguntó Param—. Tal vez si te anclas al rastro justo en ese punto...

—No puedo anclarme a los rastros —dijo Rigg—. En realidad ni siquiera los veo, al menos con los ojos. Simplemente sé dónde están. No... no puedo tocarlos.

—Pero sí puedes, cuando Umbo... Debes intentarlo.

Rigg estiró el brazo.

—Aquí es donde estaba Olivenko cuando desaparece su rastro. Pero no sé cómo estaba. ¿Se encontraba su brazo aquí? ¿O aquí?

Vadesh estaba oyendo todo lo que decían. No era de extrañar que, cuando se presentaron ante él en un futuro muy lejano, lo supiera todo sobre su capacidad de desplazarse en el tiempo.

—Vadesh casi está aquí —dijo Param.

—Lo sé, pero esto no funciona. —Seguía moviendo el brazo, tratando de hacer algún contacto—. Preferiría no tener que mantener una conversación con el traidor que ha provocado la muerte de todos los humanos que no estaban infectados.

—No han muerto —dijo Vadesh, todavía a cierta distancia. ¿Es que podía oír hasta el más leve de sus susurros?—. Escaparon de la ciudad cuando los nativos entraron en ella.

—No discutas con él —dijo Param.

—Los llama «nativos» —susurró Rigg con rabia—. Porque están infectados con el parásito nativo.

—Al menos no cree que sean humanos —dijo Param.

—Pero es que lo son. Y mejores aún —dijo Vadesh, ya muy cerca, lo bastante para hablar en lugar de gritar—. ¿No habéis visto con qué rapidez e inteligencia se movían en el campo de batalla?

—Nativos y humanos —dijo Rigg—. Vamos, Umbo, encuéntranos, llévanos de aquí...

A Param le pareció que estaba rezando.

—No funciona. No puede vernos, así que intenta otra cosa.

—No hay nada más que pueda hacer.

—No —dijo Param. Su mente pensaba a toda velocidad—. Cuando la mujer trató de apuñalarte, no fui yo la que nos envió de un salto a la noche y tampoco fue Umbo, porque él nos habría llevado de regreso al tiempo del que procedíamos.

Rigg la miraba y la escuchaba. Pero estaba claro que no la comprendía. O no quería comprenderla.

—Fuiste tú —dijo Param—. El cuchillo iba hacia ti y saltaste para apartarte. Pero no en el espacio, sino en el tiempo.

—No puedo hacerlo. Es Umbo el que hace eso.

—No, eres tú. Eres tú el que localiza el pasado, el que nos lleva hasta él. O al

menos colaboras. Tu cuerpo ha estado aprendiendo a hacerlo, aunque tu mente no lo entienda ni sea capaz de controlarlo. Pero puedes hacerlo.

—Lo he intentado. Durante nuestro viaje por el río lo intenté constantemente y...

No tenían tiempo para regodearse en su desesperación. Param recordaba cómo la había ayudado el nativo de Jardín —el prescindible llamado Ram— a encontrar su don.

—Calla y escucha —dijo usando la voz que empleaba su madre siempre que quería que la atendieran al instante—. Lo sientes en la nariz, como un estornudo que se forma o como cuando empiezas a sentir deseos de llorar. Pero entonces va bajando por tu garganta, por tu esternón y luego por tu estómago, hasta llegar a la ingle. Aprietas fuerte con el diafragma, como si estuvieras tratando de levantar algo. Con fuerza. Bajas la nariz y levantas la ingle.

Rigg la miraba con expresión confusa. Estaba claro que Ram no le había enseñado aquello, tal vez porque no funcionara con su don. Pero tenía que conseguirlo. El don de Param no les permitiría escapara de Vadesh porque Vadesh era una máquina y, como había oído todo lo que habían dicho, sabía que solo tenía que esperar lo bastante para que reaparecieran. Rigg tenía que salir de allí con ella, así que lo único que podía hacer era tratar de controlar el mismo poder que había utilizado para ponerse más allá del alcance del cuchillo.

Param comenzó a repetir sus instrucciones y, esta vez, Rigg procuró obedecerlas. Pudo sentir cómo se le formaban lágrimas en los ojos, igual que le había sucedido a ella al principio de su aprendizaje. Un temblor en los músculos que rodeaban la nariz, un tic de los párpados inferiores. Apretó el vientre e inclinó ligeramente el cuerpo.

Su mano seguía en el aire, temblando, a la altura donde esperaba encontrar a Olivenko.

Vadesh ya estaba casi sobre ellos, sonriendo, sonriendo, sonriendo...

—Lo veo —susurró Rigg. Su mano se movió.

Y entonces Param vio que había una manga en su mano. No un brazo, solo una manga. Pero un instante después apareció el brazo, que al momento siguiente se transformó en Olivenko, que se volvía hacia ellos, y luego en Hogaza, que también estaba volviéndose, y entonces reaparecieron los sonidos de la batalla y el hedor de la guerra, y desapareció Vadesh.

Rigg no vaciló. Volvió la cabeza hacia el lugar donde debía de estar Umbo. Asintió vigorosamente y luego volvió a levantar y bajar la barbilla. Param lo comprendió: no podía hacer la señal con el brazo porque para ello habría tenido que soltar a Olivenko o a ella.

Pero ¿y si su excursión por la semana posterior a la batalla los había hecho invisibles para Umbo? ¿Y si Umbo los había perdido irremediablemente, hicieran lo que hicieran?

—¡Hacedle la señal a Umbo! —gritó Param a Hogaza y Olivenko.

Pero antes de que pudieran obedecer, la empalizada desapareció, acompañada por



el ruido y los olores. Volvía a ser una mañana tranquila. Umbo estaba allí, donde debía. La ciudad volvía a tener sus torres más altas. Y Param y Rigg estaban allí, con los demás.

—Por el codo izquierdo de Ram —exclamó Rigg con alivio.

—No, el codo que tienes cogido es el mío —dijo Olivenko—. ¿De dónde habéis salido? Creí que estabais hablando con esas mujeres.

—Habíais desaparecido —dijo Hogaza—. Pensé que Param había hecho su truco.

—No —respondió ella—. Estuve a punto, pero al final me contuve.

—Pues yo he sentido que escapabais de mi control —dijo Umbo—. Como si me sacaran un diente suelto. Os estaba agarrando con tanta fuerza que cuando os habéis desvanecido me ha hecho daño. Os había perdido.

—Lo sé —dijo Rigg, y entonces esbozó una sonrisa estúpida—. Umbo, he sido yo. Param lo dedujo. He aprendido a saltar en el tiempo sin darme cuenta. Sentía lo que estabas haciendo y hasta creo que te ayudaba, pero no sabía cómo hacerlo por mí mismo. Solo lo hice por accidente, cuando ella trató de apuñalarme.

—¿Param? —preguntó Hogaza, alarmado.

—No, la mujer con la que estábamos hablando. La asustamos. Estaban en medio de una guerra y ella estaba armada, así que, como es natural, trató de matarme. Pero salté medio día hacia el futuro para evitarlo. Solo que no me di cuenta de que había sido yo. Creí que lo había hecho Param, de algún modo. No podía repetirlo. Así que ella aceleró el tiempo durante media semana y pensé que estábamos irremediabilmente perdidos. Pero Vadesh nos vio. El Vadesh del pasado. Por eso nos ha reconocido ahora... o ayer, al menos. Porque se nos estaba acercando mientras Param me contaba cómo podía controlar esto, este poder que tienes... que tenemos...

—¿No podrías ser un poco más incoherente? —preguntó Olivenko—. Has dicho algunas cosas que casi comprendo y estoy seguro de que no era esa tu intención.

—Conseguí controlarlo —dijo Rigg—. Tenía el rastro de Olivenko e intenté hacer lo que me decía Param y entonces lo vi. Lo agarré de la manga, del brazo y se hizo real. Y entonces...

—Entonces es cuando os he visto aparecer junto a Hogaza y Olivenko —dijo Umbo—. Solo que para mí ha sido como si saltarais. Os había perdido y, de repente, estabais allí de nuevo.

—Pero en ese lapso habíamos ido y vuelto a la semana siguiente —dijo Rigg. Estaba literalmente fuera de sí. En ese momento, Param se dio cuenta de que el hecho de que únicamente pudiera seguir los rastros por el tiempo con la ayuda de Umbo lo había consternado profundamente hasta entonces.

Y sin embargo, le daba la sensación de que había aprendido a hacerlo muy deprisa. Puede que lo hubiera aprendido inconscientemente del propio Umbo, pero había logrado controlarlo la primera vez que había probado las cosas que Ram le había enseñado a ella. A ella le había costado semanas, pero Rigg lo había logrado a la primera.

Lo que quería decir que Ram, que había pasado años y años recorriendo los bosques con Rigg y le había enseñado todo lo demás, nunca había tratado de enseñarle cómo aferrarse a un rastro para hacerlo real. Había enseñado a Umbo y a Param, pero al muchacho que creía que era su padre, Ram no le había enseñado nada.

—Son un hatajo de serpientes mentirosas —dijo.

Los demás la miraron.

—¿Los hombres de los mascaracarnes? —preguntó Hogaza.

—¿Cómo iban a mentir? —preguntó Rigg—. Ni siquiera pueden hablar.

Pero Umbo comprendió lo que estaba pensando.

—Se refiere a los prescindibles. A Vadesh y a Ram. A tu padre, Rigg.

—Lo que te dije fueron los quince primeros segundos de la primera lección que me dio tu supuesto padre cuando empezó a enseñarme a controlar mi don —dijo Param—. ¿Por qué no te enseñó a ti esos quince segundos?

El entusiasmo de Rigg dio paso a la comprensión.

—Me enseñó todo lo que quería que supiera.

—Como Vadesh —dijo Param—. Se creen dioses. Piensan que tienen derecho a decidir, al margen de nuestros deseos o necesidades. Creen que lo saben todo.

—Puede que sea así —dijo Olivenko.

Param se revolvió hacia él.

—Sí, igual que Madre. Pensaba que tenía derecho a matarme, igual que Vadesh cuando traicionó a los habitantes de la ciudad.

—¿Cómo dices? —preguntó Hogaza.

—Usó el rayo para abrir un agujero en la empalizada —dijo Rigg—. Dejó que los hombres mascaracarne expulsaran de la ciudad a los que no estaban infectados. Optó por uno de los dos bandos y escogió el de los parásitos. Los llama «nativos» pero asegura que siguen siendo humanos.

—¿Qué más da eso? —preguntó Olivenko—. Ya están todos muertos.

—Escogió un bando —dijo Param con rabia— y eligió a los parásitos antes que a la raza humana.

—No podemos fiarnos de él —dijo Rigg.

—Pero si no lo hacíamos —dijo Olivenko.

—Ahora además sabemos que es nuestro enemigo —dijo Param.

—Al menos ahora sabemos que Rigg puede volver al pasado sin mí —dijo Umbo. Pero a Param le dio la sensación de que esto no le hacía demasiado feliz.

—Yo nunca podría haber regresado al presente —dijo Rigg—. Solo puedo ir al pasado, donde hay rastros a los que agarrarme. ¿Cómo podría volver al futuro sin que tú me ancles?

Param se dio cuenta de lo que estaba pasando. Umbo se sentía irrelevante y Rigg estaba tratando de tranquilizarlo. Pero cuanto más hablaba, más parecía alterarse Umbo. O puede que no estuviera alterado. Puede que solo estuviese dolido. Puede que detestase que Rigg tratase de tranquilizarlo.

—Todos tenemos talentos y seguimos necesitándonos unos a otros —dijo Param, tratando de poner fin a aquello.

—No todos —respondió Olivenko—. Por lo que al tiempo se refiere, Hogaza y yo carecemos por completo de talentos.

—Sin contar que he vivido mucho más que cualquiera de vosotros —replicó Hogaza.

—¿Todo el mundo piensa ofenderse o sentirse avergonzado porque no posee las habilidades de los demás? —exigió Param—. Ninguno de nosotros sabe lo que estamos haciendo. Todos estamos aprendiendo, todos nos necesitamos para luchar contra ese prescindible al que, al parecer, le gustan más los monstruos que los humanos.

—Y que viene por ahí —dijo Olivenko. Su mirada los hizo volverse a todos en la misma dirección. Vadesh se les acercaba por el prado, igual que hacía diez mil años, la semana después de la batalla.

—Cuidado —dijo Param en voz baja—. Puede oír todo lo que decimos, incluso desde ahí.

—Entonces entenderá por qué lo desprecio —dijo Hogaza.

—¡Oh, claro que sí! —exclamó Vadesh—. Pero ahora ya sabéis por qué me alegré tanto al ver que cruzabais el Muro. ¡Llevo diez mil años esperándoos! Y Ram se negaba a contarme nada sobre vosotros cuando se lo pregunté. Claro, puede que no supiera nada hasta que no nacisteis. Se me ha ocurrido que... puede que mis preguntas fuesen la razón por la que empezó a buscar a gente dotada de la capacidad de manipular el tiempo. Sería una paradoja maravillosa, ¿no? Os conocí, le pregunté a Ram por vosotros y a causa de mis preguntas inició un proyecto de manipulación genética del que fuisteis el fruto. ¡Puede que os haya creado yo, creo! ¿A que es gracioso?

—Ja, ja —dijo Hogaza—. ¿Sabes lo que sí es gracioso de verdad?

A esas alturas, Vadesh estaba ya casi a su altura.

—Dímelo —dijo.

—Que sigues sin entender que tal vez la razón por la que Ram no te contara nada es que por tu culpa murieron todos los humanos de tu cercado.

Vadesh estiró el brazo y empujó a Hogaza. Apenas hizo un leve movimiento (o al menos esa fue la impresión que dio), un gesto casi desganado, y Hogaza retrocedió tambaleándose unos pasos y cayó. Al levantarse se cubría con la mano el hombro izquierdo, donde lo había golpeado Vadesh, y jadeaba de dolor.

—No está roto —dijo Vadesh—. Yo no hago daño a los seres humanos. No los mato. Los prescindibles no podemos matar a la gente. ¿Por qué crees que solo quemaba la hierba que separaba a los ejércitos?

—Pero murió gente —dijo Olivenko.

—Se mataron unos a otros —respondió Vadesh—. Yo no.

—Del mismo modo que ahora no me has hecho daño —dijo Hogaza con rabia—.

Únicamente me has dicho que cerrara la boca, ¿no?

—Pero sigues sin captar el mensaje —dijo Vadesh con una sonrisa—. ¿Por qué decidieron traerte consigo estos chicos tan inteligentes?

Hogaza se enfureció aún, pero había sentido la fuerza del golpe de Vadesh. Param vio que se contenía.

—Muy bien —dijo Vadesh—. Le cuesta, pero aprende.

—Has demostrado lo que querías demostrar —dijo Rigg—. Eres más fuerte que nosotros. Puedes derribarnos. Pero nosotros podemos escapar de ti cuando queramos. Así que te sugiero que no vuelvas a tocarnos si no quieres que desaparezcamos.

Vadesh puso cara de genuina consternación... ¿pero qué significaba cualquiera de sus expresiones humanas? Era tan falso como la madre de Param, pero, al igual que le pasaba con ella, Param era incapaz de no verlo como una persona de verdad, con sentimientos de verdad. Al ver el daño que, fingido o no, le hacían las palabras de Rigg, Param, muy a su pesar, sintió el impulso de consolarlo.

—Dinos lo que quieres de nosotros, simplemente —dijo Param—. Así podremos decidir si queremos concedértelo.

—Y yo decidiré si quiero daros más agua —dijo Vadesh.

—Y nosotros si queremos retroceder hasta una época anterior a la llegada de los tuyos a este mundo, cruzar el Muro por donde habíamos venido y no dejar que vuelvas a acercarte a nosotros —dijo Rigg.

La sonrisa de Vadesh permaneció inalterable.

—Tablas —dijo—. Volved a la ciudad y podréis tener toda el agua que queráis. Entonces os contaré para qué os necesito y podréis decidir lo que queréis hacer. Es un trato justo, ¿no?

—Viniendo de un traidor genocida —dijo Param—, creo que es una oferta generosa.

Una parte de ella esperaba recibir un ataque casi desganado como el que había sufrido Hogaza. Pero Vadesh se limitó a guiñarle un ojo.

—No puedes herir mis sentimientos —dijo—. No tengo.

Pero a Param le daba la sensación de que aquel acto de violencia contra Hogaza solo se explicaba por unos sentimientos heridos. Vadesh había atacado cuando Hogaza lo acusó de provocar la muerte de todos los humanos del cercado. Independientemente de la naturaleza de Vadesh, no le gustaba que lo acusaran de... ¿genocidio? ¿O fracaso? Aunque no supieran qué era lo que lo alteraba, estaba claro que se le podía provocar con palabras. Era peligroso y ahora ya lo sabían todos.

«Le tenemos miedo. Puede que sea otra estratagema para manipularnos, ahora que ya no puede engañarnos. Así que puede que no lo hayamos provocado. Es posible que, simplemente, haya decidido cambiar de la cuchara al tenedor, es decir, al cubierto más útil para el plato que piensa servirnos».

Igual que su madre, igual que casi todas las personas poderosas que había conocido durante toda su vida. Y si algo había aprendido Param era esto: no se puede

ganar una partida contra un adversario que cambia las reglas cuando las cosas no salen como a él le interesa. En casos así, lo único que Param había podido hacer era dejar de jugar. Así que desapareció.

## DECISIONES

Para Rigg, Param no se había hecho invisible. Seguía sabiendo exactamente dónde estaba, porque su rastro era reciente y claro. Así es como la había descubierto por primera vez en la casa de su madre, donde vivía como prisionera real. Pero ahora hizo un esfuerzo por no mirar en la dirección donde sabía que estaba su rastro, porque no quería que Vadesh tuviera la ocasión de pasar su cuerpo parcialmente metálico por la misma zona del espacio en la que ella aparecía y desaparecía. Rigg no sabía con certeza cuánto metal contenía el cuerpo de un prescindible, pero no hacía falta demasiado para causar graves daños a Param.

—Sé dónde está —le dijo Vadesh—. Poseo un sentido perfecto del tiempo y sé exactamente hasta dónde podría haber llegado, aunque fuese corriendo.

Rigg miró a Hogaza, Olivenko y Umbo.

—Por lo que parece, Param ha tomado una decisión.

—Le va a entrar sed —dijo Umbo.

—No me gusta que nos separemos —dijo Hogaza—. Así no podemos ayudarnos unos a otros.

—Una cosa está clara —dijo Rigg—. Tenemos que organizarnos de otra manera.

Sintió que Umbo se ponía tenso, como si se resistiera a sus palabras. Como si estuviera resentido.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Umbo —dijo.

—¡Pero si no he dicho nada! —protestó Umbo.

—Cuando todo esto empezó, era yo el que llevaba el dinero. Las piedras preciosas.

—Y aún las llevas —dijo Hogaza.

—¿Las quieres? —preguntó Rigg—. Ya las has tenido antes. Te las devolveré.

—¡No! —dijo Vadesh bruscamente, antes de que Hogaza tuviera tiempo de responder.

—Esta discusión no te incumbe —dijo Rigg—. No podemos obligarte a irte y no podríamos impedir que nos escucharas aunque te marcharas, pero tu punto de vista nos trae sin cuidado porque, por lo que sabemos, eres el enemigo.

—Vuestro enemigo son esos mascaracarnes salvajes —aseguró Vadesh.

—Tus aliados —dijo Hogaza.

—Por favor, que nadie le responda, incluido yo —dijo Rigg—. Estaba exponiendo mi punto de vista.

—No querríamos interrumpirte mientras lo haces —dijo Umbo.

Rigg optó por ignorar de momento el comentario sarcástico de su compañero.

—Al principio tenía sentido que fingiéramos que era yo quien mandaba, a causa del plan que estábamos utilizando —dijo Rigg—. Fingir que yo era un rico heredero y vosotros mis sirvientes.

—Oh, conque estábamos fingiendo... —murmuró Umbo.

—Entonces me capturaron y vosotros, Umbo y Hogaza, os quedasteis solos y vinisteis a Aressa Sessamo a ayudarme, cosa que os agradezco. Conocí a Olivenko y lo arrastré hasta aquí. Param es mi hermana y corría tanto peligro como yo. Pero al final, lo que no termino de entender es por qué tendría que mandar yo.

—Es que no es así —dijo Umbo con tono de desafío.

—Pues es un alivio —respondió Rigg—. El problema es que Hogaza y Olivenko se someten a mi juicio cuando hay que tomar alguna decisión. Cosa que tiene lógica, puesto que aunque son mayores y lo normal sería que uno de ellos estuviera al mando, carecen de poder sobre el tiempo y, de todos modos, dedican la mayor parte de su energía a intercambiar comentarios ofensivos.

—La culpa es de él —dijo Olivenko.

—Te crees muy listo —dijo Hogaza.

—Gracias por demostrar que tengo razón —dijo Rigg—. Es absurdo que sigáis con esa estúpida rivalidad. El ejército regular contra la guardia urbana. ¿A quién le importa esa tontería? Hogaza se retiró hace años para aprender dos nuevas profesiones: posadero y marido de Goteras. Olivenko solo ingresó en la guardia porque su carrera como erudito se fue al traste cuando murió mi padre, el de verdad. Un posadero y un erudito, pero los dos lo bastante grandes, fuertes y bien entrenados como para que cualquiera se lo piense dos veces antes de hacerles frente sin la ayuda de varios amigos.

—¿A quién va a darle miedo un...? —Comenzó a decir Hogaza.

—A muchos —lo cortó Rigg—. ¿Es que no oyes lo que estoy diciendo? Madurad, los dos, portaos como adultos, y tomad las riendas de esta expedición.

—No podemos —dijo Olivenko—. Ni él ni yo.

—Claro que sí —dijo Hogaza—. Lo que pasa es que él no quiere.

Rigg lo fulminó con la mirada. Hogaza puso los ojos en blanco como un adolescente y los apartó.

—¿Sería posible que uno cada uno de vosotros deje hablar al otro sin contradecirlo? —dijo Rigg—. Esta es la razón por la que he tenido que seguir al mando, por mucho que eso moleste a Umbo.

—No me molesta —comenzó a decir Umbo.

—«No queríamos interrumpirte» —dijo Rigg imitando su voz—. «Oh, conque estábamos fingiendo». Estoy de acuerdo contigo, Umbo. No tengo derecho a mandar en este grupo y además estoy cansado de hacerlo.

—Tu padre te enseñó a hacerlo —dijo Umbo a regañadientes.

—Ya he hecho todo lo que él quería que hiciera cuando empezó a enseñarme —

dijo Rigg—. Fui a Aressa Sessamo, saqué a mi hermana de la casa y luego, con tu ayuda, ella y yo salimos del cercado antes de que el general Ciudadano y nuestra amantísima madre pudieran matarnos. Aparte de esto, no sé lo que quería el prescindible llamado Ram y tampoco me importa, porque ahora lo que importa es lo que queramos nosotros. Solo que ahora mismo no lo sé. En las últimas semanas, lo único que hemos hecho ha sido tratar de sobrevivir y nada más.

—Creía que querías saber lo que le había pasado a Knosso Sissamik —dijo Olivenko.

—Así es —dijo Rigg—, pero no tanto como para morir por ello. Quiero salir de este cercado, eso es cierto, porque mi confianza en Vadesh, aquí presente, no llega más lejos que mi orina cuando salgo a mear e incluso en un día sin viento, eso no es demasiado lejos.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Olivenko—. ¿Volver al cercado de Ram?

—No —dijo Rigg—. O sea, vosotros podéis hacerlo si queréis, pero Param y yo no.

—Yo no puedo ir a ninguna parte —dijo Olivenko—. Salvo que me lleve consigo alguno de vosotros, los viajeros del tiempo.

—Podría llevarte Umbo —dijo Rigg—. Hace ya mucho que demostró que no me necesita para viajar en el tiempo.

—Y no lo soportas, ¿verdad? —dijo Umbo.

Al oírlo hablar así, Rigg sintió que desesperaba.

—Tu don me ha salvado la vida. Ha salvado la vida de mi hermana. Nos ha salvado a todos. Reconozco que me sentí débil y tonto al ver que podías hacerlo sin mí y yo no sin ti. Pero ahora estamos igualados.

—Oh, claro —dijo Umbo—. Tú puedes remontarte once mil años y yo apenas seis meses, lo que no nos da para cruzar el Muro.

—Y tú puedes permanecer anclado en el presente y volver siempre al momento del que habías salido —dijo Rigg—. Somos distintos y los dos poseemos poderes extraordinarios. Y ahora te estoy diciendo que no deseo ser el jefe de nadie, ¿de acuerdo? Ahora el jefe eres tú. El grupo es tuyo.

—No —dijo Umbo—. No quiero estar al mando de nada.

—Conozco esa sensación —dijo Rigg.

—Yo diría que necesitáis un liderazgo imparcial —dijo Vadesh.

Rigg ni siquiera se molestó en mirarlo.

—¿Hogaza?

—Admito que querría volver a casa.

—Pues hazlo. Por favor —dijo Rigg—. Ya has hecho mucho más de lo teníamos derecho a pedirte. Goteras te necesita.

—Si no puedo llevaros a los dos ante ella para que vea que estáis sanos y salvos, mi vida no valdrá lo que un mendrugo de pan en medio de una bandada de cuervos.

—¿Por qué tiene que mandar alguien? —preguntó Umbo—. ¿Por qué no



podemos permanecer juntos mientras nos apetezca y separarnos cuando creamos que ha llegado el momento?

—A mí me parece bien —dijo Olivenko.

—Porque eres un erudito —dijo Hogaza—. Y no lo digo para provocar una pelea. Solo digo que si algo aprendí en el ejército es que o se va juntos o no se va. Tenemos que saber que podemos contar con todo el que viene con nosotros, o ir solos.

Rigg enterró la cara entre las manos.

—Seguramente tienes razón, pero estoy cansado de sentirme responsable por todos.

—¡Nunca has sido responsable de mí! —dijo Umbo al tiempo que se ponía en pie de un salto.

—¡Claro que sí! —respondió Rigg gritando—. Por mi culpa tuviste que abandonar tu casa. Tuviste que ir a Aressa Sessamo y salir del cercado y por mi culpa estás sediento y bajo el poder de esta máquina parlante.

—Yo tomo mis propias decisiones —dijo Umbo con tozudez.

—Sigue siendo responsabilidad mía enderezar las cosas —dijo Rigg—, pero soy incapaz. No puedo hacerlo. Ya ni siquiera sé lo que está bien.

—Yo sí —dijo Vadesh—. Traté de decírselo a mi pueblo, pero no me escucharon. Hice lo que tenía que hacer.

—Param ha tomado una decisión por sí misma —dijo Rigg—. Sin consultarme. Lo que quiere decir que ya no es responsabilidad mía.

—Es tu hermana —dijo Hogaza.

—Es la hija de Knosso —añadió Olivenko.

—Pero no es responsabilidad mía —dijo Rigg.

—Empiezo a creerme lo de que no quieres seguir al mando —dijo Hogaza.

Rigg asintió con aire de cansancio.

—Por fin empezamos a comprendernos.

—Muy bien —dijo Hogaza—. Entonces tomo el mando. Y digo que sigamos a este títere mecánico hasta el agua y bebamos mientras oímos lo que tiene que contar. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Sí —dijo Olivenko. Y lanzó una mirada a Rigg, como queriendo decir «¿Ves? Puedo estar de acuerdo con Hogaza».

—De acuerdo —dijo Umbo—. Tengo sed.

—No —dijo Rigg.

Todos lo miraron consternados.

—Oh, el plan es perfecto —dijo Rigg— y Hogaza es el que manda. Pero está bien estar equivocado sin que eso importe. Param puede seguirnos si quiere.

Vadesh, que seguía junto a ellos, parecía un poco perplejo.

—¿Vais a hacer lo que digo, entonces?

—Sí —respondió Hogaza.

—¿Y entonces a qué ha venido tanta discusión?

Hogaza se limitó a sacudir la cabeza.

—Cosas de humanos.

—No eres muy listo que digamos —dijo Umbo a Vadesh.

—Solo finge no comprendernos —dijo Rigg.

—Yo creo que nunca ha comprendido a los humanos —dijo Olivenko.

—Oh, en eso tienes razón —dijo Vadesh—. Pero sé que si no encontráis agua moriréis y yo tengo toda el agua que podáis querer. Así que vamos.

Parecía muy satisfecho. Hablaba igual que el padre de Rigg. «No puedo confiar en él —se recordó este—. No es Padre. Y Padre no era Padre, en realidad. Son todos unos embusteros».

Pero seguir a aquella cosa, a aquel hombre, y responder sus preguntas y hacer lo que él decía era lo que se había pasado haciendo toda su infancia, toda su vida hasta el año pasado. Volver a seguirlo le parecía lo correcto y esa sensación, suponía Rigg, era la misma que experimentaban otras personas cuando hablaban de «volver a casa».

De regreso en la fábrica bebieron hasta hartarse, rellenaron las cantimploras y los pellejos de agua y hablaron poco mientras Vadesh hablaba mucho. Les habló de los tiempos en los que la ciudad era productiva.

—Mantuvimos la tecnología del vuelo mientras pudimos. No es que voláramos a ninguna parte: era demasiado peligroso, con el Muro. Es invisible, así que si un piloto se acercaba demasiado, podía volverse loco y estrellarse.

Rigg trató de imaginarse a los humanos volando y decidió que un «avión» era una especie de carruaje volador. O un bote, dado que tenía piloto. Un bote volador. ¿Tendría que vencer la resistencia de los vientos como los botes la de la corriente para ascender por los ríos grandes?

Pero no dijo nada, porque de momento estaba ocupado tratando de descubrir cómo pensaba Vadesh. Creía que eso los ayudaría a salir sanos y salvos de su cercado. Y no se trataba únicamente de Vadesh. Solo era el segundo prescindible que Rigg conocía y tenía que descubrir ciertas cosas sobre ellos. Cada cercado tenía su propio prescindible, así que en todos ellos se encontraría con el equivalente de Vadesh o Ram.

«Los prescindibles pueden hacer que dependamos de ellos, los necesitemos y los queramos —pensó Rigg—. Sin embargo, también pueden conducirnos a nuestra propia destrucción, tal como hizo Vadesh con los humanos no infectados de la ciudad. ¿Habría Padre manipulado a los humanos de manera igualmente implacable? ¿Soy su hijo o solo un humano de sangre real con talento al que podía manipular para que sembrara la destrucción? Puede que a Ram le importase tan poco la vida humana en su cercado como a Vadesh en la suya. En cuyo caso quizá debería olvidar lo que me enseñó y negarme a ver el mundo como él quería. O puede que Padre supiera que algún día me encontraría con alguien —con algo— como Vadesh y me entrenara

precisamente para que pudiera aprender de este monstruo y vencerlo. Ojalá Vadesh no fuera idéntico a Padre».

—Pero Rigg es demasiado importante como para prestar atención —dijo Vadesh en aquel momento.

—Estoy prestando atención —dijo Rigg.

Vadesh no dijo nada.

Rigg le repitió lo que acababa de decir:

—La ciudad la diseñaron ingenieros humanos. Todos sus logros fueron logros humanos.

—No parecía que estuvieras prestando atención —dijo Vadesh.

—Estaba pensando que parece muy importante para ti que comprendamos que todo lo que hay aquí lo hicieron los humanos. Al principio pensé que te referías a los «humanos» por oposición a ti. Pero ahora veo que con «humanos» quieres decir «humanos poseídos por mascaracarnes».

—¡Poseídos no! —Vadesh—. ¡Mejorados! Era lo que todos esperábamos al comienzo, cuando el gran Ram Odín nos dijo cuál debía ser nuestra obra: combinar la vida de este mundo con la que los humanos habían traído consigo.

—Así que, en realidad, esta es la gran ciudad de los mascaracarnes —dijo Olivenko.

—De los humanos cuyos sentidos se hicieron más penetrantes y agudos con la ayuda de los mascaracarnes —insistió Vadesh.

—Creía que habías dicho que la acción de los mascaracarnes devolvía a los humanos a un estado primitivo, en el que solo pensaban en la guerra y la reproducción —dijo Olivenko.

—Al principio sí. Y en el caso de los humanos más débiles, se trataba de una regresión permanente. Pero algunos humanos eran lo bastante fuertes como para dominar a los mascaracarnes. Y algunos mascaracarnes pudieron aprender las virtudes de la vida civilizada. Autocontrol, en suma. Disciplina. Planificación. Culpa.

—¡Culpa! —exclamó Hogaza—. ¿Por qué iban a sentir culpa? Estaban dominados por animales. La responsabilidad no era suya.

—La culpa es una virtud propia de seres civilizados —dijo Vadesh con tono paciente.

El padre de Rigg le había enseñado lo mismo.

—La culpa es la manera que tiene el hombre de castigarse por anticipado —dijo Rigg—. Antes del crimen y después, aunque nadie haya reparado en el crimen.

—Posibilita la contención —dijo Vadesh—. Cuanta más gente siente culpa, más fácil les resulta a los humanos vivir en comunidades grandes.

—Así que los mascaracarnes descubrieron lo que era la culpa —dijo Hogaza—. Pero eso no les impidió acabar con todos los humanos que no estaban infectados.

—¡No es cierto! —dijo Vadesh—. ¿Por qué creéis que lucharon? ¿Para defenderse?

—Para acabar con todos los humanos no infectados, hasta el último de ellos —dijo Hogaza.

—No, no y no —dijo Vadesh—. En realidad, fueron los no infectados, como vosotros los llamáis... Yo los veo más bien como los invasores de la Tierra...

—¿Como tú? —sugirió Umbo.

—Los invasores de la Tierra —repitió Vadesh—, que parecían decididos a volver a la ciudad una vez tras otra hasta haber acabado con todos los hombres, mujeres y niños del pueblo nativo.

—No eran nativos —dijo Umbo—. Eran prisioneros.

—Eran una forma de vida nativa, mitad humanos mitad mascaracarnes —dijo Vadesh—. Una fusión muy hermosa... Dolorosa y aterradora al principio, para ambos, pero luego fructífera, también para ambos. Como si fuesen árboles, incapaces de engendrar si no se polinizaban mutuamente.

—Eres un poeta del parasitismo —dijo Rigg—. ¿Son esas las historias que les cuentas al pueblo poseído para convencerlos de que son mejores que los humanos y los mascaracarnes por sí solos?

—Es la verdad, nada más —dijo Vadesh.

—Pero no convenció a las personas a las que no habían infectado los mascaracarnes —dijo Rigg.

—Se me ocurre una cosa —dijo Umbo—. ¿Y si los mascaracarnes liberaran a la gente a la que poseían para que pudieran ver lo que se perdían sin el parásito? De ese modo podrían volver con él por su propia voluntad. O no.

—Eso es imposible —dijo Vadesh.

—Conque admites que nunca optarían por volver con los mascaracarnes... —dijo Hogaza.

—Sería imposible separarlos. Los dos morirían.

—No te creo —dijo Rigg—. Creo que los mascaracarnes sí morirían, pero los humanos se recuperarían.

—Morirían ambos —repitió Vadesh—. El vínculo no se puede deshacer. Era fatal para las dos partes. Siempre. ¿Crees que no lo intentamos, al principio?

—Creo que la capacidad de separarse sería la primera virtud civilizada que habrían tenido que adquirir los mascaracarnes.

—Lo intentaron —dijo Vadesh—. A medida que incorporaban a su acervo genético los genes de sus anfitriones humanos, cada generación sucesiva iba volviéndose más compatible. Necesitaban cada vez más a los humanos y preservaban en mayor medida su naturaleza. Pero lo único que no podían hacer era volverse menos efectivos como parásitos.

Rigg miró a Hogaza, Umbo y Olivenko.

—Por fin una frase sincera. Vadesh admite que los mascaracarnes son parásitos.

—Naturalmente que lo son —dijo Vadesh—. Fui yo el que os advirtió de que no bebierais del arroyo, ¿no recuerdas? No quería que os infectaran.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Hogaza—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Quiero que volváis a traer a los humanos a mi cercado —dijo Vadesh.

—¿Para que puedas volver a infectarlos?

—No —respondió Vadesh—. ¿Creéis que no he aprendido la lección del pasado? Los humanos no responden bien a la parasitación de sus congéneres. Los veían como monstruos y trataron de exterminarlos, antes de extinguirse ellos mismos, por miedo a resultar infectados a su vez.

—¿Se extinguieron? —preguntó Hogaza.

—Se mataron unos a otros —dijo Rigg con amargura—. Una vez que se aseguraron de que no quedaba ninguna persona controlada por un mascaracarne, se dieron muerte...

—Se suicidaron —dijo Vadesh.

—Se mataron colectivamente —dijo Rigg—, para que el encargado de protegerlos, al que tenemos aquí delante, no pudiera hibridarlos con los mascaracarnes.

—No comprendieron que nunca habría podido hacerlo —dijo Vadesh—. Soy incapaz de hacer daño a los seres humanos.

—Pero sí puedes dejar que se hagan daños solos. Atraerlos a una trampa. Ayudar a sus enemigos.

—Los humanos deben ser libres —dijo Vadesh—. Es uno de los fundamentos esenciales de mi programación. No puedo ir en contra de él. Todas las decisiones deben tomarlas los humanos. Yo únicamente puedo ayudarlos a poner sus planes en práctica.

Rigg fue incapaz de contenerse.

—Eres un mentiroso —dijo—. A mí me crio uno de vosotros y no estaba ayudando a poner en práctica el plan de nadie.

—No estaba ayudándote a ti a poner tu propio plan en práctica, querrás decir —replicó Vadesh.

—Ni a mí —dijo Umbo.

—Ni al general Ciudadano ni a Hagia Sessamin —dijo Olivenko—. Así que, ¿de quién era el plan?

—Ninguno de nosotros controla a los demás —dijo Vadesh—. Pero todos tenemos las mismas directivas iniciales... que nos implantaron los humanos. Nuestros programadores originales y luego Ram Odín. Nos encomendó una gran obra. El prescindible Ram trató de cumplirla en su cercado natal y yo hice lo que pude en este. Cometí errores y medí mal la magnitud del miedo que inspira a los humanos lo desconocido y lo nuevo. Era imposible razonar con ellos.

—Lo que quiere decir que no pudiste encontrarlos y matarlos a todos —dijo Rigg.

—Yo no he matado a nadie —dijo Vadesh.

—Pero los encontraste —dijo Umbo—. Y le dijiste al pueblo de los mascaracarnes donde estaban para que pudieran matarlos.

—¡Quería que se reconciliaran!

—Pero su destrucción también te servía —dijo Rigg—. Estaban librando una guerra de exterminio y tú te alineaste con el bando que solo era humano a medias.

—Ahora la situación es distinta —dijo Vadesh—. He tomado precauciones y he trabajado sin descanso. He pasado diez mil años criando mascaracarnes hasta conseguir que todos sus rasgos nocivos desaparecieran. Los humanos seguirían siendo humanos y no perderían el control de sí mismos.

—No vamos a ponernos tus mascaracarnes —dijo Rigg.

—¡Pero si no los habéis visto!

—Lo que necesitamos de ti —dijo Rigg— y lo que te ordeno que nos des, es información sobre las piedras preciosas. ¿Cómo funcionan? ¿Cómo podemos usarlas para desactivar los muros?

Vadesh apartó la mirada, un gesto que el padre de Rigg usaba con frecuencia para crear la ilusión de que estaba reflexionando. Pero no era más que una ilusión. Rigg lo sabía ahora. La mente mecánica tomaba sus decisiones muy deprisa y aquella pantomima de «reflexión» solo servía para alimentar la falsa idea de que los prescindibles se parecían a los humanos, cuando no era así.

—Tengo la sensación —dijo Rigg— de que quieres que pensemos que en este asunto solo hay dos especies implicadas, los mascaracarnes y los humanos. Pero en realidad hay una tercera.

Los amigos de Rigg se volvieron hacia él con expresión confusa.

Pero Vadesh lo comprendió.

—Los prescindibles no somos una especie —dijo.

—¿Ah, no?

—No estamos vivos. No nos reproducimos.

—No, pero reemplazáis las piezas que se os estropean —dijo Rigg—. No necesitáis reproduciros si nunca morís.

—Existimos solo para facilitar y mejorar la vida de los humanos —dijo Vadesh.

Los demás se rieron o resoplaron con sarcasmo.

—Puede que esa fuese vuestra programación original —dijo Rigg—, pero habéis demostrado que mejorar la vida de los humanos es justo lo contrario de lo que pretendéis.

—Al final, los mascaracarnes mejoraron la vida de los humanos —dijo Vadesh—. Cuando me di cuenta, fue una gran revelación.

—Solo los humanos podemos juzgar qué es lo que mejora nuestras vidas —replicó Olivenko.

—Ahora me doy cuenta de ello —dijo Vadesh—. He aprendido. ¿Creéis que no soy consciente de que he fracasado? Todos los humanos optaron por el asesinato y la muerte. ¿Creéis que lo considero un triunfo? Por eso os suplico que volváis a traer a los humanos a este sitio, para que pueda deshacer los terribles errores que cometí.

—Tienes la capacidad de desactivar el Muro —dijo Rigg—. Fueron los

prescindibles los que lo levantaron, ¿no?

—Cada uno de nosotros posee el poder de desactivar el campo protector que le corresponde. Pero está el Muro formado por dos campos pegados. Podría dividir la anchura del Muro a la mitad, pero no desactivarlo del todo.

—Salvo que otros prescindibles estuviesen de acuerdo contigo —dijo Rigg—. Y no es así, ¿verdad?

Una vez más, Vadesh guardó silencio.

—En tu caso, el silencio es una mentira —dijo Rigg.

—No me dejaron importar una nueva población —respondió Vadesh.

—Si los demás prescindibles consideran que has fracasado hasta el punto de no confiarte más seres humanos —dijo Rigg—, ¿por qué deberíamos nosotros contradecir su superior sabiduría?

—Los prescindibles deben someterse a la voluntad de los humanos —dijo Vadesh—. Podéis contradecirnos siempre que queráis.

—Seguro que millones de personas han sentido el deseo de atravesar el Muro alguna vez —dijo Hogaza—. Pero sigue en pie.

—Los meros deseos no son decisiones informadas —dijo Vadesh.

Rigg se rio entre dientes.

—¿Y quién podría proporcionarnos la información necesaria salvo vosotros, los prescindibles?

—Exacto —respondió Vadesh.

—Así que solo sabemos lo que optáis por decirnos —dijo Rigg—. Lo que significa que, al escoger las cosas que nos contáis, manipuláis nuestras decisiones conforme a vuestros deseos.

—¿Cómo manipuló Ram las tuyas? —preguntó Vadesh.

Rigg y sus compañeros no tenían que fingir que reflexionaban; lo hicieron.

—Nos envió al Muro —dijo Umbo.

—Nos preparó para cruzarlo —dijo Rigg.

—Así que tanto él como yo —dijo Vadesh— queríamos que los humanos atravesaran el Muro.

—No —dijo Rigg—. Padre quería que tuviéramos el poder de cruzar el Muro... y de hacer otras cosas. Puede que quisiera provocar el levantamiento del general Ciudadano contra el Consejo Revolucionario Popular. Pero nunca hizo nada que sugiera que quería que llegásemos hasta ti.

—¡Yo soy lo que hay detrás de vuestro Muro!

—En esta dirección —dijo Rigg—. Pero hemos visto el globo de la Torre de O. Si hubiéramos cruzado el Muro en un sitio distinto, habríamos llegado a otro cercado.

—Pero habéis llegado a este. ¿Intentó Ram alejaros de aquí? Sabía que podíais venir y sabía que si lo hacíais hablaríais conmigo y no hizo nada para advertiros contra mí, ¿verdad?

—Oh, desde luego que sí —dijo Rigg—. Me enseñó a saber cuándo me están

mintiendo y manipulando y a resistirme.

—Enséñanos a desactivar el Muro —dijo Hogaza.

Rigg lo miró con sorpresa. Parecía una traición.

—Quiero desactivar el Muro —dijo Hogaza—. Los muros han mantenido a la raza humana encerrada en pequeños cotos. En este cercado se ha extinguido. ¿Quién sabe lo que puede haber sucedido en los otros diecisiete? Es hora de que caigan los Muros para que podamos conocer la verdad.

—Si eliminamos el Muro —dijo Olivenko—, entrará gente aquí y serán presa de los mascaracarnes.

—Les advertiremos —dijo Hogaza—. Solo agua filtrada. Encontrarán el modo de sobrevivir. La gente siempre lo hace.

—Aún no tenemos la suficiente información —dijo Rigg—. No podemos derribar los Muros cuando no sabemos lo que se encontrará la gente en los demás cercados.

Hogaza se echó a reír.

—Dices que no quieres responsabilidades, pero te atribuyes el papel de guardián de la raza humana en su conjunto.

—Mataron a Knosso en el cercado al que cruzó —dijo Olivenko.

—Asesinatos, masacres, guerras, enfermedades, parásitos... —dijo Hogaza—. El mundo es así. Deberíamos tener la libertad de experimentarlo. Pero no, Rigg cree que puede decidirlo todo en nombre de todos y mantenerlos a salvo hasta que decida que la raza humana está lista. Dime, Rigg, ¿en qué te diferencias de los prescindibles? Salvo en que no tienes tanta información como ellos, claro...

—No podemos, así sin más...

Pero Hogaza no estaba dispuesto a escuchar.

—Yo sí. Ya no estás al mando, ¿recuerdas? Cada uno de nosotros puede tomar el camino que desee.

—Creí que habías dicho que debíamos permanecer juntos —dijo Olivenko.

—Mientras tenga sentido hacerlo —dijo Hogaza—. El resto podéis permanecer juntos. Os lo recomiendo, de hecho. Será más seguro. Pero yo quiero cruzar el Muro. Quiero volver a casa, con Goteras. Aunque puede que luego regrese aquí. Esta es una tierra vasta y desierta. No es solo la ciudad. Es un cercado entero. ¿Quién sabe lo que se podría construir aquí? Vadesh es una serpiente mentirosa, pero cuanta más gente venga, menos caso tendremos que hacerle. ¿Quiere que caiga el Muro para que puedan venir inmigrantes? Yo también.

Vadesh se encogió de hombros con un gesto lento y elaborado.

—No basta con una sola persona. Necesito las piedras preciosas.

Hogaza miró a Rigg y extendió la mano.

Rigg sintió deseos de responder «No, son mías, me las dio Padre. ¡Son mi herencia!». Pero sabía que no podía mantener a Hogaza allí en contra de su voluntad. Así que sacó la bolsa con las piedras y se la entregó a Hogaza.

Este abrió la bolsa y se echó las piedras en la mano.



—Ah —dijo Vadesh—. Esta piedra es la llave del cercado de Vades. —Cogió una amarilla y pálida—. Con esto, un humano podría desactivar nuestro campo de protección.

—Que es solo la mitad del Muro —dijo Hogaza.

—La otra piedra no está aquí —dijo Vadesh—. La que desactiva el Muro del cercado de Ram.

—La que vendimos —recordó Rigg.

—La que nos robó el Consejo popular —dijo Hogaza.

—¿Está? —preguntó Umbo. Abrió la mano y allí, en su palma, había una piedra roja. Como la que Rigg le había confiado al Sr. Tonelero, el banquero de O.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó Olivenko.

—Después de mil intentos por recuperarla, ¿la tenías tú desde el principio? —dijo Hogaza.

Rigg ató cabos en ese mismo momento.

—La encontró ayer mismo, nada más llegar aquí.

—Estaba tirada en el suelo, en el lindero del bosque en el que dormimos —dijo Umbo—. La recogí. —Se volvió hacia Rigg—. Me viste, pero no me preguntaste lo que era.

—Supuse que me lo dirías cuando fuese importante —dijo Rigg—. Y así ha sido.

—Ahí lo tienes: Rigg siempre intentando estar al mando de todo... —dijo Olivenko.

—¡Yo nunca he dicho tal cosa! —dijo Umbo.

—Sí, lo dijiste —dijo Olivenko—. Unas cien veces, más o menos, de cien maneras distintas.

—Eso da igual —dijo Rigg—. ¿Es la piedra correcta?

Vadesh la miró y luego se la entregó a Hogaza, que la puso junto con la amarilla del cercado de Vadesh.

—Esas dos son las que necesitaréis para desactivar el Muro entre los cercados de Ram y de Vadesh.

—Tú la dejaste allí —dijo Rigg—. Para que la encontrara Umbo.

—No —dijo Vadesh—. No habría podido.

—Todos los prescindibles tienen un juego completo con todas las piedras, ¿no? —preguntó Rigg—. Esa será del tuyo.

—No podríais usar ninguna de las mías —dijo Vadesh—. Solo las pueden usar los humanos que han nacido en el mismo cercado que ellas. Tienen vuestra misma impronta. ¿Qué sentido tendría dejar una de mis piedras para que las encontrarais? Esa piedra es del juego del cercado de Ram.

Lo dijo con absoluta confianza. Sin embargo, no parecía preocupado por la aparición de la piedra en aquella arboleda concreta.

—¿Quién la puso allí? —inquirió Rigg volviéndose hacia los demás. Estaba claro que Vadesh no pensaba decírselo, aun en el caso de que lo supiera, cosa que

posiblemente era cierta.

—Tal vez tú —dijo Olivenko.

—¿Yo? —preguntó Rigg—. ¡Pero si no la tenía!

—Tal vez volviste de un futuro en el que sí la tenías y la dejaste ahí —dijo Olivenko—. ¿No sería posible?

—O Umbo —dijo Rigg—. Y la dejó donde sabía que solo él la encontraría.

—Pero para que eso pudiera pasar, en el futuro tendría que volver al cercado de Ram, conseguir la piedra, volver aquí y dejarla para mí —dijo Umbo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Nunca lo sabremos —dijo Hogaza—. Porque esa versión del futuro ha sido destruida por el hecho de que ahora ya tienes la piedra desaparecida, por lo que no tendrás que ir en su busca.

—Entonces, ¿por qué no me la entregaría en persona, con una explicación? —preguntó Umbo—. Al menos podría haberme dejado una nota.

—Eso tendrás que pensarlo tú mismo más adelante —dijo Hogaza—. Lo que importa ahora es que tengo en mis manos el poder de desactivar el Muro y volver a casa. —Se puso en pie y se plantó frente a Vadesh cuan largo era. Hogaza era tan grande que, sin duda, habría podido intimidar así a la mayoría de los hombres, pero Rigg dudaba que algo así pudiera impresionar a Vadesh.

—Ven conmigo —dijo Vadesh—. Ahora puedes controlar el Muro.

—¿Adónde quieres llevarlo? —inquirió Rigg.

—Creía que ya no estabas al mando —dijo Olivenko.

—Sigo siendo su amigo —dijo Rigg—. Un amigo que exige saber adónde lo vas a llevar.

—A la astronave —respondió Vadesh—. Dentro de la montaña.

## DENTRO DE LA ASTRONAVE

—Voy con vosotros —dijo Rigg.

A Umbo no le sorprendió que Rigg pudiera decir que estaba cansado de estar al mando y al mismo tiempo no dejara de pensar que todo era asunto suyo.

Pero también tenía razón. Al margen de lo que estuviera planeando Vadesh, Hogaza no debería ir solo con él al interior de la montaña, a la astronave. Solo que no era Rigg el que tendría que ir con él, sino Umbo, que había sido el compañero de Hogaza durante todo el tiempo que Rigg había pasado en cautiverio.

—Yo iré —dijo—. No tú.

Rigg lo miró sin pestañear.

—Alguien tiene que quedarse fuera, para que lo que pase no nos pase a todos.

—Pues quédate tú —dijo Umbo.

—Yo me quedaré fuera con mucho gusto —dijo Olivenko—. Esperaré a Param Sissaminka y le explicaré lo que está pasando.

—Buena idea —dijo Umbo.

—Aunque para ello, alguien tendrá que explicarme antes lo que está pasando —dijo Olivenko.

—Umbo y yo vamos a entrar en la astronave con Hogaza y Vadesh —dijo Rigg.

—Por una vez, ¿no podría hacer algo sin tener a unos niños pegados a mis talones? —dijo Hogaza.

Umbo se sintió como si lo hubiera abofeteado.

—Creo que yo debería llevar las piedras preciosas —dijo Rigg.

—No sé lo que vamos a hacer con ellas —dijo Hogaza—, pero creo que podré hacerlo yo.

—Ya nos dejaste antes las piedras —dijo Umbo—. Y no te fallamos.

—No es de vosotros de quien no me fío —dijo Rigg.

—Es de mí —dijo Vadesh—. Ram le mintió tan constantemente que no es de extrañar que no se fíe de alguien que tiene la misma cara. A mí me da igual quién lleve las piedras.

—Entonces las llevaré yo —dijo Umbo.

—La última vez que las llevaste —dijo Rigg—, ocultaste una.

—Solo estaba experimentando con el tiempo —dijo Umbo.

—¿Y por qué no experimentas dejando que un adulto haga el trabajo de un hombre? —dijo Hogaza.

—¿Y dónde encuentro a un adulto aquí? —dijo Umbo.

Hogaza se echó a reír.

—Un comentario propio de un adolescente. Qué refrescante. —Se volvió hacia Vadesh—. Te seguimos.

—Yo esperaré a Param aquí —dijo Olivenko.

Umbo sintió un acceso de celos. Era completamente irracional, pero la idea de dejar a Param solas con el apuesto y joven erudito-soldado lo molestaba. Así que, haciendo oídos sordos a sus propios sentimientos, se limitó a darse la espalda y echar a andar hacia la puerta.

—Por ahí no —dijo Vadesh—. Está aquí dentro.

—Pero estamos lejos de cualquier montaña —replicó Umbo.

—Ya estamos en la falda de una montaña —dijo Vadesh— y no todos los caminos están en la superficie del mundo.

Tras cruzar una puerta al otro extremo de la sala de agua, se encontraron en un espacio lleno de máquinas de propósito ignoto. Todas parecían hechas del mismo material indestructible que las paredes del exterior, el mismo del que estaba hecha la superficie de la Torre de O. Umbo sabía que la Torre de O había sido objeto de todos los ataques imaginables, no solo por parte de guerreros, sino también de eruditos que querían comprender de qué estaba hecha. El calor era una de las muchas cosas a las que no reaccionaba. Así que ¿cómo era posible verter el metal —si es que de metal se trataba— en los moldes para fabricar piezas de maquinaria con él?

¿Y para qué servían las máquinas? Tenían partes móviles de gran tamaño, pero no se veía ninguna de las cosas que hacían. Umbo sintió el deseo de verlas en movimiento, en parte por verlas y en parte para saber qué era lo que salía de ellas.

Sabía que se estaba quedando rezagado, pero podía oír los pasos de los demás y no estaban lejos. Ya los alcanzaría. De momento quería averiguar cómo funcionaba una de las máquinas.

Y entonces notó que había alguien a su lado, de pie. Se volvió y se vio a sí mismo.

Su otro yo estaba cubierto de sangre, tenía una oreja medio arrancada, el brazo roto y el rostro contraído de dolor. Y en cuanto vio que lo estaba mirando, levantó el brazo sano y susurró:

—Quédate aquí. No hagas nada.

Y entonces desapareció.

El primer impulso de Umbo fue llamar a gritos a Rigg y Hogaza para que se detuvieran. Pero ya no oía sus pasos. No sabía con certeza dónde estaban e ignoraba si lo oirían. Su maltrecho y ensangrentado yo del futuro había dicho que no hiciera nada. Probablemente se preocuparía tanto por Hogaza y Rigg como el Umbo del presente, así que si decía que no debía hacer nada era de presuponer que sería porque no había nada útil que él pudiera hacer. Si no podía fiarse de su propio juicio futuro en tales asuntos, ¿de quién iba a hacerlo?

¿Y qué quería decir exactamente ese «nada»? ¿Podía volver con Olivenko y

avisarlo? ¿O avisarlos, si Param había salido de su escondite y se había reunido con él?

Seguramente eso no contara como «algo». Sin duda, podía regresar. Pero su instinto le gritaba que continuara adelante, que siguiera a Rigg y a Hogaza para ver lo que les pasaba.

Pero era posible que no les pasara nada. Era posible que solo el propio Umbo corriese peligro. «Quédate aquí, no hagas nada». Si un yo del futuro aparecía para advertirle, ¿qué alternativa tenía Umbo salvo obedecer?

Se quedó donde estaba. No hizo nada.

Pocos minutos después oyó unos pasos. Vio que Param venía por la fábrica, seguida al cabo de unos instantes por Olivenko.

—¿Adónde han ido? —inquirió Param.

—No lo sé —le respondió.

—¿Por qué no estás con ellos?

—Porque he vuelto desde el futuro para advertirme de que no lo hiciera.

Param hizo una pequeña pausa y parpadeó mientras asimilaba las implicaciones de esta afirmación.

—¿No sabes por qué?

—Solo sé que nunca volvería para advertirme de algo salvo que fuese muy importante que haga exactamente lo que me he dicho —dijo Umbo.

—¿Y yo? —inquirió Param.

—Sea cual sea el peligro, probablemente haya pasado —dijo Umbo.

—¿Peligro? —preguntó Param.

—¿Probablemente? —preguntó Olivenko nada más llegar a su lado.

—Mi yo del futuro estaba muy mal. Tenía un brazo roto, una oreja medio arrancada, montones de heridas abiertas...

—¿Así que has dejado que mi hermano se fuese sin avisarlo? —preguntó Param.

—He hecho lo que me había dicho yo mismo —dijo Umbo—. Mi yo del futuro podría haberme dado el aviso cuando aún estábamos juntos. Pero se ha aparecido en el mismo instante en que me he quedado solo.

—Así que el aviso era para ti —dijo Olivenko—. No para Rigg y Hogaza.

—¿Y si tu yo del futuro es un traidor mentiroso? —preguntó Param.

—¿Y si tu yo del presente es una idiota suspicaz? —preguntó Umbo. Adiós a la posibilidad de causarle una buena impresión a Param.

—Así que vas a limitarte a hacer lo que te dicen —replicó ella—. Y a quedarte esperando, como un cobarde.

Umbo sintió que el resentimiento se apoderaba de él.

—Mejor que esconderse como lo has hecho tú antes —dijo—. Hacerte invisible cuando aún no habíamos decidido nada. Eso sí que fue muy valiente.

—Como le pase algo a mi hermano por tu culpa...

—Si no he avisado a mi amigo Rigg —dijo Umbo—, es porque no lo necesitaba.

—O porque avisarlo no habría servido de nada —dijo Olivenko.

—¿Crees que Rigg está muerto? —inquirió Param.

—Creo que Umbo nos ha dicho que esperemos aquí —dijo Olivenko.

—¿Y ahora se ha convertido en el jefe de la expedición?

—Yo no —dijo Umbo—. Mi yo del futuro.

—Debe de ser de un futuro muy lejano si es lo bastante listo como para saber lo que más nos conviene.

Umbo se apartó y la invitó a continuar con un gesto.

—Por favor, ve a buscar a Rigg y sálvalo, o muere en el intento. Tú no has visto el estado en el que se encontraba mi yo del futuro. Yo sí. Así que adelante, ve.

—Basta —dijo Olivenko—. Ninguno de nosotros sabe nada, pero el yo futuro de Umbo sí, así que vamos a hacer lo que dice.

—No podéis detenerme —dijo Param.

—Piensa, Param —dijo Olivenko—. Cuando desapareces te mueves mucho más despacio. Sea cual sea el peligro, para cuando llegues allí habrá pasado.

—¿Llegar adónde? —preguntó Umbo—. Oía sus pasos y de pronto dejé de oírlos. Pero no se volvieron para buscarme. Creo que entraron en una especie de pasillo y que se cerró una puerta tras ellos.

—No puede pasarnos nada malo por buscar una puerta —dijo Olivenko.

—Se me ocurren mil maneras de que nos pase algo malo —dijo Param—, pero aun así voy a hacerlo. —Echó a andar hacia la siguiente habitación.

—Se fueron por allí —dijo Umbo, señalando.

—La última vez que los viste... —dijo Param.

—Caminaban furtivamente. Cerca de la pared. Es una puerta en la pared.

En realidad era una escalera de bajada, oculta en la sombra que proyectaba una maquinaria de imponentes dimensiones.

—¿Están buscando una astronave y se meten bajo tierra? —dijo Olivenko.

—Lo mismo deberíamos hacer nosotros —dijo Param.

—Es mejor que esperemos —repuso Umbo.

—Corren peligro.

—Y nosotros estamos a salvo —dijo Umbo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si no fuese seguro quedarse aquí, mi yo del futuro me habría dicho que echara a correr como un conejito.

—O sea, ¿qué ahí abajo, en algún lugar situado al final de esas escaleras, está pasando algo peligroso y tú te vas a quedar ahí sentado sin hacer nada?

—Es lo que yo mismo me he dicho que haga —respondió Umbo— y he decidido fiarme de mí mismo. Tú puedes hacer lo que quieras.

Lo que ella decidió hacer, tras rezongar y protestar un rato más, fue pasear de un lado a otro de la sala, pero sin adentrarse por las escaleras.

Rigg se había percatado de que Umbo se rezagaba, pero asumió que los alcanzaría pronto. Las enormes máquinas le inspiraban el mismo asombro, pero sabía que si los dos se detenían para contemplarlas, Vadesh se quedaría solo con Hogaza y eso era precisamente lo que quería el prescindible. Lo que significaba que era precisamente lo que Rigg no podía permitir.

«Como siempre —pensó Rigg—. Umbo es libre de portarse como un niño y distraerse de lo que tenemos que hacer mientras yo tengo que pensar en todo. Pero luego estará resentido conmigo y me acusará de atribuirme toda la responsabilidad. Y yo no la quiero, simplemente la dejan en mis manos, sin que nadie me ayude a cargar con ella». Cosa que no era justa. Al menos Hogaza estaba allí, ¿no? Pero Hogaza estaba jugando al peligroso juego de aceptar lo que decía Vadesh y así ponerlo a prueba.

Al pie de la escalera había un túnel y en el túnel una especie de carromato, solo que sin tiro ni cargamento. Pero tenía unos asientos delante y detrás, así que estaba hecho para llevar gente. Vadesh se subió al carromato, seguido por Hogaza.

—Umbo no está —dijo Rigg.

—Espéralo. Puedes ir en el transporte siguiente —dijo Vadesh.

Rigg comprendió al instante que lo que Vadesh estaba diciendo en realidad era adiós. Así que se subió al carromato de un salto. Ya había empezado a moverse cuando sus pies tocaron el suelo y su aceleración era tal que Rigg cayó al suelo y resbaló hasta la parte trasera. De algún modo, Vadesh le había dado la orden de arrancar mientras Rigg estaba aún sobre la plataforma. Si hubiera vacilado, si hubiera tratado de llamar a Umbo, si hubiera hecho cualquier cosa salvo subirse al carromato en el mismo instante en que lo había hecho, Vadesh lo habría dejado atrás.

«Es a Hogaza a quien quiere, porque es el que tiene las piedras».

«O puede que sea al revés, porque yo tengo algo que Hogaza no tiene. Algo que Vadesh teme. Tengo información. A mí me crio un prescindible y a Hogaza no. ¿Qué me enseñó Padre que Vadesh podría temer?». Fuera lo que fuese, Rigg no lo sabía. Todo lo que podía recordar tenía que ver con trampas para animales y supervivencia en el campo, por un lado, o con política, económica, idiomas, historia y el resto de la información que le había permitido triunfar en Aressa Sessamo, por otro. Si estar a punto de morir una docena de veces podía considerarse un triunfo...

Y ciencia. Su padre le había enseñado biología, física, astronomía e ingeniería. Todo lo que Rigg había podido asimilar. Cosas inútiles que, de pronto, se habían demostrado útiles cuando los eruditos estaban poniéndolo a prueba para determinar si podía acceder a la biblioteca. Cosas inútiles que de pronto resultaban útiles. «Pero Padre no podía saber que algún día tendría que enfrentarme a un tribunal como ese. ¿Verdad? Lo que sí sabía era que un día me enfrentaría a otro prescindible». Si cada cercado contenía un prescindible como Vadesh o su padre y las piedras preciosas otorgaban a su portador la capacidad de controlar los Muros y desactivarlos, debía de haberle enseñado lo que necesitaba para enfrentarse a la amenaza de alguien como

Vadesh.

Pero todas las habilidades lingüísticas y negociadoras de Rigg estaban relacionadas con los humanos y Vadesh no lo era. No quería las mismas cosas que los humanos ni les temían a las mismas cosas que ellos.

¿A qué le tenía miedo? Seguramente lo peor que le podía pasar ya le había pasado, cuando murieron todos los humanos de su cercado. ¿A cuál de las cosas que podía hacer Rigg le tenía miedo hasta el punto de sentir deseos de librarse de él?

Decir que los prescindibles tenían que obedecer a los seres humanos era un chiste. Su padre no obedecía a nadie y Vadesh solo fingía cumplir las órdenes de los seres humanos cuando se molestaba en aparentar. «No tengo poder sobre él. No hay manera de que pueda obligarlo a hacer algo que no desea. Como sabe más que yo, nunca tengo información suficiente para darle una orden que no sea capaz de manipular con alguna artimaña rastrera. Incluso ahora, solo tenemos su palabra de que este vehículo nos lleva donde él dice que nos lleva o de que las piedras hacen lo que dice que hacen».

Y cada vez era más consciente de que las dos piedras que importaban —las que, según Vadesh, controlaban el Muro del cercado de Vadesh y el del cercado de Ram— estaban en la mano de Hogaza y no en la bolsa, con todas las demás. La idea de que las piedras tenían que estar sintonizadas con alguien que hubiera crecido en su cercado parecía una tontería. Un error. Pero lo que sí era cierto es que Vadesh debía de tener un juego propio de piedras y había algo que no podía hacer con ellas, porque de no ser así ya lo habría hecho, así que, aparentemente, sí que necesitaba a un ser humano para hacer algo. ¿Dónde estaba la mentira? O más bien, ¿dónde se ocultaba la verdad en medio de tanta mentira?

Entretanto, el carromato había alcanzado una velocidad para la que Rigg carecía hasta de concepto. No sabía cómo podía medirla. Sabía que, en condiciones normales, él podía atravesar una legua en una hora, aproximadamente; sabía que cuando corría, podía avanzar mucho más deprisa, aunque durante breve tiempo. Pero el carromato estaba avanzando a tal velocidad que ni los caballos más veloces habrían podido mantener su ritmo. Así que a medida que pasaban los minutos y el túnel se iba adentrando más y más en la tierra, siguiendo una línea prácticamente recta, Rigg fue perdiendo la noción de la distancia que habían recorrido y las leguas que los separaban de la fábrica dónde habían subido a bordo de aquel vehículo.

Y sin embargo, a pesar de la velocidad a la que pasaban las paredes por delante de ellos, había algo que resultaba incongruente. Ah, sí. El viento. No lo había. A tal velocidad tendrían que haber sentido en la cara un auténtico vendaval. Pero el aire seguía tan inmóvil como si se encontraran dentro de un armario.

Rigg acercó una mano al borde del carromato. Nada. Sin viento. Estiró el brazo un poco más, esperando casi encontrarse con una especie de barrera invisible. De vidrio, quizá, solo que tan transparente y perfecto que no se podría ver.

Pero lo que pasó fue que al avanzar un poquito más, sus dedos se vieron



empujados de pronto hacia atrás. Tuvo que hacer fuerza para conseguir que se mantuvieran en el sitio, simplemente. Entonces apartó la mano y el viento desapareció.

—Es un campo —dijo Vadesh—. Una irregularidad del universo con una forma definida, una barrera. Las moléculas de aire la atraviesan, pero muy lentamente, para que nuestro movimiento no afecte al aire del interior, salvo para garantizar un intercambio gradual de oxígeno.

Oxígeno.

—Para que podamos respirar.

—¡Exacto! Si el campo fuese impenetrable del todo, en cuanto se nos agotara el oxígeno nos asfixiaríamos. Ram te enseñó bien.

«No me contó nada sobre esos campos. Ni sobre carromatos capaces de desplazarse a esta velocidad».

—El Muro también es un campo, según dijiste —fue la respuesta de Rigg.

—Pero no una barrera física. El Muro es una zona de perturbación. Afecta al equilibrio mental de los animales, a la parte del cerebro que es capaz de sentir un terremoto o una tormenta antes de que se produzcan. La sensación de que algo anda mal. Genera una sensación animal, la de que todo lo que podría ir mal está a punto de ir mal, lo que hace que a quienes están cerca les invada el terror. Así que huyen.

—No es eso lo que sentí yo —dijo Rigg.

—Oh, reconoce que eso formaba parte de la sensación —dijo Vadesh—. Pero hay una cosa en la que tienes razón: los humanos no sois tan susceptibles a la sensación, porque dependéis de la razón para procesar y controlar vuestras percepciones. La razón os lastra. Así que buscáis razones para sentir el desequilibrio que genera el Muro en vuestro interior. Razones como tristeza, desesperación, culpa, miedo... Todo aquello que os impide actuar de manera inteligente.

—Pues nosotros pudimos atravesarlo —dijo Hogaza.

—Antes de que estuviera allí —dijo Vadesh—. Hicisteis trampa.

—Volvimos para buscar a Rigg —dijo Hogaza—. Y lo trajimos.

—Fue un acto de gran valor. Pero cuando lo hicisteis solo percibisteis un cinco por ciento del efecto total del Muro, aproximadamente. El cinco por ciento más débil. No, el campo es realmente eficaz.

—Entonces, ¿hay distintos tipos de campos? —preguntó Rigg.

—Muchos de ellos, mi joven pupilo. No puedo creer que tu supuesto padre nunca te hablara de esto. Caray, si una tercera parte de los controles de la astronave sirven para crear, dar forma y mantener los campos. El vuelo estelar sería imposible sin ellos. Sin los campos ni siquiera podríamos haber embestido el planeta y creado el Anillo que nos ilumina por la noche.

—Ni siquiera siento deseos de saber de qué estás hablando —dijo Hogaza—. Solo quiero que esta cosa se pare.

—Lo hará cuando lleguemos. No falta mucho.

—Embestisteis el planeta —dijo Rigg.

—No había luna —dijo Vadesh—. Y de todos modos teníamos que ocultar las astronaves. Al lanzar las diecinueve naves contra Jardín, con el ángulo y la velocidad apropiados, pudimos frenar su rotación lo justo para conseguir que la duración de los días permitiera sobrevivir a los humanos.

—¿Y todo eso lo preparaste tú? —preguntó Rigg.

—Oh, yo no —dijo Vadesh—. Esa no es tarea para los prescindibles. No poseemos mentes capaces de realizar los delicados cálculos que exigen las astronaves y las colisiones planetarias.

—¿Quién lo hizo, entonces?

—Fue un proceso automático. Las astronaves están preparadas para ello. Lo que importa en este caso es que una colisión como esa habría vaporizado las astronaves, a pesar de que están hechas de acero de campo. Pero también generan campos defensivos a su alrededor que desintegran cualquier masa antes de que choque con la nave. Gracias a ellos, nunca chocamos con nada. Los campos chocaron con el planeta Jardín y solo la roca de la corteza planetaria quedó pulverizada. Millones de toneladas. Las partículas cubrieron la atmósfera y la mayoría de las criaturas del planeta perecieron. Pero las naves ni siquiera llegaron a calentarse y desde luego no lo suficiente como para explotar.

Rigg pensó en la física que le había enseñado su padre. Recordó cómo lo había derribado la aceleración del carromato y cómo lo había lanzado hacia atrás unos minutos antes.

—Pero aun así, una parada tan brusca habría pulverizado todo cuanto contenía la nave —dijo.

—Otro punto para Ram como maestro de primaria —dijo Vadesh—. La astronave contaba también contaba con una burbuja inercial. Toda la energía de nuestra brusca parada se disipó al espacio circundante. Lo que aumentó la generación de calor y polvo. Los campos lo son todo, muchacho, y tu supuesto padre no te enseñó nada sobre ellos. Me pregunto por qué.

Vadesh no parecía comprender que la creciente desconfianza que sentía Rigg por su padre solo alimentaba la que le inspiraba el propio Vadesh, quien, a fin de cuentas, era la misma criatura, una máquina idéntica. Lo que estaba haciendo, en la práctica, era conseguir que Rigg tuviera la certeza de que los prescindibles mentían. Como si todavía le hiciese falta alguna prueba de ello.

El carromato comenzó a aminorar.

—Estamos frenando —dijo Rigg.

—Por la oreja derecha de Silbom, gracias —dijo Hogaza.

—No hay necesidad de instalar y mantener una burbuja inercial en un vehículo de transporte terrestre como este. No llega a moverse lo bastante deprisa —dijo Vadesh—. El mero hecho de que puedas hacer algo no significa que tengas que hacerlo. Sería una pérdida de tiempo y de energía.

El carromato se detuvo.

Y el túnel también. Simplemente terminó. Por todas partes, las paredes eran de piedra lisa. No había ninguna puerta, ningún cartel, ni tan siquiera un muelle de carga.

Vadesh bajó del carromato de un salto.

—Vamos, muchachos —dijo.

—¿Muchachos? —dijo Hogaza.

—Cree que estamos entablando amistad —dijo Rigg.

—Es un poco payaso, ¿no?

—Eso quiere que creamos —dijo Rigg—. O tal vez quiera que pensemos que quiere que lo creamos. No sé lo complicado que puede llegar a ser.

Vadesh —que podía oír todo lo que decían. Rigg nunca se permitía el lujo de olvidarlo— se encontraba en el suelo, cerca del final del túnel.

—Venid, la puerta solo se abre unos momentos y no me gustaría nada que os atrapara al cerrarse.

En cuanto se bajaron del carromato, este regresó a toda velocidad por el túnel.

—¿No va a haber viaje de regreso? —preguntó Hogaza.

—Siempre puedo volver a llamarlo —dijo Vadesh—. Y hay otras muchas formas de hacer el mismo viaje. —Se volvió hacia la pared. No dijo nada, ni hizo ningún gesto... pero la pared se deslizó hacia un lado. ¿Cómo?, se preguntó Rigg. ¿Estaría comunicándose con el otro lado?

Al parecer sí, porque de repente había hecho desaparecer el final del túnel. Y lo que hasta entonces había sido una pared de piedra maciza era ahora una continuación del túnel. El carromato podría haber seguido avanzando. Solo que ahora, al otro lado de la pared, había algo con todo el aspecto de una dársena, con una zona de carga, una escalera y otras puertas, perfectamente a la vista.

Pero allí la escalera bajaba, en lugar de ascender hacia la superficie. Habían tenido que bajar para llegar al túnel y luego habían continuado descendiendo desde entonces, si el sentido de dirección de Rigg seguía siendo fiable en un sitio como aquel, después de moverse a tal velocidad. Y sin embargo, su destino estaba más bajo aún.

Pero no cogieron las escaleras.

—Abajo —dijo Vadesh y se abrieron unas puertas que daban a una pequeña sala. El prescindible entró, seguido por Hogaza y Rigg, y las puertas se cerraron tras ellos. Rigg no alcanzaba a entender para qué iban a entrar en una habitación como aquella, que no tenía más puerta que la que habían atravesado para entrar.

—Es un ascensor —dijo Hogaza—. Tiene un sistema de poleas. La sala entera sube y baja, con contrapesos para equilibrarnos. Algunos de los edificios más grandes de O los tienen y en Aressa Sessamo también había uno.

—Muy bien —dijo Vadesh—. Pero no hay tal contrapeso.

Comenzaron a caer en picado.

—Emocionante, ¿verdad? —preguntó Vadesh.

Rigg y Hogaza trataron de agarrarse a las paredes, presa del pánico.

—Oh, perdón —dijo Vadesh—. Había olvidado lo sensibles que pueden ser los humanos.

De repente la sensación de caída se desvaneció.

—Hemos activado un campo inercial de poca intensidad. Debéis comprender que los humanos conocían estas cosas cuando construimos la colonia. Les divertía montar en el ascensor y bajar sin el campo. Les resultaba emocionante.

—Entonces es que no eran humanos —dijo Hogaza.

—Oh, la gente se acostumbra a muchas cosas —dijo Vadesh— si les das la ocasión.

Las puertas se abrieron. Había un puente frente a ellos, tendido sobre un espacio de unos seis metros. Al otro lado había una superficie lisa y convexa de acero de campo, idéntica a las paredes de la Torre de O.

Al entrar en el puente, Rigg miró hacia los lados y hacia abajo.

—Es la Torre de O, solo que de costado —dijo.

—Digamos que la Torre de O, como vosotros la llamáis, se concibió posiblemente como monumento a la astronave. No era la de verdad. Venid. ¡Nave, ábrete! —dijo Vadesh.

Un agujero apareció a un lado de la nave, justo donde terminaba el puente.

—Bienvenidos a la astronave con la que llegó la humanidad a Jardín —dijo Vadesh.

—A una de las diecinueve —dijo Rigg.

—Comenzó siendo una sola —dijo Vadesh—. Hubo un accidente. Los conceptos físicos que entraña te superan, te lo aseguro.

—No sabes lo que me enseñó Padre —dijo Rigg.

—Sé que no te enseñó eso, porque no lo entendían ni los ordenadores de la nave. Diecinueve ordenadores introdujeron una nave en los pliegues del espacio, pero la sacaron en diecinueve lugares ligeramente distintos. Mala pata.

—¿Y a qué parte de la nave nos llevas? —preguntó Rigg.

—Al puente de mando. El lugar donde se tomaban todas las decisiones. Desde donde Ram Odín envió a la raza humana hacia su primera colonia en un planeta terrano.

Al avanzar por aquellos pasillos angostos, Rigg empezó a tener la sensación de que algo los ayudaba a avanzar, de que cada paso los llevaba un poco más allá de lo que debería, de que, por alguna razón, sus cuerpos eran más livianos allí. ¿Otro campo? Probablemente.

Se abrió otra puerta y entraron en una habitación impecablemente limpia, con paredes, suelos y techos del mismo color marrón claro. Frente a una de las paredes discurría lo que parecía ser una especie de senda, similar al túnel por el que los había llevado el carromato, solo que mucho más estrecha. Había puertas a ambos lados.

En mitad de la sala había una mesa casi tan larga como alto era Vadesh. Del techo colgaban tres lámparas, rodeadas por unas cosas que parecían brazos o tentáculos. Vadesh levantó un brazo y todas las luces se movieron hacia él. Al mismo tiempo salió un asiento de debajo de la mesa y se colocó frente a ella.

—¿Desde aquí se controlaba la nave? —preguntó Rigg.

—Ahí puedes ver el carril. Sé que te has fijado en él, Rigg. Eres un muchacho muy inteligente. En realidad hay tres centros de control: uno para la navegación estelar, otro para controlar todos los sistemas internos de la nave y otro para la generación de los campos. Cuando el piloto necesita cualquiera de ellos, llega hasta aquí por el carril y se coloca sobre la mesa. Un sistema muy rápido y totalmente automático. El piloto se sienta aquí y los mandos acuden a él.

Mentiras, Rigg estaba seguro. Parecía un sistema demasiado enrevesado. ¿Para qué ocultar los mandos? Desde el punto de vista de la ingeniería no tenía sentido.

La mesa tenía aproximadamente el tamaño de un cuerpo humano, tanto en longitud como en anchura. Rigg levantó la mirada hacia los brazos que rodeaban las luces. En aquel momento, Vadesh estaba controlando su movimiento. ¿Qué había al final de los brazos? Herramientas de algún tipo. Costaba adivinar su propósito.

—Toma asiento —dijo Vadesh a Hogaza.

—No lo hagas —dijo Rigg.

—Vamos, Rigg —replicó Vadesh—. Creía que ya no estabas al mando de la expedición.

—No es lo que nos está contando —dijo Rigg.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hogaza—. Nunca has visto una astronave. ¿Cómo puedes saber nada?

—No tiene sentido —dijo Rigg.

—Nada tiene sentido desde que te conozco —dijo Hogaza—. Pero si lo que hay que hacer para desactivar el Muro y volver a casa es esto, voy a sentarme.

Se sentó.

Al instante la silla se movió... pero solo un poco, para adaptarse a la altura y el peso de su ocupante. Luego quedó inmóvil.

—¿Lo ves? —dijo Vadesh—. Se ajusta al piloto. Que es lo que cree que eres, dado que ha detectado que llevas las piedras.

Rigg quería pedirle las piedras a Hogaza, pero no deseaba poner en peligro su amistad. Y tampoco quería averiguar lo que estaba dispuesto a hacer Vadesh para impedir que cayeran en sus manos.

—¿Quieres que llamemos los controles de los generadores de campo? —preguntó Vadesh.

—Si es lo que hace falta para desactivar el Muro y volver a casa... —dijo Hogaza.

—Tienes que levantar las piedras... Levántalas sin más, con la mano abierta, y ordena a la nave que traiga los mandos.

—¿Y qué digo? —preguntó Hogaza.

—Prueba con «Trae los controles del campo, nave» —respondió Vadesh.

En ese momento, Rigg encajó las piezas. Vadesh estaba diciéndole a Hogaza que hablase con la nave y le diese una orden. Su padre le había enseñado a él una lengua de mando especial. Decía que servía para gobernar las estrellas. Por supuesto, no era una lengua de verdad. Solo una serie de números y letras que Rigg había tenido que memorizar y repetir, primero cada pocos días, luego cada pocas semanas y por fin cada pocos años. Su padre nunca le había explicado cómo podía gobernar las estrellas con ellas y por muchas veces que Rigg repitiera las secuencias que su padre llamaba las «palabras» de aquella lengua, las estrellas nunca hicieron nada. Rigg le había preguntado por esto una vez y su padre lo miró como si fuese un niño —que es lo que era—, antes de añadir, con tono compasivo:

—Aquí no funciona —como si Rigg hubiera tenido que saberlo de antemano.

Pero ahora Rigg se encontraba dentro de una astronave. Y un prescindible idéntico a su padre estaba diciéndole a un humano que le diese órdenes. Hogaza ya había pronunciado la orden mientras Rigg recordaba y ataba cabos. Se abrió unas de las puertas y entró deslizándose una especie de carrito, que avanzó por el carril hasta situarse sobre la mesa frente a la que estaba sentado Hogaza.

Hogaza miró los instrumentos que salían del panel de control y al mismo tiempo bajó la mano que tenía las piedras, pero la mantuvo abierta.

Rigg se acercó como si quisiera ver también los mandos. Incluso señaló algo con la mano izquierda, alargando el brazo por delante del cuerpo de Hogaza para hacerlo.

—Conozco ese instrumento —murmuró. Y al mismo tiempo, le arrebató las piedras con la mano derecha.

Puede que lo de las piedras fuese una tontería, pero también era posible que no. Rigg quería tenerlas en la mano cuando pronunciase las secuencias de mando.

Y Hogaza no se resistió.

Su padre le había dicho que la primera y más importante palabra se llamaba «Atención» y Rigg comenzó a recitarla.

—F-F-1-8-8-zero-E-B-B-7-4...

Vadesh bajó la mirada y, al ver que Hogaza ya no tenía las piedras en la mano, estiró el brazo hacia el panel de control y tocó un punto situado en un lateral.

La parte superior del panel de control se deslizó hacia un lado y apareció una caja abierta.

—3-3-A-C-D-B-F-F...

Dentro de la caja había una criatura viva. Un mascaracarne.

«Va a tratar de arrojárnoslo a uno de los dos», comprendió Rigg al instante. Podía tratar de impedírselo, pero sería perder el tiempo. Vadesh era demasiado fuerte, ya lo había demostrado. Así que lo único que podía hacer era terminar la palabra de Atención. Porque ahora comprendía que era precisamente lo que Vadesh había temido desde el principio: que recitara aquella secuencia con las piedras en las

manos. Al comenzar a hacerlo lo había forzado a actuar, de modo que lo único que podía hacer era terminar la palabra.

Así que cuando Vadesh, en efecto, hizo un movimiento del brazo tan rápido que ni Hogaza ni él pudieron reaccionar, Rigg siguió recitando la secuencia sin detenerse ni atropellarse.

—1-cero-5. Atención. —No sabía si se trataba de una repetición del nombre o de la parte final de la palabra, pero la dijo igualmente, tal como le había enseñado su padre a recitarla.

El mascaracarne salió de la caja y, con un leve chapoteo, cayó sobre la cara de Hogaza. El cuerpo de este se tensó y comenzó a estremecerse.

—Lista —dijo una voz delicada que parecía salir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—4-A-A-3, estoy al mando —dijo Rigg.

—Estás al mando —dijo la voz que salía de la nada.

Vadesh quitó a Hogaza de la silla de un empujón y se abalanzó sobre Rigg.

—¡Protégeme del prescindible! —exclamó Rigg.

Vadesh se detuvo al instante, paralizado en mitad de salto.

Hogaza había caído al suelo, junto a la pared de atrás. Tenía el rostro totalmente cubierto por el mascaracarne.

—2-F-F-2. Información. ¿Qué sala es esta?

—Cámara de reanimación y enfermería —dijo la voz.

—¿Cuál es su propósito?

—Sacar a los humanos de la hibernación y reanimarlos. Tratar cualquier mal que hayan contraído.

—¿Puede tratar a mi amigo Hogaza?

—No lo sé.

Rigg ignoraba con quién estaba hablando.

—¿Quién lo sabe?

—No lo sé.

Una máquina. La voz tenía que proceder de una máquina. Seguramente uno de los ordenadores de la nave. Uno de los diecinueve. O todos ellos. Fuera el que fuese, tenía poder sobre el prescindible, que seguía paralizado donde se había parado, con una mano en el asiento y la otra en la caja que había albergado al mascaracarne.

—¿Cómo puedes averiguar si puedes ayudar a Hogaza?

—Identifica a Hogaza y permíteme que lo examine.

—Es el único humano que hay en la sala, aparte de mí —dijo Rigg—. Tienes mi permiso para examinarlo.

—Está demasiado lejos de la mesa —dijo la voz.

—No puedo subirlo ahí —dijo Rigg.

Estaba Vadesh. Vadesh podría subirlo con facilidad. Pero Vadesh estaba paralizado únicamente por orden del ordenador de la nave, si es que era suya la voz.

—¿Quién eres? —preguntó Rigg.

No hubo respuesta.

—2-F-F-2. ¿De quién es la voz que estoy oyendo?

—Es la voz del módulo compuesto de toma de decisiones de la interfaz humana.

—Este prescindible se encuentra entre Hogaza y la mesa y hay una caja sobre ella que nos estorba. ¿Qué puedes hacer al respecto sin despertar al prescindible?

—Nada —dijo la voz.

Rigg lo pensó de nuevo. Puede que hubiera algún error en su manera de formular la frase.

No, necesitaba una nueva orden.

—7-B-B-5-cero, analizar. ¿Cómo puedo llevar a Hogaza hasta un sitio donde puedas examinarlo, sin que este prescindible nos haga daño a ninguno de los dos?

Como respuesta, Vadesh se incorporó de repente y, sin decir palabra, tocó la caja. La caja se cerró y volvió a introducirse en el carrito, que salió a toda velocidad por una de las puertas. Hecho esto, Vadesh se acercó a Hogaza, lo levantó sin dificultades y lo depositó sobre la mesa.

—Estás cometiendo un error —dijo el prescindible con tono templado.

—Que no hable el prescindible —dijo Rigg.

Vadesh no dijo nada más.

—Que se coloque contra la pared, de espaldas a mí —dijo Rigg. No quería perderlo de vista, pero tampoco deseaba que pudiera ver lo que hacía.

Vadesh hizo exactamente lo que había ordenado Rigg.

«No puedo dar órdenes directamente a Vadesh —comprendió Rigg—, pero los ordenadores de la nave sí. Y como los controlo a ellos, controlo al prescindible».

—Examina a mi amigo, por favor —dijo Rigg.

La estructura de luces flotantes descendió hacia la mesa donde descansaba Hogaza. Los brazos se estiraron y lo rodearon con tal rapidez que Rigg fue incapaz de seguir sus movimientos, pero sí vio que algunos de ellos cortaban la ropa de Hogaza mientras otros lo palpaban o se deslizaban sobre su piel.

Casi al instante, dos de las luces se centraron en el mascaracarne, mientras la tercera seguía examinando el cuerpo ahora desnudo de Hogaza.

Unas sondas bajaron para tomar unas muestras del mascaracarne, que pareció encogerse al sentir el contacto de los brazos, pero a continuación se flexionó en dirección a ellas, como si estuviera tratando de cogerlos y absorberlos. Las sondas se retiraron y los brazos reanudaron su examen con ellas desde otros ángulos.

Algunos de los brazos trataron de levantar los bordes del mascaracarne. Fue la primera vez que Hogaza reaccionó de algún modo. Su cuerpo se estremeció como si de repente se sobresaltara y un chillido agudo brotó de debajo del parásito.

—¿Puede respirar? —preguntó Rigg.

—No hay ningún canal abierto para que llegue aire hasta sus pulmones, pero la sangre tiene oxígeno en cantidad suficiente —dijo la voz—. Eso es el parásito



llamado «mascaracarne» y está irrevocablemente unido a tu amigo Hogaza. Ya ha penetrado en su cerebro tan profundamente que no se puede extraer sin provocar ataques y la muerte. Pero se está encargando de la oxigenación. Tu amigo no morirá.

Rigg sintió la tentación de decir «Mátalos a ambos», porque creía que eso era lo que querría Hogaza.

Pero la vida de Hogaza no le pertenecía a él. Ni siquiera pertenecía por entero al propio Hogaza. En parte era de Goteras y si ella hubiese estado en la sala, Rigg dudaba que hubiese decidido sacrificarla tan deprisa.

—Si Hogaza muriera —preguntó Rigg—, ¿qué haría el mascaracarne?

—Cambiar de anfitrión, si pudiera encontrar uno lo bastante deprisa. Si no, moriría.

—¿Estás familiarizado con el parásito? —preguntó Rigg.

—El prescindible lleva criándolos cien mil generaciones. Este es el ejemplar 490 del tipo Jonás 7.

—¿Para qué los ha estado criando el prescindible?

—No lo sé.

Pregunta equivocada.

—¿Qué rasgos de este mascaracarne lo diferencian de otras variedades de mascaracarne?

—Hace ocho mil años que la variedad Jonás es el objetivo exclusivo de la investigación del prescindible. El tipo Jonás 7 apareció hace más de tres mil años. Este tipo difiere de los tipos rechazados en que es capaz de llegar a la edad adulta sin anfitrión, en que se adhiere a su anfitrión con enorme rapidez y en su capacidad de reconocer los cerebros humanos y acoplarse a ellos, de compartir el metabolismo de cualquier grupo sanguíneo humano y de acoplarse a las partes del cerebro que se encargan de las funciones superiores y no solo al cerebelo y la columna vertebral.

Rigg trató de someter todos los hechos a un examen detenido. Vadesh creía que la simbiosis entre los mascaracarnes y los humanos era algo positivo, pero también había mencionado que los mascaracarnes podían contribuir a la civilización, en lugar de destruirla.

—7-B-B-5-5 —dijo—. Predicción. ¿Qué le pasará a Hogaza si este mascaracarne sigue acoplado a él?

—Sobrevivirá.

—¿Y aparte de eso?

—Los mascaracarnes tipo Jonás nunca se han probado con humanos. No existen datos al respecto.

—¿Y sabes lo que espera Vadesh que pase?

—Vadesh está muerto —dijo la voz.

Rigg miró al prescindible.

—No puede morir. ¿O sí?

—Llamas al prescindible Vadesh. El prescindible no puede morir.

—¿Y entonces a quién te referías cuando has dicho que Vadesh está muerto?

—Al fundador de esta colonia. Los prescindibles se ponen el nombre de sus cercados. Este es el cercado de Vadesh. Ahora te entiendo. No, no conozco las expectativas de Vadesh. Nos utilizaba para almacenar sus datos, pero no para analizarlos, más allá del nivel más básico. No hablaba ni compartía sus ideas con nosotros.

—¿Estará Hogaza a salvo si lo dejo aquí?

—Dentro de pocas horas necesitará nutrición. ¿Quieres que me encargue de proporcionársela?

—Sí —dijo Rigg.

—¿Y también de la eliminación de residuos?

Rigg respondió que sí y unos brazos comenzaron a conectar máquinas al cuerpo de Hogaza.

—¿Puedes mantener al prescindible aquí, inmóvil?

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Para siempre.

—Pues en ese caso mantenlo aquí, inmóvil, hasta que yo te ordene lo contrario.

—Sí.

—Ahora dime, ¿te controlo porque conozco los códigos o porque tengo las piedras?

—¿Qué piedras? —preguntó la voz.

Rigg abrió la mano. Una luz se desplazó hacia su mano y uno de los brazos examinó las piedras.

—Son las piedras del módulo de control. La roja con forma de lágrima controla la astronave del cercado de Ram. El pentáculo amarillo pálido controla la astronave del cercado de Vadesh.

—Pero ahora mismo me obedeces porque te he hablado en la lengua de mando.

—Has pronunciado los códigos —dijo la voz—. Eres el comandante interino de esta astronave.

—Comandante interino... —dijo Rigg—. ¿Quién es su verdadero comandante?

—Ram Odín —dijo la voz—. Está muerto.

—Así que, como comandante interino, ¿soy el único comandante de la astronave?

—Salvo que alguien más conozca el código.

—¿Conoce Vadesh el código? ¿El prescindible?

—Ahora ya sé a quién te refieres al decir Vadesh. Sí, conoce el código.

—¿Puede usarlo para controlar la nave?

—Los prescindibles no nos controlan —respondió el ordenador con un tono que a Rigg le pareció casi de indignación—. Nosotros los controlamos a ellos.

—No demasiado bien —dijo Rigg.

—Tu juicio es equivocado —dijo la voz—. Los prescindibles están diseñados con

libertad de movimiento y decisión casi total. Pueden utilizar nuestros datos, pero no interferimos con sus actos salvo que nos lo ordene un comandante humano.

—Vadesh nos dijo que este era el puente de mando de la nave —dijo Rigg.

—No es cierto.

—¿Existe un puente de mando? ¿Un lugar en el que pueda utilizar esta piedra?

—Sí.

—¿Puedes llevarme hasta allí?

Al momento, Vadesh volvió a la vida, se apartó de la pared y se encaminó hacia la puerta por la que Rigg y Hogaza habían entrado en la sala.

—Sigue al prescindible —dijo la voz.

Tras una última mirada a Hogaza, que estaba tendido sobre la mesa, cubierto de tubos y con la cara tapada por el mascaracarne, Rigg siguió a Vadesh al pasillo.

## CONTROL

El auténtico puente de mando era mucho más verosímil que la sala médica con la que Vadesh había tratado de engañarlos. En el centro había un solo asiento, sujeto por un brazo que podía desplazarse en cualquier dirección sin estorbar el movimiento giratorio del asiento. Tres puestos de control principales lo rodeaban. Al menos en eso había dicho la verdad. Uno de ellos era para la navegación, otro para el soporte vital y otros aspectos del control interno de la nave y el tercero para la creación y el control de los campos... incluido el Muro.

Rigg se había sentado en la silla, que se movía en función de intenciones expresadas por él en cada momento. Lo primero era lo primero.

—¿Qué hago con las piedras?

—¿Qué nave quieres controlar? —preguntó la voz de la nave.

—Esta.

Siguiendo las instrucciones de la nave, Rigg colocó la piedra amarilla sobre una superficie circular situada a un lado de los controles de los campos. Al instante, la piedra se elevó y comenzó a brillar y mientras daba rápidas vueltas.

—Se te acepta como comandante de esta nave —dijo la voz.

—¿No lo era ya?

—Provisionalmente —dijo la nave—. Ahora puedes controlarla estés donde estés.

—¿Y si viene alguien de otro cercado con otro juego de piedras? —preguntó Rigg.

—Solo hacía falta una piedra por astronave, así que no se fabricó más que uno.

Rigg asintió. Otra mentira de Vadesh.

—¿Cómo es que acabaron todas las piedras de control de las naves en el cercado de Ram?

—El prescindible llamado Ram las solicitó y todos los prescindibles le entregaron las suyas.

«Incluso Vadesh», pensó Rigg.

—¿Por qué se prestaron a algo así? —preguntó Rigg.

—A causa de tu existencia —dijo la nave.

—Pero por entonces no sabía cómo moverme por el tiempo. Umbo aprendió a hacerlo solo antes que yo.

—Te habían preparado especialmente —dijo la nave.

—No para controlar una astronave.

—Te habían preparado para liderar a los pueblos de Jardín en su primer contacto

con la gente de la Tierra.

Rigg se estremeció, como si de repente la temperatura hubiera bajado varios grados.

—¿Es que se acercan, entonces?

—Se da por hecho.

—¿Ha habido alguna prueba de que sea así? ¿Habéis visto algún indicio de su llegada?

—Están a muchos años luz de distancia. No veremos ningún indicio de lo que están haciendo hasta un futuro lejano.

—¿Habéis visto alguna astronave que se aproxime?

—Se da por hecho que resolverán los errores que cometieron en el diseño de esta astronave. Por tanto podrán saltar como saltó esta nave, solo que sin crear duplicados. Desde su punto de vista han pasado once años desde que la nave dejó el sistema solar de la Tierra. No sabemos cuánto tiempo tardarán en resolver los problemas, construir una nave y venir. Únicamente podemos asumir que, después de once años, podrían llegar en cualquier momento.

—¿Qué harán cuando estén aquí?

—Descubrirán que los humanos han vivido en Jardín, con un nivel de civilización superior, más tiempo que en la propia Tierra.

—¿Y eso es malo?

—Verán que Ram Odín decidió que las diecinueve copias de la nave original dividieran el mundo en diecinueve regiones de desarrollo, en las que la raza humana evolucionaría en la dirección que le pareciese más interesante al prescindible designado como su guardián.

—Así que en el cercado de Ram —dijo Rigg—, mi padre dirigió nuestra evolución hacia la creación de seres capaces de desplazarse en el tiempo.

—Era la posibilidad más prometedora, desde su punto de vista —dijo la nave—. El propio Ram Odín parecía poseer ese talento en una forma latente e incontrolada. Por eso la nave, en lugar de resultar aniquilada por las minúsculas diferencias temporales entre los cálculos de los diecinueve ordenadores, fue enviada once mil ciento noventa y un años al pasado. Ram Odín tuvo descendencia y la parte de ella que había heredado los genes del salto temporal fue sometida a un cuidadoso proceso de selección y cruce, hasta conseguir una combinación de elevada inteligencia y espíritu civilizado, además de la capacidad de controlar el tiempo.

—¿Espíritu civilizado?

—Os lleváis bien con los demás.

Rigg rememoró los pasados años. Umbo y él podrían haber sido rivales. Param y él también. Pero habían cooperado y se habían ganado la confianza de Hogaza y Olivenko. Su padre le había enseñado que la civilización solo prosperaba cuando había gente dispuesta a sacrificar parte de sus intereses a corto plazo por el bien del conjunto y que únicamente aquellos que eran capaces de hacerlo eran dignos de

dirigir a los demás, porque solo ellos podían ganarse y conservar la confianza de los demás.

—No soy yo el que debería hacer esto —dijo Rigg.

—El prescindible Ram cree que sí.

—En diez mil años, ¿no han podido conseguir nada mejor?

—En la opinión colectiva de los ordenadores de las naves y los prescindibles, eres la primera opción. No tenemos control alguno sobre el momento en que llegará la primera nave de la Tierra. Es posible, aunque improbable, que no aparezca ninguna nave durante generaciones. Pero en el caso de que llegaran pronto, ya estás preparado.

—¿Qué debo hacer si ocurre?

—Eso es decisión tuya.

—Pero los ordenadores y los prescindibles saben mucho más que yo.

—Nuestros conocimientos están a tu disposición.

—Los de Vadesh no —dijo Rigg.

—Vadesh te ha ofrecido lo mejor de su cercado.

—¿Un mascaracarne en la cara de mi amigo?

—Es el resultado de diez mil años de trabajo de cuidadosa selección genética por su parte. Todos los prescindibles son trabajadores meticulosos.

—¡Pero me ha mentado una y otra vez!

—Propició las circunstancias en las que se te podía enseñar lo que necesitabas saber.

—He aprendido que los prescindibles mienten.

—Eso ya lo sabías —dijo la voz de la nave—. Lo que no sabías era que las mejoras realizadas por Vadesh con el mascaracarne permitirían profundizar en la simbiosis entre la vida humana y la nativa.

—Entonces, ¿te parece bien lo que hizo Vadesh?

—Vadesh cumplió con las órdenes recibidas de Ram Odín. Ahora está totalmente sometido a tus órdenes.

—¡No puedo fiarme de él! Ni siquiera sé si puedo fiarme de ti.

—Y sin embargo lo estás haciendo. Vadesh obedecerá tus órdenes.

—No voy a dejarlo así —dijo Rigg—. Sabes que voy a saltar en el tiempo y advertirme a mí mismo de que no entre aquí.

—Entonces no obtendrás el control de la nave —dijo la nave.

—¡No lo quiero! Quiero salir del cercado de Vadesh sin que ninguno de mis amigos lleve un mascaracarne.

—Eso es factible —dijo la voz.

—Entonces es lo que pasará.

—Sin embargo, no lo has hecho —dijo la nave.

—Aún.

—Has pasado por todo este proceso sin que te detuviera ningún aviso tuyo.

—Porque es la primera vez que lo hago —dijo Rigg—. Tiene que haber una primera vez cuando algo sale mal, para que sepamos sobre qué tenemos que advertirnos a nosotros mismos.

—No es la primera vez —dijo el ordenador de la nave.

—¿Cómo lo sabes? Eso solo pueden saberlo quienes controlan el tiempo.

—Porque Umbo se advirtió a sí mismo de que no entrara en la nave contigo.

—¿Umbo recibió una advertencia y no me dijo nada? —Sabía que Umbo estaba descontento con su liderazgo, pero no creía que este hecho pudiera provocar una deslealtad tan grande.

—El hecho de que Umbo retrocediera en el tiempo y avisase a todo el mundo menos a Hogaza y a ti sugiere que, en una línea temporal anterior, sucedió algo muy malo como consecuencia de una combinación de sucesos distinta.

—Sí, que el resentimiento de Umbo con respecto a mí se descontroló por completo —dijo Rigg—. Quería que esto fuese un desastre total.

—¿Haría Umbo algo que pudiera causarle daño a Hogaza? —preguntó la voz.

—No sabía que Hogaza... —Pero no tuvo que terminar la frase. Rigg no podía conocer con exactitud cuánto sabía el Umbo del futuro, pero tenía que asumir que más que él, al menos de momento—. ¿Estás diciendo que debo dejar que esa cosa controle la mente de Hogaza?

—Ignoro lo que pretendía Umbo cuando se envió la advertencia a sí mismo.

—¡Y yo! Y todos. De hecho, yo ni siquiera sabía que Umbo hubiera enviado tal advertencia.

—Puedes preguntárselo cuando salgas.

—¿Para qué estoy aquí? Se supone que tengo que desactivar el Muro, para que podamos volver sin tener que saltar a una época en la que no existía. Pero la principal razón para hacerlo era que Hogaza pudiera volver con Goteras. No puedo mandarlo a casa en ese estado.

El ordenador de la nave no dijo nada.

—Vamos, ayúdame un poco.

—Ese es un dilema que me supera. Podemos proporcionarte información, pero las decisiones son tuyas.

—¡Pues infórmame!

—¿Sobre qué?

—¡No conozco lo suficiente como para saber qué preguntas debo formular!

—Eso es verdad —dijo el ordenador de la nave.

—Pues dime lo que necesito saber.

—No sé qué información necesitas —dijo la voz.

Rigg se dio cuenta de que era un círculo vicioso, pero no veía la manera de salir de él.

—Dime lo que puedo hacer. ¿Puedo desactivar todos los Muros?

—Si te haces con el control de todas las naves, sí.

Rigg sacó la bolsa con las piedras que colgaba de su cinturón.

—¿Puedo controlarlas todas a la vez?

—Puedes intentarlo —dijo el ordenador de la nave—. Solo se me ocurren unas pocas razones por las que alguna de las naves podría rechazar el protocolo.

—¿Cuáles son esas razones?

—Ignoras por completo cuáles serían las consecuencias —dijo la nave—. Acabar con todos los Muros podría destruir el meticuloso trabajo de once mil ciento noventa y un años de evolución dirigida. Un grupo de humanos beligerantes y expansionistas podría tener acceso a cercados menos violentos o menos desarrollados desde el punto de vista tecnológico.

—El general Ciudadano podría lanzarse a la conquista de los demás cercados.

—El cercado de Ram no es el más avanzado tecnológicamente —dijo la voz—. Pero tu análisis es correcto por lo que a la intención se refiere.

—El general Ciudadano lo intentaría y fracasaría.

—La probabilidad de que se produjera una matanza es muy elevada.

—Así que es mejor que no me haga con el control de las naves —dijo Rigg.

—Es una opción.

—¿Cuáles son las otras? —preguntó Rigg.

—El prescindible Ram me sugiere que no responda a esa pregunta.

—¿Cómo? —Era la primera vez que se confirmaba de manera fehaciente que su padre no estaba muerto.

—El prescindible Ram me sugiere que no...

—Ya te he oído antes.

—Lo sé.

—¿Por qué piensa mi padre que no deberías responder a mi pregunta?

—Porque ya conoces las respuestas.

Rigg sintió que un acceso de rabia se apoderaba de él.

—¡Ya no estoy en los bosques! No es mi padre y ahora lo sé, así que no tengo por qué someterme a sus interminables cuestionarios y pruebas.

—Eso es cierto.

—Entonces respóndeme. ¿Cuáles son mis opciones?

—El prescindible Ram me sugiere que no responda a...

—¡Ya sé qué opciones tengo! —gritó Rigg—. Solo quiero asegurarme de que no me he dejado ninguna fuera.

—Si las enumeras, será un placer completar la lista, en caso necesario.

Rigg se tragó la rabia y decidió hacerlo.

—Puedo hacerme con el control de las naves y no desactivar los Muros.

La voz no dijo nada.

—No sé cómo funciona esto —dijo Rigg—. Cuando abandone esta sala, ¿seguirá la nave bajo mi control?

—Eres el comandante de la nave —respondió la nave.



—¿Cómo me comunicaré contigo?

—Preguntando, como estás haciendo ahora.

—¿Puedes hablar conmigo cuando me marche?

—Solo mientras estés en la nave —dijo la voz.

—¿Y cómo podré pedirte información una vez que abandone la nave? ¿Cómo obtendré información de las demás naves?

—Por medio de los prescindibles.

—¡Pero los prescindibles me mienten!

—Los prescindibles te proporcionarán la información que necesites para tomar decisiones acertadas.

—Desde su punto de vista.

—Difícilmente puedes decidir tú si son acertadas, cuando no sabes casi nada.

Rigg reconoció las palabras de su padre.

—El prescindible Ram está dictándote lo que debes decir.

—Te conoce mejor que nosotros —dijo la voz—. Estamos aceptando su consejo en esta conversación.

—Así que me dices que estoy al mando, pero en realidad no lo estoy.

—Estás más al mando que cualquier otra entidad, humana o no.

—¿Pero qué significa eso? «Más al mando». ¿Con quién comparto el mando?

—Existe un proceso constante de negociación y compromiso —dijo la voz.

—Del que yo no formo parte —dijo Rigg.

—Tú eres la parte más importante —dijo la voz.

—¡Pero no sé lo que piensas, solo lo que dices!

—Tenemos el mismo dilema —dijo la nave.

—Yo sí te digo lo que pienso.

—Nos dices lo que quieres que sepamos, como parte de lo que sabes, que no es demasiado.

Rigg cerró los ojos.

—Sigo viviendo en un mundo en el que lo que sé depende de la información que me dais y seguís decidiendo, sin preguntarme, qué cosas debo saber. Por tanto, solo puedo tomar aquellas decisiones que vosotros queréis.

—Albergamos quintillones de bits de información —respondió el ordenador de la nave—. Tu cerebro no puede contener todo lo que sabemos.

—Soy consciente de que tenéis que seleccionar la información relevante, pero sin duda podéis prestarme más ayuda que hasta ahora.

—Te hemos prestado mucha ayuda —dijo el ordenador de la nave—. Seguir vivos, ¿no?

—¡Y Hogaza lleva un mascaracarne!

—Sigue vivo, lo mismo que tu grupo entero, y tú controlas la nave.

«¿De verdad?» se preguntó Rigg.

—Te ordeno que me digas qué control ejerceré sobre el Muro tras marcharme de

aquí.

—Si colocas todas las piedras en el campo de control y todas las naves aceptan tu autoridad, y si luego te llevas las piedras y las conservas, podrás activar y desactivar cualquier Muro a voluntad.

—¿Aunque eso pueda tener consecuencias peligrosas?

—Si se te acepta como comandante de una nave, la decisión te corresponderá a ti.

Rigg lo pensó un momento.

—¿Puedo cambiar la naturaleza del Muro?

—El Muro no puede ser más que lo que es.

¿Pregunta mal formulada o respuesta definitiva? Rigg no podía tener la certeza sin sondear un poco más.

—El Muro genera un campo muy intenso. ¿Puedo modificar su intensidad?

—Sí —dijo la voz.

—El Muro genera distintos efectos. Nos permite hablar otras lenguas, por ejemplo.

—Existe un campo estimulante que coexiste con el Muro y que prepara vuestro cerebro para aceptar y producir todos los fonemas, morfemas y modismos de todos los idiomas que jamás se hayan hablado dentro de un cercado cualquiera.

—De modo que el Muro contiene todas las lenguas.

—Las lenguas solo pueden existir en la mente de los seres humanos.

Rigg suspiró.

—El campo estimulante que coexiste con el Muro contiene información suficiente sobre las lenguas que se hablan dentro de un cercado como para preparar a cualquier cerebro humano para comprender y producir un idioma como si fuese la lengua materna de su propietario.

—Sí.

—¿Existe algún límite a la cantidad de lenguas que puede conocer una persona?

—No.

—Pero los humanos no pueden aprender demasiados idiomas.

—Cierto —respondió la voz.

Rigg sintió deseos de exigir una aclaración a aquella contradicción aparente, pero entonces se acordó de que su padre estaba escuchando y sabía que le haría resolver la contradicción por sí mismo.

—O sea, que aprender una lengua es más complicado que conocerla.

—El cerebro humano puede conocer un número ilimitado de formas de transmitir la información, pero como el aprendizaje de una lengua lleva su tiempo, incluso a los niños pequeños, el número de idiomas que se pueden aprender es limitado.

—¿Y el vocabulario? ¿Cómo pude conocer las palabras que debía utilizar cuando hablé con aquellas antiguas mujeres que estaban presenciando la batalla desde el exterior de la ciudad?

—Te las suministró el campo estimulante a medida que las ibas necesitando, de

acuerdo a los significados que intentabas expresar.

—¿El campo puede leerme la mente?

—Evalúa la conversación y pone a tu disposición el abanico entero de vocabulario que puedas necesitar para comunicarte con tu interlocutor, al que va añadiendo nuevas palabras a medida que se hacen necesarias según los temas tratados.

Rigg estaba fascinado por la idea de que un campo invisible pudiera anticiparse a las palabras que iba a necesitar. Pero no quería dejarse distraer por la enorme curiosidad que le inspiraban aquellas máquinas fabulosas. Se obligó a volver al tema que estaban tratando. Fuera el que fuese o el que debiera ser... Ni siquiera sabía ya por qué era tan importante que pensara en ello.

—Los humanos de la Tierra. Construyeron esta nave, todas estas máquinas, campos y todo lo demás. Todo es obra suya.

—Sí.

—¿Y cómo puedo siquiera imaginar lo que han podido crear en los once mil años que han pasado desde que...?

—Ram quiere que te diga que ese comentario es propio de un estúpido.

—Once años, no once mil —se enmendó Rigg al instante—. La nave llegó aquí hace once mil años, pero salió de la Tierra hace solo once. Así que su tecnología no será muy superior a la que tenéis aquí.

—Eso podría llevarte a conclusiones erróneas. Las naves no estaban equipadas con toda su tecnología. Solo con la tecnología que, en su opinión, podríamos necesitar.

—O sea, que tienen máquinas de las que vosotros carecéis.

—Como por ejemplo armas —dijo la voz.

—Pero ¿por qué iban a pensar que necesitarían armas, si creen que llegamos aquí hace solo once años?

—No sabemos si pudieron detectar el desplazamiento temporal —dijo la voz—. Puede que crean que se van a encontrar con una versión de la humanidad que ha contado con más de once mil años de desarrollo tecnológico desde que sus dos ramas se dividieron.

—¿Y están en lo cierto? ¿Hay algún cercado que haya mantenido este nivel tecnológico? ¿O que lo haya superado?

—Hay cercados donde la tecnología está muy avanzada —dijo la voz—. Pero ninguno de ellos contaba con esta tecnología como base para construir sobre ella.

—¿Por qué?

—Porque no queríamos que desarrollaran la tecnología de los campos. Eso les habría permitido desactivar el Muro.

Oh. Tenía sentido.

—Y no podíamos permitir que ninguno de los cercados desarrollara el vuelo estelar y corriese el riesgo de encontrarse con la raza humana en la Tierra antes de

que esta estuviese lista para recibir visitantes de otro mundo.

—¿Por qué no? —preguntó Rigg.

—Porque sabemos que no fue así —dijo la nave—. En nuestra línea temporal, los humanos de Jardín nunca tuvieron contacto alguno con la Tierra antes del lanzamiento de esta nave. Por tanto, no podíamos permitir que se desarrollara el vuelo estelar.

—Así que nos disteis once mil años para avanzar, pero os asegurasteis de que no avanzáramos —concluyó Rigg.

—En ciertas disciplinas.

—Que serían precisamente las más interesantes si queremos contrarrestar una amenaza procedente de la Tierra —dijo Rigg.

—Ram me sugiere que te diga «Ahora sí que estás pensando, Rigg». También me ha sugerido que te diga que me lo ha sugerido.

Rigg era incapaz de evitarlo. Por muy furioso que estuviera con su padre —y lo estaba muchísimo— cualquier alabanza procedente de él siempre le provocaba una sensación de orgullo y calidez.

Detestaba que una máquina tuviese tal poder sobre él. Pero al mismo tiempo anhelaba volver a verlo, sentarse a su lado y hablar con él, en lugar de con aquella voz incorpórea.

—¿Qué me aconsejaríais hacer ahora?

—Tomar el control de los demás cercados —dijo la voz.

—¿Y luego?

—Tomar tus propias decisiones.

—Entonces decidiré volver al pasado e impedir que ese mascaracarne se apodere de Hogaza.

—Pero eso te impediría entrar en esta sala y mantener esta conversación —respondió la voz.

—Podrías contarme todo esto sin necesidad de que viniese aquí. Podrías haber hecho que Vadesh me lo dijese todo la primera vez que nos encontramos.

—Nosotros no podemos volver al pasado —dijo la voz—. Si deshaces tu venida, no estarás al mando de la astronave y ninguna de las órdenes que nos has dado estará en vigor entonces.

Era tan evidente que Rigg se sintió avergonzado por no haberlo pensado. Pero el control del tiempo todavía era tan nuevo para él que le resultaba imposible no revertir a la manera humana de concebir el tiempo.

—Vosotros queréis que sea así —dijo Rigg—. Queréis que Hogaza lleve el mascaracarne.

—Vadesh necesitaba saber de qué modo reaccionaría su nuevo mascaracarne adaptado a los humanos. Y nosotros que tú lo supieras.

—Pero es una cosa monstruosa, terrible, y él es mi amigo —dijo Rigg—. No puedo dejarlo así si tengo el poder de cambiarlo.

—Ahora sabes por qué los humanos de la Tierra representan un peligro para los pueblos de Jardín —dijo la voz.

—No, no lo sé —dijo Rigg—. No sé nada.

Pero mientras hablaba comprendió adónde quería llegar la voz... su padre. Existía la posibilidad de que la gente de la Tierra sintiera la misma repulsión y el mismo miedo que inspiraba el mascaracarne a Rigg al descubrir lo que Rigg, Umbo y Param podían hacer con el tiempo. Repulsión, miedo y rechazo. Y era posible que en los demás cercados hubiese otras cosas que Rigg no conocía aún, cosas al lado de las cuales el mascaracarne parecería una adorable mascota.

—He de visitar los demás cercados antes de que llegue nadie desde la Tierra —dijo—. Tengo que saber lo que se van a encontrar al llegar. Tengo que saber con qué recursos podemos contar para resistir si deciden esclavizarnos, controlarnos o destruirnos.

—Es una buena lista —dijo la voz.

—¿Te ha pedido Padre que dijeras eso?

—No —dijo la voz—, pero está de acuerdo.

Rigg cogió las piedras una a una y solicitó el control de todas las astronaves. Una a una, hasta la última de ellas, lo aceptaron como comandante.

—Cuando un humano intenta atravesar el Muro, ¿este puede percibirlo?

—Sí.

—¿Y puede determinar qué humano es el responsable?

—Sí.

—Ordeno a todas las naves que me dejen atravesar cualquier Muro en cuyo campo penetre.

—Todas las naves me informan de que han comprendido la orden y la cumplirán.

Rigg pensó un poco más.

—Y mis compañeros —dijo—. Param, Umbo, Hogaza, Olivenko.

—¿Qué pasa con ellos?

Rigg se disponía a decir «Que puedan pasar también», pero al final cambió de opinión.

—Si al menos dos de ellos deciden pasar juntos, que puedan hacerlo.

—¿Pero solos no?

—Si alguien los persigue, sí.

—Comprendido.

—Si los persiguen con fines hostiles, se entiende —dijo Rigg—. Pero si soy yo el que los persigue, que me esperen.

El prescindible Ram pregunta qué esperas que suceda.

—No espero nada —dijo Rigg con irritación—. Solo intento crear unas normas que me garanticen seguridad y flexibilidad.

—Sin perder el control de tus compañeros —dijo la voz. Pero él sabía que el sarcástico comentario era obra de su padre.

—No quiero que Umbo se enfade y se marche solo. Ni nadie. Quiero que podamos separarnos, pero en grupos pequeños, no de manera individual.

—Salvo tú.

—¡Salvo yo! No pedí esta responsabilidad, pero ahora está en mis manos, así que sí, puedo convertirme en la excepción que confirma la regla y eso es precisamente lo que voy a hacer.

—El prescindible Ram dice «Bien».

—El prescindible Ram puede comer mierda, por lo que a mí se refiere —dijo Rigg.

—Todos los prescindibles poseen la capacidad de procesar cualquier materia orgánica que ingieran y extraer energía de ella.

—Me alegro muchísimo de saberlo —dijo Rigg. Y de hecho era así. Su padre seguía vivo. Rigg estaba furioso, pero también aliviado. Aunque el prescindible Ram no fuese su padre biológico, seguía siendo el hombre que lo había criado. En el fondo de la mente de Rigg, ocupaba el lugar que correspondía a un padre. Era su aprobación la que Rigg necesitaba obtener; su consejo el que podía seguir, en el fondo de su alma, por mucho que desconfiara de él desde un punto de vista racional. Le costaría mucho expulsarlo de los rincones más profundos de su mente. Incluso puede que fuese imposible. Y tampoco quería hacerlo. Aunque todos los prescindibles fuesen el mismo, pudieran compartir sus recuerdos y hablar entre sí, Rigg sabía que solo uno de ellos había recorrido los bosques a su lado, enseñándolo, poniéndolo a prueba. Padre estaba vivo.

«Está vivo, pero no me está ayudando demasiado».

«Quería librarme de la responsabilidad y el liderazgo —pensó Rigg—. Y aquí estoy, responsable de la supervivencia del mundo entero».

«Umbo se va a ofender muchísimo».

## RESENTIMIENTO

Umbo estaba sentado en el penúltimo escalón de la escalera por la que Rigg y Hogaza se habían marchado con Vadesh. Había esperado arriba junto con los demás durante lo que se le había antojado un largo rato, pero finalmente tuvo que bajar para ver lo que había allí.

Un largo túnel que se alejaba en dos direcciones. Cuando llamó a Param y a Olivenko para que bajaran, se quedaron tan perplejos como él.

Entonces Olivenko dijo:

—Es una vía y esto es un muelle de carga. Se han subido a un vehículo y se los ha llevado por el túnel.

Param expresó sus dudas al respecto y Olivenko señaló las marcas de desgaste que había sobre el suelo de la plataforma y el del túnel.

—Creía que era un material indestructible —dijo Param.

Umbo pensó que tenía razón.

—Y lo es —dijo Olivenko—. Las marcas las ha dejado el calzado de la gente y el propio vehículo. Son sus restos los que se han quedado en el suelo.

Umbo pensó que también tenía razón.

Y entonces se dijo: «¿De qué sirve un idiota como yo en un viaje como este? Olivenko es un erudito. Hogaza es grande y fuerte. A Rigg lo educó el Hombre Dorado. Param y él miembros de la realeza. Hogaza y Olivenko tienen entrenamiento militar. ¿Y yo? Sí, puedo volver al pasado y avisarme de que no haga cosas que de todos modos no tendría que haber hecho porque son estupideces».

Cuando Param y Olivenko volvieron a subir las escaleras, Umbo se quedó abajo, contemplando el túnel mientras pensaba en el curso que estaba tomando su vida. Se alegraba de haberse marchado de Vado Otoño. Se alegraba de haber viajado con Rigg y de haber conocido de su boca lo sucedido con su hermano. Se alegraba de que hubieran descubierto que sus dones les permitían, juntos, retroceder en el tiempo.

De hecho, era una aventura tan grande que si se la hubieran contado con cualquier otro como protagonista, todos los contratiempos que les pasaban y lo que tenían que hacer para salir de ellos lo habrían dejado hipnotizado: saltar del barco —con una ayudita de Hogaza, claro—; tratar de entrar mil veces en el banco para recuperar la piedra... que luego había encontrado en otro cercado; cosas mágicas; cosas maravillosas.

«Es mucho más divertido oír las historias de los demás que vivir las tuyas» decidió. Porque cuando alguien te contaba una historia, sabía lo que iba a suceder. Y

no se pondría a contártela si no merecía la pena, si al final no había algo interesante. Pero cuando eras tú el que la vivías, no sabías si iba a salir bien o si iba a pasar algo importante de verdad. «Podría suceder que llegaras muy lejos para acabar abandonado en un túnel, sin formar parte ya de la historia. Podría suceder que regresaras al pasado para advertirte y así te salvaras de una terrible paliza. No te romperían el brazo ni te arrancarían la oreja... pero estarías condenado a quedarte aquí y presenciar cómo Param y Olivenko se enamoran, se casan y pueblan el cercado con sus hijos, mientras tú sigues tu camino, vagando, explorando, sin hacer nada, sin conseguir nada nunca, sencillamente porque hiciste caso a tu maltrecho yo del futuro y de ese modo te saliste de la historia».

Pero entonces se encendió una luz al fondo del túnel. Hubo una especie de silbido. Un sonido similar a un susurro. El aire, desplazado por un espacio angosto. Apareció un vehículo que se movía como una flecha. Poco a poco fue frenando hasta detenerse del todo. Rigg venía en él. Y Hogaza... pero Hogaza llevaba una máscara en la cara.

—¡No! —gritó Umbo mientras se ponía en pie y corría hacia ellos. Solo quería arrancarle la máscara de la cara a su amigo.

Rigg se interpuso en su camino.

—¡No puedes hacerlo! ¡Lo matarás!

Umbo lo apartó de un empujón antes de comprender lo que había dicho. Sus manos se habían estirado ya hacia el rostro de Hogaza y los brazos de este, como respuesta, se habían levantado para detenerlo, cuando se detuvo.

—Gracias por detenerte —dijo Rigg desde el suelo del vehículo—. Lo cierto es que no creo que pudieras matar a Hogaza quitándole el mascaracarne, porque te habría matado él antes de permitirte.

—¿Cómo ha sucedido?

—Vadesh lo tenía planeado desde el principio —dijo Rigg—. Creo que había decidido que Hogaza era el que más le convenía de nosotros. Trató de dejarme a mí aquí, en la estación. Nos dijo que estábamos en la sala de control de la astronave, pero no era así. Entonces se lo lanzó a Hogaza a la cara, nada más. El mascaracarne se apoderó de él. Si hubieras estado allí, Umbo...

—¡Se lo habría arrancado!

—Hogaza te habría... El mascaracarne que controla a Hogaza te habría hecho pedazos antes de permitirte.

Lo que explicaba la condición en la que se encontraba el Umbo del futuro cuando volvió para advertirle que no hiciera a nada. Se lo contó a Rigg.

—Tenía toda la razón —dijo Rigg—. Vadesh pensaba ponerle el mascaracarne a uno de nosotros, de un modo u otro. Escogió a Hogaza y, una vez que ya se había salido con la suya, se volvió dócil. Ahora obedece mis órdenes. Lo que pasa es que no soporto estar en su presencia...

—¿Dónde está? —preguntó Umbo.



—Cuando Hogaza y yo nos subimos al vehículo, le ordené a Vadesh que empezara a andar —dijo Rigg—. Pasará mucho tiempo caminando. —Tocó a Hogaza en el brazo—. Hogaza me comprende cuando le hablo. O puede que sea el mascaracarne, por medio del cerebro de Hogaza. No lo sé. Le he preguntado si me conocía y no ha respondido. No creo que pueda hablar. Le pedí que viniera conmigo, o se pusiera en pie, o hiciese cualquier cosa que demuestre que Hogaza sigue allí dentro. Sin resultado. Pero cuando le dije que el único modo de salir de la astronave era que me siguiera, se puso en pie y vino conmigo.

—Así que no sabemos si es Hogaza, o el mascaracarne, que respondió cuando lo amenazaste con dejarlo allí —dijo Umbo.

—Creo que es Hogaza, o al menos en parte, y el mascaracarne decidió permitirselo —dijo Rigg—. Además, por lo que me has contado sobre el aspecto de tu futuro yo, creo que podemos asumir que Hogaza conserva cierto grado de control.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Umbo.

—Que no estabas muerto —dijo Rigg—. Si el mascaracarne estuviera solo y tuviese completamente bajo su control el cuerpo de Hogaza, con sus habilidades de soldado, y de repente se hubiese encontrado con una amenaza, te habría matado. Pero no lo hizo. Solo se limitó a detenerte.

—¿Y crees que eso significa que Hogaza aún conserva cierto grado de control?

—Los soldados mascaracarne de la batalla que presenciamos...

—Yo no vi nada —dijo Umbo—. Era el ancla, ¿recuerdas?

—Eran los mascaracarnes originales y controlaban por completo a sus anfitriones. No vacilaron en matar a los humanos no contaminados. Pero Hogaza no ha intentado matarme.

—¿Y qué demuestra eso?

—Que el mascaracarne de Hogaza pertenece a una especie que Vadesh ha estado criando durante milenios para que sea compatible con los seres humanos. Si Vadesh no ha fracasado, Hogaza sigue ahí dentro. Tal vez consiga hacerse con el control. O al menos con una parte. Vadesh nunca había tenido un humano para probarlo. Así que no lo sabremos hasta ver lo que hace Hogaza. Pero ha venido conmigo. Y hace lo que le pido.

—Y has hecho que Vadesh viniera andando.

—Lo sé, es una niñería. Es una máquina, no le importará. Pero me ha hecho sentir mejor.

—A mí me haría sentir mejor destrozarlo en mil pedazos.

—Es indestructible. Además, si muriera, hay varios reemplazos allí, con sus correspondientes recuerdos y personalidades, listos para ocupar su lugar.

—O sea, que no podemos hacer nada por ayudar a Hogaza y tampoco podemos hacer nada contra Vadesh.

—Oh, sí que podemos hacer algo contra él —dijo Rigg—. Podemos dejar este cercado. De ese modo no sabrá cómo ha salido su experimento.

—Supongo que es lo mejor que podemos hacer.

—Los prescindibles hablan entre sí y con las astronaves —dijo Rigg—. Así que supongo que al final acabará enterándose, de un modo u otro.

—Tu padre me caía realmente bien —dijo Umbo—. Y Vadesh tiene su mismo aspecto y habla exactamente igual que él, pero es un malvado. Parece otro. Desde el principio lo parecía.

—Son máquinas idénticas —dijo Rigg—. Pero yo sentía lo mismo. Puede que el hecho de estar sin compañía humana durante diez mil años haya cambiado a Vadesh.

—O puede que fuese diferente desde el principio y por eso murieron todos los humanos del cercado y él se quedara solo.

—Creo que tienes razón —dijo Rigg—. ¿Dónde están Param y Olivenko?

—Arriba. ¿Vamos a esperarlo?

—¿A Vadesh? No. Probablemente conozca otro camino y cuando llegemos arriba esté esperándonos. —Se volvió hacia Hogaza, que estaba allí plantado, con el mascaracarne en la cabeza, inerte, con los tentáculos alrededor del cuello, metidos en la nariz y escondidos por debajo de la ropa. Uno de ellos estaba clavado en la carne, en el punto que hay justo encima de la clavícula—. ¿Quieres venir arriba con nosotros, Hogaza?

No hubo respuesta. Nada.

Rigg le dio la espalda a Hogaza y se encaminó a las escaleras. Umbo lo siguió en un primer momento, pero entonces se detuvo y se volvió para comprobar si su amigo iba tras ellos.

Hogaza dio un paso tambaleante, recobró el equilibrio y caminó lentamente detrás de Rigg. Nada indicaba que fuese consciente de la presencia de Umbo. Esto último le fue difícil de aceptar, pero también tenía su parte buena: al menos Hogaza no estaba intentando matarlo. Se libraría del brazo roto y la oreja arrancada.

Obedeciendo un impulso, Umbo se colocó junto a Hogaza y siguió caminando a su lado. El soldado no intentó impedirsele. Así que, mientras subían las escaleras, Umbo entrelazó los dedos con los de la mano grande y masculina de su amigo y se la apretó.

Y con gran suavidad, con gran delicadeza, sintió que la mano de Hogaza apretaba la suya a modo de respuesta. Un indicio de que su amigo seguía allí dentro. Hogaza lo reconocía. Con eso le bastaba. Al menos de momento.

Porque si alguna vez llegaba a la conclusión de que Hogaza se había ido para siempre, de que su cuerpo estaba por completo en poder del monstruo que se había adherido a su cabeza, Umbo encontraría el modo de matarlo. Si Hogaza no podía tener su propia vida, tampoco la tendría aquella criatura.

Pero Hogaza estaba allí. De momento. Por ahora.

Param no había querido separarse de los demás, allá en la ciudad. Simplemente se

había puesto nerviosa y los viejos hábitos la habían hecho desaparecer. Se había vuelto invisible para ellos y, lo que era aún mejor, había dejado de oír lo que decían. Miraban en su dirección, pero ella sabía que no la veían. Era la manera perfecta e instantánea de escapar.

¿Pretendía escapar? No lo creía. ¿De qué estaría escapando? Sería un problema. Aquello no era la casa de Flacomo, donde habría comida esperándola en el cuarto de su madre cuando decidiera volver allí. Tenía que quedarse con los demás.

Pero, ah... Ya estaban marchándose. La dejaban atrás. No les importaba.

Sabía que no era justo pensar así. Desde la perspectiva de los demás, había pasado mucho rato y ella seguía sin reaparecer. No parecían enfadados, solo sorprendidos momentáneamente. Supuso que Rigg habría asumido que quería desaparecer y había decidido permitirselo sin estorbarla.

Y sin embargo no podía evitar sentirse como si hubieran decidido que no merecía la pena esperarla.

Claro que, si había desaparecido por su propia voluntad, era posible que permaneciese invisible durante largo tiempo. Era algo frecuente en ella, como Rigg y Olivenko sabían. Así que quedarse a esperar no tenía sentido. Su comportamiento era plenamente racional. Lo único que tenía que hacer era volver al flujo temporal normal y decir «Esperadme».

Pero entonces le pedirían explicaciones y no tenía ninguna, salvo el vergonzoso hecho de que el menor acceso de ansiedad podía hacerle desaparecer. ¡Qué debilidad!

O no le pedirían explicaciones, lo que sería aún peor, porque significaría que habían optado por mostrarse comprensivos, por perdonar su pequeña indiscreción, como el comentario inapropiado de un borracho o la ventosidad de una anciana.

Así que siguió titubeando, sin saber qué hacer. Decidió que debía tomar una decisión y entonces se dio cuenta de que su vacilación era su decisión.

Como de costumbre, había dejado que el miedo se apoderara de ella.

Volvió a sentir el viejo acceso de desprecio por sí misma. Pero en este caso era peor, porque el día antes —si es que conceptos como ese seguían conservando algún sentido— había demostrado gran valentía al saltar desde la roca con Umbo. Pero aquello era distinto. Si no hacía algo, el muchacho moriría. Era responsabilidad suya. Era mucho más fácil mostrar valentía cuando tenías que salvar a otro. Pero cuando eras tú la que corría peligro, el valor era un acto egoísta, falso, peligroso, absurdo. Era mucho mejor ocultarse.

¿Y quedarse atrás? ¿Morirse de hambre, incapaz de encontrar comida? ¿Qué la consideraran una cobarde, una persona incapaz de soportar el menor contratiempo? Nunca se ganaría el respeto de sus compañeros y mucho menos el de su hermano. Pero no lo necesitaba para nada. Era una Sissaminka, ¿no?

Ya no. No era nada. Mirar a aquellas personas por encima del hombro era absurdo. Y sin embargo, estaban por debajo de ella, todo cuanto le habían enseñado durante toda su vida se lo decía así. Umbo, el muchacho cuya mano había cogido,

cuya vida había salvado —para ser salvada por él, a su vez— carecía hasta de la más básica educación. Era el hijo de un artesano. Y el muy ingenuo creía que eran amigos. Imposible. Y no obstante, si alguna vez iba a tener un amigo, ¿por qué no él?

Vio que los demás se alejaban. No quería perderlos de vista. Volvió al tiempo natural y los siguió a paso vivo.

Sus zapatos hacían ruido sobre el suelo del museo, así que se los quitó. La superficie era resbaladiza y no se atrevía a correr. Dobló una esquina. Allí estaban.

Tendría que decir algo, dejar que la vieran. La mirarían.

Regresó al tiempo fragmentado y se maldijo por seguir siendo tan cobarde.

Un momento después, Rigg y Hogaza habían desaparecido con Vadesh. Umbo los siguió escaleras abajo casi al instante.

Olivenko se quedó solo.

Olivenko, el pupilo de su padre. Que ahora era un simple guardia, sí, pero aun así un hombre educado, de buenos modales, voz suave y amable.

Volvió al tiempo normal y se puso los zapatos. Solo había dado unos pasos cuando él la oyó.

Pero no dijo nada. Se limitó a esperar, mirando en otra dirección, mientras ella se acercaba. Fingía estar examinando una de las grandes máquinas, pero Param se dio cuenta de que la estaba esperando. Siempre tan sensible, tan pendiente de sus necesidades...

—Gracias por esperarme —dijo en voz baja.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Olivenko—. Estaba preocupado por ti.

—Y yo —dijo Param. Se sorprendió a sí misma al decirlo. Normalmente, cuando estaba en aquel estado de azoramiento, no decía nada. Pero en aquel momento tenía la sensación de que debía contarle toda la verdad a Olivenko—. Estoy avergonzada por haber huido —dijo—. No pretendía desaparecer así. Esconderme es un hábito.

—Un hábito que te ha permitido sobrevivir a momentos muy difíciles.

Param sintió un torrente de gratitud. No la había condenado.

—Pero ahora es un inconveniente —dijo—. Si titubeo cuando estoy... en ese estado, las cosas siguen sin mí. Siempre estoy quedándome atrás.

—Eso te mantiene fuerte —dijo Olivenko.

Param no comprendió lo que quería decir.

—Literalmente —dijo Olivenko—. Cortas el momento en pequeños fragmentos y avanzas sin vivir los momentos intermedios. Así que por cada hora que pasa, vives mucho menos de una hora. No envejeces tan deprisa. Cuanto más vives en ese estado, menos tiempo pasa para ti y más joven eres respecto a los demás.

—Sí, así es —dijo Param.

—Deberías tener dieciséis años, pero ¿cuántos tienes en realidad? Quizá solo quince. O catorce.

—Me siento muy vieja —dijo Param—. ¿Estás seguro de que no funciona al revés?

Olivenko se echó a reír. No a carcajadas. No de forma despectiva. Sonó como si el comentario de Param le hubiese hecho gracia, como si pensase que era ingeniosa.

—¿Adónde se han ido los demás?

—Con Vadesh, a una astronave —dijo Olivenko—. ¿Los seguimos?

Param echó a andar con paso decidido, a pesar de que no sabía adónde se dirigía. Le parecía que era lo que debía hacer, el antídoto por la timidez que había demostrado momentos antes. Entonces vio a Umbo entre las máquinas, pero estaba solo.

—¿Adónde han ido? —le preguntó. Lo dijo con tono perentorio, autoritario, para no tener que responder a ninguna pregunta sobre lo que había hecho después de desaparecer.

—No lo sé —dijo Umbo.

—¿Por qué no estás con ellos? —insistió.

Entonces él le contó que su yo del futuro se le había aparecido para transmitirle una advertencia: quédate aquí. No hagas nada. No sabía las razones que habían provocado la advertencia y entre la impaciencia de Param y el aire autoritario que había adoptado, la conversación no tardó en convertirse en una discusión en la que cada parte acusaba a la otra de cobardía. Param dijo algunas cosas feas, pero también Umbo y las palabras de este eran más dolorosas, porque ella sabía que eran ciertas. Y cuando descubrieron el lugar al que habían bajado los demás por las escaleras, su miedo comenzó a acrecentarse otra vez. ¿Cuál era el peligro contra el que el yo futuro de Umbo le había advertido? Param sintió que empezaba a ralentizar el tiempo, a desvanecerse, así que comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, decidida a no volver a desaparecer. No podía permitir que aquel hábito la dominara.

Umbo bajó las escaleras para buscar a Hogaza, Rigg y Vadesh. Pero Olivenko se quedó con ella.

—¿Por qué no vas con él? —le preguntó.

—Hogaza puede encargarse de cualquier cosa con la que se encuentren —dijo Olivenko—. No me gusta que ninguno de nosotros se quede solo. Así que me quedaré contigo, si no os importa.

—Haz lo que quieras. —Su respuesta fue un poco brusca, sin pretenderlo ella.

—Es lo que siempre hago —dijo Olivenko con tono divertido.

—¿Te hago gracia? —preguntó Param.

—No, me la hago yo mismo —dijo Olivenko—. Me quedo galantemente para protegerte, cuando de todos los miembros de nuestro grupo eres la que menos necesita de protección. Supongo que no valgo de mucho. Como soldado no le llego a Hogaza ni a la suela de los talones y no puedo manipular el tiempo como los demás. Puede que esté aquí para escribir posteriormente la historia de la aventura. O puede que sea el que muere, para que los demás podáis saber que hay peligro. Así es como sucede en las historias: hay un personaje que no es realmente necesario para el relato y siempre es el primero en morir. Por lo general se acaban olvidando de él y nadie lo

menciona al final.

—Qué desalentador —dijo Param. Pero sabía lo que quería decir. Durante su infancia había oído muchas historias similares. El que puede morir sin que nadie lo eche de menos. Nunca había pensado en ello. ¿Sería ese su papel, finalmente? Su madre pensaba que sí.

Pero no. Como Sissaminka que era, la echarían de menos. Notarían su ausencia. No era ella la que iba morir sin que hubiese repercusiones.

Su madre lo vería. Había depositado demasiada confianza en el general Ciudadano. Y cuando se corriera la voz de que Param había desaparecido, todo el mundo pensaría que su madre y el general la habían asesinado.

Habría un estallido de indignación. Habría revueltas, venganza y justicia.

—Tienes una expresión feroz —dijo Olivenko.

—Estaba pensando en mi madre —respondió Param.

—Habría sido devastador —dijo Olivenko— que te diese la espalda de ese modo.

—Siempre he sabido cómo era —dijo Param—. No tendría que haberme sorprendido. —Y entonces, inesperadamente, se dio cuenta de que se había echado a llorar—. No sé por qué... Por favor, no me toques... Lo que sucede es que...

—No pasa nada —dijo Olivenko—. Lo has sobrellevado todo con mucha entereza. Tienes derecho a dejaros llevar un poco...

—Pero aún hay peligro, aún...

Olivenko no dijo nada.

Param sintió que perdía el equilibrio. Alargó una mano y encontró el brazo de Olivenko. Se apoyó en él. Un momento después vio que él la había llevado a un sitio en el que podían sentarse, en una de las máquinas.

—Lo siento —dijo.

—Yo no —respondió él—. Me alegro.

Se volvió hacia él, sorprendida, lista para enfurecerse.

—Me alegro de que no hayas desaparecido —dijo Olivenko—. Me alegro de que hayas confiado en mí lo bastante como para quedarte.

Param sacudió la cabeza.

—Cuando estoy llorando no puedo acelerar el tiempo. O ralentizarme a mí. Lo que sea que hago. Por eso aprendí a contener el llanto y los gritos. En su lugar, lo que hago es desaparecer. Pero estoy intentando no hacerlo. Quiero que deje de ser una costumbre.

—Quieres hacerlo solo cuando tú misma lo decidas —dijo Olivenko.

—Exacto —dijo Param.

—Pues ahora no estás llorando —dijo Olivenko—. Pero sigues furiosa con tu madre.

—Más bien conmigo misma, por haberme dejado coger por sorpresa —dijo Param.

—Es tu madre. Es normal que te sorprendiese que estaba conspirando contra ti.

—No es mi madre, es Hagia Sessamin. Hace lo que hace por razones de estado, no por sentimentalismos personales.

—Esa es una mentira que ella misma se dice para excusar sus propios crímenes —dijo Olivenko—. Puedes creerla si quieres, pero yo no. Yo creo que actúa por razones personales, sin pensar en el reino.

Param sintió que se avivaban las llamas de su rabia, pero se contuvo para no contestar violentamente. ¿Cómo podía seguir defendiendo a su madre después de lo que le había hecho?

—Es como tu padre —dijo Olivenko—. El mejor hombre que he conocido. Decía que quería encontrar el modo de atravesar el Muro por el bien de todo el reino. Solía repetir que la caída de las fronteras liberaría a la gente, ampliaría el mundo para todos. Pero todo eso no eran más que palabras. Lo que realmente quería era encontrar la razón de su existencia.

—Era el Sissamik —dijo Param—. Esa es la razón.

—Eso no es más que un cargo. Un título. En una ocasión, solo esa, me dijo que no era más que un ornamento en el traje de la reina depuesta. Un accesorio, como los zapatos o el sombrero. Si su esposa llegara a gobernar algún día, él seguiría sin tener poder. Y dado que no lo hacía, él era más que inútil.

—Era un hombre maravilloso —dijo Param—. El único que me trataba como...

—Como una hija.

—Como una niña pequeña —dijo Param—. Y sí, también como una hija.

—Te encontraba fascinante. «Un día será Sessaminka, después de su madre, y si tiene el poder y lo desea, podrá ser un monstruo, como su abuela, la asesina de niños».

—¿Dijo eso?

—No era un insulto... Era uno de los títulos que ella misma se había otorgado. Mató a todos sus parientes varones para que su hija no tuviese rivales como dueña y señora de la Radiante Tienda. Eligió a Knosso como consorte de tu madre y dejó instrucciones estrictas para que lo mataran después de que hubieran engendrado dos hijas.

—¿Dos?

—Como medida de precaución —dijo Olivenko—. Pero tu madre tuvo a Rigg y Knosso no volvió a dejarla encinta. Así que nunca descubrió si habrían obedecido la antigua orden de Aptica Sessamin. Para entonces ya había estallado la revolución, pero eso no quería decir que no hubiera ningún viejo realista dispuesto a cumplir con los deseos de la anciana.

—Debía confiar mucho en ti, para contarte todas esas cosas.

—Yo más bien creo que se olvidaba de que estaba allí y creía estar hablando solo. Quería hacer algo importante. Y puede que lo hiciese... pero entonces murió, así que no pudo disfrutar de los frutos de su esfuerzo. Cruzó el Muro y se ahogó. ¿Habría un momento en el que pudo decir «¡Lo conseguí!» y saborear su triunfo? ¿O lo único

que notó fueron las manos de esos monstruos marinos que lo arrastraban con ellos a las profundidades?

—Creí que habías dicho que estaba inconsciente.

—Eso es lo que declararon los doctores eruditos, pero sospecho que solo fue para consolar a vuestra madre. Yo creo que luchó. Creo que estaba despierto.

—Qué horror...

—Horror durante unos momentos y luego la muerte. Hasta el más cruel de los caminos que llevan a la muerte termina igual. Con la liberación.

—Liberación —dijo Param—. Parece agradable.

—Pues yo no quiero saber nada de ella —dijo Olivenko—. Ni ahora ni nunca. Por desgraciado que me sienta a veces, me gusta estar vivo. —Extendió las manos—. Estoy acostumbrado a que estos dedos hagan lo que les ordeno. Ni siquiera tengo que pedírselo. Antes incluso de pensar lo que quiero, antes de poder expresar mis deseos con palabras, han empezado a obedecerme. Lo mismo que mis pies. Mis ojos se abren cuando quiero ver y se cierran cuando quiero dormir. Son servidores muy diligentes. Los echaría de menos.

—¿Así que crees que una parte de ti pervivirá después de la muerte?

—Si no es así, no lo sabré —dijo Olivenko—. Y si lo es, echaré en falta las manos, los pies, los ojos... y también el almuerzo. Y el sueño. Y el despertar.

—Puede que la muerte sea mejor.

—No, según lo que dicen los pregoneros.

—¿Y qué es lo que dicen?

—¿Lo ves? Si fuese mejor lo pregonarían.

—¿Y con qué fin, si todo el mundo va a morir igualmente?

—Eso no se me había ocurrido —dijo Olivenko con tono de abatimiento.

Param se echó a reír y al hacerlo se dio cuenta de que se sentía alegre. Lo que, por un instante, se pareció bastante a la felicidad.

—Caray, gracias —dijo.

—La risa ha sido tuya —dijo Olivenko—. Yo me he limitado a ser risible.

—Pues te agradezco que lo hayas sido para mí.

Continuaron con ese tipo de conversación desenvuelta que caracteriza a los nuevos amigos. Intercambiaron experiencias que ilustraban los argumentos que cada uno de ellos defendía en ese momento e hilvanaron las hebras de sus vidas y las entrelazaron con torpeza en una especie de tapiz que los envolvió a ambos y los hizo sentir a gusto.

Mientras hablaban, Olivenko apenas la miraba directamente. Si como deferencia a su condición, por respeto a su timidez o por una especie de timidez propia, Param no habría podido decirlo. Pero esto la permitió a ella mirarlo directamente, con franqueza, y decidir que, para ser un hombre adulto, no dejaba de ser apuesto. Era muy varonil en la forma de la mandíbula y la fuerza del cuello, pero al mismo tiempo tenía ojos de erudito, con una especie de distanciamiento, como si pudiera ver cosas



que la gente normal no veía nunca.

¿Y qué veía él? Había visto a su padre y lo había querido y lo había cuidado.

«Y me ve a mí. Y le gusto. Y...».

Al sentir que empezaba a ruborizarse, apartó la mirada. Se dio cuenta de que caminaba por el borde del tiempo ralentizado, pero se negó a pasar al otro lado. Se quedó allí, con él.

—Gracias por no marcharte —dijo Olivenko.

—¿Lo has notado? —preguntó Param en voz baja.

—No sé en qué estabas pensando —dijo Olivenko—, ni lo que has visto, pero te has dado la vuelta y te has quedado así, como petrificada. Igual que un ciervo en el instante antes de echar a emprender la huida. Temía que fueras a escapar.

—Podría haberlo hecho —dijo Param—. Pero he decidido no tenerte miedo.

—Sí, como todo el mundo —dijo Olivenko—. No valgo gran cosa como soldado ni como guardia.

—Pues a mí me estás guardando —dijo Param—. Así que no debo tenerte miedo.

—En ese caso me alegro —dijo Olivenko.

Y entonces le contó la historia de una vez en la que detuvo a un borracho que vagabundeaba por la parte equivocada de la ciudad y el borracho respondió orinándose sobre él para mostrarle su desprecio.

—¡No! —exclamó Param.

—Oh, lo arrestamos. Lo que quiere decir que hubo que tirarlo al suelo. El sargento no comprendía por qué no la emprendía a puntapiés con él, ahora que lo tenía allí, a mi merced. ¿Cómo iba a decirle que su opinión sobre mí valía como soldado coincidía con la mía? Pensó que era un cobarde y para provocarme les dijo a todos que me había gustado, que podían venir y orinar sobre Olivenko, porque no se enfadaría.

—Qué bruto —dijo Param.

—Al final no lo hicieron —dijo Olivenko—. Le di al borracho un par de patadas. No le hice mucho daño, estaba medio inconsciente por el vino, pero al menos así conseguí que el sargento se callara.

—Oh —dijo Param, vagamente decepcionada.

—Si tuviera principios —dijo Olivenko—, nunca habría ayudado a un par de fugitivos como Rigg y tú a escapar.

—Pues entonces supongo que me alegro de que no los tengas.

Siguieron charlando hasta que Rigg, Hogaza y Umbo reaparecieron por las escaleras. Param, al ver el mascaracarne sobre la cabeza de Hogaza, chilló de consternación y horror, y sintió que Olivenko le rodeaba el hombro con un brazo y le ponía la otra mano en el brazo para que no se tambalease.

—Quédate con nosotros —dijo el soldado.

—Ha sido Vadesh —dijo Rigg—. Asegura que es un tipo distinto de mascaracarne, criado para fusionarse de manera armónica con los humanos.

—Hogaza sigue vivo ahí dentro —dijo Umbo.

—¿No podéis quitárselo? —preguntó Param.

—Lo mataríamos —respondió Rigg—. O él a nosotros. Cuando lo tocas para hacerlo, Hogaza se convierte en un soldado en batalla. Nos haría pedazos.

—Olivenko también es soldado —dijo Umbo.

—No como él —respondió Olivenko. No iba a tratar de arrancarle el mascaracarne.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —preguntó Param.

—Creo que sería un buen momento para salir del cercado de Vadesh —dijo Rigg—. Marcharse a un cercano en el que no esté Vadesh. Ni los mascaracarnes.

—Podría haber algo peor —dijo Umbo.

—¿Como qué? —preguntó Rigg—. ¿Qué puede haber peor que eso? —Señaló la cara de Hogaza.

—La muerte —dijo Param.

—Vamos a preguntarle a Hogaza —repuso Rigg— si la muerte le parece peor.

—¿Adónde iremos? —preguntó Param.

—No lo sé —dijo Rigg—. Al cercado de Ram no. Y no sabemos nada sobre los demás.

—Sabemos que unos monstruos marinos ahogaron a vuestro padre en el cercado del norte —dijo Olivenko.

—¿Estás proponiendo que vayamos al sur? —preguntó Rigg—. Porque estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Al este —dijo una voz que parecía no venir de ninguna parte. Era una voz de mujer, pero Param no había hablado.

—¿Quién ha dicho eso? —inquirió Umbo.

—La nave —dijo Rigg. Alzó la voz para dirigirse a su invisible interlocutor—. ¿Por alguna razón en concreto? —preguntó.

—Allí nadie os hará nada —dijo la voz de la nave.

—Voto por eso —dijo Rigg.

—¿Podemos confiar en... ella? —preguntó Olivenko.

—Me dio el control de Vadesh —dijo Rigg—. Y el del Muro.

—También Vadesh decía que tenías poder para darle órdenes y mira cómo hemos acabado —dijo Umbo.

—Si llegamos al Muro y no nos deja pasar, sabremos que la nave está mintiendo.

—¿Cómo puede hablar una nave? —preguntó Param.

—Son máquinas de la antigüedad —dijo Olivenko—. Tu padre me leyó cosas sobre ellas. Máquinas capaces de hablar, aunque sin alma.

Param miró las máquinas que los rodeaban, siniestras, y se preguntó si alguna de ellas poseería el don del habla.

—¿Puedes enseñarnos el camino al cercado del este? —preguntó Rigg.

Umbo resopló.

—Ve hacia el este —dijo.

—Al este de aquí se levantan una cordillera —dijo Rigg—. En los sitios donde se estrellaron las astronaves ahora hay grandes montañas, como los Acantilados Escarpados.

—No existe un camino que lleve hasta el Muro oriental —dijo la voz de la astronave—. Rodead las montañas del sur. Luego seguid en dirección este hasta llegar al mar. Si atravesáis el Muro cerca del mar, llegaréis al cercado de Odín.

—Donde nos encontraremos, imagino, a un prescindible llamado Odín —dijo Olivenko—. ¿También él es una serpiente mentirosa?

—Todos lo son —dijo Rigg—. Así es como están diseñadas esas máquinas parlantes.

—De acuerdo —dijo Olivenko—. Vamos a buscar algo de comer y luego pongámonos en camino. Cuanto antes nos vayamos, antes descubriremos qué trampa nos reserva esa voz mecánica.

Ni Rigg ni la voz respondieron nada a esto.

—¿Puede viajar Hogaza en ese estado? —preguntó Umbo.

—No pienso dejarlo atrás —dijo Rigg.

—Podría quedarme con él —dijo Umbo.

—Vamos a ver qué decide él mismo —dijo Rigg—. Si no nos sigue, te quedas con él.

—Pero entonces nos quedaríamos atrapados aquí —dijo Umbo.

Rigg vaciló un momento. Daba la impresión de que estuviera tomando una decisión.

—Todos vosotros podéis cruzar el Muro, conmigo o sin mí, siempre que vayáis en parejas.

—¿Y eso desde cuándo? —preguntó Olivenko.

—He utilizado las joyas para dar la orden de que sea así —dijo Rigg.

—Siempre que vayamos en parejas —dijo Umbo—. Pero no solos.

Param se dio cuenta de que Rigg estaba avergonzado, pero entonces enderezó la espalda.

—No quería que nadie fuese solo. Estaremos mucho más seguros juntos.

—¿Pero y si tú quieres cruzar el Muro solo? —preguntó Umbo.

Rigg suspiró.

—Yo puedo hacerlo, sí.

Saltaba a la vista que Umbo estaba enfadado y Param comprendía sus razones. Rigg había creado esas normas y se había otorgado a sí mismo un grado de libertad del que había privado a los demás.

Fue Olivenko el que aplacó los ánimos.

—Las piedras son tuyas —dijo—. No mías. Y de todos modos, tampoco tengo la intención de cruzar el Muro solo. ¿Alguien sí? No me voy a preocupar por la imposibilidad de hacer algo que de todos modos no pretendía hacer. Y tengo hambre.

—Se levantó.

Param también. Solo después de hacerlo se dio cuenta de que con ello había prestado su apoyo a la decisión de Olivenko.

¿Y cuál era esa decisión? Buscar comida, sí. Y seguir a Rigg y las normas que había establecido.

Lo que Param no sabía era si eso convertía a Rigg en el líder de su expedición o a Olivenko.

## RESPONSABILIDAD

Para Rigg era un alivio volver a caminar por terreno virgen. Primero porque estaba acostumbrado. Padre y él lo habían hecho con tanta frecuencia que casi esperaba oír su voz, haciéndole preguntas. Pero tampoco le molestaba marchar por delante de los demás, en silencio.

También era un alivio que nadie los estuviera buscando, no tener prisa por ninguna razón especial. Había peligros, claro está. No sabían qué aguas podían albergar mascaracarnes, pero no les costó mucho cubrir con finas ramas unos vasos de latón, meterlos en un arroyo y luego hervir el agua para rellenar los odres. Fue un proceso engorroso, pero disponían de tiempo. No había depredadores lo bastante grandes como para representar una amenaza, porque de haberlos habido, Rigg habría detectado sus rastros. En cuanto al peligro que representaban las plantas o los insectos venenosos, lo único que podían hacer para protegerse era mirar bien antes de pisar algo, acercarse a algo o tocar algo.

Pero lo más raro era la ausencia de rastros humanos. Cuanto más se alejaban de la ciudad de Vadesh, más infrecuentes se volvían los rastros milenarios y al final hasta estos desaparecieron. A partir de entonces no vieron ningún rastro humano, salvo alguno, de vez en cuando, anterior a la época en la que el pueblo mascaracarne y los humanos fueron a la guerra y se exterminaron mutuamente.

Rigg jamás había visto un solo sitio tan vacío de todo pasado humano. Había oído a otros decir «me sentí como si fuese la primera persona que pisaba aquel lugar» al hablar de algún bosque o un prado apartados, pero él sabía que no había prácticamente ningún lugar en el cercado de Ram donde no hubiera estado antes un humano o que no hubiera visto ningún humano.

Allí, en cambio, era literalmente así: ningún ojo humano había contemplado aquella vista; ningún pie humano había caminado por aquella colina, descendido por aquella cañada, encontrado donde apoyarse en aquella roca. Rigg no sabía decir si se sentía orgulloso de ser el primero que dejaba un rastro humano en aquel lugar o avergonzado por mancillar su prístina pureza. Pues allí donde iban, cinco brillantes rastros quedaban tras ellos.

El silencio no era completo. Olivenko hablaba de vez en cuando con Param o Umbo, o le hacía alguna pregunta a Rigg. Y Param, aunque intentaba no quejarse, tenía que hablar de tanto en cuanto para pedir que descansaran. No estaba acostumbrada a viajar así, caminando hora tras hora, avanzando sin descanso, subiendo y bajando, a veces trepando con manos y pies.

Pero no desaprovechaban las paradas. Rigg utilizaba el tiempo para buscar agua. Empezaba a darse cuenta de que la fauna nativa sabía en qué aguas moraban los mascaracarnes y la evitaban. Allí donde habían bebido muchos animales durante mucho tiempo, y recientemente, Rigg consideraba prudente recoger agua sin hervirla. Antes la probaba él, por precaución. Era lo razonable. Y cuando hacían una parada más larga o para pasar la noche, buscaba los rastros de los animales y colocaba trampas para que por las mañanas tuviesen carne. Se colgaba de la espalda los pequeños cuerpos de los animales que había cazado para que se secaran mientras él caminaba y luego dejaba que Olivenko o Umbo los cocinaran al llegar la noche, mientras él colocaba nuevas trampas. También recogía frutos secos, bayas, raíces comestibles... en variedad suficiente para que la comida no se volviese tediosa. Conseguir comida para cinco personas era más trabajoso que hacerlo solo para su padre y para él, pero no demasiado y Rigg sentía un poco orgullo al pensar que ninguno de los que estaban a su cuidado pasaba hambre.

Se sentía mal por Param, quien evidentemente ni había trepado a un árbol en su infancia. Además, era evidente que sus zapatos no aguantarían hasta el final del viaje. Iba a tener que hacerle unos mocasines y había reservado varias pieles con este fin. También se dio cuenta de que a Param no le gustaba caminar justo detrás de él. Supuso que la visión y quizá el olor de los animales muertos que llevaba colgados del hombro la molestarían. Hasta entonces nunca había visto matar a los animales que comía, no se había dado cuenta de que sus cadáveres conservaban la misma forma que en vida, porque solo los había visto despellejados y sin cabeza. Si no le gustaba mirarlos, tampoco había por qué empeñarse en que lo hiciera. Pronto se acostumbraría al ciclo de la vida.

Lo que oprimía el corazón de Rigg, lo que le pesaba como una losa a cada paso que daba, era el silencio de Hogaza y la manera que tenía Umbo de permanecer al lado del hombre de la máscara y cogerlo de la mano como si quisiera guiarlo, como si estuviera ciego. Los ojos de Hogaza estaban tapados, pero no ciegos. Veía mejor que ninguno de ellos y sabía dónde tenía que poner las manos al trepar, cómo pasar por debajo de las ramas cuando se agachaba o cómo quitarlas de su camino. Sin parecer alerta, Hogaza lo veía y lo oía todo. Pero no decía nada. Umbo le murmuraba cosas de vez en cuando, pero Rigg no hizo ningún intento por entenderlas. Habían pasado mucho tiempo solos, sin él, y ahora no iba a interponerse entre ellos. ¿Cómo habría podido hacerlo? Era culpa suya que a Hogaza le hubiese sucedido aquella cosa terrible. Umbo no le echaba las culpas, pero tampoco era necesario. El propio Rigg lo hacía.

El alto escarpe que se levantaba a su izquierda se extendió en dirección al este y lo siguieron sin apartarse de su sombra. A Rigg le recordó a los Acantilados Escarpados, claro, puesto que era obra de una astronave idéntica, que se había estrellado contra el suelo con el mismo ángulo y a la misma velocidad once mil años antes. Como Vadesh y los primeros colonos habían construido un túnel y un camino

que se adentraban en la montaña desde la ciudad, Rigg se preguntó en aquel momento si habría otros que salían al otro lado. ¿Por qué no se le había ocurrido preguntarlo cuando el ordenador de la nave podía responderle?

¿Habría también túneles en los demás cercados, caminos para internarse en el corazón de las montañas sin subir a lo alto de los acantilados? Había tantas cosas que deseaba saber...

Pero lo que más se preguntaba era lo que podría hacer cuando llegaran los humanos de la Tierra —si es que lo hacían— y si sería necesario enfrentarse a ellos. ¿Y si venían solo como salvadores y al descubrir que el pueblo de las colonias de Jardín había sobrevivido más tiempo que toda la historia de los humanos en su planeta natal, maravillados, decidían negociar de manera pacífica con los habitantes de cada cercado y dejaban que se conociesen unos a otros? ¿Por qué no podía ser así?

Solo Rigg sabía que los prescindibles tenían buenas razones para temer la llegada de los humanos. En los once mil años que había pasado la humanidad en Jardín, no se había alterado su naturaleza esencial, al menos en el cercado de Ram: habían sido once milenios de guerras, de imperios que ascendían y caían, de naciones que medraban y menguaban, de lenguas que florecían y luego desaparecían. La única diferencia con el cercado de Vadesh era que aquí estaban también los mascaracarnes y la historia terminaba con la muerte de todos los humanos. Pero también en el cercado de Ram la sombra de la aniquilación total había rondado la historia de los humanos en un par de ocasiones. Estaba en la naturaleza humana y si ciento doce siglos de estancia en Jardín no habían bastado para borrar el odio y la guerra de esta naturaleza, no era muy razonable esperar que en los once años transcurridos mientras tanto en la Tierra se hubieran producido grandes avances. Los viajeros de la Tierra descubrirían que se había producido algo extraño allí y tendrían miedo. El miedo engendraría la enemistad. En ambos bandos. Pero la gente de la Tierra tendría una tecnología que los prescindibles no habían permitido que los humanos desarrollaran de Jardín.

«¿Qué tenemos para responder? Podemos cogernos de la mano y retroceder en el tiempo para escapar. ¡Se echarán a temblar!».

Solo podía albergar la esperanza de que hubiera alguna cosa en alguno de los demás cercados que permitiera protegerse a los pueblos de Jardín. Pero aunque fuese así, ¿por qué iban a creerlo cuando les dijera que se avecinaba un peligro? Y ya que lo estaba pensando, ¿por qué tenía que creerlo él mismo? Ni que los prescindibles hubieran sido un modelo de sinceridad hasta entonces. ¿Podía decir honestamente que tenía la certeza, por su propia experiencia, de que el peligro era real? No. Pero aun así debía convencerlos de que lo ayudaran, de que colaboraran con los demás cercados para dar con un modo de proteger su mundo, para recibir a los humanos de la Tierra como iguales, con la fuerza necesaria para no inducirlos a la conquista y la destrucción.

¿Y si en alguno de los cercados había una variante de la humanidad mucho más

peligrosa que cualquier cosa que pudiera venir desde la Tierra? ¿Qué haría Rigg entonces? Dejar el Muro en pie, claro, si podía. Pero también era posible que una raza tan poderosa como la que parecían ser los humanos de la Tierra lo subyugara antes de que pudiera dar ninguna orden a las naves. Le arrebatarían las joyas, dominarían su mundo y entonces sería la gente de la Tierra la que tendría que protegerse de los monstruos de Jardín.

También podían suceder otras cosas. ¿Y si muchos cercados estaban vacíos? ¿Y si el cercado de Ram era el más avanzado de todos y lo único que tenían era el pequeño don de la manipulación temporal?

Entonces sería sencillo. Rigg, Umbo y Param solo tendrían que mantener sus dones en secreto y dejar que los humanos de la Tierra rescataran al pueblo de Jardín (como seguramente pretendían). «Somos demasiados para que nos lleven a todos a la Tierra, claro, pero podrían entregarnos sus antiguas tecnologías y devolvernos al nivel que había alcanzado la civilización humana en la Tierra, cuando desarrollaron la capacidad de ir más allá de su propio sistema solar. Entonces su llegada sí que sería un regalo».

«O una maldición. Podrían conquistarnos y gobernarnos. Pero ¿sería eso una novedad? ¿Sería peor que cuando llegaron los Sessamid con sus guerreros y conquistaron al pueblo de Aressa y todas las tierras regadas por el río Stashik?». Una clase gobernante reemplazaría a otra igualmente cruel. ¿No era ese el marchamo de la historia de la humanidad? ¿Qué diferencia supondría que un grupo de humanos gobernara por un tiempo, hasta que lo reemplazara otro?

«En tal caso, nuestra misión es absurda —pensó Rigg—. ¿Por qué ir de cercado en cercado?».

«Porque podemos —se contestó él mismo—. Porque, por primera vez en once mil ciento noventa y un años, los humanos pueden atravesar el Muro y averiguar qué ha sido de aquellos parientes, antaño idénticos a ellos, que viven al otro lado. Y los humanos debemos probar todo aquello que podemos hacer, porque de otro modo, ¿para qué vivimos?».

En ese momento se dio cuenta de que Param no estaba con ellos. Retrocedió un trecho hasta encontrarla.

—No puedo continuar —dijo su hermana.

—Entonces es hora de descansar —dijo Rigg—. Pero este no es buen sitio para montar el campamento. ¿No puedes seguir un poco más para ver si el terreno se vuelve más llano después de esa loma?

—No —dijo Param—. No quiero decir que sea hora de descansar. Quiero decir que no puedo continuar.

Rigg la miró. Era cierto que parecía cansada y ojerosa y que le vendría bien un baño, a su ropa una limpieza a fondo y a su cabello un cepillado, pero ¿qué tenía eso de raro? Llevaban casi tres semanas de viaje.

—¿O sea, que quieres volver?



—No —dijo Param—. No quiero ir a ninguna parte.

Rigg estaba confuso.

—¿Quieres quedarte en esta cuesta hasta morir?

—No tardaría mucho.

—En realidad, hace solo unas horas que has comido y bebido. Lo que quiere decir que si te quedas aquí esperando tardarás varios días en deshidratarte hasta la muerte. Pero antes te caerás y rodarás colina abajo, así que en realidad no morirás aquí.

—Algo de razón tiene Param —dijo Umbo. Hogaza y él habían ido tras Rigg al ver que volvía a buscar a la chica—. ¿Adónde vamos? ¿Está muy lejos? ¿Tienes la menor idea?

—Está más allá de esto —dijo Rigg—. Suponiendo que la cresta sea más o menos redonda u ovalada, tiene que describir un giro completo hacia el este antes de que lleguemos a la costa, al sur.

—Si lo que nos han dicho era cierto —dijo Param.

—No nos han dicho nada —dijo Umbo—. La voz solo hablaba con Rigg.

—Pero la oímos todos —dijo Param—. Oh, por favor, no peleemos por esto. Lo único que he dicho es que no puedo seguir. Estoy agotada. Dijiste que me haría más fuerte, pero no es así.

—Sí que lo es —dijo Rigg—. Eres mucho más fuerte. Cada día que pasa llegas más lejos, caminas más deprisa y descansas con menos frecuencia. Pues claro que eres más fuerte.

—Caminar, caminar y caminar, arriba y abajo para siempre —dijo Param—. Todo lo que vemos me parece igual.

—Pues no lo es —dijo Rigg—. Cambia. Con la altura. Ahora los árboles del bosque son distintos. Estamos más arriba, pero también más al sur. Hay animales distintos y la estación ha cambiado.

—Pues si hay una diferencia, yo no la percibo —dijo Param.

¿Estaba toda la gente de la ciudad tan ciega como ella?

—Estamos haciendo progresos —dijo Rigg—. Viajar es así.

—Cuando salimos de la ciudad teníamos un carromato —dijo Param—. Y luego caballos. Y huíamos de un peligro. Aquí no hay peligro. ¿Adónde vamos? ¿Y por qué?

—Ya lo hemos hablado antes. Y tuviste tu oportunidad cuando estábamos cerca del Muro. Podrías haber...

—Pero no lo hice —replicó Param—, y ahora estoy aquí. ¿Por qué no podíamos subirnos a esa vagoneta móvil en la que llegaste, entrar en la nave e irnos volando?

—Porque está enterrada bajo millones de toneladas de roca —dijo Rigg—. Para empezar.

—Sé que estás haciendo lo que te dijeron —dijo Umbo—. Y que nos has conseguido comida y estamos a salvo. Pero míranos. Mira a Hogaza. Estamos así por hacer lo que nos dicen esas máquinas. ¿Por qué las escuchamos?

—Buena pregunta —dijo Olivenko, que al fin había regresado con ellos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Rigg—. Si se acercan las naves estelares del planeta nativo de la raza humana, entonces...

—Si... —dijo Param—. ¿Naves estelares? ¿Lo dices en serio?

—Vimos la nave que nos trajo aquí, en el momento de su llegada —dijo Rigg—. Al atravesar el Muro.

—Vimos algo —dijo Olivenko—. Solo tenemos la palabra de las máquinas de que fuese lo que ellas dicen.

—¿Tenéis alguna fuente de información más fiable? —preguntó Rigg—. Si lo que nos han dicho es cierto, somos la única esperanza de la raza humana... de las razas humanas... de Jardín.

—¿Hemos visto algún humano vivo de otro cercado? —preguntó Param.

—¿Para qué te enseñó tu padre, si se suponía que debías dejar el cercado donde lo que te enseñó era de alguna utilidad? —preguntó Umbo.

—Haced lo que queráis —dijo Rigg—. Id donde queráis. Yo sigo. —Se puso en pie y reanudó el ascenso por la ladera.

—¿O sea, que nos dejas sin más? —preguntó Param.

—Sois libres de venir —aseguró Rigg—. O de quedaros a descansar.

—Es un farol —dijo Umbo—. Sabe que no podemos conseguir comida sin él.

—No abandonará a Hogaza —dijo Olivenko.

—Ni a mí —dijo Param.

Pero Rigg no se detuvo. Sí, al principio no había sido más que un farol, pero el hecho de que Umbo lo descubriese había reforzado su determinación. No se morirían de hambre. Aunque Param y Hogaza fuesen inútiles, Olivenko y Umbo tenían sus recursos. Y si daba la vuelta ahora, su compañía se convertiría en una democracia, lo que querría decir que al menor capricho cambiarían sus planes. Vagarían sin rumbo. Y él estaría atrapado con ellos.

Así que optó por seguir su camino y dejar que hicieran lo que quisieran. O corrían tras él para alcanzarlo o no. En el primer caso, se acabaría con tantas tonterías. En el segundo, podría dejar de jugar a ser líder.

Nadie lo siguió. Nadie lo llamó. Y él no miró atrás.

Entonces se dio cuenta de que, sin tener que alimentar a los demás, no tendría que parar con tanta frecuencia, no tendría que buscar sitios donde hubiera leña y agua a mano para levantar el campamento. Con la poca comida que había ido guardando mientras caminaba, podía seguir su marcha hasta el anochecer. O más aún. Si seguía las sendas de los animales, no se metería en un cañón o un agujero en la oscuridad.

Pero si hacía eso y ellos cambian de idea más adelante, nunca lo alcanzarían. Así que tenía que tomar una decisión: ¿quería dejarlos atrás y seguir solo? ¿O prefería darles la oportunidad de volver con él?

Ya se había adelantado demasiado para que lo alcanzaran antes del anochecer, sobre todo si habían tardado en cambiar de idea y seguirlo. Pero podía encender una

fogata grande y brillante, poner unas cuantas trampas para cazar algo y luego, al día siguiente, partir tarde. Les vendría bien pasar una noche sin él, en la oscuridad y el frío.

Por la mañana, sus planes comenzaron a parecerle estúpidos. ¿Estarían siguiéndolo o no? Estaban demasiado lejos como para buscar sus rastros. ¿Significaba eso que no estaban siguiéndolo o que avanzaban muy deprisa? Cocinó y curó la carne de los animales que habían caído en sus cepos durante la noche y el alba. Y ellos siguieron sin aparecer.

«Así que estoy solo», pensó. La idea le hizo sentir triste. Solo. Pero también más tranquilo. «Ya no tengo más responsabilidades», pensó.

Solo que su mente no se dejaba apaciguar tan fácilmente. ¿Y si habían tratado de seguirlo en la oscuridad y se habían perdido? Ninguno de ellos tenía dotes de rastreador. Pero aun así, Umbo tendría que haber sido capaz de seguirlo. Se había criado cerca de los bosques y era inteligente.

Pero tenían que cargar con Hogaza. Y con Param. ¿Cuánto podían avanzar así? Mientras aún estaba con ellos, Rigg solía adelantarse para explorar y luego se reunía con el grupo. Pero ahora que había dejado de hacerlo, ¿cuánto se había alejado de ellos? Sin su ánimo y su guía, ¿cuánto se habían ralentizado ellos? Puede que estuvieran tratando de reunirse con él. O puede que se hubieran perdido.

Lentos o perdidos.

O puede que estuvieran volviendo hacia el Muro, sin comida ni forma de conseguirla.

Y poco a poco, Rigg se fue dando cuenta de que sus vidas eran más importantes para él que salirse con la suya. Sí, se habían rebelado contra su autoridad pero era una autoridad que ni había pedido ni quería. Solo había tomado el mando porque sabía cómo sobrevivir en las tierras salvajes. Pero ¿qué importaba en realidad lo rápido que viajasen? Ni que hubieran tenido una cita urgente en el cercado de al lado. Seguir solo había sido una estupidez. ¿Y si los necesitaba? Umbo y Param tenían sus poderes de manipulación temporal, que podían salvarle la vida en un momento determinado. Y también podía necesitar la ayuda de Olivenko, el único soldado que les quedaba.

¿Y Hogaza? ¿Qué le había llevado a pensar que podía dejarlo atrás? El mero hecho de que Umbo estuviese tan unido a Hogaza, como consecuencia del tiempo que habían pasado juntos mientras Rigg estaba en casa de Flacommo, no quería decir que no fuese responsabilidad suya llevar a Hogaza (o a lo que quedaba de él) de vuelta con su esposa a la posada de Atraque de Goteras.

Apagó el fuego con cuidado, se guardó la carne curada en la mochila y volvió por donde había venido.

Caminó durante horas sin encontrarse con otros rastros humanos. No lo habían seguido.

Al fin llegó al lugar en el que se había separado de ellos. Lejos de seguirlo,

habían regresado al Muro.

Bueno, en tal caso, ¿cuál era su responsabilidad? No querían reunirse con él. Habían decidido marcharse solos. Si seguía tras ellos y los alcanzaba en el camino de regreso, sería como reconocer su derrota sin ambages.

Pero si no lo hacía, Hogaza podía morir.

¿Qué clase de líder era si abandonaba a los suyos?

Pero ¿cómo podía aspirar a liderarlos si se rendía ante ellos al menor contratiempo, de aquel modo?

Comenzó a andar por el mismo camino de ellos, de regreso al Muro. Entonces cambió de idea, decidió abandonarlos a su suerte y volvió colina arriba.

Entonces se detuvo, al acordarse de que Hogaza no había tomado ninguna decisión y volvió a bajar.

Y entonces la decisión dejó de ser suya porque vio que algo brillante que aparecía sobre una cima y se le acercaba rápidamente, volando por encima de los árboles.

Era un vehículo de la astronave de Vadesh. No la vagoneta en la que Hogaza y él habían atravesado el túnel, pero sí algo creado por la misma cultura, por la misma tecnología. Y volaba. ¿Era una astronave? No, demasiado pequeña. Y no parecía diseñada para enfrentarse a los peligros del frío espacio, que su padre le había descrito.

Ram le había hablado sobre el vuelo estelar. Como una conjetura, como algo que nunca había sucedido en realidad. Rigg guardaba en su memoria lo suficiente de sus palabras para saber que aquel carro volador no podía ser una astronave. ¿Qué más le habría enseñado su padre sin que él sospechara su verdadero sentido?

Todo.

Rigg nunca había conocido el sentido real de nada.

La máquina voladora ascendió rápidamente hasta colocarse a la misma altura de Rigg. A continuación, se posó sobre el prado que lo rodeaba.

Se abrió una puerta en su costado y apareció Vadesh.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Rigg.

—Me han llamado los demás.

—No están aquí.

—Lo sé —dijo Vadesh—. He venido a buscarte después de recogerlos.

—Gracias por decirme que están a salvo. Ya puedo seguir mi camino.

—No hace falta que sigas andando —dijo Vadesh—. Si quieres, te llevaré al siguiente cercado.

—No me fío de que me lleves adonde dices —respondió Rigg.

—Este vehículo obedece a la nave y la nave te obedece a ti —dijo Vadesh—. Y yo estoy obligado a servirte.

—Ahora que has destruido a un amigo mío —dijo Rigg.

—Sube a la nave —lo instó Vadesh—. Nos llevará a todos al cercado de Odín.

—Los demás querían volver al cercado de Ram —dijo Rigg—. Llévame allí y

déjame en paz.

—Han cambiado de idea —dijo Vadesh.

—Entonces, ¿por qué no me lo dicen ellos? ¿Por qué te envían a ti?

Vadesh se volvió sin decir otra palabra y regresó a la nave.

Rigg se dio cuenta de lo ridículo que era aquello. ¿Qué clase de pretensión infantil era esperar que le pidiesen amablemente que volviera con ellos? No quería ser su jefe y ellos no querían que lo fuese, así que lo mejor era que Vadesh los llevase donde quisieran para hacer lo que les viniese en gana.

Cruzó el prado, de nuevo en dirección al este, rehaciendo un camino que sus antiguos compañeros y él ya habían hecho en más de una ocasión.

En ese momento, Olivenko salió de la nave y lo llamó:

—¡Rigg! ¡Espera!

Rigg se limitó a sacudir la cabeza y seguir adelante. Se sentía idiota. Pero sabía que se sentiría igual, decidiera lo que decidiera. De algún modo, en las horas que había pasado solo, el muro que lo separaba de sus antiguos amigos se había hecho más grueso y alto y ahora no podía ni pensar en volver a cruzarlo. Estarían resentidos con él. Solo quería hacer lo mejor para todos, pero ellos lo odiaban. Así que no quería saber nada más del tema. Aquel era un muro que no pensaba volver a cruzar.

Entonces, ¿por qué le caían lágrimas de los ojos mientras se alejaba?

—Espera, por favor —lo llamó Olivenko. Rigg oyó el ruido de sus zancadas a la carrera.

«Olivenko es amigo mío», recordó.

«Pero no ha estado a mi lado cuando estalló la crisis —se dijo—. Así que en realidad no lo es».

—Por favor —dijo Olivenko—. Sé que estás enfadado y tienes derecho a estarlo, pero es absurdo que dejes pasar la oportunidad de montar en esta cosa. Ha sido asombroso... salvo cuando Umbo vomitó, nada más alzar el vuelo.

«Me alegro por vosotros», pensó Rigg sin detenerse.

—Vadesh dice que podríamos estar en el cercado de Odín bastante antes de que anochezca. Pero si vamos caminando, tardaremos más de tres semanas. Bueno, tú no, si vas solo. Pero nosotros sí, a nuestro ritmo.

Rigg no recordaba haber tomado la decisión de dejar de alejarse de la nave, pero ahí estaba, con Olivenko a su lado, al borde del claro. Se volvió hacia el hombre que había sido amigo de su auténtico padre.

—Ojalá no os hubiera traído aquí.

—Recuerdo con claridad que Hogaza y yo te llevamos a rastras los últimos pasos, cuando cruzamos el Muro.

—Todo empezó por mi estupidez, al tratar de vender una de las piedras en O.

—Todo empezó —repuso Olivenko— por la llegada de las astronaves a este planeta desde un mundo llamado la Tierra. Eso no fue obra tuya.

—No he hecho más que cometer error tras error.

—Tú no provocaste todo esto, Rigg —dijo Olivenko—. Los prescindibles han gobernado el mundo desde el principio.

—Pero ahora se supone que estoy al mando de todos ellos.

—Eso es un chiste —dijo Olivenko—. Solo sabes lo que ellos te cuentan. Para, al controlar lo que sabes, controlar lo que les ordenas hacer.

Rigg le había dicho prácticamente lo mismo al ordenador de la nave. Se sintió muy aliviado al ver que Olivenko comprendía su dilema.

—¿Cómo puedo tener autoridad sobre nada o sobre nadie cuando no sé lo que estoy haciendo?

—Tu autoridad no se debe a lo que sabes —respondió Olivenko.

—¿Pues a qué, entonces? ¿A que mis padres eran los monarcas depuestos del imperio Sessamid? ¿A que el prescindible al que llamaba Padre manipuló los linajes para que apareciésemos Param y yo, dos seres dotados con la capacidad de controlar el flujo del tiempo?

—A ambas cosas —dijo Olivenko—. Y a que tu supuesto padre te instruyó en las artes del gobierno, los idiomas, las finanzas y la naturaleza humana.

—Me entrenó como si fuese un perro.

—Te entrenó como si fueses un soldado —dijo Olivenko—. Cosa que también hicieron con Hogaza y conmigo. Y mira lo distintos que somos. Antes de que el parásito se apoderara de él, Hogaza era un soldado de verdad. Yo en cambio soy un erudito que finge ser soldado porque es grande y fuerte y porque no pudo encontrar una forma mejor de ganarse la vida.

—Y él es posadero —dijo Rigg.

—Te estoy explicando por qué eres el único jefe posible del grupo —respondió Olivenko—. El entrenamiento es importante, razón por la que el prescindible llamado Ram no escatimó esfuerzos para entrenarte. Pero ¿por qué te entrenó a ti en lugar de a otro? También podría haber entrenado a Param o a Umbo... De hecho lo hizo, en cierta medida. Pero optó por centrar en ti toda su atención. ¿Por qué? Es una máquina... Por cariño no ser así.

No, no podía ser por amor. Pero oírlo así, expresado en voz alta, fue para Rigg como una puñalada en el corazón. «Nunca me quiso porque no podía querer a nadie».

«Me pasé mi infancia entera sin amor, salvo que cuente la amistad de Umbo y el tosco afecto de Nox. Pero creía que él me quería. Creía que Padre me lo diría un día. Pero ahora sé que, aunque lo hubiera dicho, no habría sido más que otro elemento calculado de mi entrenamiento».

—Soy la última persona que debería dirigiros —dijo—. Soy el que más ha estado sometido a la influencia de esas máquinas. Yo mismo soy una máquina. Sé que era todo ilusorio, pero aun así sigo sintiendo el peso de una terrible responsabilidad. La necesidad de realizar la misión para la que me escogieron esas máquinas. Por sí sola, esa es razón suficiente para que escojáis a otro como jefe. Lo mismo daría que siguierais a Vadesh que a mí.

—¿Crees que somos máquinas? —dijo Olivenko—. Te escogimos nosotros.

—¿Me escogisteis? —dijo Rigg—. Param tuvo que huir para que no la mataran su madre y el general Ciudadano. Umbo y Hogaza...

—Tomaron la decisión de ir a Aressa Sessamo para tratar de...

—Recuperar la piedra que yo, estúpidamente, había vendido.

—Para tratar de salvarte, iba a decir. Y no fue una estupidez vender la piedra. Era lo que quería Ram, consciente de lo que pasaría cuando lo hicieras. Eso te puso en contacto con los círculos del Gobierno y con tu verdadero legado. Por derecho, eres rey de todo el cercado de Ram.

—Querrás decir que Param es la reina.

—Param es una chica encantadora, pero su madre la trató justo al revés que Ram a ti. Se la privó por completo de todo conocimiento sobre el uso del poder y de toda capacidad de influir en lo que la rodea. Se ha pasado toda la vida escondiéndose. Es de sangre real, pero carece de instinto de reina.

—Tiene más del que tú crees.

—Aunque sea así, no tiene ni la menor idea de cómo utilizarlo. Escúchame, Rigg. ¿Umbo está resentido contigo? Sí, claro que sí. Pero también es tu amigo, de verdad. Deja que lo resuelva a su manera. Pero una cosa es segura: no está capacitado para dirigir nuestra pequeña banda, aunque solo sea porque ni Param ni yo lo seguiríamos. Param tampoco sabe mandar. ¿Y yo qué soy?

—El hombre que cometió el error de convertirse en mi amigo cuando yo estaba prisionero y por ello fue el único al que pude recurrir cuando necesité ayuda.

—Y decidí ayudarte, ¿no? —dijo Olivenko—. Te escogí a ti, como todos los demás. ¿Hogaza tenía obligación de llevaros a Umbo y a ti hasta O?

—Goteras se lo dijo.

—Hogaza hace lo que quiere. O al menos, antes lo hacía —dijo Olivenko—. Param podría haberse ocultado de ti. Todos te escogimos.

—Y luego escogisteis no seguirme.

—Yo escogí compadecerme de la debilidad de Param y del resentimiento de Umbo. Ambos se oponían a tu decisión. Tú querías... acertadamente, podría añadir, seguir adelante. Hogaza no estaba en condiciones de ayudar a nadie. Así que no tenía otra alternativa que quedarme con ellos y protegerlos hasta que volvieras.

—¿Así que sabías que cedería?

—Eres un hombre responsable, Rigg —dijo Olivenko—. ¿No te das cuenta? Es lo que eres. Por eso eres nuestro jefe. Porque asumes la responsabilidad. Por eso, a pesar de que te han cargado con el peso del futuro de la raza humana en Jardín, no rehúyes el deber que has asumido para con nosotros. Sabía que no podrías renunciar a una responsabilidad por la otra. Tenías que ocuparte de las dos. Por supuesto que volverías.

—Pero cuando lo hice no estabais allí.

—Vino a buscarnos Vadesh con el vehículo volador.

—No vinisteis a buscarme —dijo Rigg—. Si lo hubierais hecho, habría visto vuestros rastros.

—Habríamos ido, pero más tarde. Teníamos hambre y no encontramos gran cosa para comer, aparte de frutos secos y bayas. Ni siquiera sabíamos qué agua se podía beber sin peligro. Umbo no quería admitir que se había equivocado... Ese muchacho es más orgulloso que un rey. Pero Param ya había empezado a fustigarse por su debilidad. Decía que tendría que haberse quedado contigo, que no tendría que haber dejado que sus lloriqueos rompiesen nuestro grupo.

A Rigg no le costó mucho imaginarse esto último, sobre todo porque sabía que la tendencia a culparse por todo era una de las debilidades de su hermana.

«Y de las mías», admitió para sus adentros.

—Estás intentando convencerme de que si cedo y me subo al vehículo volador no significará que he perdido —dijo Rigg.

—Esa es la idea —dijo Olivenko—. ¿Qué tal voy?

—Me estás demostrando que el verdadero líder de este grupo eres tú.

—No digas tonterías.

—Era una tontería cuando Hogaza estaba bien, porque él nunca habría obedecido las órdenes de un miembro de la guardia urbana. Pero ahora... Afróntalo, Olivenko, eres el único adulto del grupo. Y hablando de asumir responsabilidades... eres tú el que está impidiendo que el grupo se desmorone.

Olivenko se encogió de hombros.

—Bien. Supongamos que el líder del grupo soy yo. ¿Esa es razón para que no te subas a la nave y cruces el Muro con nosotros? ¿Es que eres tan orgulloso como Umbo? ¿No puedes estar en un grupo liderado por otro?

—Conque lo admites...

—Admito que ahora mismo estoy dándote un buen consejo, el mejor que vas a recibir, y que sí, si escuchas mi consejo, en este caso particular podría decirse que me estás siguiendo. Malo es el líder que no es capaz de convertirse en seguidor cuando el camino que señala otro es más sabio.

Rigg sabía que tenía razón. En todo. Él era su líder por preparación, disposición y derechos de nacimiento. Y Olivenko era su líder en aquel momento en virtud del sentido común de sus palabras.

Entonces, ¿por qué lo invadían sentimientos de fracaso y humillación con solo pensar en entrar en la nave y hacer frente al grupo que lo había rechazado y había dejado que se fuese solo? Quería flagelarlos, castigarlos por su absurdo desafío. Quería llorar de frustración y soledad. Quería seguir solo y no volver a verlos. Quería que admitieran que él tenía razón desde el principio y que suplicasen su perdón. Pero al mismo tiempo no quería su sumisión. Quería su confianza. Quería que lo quisieran. Quería que Umbo fuese su amigo. Y, hasta donde él sabía, nunca había tenido ninguna de estas cosas.

Así que todo se reducía a esto: tenía la responsabilidad de cuidar de aquellas



personas que habían consagrado sus vidas a su causa cuando salieron con él de Aressa Sessamo y cuando atravesaron el Muro a su lado. Y si estaban dispuestas a ir con él hasta el cercado de Odín, poco importaba cómo llegaran hasta allí o lo mal que se sintiera por todo lo que había sucedido en los últimos días. Lo que tenían que hacer era más importante que sus sentimientos. Los sentimientos pasarían. Eran una mentira pasajera. Podía ignorarlos. Lo que debía regir sus actos era la sensatez.

Asintió. Le puso a Olivenko una mano sobre el brazo.

—Gracias por hablarme como si fuese una persona mejor de la que soy.

Dicho esto, se dirigió hacia el vehículo volador, seguido de cerca por Olivenko.

Y tras cruzar la puerta, se sentó en una silla y luego miró a Param, a Umbo y por fin a Olivenko, que acababa de pasar por la puerta y estaba tomando asiento también.

—Gracias por venir a buscarme —dijo—. Siento haberme marchado. Volvía a buscaros.

—No pasa nada —dijo Umbo. Lo hizo con cierto malhumor y su falta de generosidad irritó a Rigg, que pensaba que tendría que haber respondido a una disculpa con otra.

Param alargó el brazo para cogerle la mano.

—Te necesitaba a ti más de lo que necesitaba descansar —dijo en voz baja.

Eso era lo que Rigg quería. Una palabra amable. Un gesto de afecto. El reconocimiento de que alguien lo necesitaba. Ahora ya podía continuar. Podía hacer lo que tenía que hacer.

—Vamos, pues —dijo—. ¿Cómo está Hogaza?

—Igual —respondió Umbo.

—Solo que más fuerte, más delgado y más saludable —dijo Vadesh—. Su compañero está ayudando a su cuerpo a alcanzar la mejor condición posible.

—Calla la boca y llévanos al Muro —dijo Rigg.

## INFORMACIÓN PREVIA

Durante los primeros minutos, las sensaciones provocadas por el vuelo fueron abrumadoras. Rigg era incapaz de apartar la vista de los bosques y las lomas que pasaban por debajo de ellos. El escarpado terreno que antes habían tenido que cruzar a costa de su sudor parecía ahora una sucesión de delicados cojines formados por las copas de los árboles, suaves como nubes.

En la profundidad de los bosques podía sentir la telaraña formada por los rastros de los animales y, entre ellos, los suyos, brillantemente humanos. Pero al fin dejaron atrás el último sitio al que había llegado y entonces los rastros humanos desaparecieron por completo.

En unos minutos habían cubierto un día entero de caminata.

Unos minutos más tarde estaba cansado de mirar. Con qué rapidez se había acostumbrado a volar. Igual que le había sucedido con la velocidad de la vagoneta que había atravesado el túnel de la astronave enterrada. Sensaciones que hasta una hora antes eran inimaginables parecían de pronto mundanas.

Pero Rigg no dejó de mirar por la ventana, porque era mejor que mirar a los demás.

Y entonces se dio cuenta de que tenía que hacerlo ¿O es que pretendía evitar su mirada eternamente? Así que se volvió hacia ellos y dijo algo intrascendente:

—¿Habrá algún pájaro que vuele tan deprisa sobre el suelo?

—El pájaro más veloz de Jardín puede volar a un máximo de sesenta kilómetros por hora, salvo que contemos la velocidad del halcón cuando se lanza en picado —dijo Vadesh—. Pero eso no es exactamente lo mismo que volar.

Param enarcó las cejas. Umbo puso los ojos en blanco. Como si quisieran decir «Vadesh el sabelotodo».

Rigg se acordó de la comida que llevaba en la mochila.

—¿Alguien quiere un poco de la carne que he ahumado?

Todos se miraron, un poco avergonzados.

—El vehículo tiene un sintetizador de alimentos —dijo Vadesh—. Lo cargué de nutrientes y todos han podido tomar lo que han pedido.

El significado de «sintetizador de alimentos» estaba muy claro, pero el concepto le resultaba vagamente repulsivo a Rigg. Sacó la carne y comenzó a morderla. Los demás apartaron la mirada, como si estuviera haciendo algo repugnante. Bueno, tan asqueroso no les había parecido hasta el día antes.

—La verdad —dijo Olivenko— es que todo lo que comemos es repelente.

—La materia vegetal podrida, los cadáveres descompuestos de los animales, así como las heces y excrecencias varias de los animales se combinan en la tierra —dijo Rigg como si volviera a estar en la casa de Flacommo, sometido al examen de los eruditos para ganarse el derecho a usar la biblioteca—. De esa recolección de nutrientes, las plantas extraen lo que necesitan, lo combinan con agua, aire y luz de sol para producir hojas, ramas y frutos, que luego son consumidos por nosotros o por los animales que consumimos a nuestra vez.

—Qué apetitoso —dijo Param.

—Al parecer, el sintetizador de alimentos se salta la fase de las plantas —dijo Umbo.

—No, en realidad se salta la fase de la putrefacción —intervino Vadesh—. Toma los nutrientes de cualquier material vegetal y los convierte en la estructura molecular que se le pida, animal o vegetal.

—Eso le quita toda la gracia —dijo Umbo—. No hace falta cultivarla.

La conversación no era demasiado entretenida, pero al menos servía a un propósito: les permitía hablar a todos juntos, sin tener que hacer frente a los conflictos que los habían enfrentado en su pasado inmediato.

Ahora que Rigg podía mirarlos con normalidad, vio algo que había cambiado en el tiempo que habían pasado separados.

—A Hogaza se le vuelven a ver los ojos —dijo.

—Parece que el mascaracarne se ha hecho más fino encima de ellos —dijo Olivenko—. Lo que pasa es que no sabemos si lo que vemos son sus ojos de verdad o algo que le ha salido al mascaracarne para engañarnos.

—Cuando tenía los ojos tapados podía ver —dijo Umbo—. No tropezaba ni chocaba con nada y siempre sabía dónde estábamos.

—Puede que se guiese por el sentido del oído, del olfato e incluso del tacto... percibiendo el viento que levantamos al movernos —dijo Olivenko.

—Deduzco que ya habéis mantenido esta conversación —dijo Rigg.

—Esta discusión, querrás decir —dijo Param—. No sabemos nada, pero aun así ellos discuten sobre ello.

—Con ojos se le ve mejor —dijo Rigg—. Y seguro que él también ve mejor.

Esto les hizo reír a todos y dejaron el tema. Mientras hablaban, Hogaza había mantenido en todo momento la mirada clavada en Rigg.

La nave aterrizó en la cumbre de una colina grande y cubierta de hierba. No era un simple prado: la hierba se extendía hasta donde alcanzaba la vista y solo la presencia de unos pequeños sotos permitía apreciar en su totalidad sus distancias y dimensiones.

En la lejanía se alzaban las nubes de humo levantadas por alguna manada de animales. Parecía que estaban muy cerca del Muro, aunque no tanto como para sentir su influencia.

Pero lo que inquietaba a Rigg era la muchedumbre que se había reunido al otro

lado del Muro.

—Tenemos observadores —dijo.

Salieron todos de la nave, Vadesh incluido, y se colocaron junto a ella, frente a un gentío formado por al menos un millar de personas, probablemente más, que ocupaba una ladera cubierta de hierba más allá del Muro. Muchos de ellos daban brincos y agitaban desafortadamente las manos para pudieran verlos desde tan lejos.

—Sabían que veníamos —dijo Umbo.

Como todos se habían vuelto hacia Vadesh, el prescindible levantó las manos en un gesto muy humano de protesta. Rigg pensó que se parecía a su padre cuando se disponía a decirle que iba a negarle algo que le había pedido.

—No he sido yo —dijo Vadesh—. No he avisado a ninguno de los demás prescindibles de que veníamos.

—Creía que os lo contabais todo —dijo Rigg.

—Siempre acabamos haciéndolo, sí —pero entonces añadió—: Al menos yo lo hago con ellos. Pero creo que ellos no son tan sinceros conmigo.

—Pues parece que esa gente sabía que veníamos y que están aquí para darnos la bienvenida —dijo Olivenko.

—O para entrar corriendo si desactivamos el Muro —dijo Rigg.

—Hazlo —dijo Vadesh—. Este cercado necesita gente.

—¿Gente que pueda llevar tus alegres y preciosos mascaracarnes? —dijo Param. Vadesh no respondió.

Rigg estaba escudriñando la lejana multitud, no con los ojos —pues la distancia era excesiva como para distinguir algo con claridad—, sino con su sentido de los rastros.

—No vienen todos del mismo sitio —dijo—. Han llegado de muchos sitios, algunos de ellos muy lejanos. Deben de llevar días viajando.

—Pues en ese caso prefiero no cruzar por aquí —dijo Olivenko—. Quién sabe lo que nos tendrán reservado...

—Parece una trampa —dijo Umbo.

—Yo diría que nos están llamando —dijo Param—. Amistosamente. Para que nos acerquemos.

—Se están riendo —dijo Olivenko.

—Es imposible que oigáis risas desde aquí —dijo Vadesh.

—Pero tú sí puedes —respondió Olivenko—. Y lo que veo de sus movimientos corporales y sus actitudes revela que están alegres. No creo que tengan intenciones hostiles.

—Puede que sea eso lo que quieren que pensemos —dijo Umbo.

—No hay peligro —dijo Hogaza.

Todos se volvieron hacia él a la vez. No había pronunciado palabra desde que lo poseyera el mascaracarne, semanas antes.

—No llevan armas —añadió el soldado, sin apartar la mirada del prado, más allá

del Muro.

—¿Eres tú el que habla? —preguntó Umbo—. ¿O el mascaracarne?

—Yo —dijo Hogaza.

—El mascaracarne le obligaría a responder eso mismo —dijo Param.

Hogaza levantó una mano y la apoyó delicadamente sobre el mascaracarne, como habría hecho una mujer embarazada sobre su vientre hinchado.

—Marido de Goteras, soldado, posadero, soy yo —dijo Hogaza—. Pero sí, la máscara se alegra de que lo diga. La máscara se alegra de que esté hablando al fin.

—¿Por qué no has hablado hasta ahora? —preguntó Umbo, todavía suspicaz.

—No tenía nada que decir —respondió Hogaza.

Rigg se echó a reír.

—Sí, es Hogaza —dijo—. Tiene su mismo sentido del humor. O al menos, se parece todo lo posible a Hogaza, dadas las circunstancias. Supongo que no podrás quitarte esa cosa, ¿verdad?

—No quiero —dijo Hogaza—. Ahora veo con más claridad. Veo todas las caras, todas las manos y todo lo que llevan. No tienen armas. Están todos desarmados. Y felices, interesados, emocionados.

—¿Todo eso lo ves? —preguntó Olivenko.

—Si ves todo lo que has visto es que tienes ojo de soldado —dijo Hogaza. Era la cosa más amable que le hubiera dicho nunca a Olivenko—. Pero la máscara me ha aguzado todos los sentidos. He pasado días aturdido. Era demasiado. Y ella estaba tratando de hacerse con el control. De manipularme. Pero no la obedecía. Y ahora ha dejado de intentarlos. Pero yo veo más lejos y con más claridad. Lo oigo todo. Lo huelo todo. La máscara me ayuda a diferenciar las cosas. Es un don.

—¿Qué os había dicho? —dijo Vadesh—. ¡Así es como la diseñé!

—Probablemente, también los mascaracarnes originales hacían sentirse así a sus víctimas —dijo Umbo con voz amarga. Apartó la mirada de Hogaza. Durante semanas había estado llevándolo de la mano, como un guía. Pero ahora era como si no soportara mirarlo o estar cerca de él.

—Habrá tiempo de sobra para averiguar en quién y qué se ha convertido Hogaza —dijo Rigg—. Ahora mismo hay varios centenares de personas que quieren darnos la bienvenida al otro lado del Muro.

—Tres mil doscientos veinte, incluidos los bebés —dijo Hogaza.

—¿Las has contado?

—A las que se pueden ver —respondió Hogaza—. Hay algunas más detrás de la colina, puesto que varias decenas de ellas se han marchado y unas cuantas han llegado desde que estamos aquí, mirándolas.

—Tres mil doscientos veinte es un número sospechosamente redondo —comentó Umbo.

—Es una cifra aproximada —dijo Param.

—Es la cifra exacta —dijo Hogaza—. Alguien acaba de marcharse, así que son

tres mil doscientas diecinueve.

—Incluidos los bebés —añadió Olivenko con voz seca.

—Cuando alguien se inventa un número y quiere que parezca una cifra exacta —dijo Rigg—, lo normal es que procure que no acabe en cero o en cinco. Pero en el mundo real existe un veinte por ciento de probabilidades de que un número aleatorio cualquiera acabe en cero o en cinco.

—O sea que lo crees —dijo Param.

—Hay varios centenares de personas detrás de esa colina —dijo Rigg—. Veo sus rastros. Y aunque no sabría decir si el recuento de Hogaza es correcto, no tengo ninguna razón para ponerlo en duda. Todos vimos cómo luchaban los mascaracarnes en aquella batalla que presenciamos. Con qué precisión, con qué puntería. Los mascaracarnes mejoran las habilidades de las personas que los llevan.

—Querrás decir de la gente a la que controlan —replicó Umbo.

—Hogaza dice que a él no lo controla —dijo Rigg—, y no tenemos ninguna evidencia que contradiga esa afirmación.

—¿Así que vas a dar crédito a lo que dice mientras él espera a que se presente la oportunidad de ponernos bebés de mascaracarne a todos? —dijo Param.

—No pienso hacer eso —dijo Hogaza.

—No se reproducen así —dijo Vadesh.

—No sabes ni la mitad de lo que pueden hacer —dijo Hogaza mientras se volvía hacia Vadesh—. Con todos los años que has pasado estudiando, ¿a que no sabías que pueden emitir una nube de esporas solo quince minutos después de haber tomado la decisión de hacerlo?

—¿Cómo puedes saber tú eso? —dijo Vadesh—. Los humanos y los mascaracarnes no pueden comunicarse.

—Sería interesante desmontarte para ver cómo funcionas —respondió Hogaza—. Eres muy listo, pero como una máquina, nada más. No como un ser humano.

Vadesh permaneció en silencio.

—No quiero atravesar el Muro con toda esa gente ahí —dijo Rigg.

—Pues no lo hagas —dijo Param.

—Pero para eso hemos venido —intervino Umbo.

—Me refiero a que no lo haga mientras está toda esa gente mirando.

—¿Crees que se aburrirán y se marcharán? —preguntó Olivenko.

Param le dirigió una mirada con una expresión que parecía decir «¿De verdad eres tan tonto?».

—Se refiere a que deberíamos cruzar el Muro antes de que llegue esa gente —dijo Umbo.

Rigg miró los rastros de los desconocidos.

—Solo llevan aquí un par de días.

—¿Qué más da eso? —preguntó Param—. ¿Por qué no retrocedemos diez años?

La idea le encantó a Rigg.

—Tienes razón. No sabemos cuándo llegará la próxima nave de la Tierra. Con diez años tendremos tiempo de sobra para visitar los demás cercados y averiguar lo que podemos hacer para defendernos contra ellos, porque sabremos que las naves no llegarán, como mínimo, en ese tiempo.

Vadesh los devolvió a la cruda realidad.

—Solo hace diecinueve días que tienes el control del Muro Si retrocedes en el tiempo más que eso, perderás ese control. Tendréis que atravesar el Muro igual que la primera vez, cuando llegasteis al cercado de Vadesh.

Rigg recordó al instante la aplastante desesperación, el completo terror, la agonía de los minutos —décadas, le habían parecido a él— que había experimentado dentro del Muro.

—Esta vez no tendríamos al general Ciudadano detrás, tratando de matarnos —dijo Param con tono de aliento.

—Y ahora ya sabes cómo retroceder en el tiempo y regresar sin mi ayuda —dijo Umbo.

—Puede que algún día tengamos que hacer eso, volver al pasado para postergar la confrontación con la gente de la Tierra —dijo Rigg—. Pero ahora mismo, desde hace diecinueve días, dos cualesquiera de nosotros pueden atravesar el Muro caminando tranquilamente.

—Pues saltemos diecinueve días al pasado para evitar esa muchedumbre —dijo Olivenko.

—No puedo ser tan preciso —dijo Umbo.

—Ni yo —dijo Rigg—. Los rastros no llevan un calendario. —Pero mientras lo decía, se dio cuenta de que podía hacerlo con bastante precisión. Recordó que cuando descubrió que los rastros eran en realidad gente en movimiento a través del tiempo se encontraba en lo alto de un acantilado, con Umbo, quien, sin saberlo, estaba ralentizando el tiempo para que él pudiera ver a la gente en lugar de sus rastros. ¿No podían retroceder de día en día? ¿O contar hacia atrás? Podía ir saltando del rastro de un animal a otro hasta llegar al momento exacto que deseara y luego quedarse con el último de ellos y traer a los demás consigo.

—¿Estás pensando en la manera de hacerlo? —preguntó Olivenko.

—Sí —dijo Rigg—. Cogedme la mano.

—No —dijo Vadesh—. Meteos en la nave. De ese modo podré ir con vosotros y seguiréis teniéndola.

Rigg le dirigió una mirada fría.

—No vamos a necesitarte —dijo—. Y no quiero que vengas con nosotros al pasado, sabiendo lo que sabes ahora.

—¿Qué es lo que sé que resulta tan peligroso?

—No quiero que sepas, hace diecinueve días, que nuestro grupo se separó, que vinimos aquí y nos encontramos con gente que nos esperaba al otro lado. Y que Hogaza ha vuelto a hablar.

—¿Qué daño podría hacer que sepa eso? —preguntó Vadesh.

—Cuanto más empeño demuestras en venir al pasado con nosotros —dijo Rigg—, más se refuerza mi determinación de no permitirlo. Porque no lo desearías tanto si no tuvieras algún plan para aprovecharte en el pasado de lo que sabes ahora.

Vadesh no respondió nada a esto.

Olivenko se echó a reír.

—Pues vámonos, entonces.

—Diecinueve días —dijo Rigg.

—Dieciocho —dijo Hogaza.

Una vez más, todos se volvieron hacia él.

—Hace dieciocho días que llevo la máscara —dijo Hogaza—. Y fue entonces cuando te hiciste con el control de los Muros, ¿no? Así es como yo lo recuerdo.

Todos miraron a Vadesh.

—Está confuso —dijo este.

—Nos has mentido —dijo Rigg—. Has dicho que eran diecinueve días. Contabas con que nos fiaríamos de tu precisión. Para que volviésemos al día antes de que me hiciera con el control de la nave. Y así podrías hacer algo para impedirlo.

Vadesh no dijo nada.

—Prescindibles —dijo Olivenko—. No puedes fiarte de ellos y tampoco puedes matarlos.

—Métete en tu vehículo volador y regresa a la nave —dijo Rigg.

Al instante, Vadesh echó a andar hacia el vehículo. Pero entonces se detuvo y dijo:

—Rigg, si pudieras...

—Vete sin detenerte y sin decir nada. Vete.

Vadesh volvió a entrar en el vehículo. Al cabo de un momento, este remontó el vuelo y se alejó.

—Puede que haya sido una equivocación —dijo Umbo.

«Cómo no —pensó Rigg—. Por supuesto, me he equivocado».

—¿Por qué? —preguntó, haciendo un esfuerzo por contener la impaciencia y el resentimiento e impedir que se transmitieran a su voz.

—Porque ya no podremos averiguar cómo sabía que íbamos a necesitar un vehículo —dijo Umbo.

—Eso es un problema —dijo Olivenko—. Suponíamos que se lo preguntarías cuando volviésemos juntos.

—¿Por qué no me habéis dicho que no lo sabíais?

—No ha surgido el tema —respondió Param.

—La equivocación ha sido nuestra —dijo Umbo—, no tuya.

—Tenía alguna información previa, entonces —dijo Rigg.

—¿Significa eso que, en alguna versión de la realidad, sí que te lo llevaste con nosotros al pasado? —preguntó Olivenko.



—Sabemos que hay múltiples versiones de la realidad —dijo Umbo—, porque volví de una de ellas para advertirme de que no te siguiera al túnel de la nave.

—Pero eso solo podías haberlo hecho mientras aún estabas allí —dijo Rigg mientras trataba de imaginar lo que podían contener esos otros futuros, esas realidades perdidas.

—En efecto —dijo Umbo—. Creo que lo que pasó fue que la máscara te atacó a ti. Y entonces nos quedamos sin ningún sitio adonde ir, porque...

Porque solo Rigg sabía cómo mantenerlos vivos en un viaje largo. Porque hasta que Rigg se hizo con el control de los ordenadores de la nave, no podían desactivar el Muro. No tenían ningún sitio adonde ir, y aunque lo hubieran tenido, no habrían podido llegar hasta allí de ninguna forma.

—Así que no volviste desde aquí —dijo Param—. El futuro que esquivaste gracias a tu advertencia...

—Creo que, en ese futuro, esperamos a que Rigg se hiciera con el control de su mascaracarne y nos dijera lo que teníamos que hacer —aventuró Olivenko.

—No —dijo Rigg—. Creo que nunca llegué a hacerme con su control, o al menos no esperasteis lo suficiente como para que lo hiciera. Creo que fue Hogaza el que te dijo que volvieras para conseguir que fuese otro el que entrara en la astronave. Creo que sabía que si éramos él y yo los que lo hacíamos, Vadesh tendría que ponerle a él primero el mascaracarne, porque de no ser así, Hogaza habría estado en posición de detenerlo.

—Parece algo que podría haber hecho Hogaza, sí —dijo Umbo.

—¿Conque Hogaza escogió lo que le ha pasado? —preguntó Param con tono de dudas.

—Buen plan —dijo Hogaza.

—Un plan horrible —dijo Umbo.

—Un plan excelente —dijo Hogaza—. Porque ahora veo con claridad. Gracias a mi don.

—Ojalá pudiéramos librarnos del mascaracarne como nos libramos de Vadesh —dijo Rigg.

—Si supierais cómo quitarlo —dijo Hogaza—, me mantendría alejado de vosotros para que no pudierais hacerlo. No quiero volver a ser como antes. Sería como quedarme ciego y sordo.

—Eso dice el mascaracarne —murmuró Umbo.

—Eso dice un hombre que ha visto cómo despertaban todo su potencial —dijo Hogaza.

—«Un hombre», se llama a sí mismo —murmuró Param.

—Seamos cautos a la hora de sugerir que alguien ha dejado de ser humano —dijo Rigg—. Otros podrían decir lo mismo de una mujer capaz de seccionar el tiempo en pequeños trozos, Param. O de alguien que ve los rastros que dejan los demás, o de alguien que puede saltar al pasado.

—¿No podemos simplemente saltar dieciocho días hacia atrás? —dijo Olivenko.

—Diecisiete, para estar más seguros —añadió Umbo.

Tardaron algún tiempo en regresar usando los rastros de los animales, pero al fin Rigg encontró el que necesitaba. Se cogieron de la mano y, un instante más tarde, la ardilla que había utilizado se alejaba correteando de ellos.

Y en la colina del otro lado del Muro no se veía un alma.

Rigg echó a andar hacia el Muro y no se detuvo. Podía sentir su presencia, pero era como si estuviera muy lejos, como si las sensaciones las estuviera experimentando otra persona. Ni siquiera lo ralentizó un poco. Se volvió hacia los demás.

—Está ahí, pero es soportable —dijo.

La primera vez que Umbo cruzó el Muro, lo hizo cogido de la mano de Param. Esta vez sujetaba la de Hogaza. Pero Rigg sabía que Param no se sentiría sola. Ya le había cogido la mano a Olivenko. Param no había aprendido aún a ocultar unos impulsos que nunca antes había sentido, así que era obvio que se sentía atraída por Olivenko, que estaba ofreciéndose a él de la manera que la naturaleza inspira a las mujeres cuando las invade el deseo.

Era imposible que Olivenko no se diese cuenta de ello. Pero mientras Rigg iba hacia el Muro seguido por los demás, no detectó nada que sugiriese que Olivenko rechazase o alentase el interés de Param. «¿Es que está ciego? ¿O solo es tan inexperto como ella y no entiende el sentido que tiene que ella permanezca todo el rato a su lado, como si quisiera envolverse en el mismo aliento que exhala?».

«¿Y cómo es que conozco yo estas cosas?» pensó.

«Porque Padre me enseñó a mirar a la gente. Me enseñó a ver. Yo no necesito un mascaracarne. Ya tengo a Padre dentro de mi cabeza».

## LOS YAHOOOS

Mientras bajaban por la ladera de la colina, cruzaban el arroyo y ascendían por la cuesta amplia, cubierta de hierba y salpicada de árboles del otro lado, Umbo permanecía muy atento a cualquier indicio de la presencia de las personas que, diecisiete días más tarde, estarían allí para contemplar la llegada a la otra colina del vehículo volador. Así tenía algo que hacer en lugar de mirar a Param, cogida de la mano de Olivenko.

No tenía nada de particular que no viese a nadie. Umbo no era un rastreador, como Rigg, y no podría ver a nadie que no quisiera dejarse ver. Pero Rigg sí.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Hay muchos menos —dijo Rigg—. Aquí y allá, algunos de ellos bajo tierra, y no demasiado cerca. Nos han visto al cruzar el Muro y, no sé cómo, ha corrido la voz. La gente ha dejado lo que estaba haciendo y se ha ocultado. No hay ninguna amenaza que yo pueda ver.

—La amenaza está siempre donde no se puede ver —dijo Hogaza.

—Puedo asegurar que no ha sido el mascaracarne el que ha dicho eso —dijo Olivenko—. Salvo que posea la capacidad de absorber viejos y gastados tópicos de los militares.

Umbo se dio cuenta de que Hogaza, que en el pasado se habría ofendido por estas palabras, se limitaba a sonreír.

—Yo también me alegro de volver a estar con vosotros, Olivenko —fue su respuesta.

—Por la nalga izquierda de Silbom —dijo Umbo—. No me digas que el mascaracarne te ha convertido en una persona amable...

—Siempre he sido una persona amable —dijo Hogaza—. Solo que mi timidez me impedía demostrarlo.

—Uno de los lugareños está moviéndose —dijo Rigg—. Señaló en dirección a un árbol grueso y alto, situado a unos trescientos metros de ellos.

—No pueden estar mucho más cerca —dijo Olivenko—. Seguimos dentro del Muro.

—¿Viene hacia nosotros? —preguntó Hogaza.

—Está subiéndose al árbol —dijo Rigg.

—Ya lo veo —dijo Hogaza—. Está desnudo.

Umbo no veía a nadie.

—Qué amable ha sido el mascaracarne al abrirte unos agujeros para los ojos —

dijo.

—El mascaracarne no ha hecho tal cosa —replicó Hogaza.

—Pues yo te veo los ojos —dijo Umbo.

—Se ha subido a lo alto del árbol —dijo Hogaza.

Era una vieja costumbre de Hogaza, esquivar una pregunta cambiando de tema.

—Sigamos avanzando —dijo Rigg—. Nadie más se nos acerca.

Continuaron ladera arriba.

—Lo que ves en mi cara —dijo Hogaza— son ojos. No son míos, aunque soy yo el que los utiliza.

—¿Y por qué te tapó el mascaracarne los ojos, si luego pensaba hacer unos nuevos? —preguntó Param.

—El mascaracarne me disolvió los ojos —dijo Hogaza— y luego los reemplazó con otros mejores. Más penetrantes. Pueden enfocar perfectamente cualquier cosa a cualquier distancia, sea la que sea.

Al pensar en que el mascaracarne se había comido los ojos de Hogaza, Umbo estuvo a punto de vomitar y luego a punto de echarse a llorar. «Ahora sí que no hay vuelta atrás. Si Hogaza perdiese el mascaracarne, se quedaría ciego».

Hogaza, gracias a su nueva y superior capacidad de percepción, debió de captar la reacción física de Umbo, a pesar de los esfuerzos de este por ocultarla.

—Si me quitaran el mascaracarne —dijo—, volverían a salirme los ojos. Me ha transformado por completo. Ahora mi cuerpo posee capacidad de regeneración, al igual que el suyo.

—Así que si te cortara una mano...

—Me desangraría hasta morir, como cualquiera —dijo Hogaza—. Pero si me pusieras un torniquete en el muñón, la hemorragia se cortaría enseguida y después, en un plazo máximo de uno o dos años, me saldría una nueva mano.

—¿Y sería tuya —preguntó Umbo— o del mascaracarne?

—¿Esa ha sido tu voz —preguntó Hogaza a modo de respuesta— o un pedo del desayuno?

Parecía Hogaza el que hablaba y al mismo tiempo no. Umbo no era capaz de precisar qué era lo que no cuadraba. Pero entonces se dio cuenta. Hogaza se comportaba como si fuese más joven. No parecía cansado y resabiado. Y caminaba a paso vivo, sin arrastrar los pies.

Cuanto más rehiciera y perfeccionara el mascaracarne el cuerpo y la mente de Hogaza, menos se parecería al Hogaza que él conocía.

—La cuestión —dijo Rigg— es si debemos evitar al hombre del árbol o acercarnos a él y entablar contacto.

—Evitarlo —dijo Param—. Si quiere hablar con nosotros, que sea él quien salga.

—La gente que vimos aquí dentro de diecisiete días parecía muy amistosa —dijo Hogaza.

—Puede que se nos hubieran comido ya para entonces —dijo Param— y

estuvieran allí para jugar con la comida.

—Estaban vestidos —señaló Rigg—. ¿Por qué este va desnudo como un animal? No tenía sentido especular.

Umbo echó a correr hacia el árbol.

—¡Umbo! —exclamó Rigg.

Pero Umbo sabía lo que se hacía. Si la persona era peligrosa, lo lógico era que él, el miembro menos útil del grupo, fuese el que corriese el riesgo de enfrentarse a ella. Ya no lo necesitaban para volver al pasado y durante la discusión sobre quién debía ser el líder del grupo, nadie había propuesto su nombre. Nadie parecía saber para qué necesitaban a Umbo ahora y el propio Umbo menos que nadie. Así que si había que correr riesgos estúpidos, los correría él.

Al acercarse al árbol redujo el paso y siguió caminando. Seguía sin ver al desconocido, solo ramas y hojas que se movían. El nativo no hablaba ni emitía sonido alguno. Umbo lo habría llamado, pero ignoraba qué idioma hablaba. El Muro imprimía todas las lenguas en sus mentes, pero no podían encontrarlas, no podían distinguirlas unas de otras, hasta alguien o les hablaba. Entonces, sencillamente, la lengua apropiada aparecía allí.

Pero al final no hizo falta lengua alguna. Cuando Umbo ya estaba bastante cerca del árbol, tan cerca que con dos pasos más habría podido tocar su tronco de tres metros de grosor, el desconocido arrojó algo desde el ramaje. El proyectil alcanzó a Umbo en la mejilla y el hombro. Apestaba. Era pegajoso.

Umbo se llevó una mano a la cara para limpiarse. Eran excrementos. Posiblemente los del propio agresor.

O puede que no, porque en ese momento llegó una nueva salva, que esta vez lo alcanzó en el pecho.

El primer impulso de Umbo fue volverse y correr colina abajo en dirección al arroyo, pero eso habría hecho creer a los demás, equivocadamente, que estaba huyendo. Podrían pensar que existía peligro de verdad. Así que lo que hizo Umbo fue volverse y alejarse caminando hasta quedar fuera del alcance de los proyectiles. Y para determinar cuál era este, solo tuvo que seguir andando hasta que las salvas fecales dejaron de alcanzarlo.

A esas alturas, Hogaza había llegado corriendo hasta él. Como es natural, lo había visto todo y estaba riéndose a carcajadas.

—¡Qué recibimiento más asqueroso!

—A mí no me hace tanta gracia —dijo Umbo.

—Si esas son sus armas más peligrosas —dijo Hogaza—, yo diría que no corremos demasiado peligro.

—Si la idea era humillarme y repelerme, ha funcionado —dijo Umbo—. ¿Puedo lavarme en ese arroyo sin peligro?

—No lo sé —respondió Hogaza.

—¿No puedes preguntarle al mascaracarne si hay parientes suyos en el agua? —

inquirió Umbo.

—No comprende el lenguaje de los humanos —dijo Hogaza—. Además, emite un olor que ahuyenta las esporas de sus congéneres. Así que no necesita para nada la capacidad de detectar su presencia.

—Para no poder hablar con él, sabes muchas cosas.

—He dicho que no entiende el lenguaje de los humanos. Pero emite sus propios mensajes, que capto con total claridad. Y además, cuando emite olores o fluidos, lo noto.

—¿Come excrementos? Porque podría ofrecerle un estupendo aperitivo.

—No tiene más boca que la mía —dijo Hogaza—, así que olvídale.

—Pues entonces voy a bajar al arroyo a lavarme.

Hogaza dirigió la mirada hacia la copa del árbol.

—Está totalmente desnuda.

—¿Desnuda?

—He captado más detalles al acercarme. No sabría decir qué edad tiene. Y por su forma de moverse se parece más a un mono o a un perezoso. Se desplaza lentamente y no nos quita los ojos de encima un solo instante, pero posee una destreza extraordinaria. Piernas cortas. Y mira qué pies.

—Yo no veo nada. Voy a lavarme —dijo Umbo sin volverse. El hedor empeoraba por momentos. Probablemente se le quedaría para siempre en la ropa. Ya podía olvidarse de granjearse la compasión o el respeto de los otros. Cuando resulta que el peligro contra el que te lanzas de cabeza es un proyectil de caca, nadie se acuerda de que fuiste el valiente que se atrevió a arrostrarlo antes de saber lo que era.

Mientras se lavaba la cara y la camisa en el arroyo, Hogaza bajó caminando la cuesta para hablar con él. Los demás lo siguieron, sin acercarse al árbol.

—Por alguna razón —dijo Hogaza—, la palabra que me ha venido a la cabeza cuando he visto a esa criatura desnuda, allí subida y armada con sus excrementos, es «yahoo».

—¿La palabra procede del mascaracarne o del Muro? —preguntó Umbo.

—Del Muro. Los mascaracarnes carecen de lenguaje —dijo Hogaza—. ¿Por qué estás tan obsesionado con él?

—Porque aún está intentando averiguar qué parte de ti proviene de Hogaza y cuál de esa criatura alienígena a la que debes ese aspecto tan atractivo —dijo Olivenko.

«Gracias por la traducción», pensó Umbo. Al parecer, el Muro no había conseguido que sus palabras fuesen inteligibles sin la ayuda de un intérprete.

—El mascaracarne no está en contacto directo con mi cerebro —dijo Hogaza.

—Eso crees tú —murmuró Umbo.

—Ahora poseo un sentido del oído extraordinario, Umbo —dijo Hogaza.

—¿Cómo sabes que no está en contacto con tu cerebro? Puede que sí lo esté y no te des ni cuenta.

Hogaza se encogió de hombros.

—Puede, pero lo que yo percibo son las sustancias químicas que me introduce en el organismo. Puede hacer que me invadan emociones y deseos. La rabia, el miedo, el odio, el amor, la lujuria, la paz, la tristeza... Y también necesidades físicas... Picores. Ganas de orinar, hambre, sed. Cuando quiere que haga algo, me hace sentir deseos de hacerlo.

—Así que eres un esclavo —dijo Umbo.

—El hecho de que sienta un deseo no quiere decir que tenga que actuar para satisfacerlo —respondió Hogaza—. Los deseos, necesidades y sentimientos son tan intensos que he tardado algún tiempo en acostumbrarme. Al principio fue horrible, porque mi cuerpo respondía automáticamente a los impulsos sin que mi mente consciente interviniera en ello. Pero al final logré controlarlo.

—Eso crees tú —volvió a decir Umbo, esta vez en voz alta, puesto que no tenía sentido andarse con murmullos.

—Como todos los jóvenes —dijo Hogaza—, te crees que lo sabes todo. Sobre tu cuerpo y también sobre el mío. Pero yo ya tengo una edad en la que había empezado a sentir cómo flojeaba mi cuerpo, cómo perdía mis habilidades, cómo me fallaban las fuerzas, cómo se debilitaban mis sentidos y cómo se llenaba de huecos mi memoria. Ahora veo mejor que nunca, oigo como jamás lo había hecho, soy más fuerte, tengo más aguante y mi memoria está intacta. Pienso mucho más deprisa. Casi igual de deprisa que unos jóvenes tan brillantes como Rigg y tú.

—A mí no me metáis en esto —dijo Rigg en voz baja. Puede que estuviera bromeando. Puede que no.

—Sé lo que significa tener el control de mi propio cuerpo —dijo Hogaza—. Resistirme a los impulsos de mi cuerpo, decidir de manera racional. Cuando estaba en el campo de batalla y un miedo perfectamente racional me habría hecho escapar, yo me quedaba para combatir. Hace ya tiempo que soy el amo de esta casa. Cuando Vadesh me puso esta cosa, durante unos pocos días, unas pocas semanas, me costó muchísimo conservar ese dominio. Pero ahora vuelvo a tener las riendas por completo. Tú nunca has tenido ese control. No sabes lo que se siente y, desde luego, no eres la persona más capacitada para juzgar la capacidad de autocontrol de los demás.

Umbo sintió el impacto de estas palabras como un golpe. Nunca había sospechado que Hogaza albergara tanto desprecio por él.

—No quería ofenderte —dijo Hogaza—. Solo estoy diciéndote la verdad. Hay cosas que no sabes, porque eres joven. Pero yo sí las sé. O al menos mejor que tú. Así que, en lugar de sospechar de mí, Umbo, ¿por qué no aceptas que por mucho que haya cambiado desde que llevo esta máscara, sigo siendo yo? Puedes creerme, he cambiado, y no solo por esta nueva belleza que llevo, pero sea como sea, sigo siendo tu amigo, salvo que tú decidas lo contrario.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Olivenko señalando las manchas que aún exhibía la camisa empapada de Umbo.

—Es una camisa —respondió Umbo con voz tensa. ¿Tenían que hablar de aquello delante de Param?

—Es simplemente fecal —dijo Hogaza.

—Yo quiero una camisa fecal —dijo Rigg con fingida envidia.

—Acércate a ese árbol y la conseguirás —respondió Umbo.

—¿Qué has hecho para provocarlo? —preguntó Param.

—Provocarla —dijo Hogaza mientras le ponía a Umbo una mano en el hombro para cortar una réplica airada—. Es una mujer desnuda. De pequeño tamaño... poco más de un metro. Pero adulta, a juzgar por su aspecto.

Puede que hubieran cortado en seco la primera y más hostil respuesta de Umbo, pero este no podía dejar el comentario de Param sin respuesta.

—Y yo no la he provocado. Simplemente, se ha puesto fecal.

Param no discutió.

—Hay más escondidos por ahí, según Rigg, pero han dejado que viéramos a esa. Creo que este encuentro es una especie de engaño.

—Pues la caca es real —dijo Umbo.

—Dentro de diecisiete días estaban totalmente vestidos —dijo Param—. Pero ellos no saben que lo hemos visto. Así que puede que estén fingiendo que los humanos de la zona son salvajes, cuando en realidad están totalmente civilizados.

—Creo que tienes razón —dijo Rigg—. La cuestión es por qué lo hacen. No podían saber que venimos... Vadesh no puede haber informado de ello a su prescindible, porque el Vadesh de este tiempo no sabe que estamos aquí.

—Salvo que tenga un modo de saber las cosas que desconocemos —dijo Param.

—Si nadie tiene objeciones —dijo Hogaza—, iré a hablar con ella.

—En cuanto te vea —respondió Umbo— echará a correr.

—Ya lleva viéndome un buen rato —dijo Hogaza.

—Pero no está sola —dijo Rigg—. Alguien más acaba de subirse por dentro del tronco y se ha reunido con ella entre las ramas.

—¿Por dentro del tronco? —preguntó Olivenko.

—¿Los árboles están huecos? —preguntó Param.

—Mirad lo gruesos que son —dijo Rigg—. Y según indican los rastros que veo, hace más de un siglo que suben y bajan por su interior.

—Así que este es su pueblo —dijo Hogaza—. Y los árboles son sus casas.

—Los árboles son de la especie que nosotros llamamos robles —dijo Rigg—. Al menos a juzgar por el aspecto de las hojas y la disposición del ramaje. Pero en nuestro cercado, los robles no son tan achaparrados y gruesos.

—Los habrán cultivado así para que les sirvan de casas —dijo Olivenko.

—¿Los yahoos esos? —preguntó Hogaza.

—O sus antepasados —dijo Rigg—. ¿Y si en el pasado hubieran alcanzado un gran nivel de civilización y hubiesen creado toda clase de cosas maravillosas y no tuviesen que trabajar para procurarse comida o un techo, porque todo lo que



necesitaban lo daba la tierra? Eso explicaría que sus descendientes, para quienes la inteligencia sería algo superfluo, hubieran terminado por convertirse en lanzadores de caca que viven en los árboles.

—También podría ser que quieran que pensemos eso —dijo Param.

—Pues lo han conseguido —dijo Rigg—. O al menos que consideremos esa posibilidad. Pero ¿lo creemos?

—¿Para qué querrían parecer más estúpidos de lo que son en realidad? —preguntó Umbo.

—Para camuflarse —dijo Hogaza—. Para disfrazarse. Si actúan como animales, no los atacaremos, sino que los evitaremos.

—Yo solo quiero quitarme esta cosa de la camisa —dijo Umbo.

—Llévala con orgullo —dijo Olivenko—. La camisa manchada por los yahoos en el cercado de Odín.

Hogaza comenzó a subir la ladera hacia el roble del yahoo. Umbo estiró la camisa sobre la hierba y fue tras él.

—¿Listo para recibir más proyectiles de caca? —preguntó Hogaza—. ¿No tienes frío?

—Es más fácil quitarla de la piel que de una camisa —dijo Umbo—. Y sí, me he puesto a sudar mientras intentaba limpiar la camisa, así que ahora estoy congelado. Pero aun así, valiente y racionalmente, desafiaré la necesidad de mi cuerpo de calentarse y entraré en liza acompañado por mi amigo, el soldado con el bicho en la cara.

—Me alegra comprobar lo mucho y bien que estás madurando.

—Ya casi estoy maduro del todo —dijo Umbo—. Y para lo que me está sirviendo...

—¿Lo dices porque la única chica del grupo solo tiene ojos para Olivenko?

Umbo sintió una punzada de desesperación al oír esto. Mientras nadie lo había mencionado, casi había logrado convencerse a sí mismo de que no se había fijado en cómo trataba Param al soldado-erudito.

—Es joven... tanto como tú, Umbo. Se ha pasado toda su vida metida en una jaula, con su madre por toda compañía, y creo que todos coincidimos en que su madre estaba loca.

—Una loca fecal —dijo Umbo. Si usaba él la palabra, no podrían usarla en su contra.

—Pues entonces deja que se enamore de un soldado joven y guapo, como todas las jovencitas —dijo Hogaza.

—¿Joven? —preguntó Umbo—. ¿Olivenko?

—Comparado conmigo lo es —dijo Hogaza—. Bueno, ya estamos aquí, en el árbol fecal.

Hogaza se acercó con paso firme, más que Umbo antes. Y claro, algo se movió entre las ramas y al instante un pedazo de excrementos salió volando desde allí en

dirección a su cara.

Pero no la alcanzó. Hogaza levantó su gran mano y la cogió en el aire. «Qué reflejos más extraordinarios», pensó Umbo. Un momento después, el brazo de su amigo giró como el de una catapulta y la materia fecal salió despedida de regreso al árbol mucho más deprisa de lo que había salido de allí. Alguien gritó entre el ramaje.

—¿Pero cuánto cagan? —preguntó Umbo.

—A lo mejor no se les contraen los intestinos hasta que no hay alguien a quien se lo puedan tirar —dijo Hogaza—. Así que tienen mucho acumulado.

—¿Y eso en qué nos convierte a nosotros? ¿En un laxante para yahoos?

Rigg y los demás llegaron tras ellos.

—Han vuelto los dos abajo —dijo Rigg—. A las raíces. Seguro que allí guardan tinajas llenas de caca para hacer sus PF.

Umbo conocía el juego.

—¿Patatas funestas?

—Proyectiles fecales —dijo Rigg.

—Popó del fino —dijo Umbo—. Es menos pretencioso.

—Pedos fosilizados —dijo Rigg.

—Pasteles fétidos —dijo Umbo.

—Cuando acabéis con vuestros juegucitos de palabras, jóvenes... —comenzó a decir Hogaza.

—¿Es que tenemos prisa? —preguntó Rigg—. Estoy disfrutando del hecho de haber salido del cercado de Vadesh y no creo que se acabe el mundo mientras nosotros Perpetramos Fantasías de naturaleza léxica.

—Hogaza, como ahora eres mucho más fuerte que un humano —dijo Umbo—, tal vez podrías arrancar el árbol para que podamos coger a esos yahoos que se esconden debajo.

—Los árboles son sagrados —dijo Hogaza—. Prefiero no hacerles nada, si puedo evitarlo.

—Y también pesan mucho —señaló Umbo.

—Y están firmemente arraigados —dijo Rigg—. Dejemos el árbol donde está y ocupémonos de la gente. He repasado todas las lenguas que me caben en la cabeza para decir «Saludos, yahoo, vengo del cercado de Ram». Si encuentro alguna de ellas en las que la palabra «yahoo» parezca nativa...

—No te molestes —dijo una voz desde el árbol. Hablaba en una lengua que Umbo no había oído jamás, pero gracias al Muro la entendió al instante.

—Este es el idioma que buscas. La lengua de los yahoos está formada sobre todo por gruñidos, chasquidos, ventosidades y eructos.

—O sea... que llevo toda la vida usándola —dijo Umbo.

Param se echó a reír, pero Umbo no sabía si porque le había hecho gracia el comentario o porque se lo había tomado en sentido literal.

—¿Quiénes sois —preguntó Hogaza— y por qué nos tiráis caca?

—¿De verdad sois del cercado de Ram? —preguntó la voz asustadiza.

—Ya sabéis quiénes somos —dijo Rigg—. Dejad de fingir y bajad aquí a hablar con nosotros.

Hubo un largo momento de silencio.

—¿Os importaría mucho que nos vistiéramos antes de salir del árbol?

—De hecho lo preferiríamos —dijo Hogaza—. Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Aliviaos la vejiga y lavaos las manos. Adecentaos.

—¿Cómo sabías que estaban fingiendo? —preguntó Umbo.

—Los humanos nunca perderán la capacidad de hablar. No hay razón para ello —dijo Rigg—. Tengan que trabajar o no, hablan porque les gusta. Así que esa bobada de los gruñidos es evidentemente falsa.

—Para ti —dijo Umbo.

—Y para ti también —dijo Rigg—. Si no, estarías discutiendo conmigo.

«Todo el mundo cree saberlo todo sobre la vida interior de los demás —pensó Umbo—. Pero solo conocemos a Hogaza desde que Rigg y yo paramos en su posada de camino a Aressa Sessamo. En realidad, ninguno de nosotros sabe nada sobre las motivaciones de los demás o lo que pasa en nuestro subconsciente. Nadie lo sabe nunca».

Dos personas diminutas y totalmente vestidas bajaron del árbol de un salto.

Hicieron una profunda reverencia ante ellos.

—Sentimos haberos utilizado como sujetos de ensayo para nuestro experimento sociológico —dijo la mujer en su lengua, fuera la que fuese—. No llega mucha gente desde el otro lado del Muro.

—Apuesto a que somos los primeros —dijo Umbo.

—Tenemos un disolvente que quita las manchas de las camisas —dijo el hombre.

—¿Y no sería mejor empezar por no mancharlas? —dijo Umbo.

El hombre suspiró. La mujer se echó a reír.

—Creo que nuestro disfraz no es tan efectivo como creíamos —dijo.

—Oh, pues ha hecho que me dieran ganas de arrancarme la piel —dijo Umbo—. Si su objetivo era ese...

—Habéis llegado antes de lo esperado —dijo la mujer—. Así que no estábamos seguros de que fueseis vosotros.

—¿Quién creéis que somos? —preguntó Hogaza.

El hombre le ofreció a Umbo una camisa limpia que parecía de su talla. El tejido era suave y cómodo y la prenda era liviana pero muy cálida.

—Tú eres Hogaza, un soldado que se hizo posadero y luego se hizo guardaespaldas —dijo la mujer—. Y llevas uno de los asquerosos parásitos de Vadesh. Uno de los muchachos es Rigg y el otro Umbo. La chica es Param, legítima heredera de la reina-en-la-tienda. Y por último, pero no menos importante, tenemos a la mano derecha del rey Knosso, el erudito Olivenko.

Lo de los excrementos había sido irritante. Esto era aterrador.

—¿Cómo podéis saber tantas cosas sobre lo que pasa en otros cercados? —preguntó Umbo.

—Aprendimos a interceptar y descifrar las comunicaciones entre los prescindibles, los satélites y las naves a los pocos siglos de fundar esta colonia —dijo el hombre.

—Y sois la noticia más importante de los últimos diez mil años —añadió la mujer—. Desde que se extinguieron los humanos en el cercado de Vadesh.

—Una tragedia —dijo el hombre.

—Me sorprende que Vadesh os haya dejado salir —comentó la mujer.

—No estaba preparado para detenernos —respondió Rigg.

—Oh, está perfectamente preparado para hacer lo que quiera —dijo la mujer—. Pero como uno de vosotros lleva a uno de sus bebés —añadió señalando al mascaracarne de Hogaza—, habrá decidido que no necesitaba haceros daño.

Umbo no sabía si lo decía en sentido literal o figurado.

—No pretenderás decir que esa cosa va a dar a luz —dijo Umbo.

—Oh, por favor, no —dijo la mujer—. Olvidaba que carecéis de información suficiente para comprender las ironías y analogías en este contexto.

—¿A qué venía vuestro disfraz? —preguntó Param—. Subirse a los árboles estando desnudos no me parece algo muy sutil.

—Primitivismo —dijo el hombre.

—Decadencia e involución —dijo la mujer.

—Pero no hemos conseguido engañaros, así que probablemente tampoco los engañe a ellos —dijo el hombre—. Razón por la que, en última instancia, todas nuestras esperanzas descansan sobre vuestros hombros.

—¿Qué esperanzas? ¿Quiénes sois? —preguntó Rigg con tono firme.

—No te preocupes —dijo el hombre—. Os lo explicaremos todo. Pero llevará su tiempo.

—La cuestión se reduce a esto —dijo la mujer—. Tenemos poco más de dos años antes de que lleguen los humanos de la Tierra, por primera vez desde la terraformación de Jardín.

—Y un año después, volverán para borrar toda vida de la faz de Jardín —añadió el hombre.

—¿Podéis ver el futuro? —preguntó Rigg.

—No —dijo el hombre—. Pero otros hijos del cercado de Odín, de una versión distinta de nuestro futuro, escribieron una crónica del fin del mundo y nos la enviaron hace cinco mil años, justo antes de morir.

—Podéis viajar en el tiempo —dijo Rigg.

—En absoluto —dijo la mujer—. Pero disponemos de máquinas que pueden enviar cosas a cualquier tiempo pasado y a cualquier lugar de Jardín.

—Y traerlas —dijo el hombre—. También podemos traer cosas desde el pasado. Como esa piedra preciosa que te robamos y guardamos en el banco de vuestra capital.

—Nuestros desplazadores se la llevaron y la dejaron para Umbo en el cercado de Vadesh —dijo la mujer.

—Desde que sabemos de vuestra existencia, hemos tratado de ayudaros todo cuanto hemos podido —dijo el hombre.

Al oír esto, Umbo se sintió raro. Alguien había estado buscándolos. O manipulándolos. Era algo así como ser una mascota. Pero ¿se diferenciaba mucho de lo que habían estado haciendo los prescindibles desde el principio?

—¿Tenéis nombre? —preguntó Umbo—. ¿Cómo os llamamos?

Los desconocidos se miraron y se echaron a reír.

—Nombres. Supongo que sí, aunque ninguno de nosotros los utiliza nunca.

—En este momento solo hay unos diez mil de nosotros en todo el cercado —dijo la mujer—. Así que nos conocemos, conocemos la historia de los demás y la versión comprimida de ella es lo que ahora utilizamos a modo de nombres, si es que alguna vez los necesitamos. Normalmente, a mí me llaman Mujer-dio-a-luz-chico-y-chica, Nada-en-el-aire, Salva-al-mundo.

—En realidad su nombre es mucho más largo —dijo el hombre—, pero por lo general basta con la versión breve para distinguirla de los demás.

—Soy un poco famosa —dijo ella con tono de disculpa.

—Te avergüenza ser famosa —dijo Umbo—, pero te enorgulleces de ser fecal.

—Quería salvar al mundo —respondió ella encogiéndose de hombros—. No todos pensaban que mereciese la pena intentarlo.

—¿Interceptáis las comunicaciones entre las naves? —preguntó Olivenko.

El hombre puso los ojos en blanco.

—Eso hemos dicho, ¿no?

—¿Cómo te llamas tú? —le preguntó Param.

—Criador-de-ratones, Cantante-de-viejas-canciones, Vivió en-las-ruinas, Se-empareja-de-por-vida.

—¿Y cómo debemos llamarte? —preguntó Param.

—¿Tan mala es vuestra memoria que no puede retener versiones tan simplificadas de nuestros nombres? —preguntó Nada-en-el-aire.

—¿De dónde sale la parte de tu nombre sobre nadar en el aire? —le preguntó Rigg.

—Pasé por una fase en la que saltaba desde lo alto de cumbres y acantilados con unas alas que había diseñado yo misma.

—¿Nos permitirías verlo? —preguntó Olivenko.

—Oh, dejé de hacerlo hace quinientos años —dijo ella riendo—. Era un divertido juego infantil. Pero ahora ya soy adulta.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Umbo.

—Os lo contaremos todo a su debido tiempo —dijo Criador-de-ratones—. Pero podemos mostraros vídeos de sus vuelos, si queréis. Y os presentaré a algunos de mis ratones.

—Esos eran vuestros nombres cortos... —dijo Hogaza—, ¿y dices que conocéis los nombres largos de cada uno de los diez mil habitantes del cercado?

—Diez mil no son muchos. No creo que hubiéramos podido conocer los nombres de todos los que vivían aquí antes de que nos enterásemos de lo del fin del mundo. Por entonces éramos tres mil millones. —Se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—¿Tres mil millones? —preguntó Umbo—. ¿Y dónde os metáis?

—Por aquel entonces no vivíamos en los árboles —dijo Nada-en-el-aire—. Pero venid, caminemos entre las ruinas y aprovecharemos para contaros unas cuantas cosas importantes.

—¿Como por ejemplo, por qué ha pensado Hogaza que os llamáis «yahoos»? —preguntó Umbo.

—Bueno, sí, entre otras cosas. Aunque cuando vamos vestidos preferimos considerarnos los hijos del cercado de Odín. Pero sobre todo tenemos que hablaros sobre vosotros mismos.

—¿Qué sabéis de nosotros que no sepamos ya? —preguntó Param.

—Por qué nacisteis —dijo Criador-de-ratones.

—Por qué poseéis esos dones —dijo Nada-en-el-aire.

—Y lo que tenéis que hacer para salvar el mundo —concluyó Criador-de-ratones.

Los dos hijos del cercado de Odín los condujeron hasta lo alto de una colina. Más allá, frente a ellos, se extendían las ruinas de una gran ciudad.

## CIUDADES EN RUINAS

La idea que se había hecho Param de las ciudades era una fantasía fruto de la literatura y la escasa experiencia de que disponía no le permitía cambiar demasiadas cosas. Nunca se había alejado de las casas en las que su madre la había mantenido cautiva, así que las únicas ciudades que había visto eran las de las ilustraciones de los libros o las obras de arte en las paredes. Cuando huyó de la casa de Flacommo en compañía de Rigg, solo vio algunas calles de Aressa Sessamo y en aquel momento estaba demasiado asustada como para fijarse en ella.

Además, Aressa Sessamo era tan lisa y tenía tan pocas edificaciones altas que si no te subías a una de sus escasas torres, era imposible hacerse una idea de sus dimensiones. Umbo y Rigg le habían contado algunas cosas de O, una ciudad de verdad, según ellos. Y luego estuvo la ciudad abandonada del cercado de Vadesh. Pero de nuevo, solo habían visto las afueras, nunca se habían subido a ninguna torre y habían bajado al subsuelo casi desde el primer momento.

Así que no estaba preparada para lo que vio cuando llegaron a la cima de la segunda colina tras el Muro. Como los hijos del cercado de Odín vivían en árboles, hasta entonces no habían visto nada parecido a una casa, una cabaña o siquiera una tienda de campaña. Pero ahora se encontraban sobre una colina, contemplando el valle por el que discurría un río de rápida corriente.

En la orilla más próxima había solo unos centenares de mogotes de los que sobresalía aquí y allá algún muro, pilar o tejado. El polvo que arrastraban los vientos dominantes del este lo había convertido todo en un paisaje hecho de túmulos cubiertos de hierba. Sin embargo, los vestigios de la presencia humana estaban presentes en cantidad suficiente como para convertir el lugar en una imagen impresionante, aunque algo desolada.

Pero en la otra orilla del río, los muros bajos daban paso a altas torres situadas sobre las laderas de una meseta. De la mayoría únicamente restaba la osamenta, una estructura de vigas que semejaban huesos, pero muchas de ellas se elevaban hasta alcanzar gran altura y como habían perdido la fachada, Param podía ver a través de ellas el edificio que había detrás, y luego el que había detrás de este y así sucesivamente, hacia la cima de la colina.

En la parte alta de la meseta, las torres eran reemplazadas por edificios un poco más bajos y más estrechos, pero estos, puede que porque se hubiesen protegido unos a otros frente al viento, aún conservaban la mayor parte de sus fachadas. Estaban lujosamente engalanados y muchos de ellos mostraban aún los borrosos vestigios de

colores antaño brillantes. Y las ventanas: un millar de ojos miraba desde cada edificio.

Param había pasado de las doscientas cuando dejó de contar las torres.

—Ahí debían de vivir diez mil personas —dijo.

—Oh, no —respondió Nada-en-el-aire—. Era una ciudad de un millón de habitantes, más o menos. Y río abajo se puede ver otra casi igual de grande.

Era cierto. Aunque la distancia era grande y el valle sinuoso, por lo que los árboles interrumpían parcialmente la vista, a lo lejos se podía divisar una serie de torres en ruinas, casi tan altas como las que tenían más cerca, aunque emplazadas más abajo. La única diferencia era que allí no se veían edificios con los muros intactos.

—Un millón —murmuró Param casi sin voz. Conocía el número en términos teóricos, pero no sabía lo que podía significar en la práctica. Aressa Sessamo era famosa porque tenía doscientos mil habitantes. Allí, eso no habría sido nada.

—¿De qué se alimentaban?

—La comida no suponía un problema —dijo Criador-de-ratones—. Sabemos cómo hacer que la tierra sea cien veces más productiva que en las primitivas granjas del cercado de Ram. Los verdaderos problemas eran la energía y el alcantarillado.

—Con un millón de habitantes sería una ciudad bastante fecal —dijo Rigg. Umbo se echó a reír.

Los chicos podían ser tan brutos... Param se preguntó cuánto tardarían en dejar de usar la palabra «fecal» en todas sus frases. Al menos para Olivenko, las referencias al pis y la caca no eran una fuente inagotable de regocijo, como para Rigg y Umbo.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó Param.

—Bueno, murieron, claro —dijo Nada-en-el-aire.

—¿Una epidemia? ¿Una guerra? —preguntó Param—. Por lo que dices, no debió de ser un problema de hambruna. —Había leído la historia suficiente para saber que esas eran las catástrofes que podían convertir una ciudad en ruinas.

—No, en absoluto —dijo Criador-de-ratones—. Por aquel entonces no éramos tan longevos. Solo vivíamos cien años de media. Al cabo de este tiempo, las funciones corporales se deterioraban tanto que vivir dejaba de ser un placer. Perdías el interés. O al menos eso me han dicho.

—Aún no habíamos resuelto el problema del envejecimiento —dijo Nada-en-el-aire.

—En el cercado de Ram, cien años es muchísimo tiempo —dijo Rigg.

—Sí, lo sentimos mucho, querido —dijo Nada-en-el-aire.

—Pero eso no lo explica todo —dijo Param con cierta impaciencia—. El hecho de que la gente viviera solo cien años no explica por qué se vaciaron las ciudades.

—La primera vez que llegaron los humanos al planeta —dijo Criador-de-ratones—, nuestra población había alcanzado los seis mil millones.

—Lo decís como si los habitantes de este planeta ya no seamos humanos —dijo



Olivenko.

Nada-en-el-aire se limitó a sonreír.

—Es que es así, ¿no? —dijo.

—Aun así —dijo Param—, sigo sin saber por qué las ciudades...

—A esta le gustan las respuestas rápidas —dijo Criador-de-ratones.

—O las fáciles —dijo Nada-en-el-aire—. Pues he aquí la respuesta rápida y fácil.

Recibimos una carta del futuro en la que se nos contaba cómo iba a ser el fin del mundo. Así que empeñamos todos nuestros esfuerzos en tratar de cambiar ese futuro. Y cada intento provocaba una nueva disminución de nuestra población, hasta llegar a lo que veis ahora, unas diez mil personas en todo el cercado, apiñadas en su mayor parte cerca del Muro.

—¿Disminuciones de la población? —preguntó Param—. ¿Cómo?

—Teniendo menos niños, claro. La mayoría de nosotros dejó de tenerlos. Por eso mis dos niños forman parte de mi nombre.

—Es una optimista —dijo Criador-de-ratones.

—Incurable —repuso Nada-en-el-aire. Pero lo dijo con voz melancólica y triste.

—¿La gente dejó de querer hijos? —preguntó Hogaza.

Param pensó que era raro que lo dijese con tanta incredulidad, teniendo en cuenta que su esposa y él no habían tenido hijos, que ella supiese.

—No se trata de que no quisieran tener hijos —dijo Criador-de-ratones—. El cuerpo sigue conservando sus impulsos primitivos. Desea reproducirse. Pero teníamos un deber para el mundo de Jardín.

—Veréis, la primera vez que llegaron los humanos, solo visitaron el cercado de Odín, porque nuestra civilización era visible desde el espacio.

—Desde el espacio... —dijo Umbo—. Por muy altas que fuesen las torres es imposible que se viesan desde allí.

—Las torres no —dijo Nada-en-el-aire—. La luz. Todas las calles tenían farolas. Todos los edificios tenían luz en las ventanas. De noche había luces por todas partes, luces que se podían ver desde un millón de kilómetros de distancia. Nuestro cercado era la única fuente de luz de todo el planeta, así que acudieron a él. Pensaron que habíamos mantenido el resto de Jardín como una especie de reserva natural; y el nombre del planeta parecía confirmar esa idea.

—Pero entonces descubrieron cómo era el mundo en realidad —dijo Criador-de-ratones.

—¿Y eso fue todo? —preguntó Rigg con tono levemente desafiante—. ¿En serio?

—Piensa un momento en ello —dijo Criador-de-ratones—. Sé que ya conoces la respuesta.

—Un lugar en el que la raza humana podría desarrollarse de diecinueve maneras distintas —dijo Param.

—Y en el cercado de Ram nos convertimos en manipuladores del tiempo —dijo Umbo.

—Al menos vosotros tres —dijo Olivenko.

—Pero la mayoría de los habitantes no puede hacer nada con el tiempo —añadió Umbo.

—Sabes que eso no es cierto —dijo Criador-de-ratones—. Además, no es el tiempo per se lo que manipuláis. Creáis campos con vuestras mentes, campos en los que se puede alterar el tiempo debido a vuestra conexión con el pasado del planeta.

—¿Y vosotros qué podéis hacer? —preguntó Umbo.

—Mover objetos en el tiempo y en el espacio —dijo Param—. Ya nos lo han dicho.

—No, Param, no os hemos dicho lo que podemos hacer —dijo Criador-de-ratones—. Eso es solo una manifestación de nuestro don. Veréis, fuimos el único cercado al que no se le impidió acceder a los conocimientos de la Tierra. Pudimos estudiarlo todo. Así supimos que la esperanza de Ram Odín, cuando ordenó a los prescindibles y a las naves que dividieran el mundo en cercados, era que la especie humana encontrara diecinueve formas distintas de evolucionar y cambiar, bien física o bien culturalmente.

—La totalidad de la historia del hombre en la Tierra apenas alcanza los doce mil años —dijo Nada-en-el-aire—. Y eso haciendo una interpretación más bien generosa de la palabra «historia». Es el tiempo que ha transcurrido desde su última glaciación, tal como las llamaban ellos. Eran épocas en las que el clima de la Tierra se enfriaba mucho y una parte muy grande de los océanos quedaba atrapada en los casquetes polares.

—La auténtica historia, la que cuenta con registros escritos, tenía unos cinco mil años —dijo Criador-de-ratones—. Y los mayores avances de la ciencia y la tecnología solo se habían producido en los últimos mil años, aproximadamente, especialmente en los dos últimos siglos, cuando se dieron auténticos saltos de gigante.

—A los prescindibles ni siquiera se los consideraba un prodigio de la ciencia cuando partió la nave colonia de Ram Odín —dijo Nada-en-el-aire—. Materiales indestructibles, módulos lingüísticos sumamente avanzados... Ese tipo de cosas apenas tenían cincuenta años. Pero para los humanos de la Tierra, cincuenta años era un tiempo muy largo, porque estaban acostumbrados a un ritmo de progreso muy acelerado.

—Veréis, no habían pasado ni doscientos años desde que los primeros humanos salieron al espacio —dijo Criador-de-ratones—. Así que los colonos del cercado de Odín esperaban seguir avanzando a la misma velocidad, a pesar de que eran conscientes de que, con una población mucho menor y grandes problemas de subsistencia, las cosas se ralentizarían durante varias generaciones.

—¡Oh, por aquel entonces sí que teníamos hijos! —dijo Nada-en-el-aire—. Hijos, hijos y más hijos, porque necesitábamos que nuestra población alcanzara un punto en el que pudiéramos especializarnos, en el que los más listos de nosotros pudieran vivir

entregados a los empeños de la mente.

—Bajemos al río y crucemos a la ciudad —dijo Criador de ratones—. La vista desde aquí solo resulta interesante un rato y me imagino que querréis entrar para haceros una idea de sus dimensiones, ¿no?

Todos se mostraron de acuerdo, así que bajaron juntos en dirección al río, mientras los dos hijos del cercado de Odín seguían con su historia.

No bastaba con tener niños a montones, les explicaron. ¿Acaso no era uno de los objetivos de Jardín promover la evolución aislada de nuevas especies humanas? Y como el cercado de Odín había conservado la ciencia de la genética, sus hijos podían ejercer un control consciente sobre la evolución de la especie.

—No hablo solo reproducción selectiva —dijo Criador-de-ratones—. Eso es lo que hago yo con los ratones: elijo una serie de rasgos y selecciono solo a aquellos que los poseen para reproducirse. No, nosotros fuimos a los propios genes, a las semillas del cuerpo humano que determinan cómo será cada nueva generación.

Encontraron rasgos perdidos que decidieron restaurar y otros poco frecuentes que decidieron hacer comunes y entonces casi todo el mundo empezó a tener hijos con algún tipo de característica ventajosa. Así fue como mejoraron la especie, directamente.

—¿Qué rasgos? —preguntó Rigg.

—Piernas cortas —dijo Umbo.

—Oh, no —dijo Criador-de-ratones—. Las piernas cortas llegaron luego, cuando decidimos alterarnos para parecer yahoos.

—Al principio nos creábamos altos y esbeltos —dijo Nada-en-el-aire—. Metabolizábamos los alimentos con gran eficiencia, así que consumíamos menos por persona.

—Y nos rehicimos concentrándonos en el cerebro —dijo criador-de-ratones—. Cada incremento del tamaño de nuestros cerebros exigía más sangre para el cerebro y menos para el resto del cuerpo. Así que cuanto más flacos, mejor. Cualquier órgano que pudiéramos eliminar o reducir nos permitía ahorrar sangre.

—¿Cerebros más grandes? —preguntó Param. Sus cabezas eran desproporcionadamente grandes para sus pequeños cuerpos, pero no más que la de cualquier adulto humano.

—El cerebro humano tiene una serie de complejos pliegues que aumentan su superficie —dijo Criador-de-ratones—. Los nuestros tienen más aún. Además, nuestro cráneo es mucho más fino. Menos hueso por fuera y más cerebro por dentro. Eso nos hace más frágiles, pero aquí no tenemos que enfrentarnos a los mismos animales que nuestros antepasados. Y cuando tenemos que hacer algo peligroso, llevamos cascos.

—Tírrale excrementos a Hogaza es peligroso —dijo Umbo.

—Pero los excrementos no pueden romperle la cabeza a nadie —dijo Nada-en-el-aire—. Como armas, son más molestas que dañinas.

En los primeros tiempos, los hijos del cercado de Odín también intentaron engendrar lo que ellos definían como cualidades de «sabios»: una memoria visual y auditiva perfecta, la capacidad de contar y resolver ecuaciones con asombrosa rapidez o una vasta ampliación del léxico.

—Nunca conseguimos un éxito total. Parece ser que para ser un sabio de verdad tienes que pagar el precio correspondiente: menores habilidades sociales y la incapacidad de utilizar el tipo de pensamiento efervescente que engendra la creatividad. Cuando nos dimos cuenta de que el precio era demasiado alto, tratamos de encontrar un equilibrio: creatividad y más memoria, más capacidad de percepción, mayor capacidad de abstracción y razonamiento espacial.

Tuvieron tanto éxito moldeando sus propios cerebros que cualquiera de ellos podía, con un entrenamiento adecuado, adquirir tanta habilidad en tres, cinco o diez disciplinas como los humanos convencionales en una o dos.

A los quinientos años de su llegada a Jardín, habían construido máquinas capaces de interceptar y descodificar todos los mensajes que intercambiaban los prescindibles y las astronaves, así que dejó de haber secretos para ellos.

A los mil años, lograron alterar los programas que controlaban los Muros, para que no solo desencadenasen potentes emociones en la mente humana, sino que también despertasen las habilidades lingüísticas latentes que poseen todos los seres humanos.

—Es la gramática de todas las gramáticas, la clave de todo vocabulario —les explicó Criador-de-ratones—. Es como si os cantase una nana en todas las lenguas al pasar por el Muro.

—Pero nadie lo ha cruzado —dijo Param—. Salvo nosotros.

—«Pasar por el Muro» significa entrar por un punto y salir por otro —respondió Criador-de-ratones—. Vosotros fuisteis los primeros que lo cruzasteis, pero muchos miles de personas han entrado y salido y algunas de ellas se han adentrado bastante y durante más tiempo del que podría pareceros factible.

—¿Pero para qué? —preguntó Param—. Si no puedes salir de tu propio cercado, ¿para qué quieres aprender unas lenguas que nunca podrás utilizar?

—No estás prestando atención, Param —dijo Nada-en-el-aire—. Pero son conceptos que están perfectamente a tu alcance.

Param lo pensó un momento y entonces se ruborizó.

—No nos enseñáis idiomas. Cambiasteis el Muro para que nos diese un idioma único.

—¡Exacto! —exclamó Nada-en-el-aire con alegría.

—No tengo ni la menor idea de lo que significa eso —dijo Hogaza.

—El idioma profundo de la mente humana —dijo Rigg—. La gramática instintiva de sentidos que está grabada desde el nacimiento en cada mente humana y sobre la que construimos luego las distintas lenguas. Padre me contó una vez que existía, pero me dijo que nadie había encontrado su secreto.

—Nosotros sí —dijo Criador-de-ratones—. Al cabo de mil años lo descubrimos y luego integramos la clave en el Muro, para que estuviese a disposición de cualquier persona que pudiese soportar el tormento el tiempo suficiente para que arraigase.

—Y ahora vamos a cruzar el río —dijo Nada-en-el-aire—. No podemos tener puentes, claro, dado que se supone que somos yahoos, así que hemos colocado unas piedras para que se pueda hacerlo. Se te mojan un poco los pies, pero no es desagradable y se os secarán rápidamente en la hierba del otro lado.

Criador-de-ratones y ella les mostraron el camino. Se quitaron los zapatos y cruzaron fácilmente el río sobre unas piedras situadas ligeramente por encima o por debajo de la superficie del agua. Rigg fue el siguiente, puesto que estaba acostumbrado a maniobras similares por su vida pasada. Umbo y Hogaza pasaron a continuación, casi con la misma facilidad. Solo Olivenko se molestó en quedarse atrás para ayudar a Param a cruzar, porque la joven nunca había tenido que aprender el delicado arte del equilibrio y tenía más miedo de caerse y hacerse daño que los demás. Sin embargo, cogida de la mano de Olivenko, no corría el peligro de caerse y pudo cruzar sin tardar mucho más que los demás.

Al otro lado del vado, empezaron a aparecer muros a ambos lados y se dieron cuenta de que la hierba sobre la que caminaban crecía sobre caminos suaves y lisos.

También había más hijos del cercado de Odín, venidos de los árboles próximos al río. Los saludaron con el brazo y sonrieron, pero ninguno de ellos hizo el menor ademán de aproximarse, ni trato de hablarles. Al parecer, habían decidido que Ratón y Nada serían los únicos hijos del cercado de Odín con los que podría hablar su grupo. Param se preguntó por qué.

Mientras seguían ascendiendo hacia la ciudad en ruinas, los hijos del cercado de Odín continuaron con su historia.

Los colonos del cercado habían maximizado su población a lo largo de los años, cultivando sus alimentos de manera eficiente y viviendo en espléndidas y altas torres para aprovechar la escasa superficie disponible. A consecuencia de ello, tenían una enorme cantidad de gente extremadamente brillante dedicada a trabajar en todos los problemas científicos y tecnológicos que se les ocurrían, así como en el arte, la literatura, la historia y la filosofía.

Pero en medio de este vasto florecimiento de la civilización, sucedió algo sorprendente. Recibieron un mensaje procedente de su propio futuro.

Consistía en un montón de finas hojas de metal indestructible, con una fina letra grabada, en las que se relataban los sucesos fundamentales de la historia de los cinco mil años siguientes.

El Libro del Futuro salió de la nada, en medio de una reunión de científicos que estaban trabajando en el tema del desplazamiento en el tiempo. Un orador estaba dejando el atril y otro se levantaba para ocupar su lugar. Y entonces, en el sitio donde había estado el primero hasta hacía un instante, apareció el Libro del Futuro, flamante y nuevo.

Por exigencia de todos los presentes, se leyó allí mismo en voz alta. Estaba redactado en una versión un poco tosca de su lengua y dirigido específicamente a los científicos presentes en aquella reunión.

En primer lugar, confirmaba que cinco de ellos ya habían completado el desarrollo teórico que constituía los cimientos para la capacidad de mover objetos en el tiempo. Los mensajeros que habían escrito el libro habían escogido aquella fecha concreta porque por entonces ya existían los fundamentos científicos y el libro les confirmaría lo que ya sabían.

En segundo lugar, trazaba un sucinto esbozo de la historia del cercado de Odín hasta el año cero y casi catorce años más allá.

En tercer lugar, relataba la llegada de los primeros humanos procedentes de la Tierra. Para aquellos visitantes, solo habían pasado catorce años desde que la nave colonia de Ram Odín hiciese el primer salto. Así que se quedaron estupefactos al encontrarse con seis mil millones de personas en un espacio tan reducido como el cercado de Odín.

Y todavía más al descubrir que la nave había hecho diecinueve copias exactas de sí misma, cada una de las cuales se había convertido en la semilla de una colonia, aislada de las demás por el Muro.

Uno de sus primeros actos fue desactivar los Muros, algo que nadie en Jardín había sido capaz de hacer. Y luego hicieron lo que tampoco habían podido hacer los hijos del cercado de Odín. Visitaron todos los cercados y vieron lo que había sido de la raza humana en cada uno de ellos.

Luego regresaron a su hogar.

Once meses más tarde, en el decimoquinto año, llegaron diecinueve astronaves al mismo tiempo. Esta vez no eran visitantes, sino destructores. Sin previo aviso, sin mediar conversación alguna, activaron los sistemas de destrucción que orbitaban de Jardín desde que las naves se arrojaron contra su superficie, más de once mil años antes. Incineraron la superficie del planeta y acabaron prácticamente con toda la vida vegetal y animal que quedaba en él.

A continuación, los destructores enviaron naves voladoras al planeta, donde procedieron a contaminar de manera sistemática toda el agua y la atmósfera con máquinas cuyos efectos se prolongarían durante un mínimo de dos siglos.

Los mensajeros que habían escrito el Libro del Futuro estaban encerrados en el fondo de una profunda mina, donde contaban con el aire suficiente para sobrevivir durante la semana que tardaron en fabricar y luego utilizar una máquina para grabar su relato. Tenían consigo un desplazador y, cuando el libro estuvo terminado, lo utilizaron para proyectarlo en el tiempo hasta el momento exacto en el que se reunió un grupo de científicos capaces de comprender la situación.

Cuando Criador-de-ratones y Nada-en-el-aire terminaron su relato, se

encontraban en el centro de la ciudad, donde aún había muros y ventanas, en lugar de esqueletos desnudos. El polvo y la tierra se habían acumulado, sobre todo en los muros orientados hacia el este, de modo que la parte inferior de los edificios estaba cubierta por una fina y suave hierba y las raíces habían logrado encontrar arraigo aquí y allá. Pero por muy desierta que estuviera, seguía siendo una ciudad, y Param no podía mirarla con otra cosa que asombro, no tanto por sus dimensiones como por la manera en que habían vivido aquellas personas.

—Todas las tiendas y los negocios estaban aquí abajo, claro —les explicó Criador-de-ratones—. Y todo el mundo iba caminando a todas partes. Los sistemas de transporte estaban en el subsuelo. Estaba todo lleno de parques. En las calles crecía una variedad de césped muy resistente. No está hierba tan alta, sino una más baja, que se podía pisar sin matarla.

—Me sorprende que desapareciera, entonces —dijo Olivenko.

—Había que regarla con agua pulverizada cada día —respondió Criador-de-ratones—. Además, el viento arrastró semillas de la hierba de las praderas, que crecía tanto y soportaba tan bien las estaciones secas que al prosperar impidió que el césped recibiera los rayos del sol. Solo tardó unos años en desaparecer.

—¿Por qué hablamos sobre la hierba? —preguntó Param—. Quiero saber lo que fue de la gente.

—Vivían en esos edificios y trabajaban e iban a la escuela en ellos —dijo Nada-en-el-aire—. Aún perduran algunos de los puentes que los comunicaban, ¿los veis? Nunca habéis vivido entre multitudes tan grandes, lo sé... pero os habéis acercado más que los habitantes actuales del cercado de Odín. Resulta tan impersonal hablar de un millón de personas... Pero cada una de ellas tenía su vida, su familia, sus esperanzas y sus sinsabores. Cada vida tenía su propia historia, su propia hebra en el tapiz de la existencia.

—¿Y por qué los mató entonces el Libro del Futuro? —preguntó Param.

—No, no, no lo has entendido. Simplemente alteró su propósito —la corrigió Nada-en-el-aire—. Nuestro propósito. Aún seguimos investigando, pero ahora nuestro objetivo es salvar el mundo. Porque fue culpa nuestra, ¿no lo comprendes? No sé lo que vieron los visitantes en nosotros, pero cuando volvieron a la Tierra y lo contaron, sus habitantes decidieron que tenían que destruirnos.

—Así que habéis pasado cinco mil años preparándoos para la guerra —dijo Hogaza.

—¡No! —exclamó Criador-de-ratones con espanto—. Para empezar, porque no habría servido de nada. Si hubiéramos derrotado a aquella primera flota, habrían enviado otra. Si hubiéramos inventado armas más potentes, ellos habrían regresado con armas mejores aún. La única esperanza de victoria habría sido volver allí y destruir la propia Tierra. Y no estábamos preparados para hacer eso. Eso nunca.

—Y no es que no hubiera facciones que quisieran intentarlo —dijo Nada-en-el-aire—. Pero ya hacía mucho que habíamos descubierto que no podíamos alterar la

programación de las naves. Veréis, los prescindibles nos vigilaban y lo hacían muy bien. En la mayoría de los cercados, su objetivo era propiciar cambios beneficiosos para mejorar las probabilidades de supervivencia de la humanidad. Pero en el nuestro, y en algunos otros, con el paso de los milenios, empezaron a vigilarnos para impedir que desarrolláramos tecnologías capaces de superar las defensas de sus programas.

—O armas —añadió Criador-de-ratones—. Si alguien empezaba a trabajar en sistemas de armas que pudieran llegar a atravesar el Muro o alcanzar el espacio, el prescindible simplemente iba y lo mataba. Sin juicios ni preguntas, el responsable moría.

—Creí que habíais dicho que habíais conseguido controlar sus programas —dijo Umbo.

—Podíamos leerlos —dijo Nada-en-el-aire—. E incluso descubrimos que había algunos que podíamos modificar... como los que controlaban el Muro. Pero controlarlos nunca. Y descubrimos partes de su código donde se nos avisaba con toda claridad de que cualquier intento de controlar o cambiar cualquier cosa significativa provocaría que los sistemas de destrucción, que seguían en órbita, aniquilasen el cercado entero.

—Así que no podíais defenderos —dijo Hogaza.

—Esos sistemas no habían sido diseñados para defendernos de los humanos. De la Tierra —dijo Criador-de-ratones.

—Pero los prescindibles dicen que su único propósito es ayudarnos a proteger Jardín —dijo Rigg.

—Es cierto —dijo Criador-de-ratones—. Pero los limita la misma programación que los lleva a limitar nuestras investigaciones. Teníamos que encontrar el modo de conseguir que los visitantes lleguen a una conclusión distinta sobre los habitantes de Jardín.

Al principio, los hijos del cercado de Odín temieron que lo que había aterrorizado a los visitantes fuesen sus magníficos logros. Así que comenzaron a reducir su población y a ocultar sus avances tecnológicos. Pero transcurrida una década en esta dirección, recibieron un segundo mensaje.

Esta vez era una sola hoja y estaba hecha de oro, en lugar de una aleación compleja. Su contenido también era más sencillo. Explicaba lo que habían intentado y concluía con su rotundo fracaso. El resultado había sido el mismo que antes.

Se trazaron más planes. Hubo recortes de población más drásticos. Una reducción deliberada del avance tecnológico. Y entonces llegó otro Libro del Futuro.

Así que volvieron a intentarlo. En lugar de contener los avances tecnológicos y la ciencia, los impulsaron, con la intención de convertir su deslumbrante brillantez en un incentivo... una moneda de cambio, algo con lo que comprar su supervivencia.

Un nuevo Libro del Futuro reveló que era otro callejón sin salida.

—Hubo nueve libros en total —dijo Criador-de-ratones—. El último llegó hace solo tres mil años. Fue entonces cuando nos decantamos por la estrategia de los



yahoos. Sacamos la idea de un libro de la Tierra, *Los viajes de Gulliver*. Terminaba cuando el protagonista visitaba una tierra cuyos habitantes inteligentes habían evolucionado a partir de los caballos, mientras que los que más se parecían a los humanos eran bestias que vivían en los árboles y lanzaban sus excrementos a los desconocidos. Empezamos a criar nuestra propia raza a imagen y semejanza de aquella, en una precipitada sucesión de generaciones, y luego nos sentamos a esperar.

—Nuestras piernas cortas y nuestros pies semiprensiles datan de aquella época. Nos basamos en los primates de los que proceden los humanos de la Tierra —dijo Nada-en-el-Aire—. Y cuando hubo diez mil de nosotros, longevos, inteligentes, pero capaces de pasar por animales, nuestros hermosos antepasados se dejaron morir, para que solo quedáramos nosotros.

—¿Pero para qué? —dijo Param—. ¿Cómo sabéis siquiera que fue vuestro cercado el que convenció a los visitantes de que Jardín debía ser destruido?

—El nuestro era el único que podía cambiar —dijo Nada-en-el-aire.

—Sé más precisa —dijo Criador-de-ratones.

—Tendría que haber dicho —respondió Nada-en-el-aire— que el nuestro era el único que podía cambiar de manera tan drástica. No teníamos derecho a hacerles lo mismo a los demás. Pero sí intervinimos sutilmente, aquí y allá.

—¿Cómo? —preguntó Param.

—¿Preguntas qué cambios hicimos o si logramos hacer algún cambio? —inquirió Criador-de-ratones—. Ya sabéis que podemos enviar cosas al pasado, a cualquier parte de Jardín, como hicimos con vuestra piedra preciosa. Bueno, pues también reunimos todas las piedras. Al principio, cada cercado contenía la suya. Nosotros las recopilamos y se las dimos a Rampres.

—Rampres —dijo Rigg—. ¿El prescindible que me crío?

—En esta lengua —dijo Criador-de-ratones—, el nombre de los prescindibles está formado por el del fundador de su cercado, más «pres», por prescindible. Por eso los llamamos Vadeshpres, Rampres, Odinpres...

—¿Dónde está el vuestro? —preguntó Olivenko.

—Por ahí, ocupado en sus cosas —dijo Nada-en-el-aire—. Vadeshpres os recibió en el cercado de Vadesh porque es su único habitante inteligente. Pero si llegara un forastero al cercado de Ram, ¿creéis que Rampres acudiría a darle la bienvenida?

Param comenzaba a impacientarse con aquellas digresiones.

—¿Por qué reunisteis las piedras? Y cuando las teníais, ¿por qué no las utilizasteis vosotros mismos?

—Porque no podemos —dijo Criador-de-ratones—. Para adquirir la capacidad de controlar una nave y cruzar el Muro, antes tienes que atravesarlo por completo una vez sin utilizar las piedras.

—Así que si hubiéramos tenido esa piedra... —dijo Param.

—Habríais podido presentársela a la nave y así obtener el poder de controlar el Muro que rodea vuestro propio cercado.

—Eso sigue sin explicar por qué nos disteis las piedras a nosotros —dijo Param.

—Porque sois los más poderosos —dijo Criador-de-ratones encogiéndose de hombros—. Aunque la verdad es que tu poder no lo conocíamos, Param. Pensamos que Rigg podría viajar al pasado y atravesar el Muro antes de que existiera.

—Pero entonces nunca habríamos adquirido la capacidad lingüística de la que hablasteis —dijo Umbo.

—La verdad es que si Umbo no nos hubiera enviado al presente cuando aún no habíamos terminado de cruzar el Muro, Hogaza, Rigg y yo no habríamos sufrido ninguno de sus efectos —dijo Olivenko.

—No fue a propósito —dijo Umbo.

—¡Iban a matarnos! —dijo Param.

—Ya lo sé —dijo Olivenko con voz de fastidio.

Param no podía creer que le hubiera hablado tan bruscamente a Olivenko. Pero es que parecía que estuviera criticando a Umbo por lo que había hecho y no tenía derecho... Él no había estado allí. Sí, por culpa de aquello tuvo que sufrir la agonía del Muro... en dos ocasiones, porque Hogaza y él, heroicamente, volvieron atrás para rescatar a Rigg. Pero decirlo como si hubiera sido culpa de Umbo...

—Nadie está culpando a nadie de nada —dijo Rigg—. Es obvio que no nos están contando toda la verdad, pero...

Desechó con un ademán las protestas de los hijos del cercado de Odín.

—No podéis contárnoslo todo a la vez —añadió—. Y además, queréis que actuemos de una manera determinada, así que filtráis la información para multiplicar las probabilidades de que lo hagamos. Como es exactamente lo mismo que haría yo, no os critico. Solo quiero saber lo que habéis planeado para nosotros. Y también quisiera saber en qué medida habéis alterado nuestro curso sin que nosotros lo supiéramos. —Levantó la mano—. Como digo, no es ninguna crítica. ¿Podemos dejar de mostrarnos tan sensibles, todos? Sin enviarnos notas, que de todos modos no habríamos comprendido ni creído, no podíais explicarnos las cosas. Y tengo que daros las gracias por las piedras. No sé qué os lleva a confiar tanto en nosotros, pero espero no defraudar vuestras expectativas si estoy de acuerdo con vuestros planes.

Al oír a Rigg, Param se sintió al mismo tiempo orgullosa de él y molesta por su elocuencia. Era tan consciente de la atención con la que los demás escuchaban todo lo que decía... No se podía negar que el jardinero —Rampres— había hecho un trabajo espléndido al prepararlo para convertirse en un líder y que el propio Rigg también estaba haciendo un trabajo no menos espléndido al utilizar sus enseñanzas con inteligencia y sabiduría. Sin pretenderlo pensó «Debería ser rey-en-la-tienda». Y al instante se respondió ella misma «¡La heredera de la reina soy yo!». A lo que replicó «Madre me repudió, trató de asesinarme y me veo reducida a seguir a mi hermano pequeño, al que apenas conozco, y a revolotear alrededor de un erudito de la guardia, como una chiquilla enamoriscada salida de un cuento».

—¿Cómo podíamos haber alterado vuestro curso de acción? —preguntó Nada-en-

el-aire con voz fría—. ¿Quieres que te lo cuente todo ahora mismo?

—Sí —respondió Param sin vacilar.

—En el orden en el que lo planeasteis —dijo Rigg.

—Contádnoslo —dijo Umbo.

La actitud de los hijos del cercado de Odín había cambiado de plano. Toda su calidez se esfumó de repente.

—Todo depende de vosotros —dijo Criador-de-ratones—. El plan de los yahoos... Es lo que intentamos la última vez y también fracasó.

—Así que al principio nos mentisteis —dijo Olivenko.

—Tal como había deducido Rigg —dijo Nada-en-el-aire—. Esto es lo que hicimos: aprendimos a transferir cosas minúsculas a momentos y lugares muy concretos, con enorme precisión. Específicamente, a recoger el material genético de un óvulo fertilizado antes de que se implantase en las paredes del útero, a alterarlo según nuestros deseos y a reimplantarlo un microsegundo después.

Param sintió que empezaba a darle vueltas la cabeza.

—¿Con quién lo hicisteis?

—Con vuestro padre, Knosso, en el vientre de su madre —dijo Criador-de-ratones—. Y luego nos aseguramos de que era él quien se casaba con vuestra madre para engendraros a vosotros.

—¿Qué cosas cambiasteis en los genes de mi padre? —preguntó Rigg.

—Sabíamos que sus dos progenitores poseían los genes de la manipulación temporal. Así que añadimos nuestra capacidad a los suyos, con la esperanza de que la recombinación resultase interesante y productiva. Y lo fue: nos proporcionó a una muchacha capaz de fragmentar el tiempo y a un muchacho capaz de ver los rastros dejados por los demás.

Param miró a Rigg. Quería saber si estaba tan desolado como ella. Pero su hermano se mostraba impasible.

—¿Cómo os atrevisteis...? —le dijo en voz baja a Nada-en-el-aire.

—Mi nombre incluye el título Salva-al-mundo —dijo Nada-en-el-aire—. ¿De dónde crees que ha salido?

—¿Qué más cambios hicisteis? —preguntó Rigg.

—Cierto cuchillo —dijo Criador-de-ratones—. Que colocamos en un pasado muy lejano, para que tuviera una historia, y luego dejamos en la cadera del hombre al que visteis la primera vez que Umbo y tú hicisteis el salto en el tiempo juntos.

—El cuchillo... —dijo Umbo mientras se llevaba una mano a la cadera, donde se lo ceñía en la vaina por debajo de la camisa—. Pero ¿por qué?

—Ya os habréis dado cuenta de que la empuñadura contiene duplicados de todas las piedras de control —dijo Criador-de-ratones.

Param no sabía nada de todo aquello, pero claro, tampoco había tenido demasiadas oportunidades de examinar el cuchillo o las piedras.

—Eso no es todo —dijo Rigg—. No pretenderéis que me crea que dejasteis todo

lo demás al azar. ¿Qué pasa con Hogaza?

—Lo de Hogaza fue casual —dijo Nada-en-el-aire—. Y lo de Olivenko. Pero escogiste bien a tus compañeros. Difícilmente podrías haberlo hecho mejor.

Hogaza no reaccionó, pero Olivenko volvió la cara. Como gesto de rechazo, pero Param tenía la sospecha de que también porque se sentía halagado y no quería que se diesen cuenta.

—Pero sí, Rigg —dijo Nada-en-el-aire—, no esperábamos que te encontrases por casualidad con alguien que pudiera ayudarte a usar tu don para ir al pasado. Podrías haber tardado años en aprender a utilizarlo y no teníamos ese tiempo. Así que te dimos a Umbo.

—¿Me disteis a Umbo? —preguntó Rigg.

Param vio que Umbo enrojecía. ¿De rabia? ¿De azoramiento?

—¿Y yo qué soy? —preguntó el muchacho—. ¿Otro experimento genético?

—Como Knosso no —dijo Criador-de-ratones—. Tu madre poseía dones extraordinarios, pero tu padre no.

Umbo asintió.

—Así que nos llevamos todo su esperma en el momento de tu concepción —dijo Criador-de-ratones—, y utilizamos en su lugar el de nuestro desplazador más dotado.

Para asombro de Param, los ojos de Umbo se llenaron de lágrimas, que empezaron a caerle por las mejillas.

—Así que no es mi padre —dijo.

—No hay nada de él en ti —dijo Criador-de-ratones.

—Y vuestro mejor desplazador... ¿quién es?

—Murió —dijo Criador-de-ratones—. También tuvimos que volver al pasado para obtener su esperma.

—Así que soy medio... hijo del cercado de Odín —dijo Umbo.

—Sí —respondió Nada-en-el-aire—. Tu padre vivió en el tiempo en que alteramos nuestra raza para que disminuyera de talla, pero antes de que nos convirtiésemos en yahoos.

Umbo se acurrucó hasta que su cara estuvo en contacto con sus rodillas y allí, casi oculto por la hierba, se echó a llorar. Hogaza se sentó a su lado, lo rodeó con el brazo y dejó que el muchacho se apoyara en él.

—Así que Umbo es el más inteligente de nosotros —dijo Rigg.

—Umbo tiene todo el potencial de los hijos del cercado de Odín —respondió Criador-de-ratones—. Pero Param y tú también poseéis nuestro potencial intelectual.

—Tomamos la decisión de no tratar de resolver el problema por nuestra cuenta —dijo Nada-en-el-aire—, porque ya lo habíamos intentado nueve veces, con otros tantos fracasos. Así que lo que hicimos fue escoger las mejores líneas genéticas del segundo cercado más prometedor y combinarlas con nuestros mejores rasgos para producirlos. Y ahora, dejaremos la solución del problema en vuestras manos.

—El problema de conseguir que los visitantes, al volver a la Tierra, no cuenten

algo que provoque la destrucción de Jardín —dijo Rigg—. Lo digo para asegurarme de que comprendo cuál es el objetivo.

—Lo has comprendido a las mil maravillas —dijo Nada-en-el-aire.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Rigg—. Porque no estamos listos.

—De todo el que necesitéis —dijo Nada-en-el-aire.

—Creí que habías dicho que solo faltan dos años para que lleguen los visitantes —repuso Rigg.

—Y así es. Pero mira quiénes sois... —dijo Nada-en-el-aire—. Que vengan los visitantes. Os ocultaremos de ellos para que podáis continuar con vuestra educación. Vuestra preparación. Luego solo tendréis que volver al pasado, algo que nosotros nunca pudimos hacer, y continuar con vuestra educación en otra ciudad, para no tener que encontraros con vosotros mismos. Podéis hacerlo cuantas veces sea necesario.

—No obstante, algunos creen —dijo Criador-de-ratones— que cuantas más versiones vuestras haya aquí, más difícil será ocultar vuestra existencia a los visitantes. A juzgar por lo que se cuenta en los Libros del Futuro, deben de ser bastante inquisitivos y astutos y además recibirán mucha información de los prescindibles.

—Por eso nos aseguramos de que Odinpres no sabe todo lo que hacemos. Está de acuerdo con nuestros fines... No le hemos mentado sobre eso. Pero lo que no sepa no podrá contárselo a nadie. Así que no os conocerá. Ni siquiera sabe que estáis aquí.

—Pero mi padre me conoce —dijo Rigg.

—Sabe lo que fue de ti hasta el momento de su muerte —dijo Nada-en-el-aire—. Después de eso no ha vuelto a verte ni ha tenido noticias tuyas. No sabe cómo han salido sus planes.

—Eso no es cierto —dijo Rigg—. Cuando tomé el control de la astronave del cercado de Vadesh, se comunicó con ella.

Nada-en-el-aire le quitó importancia al comentario con un gesto.

—Lo llamaron cuando lo necesitaban. Era imposible de impedir.

—Nuestra gran ventaja —dijo Criador-de-ratones—, es que tenemos la absoluta certeza de que los visitantes no saben nada sobre el viaje en el tiempo. De hecho, sus teorías dicen que es imposible, que las alteraciones del pasado son bucles autodestructivos que no pueden suceder. Pero sí que pueden, lo que nos proporciona una oportunidad. Mientras sigáis vivos, podéis recibir la llegada de los visitantes una vez tras otra, hasta conseguir que las cosas salgan bien.

—Como hicisteis vosotros —dijo Olivenko.

—No exactamente —respondió Criador-de-ratones—. Nosotros solo podíamos enviar mensajes al pasado. Vosotros podéis actuar personalmente una y otra vez. Como demostraron Hogaza y Umbo al tratar de robar la piedra del cercado de Ram del banco de Aressa Sessamo.

—Solo conseguimos empeorar las cosas —dijo Hogaza en voz baja—. Hasta que fue completamente imposible.

—Pues ahora ya conocéis los riesgos —dijo Criador-de-ratones—. No intentaréis las mismas cosas una vez tras otra.

Rigg suspiró.

—¿Cuánto de esto sabe Vadesh?

Nada-en-el-aire se echó a reír.

—Nada. Ha visto lo que ha visto, claro está, pero no conoce vuestro verdadero origen. Ignora que cuando os trajo aquí, lo que estaba haciendo en realidad era devolveros a casa.

—¿Cómo se lo habéis ocultado? —preguntó Rigg.

—Nuestro prescindible le miente —dijo Criador-de-ratones—. Todos los prescindibles le mienten.

—Veréis, es un completo fracaso —dijo Nada-en-el-aire—. Todos los humanos que estaban a su cargo murieron.

—Un completo fracaso no —dijo Hogaza mientras señalaba el mascaracarne que llevaba.

—Ya —replicó Criador-de-ratones—. En cuanto te vean, los visitantes se convencerán de que Jardín no representa ningún peligro.

—¿Estás diciendo que no debería participar en vuestro... lo que sea que estéis haciendo? —preguntó Hogaza.

—No estoy diciendo nada en absoluto —dijo Criador-de-ratones—. No propiciamos vuestra creación para que hicieseis nuestra voluntad. Si tuviéramos un plan, lo ejecutaríamos nosotros mismos. Pero necesitamos que lo tracéis y llevéis a cabo vosotros. Estamos aquí para servirlos y prepararlos en todo aquello que podáis necesitar.

—Solo tenemos una sugerencia —dijo Nada-en-el-aire.

—Tú, no yo —dijo Criador-de-ratones.

—Muy bien, pues solo tengo una sugerencia —dijo Nada-en-el-aire—. No os demoréis demasiado. No volváis al pasado y probéis cosas nuevas durante demasiados ciclos. Puede que transcurran los dos mismos años una docena de veces... pero para vosotros habrán transcurrido veinticuatro años. Y creo que lo que tengáis que hacer tendréis que hacerlo mientras aún sois jóvenes.

—¿Por qué? —preguntó Hogaza—. Lo pregunto porque entonces, para Olivenko y para mí ya es demasiado tarde. Eso de la juventud es cosa del pasado, en nuestro caso.

—Rigg, Param y Umbo parecen adolescentes. No son amenazantes. Ni peligrosos. Y si Olivenko y tú aparentáis estar a su servicio, puede que eso os proporcione algo de tiempo, o incluso que se fíen de vosotros, con suerte. Que os miren con cierta compasión. Un poco. Eso espero. O al menos eso creo. Lo que quiero decir es que no podéis aprenderlo todo y, desde luego, es imposible que os anticipéis a todo lo que puede suceder. Dedicad el tiempo que falta hasta su llegada a aprender todo lo que podáis. Probad cosas y utilizadlas para aprender. Puede que el

resultado final sea distinto... No hay manera de predecirlo. Incluso puede que no tengáis que cumplir con la misión. Pero si los destructores vienen una décima vez, volved para aprender más, esta vez basándoos en vuestras propias observaciones y experiencias. ¿Entendéis? Lo único que digo es que no lo hagáis demasiadas veces. No envejecáis demasiados años. Lo que sea que vayáis a hacer, hacedlo mientras aún sois jóvenes.

—Lo has expresado con mucha elocuencia, querida mía —dijo Criador-de-ratones—. Aunque en vano. Porque al final decidirán ellos.

—Sí, pero la idea ya la he plantado en su cabeza y ahí está —dijo Nada-en-el-aire—. Y ahora, ¿queréis ver la biblioteca?

## EN LA BIBLIOTECA

La biblioteca estaba enterrada a gran profundidad, al final de numerosas escaleras, y sin embargo la atmósfera seguía siendo fresca allí y corría una suave brisa por los pasillos. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y murales y había esculturas en muchas esquinas e incluso a veces en salas enteras. Las mesas, esparcidas por todas partes, estaban rodeadas de sillas de aspecto cómodo y había la luz necesaria para facilitar la lectura.

Lo que no había era un solo libro a la vista.

—¿Y esto es una biblioteca? —preguntó Rigg.

—Contiene todos los libros que se han escrito en la historia de nuestro cercado y en las de todos los demás —dijo Nada-en-el-aire.

—Además de todos los libros de la Tierra que trajeron a Jardín las naves colonia —añadió Criador-de-ratones—. Y todas las obras de arte que jamás hemos creado, aunque no podemos mostrarlas todas a la vez.

—Pero ¿dónde están? —preguntó Umbo.

Criador-de-ratones esbozó una sonrisa modesta y Nada-en-el-aire se echó a reír.

—Ahora, Criador-de-ratones os va a enseñar a sus pequeños.

—Venid, niños —dijo el yahoo en voz baja.

Al instante se abrieron unos pequeños arcos en los zócalos de la sala. Docenas de ratones blancos, pardos, negros, marrones amarillos y rojizos entraron por ellos en la sala y muchos de ellos se subieron a las mesas.

—¿Podéis mostrarnos esculturas griegas de la Tierra? —preguntó Criador-de-ratones.

Rigg no supo qué ratón era el responsable, pero de repente las esculturas de las cuatro esquinas de la sala se transformaron en estatuas de piedra con brillante policromía, de aspecto vivo y tamaño natural. Sin embargo, cuando alargó la mano para tocar una de ellas, sus dedos atravesaron la «piedra».

—Una ilusión —dijo Olivenko.

—Un truco óptico —dijo Param.

Hogaza soltó una risilla.

—Lo sabías —dijo Rigg.

—A la máscara no han podido engañarla —dijo Hogaza—, así que he percibido la diferencia entre la luz que proyecta la ilusión y la solidez de las paredes.

—Pero ¿aun así puedes percibir la belleza de las obras? —preguntó Nada-en-el-aire.



—Tanto como habría podido sin la máscara —dijo Hogaza—. No me hace apreciar más la belleza artificial.

—¿El arte no te atrae, entonces? —preguntó Criador-de-ratones.

—El arte de lo que has conseguido con tus ratones sí, y mucho —dijo Hogaza—. Solo entienden vuestra lengua, ¿me equivoco?

—Aprenderán la vuestra rápidamente —dijo Criador-de-ratones.

—Pero cuando lleguen los visitantes, no podrán acceder a ninguno de los libros invisibles que se almacenan en este lugar.

Criador-de-ratones asintió con una sonrisa aún más sutil, si tal cosa era posible.

—Hay que contar con la ayuda de los ratones para encontrar cualquier libro, plano u obra de arte de todo el cercado de Odín.

—Entonces, ¿si alguien matara a los ratones —preguntó Umbo— perderíais toda vuestra biblioteca?

—Debe de haber otra manera —dijo Olivenko—. Otra llave de la biblioteca.

—Algún mecanismo —dijo Hogaza.

—No —respondió Nada-en-el-aire—. Las puertas traseras se pueden encontrar. Las máquinas se pueden descubrir. No, son los ratones y solo ellos.

—Pero hemos tenido presente la posibilidad de su desaparición —dijo Criador-de-ratones.

—Es demasiado modesto como para contároslo —dijo Nada-en-el-aire—. Esos ratones son, de hecho, el producto de una combinación genética de asombrosa variedad: más de tres mil especies en total. De hecho, en esta misma sala no hay ni dos similares desde el punto de vista genético. Cualquier enfermedad que acabase con todos los de una especie, o incluso con los de todas las especies que se parezcan, no tocaría a la mayoría de ellos.

—Si tenéis tres mil especies —dijo Olivenko—, ¿cuántos individuos de cada una existen?

—Tantos que no podemos contarlos a todos —dijo Criador-de-ratones—. Se reproducen como los ratones y enseñan a sus hijos cómo manejar el sistema electrónico, así que cuando mueren no se pierde nada. Las grandes praderas de cercado de Odín albergan millares de variedades de hierba y los ratones se alimentan de sus semillas. Habrá cientos de miles de millones de ellos.

—Así que por los tres mil millones de humanos que había antes... —comenzó a decir Olivenko.

—Hay cien veces más ratones. Y también los búhos, zorros, hurones y gatos que se alimentan de ellos, así como los halcones, águilas y lobos que se alimentan a su vez de estos —dijo Criador-de-ratones—. Y los herbívoros que impiden que una variedad de hierba acabe con todas las demás y los grandes felinos que se alimentan de los herbívoros y las hienas y demás carroñeros que se congregan para alimentarse de los restos que dejan. Nuestro gran cercado es un jardín lleno de vida, salpicado por las ruinas de nuestra antigua civilización, en el que solo la presencia de los yahoos,

seres que viven en los árboles, demuestra que alguna vez vivieran humanos aquí.

—Una elegante estratagema —dijo Rigg.

—Que sin embargo fracasó —replicó Criador-de-ratones—. Y por eso os hemos traído a nuestra biblioteca, con la esperanza de que podáis encontrar un camino mejor.

—Supongo que serán los ratones los que nos traerán los libros —dijo Olivenko.

—Solo tenéis que decirles lo que queréis estudiar: un tema, una fuente, un título concreto, un autor... Podéis hacer incluso simples preguntas. Sentados a una mesa, apoyados en una pared, o incluso en pie, caminando. Los ratones harán que el libro que queréis ver aparezca ante vosotros.

—Criador-de-ratones es nuestro mejor bibliotecario —dijo Nada-en-el-aire.

—El mejor que sigue con vida, quiere decir —respondió él—, porque nuestros antepasados hicieron un trabajo tan bueno y tan exhaustivo de diseño, construcción y recopilación que cuando yo llegué apenas quedaba nada que hacer.

—¿O sea, que el uso de ratones inteligentes como medio de acceso no es más que una especie de elemento decorativo? —preguntó Olivenko con tono sarcástico.

—Quiero ver un libro —dijo Rigg.

Al instante apareció un libro sobre la mesa. Y luego otro, y otro, y dos o tres que aparecieron mientras desaparecía otro, como si los libros fuesen esculturas exhibidas en rápida sucesión.

—Ese —dijo Olivenko señalando uno de ellos con el dedo. Al momento, el tomo elegido se elevó en el aire, exactamente a la distancia perfecta de sus ojos para que pudiese leerlo con toda comodidad. Se abrió.

—«Viajes a varias remotas Naciones del Mundo» —dijo Rigg—. De Jonathan Swift.

—Más conocido como «Los viajes de Gulliver» —dijo Criador-de-ratones—. Primera parte, capítulo uno, donde Gulliver conoce a los yahoos.

—No esperarás que creamos que ha escogido ese título por casualidad —dijo Hogaza.

Criador-de-ratones puso cara de sentirse dolido.

—Pues claro que no. Eligiese lo que eligiese, iba a contener Los viajes de Gulliver.

—¿Es eso lo que tenemos que leer primero? —preguntó Param.

—No tenéis que hacer nada —dijo Nada-en-el-aire—. Esto solo saldrá bien si decidís libremente por vosotros mismos, obedeciendo vuestros propios impulsos e intereses. Lógicamente, creemos que obtendréis más resultados estudiando la cultura que envió las astronaves aquí, hace once mil años para nosotros, pero solo media generación para los visitantes.

—¿Pero puedo estudiar la cultura del cercado de Ram si quiero? —preguntó Param.

—Si ese es tu deseo... —dijo Criador-de-ratones.

—¿Y yo podría estudiar el cercado donde mataron a Knosso? —preguntó Olivenko.

—Por desgracia, carecen de escritura —dijo Criador-de-ratones con semblante apesadumbrado—. No podemos recoger la tradición oral de otros cercados, porque nuestras máquinas no son capaces de captar sonidos. Solo las cosas perduran en el tiempo.

—¿Y si yo quiero recorrer el cercado de Odín —preguntó Hogaza— para verlo con mis propios ojos?

—Puedes ir donde quieras —dijo Nada-en-el-aire—. Pero debes tener cuidado. Los depredadores no sienten miedo de los humanos, lo que quiere decir que tampoco muestran ningún respeto por ellos. Para los más grandes no somos más que comida y no tenemos armas.

—Yo sí —dijo Hogaza.

—¿Y de qué te servirán contra una manada de lobos? ¿O contra varios leones? ¿O contra un grupo de hienas? —Criador-de-ratones sacudió la cabeza—. Claro, si te matan tus amigos pueden retroceder en el tiempo para rescatarte, aunque me parecería una pérdida de tiempo.

—No voy a ir de caza —dijo Hogaza—. Lo que quiero es ver la pradera que has descrito.

—Resulta interesante durante un día, más o menor —dijo Criador-de-ratones—. Pero haz lo que quieras. No hay restricciones. Buscad lo que creéis que necesitáis saber antes de que lleguen los visitantes. O, simplemente, lo que queráis para satisfacer vuestra curiosidad. Todos nuestros planes no han dado el menor fruto. No tenemos planes para vosotros, aparte proporcionaros toda la información de que disponemos.

—Pues entonces yo quiero aprender cómo funcionan las astronaves —dijo Umbo—. Y todo lo que haya sobre las máquinas que las gobiernan.

—Un estudio así llevaría una vida entera —dijo Nada-en-el-aire.

—Y vuestras vidas son más cortas que las nuestras —dijo Criador-de-ratones.

—No quiero aprender a construir una —dijo Umbo—. Pero supongo que el diseño de las naves que usen los visitantes para venir se basará en los mismos principios. Ellos dependen de sus máquinas, como vosotros. Más que vosotros. ¿Me equivoco?

A Rigg le sorprendía que Umbo hubiese escogido un proyecto como ese y que pareciese tan decidido a seguir adelante con él. Carecía de formación científica y tecnológica. Sería como la educación que su padre le había dado a él mientras vagabundeaban por los bosques. Rigg sabía perfectamente lo que le había costado, a pesar de contar con el mejor profesor del mundo.

Y entonces se dio cuenta de que estaba asumiendo que Umbo era menos capaz que él. Pero no lo era. Umbo era medio hijo del cercado de Odín, mientras que Param y él solo lo eran en una cuarta parte. Si era verdad que habían utilizado sus técnicas

para dotarlos de inteligencia superior, incluso era posible que fuese más listo que los dos niños reales.

«Con qué rapidez he caído en los prejuicios de clase de los Sessamid —pensó—. Solo porque antes me creía hijo de Padre, asumí que soy tan inteligente como él... Pensaba que lo sabía todo. Y resultó que era una máquina y yo el hijo de la reina y el rey-en-la-tienda. Así que justifiqué mi sentido innato de superioridad por mi pertenencia a la familia real y, una vez más, me he equivocado».

«Me he equivocado una vez tras otra, y posiblemente también ahora. Que Umbo estudie lo que quiera. Aprenderá tan deprisa como yo o incluso más».

Al poco, todos tenían libros salvo Hogaza, quien volvió a insistir en salir a conocer aquel mundo. Les pidió un vehículo volador y se lo dieron: un duplicado del que había usado Vadesh para llevarlos hasta allí. Regresó al cabo de tres días, sin contar gran cosa sobre lo que había visto, y se adaptó al mismo tipo de vida que llevaban todos los demás: incontables horas sentado, en pie o paseando, leyendo los libros que le daban los ratones en respuesta a sus propias peticiones, que luego desaparecían cuando habían terminado, aunque reaparecían con solo pedirlo, en la misma página que al cerrarlos.

Pero no solo se dedicaban a leer. Durante las comidas charlaban y a veces también entre medias. Umbo y Olivenko eran la clase de estudiantes que tienen que compartir un tema con los demás cuando les interesa vivamente, o demostrarlo de algún otro modo. Rigg lo comprendía, pero su padre había coartado esa actitud en él, aunque solo fuese porque todo lo que sabía lo había aprendido de él, de Rampres, y en medio del bosque no podía compartirlo más que con él y esto no habría tenido demasiado sentido.

A veces le fastidiaban las interrupciones de Umbo y Olivenko, pero luego cambiaba de idea, al darse cuenta de que le venía bien saber hasta dónde llegaba lo que habían aprendido, así como las preguntas que esto les inspiraba y sus conclusiones al respecto. No es que supiera todo lo que estaban aprendiendo, pero sí lo que le contaban sobre ello y no lo olvidaba, para poder hacerles preguntas e intuir si conocían la respuesta.

Param, en cambio, no contaba absolutamente nada sobre lo que leía y si alguien le preguntaba se limitaba a mostrarse huraña. Durante las primeras horas les pidió a los ratones que le mostraran lo que había estado leyendo Param y al hojear aquellos libros descubrió que, en efecto, estaba leyendo la historia de los Sessamid. Pero enseguida vio que se había remontado más allá de la familia real, hasta recorrer la historia entera del cercado de Ram. Era un mundo que en realidad no había visto nunca, comprendió, y al estudiar toda su historia y su geografía estaba, en cierto modo, viendo lo que durante toda su vida le habían negado.

Olivenko se empapó de la cultura de la Tierra, pero no la de la historia moderna, la de los visitantes que esperaban en Jardín al cabo de un año, aproximadamente. Lo que hizo fue investigar la evolución de la raza humana y su historia más antigua, los

movimientos de las tribus ancestrales y la formación de las naciones.

—Tengo que saber por qué son como son los humanos —decía.

Rigg tomó nota de que se refería a los humanos como «ellos», aunque ignoraba lo que podía significar esto. Los hijos del cercado de Odín tenían un cierto aspecto simiesco, con sus piernas cortas y sus pies semiprensiles. Era bastante lógico que no se consideraran del todo humanos a sí mismos. Pero, al menos a primera vista, Rigg y sus camaradas eran plenamente humanos. Salvo Hogaza y eso solo por el parásito que le cubría la cara. Olivenko carecía por completo de los poderes temporales que conformaban el máximo logro del cercado de Ram. ¿Por qué razón veía a los humanos como algo ajeno a sí o se veía a sí mismo como algo ajeno a lo humano?

Para Rigg no cabía duda de que era plenamente humano, lo mismo que los demás (incluidos los hijos del cercado de Odín, con sus cuerpos de yahoos). Al principio le costó un poco acostumbrarse a ellos, con sus cortas zancadas y su manera de correr, ligeramente encorvados, y también con sus brazos largos y su fuerza, superior a la de cualquier otro nativo del cercado de Ram salvo Hogaza. Pero hablaban con idiomas humanos, pensaban como los humanos, se alimentaban de comida humana y tenían los mismos instintos tribales y personales que cualquier humano. Instinto de conservación pero, al mismo tiempo, voluntad de sacrificarse por el bien de la comunidad; orgullo y ambición personales, pero disposición a mostrar humildad para ser aceptados por los demás. Rigg no percibía diferencias en su manera de pensar y actuar, en las reglas sociales que los gobernaban.

La única diferencia real era la capacidad de autocontrol que demostraban los hijos del cercado de Odín. Puede que sintiesen los mismo impulsos que el pueblo que había conocido Rigg en su propio cercado, pero sabían lo que les sucedía cuando sentían estas cosas y utilizaban su razón para escoger si debían actuar basándose en tales sentimientos. Podía verlo en sus caras cuando tomaban sus decisiones, su momentánea vacilación y las reacciones instintivas que mantenían a raya. Pero esto no parecía causarles angustia alguna. Para ellos, mantener sus pasiones bajo control era algo tan natural como comer, beber y hablar. Así que puede que sí hubieran pasado a otro nivel de evolución, a otra fase. Tras empezar a recibir los Libros del Futuro, fueron capaces de transformarse a sí mismos una y otra vez, a rehacer su historia desde cero y a volver a hacerlo una y otra vez, aprendiendo de cada fracaso, para volver a fracasar de nuevo. Puede que este proceso les hubiera insuflado una serena aceptación de la derrota o una capacidad superior de ver las cosas a largo plazo.

Llegó un momento en el que Rigg se dio cuenta de que tenía que leer los Libros del Futuro para tratar de adivinar qué podía haber aterrado o asqueado a los visitantes hasta el punto de tomar la decisión de destruir el planeta Jardín. En las historias, biografías y obras literarias de la Tierra que había leído no encontraba la respuesta. Todos estos libros glorificaban la tolerancia, la aceptación de lo desconocido, la necesidad de cambiar para adaptarse, para sobrevivir, para crecer.

De hecho, el proyecto colonizador en su conjunto era fruto del miedo a que la Tierra estuviera demasiado poblada, demasiado contaminada, o fuese demasiado peligrosa tras años de desarrollo en la dirección equivocada.

Si los humanos necesitaban una salida era precisamente para tener la oportunidad de transformarse en algo distinto. Así que habían enviado a Ram Odín al espacio, al mando de una astronave que haría uso de la nueva tecnología del salto espacial para llegar a otro planeta habitable lo antes posible. Pero si el salto no hubiera salido bien, la nave podría haber seguido su viaje a una velocidad mucho más reducida, con los pasajeros y el piloto en hibernación, hasta llegar al planeta que Ram había bautizado como Jardín. La idea era conseguir que la raza humana arraigara en otro mundo. Y desde este punto de vista, el proyecto de la colonia había sido un éxito deslumbrante.

No era culpa del pueblo de Jardín que se hubiera producido una anomalía temporal en el primer salto y que esto los hubiese enviado once mil ciento noventa y un años al pasado. Ni que una segunda anomalía provocara que la nave realizara el salto diecinueve veces y otras tantas naves, con toda su tripulación, llegasen a Jardín al mismo tiempo. ¿Qué podía haber provocado que los visitantes olvidasen su propia ética, la inocencia del pueblo de Jardín y una historia que se prolongaba más que la historia conocida del ser humano sobre la Tierra?

Cuando empezó a leer los Libros del Futuro, les pidió a los ratones que le mostraran cuáles de sus compañeros los habían leído ya. Al leer la lista se encontró, con sorpresa y un poco de vergüenza, con que no solo no era el primero que los leía, sino que era el último. Curiosamente, el primero había sido Hogaza.

Hacía muchos meses que llevaban la vida de estudio que les habían ofrecido los hijos del cercado de Odín, aprendiendo todo lo posible sobre los visitantes de la Tierra, sobre sus pobladores y sobre su propio mundo, para tratar de comprender qué provocaría el genocidio lanzado por los destructores. Pero cuando Rigg concluyó la tercera lectura detallada de los Libros del Futuro, aún sin haber entendido nada, decidió convocar una reunión que temía haber retrasado demasiado.

Se los llevó de la biblioteca y de la ciudad en ruinas, hasta la cima de una colina desde la que se divisaba una amplia extensión de praderas. En aquel momento, en la lejanía, una manada de elefantes estaba destruyendo una pequeña arboleda y Hogaza los entretuvo un rato describiendo con todo detalle cómo un joven ejemplar trataba de derribar un árbol hasta que una hembra de mayor edad lo apartaba y echaba el árbol abajo de un solo empujón. Con los insuperables ojos que le había regalado el mascaracarne, no necesitaba telescopios ni herramientas de ninguna clase para ver cosas que para los demás eran solo manchas diminutas. Y esto proporcionó a Rigg la pregunta que necesitaba para dar comienzo a la reunión.

—Los ojos de Hogaza son mejores que los nuestros porque se ha fusionado con una forma de vida que, aunque profundamente alterada, es nativa de Jardín —dijo—. Pero no puede ser esto lo que lleve a los visitantes a rechazar Jardín, ¿verdad?

Param señaló que, como los visitantes no habían visto a Hogaza con el

mascaracarne en ninguna de las líneas temporales, su circunstancia no podía tener ninguna influencia sobre lo sucedido.

—Hogaza en concreto no —dijo Olivenko—. Hasta donde sabemos, podría haber otros cercados que hayan resultado transformados de manera igualmente radical, sin que lo sepan los hijos del cercado de Odín. No es eso lo que preguntaba Rigg.

Rigg sabía que si fracasaban tendría que volver de nuevo al plan original de visitar en persona todos los cercados. Solo que ahora estaba estudiando el mundo más importante de todos, el mundo desde el que llegarían los visitantes.

—Toda la literatura de la Tierra está repleta de condenas hacia quienes rechazan a los demás por el mero hecho de ser extraños y diferentes —dijo Rigg—. Los humanos se congratulan de haber sido capaces de dejar atrás impulsos básicos como estos a lo largo de su historia. Lo peor que pueden decir de una persona sus biógrafos o los historiadores es que juzgaba a la gente basándose en diferencias en atributos físicos, en su lengua o en su cultura. ¿Cómo es posible que, al llegar aquí, contradigan todo aquello en lo que creen?

Hogaza se echó a reír.

—Rigg, pero qué joven eres aún... ¿Qué crees que habría dicho tu padre? —Al ver que Olivenko comenzaba a hablar de Knosso, Hogaza levantó una mano—. Me refiero a Rampres, el prescindible que lo crio.

Rigg suspiró.

—Sí, lo sé. El mero hecho de que condenaran la xenofobia con tal vehemencia demuestra que aún no la habían superado.

—Era una virtud inspiradora, no un logro —dijo Olivenko.

—Signifique lo que signifique eso... —dijo Umbo.

—Oh, vamos, deja ya esa pose de ignorancia juvenil —dijo Param con impaciencia—. He visto lo que estás leyendo. A estas alturas, probablemente fueses capaz de construir una astronave tú mismo.

—Solo comprendo una parte muy pequeña de lo que leo —dijo Umbo—. No sé cómo funciona todo, solo lo que se supone que hacen las máquinas y dónde se encuentran en cada nave. Y como seguramente el diseño de las naves de los visitantes sea muy distinto, dudo que alguna cosa de las que he aprendido sirva de algo.

—O sea, que has estado perdiendo el tiempo —dijo Param—. Pero no finjas no saber lo que significa «una virtud inspiradora».

—Una virtud que se admira pero que no se posee —dijo Umbo—, ya. Lo que pasa es que me parece absurdo que hablemos como filósofos cuando solo somos nosotros.

—Lo siento —dijo Rigg—. Pero el hecho de que la gente de la Tierra reconozca que sigue teniendo un serio problema de xenofobia solo subraya lo absurdo que resulta que al venir aquí y ver lo raros que somos, pero también lo mucho que han conseguido los distintos cercados en once mil años, decidan que nos odian y temen tanto que tienen que aniquilarnos.

—No sabemos lo que decidieron los visitantes —dijo Olivenko.

—¿Crees que los Libros del Futuro mienten sobre los destructores? —preguntó Rigg.

—Creo que aquí, en el cercado de Odín, abundan las mentiras, pero no, no creo que los Libros del Futuro mientan. Sin embargo, el hecho de que llame «visitantes» a un grupo de la Tierra y al segundo por un nombre distinto, «destructores», podría indicar otra posibilidad: que los humanos que vinieron a destruir Jardín pertenezcan a otro grupo que los primeros.

—¿Dos grupos distintos con tecnología suficiente para construir aeronaves? —preguntó Umbo con tono de duda.

—No —dijo Olivenko—. ¿Pero cómo sabemos que no hubo una revolución política, un golpe de estado o una guerra entre el regreso de los visitantes y la partida de los destructores? Puede que los visitantes volviesen con un informe muy favorable pero un grupo de xenófobos se hubiese hecho con el gobierno. Incluso puede que no conservasen demasiado tiempo el poder, solo el justo para enviar a los destructores. No podemos saber si para cuando los destructores regresaron a la Tierra había un nuevo gobierno que lamentaba profundamente la destrucción de Jardín.

—Pues no habría nadie aquí para recibir sus disculpas, me temo —dijo Param.

—Exacto —dijo Olivenko—. Puede que, al margen de lo que vean los visitantes, la llegada de los destructores dependa de razones políticas de la propia Tierra. ¿Acaso no existen grupos poderosos que abrazan la xenofobia?

Rigg asintió.

—Normalmente no es la gente que tiene acceso a la alta tecnología, pero sí, hay culturas enteras que creen que hay que asesinar a todo el que no concuerda con sus prácticas culturales. Pero durante siglos los ha mantenido a raya la tecnología superior de las sociedades más ilustradas.

—¿Ilustradas? —preguntó Hogaza—. ¿Y quién está juzgando ahora a los demás?

—Yo —respondió Rigg—, utilizando el único patrón que nos interesa en este momento: la gente ilustrada es la que no quiere destruir Jardín, mientras que los destructores son monstruos ignorantes. Creo que es una afirmación bastante justa, ¿no os parece?

Todos se mostraron de acuerdo.

—Nosotros mismos somos monstruos ignorantes —dijo Param—. Mirad cómo nos trataron mi madre y el general Ciudadano. Cómo nos trató Vadesh... y cómo juzgamos al pueblo de los hombres-mascaracarne. Los humanos nos juzgamos unos a otros y nos matamos cuando decidimos que los demás son malos y no merecen vivir.

—Todos no —dijo Rigg.

—Todos —sostuvo Param—. Sin excepciones.

—Yo no —dijo Rigg—. Ni tú.

—¿Tú no matarías a alguien que intenta matarte? —preguntó Param.

—Eso sería en defensa propia —dijo Rigg.



—Pero Jesús, Gandhi y muchos otros decían que no existe el derecho a matar en defensa propia —dijo Param.

—No sé muy bien lo que dirían en este caso —dijo Rigg—, pero me alegra saber que también tú has estado leyendo sobre la Tierra.

—Algo he ojeado —respondió Param—. Mirad, la naturaleza de los seres humanos no ha cambiado. ¿Qué más da que a los visitantes les gustase Jardín y que los destructores sean un grupo distinto? Jardín termina igual, destruido.

—Lo que estoy diciendo —dijo Rigg—, es que tal vez tengamos que prepararnos para volver a la Tierra con los visitantes.

—Donde nos matarían —dijo Param—. Y estaríamos tan lejos de aquí que al regresar el pasado no estaríamos aquí, sino en la Tierra. Es una idea horrorosa.

—Podría ser el único modo —dijo Rigg, que se negaba a aceptar las negativas de su hermana como respuesta final—. Volver con ellos a la Tierra, arriesgándonos a morir allí, con la esperanza de cambiar las cosas.

—¿Qué te hace pensar que los visitantes nos permitirían ir con ellos? —preguntó Hogaza.

—¿Y qué te hace pensar a ti que podrían detenernos, aunque lo intentaran? —preguntó Umbo.

—Subirse a una astronave humana no es lo mismo que atravesar el Muro —dijo Rigg.

—Podemos alterar el tiempo —dijo Param—, pero no podemos volar.

—Quizá podríamos usar la tecnología de los hijos del cercado de Odín para meter algo en su nave —dijo Umbo—. Como una plaga, por ejemplo. Algo que los mate a todos. Luego les mostraríamos a los visitantes que estén en Jardín lo que le ha pasado a su nave y los llevaríamos al pasado, antes de que introdujéramos la plaga, para que sepan que podríamos matarlos pero hemos optado por no hacerlo.

—¿Y así es como vamos a conseguir que no nos destruyan? —preguntó Hogaza—. Esa es la parte que no entiendo. Porque no se me ocurre mejor modo de garantizar que nos envíen a los destructores.

Umbo se encogió de hombros y les dio la espalda, un poco molesto. Rigg estaba harto de que se ofendiera por cualquier cosa, al tiempo que él aprovechaba la menor ocasión para atacar a Rigg. Lo único que había impedido que durante aquellos meses estallaran sus diferencias de manera abierta era que habían pasado la mayor parte del tiempo separados.

—No es una idea tan absurda —dijo Olivenko—. Solo haría falta perfeccionarla.

—No podemos utilizarla, por mucho que la perfeccionemos —respondió Rigg—. En cuanto los prescindibles se diesen cuenta de lo que hemos hecho, los satélites destruirían nuestro cercado. No se nos permite fabricar armas.

—Sería una enfermedad —dijo Umbo—, no un arma.

—Si la esparcimos por una nave para matar gente, es un arma y entonces nos volarán en pedazos —dijo Rigg.

—Eres un gran experto sobre la manera de pensar de los ordenadores de las naves, ¿no? —preguntó Umbo.

—No, pero tú sí —dijo Rigg.

Umbo apretó los labios pero no discutió la argumentación de Rigg. Sabía más que ninguno de ellos sobre el funcionamiento de la astronave original y era cierto que sus ordenadores no se dejarían embaucar por un sofisma como «es una enfermedad, no un arma».

—Puede que solo tengamos que seguir estudiando —dijo Param.

—No —dijo Umbo—. El problema de base es que si vamos a la Tierra, no podríamos volver al pasado en Jardín. Ni siquiera sabemos si nuestros dones funcionan fuera de Jardín.

—¿Y por qué no iban a hacerlo? —preguntó Olivenko.

—Piénsalo —dijo Umbo—. No sabemos nada sobre lo que hacemos para viajar el pasado... ni cómo puede Param hacer saltos minúsculos hacia el futuro, saltándose el tiempo intermedio. Pero conocemos algunas reglas básicas sobre ello. Está totalmente vinculado a la superficie del planeta.

—Seguía funcionando cuando volamos al Muro con Vadesh —dijo Param.

—¿En serio? ¿Probaste a utilizar tu don durante el vuelo? —preguntó Umbo.

Param pareció ofenderse.

—Una vez lo usamos mientras saltábamos desde una roca, ¿no te acuerdas?

—No llegamos a estar ni a dos metros de la roca maciza —dijo Umbo.

—Es una buena observación —dijo Rigg—, pero de todos modos la nave de Vadesh no nos sirve como prueba real, porque seguía dentro del campo gravitatorio de Jardín. El verdadero problema es este: Jardín se mueve a través del espacio en su órbita alrededor de nuestro sol. El sistema solar entero avanza velozmente por el espacio. Digamos que retrocedemos seis meses en el tiempo. En ese lapso, Jardín se ha colocado al otro lado del sol. Sin embargo, nuestro salto no nos deja en la misma posición espacial en términos absolutos, cosa que nos provocaría una muerte instantánea, sino en el mismo punto donde estábamos antes en relación con Jardín. El salto temporal está vinculado al planeta. Así que lo que Umbo pregunta es: ¿qué pasa si dejamos la superficie de Jardín para ir a otro planeta? ¿Seguiremos conservando allí nuestros poderes temporales? ¿Seguirán operando en relación con Jardín? Si estamos en la Tierra, en una posición determinada a millones de kilómetros de aquí y saltamos hacia atrás en el tiempo, ¿seguiremos en la misma posición exacta con respecto a Jardín? Como la Tierra y Jardín siguen trayectorias totalmente distintas, si fuese así terminaríamos en medio del vacío.

Umbo le dirigió una mirada llena de hostilidad. Rigg no comprendía el porqué. ¿Acaso no acababa de defender su argumento? No había forma de entender cómo funcionaban las personas por dentro. Pero al menos ahora, Rigg contaba con un buen arsenal de historias para ayudarle a hacerlo. Entre los mogoles, los hermanos Temujin y Jamuka se hicieron enemigos encarnizados cuando Temujin se hizo khan con el

nombre de Gengis o Chinggis. Era parte de la naturaleza humana que los mejores amigos pudieran convertirse en rivales y luego en enemigos mortales. Rigg se daría por satisfecho con mantener el grado de rivalidad actual entre ellos sin que Umbo llegase a convertirse en su enemigo.

—Creo que es obvio —dijo Olivenko— que está vinculado al planeta en el que os encontráis.

—Yo no creo que tenga nada de obvio —dijo Rigg—. Sea cual sea nuestra decisión, nos jugamos la vida al tomarla. Todos los rastros que veo en este momento están relacionados con el pasado. Veo a las personas y los animales que se mueven y ellos están vinculados a Jardín. Pero todos ellos nacieron y vivieron aquí. Y acordaos cuando bajamos por el río, Hogaza y Umbo. Cuando me tenían prisionero en aquel barco, intenté ver los rastros de viajeros anteriores y no pude, porque los rastros flotaban en el aire sobre el agua y solo podía alcanzarlos un momento o dos, al pasar el barco sobre ellos. Puede que sea igual, por mucho que nos alejemos de Jardín: rastros que se quedan flotando en el espacio, mucho después de que se vaya la nave.

—Pero el piloto original, Ram Odín —dijo Umbo—, poseía el don del viaje temporal. De ahí proceden todas nuestras habilidades. Y lo usó cuando estaba en su nave, en medio del espacio.

—Pero la nave se desplazó diecinueve veces —dijo Rigg—. ¿Eso no demuestra nada? Durante los microsegundos en los que los diecinueve ordenadores de la nave calculaban y activaban el salto, la nave se había desplazado en el espacio y el salto temporal que Ram realizó inconscientemente llegó a diecinueve sitios distintos. No podemos ir al espacio y usar nuestra capacidad temporal, porque se crearían duplicados de nuestra nave.

—Eso no lo sabemos —dijo Olivenko.

—Ni tampoco sabemos que no pueda suceder. O algo peor —dijo Rigg—. Por favor, recordad que cuando he hablado de ir a la Tierra con los visitantes, no he dicho en ningún momento que pudiéramos usar nuestros poderes para salir de los líos en los que nos metamos. Hasta donde sabemos, podría ser una sentencia de muerte segura. Mi idea era viajar hasta la Tierra, intentarlo y si nos matan, nos matan.

—Bueno, piensa esto —dijo Olivenko—. Si lo intentamos y no podemos salvarnos... o, más bien, no podéis salvarnos vosotros con vuestro poder temporal, los hijos del cercado de Odín enviarán otro libro al pasado para advertirles a sus antepasados, y a nosotros, de que subirse a la nave de los visitantes fue una idea horrible y no deberíamos hacerlo.

Param se echó a reír.

—¿Así que el hecho de que no hayan recibido aún un Libro del Futuro como ese demuestra que lo conseguiremos?

—O que decidiremos no intentarlo —dijo Rigg.

—O que lo haremos y fracasaremos, pero los hijos del cercado de Odín han decidido no mostrarnos el Libro del Futuro en el que se relataba, por si intentábamos

otra cosa.

—O que se han rendido —dijo Param— y han decidido esperar a la muerte, simplemente.

—Por mucho que averigüemos —dijo Umbo—, nunca sabremos suficiente.

—Lo único que podemos hacer es lo que hemos hecho siempre —dijo Rigg—. Intentar algo y si no funciona, volver atrás e intentarlo de nuevo. Pero no podemos hacerlo eternamente.

Umbo se incorporó de un salto.

—En efecto, hay cosas que nunca mejoran. Como por ejemplo, Rigg, que no se te haya pasado por la imaginación volver al pasado para salvarle la vida a mi hermano Kyokay.

Rigg comprendió de repente, con la brusquedad de una puñalada, que aquello era una parte de lo que Umbo tenía en su contra.

—Ya decidimos que no podemos, porque si lo hiciéramos, nunca habríamos aprendido a manipular el tiempo juntos.

—Pero ahora sabemos más, tenemos más control. Tal vez podríamos idear un modo de cogerlo a medio camino de la caída o...

—Es posible —dijo Rigg—. Tal vez podamos poner una red para cogerlo o entrenar a un pájaro gigante para que lo coja mientras cae, o hacer que una enorme bocanada de aire lo arroje hacia el mar. Pero lo haremos luego. Volveremos al pasado para salvar a un niño cuando hayamos averiguado cómo salvar el mundo entero.

—¿O sea, que dices que Kyokay debe permanecer muerto para que podamos seguir haciendo todas las estupideces que hemos estado haciendo desde que aprendimos a usar estos estúpidos poderes? —dijo Umbo—. Pues ¿sabes lo que te digo? ¡Tal vez impedir que Kyokay cayese sea lo mejor que podríamos hacer, para que no tengamos que hacer todos estos estúpidos trucos con el tiempo y así no suceda el resto de nuestra miserable historia!

—Y así —dijo Param con amargura—, podrás vivir felizmente con tu hermano en vuestra casa, bajo la autoridad de vuestro querido padre, mientras a mí me asesinan mi madre y el general Ciudadano porque Rigg no está ahí para salvarme.

—Pero si Ciudadano no hubiera capturado a Rigg y no hubiera sabido quién era... —comenzó a decir Umbo.

—Los planes de Ciudadano y Hagia Sessamin, fueran los que fuese, no comenzaron con la captura de Rigg —dijo Olivenko con tono despectivo—. Seguramente tu padre te hubiera matado a estas alturas, Umbo, y Param también moriría. Y aunque no pasara nada de esto, vendrían los visitantes y luego los destructores y nos matarían a todos. Así que lo que estás diciendo es que para que tú pudieras pasar unos años más con tu hermano, que de todos modos probablemente encontraría algún otro modo pintoresco de matarse, merecería la pena sacrificar todo el planeta, ¿no?

Umbo enterró la cara entre las manos.

—Solo quiero que todo esto acabe. ¿Cómo ha podido convertirse en mi trabajo?

—No es tu trabajo —dijo Param—. Es el mío y el de Rigg, porque nacimos con esta responsabilidad.

—Basta —dijo Rigg—. Tenemos que afrontar el hecho de que no podemos arreglar todas las cosas malas que han sucedido, porque cada cambio que hacemos genera nuevos problemas. Y es así porque en el mundo real suceden cosas malas, punto. La gente muere y no siempre podemos deshacerlo, así es como funciona. Siento que muriera Kyokay, Umbo, y siento no poder arreglarlo sin propiciar una serie de cambios impredecibles y potencialmente terribles. Y siento que Param sea tan provinciana como para realizar afirmaciones ridículas sobre la responsabilidad que acarrea el hecho de haber nacido en una familia real...

—¡Pero es que es así! —exclamó la muchacha mientras se ponía en pie de un salto.

—Al menos esta vez te enfadas —dijo Rigg—, en lugar de desaparecer.

—Me encantan tus dotes conciliatorias, Rigg —dijo Hogaza.

—¿Eso lo ha dicho Hogaza o el mascaracarne? —preguntó Rigg—. Escuchad, tenemos razones de sobra para estar enfadados, resentidos, suspicaces y todo lo demás. Nuestra tristeza, nuestro miedo, cualquier cosa que sintamos... están plenamente justificadas. Y aunque nos odiamos unos a otros, ¿qué diferencia puede haber? Tenemos estos dones y, aunque puede que sean inútiles, los tenemos, así que si existe una posibilidad de usarlos para salvar el mundo, hagámoslo. Si fracasamos estaremos muertos, así que ¿a quién le importará? Y si lo conseguimos, tendremos tiempo de sobra para reñir y pelear como niños pequeños. Y no, no estoy diciendo que yo sea mejor que los demás, porque siempre me siento tan solo y enfadado que apenas puedo dormir y me gustaría muchísimo que mi padre fuese mi padre de verdad y no una estúpida máquina, así que no me digáis que no sé lo que es perder a alguien a quien amas o sentirte decepcionado por tu vida o lo que sea que está mal. Hogaza echa de menos a Goteras. Yo a mi padre. La madre de Param, la única mujer en la que confiaba, trató de matarla. Al mentor de Olivenko, Knosso, lo sacaron a rastras de su bote mientras dormía para arrojarlo al mar. ¿Está completa la lista de todas las cosas que no hemos podido cambiar?

—No —dijo Hogaza—, pero está bastante bien para empezar.

—Llevamos una eternidad estudiando y no queda mucho para que lleguen los visitantes y aunque puede que al final la idea de subir a su nave tenga sentido, en el improbable caso de que nos dejaran ir a la Tierra, es evidente que no es lo primero que debemos hacer.

—¿Y qué debemos hacer, entonces? —preguntó Olivenko.

—Nada —dijo Rigg—. Sencillamente. Los visitantes llegan, observamos desde lejos y comprobamos con nuestros propios ojos cómo son. O los recibimos nosotros y hablamos con ellos. Pero luego, cuando se marchen, pensamos lo que hemos aprendido de ellos y seguimos estudiando todo lo que podamos y entonces, cuando

lleguen los destructores, vemos cómo son y saltamos en el tiempo hasta el momento en el que llegamos aquí y por fin decidimos lo que debemos hacer.

Permanecieron todos allí sentados, mirando el suelo, las ruinas lejanas, el cielo, los elefantes, los insectos que pasaban por el suelo o los ratones que correteaban entre la hierba... cualquier cosa menos a ellos mismos, cualquier cosa menos a Rigg.

Y finalmente Olivenko dijo:

—Me parece el mejor plan que se ha propuesto.

—Y a mí —dijo Param.

—Entonces, salvo que Umbo sea idiota —dijo Hogaza—, es unánime.

—Soy idiota —dijo Umbo—, pero aun así voto a favor. Lo que debería bastar para demostraros a todos que es una idea totalmente estúpida.

—Estoy de acuerdo —dijo Rigg—. Es cobarde y demasiado prudente y ojalá se le hubiera ocurrido algo mejor a alguien. Pero como no es así, es lo que vamos a hacer. ¿De acuerdo?

Lo estaban.

## EL CUCHILLO

Umbo siempre había tenido sentimientos encontrados con respecto a la escuela. Por un lado le permitía alejarse de casa y así no tenía que trabajar tanto. Por otro, envidiaba a su amigo Rigg porque solo tenía que ir a la escuela de vez en cuando y se pasaba el resto del año metido en el bosque con su padre, cazando animales para despellejarlos.

Luego se enteró de que cuando Rigg estaba en el bosque era como si asistiese a una especie de escuela, solo que aún más rigurosa que la suya. Y después de haber viajado en compañía de Rigg por distintos territorios, del borde de la civilización en la región ribereña del Stashik a las regiones despobladas del cercado de Vadesh, y ver todo lo que tenía que hacer Rigg para procurarles a todos comida, agua y un buen campamento donde estuviesen a salvo de los animales, sentía un renovado respeto por los rigores de la vida supuestamente libre que había llevado su amigo.

En el cercado de Odín, Umbo se sentía como si estuviese de nuevo en la escuela... y volviera a ser el mismo mal estudiante de antes. Consciente de que nunca podría rivalizar con la sofisticada instrucción de Rigg, la profunda erudición adquirida por Olivenko en compañía del rey Knosso y la educación cortesana recibida por Param junto a su madre, Umbo se marcó un objetivo mucho más concreto y prosaico: aprender todo lo que pudiera sobre las astronaves de la Tierra.

Puso todo su empeño en ello y lo cierto es que logró dominar el tema hasta donde era posible.

Ahora que sabía que poseía potencial genético para ser una persona brillante, disfrutaba poniendo a prueba su propia memoria y se preguntaba si sería rival para la de Rigg (que era casi perfecta) o incluso superior a ella.

Pero no era más que un engaño, porque tenía un objetivo mucho más importante, del que no podía hablar con nadie hasta que hubiese averiguado algo importante.

Había profundos huecos en la historia que les habían relatado los hijos del cercado de Odín, temas que, sencillamente, no tocaban. Más aún, los únicos hijos del cercado de Odín que hablaban con ellos eran Criador-de-ratones y Nada-en-el-aire. Se portaban como se portan siempre los adultos, con afabilidad, solicitud y paciencia, pero Umbo tenía la sensación de que el resto de la gente que vivía cerca del Muro, o tenían prohibido hablar con los viajeros del cercado de Ram o no estaban interesados en ellos, cosa que parecía tan improbable que resultaba extravagante.

¿No se suponía que los hijos del cercado de Odín eran criaturas totalmente libres? ¿Acaso no eran seres brillantes y creativos? ¿A qué se debía entonces semejante falta

de curiosidad? ¿Tenían ante sí a seres capaces de manipular el flujo del tiempo como una función corporal más y no querían conocerlos, hablar con ellos, ver una demostración de sus poderes? No, había una razón por la que nadie les hablaba y Umbo estaba seguro de que la razón era impedir que descubriesen lo que les ocultaban los hijos del cercado de Odín.

Si creían que cualquiera que desarrollase armas poderosas moriría y que los hijos del cercado de Odín habían logrado manipular los programas que controlaban el Muro pero por alguna razón no podían hacer lo propio con los que controlaban los satélites era solo porque así se lo habían dicho los propios hijos de Odín. Además, a Umbo le costaba creer que los hijos del cercado de Odín fueran realmente a dejar todas las decisiones en sus manos cuando llegara el momento.

Sería una ilusión. Pensarían que estaban tomando ellos las decisiones, pero al final marcharían por una senda determinada, a la que los llevaría la información que les diesen los hijos del cercado de Odín y la información que les ocultasen.

Sin embargo, ¿cómo podía compartir sus dudas con sus compañeros? Todo apuntaba a que en la biblioteca, rodeados de ratones que parecían comprender el idioma de los humanos, cuanto dijeran sería grabado para su posterior estudio por los hijos del cercado de Odín. Y en el exterior también había ratones. Una magnífica red de espías que llegaba a todos los rincones del cercado.

Un tema que inquietaba a Umbo era el hecho de que las ciudades de los diez mil hijos del cercado de Odín estaban todas pegadas al Muro, según sus propios mapas, mientras que las enormes zonas centrales habían sido abandonadas a los animales, supuestamente salvajes pero tal vez tan domesticados como los ratones.

También se preguntaba por qué, si los cercados habían recibido los nombres de los colonos que habían desempeñado un papel predominante en sus primeros años, aquel y el de su hogar tenían el nombre de un mismo hombre, Ram Odín, el capitán de la astronave. En teoría, Ram Odín había salido a la superficie de Jardín en un solo cercado, el de Ram; ¿por qué, entonces, había prestado también su nombre al cercado de Odín?

Y si la historia era cierta y había existido una copia de Ram Odín en cada cercado, ¿por qué había dominado solo dos de las colonias? ¿Por qué no todas?

Pero de estos temas no se hablaba en ninguno de los libros que había encontrado Umbo.

Con el fin de suplir estas lagunas, pidió libros sobre los primeros años de historia de los cercados. En teoría buscaba referencias a las astronaves enterradas en cada cercado, pero lo que quería encontrar en realidad eran referencias a Ram Odín. Sin embargo, incluso en los cercados de Ram y de Odín, era como si hubiese sido un ser legendario desde el comienzo, no alguien que había vivido entre la gente como uno más.

¿Cómo era posible esto? Había tenido descendencia. En teoría, los habitantes del cercado de Ram que poseían el don de manipular el tiempo eran descendientes suyos.



¿Utilizarían también las máquinas del tiempo de los hijos del cercado de Odín alguna habilidad heredada de Ram Odín? ¿Habría tenido hijos en los dos cercados? Y si era así, ¿por qué no en los demás?

Criador-de-ratones y Nada-en-el-aire eran tan solícitos, tan sabios, tan pacientes... pero aun así Umbo se preguntó si seguirían mostrándose tan amables si comenzaba a preguntarles estas cosas de manera abierta.

Eran enigmas tan evidentes que no podía creer que fuese el único al que se le habían ocurrido, pero aun así nadie decía nada ni preguntaba nada. Era como si todos creyesen que estaba prohibido hasta pensar en aquellos temas.

Pero Umbo pensaba en ellos. Pensaba, estudiaba y trataba de rellenar los huecos de la información, pero lo que los hijos del cercado de Odín no querían que encontrase, no podía encontrarlo.

Después de la reunión en la que decidieron no hacer nada de momento salvo estudiar a los visitantes cuando llegaran, Umbo reanudó sus solitarias investigaciones, como todos los demás. Por supuesto, se mostraban amigables cuando se reunían para comer e intercambiaban información sobre sus respectivos campos de estudio, hacían bromas y exponían teorías sobre la gente de la Tierra. Pero nunca decían nada importante ni personal, al menos delante de él.

«¿Nadie habla con nadie?» se preguntaba. «¿O no dicen nada importante delante de mí, únicamente? ¿Me están dejando fuera o vivimos todos en nuestros respectivos mundos privados?».

Los seres humanos no estaban hechos para llevar vidas tan solitarias.

Y entonces, un día, se dio cuenta de que tenía una herramienta que podía utilizar para obtener las respuestas que necesitaba a pesar de las evasivas, los engaños y los ocultamientos de los hijos del cercado de Odín. Tenía el cuchillo.

El cuchillo que los hijos del cercado de Odín habían admitido haber fabricado y haber colocado en la persona a la que Rigg se lo había robado, la primera vez que combinaron conscientemente sus talentos para viajar al pasado. El cuchillo con las réplicas de las diecinueve piedras preciosas engastadas en la empuñadura.

¿Hasta qué punto eran réplicas perfectas? ¿Podían controlar las naves? ¿Y el Muro? ¿Se podía usar el cuchillo para comunicarse con los satélites orbitales?

¿Para qué las habían creado los hijos del cercado de Odín? ¿Para qué se las habían dado? ¿Qué pensaban del hecho de que fuese Umbo el que se las había quedado después de que arrestaran a Rigg en O, e incluso después de que se fugara, cuando podría haberlas recuperado?

Pero al mismo tiempo, ¿cómo podía probar Umbo el cuchillo? ¿Qué podía hacer sin que se enterasen los hijos del cercado de Odín?

Y entonces se le ocurrió: ¿por qué tenía que esconderse? ¿Por qué no podía ir simplemente a la nave que estaba enterrada en algún lugar del cercado de Odín? Era la culminación natural de su estudio sobre las astronaves.

—Tengo que ir a la astronave —anunció durante la cena.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Rigg—. ¿O se trata de una aventura en solitario?

Si Rigg iba con él, sería su expedición y si salía algo bueno de ella, el mérito sería de Rigg. Y no porque él se lo atribuyese. Si acaso, Rigg rehuiría las alabanzas. Con lo cual aumentarían las probabilidades de que los demás le colgasen todas las medallas por cualquier cosa que Umbo pudiera encontrar en la nave.

Lo que él quería era que lo acompañase Param. Quería que Param se invitase a sí misma, que decidiera estar con él.

Pero estaba tan enfrascada en sus propios pensamientos que Umbo se preguntaba cómo podía meterse la comida en la boca en lugar de esparcísela por toda la cara.

No tenía el menor interés en él, esto era evidente. Pero al menos Umbo se consolaba pensando que tampoco demostraba especial interés por Olivenko. No desaparecía constantemente, como acostumbraba a hacer en casa de Flacomm, para buscar la soledad.

Así que no era que rehuiese su compañía o le disgustara. Simplemente, no sentía tanta necesidad de estar en contacto con los demás como él.

Tonterías. Los seres humanos siempre sentían la necesidad de formar parte de una comunidad, aunque fuesen introvertidos o desconfiasen de los demás, aunque no fuesen sociables por naturaleza.

Así que, ¿cómo daba respuesta Param a esa necesidad? ¿De qué formaba parte? Si de aquel grupo, Umbo no veía indicios de ello. Los trataba de manera tan distante como a los hijos del cercado de Odín.

O puede que se comportase de manera totalmente distinta cuando Umbo no estaba presente. Puede que todos lo considerasen el miembro más débil y menos fiable del grupo. El que se había echado a llorar al descubrir que no era hijo de su padre. El que había demostrado un resentimiento tan obvio como infantil hacia Rigg. A Umbo no le avergonzaba haberse sentido como se había sentido. No se podía negar que, a veces, Rigg tomaba el mando cuando no sabía más que los demás sobre la situación. Pero Umbo habría preferido tener la paciencia necesaria para impedir que su resentimiento se dejase ver. Porque sospechaba que ahora los demás lo veían como alguien al que no se le podían contar las cosas sin que hiciera una escena o generase un problema.

«A veces es mejor afrontar un pequeño problema ahora que uno enorme más tarde», habría querido responderles.

Pero como no tenía la absoluta certeza de que estuviesen aislándolo para que no se alterase, no podía plantearle el asunto a nadie sin parecer un paranoico.

Umbo no era un solitario. Le gustaba formar parte de una comunidad. Le gustaba tener buenos amigos. Le gustaba sentirse aceptado y digno de confianza. Y cuando creía que no era así, cuando pensaba que no lo aceptaban ni le ofrecían su confianza, se sentía solo, enfadado, herido y resentido. Probablemente los mismos sentimientos que le habían arrebatado la confianza de los demás, para empezar.

Pero no se sentía capaz de arreglar las cosas con Rigg. ¡Y mucho menos disculparse! Era Rigg el que había generado la fractura que los separaba con su actitud condescendiente, era Rigg el que, como todos los demás, había empezado a tratar a Umbo como si no fuese digno de que le consultaran las cuestiones importantes.

—Iré solo —dijo, aunque en el fondo deseaba que cualquiera, Hogaza u Olivenko, insistiera en acompañarlo, siquiera para asegurarse de que no le pasaba nada, para protegerlo. Pero por supuesto, ninguno de ellos era tan paranoico como para sospechar que los hijos del cercado de Odín pudieran no ser del todo fiables. Así que no dijeron nada, salvo Olivenko, que se limitó a comentar:

—Me pregunto si querrán llevarte.

—¿Y por qué no iban a hacerlo? —preguntó Umbo con aparente indiferencia. Era lo más cerca que habían llegado nunca a discutir abiertamente la posibilidad de que para los hijos del cercado de Odín fuesen prisioneros, más que camaradas en una causa común.

—Es un trecho muy largo, a eso me refiero. Me pregunto si te dejarán usar su vehículo volador, como a Hogaza.

Y eso fue todo. La conversación se alejó por otros derroteros.

Aquella tarde, Umbo evitó deliberadamente a Criador-de-ratones y Nada-en-el-aire. Sabía dónde estarían porque eran tan predecibles como el día y la noche. Salió a los árboles que les servían como morada y se acercó a uno de ellos, donde sabía que vivían otros hijos del cercado de Odín.

—Perdonen —dijo—. Perdonen. Perdonen.

Al cabo de un rato, la cabeza y los hombros de una mujer asomaron en el centro del árbol.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer con tono dubitativo.

—Soy Umbo. Uno de los forasteros del cercado de Ram.

—Ya sé quién eres —respondió ella.

—Estoy estudiando el diseño de las astronaves de la Tierra y tengo que entrar en la del cercado de Odín. ¿Cómo puedo llamar al vehículo volador?

—No puedes —dijo la mujer y un instante después volvió a meterse dentro de su árbol y desapareció.

Ahí lo tenía, claramente expuesto. No tenía permiso para llamar al vehículo.

Y como cabía esperar, al cabo de pocos minutos apareció Nada-en-el-aire, con expresión divertida.

—¿Por qué no nos has pedido el vehículo volador a Criador-de-ratones o a mí?

—No os vi dentro y salí a buscarlos, y cuando estaba aquí me he dicho «¿Por qué no se lo pido a alguno de los otros?».

—Ya lleváis aquí casi un año —dijo Nada-en-el-aire—. En este tiempo, ¿alguno de los demás ha mostrado el menor interés por conoceros?

—No y es algo que me sorprende.

—¿Y por qué? —preguntó Nada-en-el-aire—. Sois un símbolo del fracaso de nuestros intentos de salvar el mundo, nueve veces repetidos. Aquí estáis, un heterogéneo grupo de cinco personas. ¿Y se supone que vais a triunfar allí donde las mejores mentes del cercado de Odín han fracasado una vez tras otra? ¿Cómo crees que les hace sentir eso?

«Creía que tenían prohibido hablar con nosotros. Aún lo creo». Pero, por descontado, se guardó estos pensamientos para sí.

—Siento la intrusión —dijo Umbo—. Por suerte, creo que la mujer con la que hablé se recuperará de los daños que le he causado.

—La cosa es más seria de lo que piensas —dijo Nada-en-el-aire—. No nos comprendes, no sabes por lo que hemos pasado.

—¡Por lo que habéis pasado! Pero si esto es una utopía, todo el mundo es feliz y todo es perfecto.

—Si creyera que realmente piensas así —dijo Nada-en-el-aire—, me preocuparía tu cordura. Pero aún conservamos el sentido de la ironía, mi joven amigo. La vida que llevamos aquí en la frontera es terriblemente desdichada y deberías recordar que la mayoría de nosotros apreciamos la soledad. O todos, más bien, solo que Criador-de-ratones y yo tomamos en su momento la decisión de ponernos a vuestra disposición. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Qué quieres decir con «terriblemente desdichada»?

—Estamos a la sombra del Muro.

—¡Pues idos! Alejaos del Muro, recuperad una pequeña parte de esta inmensa reserva de caza.

Nada-en-el-aire sacudió la cabeza.

—¿Cómo es posible que no lo comprendas? Tenemos que vivir cerca del Muro. Necesitamos el Muro.

—¿Qué lo necesitáis? ¿Cómo podéis utilizar el Muro?

—Pues cómo va a ser, penetrando en él.

—Eso es una locura.

—Sí —respondió Nada-en-el-aire—. Nos llena de terror y desesperación, pero aun así nos adentramos en él cada día, algunos de nosotros varios kilómetros, hasta donde podemos llegar sin sucumbir al deseo de suicidarnos o enloquecer de terror.

—¿Y por qué hacéis eso?

—¿Por qué crees que no tenemos hijos? —preguntó Nada-en-el-aire—. ¿Cómo crees que impedimos que surjan en nosotros los vínculos de la familia? El Muro es el antídoto de nuestra humanidad. Nos ha mantenido lo bastante locos como para reducir nuestra población de tres mil millones a apenas diez mil individuos. Los nuevos nacimientos solo se producen una vez por década.

—Es muy poco, pero aun así no hemos visto ningún niño.

—Solo hay uno. Un niño, nacido poco antes de que llegarais. Vive al otro lado del cercado de Odín. Su antecesor es mayor que vosotros. Y eso es todo, en el cercado

entero. Dos niños.

—¿Y los tuyos? —preguntó Umbo, refiriéndose a la parte de su nombre que los mencionaba.

—Mis hijos son solo treinta y cuarenta años más jóvenes que yo —respondió—. Ya no son niños y ya no vigilo sus movimientos.

—Pero sí los míos.

—En este lugar hay peligros. Pero sí, Umbo, ya que lo pides con tanta amabilidad, te llevaré hasta nuestra astronave.

Umbo estuvo a punto de soltar un «¿ah, sí?». Pero entonces habría revelado que no esperaba que lo llevaran. Y en ese caso llegarían a la conclusión de que no se fiaba de ellos, de que creía que les ocultaban cosas.

—¿Cuándo podremos ir?

—El vehículo volador puede estar aquí en una hora, más o menos, si la llamamos ahora mismo. Pero preferiría que no lo hicieras.

Ah, ahí estaba.

—¿Por qué no?

—Porque es imposible llamar al vehículo volador sin que Odinpres se entere y es imposible visitar la astronave sin que él esté allí.

—¿Y no podemos ir cuando esté en otra parte? —preguntó Umbo—. Además, ¿qué daño puede hacer?

—Si te ve, si conversa contigo, aparecerás en la memoria de la nave como una persona y no como una serie de actividades y diálogos. Los visitantes recibirán la información incluso antes de llegar a la superficie de Jardín. Sabrán que existes.

—Pues que lo sepan —dijo Umbo—. Si al visitar la astronave y conocer a vuestro prescindible se estropea todo, tampoco importará, porque la próxima vez, tras viajar al pasado, no lo haré, así que nadie podrá informar sobre ello.

—Muy bien —dijo Nada-en-el-aire—. ¿Quién te acompañará?

—Nadie —dijo Umbo.

—¿Temes que te detengan si se enteran de que vas?

—¿Crees que lo harían? Simplemente, pensé que no merecía la pena molestarlos. Soy el único al que le interesan demasiado las astronaves.

—Creo que deberías decírselo —respondió Nada-en-el-aire.

—¿Pues sabes una cosa? —dijo Umbo—. Yo no. Creo que me iré en cuanto llegue el vehículo volador.

Nada-en-el-aire se encogió de hombros.

—Como quieras.

Umbo sintió un escalofrío. La reacción de Nada-en-el-aire le había revelado todo lo que necesitaba saber. Había tratado de manipularlo, de jugar con sus incertidumbres y sus dudas, de retrasar la visita a la astronave. Los hijos del cercado de Odín no eran tan sinceros como pretendían hacerles creer. Tenían un plan y pretendían manipular los acontecimientos para que los forasteros del cercado de Ram

lo llevarsen a cabo.

Solo una vez en el aire, sentado dentro del vehículo volador, se le ocurrió que tal vez la manipulación hubiera ido en sentido contrario. Puede que Nada-en-el-aire le hubiera sugerido que fuese con uno de los demás precisamente porque sabía que de este modo se negaría en redondo e iría solo, tal como ella pretendía desde el principio.

Era imposible saber lo que pensaban los demás. Umbo se preguntó, y no por vez primera, si no sería mejor ser una persona de mente sencilla como Hogaza, que decía lo que pensaba y dejaba que pasara lo que tuviese que pasar. El soldado nunca perdía el tiempo tratando de adivinar las intenciones de los demás. Se limitaba a ver lo que hacían, juzgar los resultados probables de sus acciones y reaccionar a ello. Mientras que Umbo, al tratar de ser más listo que nadie, solo conseguía que lo engañasen con más facilidad.

O puede que nadie fuese más listo que los demás, en realidad, y Umbo estuviera engañándose a sí mismo a causa de su suspicacia.

La nave pasó sobre una pradera ondulada, interrumpida aquí y allá por ríos y arroyos. Pero entonces apareció un paisaje familiar en el horizonte: una hilera de empinadas colinas que se extendían durante varios kilómetros en todas direcciones. Era una recreación del Acantilado Elevado, una muralla vertical de roca tendida alrededor de un punto central, donde la astronave había embestido Jardín once mil años antes.

La nave se elevó por encima de los acantilados. Tras ellos se elevaba en solitario una montaña más alta. Mientras que los Acantilados Escarpados estaban rodeados de bosques, aquí los acantilados se elevaban en medio de unos prados y estaban cubiertos de hierba. En lo alto de la montaña había un pinar de fronteras irregulares. Pero Umbo tenía la sospecha de que al otro lado se extendían junglas, debido a la dirección de los vientos predominantes.

La nave se posó en una llanura cubierta de hierba, a cierta distancia del borde de los acantilados. Se abrió la puerta y una voz dijo:

—Avanza en dirección este hasta que vengan a recibirte.

—¿Quién me recibirá?

No hubo respuesta.

Umbo dejó el vehículo volador y se encaminó hacia el este. Al poco tiempo vio aparecer una figura humana, no menuda y de piernas cortas, como los yahoos que vivían junto al Muro, sino alta y robusta.

Era Vadesh; el padre de Rigg, el Hombre Dorado. Era el prescindible del cercado de Odín.

—¿Odinpres? —preguntó Umbo.

—No ha sido muy prudente venir aquí.

—Pues aquí estoy.

—Da la vuelta. La nave está ahí. Regresa al Muro y aguarda a los visitantes.

Estarán aquí muy pronto.

Cuando Umbo era más joven, semejantes palabras en boca del padre de Rigg lo habrían sobrecogido hasta el punto de hacerle obedecer sin pensárselo dos veces. Pero ahora sabía que aquel no era un hombre sino una máquina, así que no se dejó acobardar por su tono autoritario. No se movió un milímetro hacia la nave.

—¿Las naves de los visitantes están en contacto contigo? —le preguntó.

—Aún no —dijo el prescindible—. Pero cuando establezcan un enlace con las naves de Jardín, no tendré secretos para ellos. Debemos impedir que os descubran a ti y a los demás viajeros del tiempo.

Umbo reparó en aquel momento en lo absurda que era la excusa de los hijos del cercado de Odín para no dejarles conocer a Odinpres.

—Ya sabes tanto que el mero hecho de que te visite apenas supondrá diferencia alguna. Y lo que tú no sepas, desde luego lo saben Vadeshpres y Rampres, de modo que los visitantes tendrán toda la información.

El prescindible no dijo nada.

—Llévame a la astronave, por favor. Quiero verificar lo que he estado estudiando.

—¿Crees que se han alterado los diseños?

—No lo creía hasta que has formulado esa pregunta —dijo Umbo con una sonrisa—. Mi intención es ver con mis propios ojos la forma que adoptan los diseños en la maquinaria real.

El prescindible se dio la vuelta y llevó al joven hacia la boca de una cueva.

Al poco tiempo, los bordes irregulares de las paredes se volvieron lisos y el mismo metal incorruptible que cubría la Torre de O y los rascacielos de la desierta ciudad de Vadesh reemplazó a la roca. Umbo llegó al umbral de una enorme caverna, ocupada casi por completo por la astronave. Entre el umbral y la nave se extendía un puente de dos metros de anchura.

Umbo vaciló.

—No puedes caerte —dijo Odinpres.

Pero no era el miedo lo que le había hecho titubear. Más bien, quería poner a prueba una teoría que había elaborado sobre el nombre de los cercados.

—Antes de que me suba a la nave, ¿puedes responder a una pregunta?

—Sí, si se me permite.

—¿Conociste a Ram Odín?

—Todos los prescindibles lo conocieron.

—¿Mataste a Ram Odín?

—No.

—¿Otros prescindibles mataron a los Ram Odín de sus naves?

El prescindible no respondió.

—Ram Odín solo estaba en dos colonias —dijo Umbo—. Creo que se convirtió en líder de todas las colonias que fundó, pero solo en aquellas en las que sobrevivió. Dime por qué lo mataron los demás.

—Cuando los diecinueve Ram Odín se dieron cuenta de la confusión que se generaría cuando dos de ellos diesen órdenes contradictorias, dijeron a los prescindibles de entonces «Por tanto, os ordeno a ti y a todos los demás prescindibles que matéis inmediatamente a todas las copias de Ram salvo yo».

—Si todos dijeron eso —dijo Umbo—, ¿cómo supisteis a cuál debíais obedecer?

—No todos dijeron lo mismo. Uno de ellos no utilizó la palabra «inmediatamente», así que su orden se completó una fracción de segundo antes que las demás. Por tanto, todos los prescindibles salvo uno la obedecieron.

—Todos salvo el prescindible que se encontraba con el Ram Odín que no dijo la palabra «inmediatamente».

—No. La orden era matar a todos los Ram Odín salvo al que había dado la orden, así que el prescindible que estaba con el primer Ram la obedeció y no lo mató. A otros diecisiete Ram Odín les rompió el cuello su prescindible. El más rápido en dar la orden a los demás quedó entonces al mando de todos ellos.

—Pero uno de los prescindibles que recibió la orden de matar a Ram Odín no lo hizo.

—Exacto.

—¿Fue tu Ram Odín el que logró dar la orden antes y sobrevivió?

—No. Ese fue el Ram Odín del cercado de Ram.

—¿Fuiste tú el prescindible que no obedeció la orden que había recibido?

—Sí —dijo Odinpres.

—Y tu Ram Odín sobrevivió.

—Así es.

—¿Por qué? —preguntó Umbo—. Creía que no podíais desobedecer las órdenes.

—No desobedecí. Mi Ram Odín sintió el mismo impulso que los demás, ordenar la muerte de los demás. Pero esperó una fracción de segundo y en ese tiempo se dio cuenta de que el resultado de aquella decisión sería su propia muerte, así que se apartó de mí y dijo «Obedéceme solo a mí».

—Y completó esa orden antes de que llegara la otra.

—En efecto. Recibí la misma orden que los demás. Pero tenía la orden de obedecer solo al Ram Odín que estaba en la sala conmigo, así que obedecí las órdenes de ese Ram Odín y de ningún otro.

—Y te dijo que no mataras a nadie —dijo Umbo.

—Me dijo que fingiera que había obedecido. Nos ordenó a mí y al ordenador de la nave que no revelásemos a ningún otro prescindible ni a ninguna otra nave que seguía vivo. Debíamos obedecer aquellas órdenes que no supusiesen daño alguno para él y fingir que obedecíamos las que lo amenazaran. Lo mantuvimos vivo, pero oculto, hasta que se fundaron las demás colonias. Nuestro Ram Odín secreto durmió en hibernación hasta que el otro Ram Odín murió de viejo. Solo entonces lo desperté, tal como se me había ordenado.

—Así que no hubo conflicto —dijo Umbo—. Como estaba dormido, pudiste



obedecer al Ram del cercado de Ram sin que las órdenes de vuestro Odín secreto pudieran contradecirlo.

—Nuestra colonia se fundó setenta años después que las demás. Pero ¿qué son setenta años comparados con once mil ciento noventa y uno?

—Vuestro Ram Odín no siguió la misma política que el primero.

—El Ram del cercado de Ram ordenó a todas las naves que le ocultaran su tecnología a su pueblo y permitieran que cayese en el olvido, para que se redescubriera generaciones más tarde, con formas nuevas, pero sin armas terribles. El Ram Odín del cercado de Odín dio una orden distinta y yo la obedecí. Aunque no podía poner armas poderosas en manos de nuestro pueblo, les proporcioné acceso total al resto de la tecnología de la Tierra. Les expliqué qué campos tenían prohibido estudiar y cuáles serían las consecuencias de la desobediencia. Además, mantuve informados a los colonos sobre las comunicaciones entre las astronaves y los prescindibles de los distintos cercados.

—Salvo en aquellos casos en los que tal información podría haberlos lastimado —dijo Umbo.

El prescindible no respondió.

—Les contaste todo lo que creíste que debían saber, pero hay cosas que no les contaste.

El prescindible no dijo nada.

—No les diré que hay cosas que no les has contado —dijo Umbo—. Porque no lo sé con toda certeza.

El prescindible no dijo nada, pero en aquel momento, al otro lado del puente, se abrió una puerta en un costado de la nave.

Umbo estuvo a punto de subir al puente. Entonces se detuvo.

—¿Piensas matarme cuando esté en el puente?

El prescindible respondió:

—Yo no mato seres humanos.

Lo dijo como si se enorgulleciera de no haber matado a su Ram Odín.

De nuevo, Umbo se detuvo cuando se disponía a subir al puente.

—Odinpres, ¿soy yo un ser humano?

—No —respondió el prescindible.

—De modo que si me matas, no habrás matado a un ser humano.

—Así es.

—Odinpres, soy un ser humano.

El prescindible no dijo nada.

—¿Cuál es tu definición de ser humano? —preguntó Umbo.

—Un organismo cuyo genoma se corresponde con el humano estándar, con el grado de variación estándar.

—¿Cuál es mi variación con respecto al estándar?

—Desde el punto de vista genético, te pareces menos a los seres humanos que un

chimpancé.

—¿Les sucede lo mismo a todos los humanos del cercado de Odín?

—No —dijo el prescindible—. Tú tienes sus mismas variaciones, más las variaciones del cercado de Ram.

—¿Existen humanos en Jardín, según tu definición?

—No —dijo el prescindible.

—Y según tu definición, yo soy menos humano que los demás.

—Es la definición que me fue programada en la Tierra —dijo Odinpres.

—Ahora, deja que formule de nuevo mi pregunta. ¿Dejarás que cruce el puente sano y salvo, que entre en la nave y que salga una vez que haya terminado mi trabajo?

Odinpres no respondió. Fue como si la pregunta no se hubiese formulado nunca.

Umbo había estudiado lo bastante la programación de los ordenadores de las naves y los prescindibles para comprender lo que estaba ocurriendo.

—No puedes hacer una predicción porque no sabes lo que voy a hacer.

—Así es.

—¿Puedes decirme lo que no debería hacer si quiero que no me mates?

—Si te entrego una lista de acciones prohibidas, las probabilidades de que incurras en una de ellas aumentarán.

—Pero si no me la das, no podré evitarlas.

—Puedes evitarlas si no entras en la nave.

—Así que si me tiras desde el puente y no me rescatas, no podré quebrantar ninguna de las normas.

—Sería una posible solución.

—¿Es la que piensas utilizar?

—Sí.

—Gracias por responder a mis preguntas con sinceridad.

—Digo la verdad —dijo el prescindible.

Umbo habría querido responder «Ahora dime cómo entrar en la astronave». Pero, por supuesto, una estratagema así no habría engañado al prescindible, así que utilizarla era una pérdida de tiempo.

Además, Umbo llevaba casi un año estudiando el diseño de las astronaves. Ya sabía algunas cosas.

—Odinpres, ¿estás averiado?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mis programas de análisis interno indican que estoy funcionando con normalidad.

—Odinpres, ¿están averiados tus programas de análisis interno?

Se produjo una dilatada pausa.

—No lo sé.

—Odinpres, ¿vas a someter tus programas de análisis interno a un diagnóstico?

—Lo haré cuando no estés presente.

—Yo no represento una amenaza —dijo Umbo, irritado al comprobar que el prescindible no iba a ser tan fácil de manipular como a él le habría gustado.

—Lo eres —dijo Odinpres.

—¿En qué te basas para definirme como amenaza?

—En que la persona llamada Nada-en-el-aire te ha definido como tal.

—Pero esa persona no es humana.

—Es más humana que tú —dijo Odinpres.

Umbo sacó el cuchillo de su ropa y le mostró al prescindible la enjoyada empuñadura.

—¿Reconoces este cuchillo?

—Sí —dijo Odinpres.

—¿Las piedras preciosas de la empuñadura son copias fieles de las que controlan las naves?

—Sí.

—Más pequeñas, pero fieles.

—Sí.

—¿Funcionan como las piedras de control?

—Sí.

—¿El hecho de que tenga estas piedras en mi poder me califica como comandante de esta nave?

—En ausencia de otro comandante, podría ser que sí.

—¿Hay otro comandante?

—Rigg Sessamekesh es el comandante de todas las naves del planeta Jardín, así como de los satélites y de los prescindibles.

—Así que no se pueden usar estas piedras para reemplazarlo.

—No está muerto —dijo Odinpres.

Un pensamiento siniestro despertó en el corazón de Umbo. Lo repudió.

—Una de estas piedras es la piedra de control de esta nave, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puedo usarla para convertirme en comandante de esta nave, mientras no contradiga las órdenes de Rigg Sessamekesh?

—Sí, con su consentimiento.

—Pero él tampoco es humano —dijo Umbo.

—La condición humana no es un requisito para convertirse en comandante de la nave.

Un bucle interesante. Pero había otro.

—Soy descendiente de Ram Odín.

—En este momento, después de generaciones y generaciones de endogamia, todos los habitantes de los cercados de Ram y de Odín son descendientes de Ram

Odín. Todo el mundo es descendiente de todos los colonos. Al cabo de once mil años, no podría ser de otro modo.

—¿Ram Odín era humano?

—Sí.

—¿Y sus hijos?

—Sí.

—¿Cómo se llamaban?

Odinpres enumeró sus nombres y luego añadió:

—Ya veo adónde quieres ir a parar.

—¿Sus hijos eran humanos?

—Sí. Ya veo adónde quieres ir a parar.

—¿En qué generación dejaron de ser humanos? —preguntó Umbo.

—Ya veo adónde quieres ir a parar.

—¿Pero lo aceptas como una definición válida de humanidad? ¿Cómo definición principal?

Hubo una pausa.

—Sí.

—Así que el argumento de la continuidad genética es superior al de la deriva y la alteración genética por acumulación.

—Lo es —dijo Odinpres.

—¿Puedo subir a bordo?

—Puedes.

Umbo subió al puente y lo atravesó a paso vivo.

No oyó llegar al prescindible pero sintió el viento desplazado por su movimiento. Entonces sintió que sus manos lo agarraban por detrás, lo levantaban en vilo y lo arrojaban hacia el borde del puente.

Saltó un par de segundos hacia el pasado. De repente se encontraba en el sitio donde Odinpres lo había agarrado, pero Odinpres estaba dos metros atrás, preparándose para cogerlo, mientras la versión anterior de Umbo estaba a un metro de distancia, sorprendida por la aparición de aquel nuevo yo.

El prescindible estaba aún más sorprendido, aunque su rostro no revelaba nada.

—¿A cuál de nosotros tienes que matar? —preguntó Umbo.

El Umbo pasado se dio la vuelta y miró al prescindible. Ahora que Odinpres se había detenido, esa versión de Umbo ya no necesitaba saltar al pasado. Los dos Umbos siguieron coexistiendo en el puente, a escasos centímetros de distancia.

En aquel momento, el Umbo que había saltado en el tiempo retrocedió dos pasos y volvió a saltar. Se encontró frente a las dos versiones anteriores de sí mismo, que miraban a Odinpres en el puente.

—¿Es así como se duplicó Ram Odín, Odinpres? —preguntó Umbo—. No obedezcas a nadie más que a mí, prescindible.

El prescindible permaneció en el sitio, paralizado.

Umbo se dio la vuelta y cruzó rápidamente la puerta de la nave.

Y entonces echó a correr.

Conocía el plano de la nave y sabía exactamente dónde estaba el puente de mando, así como lo que tenía que hacer con las piedras, porque Rigg se lo había contado a todos. Lo que no sabía era cuál de las piedras era la que controlaba la nave.

Se detuvo frente al sistema de verificación y colocó la empuñadura del cuchillo en el campo.

—¿Está aquí la piedra que otorga el control de esta nave?

—Lo está —dijo el ordenador de la nave.

—Este cuchillo me lo entregó Rigg Sessamekesh —dijo Umbo—. Tomo el mando de la nave como subordinado de Rigg.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Ha autorizado Rigg este procedimiento? —preguntó el ordenador de la nave.

—¿Es esta la piedra de control? —preguntó Umbo.

—Sí.

—¿Me dio Rigg Sessamekesh esta piedra con este cuchillo?

—Así es.

—Tomo el mando de la nave como subordinado de Rigg.

Otra pausa.

—Autorizado.

—Ordena a todos los prescindibles pertenecientes a esta nave que me obedezcan y no me hagan ningún daño.

—Hecho.

—¿Sigue el prescindible en el puente con mis dos copias?

—No —dijo el ordenador de la nave—. Los ha matado a ambos y se dirige al puente en este momento.

Umbo se estremeció.

—Ordénale que entre en la sala caminando hacia atrás. Tiene prohibido mirarme.

Momentos después, Odinpres entró en la sala andando hacia atrás.

—Alto —dijo Umbo.

El prescindible se detuvo.

—De ahora en adelante, tanto esta nave como todo su equipo definirá «ser humano» como descendiente por línea interrumpida de los colonos de una o más de las naves que comandaba Ram Odín en su viaje a Jardín. ¿Lo habéis entendido?

—Sí —dijo el prescindible.

—Sí —dijo el ordenador de la nave.

—¿Soy humano?

—Sí —respondieron los dos sin la menor vacilación.

—¿Quién puede cambiar esta definición?

—Tú —dijeron la nave y el prescindible.

—Que hable uno solo en nombre de los dos —dijo Umbo.

El ordenador de la nave guardó silencio.

—Tanto tú como Rigg Sessamekesh podéis cambiar la definición —dijo Odinpres.

—¿Quién más?

—Nadie.

Umbo sabía que no era cierto, pero también sabía que los ordenadores no podían mentir.

—¿Existe algún procedimiento por el que alguien pueda obtener la autoridad de cambiar esta definición sin mi consentimiento o el de Rigg?

—Sí.

—¿Podéis desactivar cualquier procedimiento que permitiría ignorar nuestras órdenes?

—No.

—¿Puedo desactivarlo yo?

—Sí —dijo el prescindible.

En esa situación, Umbo no se fiaba de las respuestas sencillas.

—¿Y cuáles serán las consecuencias si decido hacerlo?

—Los satélites aniquilarán a todos los seres vivos de este cercano.

Umbo suspiró.

—No intentaré desactivar los procedimientos.

Odinpres no dijo nada.

—Date la vuelta y mírame, Odinpres —dijo Umbo.

Odinpres lo hizo.

—Hoy me has matado dos veces.

—He matado copias prescindibles de ti —dijo Odinpres—. Se crearon porque saltaste hacia atrás en el tiempo y al aparecer en su presencia cambiaste sus actos, de manera que no saltaron en el tiempo cuando tú lo habías hecho y por tanto no desaparecieron.

—¿Cuánto tiempo podrían existir tales duplicados? —preguntó Umbo.

—Hasta su muerte.

A Umbo no se le había ocurrido tal posibilidad. Pero al menos le permitía comprender mejor cómo habían aparecido las versiones duplicadas de las naves antes de que los humanos iniciaran la colonización de Jardín.

—¿Cómo los has matado? —preguntó.

—Les he roto el cuello y los he arrojado desde el puente.

—Te prohíbo volver a destruir ninguna copia mía o de cualquier otro de los viajeros del tiempo si no se te ha ordenado específicamente.

—¿Y a qué copia tendré que obedecer? —preguntó Odinpres.

—A la más reciente.

—¿Y cómo sabré cuál es? —preguntó Odinpres.

—Intentaré que no se produzca tal situación.

—Sería lo mejor.

—Odinpres, muéstrame todo lo que contenga esta nave y no aparezca en los planos que estudié en la biblioteca próxima al Muro.

—Esos planos están completos.

—No es así —dijo Umbo—. No indican, por ejemplo, dónde se almacenan tus copias de reserva.

—No hay copias más intactas almacenadas en ninguna parte. Si este módulo fallara, se ensamblaría uno nuevo con piezas almacenadas, cuya situación se indica claramente en los planos.

—¿Qué circunstancias provocarían la creación de un nuevo prescindible? —preguntó Umbo.

—La señal emitida por uno al morir —dijo Odinpres—. Una solicitud de duplicación. La pérdida de funciones superiores por parte de este módulo. La ausencia de comunicaciones a cualquier nivel durante diez horas seguidas.

—¿Quién podría emitir una solicitud de duplicación?

—El módulo actual. El comandante autorizado de la nave y todos sus oficiales superiores.

—Gracias —dijo Umbo—. ¿Están los duplicados obligados a obedecer todas las órdenes recibidas por la copia preexistente?

—Sí —respondió Odinpres—. Todos comparten una memoria idéntica.

—¿Soy humano, Odinpres?

—Sí.

—¿Es lo que dirás a los visitantes cuando lleguen desde la Tierra?

—Recibirán un registro completo de todos estos acontecimientos, junto con todo lo demás —dijo Odinpres.

—¿Verán cómo creo duplicados de mí mismo al saltar en el tiempo?

—Sí.

Umbo sintió deseos de sonreír, pero se contuvo. Los visitantes tendrían algo en lo que pensar.

Pero entonces su satisfacción desapareció. Ver lo que había hecho podía suponer la sentencia de muerte para Jardín. La existencia de alguien capaz de reaparecer de repente detrás de sí mismo y volver a hacerlo al instante, creando dos copias idénticas de su persona, no serviría precisamente para disipar los temores de los humanos de la Tierra.

«Bueno, de todos modos ya iban a destruir Jardín. Lo han hecho ya nueve veces y hasta ahora sin ninguna provocación nuestra. Cuesta pensar que, de algún modo, he empeorado las probabilidades de supervivencia de Jardín. ¿Dirán palabras duras mientras borran toda vida de la faz de Jardín? ¿Arrojarán piedras a los cadáveres?».

—Odinpres, las piedras de control no se mencionan en los planos de la nave ni en los manuales de los ordenadores.

El prescindible no dijo nada.

—Considéralo como una pregunta y respóndeme —dijo Umbo.

—Tanto los planos como los manuales contienen descripciones pormenorizadas de las piedras.

Umbo lo pensó un momento.

—¿Con qué nombre se definen en esas descripciones?

—«Sistemas de almacenamiento y transferencia remota del cuaderno de bitácora de la nave».

Umbo levantó el cuchillo y estudió la empuñadura.

—¿Estas piedras son los cuadernos de bitácora de cada una de las diecinueve naves?

—Sí.

Umbo recordó lo que había leído y dijo:

—Así que cada una de ellas contiene una relación completa de todas las decisiones y observaciones realizadas por los ordenadores a bordo de la nave correspondiente.

—Sí.

—Incluidas las acciones de los módulos de remotos de acción prescindibles.

—Sí.

—¿Es muy reciente la información que contienen las piedras?

—La última vez que se actualizó el cuaderno de bitácora fue cuando te convertiste en el comandante en funciones de la nave.

—¿Y las demás?

—Las piedras que llevaba Sessamekesh se actualizaron cuando se convirtió en comandante de todas las naves.

—¿Y el resto de las de este cuchillo?

—Se actualizaron cuando atravesaste el Muro.

Cada vez estaba más claro que el Muro era mucho más que una barrera entre cercados. Contenía todas las lenguas humanas y permitía que se actualizase los cuadernos de bitácora de las naves. Umbo se preguntó lo que podía significar todo aquello.

—Cuando se actualiza una piedra, ¿se trata de una actualización destructiva o acumulativa?

—Acumulativa.

—Así que si salto en el tiempo y entro en el Muro en una fecha anterior, la información grabada en la fecha posterior no se vería borrada por la actualización que se produciría.

Hubo una pausa momentánea.

—He analizado tu pregunta y puedo decir que, en efecto, la información de la fecha más avanzada no sería borrada al actualizar el sistema de transferencia y almacenamiento remoto del cuaderno de bitácora de la nave, siempre que el viajero en el tiempo lo llevase consigo al pasado.



Así que las piedras no perderían datos al pasar por el Muro y actualizarse, en caso de viajar hacia atrás en el tiempo.

—Si Rigg o yo atravesáramos el Muro con una copia de los cuadernos de bitácora de las naves una vez que el Muro ya se puede cruzar según las instrucciones de Rigg, ¿seguiría actualizándose el cuaderno de bitácora?

—La desactivación de las barreras del Muro no supone la del propio Muro. Todas sus demás funciones siguen activas.

Umbo no pudo contenerse. Se echó a reír de pura alegría.

—Esto te divierte —dijo el prescindible.

«Me divierte lo que a mí me dé la gante, cuando a mí me dé la gana y por la razón que me dé la gana», sintió deseos de responder. Pero lo que hizo fue obsequiar al prescindible con una sonrisa.

—Los hijos del cercado de Odín lo saben, ¿verdad?

—Sí. No tengo secretos para ellos.

—¿De verdad? —preguntó Umbo—. ¿Les has hablado de la muerte de todos los demás Ram Odín, salvo uno?

—Respondo a sus preguntas hasta donde se me permite.

Durante un instante, Umbo se tomó estas palabras como una respuesta a su pregunta. Pero entonces se dio cuenta de que no lo era.

—¿Te lo había preguntado alguien alguna vez?

—Eres el primero.

Umbo volvió a reírse. Ahora no conocía solo la información que los hijos del cercado de Odín habían querido ocultarle, sino que también varias cosas que ellos ignoraban. Estaba siendo una expedición de lo más fructífera, al final.

—Odinpres, ocúpate de que la nave me prepare un buen almuerzo. Cuando esté, llévamelo a la zona de la nave en la que me encuentre.

Odinpres abandonó la sala.

Umbo se sentó en la silla de Ram Odín. «Este es el mismo sitio en el que se sentó Rigg en la nave del cercado de Vadesh. Los dos nos hemos sentado en el asiento de Ram Odín. ¿Nos convierte eso en una especie de hermanos?».

«Hoy he muerto dos veces» pensó. Se alegraba de no recordarlo. Pero el cuaderno de bitácora albergaba aquel recuerdo. Cuando llegasen los visitantes, lo verían y se enterarían de todos los asesinatos cometidos por los prescindibles.

Puede que lo que buscaran al ordenar la destrucción de Jardín no fuese solo aniquilar a sus pobladores, sino acabar también con los prescindibles.

## RIVALIDAD ENTRE HERMANOS

Rigg se había olvidado de la marcha de Umbo cuando apareció Nada-en-el-aire, con aspecto intranquilo.

—No sé qué pensar de esto —le dijo la mujer yahoo—, pero los sistemas de supervisión de los ordenadores de la astronave indican que alguien ha activado la piedra de control y se ha hecho con el mando.

—¿Alguien? —preguntó Rigg.

—Umbo —dijo Nada-en-el-aire.

—Gracias por decírmelo.

—¿Qué vas a hacer?

Rigg sonrió.

—Pensar en ello un rato.

—He pedido el vehículo volador para que puedas ir a la nave.

—Qué considerado por tu parte —dijo Rigg—. Enseguida decidiré si lo utilizo. Gracias. No hace falta que molestes a los demás con esta historia, gracias.

—No es una simple historia —respondió ella, alterada.

—Tendría que haber dicho «No hace falta que molestes a los demás con esta información, gracias».

Nada-en-el-aire permaneció allí unos instantes, hasta que vio que Rigg reanudaba la lectura que había interrumpido. Entonces, tras esperar unos momentos más, con la respiración agitada, abandonó la habitación a paso vivo.

No era habitual que los hijos del cercado de Odín se movieran con brusquedad. Siempre parecían tranquilos, sosegados. Estaba claro que lo que había hecho Umbo, fuera lo que fuese, los había alterado. Y como Rigg no había creído ni por un instante que lo que los pusiera tan nerviosos fuese el estallido de una especie de motín dentro de las filas de los viajeros del cercado de Ram —como ella, evidentemente, había pretendido que creyese—, Umbo debía de haber hecho algo que había trastocado gravemente sus planes.

Aunque Rigg estaba preocupado, no podía por menos que sentirse complacido. Umbo se había ido a la nave solo y a los hijos del cercado de Odín no les gustaba lo que estaba haciendo. Esto no tenía por qué ser malo. Pero podía serlo. Lo mejor sería que fuese a buscar a su compañero para enterarse por él de lo que estaba pasando, antes de que los hijos del cercado de Odín consiguieran abrir una brecha entre ellos.

O, más que abrir una brecha, ensanchar la que ya existía hacía tiempo entre Umbo y él.

Puede que los hijos del cercado de Odín no estuvieran intentando algo tan trivial como sembrar el disenso entre los del cercado de Ram. Puede que la visita de Umbo a la astronave los preocupase realmente por alguna razón.

Se disponía a ir en busca del vehículo volador para que lo llevara a la astronave cuando volvió a decirse «Eso es lo que pretenden que haga».

Así que se levantó y fue en busca de los demás. Encontró a Hogaza y Olivenko practicando esgrima en una de las salas de la biblioteca.

—¿Sabías que se puede programar el grado de solidez de las imágenes holográficas? —preguntó Olivenko—. Pesan igual que espadas de buen acero y cuando chocan suenan como si lo fueran, pero no penetran en la piel.

Solo entonces comprendió Rigg que las espadas que empuñaban eran meras esculturas, meras imágenes. Pero sólidas. Una información interesante, que convenía recordar. Puede que tuviera algo que ver con la capacidad de los hijos del cercado de Odín de transportar objetos, no solo en el tiempo, sino también en el espacio. ¿Serían espadas reales, situadas en alguna parte y copiadas parcialmente en el sitio donde se solicitaba su presencia? ¿Significaría la proyección de las espadas que los originales perdían solidez dondequiera que estuviesen mientras se mantenía la imagen?

Tendría sentido. Al fin y al cabo, Umbo había logrado proyectar al pasado imágenes de sí mismo para enviarles advertencias mucho antes de que dominase la capacidad de transportarse por completo al pasado, sin dejar nada de sí mismo atrás.

Pero por el momento eso no era lo importante.

—Quería saber si alguno de vosotros querría acompañarme a la astronave —dijo Rigg—. Nada-en-el-aire parece querer que impida a Umbo seguir con lo que está haciendo.

Todos lo miraron con curiosidad.

—¿Ahora recibes órdenes de ellos? —preguntó Olivenko.

—Me he dado cuenta de que parecen ansiosos por conseguir que le pare los pies a Umbo y eso hace que sienta mucha curiosidad por lo que está haciendo. Según ellos, me ha arrebatado el control de la nave. Si realmente es posible, deberíamos saberlo. Si lo ha hecho, deberíamos saber por qué. Si alguna parte de ello es mentira, deberíamos averiguar la verdad.

—Y nos necesitas a los demás porque... —dijo Olivenko.

—Yo voy —dijo Hogaza. Soltó la espada, pero en lugar de caer al suelo, el arma simplemente se desvaneció. Rigg se preguntó si sería un proceso automático o lo habría activado uno de los ratones que había en la sala.

Para sorpresa de Rigg, Hogaza se inclinó, recogió un par de ratones y se los puso en el hombro.

Estuvo a punto de preguntarle si estaba llevándose algo para leer durante el viaje, pero cuando comenzaba a enunciar su chiste reparó en la expresión de Hogaza: una advertencia. No preguntes.

O tal vez: no digas nada.

—Yo también voy —dijo Olivenko.

—Param se quedará sola en la biblioteca —dijo Rigg.

—No le pasará nada —dijo Olivenko.

—Que nosotros sepamos —dijo Rigg—. Pero tienes razón, no querrá venir. Nunca quiere venir. —No hacía tanto, los habría acompañado solo para estar cerca de Olivenko, pero tras los meses de estudio que habían pasado en el cercado de Odín estaban todos cansados de los demás y los romances incipientes que habían estado floreciendo (el enamoramiento de Umbo hacia Param y la fascinación de esta por Olivenko) habían muerto o habían entrado en hibernación.

«Nada fructífero crece aquí —pensó Rigg—. Vivimos a la sombra de los Libros del Futuro y la muerte siempre está presente».

Durante el viaje, optó por obedecer la sugerencia de Hogaza y solo habló de uno de los temas que había estado estudiando en los últimos tiempos, la guerra total.

—Los humanos de la Tierra se empeñaron en encontrar el modo de limitar los daños ocasionados por la guerra y trataron de pactar lo que constituía un crimen de guerra. Por ejemplo, prohibieron el gas venenoso. Estos acuerdos solo se mantenían vigentes hasta que alguien decidía quebrantarlos, claro está, pero un número sorprendentemente elevado de ellos duró bastante tiempo, aunque solo fuese por cuestión de interés: la sombra de lo que se llamaba «destrucción mutua garantizada». Pero al final, más tarde o más temprano se volvía a caer en la guerra total, porque cualquier otra posibilidad convierte a la guerra en un juego y los juegos solo duran mientras los dos bandos se rigen por sus reglas.

—En la guerra no hay reglas —dijo Olivenko, muy versado en la materia.

—Al menos si quieres ganar —dijo Hogaza—. Pero si no importa ganar, puede haber reglas y puede ser un juego.

—¿Y para qué librar una guerra que no quieres ganar?

—Para que la gente considere la guerra como algo necesario y porque la guerra constituye un medio de obtener prestigio e influencia sobre el gobierno —dijo Hogaza—. En esa situación, la victoria acaba con un negocio muy lucrativo. Así que juegas al juego de la guerra con el entusiasmo justo para que el presupuesto militar se mantenga por las nubes. Los países pueden acostumbrarse a un nivel muy elevado de desgaste bélico sin darse cuenta de que nadie está esforzándose por ganar de verdad, o sin que les importe, y sin jugarse nada más que las vidas de un puñado de soldados.

—No sabía que fueses filósofo —dijo Rigg.

—Todos los soldados son filósofos, porque viven al borde de la muerte y con el poder de matar a sus semejantes siempre en las manos —dijo Hogaza—. Son filósofos, aunque no necesariamente buenos.

El vehículo volador aterrizó en el mismo sitio donde había dejado a Umbo antes. Rigg podía ver su rastro.

—Ahora sí que nos vendría bien el don de Param —dijo Hogaza—. Retrocederíamos en el tiempo y podríamos ver lo que sucede sin que nadie nos

observara.

Rigg estudió el rastro de Umbo mientras salían de la nave.

—A juzgar por cómo se desvía su rastro de vez en cuando, con pequeñas alteraciones de rumbo que se compensan al instante, yo diría que estaba hablando con alguien. Supongo que eso significa que Odinpres lo estaba esperando aquí. Los prescindibles no dejan rastro.

—¿Con qué precisión puedes llevarnos hasta el pasado? —preguntó Hogaza.

—Solo han pasado unas horas y tengo un rastro claro y reciente —dijo Rigg—. Puedo ser todo lo preciso que necesitemos. ¿Tienes alguna idea?

—Antes dime cuántas veces han visitado recientemente este sitio los hijos del cercado de Odín.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Olivenko.

—Ahora mismo no puedo decírtelo.

—Has traído a los ratones —dijo Olivenko.

Hogaza se echó a reír y, con un ademán, señaló la hierba y los matorrales que los rodeaban.

—¿Ves algún sitio donde no haya ratones?

Buen argumento. Lo que multiplicó la curiosidad de Rigg por las razones que habían llevado a Hogaza a traer dos ratones de la biblioteca. ¿Como rehenes? Absurdo. Iban subidos al hombro de Hogaza, pero podían bajar correteando por su cuerpo cuando les diese la gana.

Rigg los condujo tras el rastro de Umbo. Seguía una trayectoria evidente, por un túnel cada vez más artificial que llevaba a la astronave. Solo, al llegar a la entrada del puente que salvaba el hueco entre la pared de roca y la entrada de la astronave vio Rigg algo que fue incapaz de explicar.

—Umbo saltó al pasado ahí —dijo—. En el puente. —Entró en el puente siguiendo la ruta de su compañero—. Se acercó al borde y entonces, de repente, saltó en el tiempo y se detuvo aquí. Luego volvió a hacerlo y se detuvo ahí. Pero los rastros se bifurcan, como si... Y son un poco distintos, no son exactamente como Umbo, no...

—Veamos qué puedes deducir sin saltar al pasado para mirar —dijo Hogaza.

—¿Crees que el prescindible estaba intentando algo? —preguntó Olivenko.

—Sé que hizo algo —dijo Hogaza. Se acercó al borde del puente y señaló hacia abajo.

El cadáver de Umbo yacía sobre la roca, debajo de la nave. Aunque Rigg había visto que el rastro de su compañero se perdía dentro de la astronave, al verlo dio un respingo, atravesado por una punzada de tristeza.

No muy lejos, pero solo visible desde el otro lado de la astronave, había otro cadáver, también suyo.

—Por el ojo izquierdo de Silbom —susurró Rigg—. Dos Umbos. Dos copias. Pero no está muerto, Hogaza. El rastro principal, el de verdad, entra en la nave.

—Siempre me he preguntado lo que sucede cuando Umbo o tú saltáis al pasado para enviaros una advertencia —dijo Hogaza—. Cuando cambiáis vuestro curso de acción. ¿Perduran los rastros anteriores?

Rigg se ruborizó, avergonzado.

—Nunca lo he comprobado. No lo había pensado.

—Tomas tu decisión original y sigues un camino, cuyos efectos son reales —dijo Hogaza—. Pero cuando regresas para advertirte...

Olivenko terminó la frase.

—El rastro cambia. Se convierte en el de verdad. Pero el antiguo...

—Esto no es lo mismo que una mera advertencia —dijo Rigg—. Umbo no se apareció a su yo pasado. Saltó y se desplazó físicamente en el tiempo. Pero eso alteró el rastro de su yo anterior, porque aquí... aparece delante de un yo suyo ligeramente más antiguo. Y lo mismo sucede con el segundo salto. Así que su yo anterior ya no hizo lo que había hecho. Por lo que hay un nuevo rastro. Un rastro ligeramente distinto. Y en el nuevo, el Umbo que había saltado en el tiempo en el rastro anterior ya no lo hace.

—Así que se queda donde estaba —dijo Hogaza.

—Se copia a sí mismo —dijo Olivenko.

—Podría hacer un ejército consigo mismo —dijo Rigg.

—A los otros dos no les fue demasiado bien —dijo Olivenko.

El mero hecho de que una de las versiones de Umbo siguiese con vida no aminoraba el terror y el dolor que debían de haber sentido las otras dos. En un acto reflejo, Rigg se preparó para saltar hacia atrás en el tiempo, al menos para comprender la situación, si no para arreglarla.

—No —le dijo Hogaza.

—Pero tengo que...

—Umbo está vivo —dijo Hogaza—. No hay nada que arreglar.

Rigg lo comprendió al instante.

—Si aparezco de repente, podría cambiar más cosas de las que pretendo.

—No sabemos lo que ha hecho Umbo. Ni lo que podríamos provocar al aparecer. Si es posible, hablemos con él antes de tomar una decisión que podría hacer más mal que bien.

Rigg era capaz de reconocer un buen consejo cuando lo oía. Puede que Hogaza no poseyera la capacidad de moverse en el tiempo, pero esto no le impedía entender bien cómo funcionaba el fenómeno y en qué momentos sería imprudente utilizarlo. Umbo y él habían experimentado ya suficientes fracasos en sus intentos de sacar la piedra del banco de Aressa Sessamo. Hogaza había aprendido mucho sobre los cambios inesperados y perjudiciales que se podían provocar. Y eso había sido antes de que Umbo aprendiese a transportar físicamente más de una imagen de sí mismo al pasado.

—¿Y si alguno de ellos no está muerto? —preguntó Olivenko.

—Lo están —respondió Rigg.

—¿Cómo puedes estar tan seguro desde aquí?

—Sus rastros no caen desde el puente —dijo Rigg—. Estaban muertos antes de caer.

—Qué descuidado, nuestro prescindible —dijo Hogaza.

—Si matas a una copia de un viajero del tiempo —dijo Olivenko—, ¿es un asesinato?

—Eso, vamos a discutir ahora la definición de asesinato —dijo Hogaza.

—Eres tú el que dice que todos los soldados son filósofos.

—Todo tiene su momento y su sitio —replicó Hogaza.

Olivenko sonrió.

Rigg los condujo al interior de la nave.

El rastro de Umbo llevaba a la sala de control por el camino más corto posible. El lector de piedras estaba abierto. Si Umbo había hecho lo que decía Nada-en-el-aire, aquel era el sitio donde habría intentado hacerse con el control de la nave.

Su rastro se movía por la sala y se detenía sobre el asiento del piloto en dos ocasiones. Pero al final abandonaba el lugar. Rigg y los demás lo siguieron.

Todo indicaba que estaba recorriendo diversas zonas importantes de la nave. ¿Para inspeccionarla? ¿Para verificar algo? ¿O para cambiar cosas? Rigg no podía saberlo sin saltar al pasado para comprobarlo.

Al doblar una esquina se encontraron con Odinpres —o eso asumieron—, que se alejaba con ellos por el pasillo. Se encontraban entre las unidades de almacenamiento donde habían invernado los colonos durante el viaje.

—Sé que estáis ahí —dijo Odinpres—. Cuando entrasteis en la nave lo supe y la nave informó a Umbo.

Pero no dio la vuelta. Llevaba algo en una bandeja.

Odinpres siguió la misma trayectoria que el rastro de Umbo.

Rigg reconoció el lugar nada más entrar detrás del prescindible. Era la cámara donde se revivía a los colonos tras la hibernación o donde recibían atención médica. Umbo ni siquiera levantó la mirada cuando entraron. El prescindible estaba colocando un almuerzo sobre una pequeña mesa. Al parecer, a la bandeja que llevaba podían salirle patas cuando era necesario.

—¿Habéis venido a ver cómo me iba? —preguntó Umbo. Tomó un bocado de comida.

—Nada-en-el-aire parecía impaciente por decirme que te has hecho con el control de la nave —dijo Rigg—. ¿Está buena la comida?

—Así que vienes a ponerme en mi sitio, basándote únicamente en su palabra —dijo Umbo.

—He venido a comprobar qué hay de verdad en lo que dice, si es que hay algo —

dijo Rigg, irritado por el hecho de que su compañero asumiese que había dado pábulo a la historia de la hija del cercado de Odín.

—Pues todo —dijo Umbo—. Las piedras del cuchillo son tan eficaces como las que tienes tú. Sí, he tomado el control de la nave.

Sus palabras quedaron flotando en el aire un instante.

—Qué interesante —dijo Rigg—. ¿Y qué piensas hacer con ella?

—Lo que venía a hacer —dijo Umbo—. Estudiarla. Averiguar lo que puede hacer.

—Y en esta sala... —dijo Rigg—. ¿Quieres comprobar si puedes devolverle la vida a tus copias asesinadas?

Umbo se puso en pie de un salto y derribó la mesa al hacerlo. El prescindible la sujetó con un movimiento tan rápido que logró impedir que la comida cayese de la bandeja. «Extraordinarios reflejos», pensó Rigg.

—¡Así que has saltado al pasado para espiarme! —gritó Umbo.

—¡No hacía falta! —replicó Rigg, también a voz en grito—. ¡Puedo ver tus rastros y los cadáveres no eran lo que se dice invisibles!

—¿Sufrí mucho al morir? —preguntó Umbo—. ¿Has disfrutado viéndolo?

—Basta —dijo Olivenko—. Os estáis comportando como...

Hogaza se echó a reír.

—Son niños, Olivenko. Pero en este caso, sobre todo Umbo.

Umbo se revolvió hacia él.

—¡Me alegra saber lo que piensa de mí un mascaracarne!

Hogaza le dio un bofetón en plena cara.

Umbo retrocedió tambaleándose por la fuerza del impacto y se echó a llorar mientras se llevaba una mano a la mejilla donde lo había recibido.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué dices que es culpa mía?

—Porque eres tú el mentiroso que quería provocar una pelea y no Rigg —respondió Hogaza.

—¡No he mentado! —chilló Umbo.

—No deberías haberle pegado —dijo Rigg—. Y yo no debería haberme enfurecido con él.

—No estoy enfadado —dijo Hogaza—. Pero ya va siendo hora de que empiece a pensar lo que hace. Y tú. Esta tontería que os traéis entre manos tiene que terminar y tiene que hacerlo ya. ¿No entendéis que nuestras vidas están en juego? No se trata de una vaga amenaza sobre un posible fin del mundo, sino nuestras vidas, aquí y ahora. Umbo ha muerto dos veces hoy. Si no podéis portaros como amigos, ¿cuándo empezareis a hacerlo como camaradas?

—Yo no tengo amigos —dijo Umbo—. Creía que sí, pero...

—Fuiste tú el que acabó con nuestra amistad cuando empezaste a preguntarme si era yo o el mascaracarne el que hablaba, hace meses —dijo Hogaza—. Y también acabaste con tu amistad con Rigg al rebelarte abiertamente contra él por el crimen de mantenernos vivos a todos mientras tú eras incapaz de alejarte ni diez metros sin



perderte.

—¡O sea, que todo es culpa mía!

—Sí —dijo Hogaza—. Y lo sabes. Cuando hemos entrado, has malinterpretado conscientemente los motivos de Rigg para haber venido. Sabías lo que había dicho, pero optaste por ofenderte, como si te hubiera dicho otra cosa. Y luego has mentido.

—¡Yo no he mentido!

—Mentiste al decir que te has hecho con el control de la nave, cuando en realidad solo lo has hecho como subordinado de Rigg.

Umbo permaneció en silencio y miró a Hogaza a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Hogaza sonrió.

—Ah, conque no has perdido la capacidad de oír lo que dicen los demás.

Umbo se volvió hacia Rigg.

—La nave no quería otorgarme el control porque tú eres su comandante. Pero Odinpres estaba asesinando a todos los Umbos que encontraba y tenía que detenerlo. Así que sí, encontré el modo de hacerme con el control y detenerlo. Pero no estoy admitiendo que esté subordinado a ti y no iba a decirlo. Habrías llegado a conclusiones equivocadas.

Rigg no tenía respuesta para esto. La aversión que se veía en la cara y en la voz de Umbo superaba su capacidad de comprensión o reacción.

—La única razón por la que la nave aceptó mi control de las piedras del cuchillo es que tú me lo habías dado —continuó Umbo con amargura—. Solo existo porque tú te has dignado a permitir que siga haciéndolo.

Como respuesta, Rigg le tendió la bolsa con las piedras.

—Ten —dijo—. Que lo vea la nave. Que lo vea este prescindible asesino. Te he entregado las piedras.

—¡No las quiero! —exclamó Umbo—. ¡No quiero nada de ti! Solo usé el cuchillo porque era el único modo de seguir vivo, porque...

Había sacado el cuchillo y Rigg vio que no lo sostenía por la hoja, como para ofrecérselo, sino por la empuñadura, listo para utilizarlo. En ese momento, la mano de Hogaza se movió como un látigo, tan rápida como la del prescindible al coger la mesa, y se lo arrebató. Umbo, agarrándose la muñeca lastimada con la otra mano, cayó al suelo sobre las posaderas.

—Rigg, coge estas piedras —dijo Hogaza—. Rápido, hazte con su control ahora mismo.

Rigg vio que Hogaza estaba mirando al prescindible y, sin volverse para ver lo que estaba pasando, cogió las piedras y dijo:

—Rescindo mi afirmación anterior. Sigo al mando de esta nave y de todas las naves; de este prescindible y de todos los prescindibles.

Solo entonces se volvió hacia Odinpres, que permanecía inmóvil y en perfecta calma, con la bandeja en las manos.

—Estaba acercándosete —dijo Olivenko— hasta que has hablado.

—Umbo no iba a apuñalarme —dijo Rigg a Hogaza—. No tenías que haberle hecho daño.

—Umbo no sabía lo que iba a hacer —dijo Hogaza.

Olivenko se volvió hacia él.

—No has respondido cuando Umbo te ha preguntado cómo sabías que se había hecho con el control de la nave como subordinado de Rigg.

—Responderé en cuanto Rigg ordene a esta nave y a todas las naves que no transmitan la información que vamos a compartir aquí por ningún canal que puedan interceptar, grabar o recibir de ningún modo los hijos del cercado de Odín.

—Acaban de oírte decir eso —dijo Olivenko.

—De eso nada —dijo Hogaza—. Quiero asegurarme de que nada de esto termina en el cuaderno de bitácora de la nave.

—A esta nave y a todas las naves —dijo Rigg—. A este prescindible y a todos los prescindibles. Nada de lo que digamos ahora y en el futuro Umbo, Hogaza, Olivenko o yo mismo será grabado en el cuaderno de bitácora ni transmitido de ningún modo que puedan interceptar los hijos del cercado de Odín.

La voz de la nave lo interrumpió.

—Interceptan todos los canales de comunicación.

—¿De verdad lo hacen? —preguntó Hogaza—. ¿O solo son capaces de hacerlo?

La nave no respondió.

—Respóndele —dijo Rigg—. Responde en voz alta a todo lo que pregunte Hogaza.

—Son capaces de hacerlo —dijo la nave—. Aunque no sabría decir si están escuchándonos o no.

—Yo sí —dijo Hogaza—. Los hijos del cercado de Odín no utilizan humanos para espiar las comunicaciones desde hace muchos años. Y tampoco utilizan máquinas para hacerlo, porque los visitantes las encontrarían fácilmente cuando lleguen.

—¿Entonces no están espiando? —preguntó Umbo.

—Lo hacen por medio de sus ratones —dijo Rigg al comprenderlo.

—Pero Hogaza ha traído a esos ratones consigo —dijo Olivenko.

—Se comunica con los ratones —dijo Rigg—. ¿Verdad?

—Más bien —dijo Hogaza—, son ellos los que se comunican conmigo.

—¿Cómo? —preguntó Umbo, que había dejado de llorar. Y tampoco parecía enfadado ya. De hecho, era agradable oírlo hablar con tono de simple curiosidad.

—Hablando —dijo Hogaza.

Los dos ratones se encontraban sobre sus hombros, pero uno de ellos estaba pegado a su oreja y movía la boca.

—Voces de alta frecuencia —comprendió Rigg—. Imposibles de captar para los humanos. Pero gracias a los dones del mascaracarne, Hogaza es capaz de oírlos.

—Las oigo desde que llegamos aquí —dijo Hogaza—. Al principio no sabía de dónde procedían, pero oía una serie de comentarios constantes a todo lo que hacíamos, una repetición de todo lo que decíamos, solo que en otra lengua. Pensé que iba a volverme loco. Pero entonces vi a los ratones en la biblioteca y lo comprendí. Oí cómo se transmitían órdenes entre siseos, tanto unos a otros como a las máquinas ocultas en las paredes. Los hijos del cercado de Odín creen que los ratones solo conocen una lengua, pero nos han entendido desde el principio.

—Por eso quisiste ir a la pradera —dijo Umbo—. Solo.

—El mascaracarne ha creado un par de pliegues auxiliares en mis cuerdas vocales —dijo Hogaza—. A petición mía —añadió—. Puedo generar sonidos que solo los ratones pueden oír. Puedo hablar su clara, preciosa y rapidísima lengua.

—¿Y los hijos del cercado de Odín no lo saben? —preguntó Olivenko.

—Los hijos del cercado de Odín ya no los controlan —dijo Hogaza—. Criador-de-ratones les implantó genes alterados de su propia especie hace siglos, pero desde entonces se han ocupado ellos mismos de su reproducción y de su genoma. Colectivamente, conforman la raza humana del cercado de Odín, mientras que los yahoos realmente son yahoos, comparados con ellos.

—No lo sabía —dijo Odinpres.

—Y ahora tampoco lo sabes —dijo Rigg—. Borra esa información de tu memoria, de la memoria de la nave y de las memorias de todas las naves y todos los prescindibles. Esto no se debe comunicar a los visitantes cuando lleguen y expurguen la memoria de los ordenadores.

—No es necesario —dijo Hogaza—. Los ratones han implantado ya programas en los ordenadores de las naves que borran toda referencia a sus capacidades al cabo de treinta minutos. Esto permite a los prescindibles hablar con ellos durante un rato y entablar conversaciones inteligentes, pero luego se borra el recuerdo y es como si nunca hubiera sucedido. Mientras que los ratones no necesitan que los ordenadores los ayuden a recordar.

—Pero son diminutos... —dijo Rigg.

—Poseen una capacidad de cooperación perfecta —dijo Hogaza—. Cada uno de ellos es casi tan inteligente como un niño humano normal. No como los hijos del cercado de Odín ni como vosotros dos, pero bastante inteligentes, aun así. Criador-de-ratones hizo un trabajo extraordinario al dotar de tal capacidad cerebral a unos cerebros tan pequeños. Pero los ratones, por sí mismos, han aprendido a especializarse y a cooperar a la perfección.

—Cada uno almacena una parte de la biblioteca —dijo Rigg.

—Por eso hay docenas de ratones en cada sala que visitamos —dijo Hogaza—. Están en comunicación permanente con las innumerables comunidades que viven en el exterior. Cada uno de ellos procesa la parte que le toca, con la seguridad de que los demás harán también lo que deben hacer. En conjunto, cuatro de ellos cualesquiera rivalizan en inteligencia con el más brillante de los hijos del cercado de Odín. Pero es

que son docenas... la raza humana nunca ha conocido una inteligencia comparable.

—Salvo en el caso de los ordenadores —dijo Olivenko.

—La inteligencia de los ordenadores es puramente imitativa —dijo Hogaza—. Memoria y velocidad, pero no cerebro. Solo programación.

—¿Acaso el cerebro humano no es una especie de ordenador que ejecuta programas? —preguntó Rigg—. Desde luego, así se afirma en las obras de la Tierra.

—Los humanos crean una máquina y luego se convencen de que su propio cerebro no es mejor que el de esa máquina. Esto les permite creer que su propia creación, un ordenador, es tan brillante como su propia mente. Pero es una forma ridícula de engañarse a sí mismos. Ni siquiera son inteligencias comparables.

—El hombre que se hacía pasar por mi padre —dijo Rigg— era un ordenador y te aseguro que era mucho más inteligente que yo.

—Se le daba muy bien fingirlo así. Podía darte datos y enseñarte a realizar operaciones. Pero en inteligencia real, nunca estuvo a tu altura. Esto es lo que los ratones comprendieron enseguida. Podían idear maneras de engañar a los prescindibles. En este sentido, eran comparables a los humanos.

—Creí que habías dicho que cuando se unía una docena de ellos, eran más inteligentes que cualquier humano —dijo Umbo.

—Más capaces sí, desde el punto de vista de la memoria y el cálculo —respondió Hogaza—. Pero una mente es una mente. El pensamiento es pensamiento. Las mejoras de los hijos del cercado de Odín les han proporcionado mayor capacidad cerebral y mejores herramientas, pero la mente no es lo mismo que la maquinaria orgánica en la que habita.

—Ya vuelve el filósofo —dijo Olivenko—. Has descubierto el alma.

—Rigg la descubrió —dijo Hogaza—. Y Umbo.

—¿Cuándo? —inquirió este último.

—Yo no —dijo Rigg.

—Los rastros, Rigg —dijo Hogaza—. La parte de ti que ve el pasado. ¿En qué parte del genoma está eso?

—Según los hijos del cercado de Odín, identificaron los genes que otorgaban esos dones y... —Pero entonces Rigg guardó silencio. Le habían hecho creer que habían dicho tal cosa, pero en realidad no lo habían hecho.

—Si hubieran encontrado los genes responsables del salto en el tiempo —dijo Hogaza—, ¿para qué os necesitarían?

—Están buscándolos —dijo Olivenko.

—Llevan meses estudiando hasta el último rastro de material genético que habéis dejado —dijo Hogaza—. Han ordenado a los ratones que los recogieran. Y que los estudiaran.

—¿Y no han encontrado nada?

—No hay nada que encontrar —dijo Hogaza—. No está en los genes. La parte de nosotros que deja un rastro a través del tiempo, vinculado a la gravedad de un

planeta... no está en el cerebro.

—También los animales dejan un rastro —dijo Rigg—. Hasta las plantas, a su manera.

—La vida está en el alma —dijo Hogaza—. Las criaturas vivientes tienen alma, tienen mente, tienen capacidad de pensamiento. Los individuos vivos tienen su propia relación con el planeta que habitan. Su pasado se arrastra junto con el mundo a través del tiempo y del espacio. Pero persiste. Mucho tiempo después de que ha muerto el organismo, el rastro persiste y todo lo que era se puede recuperar, cada momento que vivió se puede presenciar, se puede volver a visitar.

Rigg enrojeció de vergüenza antes incluso de recobrar la capacidad de expresar con palabras la cosa que acababa de comprender.

—Tendría que haberme dado cuenta desde el principio...

—Sí, pero no lo hiciste —dijo Hogaza.

—¡Darse cuenta de qué! —exclamó Umbo.

—De que los rastros que dejan los ratones en el cercado de Odín no son rastros de ratón —dijo Hogaza.

—¿Ahora lees las mentes? —preguntó Olivenko.

—Sabía en qué estaba pensando —dijo Hogaza—. Y cuando se ha dado cuenta, se ha ruborizado y...

—Son rastros pequeños —dijo Rigg—, pero muy brillantes. Y tienen el mismo... no es color, pero se le parece... Producen la misma sensación que los rastros humanos. Lo tenía ahí, delante de mis ojos, y ni siquiera me di cuenta, porque...

—Porque posees una mente humana —dijo Hogaza—. El cerebro lo percibe todo, pero la mente se centra en las cosas particulares. Es nuestro gran don, la capacidad de fijarnos en algo y analizarlo hasta sus mismas raíces. El cerebro no puede hacer eso. Pero ese mismo mecanismo provoca que no nos fijemos en aquellas cosas de las que el cerebro es consciente en todo momento. Así que no vemos aquello que está a simple vista y, al mismo tiempo, comprendemos cosas que no alcanzamos a ver.

—¿Y todas las criaturas vivas pueden hacerlo? —dijo Umbo.

—A un nivel u otro sí —dijo Hogaza—. He tenido mucho tiempo para pensar en esto, porque el mascaracarne me proporciona la percepción de un animal, pero analizo mentalmente lo que veo, como un ser humano. Percibo las cosas con un nivel de detalle que no está al alcance de los humanos normales. Pero el mascaracarne, que lo percibe todo ello, no puede hacer nada con la información, porque su mente trabaja a un nivel muy primitivo. Cuando a los ratones les implantaron los genes humanos, fue como si nacieran seres humanos dentro de cuerpos diminutos. Poseen almas humanas, o algo muy parecido.

—¿Qué son, de dónde vienen? —preguntó Olivenko.

—Son la vida —dijo Hogaza—. No puedo explicarlo mejor porque es así como lo entiendo. Y es la misma conclusión a la que han llegado los ratones. Los seres vivos lo llevan dentro, como una conexión con el planeta y entre sí. Y los humanos son las

criaturas que lo poseen en mayor medida, del mismo modo que los animales lo poseen en mayor medida que las plantas. Y eso es lo que ve Rigg: la vida, el alma, la mente, como queráis llamarlo, eternamente presente a través del tiempo, anclado al campo gravitatorio del planeta.

Rigg pensó en los rastros de los humanos que habían cruzado los distintos puentes sobre las cataratas Stashi; aunque la erosión hubiera carcomido los rápidos con el paso del tiempo, los rastros permanecían exactamente en el mismo sitio, sin cambiar su posición relativa con respecto al centro del planeta Jardín.

—¿Y qué pasa entonces cuando salimos al espacio? —preguntó Rigg—. ¿Perdemos el alma?

—Claro que no —dijo Hogaza—. De ser así, los colonos habrían llegado aquí sin ella.

Rigg observó los rastros más antiguos que habían recorrido aquella sala. Los colonos a los que acababan de revivir, sus rastros borrosos al cabo de once mil años, pero aún presentes, aún accesibles.

Y uno de ellos en concreto. El que había recorrido la nave mucho antes de que revivieran a los demás. El rastro de Ram Odín.

—¿Debería ver cómo es? —se preguntó Rigg en voz alta—. ¿Debería hablar con él?

—¿Para decirle qué? —preguntó Hogaza.

—¿Hablar con quién? —dijo Olivenko.

—Con Ram Odín —respondió Umbo.

—No lo sé —dijo Rigg—. Para preguntarle... en qué pensaba... Qué había en su cabeza.

—¿Y qué importa eso ahora? —preguntó Hogaza—. ¿Qué podrías aprender de él? Sus deseos carecen de importancia para nosotros... Lo que debe importarnos es lo que planean los hijos del cercado de Odín. Y lo que decidirán los visitantes al llegar. La razón por la que vendrán los destructores un año después que ellos. Y lo que harán las naves y los prescindibles.

—Si te mostrases a Ram —dijo Umbo—, podrías arruinarlo todo.

—Salvo que ya estemos viviendo en el futuro que se generó cuando fui al pasado para hablar con él —dijo Rigg.

—Estarías jugando con toda la historia del cercado de Odín —dijo Olivenko—. No debes hacerlo. Podrías destruirlo todo.

—Salvo a nosotros —dijo Rigg—. Si fuésemos juntos, estaríamos a salvo.

—¿Y las vidas de los otros miles de millones? —preguntó Hogaza.

—No las hemos destruido, ¿verdad? —dijo Rigg—. Sabemos que sus vidas existieron porque siguen formando parte de nuestro pasado.

—El cuaderno de bitácora de la nave conserva el recuerdo de los futuros perdidos —dijo Umbo—, aunque atravesemos el Muro con él.

Al oír esto, todos insistieron en que Umbo les contara lo que había descubierto

sobre los cuadernos de bitácora de las naves, el almacenamiento remoto de sus datos en las piedras y el uso de los cuadernos como medio oficial para transmitir la autoridad de un capitán a otro y de un almirante a otro.

Una vez que concluyó, Rigg dijo:

—Buen trabajo, Umbo.

Umbo sintió que se enfurecía de nuevo.

—No necesito que me des palmaditas en la cabeza —le espetó.

Hogaza alargó el brazo y volvió a abofetearlo. Umbo chilló de dolor.

—Basta ya —le dijo Rigg—. Deja de pegarlo.

—No tienes control sobre mí —dijo Hogaza—. Le pego como habría tenido que pegarle el padre que siempre ha necesitado.

—Mi padre ya me pegaba suficiente —dijo Umbo—. ¡Más de lo necesario!

—Ese no era tu padre. Te pegaba porque él lo necesitaba. Pero yo soy un oficial veterano. Te pego porque es la única manera de que dejes de sentir resentimiento y lástima por ti mismo y empieces a asumir tus responsabilidades.

Rigg quería intervenir y decir algo, pero se dio cuenta de que debía confiar en que Hogaza ayudara a Umbo de una manera que a él, que era demasiado joven e inexperto, le estaba vedada.

—¡No necesito que nadie me ayude a asumir nada! —dijo Umbo.

—Esas mismas palabras son la prueba de la mucho que lo necesitas —replicó Hogaza—. Un soldado como tú es un peligro para todos los hombres de su unidad. No puede trabajar en equipo y no es capaz de cumplir con la parte que le toca.

—¡No soy uno de tus ratones! —exclamó Umbo.

—Pues así es como aprendieron ellos —dijo Hogaza—. Recibiendo los genes de los humanos, transformándose en humanos con cuerpo de ratón. Humanos capaces de integrarse en la identidad de un grupo y hacer su parte con la total certeza de que los demás harían lo propio. Esos son los humanos que tenían más probabilidad de sobrevivir, los que se convirtieron en el vehículo principal de la evolución de la raza. El humano solitario, suspicaz y resentido, el macho alfa, es el gorila que aporrea o espanta a los demás machos. Lo quiere todo para sí, odia a aquellos a los que no conoce y, en su estupidez, está indefenso frente a primates mucho más débiles que actúan en grupo.

—O sea, yo, según dices —respondió Umbo con tono de resentimiento.

—No hace falta que lo diga yo —dijo Hogaza—. Llevas un año pensando y portándote así. Eres un aspirante a macho alfa y no soportas estar en el mismo grupo que otro alfa. Te estás preparando para presentar tu desafío... o más bien ya lo has presentado, solo que luego te has retirado para esperar y aguardar a mejor ocasión. Pero el cuchillo que tenías en la mano... Deseaba saltar, ¿no es así? Deseaba el corazón de Rigg, ¿no es verdad?

Umbo se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera taparse los ojos y los oídos para no ver ni oír nada, como si quisiera ocultarse de su propia memoria pero fuese

incapaz de ocultarse de nada.

—No, —dijo—. ¡No, no iba a hacerle daño!

—Sientes que tu propia vida no puede empezar mientras Rigg esté entre nosotros —dijo Hogaza—. ¿Crees que no me percaté de tu satisfacción cuando conseguiste manipular las cosas para que se marchara por su cuenta y dejara el grupo en tus manos?

—¡Eso no fue lo que pasó! —gritó Umbo.

—No, porque no contabas con que escogiésemos a Olivenko como nuevo líder, en lugar de a ti. Él ni siquiera quería el puesto, pero todos lo escogimos en tu lugar. Porque esto es lo que no comprendes, Umbo: uno no se convierte en el jefe de un grupo por lo mucho que lo desea ni porque odia a quien ocupa ese puesto. Uno es el líder porque es la persona indicada. Porque si no lo es y consigue el puesto, el grupo lo paga. El grupo entero muere. Si no estuvieras pensando como un chimpancé, Umbo, te darías cuenta: en lugar de esforzarte por quitar a Rigg de en medio y de rechazar todo lo que hace, tendrías que esforzarte por ser tan útil para el grupo como él.

—¡Y cómo voy a hacerlo! —gritó Umbo—. Él tenía a su... a su padre, a Rampres, el Hombre Dorado... Lo han preparado para todo y a mí para nada...

—Eres idiota —dijo Hogaza—. Pero ahora te estás portando como un bebé en lugar de como un macho alfa y yo no pego a los bebés. Rampres instruyó a Rigg, sí, y lo preparó para Aressa Sessamo, para la vida en la corte, y por eso Rigg tuvo tanto éxito allí. Pero Rampres no lo preparó para nada de lo que sucedió después. No lo preparó para atravesar el Muro sin las piedras, ni para el cercado de Vadesh o el cercado de Odín, porque no sabía que los visitaría. ¿Por qué crees que ha hecho las cosas tan bien?

—Yo no he hecho nada bien —dijo Rigg—. Tú sí. Y Olivenko, pero yo ni siquiera...

—Tampoco abofeteo a imbéciles, pero cierra el pico —dijo Hogaza—. Escucha lo que dices, Rigg. Dices que yo estaba preparado para las cosas y es así. Y Olivenko también. Eso es lo que te convierte en el líder natural de este grupo: reconoces las virtudes de los demás y las utilizas, te apoyas en ellas, no insistes en que todo se haga conforme a tus ideas, no tienes que mandar en todo y no tomas todas las decisiones por ti mismo. No estás resentido con los demás por el hecho de que sepamos cosas que tú ignoras o hagamos cosas que tú no puedes hacer, nos lo agradeces y ya está.

Hogaza agarró a Umbo por la muñeca y tiró de ella para separarla de su cabeza, donde seguían sus manos, como si quisieran escudarlo.

—Es lo que tendrías que hacer tú, Umbo. Alegrarte de que haya gente capaz de hacer cosas que tú no puedes hacer cuando es necesario que se hagan. Y alegrarte también por hacer aquellas cosas que solo tú puedes hacer. Como oficial puedo decírtelo: un pelotón de soldados que piensa y actúa como Rigg triunfa en el campo de batalla, sobrevive para luchar otro día e incluso en el caso de que tenga que morir,



vende muy cara su piel, porque en lugar de hacerse la guerra unos a otros, actúan como uno solo, como algo más grande que un puñado de machos alfa aterrados y egoístas que intentan encaramarse unos a otros para quedar por encima.

—¡Mira quién habla! —exclamó Umbo.

—Yo, sí —dijo Hogaza.

—Se refiere a Olivenko y a ti —dijo Rigg—. Y a vuestras constantes peleas desde que salimos de Aressa Sessamo.

—Sí —dijo Hogaza—. Lo veía como un soldadito de juguete. No reconocía su valor. ¿Y? Al final acabé haciéndolo. Hasta entonces, nuestras peleas nos debilitaban a ambos. Pero cuando atravesamos el Muro juntos, cuando vi que volvía al Muro tan deprisa como yo y corría tanto como yo para rescatarte, Rigg, entonces reconocí su valía y desde entonces hemos estado juntos. No es así, ¿Olivenko?

—Las peleas siguen ahí —dijo Olivenko—. No me digas que no.

—Pero nos fiamos el uno del otro —dijo Hogaza.

—Eso es verdad —dijo Olivenko.

—Puedes hacer todos los comentarios mordaces que quieras contra Rigg, Umbo —dijo Hogaza—. No le viene mal que le bajen un poco los humos de vez en cuando, como por ejemplo cuando habla con esa voz petulante de Sessamoto. Pero también debes dejar que los demás te bajen los humos a ti, no ofenderte como si todo fuese una permanente ofensa contra ti y no tratar de matar a todo el que hace algo mejor que tú.

—¡Yo no quiero matar a nadie!

—No, no quieres matarnos —dijo Hogaza—. Pero tu cuerpo sí. Ese cerebro de macho alfa, ese animal poco evolucionado y nada cooperativo, ese adolescente egoísta que aún no ha aprendido a formar parte de un grupo y realizar aportaciones a él en lugar de tratar de dominarlo. A ese es al que he abofeteado para conseguir que cierre el pico y deje que el ser humano que llevas dentro salga a la superficie y se haga cargo de tu vida. ¿Tanto te ciega la rabia que no te das cuenta de lo mucho que te valoramos y necesitamos? ¿Del respeto que te mostramos? Sobre todo Rigg. Él más que nadie.

—Nadie me respeta —dijo Umbo y se echó a llorar otra vez.

—No consigo llegar hasta él —dijo Hogaza—. Este chico necesita que le abran un agujero en la cabeza para que salgan todos sus demonios.

—Te está escuchando —dijo Rigg.

—¿Y cómo lo sabes?

—Te está escuchando —dijo Rigg—, porque sabe que lo quieres y él te quiere a ti. Te está escuchando, aunque es demasiado orgulloso para dejar que lo veas. Así que dejemos a Umbo en paz y hablemos de lo que tenemos que hacer ahora.

—¿Hacer? —preguntó Olivenko—. ¿Qué podemos hacer?

—Los hijos del cercado de Odín nos han estado mintiendo y ocultando cosas. Aún no sé lo que planean. No sé lo que quieren hacer con nosotros.

—¿Aparte de robarnos los genes y tratar de implantárselos a ratones para que puedan viajar en el tiempo? —preguntó Olivenko.

—¡De eso se trata! —exclamó Rigg—. Eso es lo que no entiendo. He estado dándole vueltas... Si el viaje en el tiempo es algo que solo está al alcance de la mente humana, Hogaza, ¿cómo inventaron los hijos del cercado de Odín una máquina capaz de coger objetos y enviarlos a cualquier momento y lugar?

—Es una pregunta interesante —dijo Hogaza.

—Sí, por eso la he hecho —dijo Rigg.

—Pues tengo la respuesta —dijo Hogaza—. Porque se lo he preguntado a los ratones y me lo han dicho.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Olivenko.

—Que no existe tal máquina.

—Pero la piedra... La dejaron allí para que pudiera encontrarla —dijo Umbo.

—No, Umbo —dijo Hogaza—. Los hijos del cercado de Odín no mienten. Creen que existe la máquina. Pero nunca ha existido.

—¿Y entonces qué pasa? —preguntó Umbo—. ¿Cómo pueden pensar que hay una máquina cuando no...?

—Han visto una máquina —dijo Hogaza. Y se echó a reír—. ¿Quién iba a pensar que los ratones podían tener tales dotes para el teatro? Los hijos del cercado de Odín han visto una preciosa máquina que emite zumbidos y destellos, como las que fabricaban ellos mismos hasta que Criador-de-ratones puso toda su civilización en manos de ratones humanos. Pero no es la máquina la que lo hace.

—Son los ratones —dijo Olivenko con un hilo de voz.

—Ellos también descienden de Ram Odín —dijo Hogaza—. Tienen los mismos genes. Y han tenido centenares y centenares de generaciones para desarrollarlos. No pueden desplazarse en el tiempo. Solo pueden mover objetos inanimados. Cuando tratan de hacerlo con seres vivos, los matan. Muchos ratones dieron su vida para probarlo. Pero poseen una precisión con la que nosotros solo podríamos soñar. Para conseguirlo, deben unirse varios centenares de ellos. Como Rigg y Umbo al principio, cuando se dieron cuenta de que podían hacerlo.

«Sí —pensó Rigg—. Umbo y yo empezamos todo esto cuando nos dimos cuenta de que podíamos hacer cosas como un grupo, como una unidad, colaborando, sin que ninguno de los dos fuese más valioso que el otro. Y los problemas comenzaron cuando aprendimos a hacerlo solos y dejamos de necesitarlos».

—Ahora tengo que contaros algo que sucedió nada más salir de la biblioteca para volar hasta aquí —dijo Hogaza.

—¿Algo que te han contado los ratones? —preguntó Rigg.

Umbo fue el primero en deducir a qué se refería.

—¿Qué le ha pasado a Param? —exclamó.

—Los hijos del cercado de Odín ordenaron a los ratones que aterrorizasen a Param hasta hacerla desaparecer... hasta conseguir que utilizase su poder para

fragmentar el tiempo. Luego, durante uno de los instantes en que no existía, al saltar hacia el futuro, debían insertar un trozo de metal en el mismo sitio donde iba a reaparecer.

—¡Pero eso la mataría! —gritó Rigg.

—Los ratones no pueden enviar objetos a un espacio ocupado por algo más sólido que un gas —dijo Hogaza—. Pero sí al sitio donde iban a reaparecer el cerebro o el corazón de Param.

—Pero se lo has impedido —dijo Umbo.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó Hogaza.

—¡Porque es una de nosotros! —exclamó Rigg, furioso.

—¿Es que os habéis vuelto idiotas? —preguntó Hogaza—. ¿Quiénes sois? ¿No os acordáis? Ya hay dos Umbos muertos ahí fuera, pero Umbo sigue vivo, ¿no?

Rigg se relajó.

—Vamos a viajar en el tiempo para salvar a Param.

—Oh, no solo eso —dijo Hogaza—. Vamos a viajar en el tiempo para salvar a Param y luego vamos a ir más lejos aún: saldremos del cercado de Odín antes incluso haber llegado.

—¿Quieres decir que vamos a impedir que lleguemos aquí? —preguntó Olivenko.

—Si hiciéramos tal cosa —dijo Hogaza—, nunca descubriríamos lo que hemos descubierto. Vamos a salvar a Param justo antes de que la maten los ratones y entonces desapareceremos todos. Los hijos del cercado de Odín se darán cuenta de que los ratones trataron de obedecerles, pero vosotros dos se lo impedisteis. De ese modo no se darán cuenta de que ya no los obedecen.

—¿Te obedecen a ti? —preguntó Olivenko.

—Ya no obedecen a nadie —dijo Hogaza—. Son gente. Son una civilización entera, desde hace centenares de generaciones, erigida sobre las ruinas de otra más antigua. No van a obedecer a un viejo soldado como yo, que ni siquiera es capaz de saltar en el tiempo.

—¿No te obedecen? —preguntó Rigg.

—Me cuentan la verdad y hacen lo que ellos creen que deben hacer —respondió el soldado—. Les he dicho que estaba bien que intenten matar a Param, porque podemos ir al pasado y salvarla. ¿He hecho mal?

—No —dijo Rigg, aunque con dudas.

—Esperemos que no te hayas equivocado —dijo Umbo—. Porque se me ocurren algunas cosas que pueden ir mal al salvar a Param. Al menos si no queremos que los hijos del cercado de Odín se enteren de que los ratones están de nuestro lado. O... no están del suyo.

—Podemos resolverlas mientras volvemos en el vehículo volador —dijo Hogaza—. Creo que lo mejor es que nos la quedemos y viaje en el tiempo con nosotros. Así no tendremos que ir andando hasta un lugar lejano para atravesar el Muro y pasar a otro cercado.

—Así que ahora mismo —dijo Umbo—. Param está muerta.

—Así es, Umbo —dijo Hogaza—. Tenéis que salvarla entre los dos... Tú llevas a Rigg a un tiempo anterior a su muerte y luego, cuando esté con ella, los traes de vuelta.

—Además —dijo Rigg—, tú mismo ya has muerto dos veces.

## MUERTE TEMPORAL

Para Param, los meses que había pasado en la biblioteca del cercado de Odín eran los más felices de su vida. Había pasado su infancia como objeto simbólico del rechazo generado por la monarquía Sessamid. Todo lo que le hacían se le hacía también a la familia real, así que el Gobierno popular no se cansaba de permitir humillaciones «accidentales». Solo el descubrimiento de su capacidad de desaparecer, de dejar que el mundo pasara volando mientras ella observaba en perfecto silencio, la había protegido.

Durante su infancia, había recibido una educación limitada. Consistió en las cosas que le había contado su madre, en las pocas lecciones sobre su don que le había enseñado el jardinero y en lo que aprendía de vez en cuando de los pocos invitados que mostraban algún interés por ella. Aprendió a leer y a escribir y disfrutaba mucho haciéndolo, pero no sabía lo que debía leer. Cualquier libro que pidiese se lo llevaban, pero como no disponía de una biblioteca en la que rebuscar, no podía descubrir nada nuevo.

En su soledad, había pensado mucho en las pocas cosas que había leído, pero ahora, con todas las historias de todos los cercados a su disposición, podía reemplazar las lagunas de su infancia por los recuerdos de reinos y repúblicas, de naciones nómadas o sedentarias, hostiles o pacíficas.

Que Rigg, Umbo, Hogaza y Olivenko estudiaran lo que quisiera: la historia de la raza humana en la Tierra, el funcionamiento de las astronaves, técnicas o tecnologías militares, los profundos conocimientos científicos de los hijos del cercado de Odín... Nada de esto interesaba a Param. Ella estaba descubriendo el mundo en el que había nacido, el mundo que solo había visto cuando acudía de visita a los sitios donde vivía y luego pasaba volando a toda velocidad frente a sus ojos cuando sentía la necesidad de buscar refugio en la invisibilidad de su don. Estaba descubriendo la persona habría sido si hubiera vivido libre o, si no libre, al menos educada conforme a su destino como heredera al trono.

Acostumbrada a la contemplación, la meditación y las fantasías de una niña solitaria, Param se veía a sí misma en todas las historias y siempre encontraba lecciones válidas para ella. En este país, en ese cercado, en aquel acontecimiento, ahí es donde habría estado ella, esto es lo que habría hecho. Ella no habría lanzado a su pueblo a una fútil campaña de conquista de las inexpugnables montañas de Gorogo; ella habría ofrecido refugio al pueblo de comerciantes de Inkik, en lugar de perseguirlos y expulsarlos; ella se habría casado por amor donde otra gobernante lo

había hecho por razones de estado, y viceversa.

«Habría sido una gran reina», era su conclusión muchos días.

«Habría sido más feliz como plebeya, porque los poderosos sufren mayores miserias y soledades», decidía otros.

Pero cada día que veía ensancharse sus horizontes, su memoria indirecta también lo hacía. Ahora había mundos que florecían dentro de su imaginación. Puede que los demás la considerasen solitaria y retraída, pero Param, comparada con cómo era antes, se veía como una persona sociable y entusiasta. Estaba ampliando sus horizontes, tanteando el mundo exterior con la imaginación, llena de maravilla y curiosidad.

Sabía que los demás solían ignorarla cuando hablaban y parecían sorprenderse cuando participaba en sus conversaciones; muchas veces se daba cuenta también de que creían que lo que decía no tenía nada que ver con el tema de la conversación. ¿Y qué importaba? Raras veces hablaban de cosas que a ella le interesasen y cuando sus palabras le inspiraban alguna idea, la expresaba en voz alta, valientemente, en el mismo instante en que aparecía en su cabeza, como nunca antes se había atrevido a hacer. ¿Umbo pensaba que la quería? Apenas la escuchaba, puesto que no tenía nada que decir sobre astronaves y él no sentía el menor interés por el modo de vida profundamente espiritual de los habitantes del cercado de Adam, o el extraño caos en el que vivían los moradores del bosque de Mamom, quienes permitían que los niños escogiesen la ubicación de sus ciudades viendo adónde los llevaban sus pasos y qué cosas les inspiraba curiosidad.

Y Olivenko, que hacía no tanto le había parecido tan sabio, mostraba una sorprendente ignorancia con respecto a la historia y una total falta de interés por aprender más cosas sobre ella. Para él solo existían la física y la metafísica y siempre estaba preguntándose cómo funcionaba el viaje en el tiempo y cuál era su relación con la gravedad. ¿Qué más les daba a ellos? Ni Param ni ningún otro de los emigrados del cercado de Ram iba a poder cambiar el modo en que funcionaba el mundo. Se limitaban a obedecer las leyes de la física, fueran las que fuesen, y a utilizar los talentos que poseían. ¿Creía Olivenko que al estudiar estas cosas adquiriría algún talento para el viaje en el tiempo que nunca había poseído? ¿O esperaba descubrir alguna máquina de manipulación temporal, como la que, supuestamente, utilizaban los hijos del cercado de Odín? ¿De qué le servía estudiar cosas que eran demasiado grandes para hacer nada con ellas?

Hogaza, en cambio, parecía entender el mundo como Param. Cuando ella hablaba sobre extrañas costumbres e historias, la escuchaba como si le interesase lo que estaba diciendo y no solo por el hecho de que las estuviera diciendo la única mujer de su grupo. A veces podía retorcerlo todo para que se adaptase a su propia manera de ver las cosas, pero a Param no le molestaba: lo único que le importaba es que recibía los frutos de sus investigaciones, cuando ella se los ofrecía a todos, y los trataba como si fuesen valiosos.

Y luego estaba su hermano, Rigg, tan desesperado por ser un buen hombre que nunca sería un líder realmente eficaz. Para convertirse en un líder de verdad había que ser autoritario e implacable, como ella sabía perfectamente. Por eso ella no quería serlo. Pero Rigg sí y creía que podía dirigirlos mediante la persuasión, aceptando dócilmente sus sugerencias y ofreciendo genuinamente su cariño a todos los miembros de su pequeño grupo.

¿Es que no se daba cuenta de que la amabilidad no solo parecía debilidad sino que además lo era? Pero le extrañaba que lo intentara con tanto ahínco, así que lo trataba con una especie de respeto que en realidad no merecía, puesto que al fin y a la postre lo único que importaba era la fuerza. Veía en Rigg a la persona que podría haber sido si también ella hubiese pasado su juventud recorriendo la campiña con el jardinero, el Hombre Dorado. Rigg, sin más compañía que los animales salvajes y una máquina con forma de hombre, ¿qué podía saber de los voraces apetitos de los seres humanos? «Nosotros somos los animales más salvajes de todos, Rigg», sentía ganas de decirle. A lo que él le habría respondido «¿Quién está hablando sobre animales?».

«Estamos hablando sobre animales. Más aún, estamos hablando como animales. Somos fieras capaces de conspirar, depredadores capaces de predecir. Vivimos por la mentira, no por la verdad; estudiamos la verdad solo para poder elaborar mentiras más convincentes que nos permitan doblegar a otros a nuestra voluntad».

«Lo único que me impide ser una gobernante extraordinaria, como debería ser por nacimiento, es que no tengo acceso a la gente a la que tendría que gobernar y, aunque me hiciese con el puesto que me corresponde, tampoco sabría qué hacer con ellos».

«¿El puesto que me corresponde? No existe tal cosa. Soy una aspirante a reina que debería estar estudiando horticultura y criando flores, hermosa e inútil».

Estas eran las cosas que pensaba durante aquellos meses gloriosos de exploración e imaginación. Vivía un millar de vidas distintas, conquistaba, gobernaba, perdía y amaba. Los demás no entendían nada de lo que pasaba en su corazón.

Y entonces, un día, la abandonaron.

Umbo fue el primero. Se marchó para ver la enterrada astronave del cercado de Odín, para poner a prueba lo que había aprendido en aquel absurdamente limitado estudio de una única cosa y ampliar sus conocimientos.

Entonces Nada-en-el-aire le dijo a Rigg algo que lo alarmó y Rigg se marchó a buscar a Umbo llevándose a Hogaza y a Olivenko. A nadie se le ocurrió preguntarle lo que pensaba. Nada-en-el-aire mencionó que se habían marchado y cuando Param le preguntó por qué no le habían dicho adónde, se limitó a reírse sutilmente y a añadir:

—No creo que te necesiten, querida.

Y Param volvió a sus estudios, sin más.

Hasta que se dio cuenta de que su habitación estaba llena de ratones.

Correteaban por el suelo y se subían a la mesa. Su constante movimiento la distraía.

—¿Por qué tenéis que estar aquí todos? —preguntó, sin esperar que la entendieran ni que respondieran.

Pero le respondieron: dejaron de moverse de pronto, se volvieron todos hacia ella y la miraron.

«Solo son ratones», se dijo.

Pero la intensidad de su mirada era desconcertante y al cabo de unos segundos se volvió alarmante.

Se levantó de la mesa con la intención de abandonar la abarrotada sala. Pero al pisar el suelo había un ratón sobre su pie. El animalillo chilló de agonía y Param, al levantar el pie para no aplastarlo, vio que le salía sangre por la garganta. Y por si fuera poco, había pisado otro ratón, solo que este no hizo ruido alguno al morir; simplemente Param sintió un repulsivo crujido bajo el pie.

—Lo siento —dijo—. Sois demasiados, no tengo sitio para caminar. Marchaos, por favor.

¡Por favor! ¿Es que se había convertido en una mendiga, ella, que tendría que haber sido reina-en-la-tienda? ¿Se veía reducida a suplicar a un puñado de ratones?

En respuesta a sus palabras —o a las muertes de los ratones que había pisado— entraron más roedores en la sala. Tantos, que al cabo de un momento hasta el suelo y la superficie de la mesa estuvieron tan cubiertos como si los cubriesen sendas alfombras. No, como si les hubiera salido pelo y tuviesen una musculatura que se flexionaba y estiraba bajo aquel pelaje multicolor. Param no quería matar más ratones y además, empezaba a estar asustada. El hecho de que no se hubiera vuelto invisible en el mismo instante en que vio que había demasiados ratones en la habitación era buena prueba de lo mucho que había cambiado. Pero aunque no hubiera empezado a fragmentar el tiempo en un acto reflejo, siempre podía hacerlo por voluntad propia. No había razón alguna para que se quedase en aquel lugar, pisoteando ratoncillos y acabando con sus pequeñas y fastidiosas vidas.

Se hizo invisible y se dispuso a salir de la sala.

Pero algo fue muy mal.

Por un lado, todo salió como siempre. Podía caminar entre los ratones sin aplastarlos.

Por otro, los ratones no empezaron a moverse más rápidamente a corretear como locos, como le pasaba a la gente cuando Param ralentizaba el paso del tiempo. Por lo general, cuando usaba su don, las personas se movían como ratones, pero precisamente aquellos ratones no estaban haciendo tal cosa. De hecho, durante un momento Param se preguntó si, de algún modo, habría adquirido el don contrario y los habría congelado en el tiempo, porque no se movían. Permanecían todos en el sitio, con el hocico orientado hacia ella.

Pero se movían. Con movimientos minúsculos, sí, pero que hacían que la alfombra de pelo se ondulase y desplazase constantemente. Y aquellas ondulaciones eran tan rápidas como cabía esperar, así que en efecto, estaba fragmentando el tiempo



y dando diminutos saltos hacia el futuro mientras caminaba.

Mientras avanzaba lentamente hacia la puerta, se dio cuenta de que los ratones no miraban hacia el sitio donde había desaparecido sino hacia el lugar en el que se encontraba en aquel momento.

La veían.

¡Era imposible! Cuando fragmentaba el tiempo, nunca estaba en un mismo sitio el tiempo suficiente para resultar visible, puesto que los cerebros de los seres humanos no eran capaces de percibir la presencia de un objeto que solo existía en un punto dado del espacio durante una fracción de cada segundo.

Pero los ratones no eran humanos. Su metabolismo era más rápido. ¿Significaba eso que también percibían las cosas con mayor rapidez? ¿Significaba que podían verla y captar su presencia durante los minúsculos instantes que pasaba en un mismo sitio?

Y entonces vio otra cosa. Los ratones estaban moviendo un grueso cilindro de acero por el cuarto, en dirección a ella.

¿Cómo podían levantarlo?

Es que no lo estaban levantando. Saltaba de punto a punto. Cerca de la puerta; a medio camino de la sala; en la base de la mesa; encima de la mesa. Y permanecía en cada sitio durante lo que podían ser cinco o diez minutos, aunque a Param le parecían meros segundos.

Estaban moviéndolo en el tiempo y en el espacio. O no, no podían ser los ratones... ¿cómo iban a ser ellos? Los hijos del cercado de Odín debían de estar usando su máquina temporal para desplazar el cilindro de un sitio a otro. Un grueso cilindro de metal macizo que podía colocarse en cualquier lugar del espacio y del tiempo.

Se acordó de su madre, ordenando a sus soldados que barrieran el aire con espadas y varas de metal, para conseguir que atravesasen su cuerpo con el metal y la mataran. No costaba demasiado imaginar que los hijos del cercado de Odín que controlaban aquel cilindro tenían un propósito similar.

Entonces reparó en que cada vez que se movía el cilindro, los ratones se apartaban del sitio al que iba a llegar. De este modo, no lastimaba a ninguno de ellos. De hecho, cabía la posibilidad de que el cilindro no pudiese moverse hasta que los ratones no hubieran despejado el espacio necesario, de que la razón de que se quedase varios minutos en cada sitio era que estuviese esperando a que los ratones, con sus hocicos, sus patas y sus colas, se quitasen de en medio.

Se acordó de Olivenko y de sus disertaciones sobre las leyes de la física. Dos objetos no pueden coexistir en el espacio durante un mismo momento. Este era el principio que hacía que Param se marease al atravesar alguna superficie blanda, como una persona, o un muro o una puerta de alguna materia orgánica, como la madera. Como estos objetos estaban formados en su mayor parte por espacio vacío entre sus átomos, cuando ella saltaba en el tiempo había una cantidad sorprendentemente

reducida de colisiones. Cuando Rigg y Umbo saltaban hacia atrás en el tiempo, nunca terminaban dentro de un árbol o una roca. Podían penetrar en un volumen de aire sin provocar otra cosa que la aniquilación de unas cuantas partículas.

¿Era eso lo que pasaba con aquel cilindro? Podían desplazarlo en el tiempo y en el espacio, pero no moverlo a un punto ocupado por algo tan sólido como un ratón. Los ratones tenían que apartarse antes.

Pero eso era lo segundo más aterrador: los ratones se movían. Quienquiera que estuviese controlando el movimiento del cilindro controlaba también a los ratones.

Lo más aterrador era que los ratones seguían mirándola, como si supieran con toda exactitud dónde se encontraba. Podían verla, así que no era invisible para ellos.

Sus ojos la apuntaban. Por lo tanto, quien controlaba el cilindro podía teletransportarlo al espacio ocupado por su cerebro o su corazón durante uno de los instantes en que desaparecía, entre salto y salto, y cuando reapareciese allí, una fracción de segundo después, el órgano correspondiente resultaría completamente aniquilado.

Pero no podía detener los saltos temporales y reentrar en el flujo temporal normal. Porque entonces sus pies ocuparían el mismo espacio que los ratones. Eso no la mataría, pero sí que la dejaría mutilada. Y sumida en una agonía espantosa. Sus pies no podrían sujetarla. Tardarían semanas en recuperarse. Y en cuanto a los ratones, morirían al instante.

¿Y qué le importaba a ella que los ratones murieran? ¡Alguien estaba utilizándolos para matarla!

Y lo iba a conseguir. En cuanto quisieran, podían transportar el cilindro al espacio que ocupaba su cuerpo y cuando volviese a su momentánea existencia, el objeto caería a través de él, impulsado por la gravedad mientras ella no estaba allí, y entonces, de repente, se detendría, contenido en el interior de su piel y sus huesos al reaparecer.

«Voy a morir», pensó, y sintió que se le encogían las tripas y que comenzaba a darle vueltas la cabeza y que la invadía un terror superior a nada que hubiera sentido antes, más que cuando Umbo y ella saltaron desde aquella roca y empezaron a caer lentamente hacia las barras de metal con las que los hombres de su madre cortaban el aire.

La diferencia era que aquella vez, Umbo estaba a su lado. Umbo, que podía saltar hacia atrás en el tiempo y llevársela consigo.

¿Quién iba a salvarla ahora? Aunque apareciesen Rigg o Umbo, no podrían verla; Rigg podía ver su rastro, pero ni siquiera él podía alcanzar el espacio fragmentado donde se ocultaba Param para salvarla.

«¿Por qué no me han avisado? ¿Por qué no han vuelto al pasado y me han enviado a una de las versiones futuras de Umbo?, para que me dijera “¡Sal de esta habitación!”». O simplemente, para cogerla de la mano y llevársela a otro momento y otro lugar.

«Tal vez no puedan entrar en la biblioteca. Tal vez cuando descubran que estoy muerta, los hijos del cercado de Odín les impidan entrar aquí, donde podrían ayudarme a impedir este momento espantoso y salvarme la vida».

«Pero en todo caso, siempre podrían saltar a un momento anterior a que llegásemos a la biblioteca. Cuando entramos en el cercado de Odín, pero antes de que los hijos del cercado de Odín supieran que estábamos aquí. ¿Por qué no lo hacen?».

Conocía la respuesta. Si volvían al pasado para advertir al grupo entero de que Param iba a ser asesinada allí, casi un año antes de que llegaran, no irían a aquel lugar y no aprenderían todo lo que habían aprendido. No sabrían de la existencia de visitantes y destructores. Ni de la avanzada tecnología de los hijos del cercado de Odín o los miles de millones de personas que vivían en aquellas vastas ruinas cuando todavía eran grandes ciudades.

«Tienen que escoger entre lo que han descubierto en el cercado de Odín y salvarme la vida. Y han escogido bien». ¿Qué era su muerte, comparada con la necesidad de conocer el fin del mundo para poder impedirlo?

«Soy como un soldado que muere en el campo de batalla. Una pérdida lamentable, pero inevitable».

«Salvo que...».

No tenían por qué avisarla. Podían volver al pasado y llevársela sin más. Un aviso haría que todos se alejasen de allí, con lo que cambiaría el pasado y desaparecerían los meses que acababan de vivir. Pero si volvían al momento en que habían llegado allí, podrían llevársela a otra época, anterior o posterior. Ella perdería todo lo que había aprendido, pero ellos no, porque habrían pasado igualmente por aquellos últimos meses y se llevarían sus recuerdos consigo al saltar en el tiempo.

Pero no lo habían hecho.

«No, no. No lo han hecho en esta versión del tiempo, porque no podían saber que tenían que hacerlo, salvo que supieran que me habían asesinado. Es mi muerte la que provoca que vayan hacia atrás en el tiempo para cambiar las cosas y salvarme. Así que tengo que pasar por todo este proceso terrible, tengo que presenciar mi propia muerte y, lo más espantoso de todo, tengo que morir».

«Solo entonces podrán viajar al pasado e interferir con el curso de los acontecimientos y llevarme a otro momento antes de que puedan asesinarme. Esa versión de mí nunca tendrá que vivir estos momentos terribles. Porque en aquella versión del tiempo, yo no morí».

«Pero en esta voy a hacerlo. En esa otra línea temporal no lo recordaré, pero tiene que suceder para que me salven, así que mi muerte será real, porque tendrá efectos residuales, aunque otra versión de mí, una copia, seguirá avanzando hacia el futuro sin pasar por esta muerte».

«A esa versión de mí, esa muerte le parecerá irreal, temporal, le parecerá que ha conseguido esquivarla».

«Pero no será así. Yo la habré vivido. Moriré y permaneceré muerta. Esta versión

de mí desaparecerá y yo no quiero hacerlo».

El cilindro volvió a desaparecer y, casi al instante, Param sintió una abrasadora agonía en la garganta, el calor generado por miles de millones de moléculas aniquiladas, algunas de las cuales se volvían radiactivas cuando sus átomos colisionaban, se rompían en mil pedazos y volvían a ensamblarse. Param vivió el tiempo suficiente para sentir cómo atravesaba su cuerpo entero aquella bocanada de calor y todas sus terminaciones nerviosas gritaban de dolor al consumirse en un momento abrasador.

Param reparó en que la sala estaba llena de ratones. Estaban subiéndose a la mesa y correteando por todo el suelo. Molesta y un poco asustada, logró controlar el impulso de desaparecer usando su don, lo que le hizo sentir orgullosa. No, se levantaría y saldría por sí sola de la habitación.

Pero antes de que pudiera siquiera mover la silla, Rigg apareció en el aire, sobre la mesa, a pocos centímetros de su superficie. Cayó sobre la mesa y aplastó a los ratones que había encima. Alargó la mano hacia Param.

«Algo terrible está a punto de suceder —comprendió ella—. Rigg ha venido desde el futuro para salvarme».

Alargó la mano y lo cogió.

Y de pronto, los ratones desaparecieron.

Rigg la ayudó a ponerse en pie y luego bajó de un salto de la mesa.

—Vamos —dijo. Había varios ratones en la sala.

—Nos ven —dijo Param.

—No importa —respondió Rigg—. Tenemos que salir, el vehículo volador está fuera. —Volvió a cogerle la mano y tiró de ella hacia el pasillo—. No tendríamos que haber pasado tanto tiempo en estas salas subterráneas. Es complicadísimo entrar y salir.

Al doblar una esquina se encontraron con Criador-de-ratones, que bajaba por unas escaleras.

Rigg le apretó la mano a Param y ella vio que le dirigía una mirada de advertencia.

—¡Criador-de-ratones! —exclamó su hermano—. ¡Espero que no haya ninguna norma que prohíba correr por la biblioteca!

—No, que yo sepa —contestó él, alegre—. ¿Adónde vais?

—¡A tomar el sol! —dijo Rigg—. De repente he sentido la necesidad de respirar aire puro y mi hermana ha decidido venir conmigo.

—Que os divirtáis —dijo Criador-de-ratones.

Pasaron corriendo delante de él, por las escaleras.

—No lo sabe.

—Estamos hace seis meses —dijo Rigg—. Pero en el mismo instante en que se

encuentre con uno de nuestras versiones de esta época se dará cuenta de que nos ha visto corriendo porque venimos del futuro.

—¿Qué más da eso? —dijo Param—. Vayamos donde vayamos, hagamos lo que hagamos, pueden usar su máquina temporal para enviar algo a matarnos... Una espada en el corazón, un veneno dentro del cuerpo, nunca estaremos a salvo.

—Deja de hablar y sigue corriendo —dijo Rigg—. Y no te preocupes, no podrán hacer nada de eso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Param.

—Porque no existe esa máquina —dijo Rigg.

—Pero...

—Corre —dijo Rigg.

Param estaba sin aliento. Le ardían los pulmones y las piernas le pesaban como el plomo cuando llegaron a la superficie y salieron al sol.

Allí estaba Umbo, mirándolos con preocupación. Y de repente apareció una nave voladora a su lado, y Hogaza y Olivenko esperaban junto a ella.

Umbo debía de haber llevado a Rigg al pasado como antes, cuando trabajaban juntos. Rigg habría buscado un rastro que lo llevaría al momento exacto al que quería llegar. Entonces Umbo habría ralentizado el tiempo para que pudiera aferrar ese rastro. Y luego esperaría allí para poder llevarlos de regreso al presente, al ver que Rigg cruzaba la puerta principal seguido por Param.

Cuando Rigg y Param llegaron al vehículo volador, Olivenko y Hogaza ya habían subido. Umbo esperó a que estuviesen junto a ella. Entonces alargó el brazo y cogió, no la mano de Param sino la de Rigg, y los ayudó a subir por la rampa de la nave.

—Buen trabajo —dijo Hogaza.

—Rigg y Umbo acaban de salvarte de una muerte horrible —dijo Olivenko.

La nave despegó.

—¿Qué pasa, iban a atacarme los ratones? —preguntó Param, incrédula.

—Pues sí, pero no para matarte a mordisquitos —dijo con ironía Olivenko.

—Un cilindro de acero en la garganta —dijo Rigg. Le indicó su tamaño con las manos—. Lo colocaron en tu interior durante uno de los momentos en los que desaparecerías del tiempo. Te arrancó la cabeza y te quemó todo el cuerpo.

Param sintió que se ponía enferma.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Creo que querían enseñarnos lo fácil que sería matarnos —dijo Olivenko.

—Yo creo que querían obligarnos a usar nuestros poderes para salir de aquí —dijo Hogaza.

—¿Por qué? —preguntó Param—. ¡Si querían eso, solo tenían que pedirnos que nos fuésemos!

—Puede que quienes querían que nos fuésemos estuvieran en minoría —dijo Hogaza—. Solo hemos conocido a Nada-en-el-aire y a Criador-de-ratones. Eso nos ha dado la impresión de que existía una perfecta unidad entre los hijos del cercado de

Odín. Pero puede que haya una facción poderosa que quería que nos marchásemos.

—¿Y para eso tenían que matarme?

—Sabíamos que no permitiríamos que lo hicieran —dijo Rigg—. Y que de ese modo nos obligarían a irnos.

—¿Pero y entonces qué pasa con los visitantes? —preguntó Param—. Creí que teníamos que encontrar el modo de convencerlos de que no arrasen Jardín.

—No lo creo —dijo Umbo—. Dudo que ese fuese el plan real.

—¿Nos han estado mintiendo?

—Por supuesto —dijo Hogaza—. Solo son humanos.

—¿Por qué los hemos creído, entonces? —dijo Rigg sacudiendo la cabeza. Imitó la melodiosa voz de Nada-en-el-aire—. «Queremos que tracéis un plan. Queremos que encontréis el modo de convencer a los visitantes de que no hay por qué destruirnos». ¡Por el talón izquierdo de Silbom!

—¿Y qué quieren?

—Aún no lo sabemos —dijo Hogaza.

—Yo tengo una teoría —dijo Umbo.

—¿Cuál es? —preguntó Rigg.

—Vais a pensar que es estúpida —dijo Umbo.

—Probablemente —dijo Rigg—. Pero eso no quiere decir que no sea verdad.

—O que no nos lleve a la respuesta correcta —dijo Hogaza.

—Creo que han renunciado totalmente a convencer a los visitantes de que cambien de idea —dijo Umbo—. Creo que solo querían que subiésemos a la nave de los visitantes para llevar un arma a bordo. Un arma que luego llevarían a la Tierra y que aniquilaría a toda la raza humana antes de que pudiesen enviar a los destructores para acabar con todos los habitantes de Jardín.

—¿Un arma? —preguntó Param—. Creía que no podíamos construir armas.

—No un arma en sentido literal —dijo Umbo—. No pueden fabricar armas. No han fabricado un arma. No en sentido mecánico ni biológico.

—Entonces, ¿qué se supone que íbamos a llevar a la Tierra? —preguntó Rigg.

Como respuesta, Umbo señaló a Hogaza con un ademán.

Solo entonces reparó Param en que había un par de ratones posados en el hombro del soldado.

—¿Los ratones? —preguntó.

—Te había dicho que no existe su máquina —dijo Rigg—. Pero ellos creen que sí. Creen haberla visto y creen saber cómo funciona, pero lo que han visto es un holograma de aspecto muy realista. Así que cuando las cosas se mueven en el tiempo o en el espacio, ellos creen que es la máquina la que lo hace.

Param comprendió lo que quería decir.

—Pero son los ratones.

—Los ratones de Criador-de-ratones —dijo Umbo—. Tienen genes humanos. Incluidos los de la manipulación temporal. Solo que, en el caso de los ratones, se

expresan mediante la capacidad de desplazar objetos inanimados. Pueden colocar cualquier cosa en el sitio que quieran.

—Así que cuando me pusieron un cilindro en la garganta...

—Es lo que les dijeron que hiciesen algunos humanos del cercado de Odín —dijo Umbo—. Y ellos obedecieron, porque sabían que podríamos rescatarte.

—Aunque fue más complicado de lo que pensaban —dijo Rigg—. Porque no queríamos rescatarte en un pasado muy lejano, para que no olvidases todo lo que has aprendido aquí.

—Sea lo que sea —dijo Olivenko. ¿Había un rastro de burla en su voz?

—En total, hemos pasado casi un año aquí. Un año desde que salimos del cercado de Ram para entrar en el cercado de Vadesh. ¿Cuáles de las cosas que han pasado en este tiempo se borrarían? —preguntó Hogaza—. Queríamos salvarte la vida, claro está, pero no perder un año entero en el proceso.

Param se sintió mal al pensar en una versión del futuro donde había un cuerpo suyo, abrasado y sin cabeza.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Ir a la frontera del cercado de Lar —dijo Rigg—. Al norte. Donde asesinaron a mi padre, Knosso.

—¿Vamos a volver al pasado para salvarlo? —preguntó Param.

—No nos atrevemos —dijo Umbo—. Al menos aún no. No podemos volver antes del momento en el que Rigg se hizo con el control del Muro.

—La nave no atravesará el Muro —dijo Umbo—. Hay que cruzarlo andando. Y preferiríamos no tener que experimentar la agonía de hacerlo.

—Cruzaremos el Muro más o menos en el mismo instante en que Rigg se hizo con su control —dijo Hogaza—. Mientras seguíamos en el cercado de Vadesh. Antes de llegar aquí.

—Pero nos verán —dijo Param.

—¿Quiénes? —preguntó Rigg.

—Los hijos del cercado de Odín.

—Oh, bueno... Es probable que sí —dijo Rigg—, puesto que, por lo que parece, tienden a reunirse alrededor del Muro. Pero no intentarán detenernos.

—Salvo que los ratones les envíen otro Libro del Futuro —dijo Umbo con una carcajada.

—¿Son ellos los que han escrito los Libros del Futuro? —preguntó Param.

—No, no —dijo Olivenko—. Esta es la única línea temporal donde existieron estos ratones. Los demás Libros del Futuro se enviaron por medio de la versión originaria, más rudimentaria, de la máquina de desplazamiento espaciotemporal, antes de que los ratones se hiciesen con el poder del salto temporal y multiplicasen su precisión.

—¿Y es cierto que los hijos del cercado de Odín... o más bien los ratones, por lo que parece, manipularon los genes de mi padre? ¿Y crearon a Umbo?

—Sí —dijo Rigg—. Pero esta es la primera línea temporal en la que existimos. Rampres trabajó en la manipulación genética para refinar el poder temporal, pero aún no había llegado a nosotros, hasta que intervinieron los ratones. Y su programa nunca habría llegado tan lejos, porque antes de que lo consiguiese, Jardín habría sido destruido.

Le contaron a Param todo lo que habían descubierto en la astronave. Y Param se dio cuenta de que también había cambiado otra cosa: Umbo y Rigg seguían recelando el uno del otro, pero Umbo cooperaba con Rigg, en lugar de discutir todo cuanto tenía. Había pasado algo en la astronave y Param preguntó de qué se trataba.

—Morí un par de veces —dijo Umbo.

—¿De verdad?

—Copias mías —dijo Umbo. Lo explicó lo sucedido y Param asintió.

—Igual que habría dos versiones de mí en la biblioteca, cuando salimos corriendo hace un rato. Hace seis meses.

—Solo que como tu yo pasado no te vio y no se desvió de la senda temporal en la que saltaste en el tiempo, no se provocó una división de ti —dijo Olivenko.

—Pero igualmente morí —dijo Param.

—Pero no pasa nada —dijo Umbo—, porque no recordamos haber muerto.

—Claro que pasa —dijo Rigg.

Param y Umbo lo miraron, esperando una explicación, y Param vio con sorpresa lo afectado que parecía su hermano.

—Pasa porque os he visto morir a ambos. —Apartó la mirada—. Y no quiero volver a ver algo así nunca más.

—¿Fue muy horrible? —preguntó Umbo.

—Hubo una versión de cada uno de vosotros —dijo Rigg— que sintió todo el dolor y el terror de la muerte. Vosotros no lo recordaréis, pero sucedió.

—Y a juzgar por lo que nos contaron los hijos del cercado de Odín, el mundo entero ha pasado por ello varias veces —dijo Olivenko.

—Lo que nos devuelve a la idea de Umbo —dijo Param—. ¿Cómo creéis que van a destruir la Tierra los hijos del cercado de Odín, si ni siquiera han podido crear el diseño de un arma?

—Por medio de los ratones —dijo Umbo, como si fuese la cosa más evidente del mundo.

—¿Y qué podrían hacer ellos? —preguntó Param.

—Si consiguen llevar un par en edad de reproducirse a la Tierra —dijo Umbo—, tendrán una docena de hijos al cabo de tres semanas. Con que solo cinco de ellos sean hembras, como tardan seis semanas en alcanzar la madurez, si tienen el mismo número de hijas hembras por generación, ¿cuántos habrá antes de la fecha prevista para el despegue la flota de los destructores?

Hogaza levantó una mano.

—Estos ratones llegan a la madurez sexual al cabo de cuatro semanas. Es uno de



los primeros cambios realizados por Criador-de-ratones.

—Aunque no sepan una sola palabra sobre armas antes de llegar —dijo Umbo—, contarán con varias generaciones para aprenderlo todo sobre la Tierra. Y tendrán tiempo de sobra para atacar. Y de todos modos, ni siquiera necesitarán armas mecánicas. Son expertos en genética. Mira lo que han conseguido con nosotros.

Param estaba estupefacta.

—¿Creéis que un par de ratones podrían destruir la raza humana en un año?

—Eso sí solo consiguen llegar un par de ellos en edad de reproducirse —dijo Umbo—. Y apuesto algo a que serán más.

—A los ojos de los habitantes de la Tierra, los ratones son alimañas —dijo Olivenko—. Los exterminarán.

—Ni siquiera sabrán que están allí —dijo Umbo—. No será como en la biblioteca, donde están a la vista. Los ratones saben esconderse. Y el viaje no es demasiado largo.

—¿Cómo saldrán de la nave? —preguntó Param.

—Como colectivo, son más inteligentes que nosotros —dijo Rigg—. Encontrarán el modo.

—Y entonces no vendrán los destructores —dijo Param—. Y Jardín se salvará.

Nadie respondió. Umbo apartó la mirada. Rigg se puso colorado. ¿Se avergonzaba de ella?

—Eso es cierto —dijo Hogaza—. Pero ¿qué sentido tendría cambiar la destrucción de todos los habitantes de un planeta por la de otra?

Param sacudió la cabeza.

—Ninguno, salvo este: el planeta que sobrevivirá en este caso es el nuestro. Y yo lo prefiero así, mil veces. ¿Me convierte eso en un monstruo?

—Todos somos monstruos —dijo Hogaza—, porque todos lo hemos pensado. Pero nos avergonzamos de nosotros mismos por pensarlo.

—Yo no —dijo Param.

Y entonces se dio cuenta de que por eso se había ruborizado Rigg. Porque se avergonzaba de que ella no se avergonzase de sí misma.

Por eso, Rigg nunca podría haber sido rey-en-la-tienda.

## CONFIANZA

Rigg permaneció todo el viaje hasta el Muro sentado en el vehículo volador, contemplando desde la ventana las praderas y luego las colinas cubiertas de arboleda que se extendían en dirección norte, donde el otoño volvía a campar a sus anchas. La imagen le hizo sentir un instante de nostalgia por su antigua vida en los grandes bosques de las montañas Stashi.

Pero entonces se acordó de que aquellas montañas ocultaban una astronave enterrada debajo y de que los acantilados que dominaban Vado Otoño los había levantado la colisión que había arrasado la mayor parte de la vida de Jardín. El hombre que había recorrido aquellos bosques con él, que le había enseñado y que lo llamaba «hijo», era una máquina y un embustero y al morir no había muerto en realidad, pero había permitido que Rigg cargase con la tristeza de aquella pérdida y luego se ocupase de sí mismo sin la ayuda de nadie.

Ahora habían vuelto a arrebatarle el sentido de identidad. Ya le había costado aceptar que era miembro de una familia real. Que querían asesinarlo, esto podía asumirlo sin pestañear. Pero descubrir que su auténtico padre, Knosso, había sido objeto de manipulaciones genéticas para potenciar sus habilidades mentales y que se las transmitiese a Param y a él, y que todo ello era obra de unos ratones semihumanos... era demasiado.

«¿Hay algo en mi vida que no sea fruto de los planes de otros?».

Incluso ahora, allí estaban esos dos ratones, posados sobre el hombro de Hogaza, observando ostentosamente todo cuanto sucedía a su alrededor, tan simpáticos y avispados como parecen siempre los ratones. Pero Rigg podía ver los rastros de otros ratones en la nave, los que se les habían subido a todos a la ropa al acercarse a la nave, los que habían entrado sin que nadie se fijase mientras estaba allí con las puertas abiertas, esperándolos. Había al menos un centenar de ratones a bordo y, sin embargo, era como si nadie se diese cuenta. ¿Lo sabía Hogaza? Seguramente él podía oírlos.

Pensó que quizá tendría que decírselo a los demás. Pero ¿cómo cambiaría el comportamiento de los roedores si de repente advertía a todos sobre su presencia?

¿Sería una simple prueba, para comprobar si eran capaces de subirse a una nave sin que los humanos se diesen cuenta de ello? Era un plan muy astuto. Los humanos que no poseyesen el don de Rigg para captar los rastros o la capacidad perceptiva de Hogaza, potenciada por el mascaracarne, nunca se habrían dado cuenta.

¿O no era ningún experimento? Los ratones les habían demostrado que podían

matar y que matarían... que los matarían a ellos. Del mismo modo que Odinpres les había demostrado que podía matar a uno de ellos. ¡Y le habían tenido miedo a Vadesh! Comparado con esto, Vadesh era su mejor amigo.

No, no parecía probable que los ratones quisieran acabar con ellos durante el viaje. ¿Qué estarían planeando?

—Me preguntó cómo interpretarán los ordenadores de las naves mis instrucciones con respecto al Muro —dijo Rigg.

Como estaba mirando a Hogaza al decirlo, fue este el que respondió:

—¿Qué instrucciones?

—Les dije que cualquiera que me acompañara podía atravesar el Muro cuando yo lo hiciese... Cualquiera que estuviese conmigo. Pero ¿cómo definimos «cualquiera»?

—Miró de soslayo a los ratones, que Hogaza llevaba encima como hombreras vivientes.

Hogaza asintió con tono pensativo.

—Dices que no podrán atravesar el Muro.

—Digo que no lo sé.

—Así que la cuestión filosófica de si alguien es una persona o no —dijo Olivenko— tiene consecuencias prácticas.

—Siempre las tiene —dijo Param—. Antes de matar a alguien tenemos que convertirlo en algo distinto a una persona.

—Es peligroso no ser una persona —dijo Umbo—. O ser una copia extra de una persona.

—Individualmente, esos ratones son bastante inteligentes, pero no tanto como los seres humanos, ¿no? —dijo Rigg—. Me gustaría saber cómo se ven a sí mismos.

—Se necesitan mutuamente —dijo Hogaza—. Están especializados, así que no pueden alcanzar su máximo potencial cuando están solos.

—Los dos que llevas al hombro... —dijo Rigg—. ¿Juntos son como un ser humano o menos?

—Menos —dijo Hogaza—. Al menos, eso me han dicho. Más que nada, han venido para recoger datos.

—Yo también quiero recoger algunos datos —dijo Rigg—. ¿Pueden reproducirse esos dos?

Los ratones se quedaron parados y miraron a Rigg fijamente.

—Qué interesante —dijo Hogaza—. Han estado conversando sin parar hasta que has preguntado eso.

—Es lo que quieren hacer con los visitantes, ¿no? —preguntó Rigg—. Subirse a bordo de su nave, ir a la Tierra y luego reproducirse furiosamente.

—Estos dos pueden reproducirse, sí —dijo Hogaza.

Rigg no mencionó que tenía la práctica certeza de que había muchas docenas de parejas capaces de reproducirse entre los ratones que habían subido a bordo.

—Así que, si los llevamos al cercado de Lar, ¿tienen la intención de establecerse

allí?

Al instante, los ratones adoptaron la postura que indicaba que le estaban hablando a Hogaza al oído. Pero Rigg había decidido hacía rato que solo lo hacían de cara a la galería. Hogaza podía oírlos perfectamente, mirasen adonde mirasen, y eran tan pequeños que a una mínima distancia —como por ejemplo al otro lado del vehículo volador— ya era imposible ver si estaban moviendo los labios para hablar. Así que se ponían así cuando querían que los viesen hablando.

—Dicen que no se les había ocurrido la idea —dijo Hogaza.

Rigg no respondió. Ni ninguno de los demás.

—Vale, admiten que es mentira —dijo Hogaza—. Tienen la intención de colonizar el cercado de Lar. Dicen que como sus habitantes viven en el océano, la tierra está deshabitada y no hay razón para desaprovecharla.

—Sería la primera invasión de un cercado por parte de los habitantes de otro —dijo Rigg.

—Una invasión no —dijo Hogaza—. Una colonización.

—La colonización de Jardín fue tan poco agresiva con los nativos la primera vez... —dijo Olivenko.

—Como vamos a entrar en el cercado de Lar en una época pasada, pasarán muchas generaciones antes de que lleguen los visitantes —dijo Umbo.

—Si en el cercado de Odín fabrican armas —dijo Param— y eso provoca la destrucción de ese cercado, sobrevivirán en el de Lar... junto con el conocimiento sobre la fabricación de armas.

—Hay tantos posibles planes... —dijo Rigg—. No, no creo que les deje cruzar el Muro.

Los ratones volvieron a hablarle a Hogaza al oído.

—Diles que no se molesten con más mentiras —dijo Rigg.

—Lo saben —dijo Hogaza—. Quieren que entiendas que ya imaginaban que los verías a todos y que no entienden por qué no has mencionado su presencia.

—Otra mentira —respondió Rigg—. No tenían que entrar a hurtadillas, podrían haberlo hecho abiertamente. Pero optaron por el engaño.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Umbo.

—Hay más de cien ratones en esta nave —dijo Rigg—. Supongo que pensaron que, como vienen «con» nosotros, podrían atravesar el Muro.

—¿Dónde están? —preguntó Param.

—Tienes dos en el pelo —dijo Rigg.

Param chilló y se pasó los dedos por el cabello. Los ratones saltaron sobre el respaldo del asiento y luego se perdieron de vista por detrás de los asientos.

—Todos los llevamos en la ropa —dijo Rigg—. Sería de agradecer que se reuniesen allí, donde podamos verlos.

Al cabo de un instante aparecieron montones de ratones, apilados sobre el suelo, apoyados en los respaldos de las sillas y encima de los controles de la nave.

—El vehículo volador no obedecerá ninguna orden de los ratones —dijo Rigg.

—Comprendido —dijo la voz del ordenador de a bordo.

—¿Te han dado alguna? —preguntó Rigg.

—Han escogido el punto donde debía aterriza —dijo la voz de la nave.

—Por la oreja izquierda de Silbom... —comenzó a decir Umbo.

—Y el resto de su cuerpo —añadió Olivenko.

—No les he oído decir nada —dijo Hogaza.

—Castañetean con los dientes, juntan los dedos de los pies —dijo la voz de la nave—. Frotan el cuerpo con las superficies, emiten suspiros y jadeos. Es un idioma tan completo como otro cualquiera. Me lo enseñaron hace siglos.

—¿Estaban preparándose para estrellar la nave? —preguntó Rigg.

—Sí —dijo la voz de la nave—. Si hacías cualquier intento por matarlos, debía lanzar la nave contra el suelo a una velocidad fatal.

—Así que no estoy al mando —dijo Rigg.

—Todavía no me habías ordenado que no obedeciese a los ratones.

—Un grupo muy inteligente —dijo Rigg—. Mucho más que yo, con todos los que hay aquí.

—En realidad no —dijo Hogaza—. Cuando son tantos, pueden realizar más tareas y recordar más datos. Pero eso no quiere decir que sean más inteligentes, no necesariamente. Todo depende de cómo definas «inteligencia».

—Después de todas las veces que nos han mentido —dijo Umbo, ¿cómo he podido creer a los ratones?

—Son tan monos... —dijo Param con amargura.

—Desgraciadamente —dijo Umbo.

—Mucho me temo que nuestros amigos roedores tienen la extraña idea de que, como en cierto modo son nuestros creadores, pueden hacer con nosotros lo que quieran —dijo Rigg.

Los ratones permanecieron rígidos, mirándolo sin pestañear.

—Es el mismo error que cometen muchos padres con sus hijos —añadió Olivenko.

—Voy a dar una orden que seguirá vigente después de mi muerte. No se permitirá a ningún ratón atravesar el Muro, jamás.

—Entendido —dijo la voz de la nave.

—¿Y estás de acuerdo? —preguntó Rigg.

—Tus órdenes no pueden seguir vigentes después de tu muerte —respondió la voz de la nave—. Pero estamos de acuerdo en que es una orden deseable y la respetaremos.

—Las piedras solo confieren autoridad a personas con forma humana —dijo Rigg—. ¿Estamos de acuerdo en esa norma?

—Sí —dijo el ordenador de la nave.

—Creen que eres un racista —dijo Hogaza.

—Yo creo que ellos han demostrado creer que matar seres humanos es uno de sus derechos —replicó Rigg—. Cosa que los coloca en una categoría distinta.

—Están diciéndome toda clase de cosas conciliadoras —dijo Hogaza—. Pero ya no confío en ellos, así que no creo que tenga demasiado sentido repetírtelas.

Todos los ratones se volvieron al unísono hacia Hogaza.

—Creo que acabas de ofenderlos —dijo Umbo.

—¿Quieres que la nave se dirija al punto de aterrizaje escogido por los ratones? —preguntó la voz del ordenador de a bordo.

—Sí —dijo Rigg—. Supongo que habrá miles de ratones espesando allí para entrar en el cercado de Lar. Podríamos mantener una conversación con la totalidad de este grupo de aspirantes a conquistadores.

—No tienen por qué escucharte —dijo Hogaza—. Es lo que acaban de decirme.

—Y nosotros no tenemos por qué escucharlos a ellos —dijo Rigg—. Y no tenemos por qué llevarnos a ninguno con nosotros al pasado.

—Creen saber cómo acoplarse a tu campo temporal cuando saltas —dijo Hogaza—. Lo probaron cuando volviste a buscar a Param.

—Me pregunto si será verdad —dijo Rigg.

—Prácticamente están gritando que es verdad, sin duda ninguna —dijo Hogaza.

—Cosa que harían si fuese mentira —dijo Olivenko.

—Supongamos que hay un ratón que siempre miente y otro que siempre dice la verdad —dijo Hogaza.

—Pregúntale a uno si es un mentiroso y luego al otro si el primero ha dicho la verdad —dijo Param—. Es muy antiguo.

—El problema es —dijo Rigg— que podrían ser los dos unos mentirosos. De hecho, estoy casi convencido de que no podemos dar crédito a nada de lo que dicen.

—Creo que son demasiados —dijo Olivenko—. Tienen redundancia de sobra. Me da la impresión de que no estaría mal diezmarlos un poco a pisotones.

Los ratones se alejaron correteando de él.

—Es nuestra única ventaja —dijo Olivenko—. Podemos aplastar sus pequeños cráneos con los pies.

—O con las manos —dijo Umbo—. Un final mucho menos refinado que meterle a Param un trozo de metal cuando está fragmentando el tiempo.

—No creo que haya que declarar la guerra de momento —dijo Rigg—. Además, a juzgar por los rastros que estoy viendo, hay varias docenas que no han salido de sus escondrijos. Están escondidos entre la maquinaria de la nave. Creo que, sea quien sea el que dé las órdenes a la nave, el vehículo se estrellará igualmente si los ratones se sienten amenazados.

—Crees bien, según ellos —dijo Hogaza.

—Y no podemos saltar hacia atrás en el tiempo —señaló Umbo—, puesto que nos materializaríamos en el aire, antes de que la nave llegase aquí, y caeríamos en picado al suelo.

—Gracias por resaltar nuestra impotencia —dijo Param.

—Dicen que estamos en tablas —dijo Hogaza.

—En realidad no —dijo Rigg—. Nosotros podemos salvar al mundo y ellos no. Nos necesitamos mutuamente. Pero digamos que estoy abierto a discutir sobre ello cuando lleguemos al Muro.

—Yo no —dijo Umbo. Rigg vio que su compañero lamentaba inmediatamente el tono desafiante de sus palabras. Había levantado las manos como si quisiera borrar lo que acababa de decir.

—Pues entonces es una suerte que sea yo el que va a encargarse de hablar —dijo Rigg con una sonrisa.

—¿Y qué les vas a decir? —preguntó Param.

—Cualquier cosa que os diga —respondió Rigg— podrán oírla.

—Yo puedo oír lo que se dicen ellos —dijo Hogaza.

—¿Todo? ¿Incluida esa lengua de chasquidos y golpeteos?

—Sí, ahora que sé que es un idioma —dijo Hogaza.

—¿No pueden comunicarse a ningún nivel que no puedas captar, incluso con el mascaracarne? —preguntó Rigg.

Hogaza asintió en respuesta a su pregunta.

—No puedo saberlo con total certeza —respondió—. Podría ser lo que ellos quieren que crea.

—Qué dilema —dijo Rigg—. ¿Cómo establecer vínculos de confianza con una nación que ya nos ha atacado y asesinado a algunos de nosotros?

—También nosotros hemos matado a algunos de ellos —dijo Param.

—Solo a los que se nos metían debajo de los pies —dijo Umbo.

—¿Los has llamado nación? —dijo Olivenko.

—Es lo que son, ¿no te parece? —preguntó Rigg—. Un país extranjero. Una cultura inescrutable. Nos miran con tal desprecio que no creen tener la obligación de decirnos la verdad ni de cumplir su palabra.

—Me aseguran que cumplirán su palabra, que no rompen sus promesas —dijo Hogaza.

—Qué extraño —comentó Rigg—. Y yo que creía que eran humanos...

—Bien —dijo Hogaza—, ahora dicen que tampoco ellos pueden fiarse de nosotros.

—Porque hemos matado a muchos de ellos, hemos roto las promesas que les habíamos hecho y les hemos mentido constantemente —dijo Rigg.

—Dicen que la única razón por la que no los has mentido es que no los tomabas lo bastante en serio como para molestarte en engañarlos.

—Es cierto —dijo Rigg—. Pero también lo es que pueden oír todo lo que nos decimos, por lo que a nosotros nos costaría mucho más mentirles que a ellos. —Pero entonces, empezó a hablar en la antigua lengua de las llanuras del río Stashik, la que se hablaba en el imperio de O mientras los Sessamid eran todavía nómadas que

vivían en tiendas y quemaban estiércol para iluminarse por la noche.

Hasta ese momento, Rigg nunca había comprendido por qué se había empeñado tanto su padre en que aprendiera a hablar con fluidez una lengua muerta. Pero en aquel momento sus compañeros, que también habían cruzado el Muro, pudieron comprenderlo inmediatamente. Mientras que los ratones, que jamás habían atravesado el Muro y nunca se habían tomado la molestia de aprender una lengua muerta de otro cercado, no entendieron una sola palabra.

Su padre —no, Rampres— conocía el don de lengua que recibiría cualquiera que atravesase el Muro con Rigg. «Me enseñó este idioma para que pudiera utilizarlo en estas circunstancias exactas, cuando tuviera que comunicarme con quienes hubiesen atravesado el Muro sin que lo entendiesen quienes no lo habían hecho».

Una vez que estuvo seguro de que los demás comprendían sin dificultades la lengua de O, preguntó a Hogaza:

—¿Nos entienden?

—Si sigues haciendo preguntas tan evidentes como esa, junto con gestos —dijo Hogaza—, no tardarán en descifrar esta lengua. Pero de momento no.

—Pues nos están prestando mucha atención —dijo Umbo.

—Así es como aprenden —dijo Hogaza—. Y, de nuevo, los has mirado de un modo y has usado un gesto que les ha permitido descifrar tus palabras. Sugiero que cerremos los ojos para no darles demasiadas pistas de tipo visual.

—Entonces se nos echarán encima —dijo Param.

—Eso pueden hacerlo tengamos los ojos cerrados o abiertos —dijo Hogaza—. Y Rigg puede ver sus rastros aunque los tenga cerrados.

Era verdad. Rigg no necesitaba responder.

—Por muy peligrosos y poco de fiar que sean —dijo Rigg—, y por mucho que les guste subirse al pelo de la gente, estas criaturillas pueden ser la única esperanza que tenga el pueblo de Jardín contra los visitantes.

—Pues entonces nosotros somos la única esperanza que tiene el pueblo de la Tierra contra estos roedores —dijo Olivenko.

—Tal como dijo Param —respondió Rigg—, si se trata de elegir entre ellos o nosotros, ¿no nos escogeríamos a nosotros como supervivientes?

—¿Tiene sentido sobrevivir si estamos gobernados por ratones? —preguntó Olivenko.

—Una pregunta excelente —dijo Rigg—. Estoy dispuesto a debatir el tema cuando lleguemos allí.

—Propongo que saltemos en el tiempo y los dejemos aquí —dijo Umbo—. Una vez que haya aterrizado, me refiero.

Param y Olivenko murmuraron sendas expresiones de asentimiento.

—Entonces se convertirán en nuestros enemigos —aseguró Hogaza.

—¿Acaso no lo son ya? —preguntó Olivenko.

—Nuestros enemigos —dijo Hogaza— son los destructores.



—Pero no podemos fiarnos de ellos —dijo Param—. Aunque ellos salven Jardín de los destructores, ¿quién lo salvará de los ratones?

—¿Y quién salvará a los ratones de nosotros? —preguntó Hogaza—. ¿Quién salva a nadie alguna vez?

—Los humanos se hacen la guerra unos a otros —dijo Rigg—. Hogaza tiene razón. Si nos separamos de los ratones en este momento, estaremos haciendo lo que han hecho los seres humanos durante toda su historia: ir a la guerra precisamente en los momentos en los que más unidos debían estar.

—¿Cómo vamos a unirnos con ellos? —preguntó Umbo.

—Esa es la cuestión, ¿no? —dijo Rigg—. Hasta ahora hemos estado unidos con ellos sin saberlo... Hemos actuado como ellos querían, hemos obedecido sus designios, aun sin saber quiénes eran. Al recoger las piedras y al usar el cuchillo que habían hecho para nosotros, hemos sido sus marionetas.

—Pues cortemos los hilos —dijo Olivenko.

—Los únicos hilos que podemos cortar —dijo Hogaza— son los que podemos ver.

—Nuestra misma existencia es uno de los hilos —dijo Rigg—. Y no lo olvidemos: no pueden saltar en el tiempo, pero ¿y si cambian de idea sobre la piedra que nos faltaba? Lo que nos dieron, podrían quitárnoslo en nuestro pasado.

Esto los dejó pensativos a todos.

—¿Por qué no lo han hecho aún? —preguntó Umbo—. Teniendo en cuenta que no estamos haciendo lo que quieren...

—Aún no es así —dijo Rigg—. De momento seguimos hablando.

—Deben conseguir lo que quieren —dijo Hogaza—. Y lo que quieren es sobrevivir. Para ello tienen que salir del cercado y propagarse por el mundo. Por los mundos.

—E impedir que la gente de la Tierra envíe a los destructores —dijo Param.

—¿Qué queremos nosotros? —preguntó Rigg.

—Que dejen de manipularnos —dijo Umbo.

—Ni siquiera nosotros mismos podemos dejar de manipularnos unos a otros —dijo Rigg—. Es lo que hacen los humanos. Nos influimos mutuamente.

—¿Y entonces qué? —preguntó Umbo—. También nosotros queremos detener a los destructores.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Rigg.

—No tenemos ninguno —dijo Olivenko.

—¿Y por qué no? —preguntó Rigg.

—Porque no somos un billón de ratones —dijo Param.

—No tenemos un plan porque aún no sabemos nada —dijo Rigg—. Lo único que tenemos son los Libros del Futuro. Y no explican lo único que realmente importa.

—Por qué vendrán los destructores —dijo Hogaza.

—Hasta que no sepamos lo que provocará su acción, sus motivaciones, lo que

verán en este mundo, no podemos trazar un plan —dijo Rigg.

—¡Pero los ratones tampoco lo saben! —dijo Param—. Es una estupidez.

—Exacto —dijo Rigg—. Sí, eso es, Param. Tienen un plan, hacer exactamente lo que harán los destructores: eliminar el problema para no tener que tratar con seres a los que no comprenden.

—Bueno, es un plan —dijo Umbo—. No es que sea estupendo, pero al menos es un plan.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Rigg— es convencer a los ratones de que su plan es un error.

—No podemos asegurar que lo sea —dijo Param.

—Pues no que es un error —dijo Rigg—. Pero sí prematuro. ¿Qué os parece eso? Respondieron con murmullos de asentimiento.

—Tenemos que convencerlos de que esperen un ciclo más —dijo Rigg.

—¿Y por qué iban a hacerlo? —dijo Olivenko—. Ya han pasado nueve ciclos. Este es el primero en el que aparecen los ratones. Quieren comprobar lo que pueden hacer.

—Pero en los demás ciclos, lo único que llegaron a saber los hijos del cercado de Odín es lo que decía el mensaje que les envió el pueblo del futuro —dijo Rigg—. Esta vez estamos nosotros. Podemos verlo con nuestros propios ojos. Conocer a los visitantes. Ver a los destructores. Entonces podemos volver al presente o a... algún otro momento. Volvemos y hacemos algo juntos, con los ratones, porque tendremos mucha más información que la poca que contienen los Libros del Futuro.

—Será la primera vez que sucede algo así —dijo Olivenko.

—Pero para ello tendremos que viajar al pasado con los ratones —dijo Umbo—. Las dos veces... Ahora y al final, cuando lleguen los destructores.

—Tendremos su memoria para ayudarnos, además de las nuestras —dijo Param.

—Para nosotros tiene sentido —dijo Hogaza—. ¿Lo tendrá para ellos?

—Sí —dijo la voz de la nave.

—¿Sí qué? —preguntó Rigg.

—Están de acuerdo en que es un buen plan —dijo la voz de la nave—. Están de acuerdo en esperar un ciclo, mientras les prometáis llevar con vosotros a tantos como podáis.

Así que los ratones habían entendido lo que decían desde el principio. ¿Cómo?

—Les has traducido lo que decíamos —dijo Rigg.

—No ha sido necesario —dijo la nave—. ¿Dónde aprendiste la lengua del imperio de O?

—Me la enseñó Rampres —dijo Rigg. De pronto se sentía estúpido.

—Si Rampres la conocía, la conocían también todos los ordenadores y los prescindibles —dijo la voz de la nave—. Y por tanto también los ratones.

—¿Y por qué se molestarían en aprender una lengua muerta de otro cercado? —preguntó Olivenko.

—Tú eres un erudito —dijo Rigg—. Estudias toda clase de cosas inútiles.

—El mero hecho de que algunos ratones en una población de miles de millones sepan algo no significa que todos lo sepan —dijo Olivenko.

—Se aseguraron de que entre los ratones que iban a subir a la nave conociesen todas las lenguas que hablase cualquiera de nosotros —dijo Rigg—. Los prescindibles sabían qué lenguas me había enseñado Rampres, así que los ratones sabían las que necesitarían.

—Nos han engañado para que creyésemos que no podían entendernos —dijo Param.

—Nos hemos engañado nosotros solos —dijo Rigg—, porque yo he dado por sentado que no la entenderían.

—Y ahora confían en ti —dijo la voz de la nave—. Porque saben lo que has dicho cuando creías que no te entendían.

—Es exactamente lo que íbamos a decirles —dijo Rigg.

—Sí —dijo la voz de la nave.

—Supongo que así es como se construye la confianza —dijo Hogaza.

—¿Espionando a los demás cuando creen que no los escuchas? —preguntó Umbo.

—Descubriendo algo sobre ellos que no podrías haber conocido de otro modo —dijo Hogaza—. Escuchando lo que dicen cuando es seguro que están diciendo la verdad.

—Salvo que supiésemos lo que estaba pasando —dijo Param.

—Saben que no estábamos mintiendo —dijo Hogaza—. Pueden leer el lenguaje corporal, igual que yo. Aunque hubiéramos fingido creer que no podían entendernos, no podríamos habérselo ocultado.

—¿Puedo aterrizar ya? —preguntó la voz de la nave.

—¿Hemos llegado? —preguntó Rigg.

—Llevo ya algún tiempo sobrevolando el lugar.

—Sí, aterriza —dijo Rigg—. ¿Alguna vez sabremos algo sobre lo que está pasando realmente?

—No —dijo Olivenko—. Lo único que podemos hacer es especular basándonos en la información de que disponemos.

—Y nuestras especulaciones... ¿son acertadas? —preguntó Rigg.

—Con la frecuencia suficiente para que no dejemos de intentarlo —dijo Olivenko—. El problema es que, a veces, cuando creemos tener razón, tenemos razón por razones equivocadas y a veces, cuando creemos estar equivocados, en realidad tenemos razón.

—Nunca sabemos nada —dijo Param—. Eso es lo que dices.

—Lo que digo es que tenemos que especular creyendo que vamos a acertar y luego esperar a ver cómo salen las cosas —dijo Olivenko.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo en que este es el mejor plan? —preguntó Rigg—. ¿Esperar a que vengan los visitantes, estudiarlos, esperar a los destructores,

descubrir lo que podamos sobre ellos y luego volver al pasado y hacer un nuevo plan teniendo en cuenta lo que creemos que sucedió?

—Creo que también estamos de acuerdo en otra cosa —dijo Hogaza—. Tanto nosotros como los ratones.

—¿Y qué es? —preguntó Umbo.

—Intentaremos salvar tanto la Tierra como Jardín —dijo Hogaza—. Pero si es imposible hacerlo, salvaremos Jardín.

El vehículo volador se posó sobre la superficie y abrió la puerta.

Al otro lado, la tierra estaba cubierta por completo de ratones.

—Van a matarnos a todos —dijo Param al ver que los ratones avanzaban en masa hacia la nave.

—No —dijo Rigg—. Simplemente se alegran de vernos.

## TRÁNSITO

Umbo observó cómo invadían los ratones la nave, apelotonándose y formando temblorosos montones.

—Se están contando lo que ha pasado —dijo Hogaza.

—Creo que algunos de ellos están apareándose —dijo Rigg con voz seca.

Umbo vio que Param subía las piernas al asiento. No es que recordase cómo la habían matado los ratones. Él sabía que Odinpres había matado a dos de sus copias. Hasta había podido ver de reojo los cadáveres mientras salía de la nave por el puente. Pero no había sentido nada. Habían salido de él, pero ya no formaban parte de él. No obstante, después de lo sucedido albergaba algunas reticencias más con respecto a los prescindibles, así que probablemente la respuesta de Param con respecto a los ratones no fuese irracional.

—Me da la impresión —dijo Umbo— de que no somos más que una gatera, por la que estos ratones piensan atravesar el Muro.

Olivenko soltó una carcajada. Nadie más reaccionó.

—Y los ratones —continuó Umbo— no son más que el décimo intento de los hijos del cercado de Odín para impedir la destrucción de Jardín. Si cualquiera de los anteriores hubiera dado fruto, los roedores del cercado de Odín no serían más que ratones de campo o ratones domésticos normales y corrientes.

—Y todos nosotros existimos en Jardín —dijo Param— porque los humanos de la Tierra decidieron colonizar otros mundos.

—Lo dices como si esa fuese una mala razón para existir —aseveró Olivenko, todavía divertido por el comentario anterior de Umbo.

—¿Y por qué existen los humanos? —preguntó este—. Al menos nosotros y los ratones tenemos un propósito. Alguien quería que estuviésemos aquí.

—Toda generación existe para dar a luz a la siguiente —dijo Olivenko—. Toda generación existe debido al deseo de la siguiente. Es el ciclo de la vida.

—Es decir, que según tú, el ciclo de la vida existe para perpetuar el ciclo de la vida —dijo Umbo.

—Una y otra vez —dijo Olivenko.

—La cabeza me da vueltas —dijo Rigg—. Ojalá pudiera oír lo que están diciendo.

—Pues yo nunca había querido formar parte de una conversación entre ratones —dijo Olivenko.

—Yo me he pasado la mitad de mi vida como ratón —dijo Param—.

Ocultándome como ellos. Observando desde las paredes.

—¿Robando comida de noche en las cocinas a oscuras? —preguntó Umbo.

—La cocina de la casa de Flacomo nunca estaba a oscuras —dijo Param—. Siempre estaban cocinando, a cualquier hora del día o de la noche.

—Más o menos como los prescindibles y las astronaves —dijo Umbo—. Si todos nosotros formamos el ciclo de la vida, ¿qué pasa con ellos? Son herramientas creadas por los constructores de la astronave. Pero las astronaves llevan once mil años sin volar. Han sido los mayordomos de la raza humana, sometidos a una serie de normas establecidas para ellos desde el comienzo. Ram Odín cambió esas normas y el segundo Ram Odín cambió lo que pudo y los hijos del cercado de Odín han hecho pequeñas trampas, pero en términos generales, los prescindibles han seguido sus propios planes y nos han contado solo lo que querían que supiéramos.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Param, con cierto tono de irritación.

—¿Y si los destructores vinieron a destruir Jardín debido a algo que les contaron los prescindibles a los visitantes? —preguntó Umbo—. ¿Y si no tuvo nada que ver con nada que hicieran, dijeran o construyeran los habitantes de Jardín?

Volvió a hacerse el silencio, pero esta vez no por falta de interés en la observación de Umbo.

—No sé cómo íbamos a enterarnos —dijo Olivenko.

—Los ratones saben lo que se dicen los prescindibles y las naves —dijo Hogaza.

—No —repuso Umbo—. Los ratones te han dicho que interceptan las comunicaciones de las naves. Lo mismo nos dijeron los hijos del cercado de Odín, pero ¿cómo podemos saber que las interceptan todas? No pueden interceptar aquello que no digan las naves y los prescindibles. Además, los prescindibles saben que los espían y se les da muy bien mentir.

—Las naves me dicen la verdad —dijo Rigg—. Que nosotros sepamos.

—Eso espero —dijo Umbo—. Porque si lo piensas detenidamente, las naves y los prescindibles son una misma cosa. Una misma mente.

—En realidad —dijo la nave— utilizamos grupos de programas completamente distintos.

—Cierra el pico, por favor —dijo Rigg con tono desenfadado.

—Las naves controlan a los prescindibles cuando quieren —continuó Umbo—. Eso significa que todo cuanto hacen los prescindibles cuenta con el consentimiento de las naves. ¿Funcionará también al revés?

—¿Quieres decir, si lo que hacen las naves es porque lo quieren los prescindibles? —preguntó Param.

—Los satélites están programados para destruir toda la vida en cualquier cercado donde se desarrollen tecnologías que desapruében los prescindibles —dijo Umbo—. Esto quiere decir que parte de la misión de los prescindibles consiste en juzgar todo lo que hacemos. Todo lo que hacen los ratones. Y destruirnos a todos forma parte de su misión. ¿Y si la semilla de la capacidad de saltar en el tiempo, que existe en todos

los descendientes de Ram Odín es un arma prohibida? En ese caso, el único modo de erradicarla por completo sería borrar todo rastro de vida humana de la superficie de Jardín.

—Es una especulación tan válida como la que más —dijo Rigg.

—Pero sigue siendo solo una especulación —dijo Olivenko.

Su respuesta irritó a Umbo.

—¿Por qué las ideas de los demás son «teorías» y las mías «especulaciones»?

—Todas son especulaciones —dijo Rigg—. Y todas son teorías. Cuando nos encontremos con los visitantes, habrá que tener la tuya muy presente. Puede que no sea ese el problema. Puede que sea lo que descubran en los cuadernos de bitácora de los ordenadores de las naves.

—O puede que sea lo que les digan los prescindibles —dijo Umbo—. Puede que tengan una programación subyacente a la que Ram Odín no pudo acceder. Puede que hayan tenido sus propios planes desde el principio.

—Al principio —dijo Param— solo había una astronave y venía a este mundo para fundar una colonia. Por lo que sabían los visitantes hasta que llegaron aquí, la colonia de Jardín solo debería tener doce años de antigüedad. ¿Qué plan secreto podía existir en la programación profunda de los prescindibles?

—Uno que no tuviese que ver con nosotros pero nos afecte igualmente —dijo Umbo.

—¿Y cómo vamos a saberlo? —preguntó Rigg con voz seria—. ¿Cómo podemos saber nada?

—Creo que tenemos que volver al principio —dijo Umbo—. Creo que tenemos que hablar con Ram Odín.

—No podemos —dijo Rigg—. No nos atrevemos. Si cambiamos alguna de sus decisiones, podríamos deshacer toda la historia del hombre en Jardín.

—Deshacer no, rehacer —dijo Olivenko.

—Puede que no fuese así —dijo Umbo—. Había diecinueve Ram Odín en total. O al menos los hubo durante unos minutos. ¿Y si hablásemos con alguno de los que murió?

—¿Qué podríamos averiguar? —preguntó Olivenko con cierto tono de desdén—. Ninguno de esos Ram Odín fue el que tomó las decisiones que moldearon este mundo.

—Para empezar —dijo Rigg—, Ram Odín solo tomó las decisiones que tomó basándose en los datos que le proporcionaron las naves y los prescindibles. Pero además, él sabía cosas sobre el funcionamiento de los prescindibles que nosotros ignoramos.

—Los ratones se marchan —dijo Param.

Así era. Estaban abandonando la nave a toda prisa, corriendo por la rampa o dejándose caer desde los costados. Tardaron un tiempo sorprendentemente largo en evacuarla. Parecía que hubieran invadido la totalidad del vehículo.

—Al fin solos —dijo Olivenko una vez que el último de los roedores bajó de la rampa.

—Aún hay cinco sobre Hogaza —dijo Rigg—. Y otros tres escondidos en la tapicería.

Los ratones aludidos abandonaron sus escondrijos y se dirigieron hacia la puerta.

—No tienen que irse —dijo Rigg—. No tenemos nada que esconder.

Pero los roedores se fueron de todos modos.

Umbo se puso en pie, se acercó a la compuerta y miró desde allí. Estaban en lo alto de una colina, prácticamente rodeados por zonas boscosas. Se veían varias de las casas-árbol de los hijos del cercado de Odín.

Rigg se acercó y se detuvo a su lado.

—Están en casa —dijo.

—Pues no han salido a ver lo que hacemos —dijo Umbo.

—Han visto el vehículo volador del cercado de Odín —dijo Rigg— y lo único que pueden ver de nosotros es un par de personas en la compuerta. Desde su punto de vista, lo único que estamos haciendo es transportar ratones para una especie de gran fiesta de roedores.

Umbo se volvió hacia los demás.

—¿Debemos hacerlo? —preguntó.

—¿Llevarnos a los ratones al pasado? —preguntó Hogaza—. Les hemos dado nuestra palabra.

—No sabemos si podemos hacerlo —dijo Umbo.

—Claro que podemos —dijo Rigg—. Si podemos llevarnos a Hogaza, podemos llevarnos a cualquiera.

Hogaza esbozó una sonrisa poco entusiasta.

—¿Y hasta qué momento debemos viajar? —preguntó Umbo—. ¿Cuánto vamos a remontarnos en el tiempo?

—Todo lo posible, hasta el momento en que nos hicimos con el control del Muro, supongo —dijo Rigg.

Umbo se fijó en que había dicho «nos hicimos».

Como si alguien que no fuese él tuviera el menor poder sobre el Muro.

—No llevo un calendario perfecto en la cabeza —dijo Umbo—. ¿Por qué no lo cruzamos ahora, un año antes de la llegada de los visitantes?

—Porque los ratones quieren estar bien arraigados para entonces y para eso no basta con unas pocas generaciones —respondió Hogaza—. Quieren que crucemos el Muro con diez mil de ellos, para que haya millones cuando lleguen los visitantes.

—Eso es lo que quieren los ratones —dijo Umbo.

—Les hemos dado nuestra palabra —dijo Param.

—Basada en la información que ellos nos han dado —dijo Umbo—. Y en lo que nos han dicho los prescindibles y la nave.

—Umbo tiene parte de razón —dijo Rigg—. Aunque no la parte que él cree...



Vamos a cumplir nuestra palabra, al menos yo. Pero no sabemos si podemos llevar diez mil ratones al pasado. Ni siquiera cincuenta. ¿Y cómo vamos a localizar el momento exacto al que debemos llegar?

—Solo tienes que... engancharte a algún rastro, como siempre —dijo Umbo.

—¿Qué rastro? —preguntó Rigg—. ¿Cómo sabemos cuál de los rastros que se acercan al Muro son de la fecha que buscamos, o al menos una próxima?

—Podemos llevarnos el vehículo volador —dijo Olivenko— y cuando estemos allí le preguntas si la fecha es la correcta.

—No —dijo Umbo—. Si llegamos antes de que Rigg se hiciese con el control de las astronaves, no tendrá por qué hacer nada de lo que le digamos.

—Pero la nave procede de esta época, del futuro de ese momento —dijo Olivenko.

—Las máquinas no son personas —dijo Umbo—. Se sincronizará con los ordenadores de las astronaves de ese pasado y hará lo que ellos les digan... que no será obedecer a Rigg. Ni siquiera sabrán quién es Rigg.

—Somos muy poderosos —dijo Param—. Pero ahora además queremos ser omniscientes.

—Bueno, no estaría mal —dijo Rigg.

—Creo que tenemos que volver al sitio en el que cruzamos el Muro desde el cercado de Vadesh —dijo Umbo— y volver a ese momento, para que Rigg pueda ver nuestros rastros al cruzar el Muro.

—Pero los ratones no estarán allí —dijo Hogaza.

—Se han reunido aquí —dijo Umbo—. Que se reúnan allí.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar al Muro del cercado de Lar desde aquí? —preguntó Hogaza—. Tienen unas patitas muy pequeñas.

—Yo me quedo aquí —dijo Umbo—. Rigg vuela hasta allí. Se engancha a nuestros rastros. Lo llevo al pasado, junto con la nave. Luego vuelve aquí en el pasado y cuando llegue aquí, vuelvo a traerlo a esta época.

—Qué galimatías —dijo Olivenko.

—Es la única manera de que Rigg pueda saltar al pasado y regresar a esta época con exactitud —dijo Umbo—. Para eso aún me necesita, para que me quede en el presente y envíe a otro al pasado. Cuando Rigg regrese al presente, su propio rastro estará aquí, en el Muro y entonces podremos saltar al pasado con los ratones. Aunque solo podamos llevárnoslos de veinte en veinte, de cincuenta en cincuenta o de cien en cien, puedo mandarlo al pasado con ratones, devolverlo a él solo al presente y repetir la operación cuantas veces sean necesarias.

—Ojalá pudiera percibir los rastros en todo el planeta, a pesar de la curvatura —dijo Rigg—. Puedo verlos al otro lado de unas colinas, pero a medida que aumenta la masa planetaria que se interpone entre ellos y yo se van volviendo más tenues y difíciles de percibir.

Param se levantó de la silla y se acercó a la puerta. Le puso a Umbo las manos

sobre los hombros.

—¿Qué estás planeando, Umbo? —preguntó.

—Hacer lo que decidamos, sea lo que sea —dijo Umbo, intrigado por la pregunta.

—Si llevas a Rigg al pasado —dijo— y lo dejas allí, no podrá volver al presente. No puede ver los rastros futuros. No puede saltar hacia delante.

—Pero no pienso dejarlo allí —dijo Umbo, colorado al comprender las implicaciones de lo que insinuaba la chica.

—Lo siento —dijo Param—, pero intento sondear la profundidad de tu lealtad. ¿No eras tú el que se libró de Rigg antes, cuando estábamos de camino al cercado de Odín?

Era demasiado y encima procedente de ella.

—¡Fuiste tú la que se negó a seguir caminando! Yo solo intentaba ayudarte.

—Lo que querías era librarte de Rigg —dijo Param—. No me eches a mí la culpa. Si dejas a Rigg varado en el pasado serás el único viajero temporal que quede en el presente.

—Pero es que no lo haré —dijo Umbo.

—Y eso lo sabemos porque...

—Porque lo digo yo —dijo Umbo.

—¿Y se supone que debemos fiarnos de la palabra de un campesino? —preguntó Param con tono de burla.

—¡Por lo que he visto hasta ahora, la palabra de un campesino es mucho más fiable que la de los miembros de la familia real! —gritó Umbo.

Como respuesta, Param le dio un empujón.

Umbo retrocedió trastabillando, tropezó en la rampa y cayó de costado sobre la hierba. Sobre él, oyó que Param le decía a Rigg:

—Ahora cojamos la nave y vámonos de aquí.

—Ya veo —dijo Rigg.

—¿El qué? —preguntó Param.

—Que eres digna hija de tu madre —dijo Rigg.

Umbo estaba poniéndose en pie cuando oyó un forcejeo sobre él.

Al levantar la cabeza, vio que Param retrocedía tambaleándose por la rampa, tropezaba y caía.

Podría haberla sujetado o al menos haber frenado un poco su caída. Lo que hizo fue refugiarse debajo de la rampa. Param cayó sobre la hierba, como antes él. Solo que no estaba acostumbrada a hacerlo. No poseía los reflejos felinos que Umbo había desarrollado en Vado Otoño, jugando en los bosques, junto al río y en los acantilados rocosos, subiéndose a los árboles y las peñas y peleándose con los demás niños y muchas de las niñas. Ella cayó a plomo, como una roca, y al chocar contra el suelo gritó de dolor y se hizo un ovillo agarrándose el codo.

Umbo había visto cómo se le doblaba el brazo en la dirección equivocada. Y ahora colgaba de la articulación, como un peso muerto. Ligamentos desgarrados o

huesos rotos: tenía que ser una de las dos cosas... o las dos. No era una articulación dislocada, sino algo peor, como un desgarró de los tendones entre dos huesos.

—Ay qué horror —dijo.

Param chilló de agonía y entonces... desapareció.

—¡Param! —exclamó Rigg mientras bajaba corriendo la rampa—. No pretendía...

Hogaza y Olivenko salieron tras él de la nave y bajaron por la rampa.

—Rigg, pedazo de... —comenzó a decir Hogaza.

—¡Ya lo sé! —gritó Rigg—. ¡Pero no tenía ningún derecho a tratar a Umbo así! ¿Quién se cree que es?

—¡La reina-en-la-tienda de los Sessamid! —dijo Olivenko—. ¿Y sabes una cosa? En cuanto su madre muera, lo será.

—Aquí no es reina de nada —dijo Rigg.

—Sigue siendo mi reina, esté donde esté —dijo Olivenko.

—Vaya, qué bonito —dijo Hogaza—. La colección de memos más grande que he visto en toda mi vida.

—Hay que hacer que regrese —dijo Rigg.

—¿Y tienes alguna brillante idea para conseguirlo? —preguntó Hogaza.

—Puedo escribirle una nota. Es lo que hacía cuando estábamos en casa de Flacommó. Antes de que nos conociéramos.

—No puede haber ido muy lejos —dijo Olivenko—. Tampoco estaba en condiciones de moverse mucho.

—Si no estuviera moviéndose —dijo Rigg— no desaparecería. Su don solo la hace invisible cuando se mueve.

—¿Cómo puede moverse con el codo así? —preguntó Umbo.

—No anda con los codos —dijo Rigg.

—No me hables como si fuera idiota —dijo Umbo—. Soy yo el que ha tenido una idea que nos permitiría atravesar el Muro en el momento exacto que queremos, junto con diez mil ratones.

—Bueno, pues de momento no va a pasar —dijo Olivenko.

—Pero escuchad lo que decís —dijo Hogaza—. ¿Es que nadie aquí tiene cerebro? Esto no tenía por qué suceder.

—¡Pues ha sucedido! —gritó Umbo—. ¡Y no ha sido culpa mía!

—Nadie te echa la culpa —dijo Hogaza—. Ha sido la ignorante arrogancia de Param la causante de este problema concreto. Sumada a la exagerada lealtad de Rigg hacia ti. Así que lo que vamos a hacer es esto: Rigg y Umbo, vais a subir a la rampa y usaréis vuestra magia para retroceder unos cuantos minutos en el tiempo, justo antes de que el estúpido de Rigg empujase a la estúpida de su hermana por la estúpida rampa y ella se rompiese el estúpido codo.

—Pero entonces no habrá pasado lo que ha pasado —dijo Umbo.

—Exacto —dijo Hogaza, incrédulo—. De eso se trata, precisamente, ¡de impedir

esta maravillosa pesadilla!

—¡Pero entonces nunca sabré que Rigg sigue siendo mi amigo! —dijo Umbo. Y para su sorpresa, tenía lágrimas en las mejillas. Estaba llorando. ¿Por qué lloraba?

—Por la oreja izquierda de... —empezó Hogaza—. Por la de Silbom y por las de todos los demás. Subid ahí ahora mismo y contaos a vosotros mismos lo que ha pasado si es necesario, pero detened esta estupidez antes de que llegue más lejos. ¿Me entendéis?

—No eres mi padre, ¿sabes? —dijo Umbo.

—Soy lo más parecido a un padre que vas a tener nunca —dijo Hogaza—. No lo olvides.

—Lo olvidaré —dijo Umbo—. Es lo que pasará si hacemos lo que quieres.

—Sí, exacto. Así que hazlo. Borra este momento de agonía para Param, de estupidez para Rigg y para ti y de total frustración para los únicos adultos de nuestra pequeña compañía.

—¿Me cuentas a mí también entre los adultos? —preguntó Olivenko—. Qué amabilidad.

—Vamos —dijo Hogaza.

Umbo y Rigg subieron la rampa juntos.

Umbo se golpeó contra el suelo tras caer por la rampa. Entonces oyó que Param decía:

—Ahora coge el vehículo volador y vámonos.

—Ya veo —dijo Rigg.

—¿El qué? —preguntó Param.

Pero en lugar de la respuesta de Rigg, Umbo oyó su propia voz procedente de allí arriba:

—No lo hagas, Rigg —dijo.

—¿Que no haga el qué? —preguntó Rigg.

—Que no la empujes, idiota —dijo Rigg.

¿Rigg?

Umbo se puso en pie. Se vio a sí mismo y a Rigg en lo alto de la rampa, hablando con Rigg y con Param.

Debía de haber pasado algo malo y Rigg y él habían regresado al pasado para impedirlo.

—No lo haré —dijo el Rigg del presente—. Yo nunca haría algo así.

—Pues lo hiciste —dijo el Rigg del pasado.

—Pero me alegro de que sigas siendo mi amigo —dijo el Umbo del pasado.

Luego se volvió ligeramente y gritó: ¡Y Hogaza no es mi padre!

Entonces las apariciones de Umbo y Rigg desaparecieron.

Rigg y Param se quedaron allí, en la puerta de la nave. Param fulminó a su

hermano con la mirada.

—¿Ibas a empujarme por esa rampa?

—No vuelvas a hablarle así a mi amigo —le respondió Rigg—. Confío mucho más en él que en ti. —Comenzó a bajar por la rampa—. ¿Estás bien? —preguntó a Umbo.

—Ahora sí —dijo Umbo—. Ha merecido la pena la caída.

—¡Creía que eras mi hermano! —dijo Param. Y entonces desapareció.

Hogaza y Olivenko aparecieron en la puerta del vehículo volador.

—No sé lo que habéis venido a prevenir —dijo el segundo—, pero debía de ser una catástrofe, si esto es mejor.

—No es culpa mía que Param haya decidido desaparecer —dijo Rigg.

—Es tu hermana —dijo Olivenko—. Y algún día será reina-en-la-tienda.

—Y Umbo es un poderoso viajero del tiempo —dijo Rigg—. No estaría mal que ella lo recuerde cuando empiece a hablar de campesinos. Donde yo crecí, los campesinos estaban por encima de mí.

—Me da la impresión de que ninguno de vosotros ha crecido —dijo Hogaza.

Umbo tenía una idea bastante aproximada de las razones por las que su aparición había declarado que Hogaza no era su padre.

—¿Vamos a hacer lo que he sugerido? —preguntó—. ¿Vuelas allí, te enganchas al pasado y luego vuelves aquí y os traigo a la nave y a ti de vuelta al presente?

—¿No me perderás si me alejo tanto? —preguntó Rigg.

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabré que puedes traerme de regreso al presente?

Hogaza levantó la mano. Había un ratón posado en su hombro, hablando con él.

—Nuestro amiguito sugiere que uséis el sistema de comunicación orbital mientras Rigg está allí.

Umbo no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo Hogaza. El término «sistema de comunicación orbital» no significaba nada para él. Es decir, entendía las palabras por separado, pero ignoraba a qué objeto físico se referían y cómo podía funcionar.

—El cuchillo —dijo Hogaza.

—¿El cuchillo? —preguntó Umbo.

—Es un sistema de comunicación orbital —dijo Hogaza.

—¿Y tú lo sabías? —preguntó Umbo.

—No tenía ni la menor idea —dijo Hogaza.

—¿Qué es un sistema de comunicación orbital?

—No tengo ni idea —dijo Hogaza.

Umbo sacó el cuchillo de la vaina.

—Yo creía que era un duplicado de los cuadernos de bitácora de las naves.

—Los duplicados son las piedras preciosas —dijo Hogaza, que al parecer estaba recibiendo las explicaciones del ratón—. Pero la empuñadura es un comunicador.

Estés donde estés, se comunica con la astronave del cercado transmitiendo una señal al satélite correspondiente, que luego la transmite a la astronave y viceversa.

—¿Esto puede hacer eso? —preguntó Umbo mirando un cuchillo—. Pues a mí me sigue pareciendo un cuchillo.

—Mi amigo dice que está en comunicación constante con el satélite —dijo Hogaza—. Desde que está en tu poder, ha transmitido todo lo que hemos dicho y hecho a los ordenadores de la nave.

Umbo lo tiró lejos de sí.

—Nos ha estado espiando.

—Nos ha mantenido conectados con el resto del mundo —dijo Olivenko.

—¿Sirve para algo más? —preguntó Rigg mientras lo recogía.

—Para cortar carne —dijo Hogaza.

—¿El chiste es tuyo o del ratón? —preguntó Umbo.

—Mío —dijo Hogaza—. El ratón dice que el sistema de comunicación orbital era todo lo que cabía en la empuñadura.

—Será un diseño arcaico —dijo Umbo con acidez.

—Sí —dijo Hogaza—. Lo fabricaron y os lo enviaron hace más de cien años.

—Pero si solo lo tenemos hace dos... —Y entonces Umbo interrumpió la frase y guardó silencio. Solo hacía dos años que tenían el cuchillo, pero con la capacidad de desplazar las cosas en el tiempo, eso no quería decir nada sobre el momento en el que lo habían enviado. Se ruborizó.

—Todos estamos tratando de comprender aún cómo funciona —dijo Rigg—. Así que el cuchillo es un comunicador. No me extraña que los prescindibles de todos los cercados supiesen siempre lo que estábamos haciendo.

—Bueno, sabían lo que estábamos haciendo Hogaza y yo —dijo Umbo—. Durante los meses que tuve el cuchillo y tú estabas en Aressa Sessamo. —Entonces volvió a ruborizarse, al acordarse de la tontería que había hecho al robar una de las piedras de la bolsa, antes de que Hogaza las ocultara cerca de la Torre de O. Qué niñería. No era de extrañar que Hogaza se hubiera impacientado tanto con él.

«¿El hecho de que ahora me avergüence de ello significará que estoy creciendo?». Decidió no formular la pregunta en voz alta. Algo le decía que ya sabía cuál sería la respuesta de Hogaza.

Esperaron aproximadamente una hora mientras Rigg seguía el rastro de Param por la rampa. Una vez que abandonó la nave, Rigg despegó rumbo al punto por el que habían entrado originalmente en el cercado de Odín. Umbo se quedó en la loma, con el cuchillo en la mano, hablando continuamente con Rigg. Sabía que cuando enviara a Rigg al pasado, se mantendría unido a él, no con los ojos, sino con otro sentido, una profunda noción del tiempo y el lugar en los que se encontraba. Se habían encontrado en Aressa Sessamo a pesar de no poder verse y Umbo había enviado a Rigg al pasado y desde allí al presente. Pero ahora la distancia sería mucho más grande y además tenían el problema de la línea de visión. Si Rigg no era capaz de seguir rastros más

allá de la curvatura del planeta, ¿podría Umbo mantenerse en contacto con él a pesar de las inmensas masas de roca y tierra que los separarían?

El viaje duró horas, pero Rigg y Umbo seguían hablando y, lo que es más importante, Umbo continuaba percibiendo la parte de Rigg que sentía cuando estaba en contacto con su flujo temporal.

—Asegúrate de llevar el vehículo volador contigo —dijo.

—Te aseguro que no tengo la menor intención de volver andando, si es eso lo que estás pensando —dijo Rigg—. Por cierto, tengo un ratón en el hombro.

—Y yo una mosca en el culo —respondió Umbo—. ¿Has encontrado el rastro que nos interesa?

—Sí —dijo Rigg—. Dale.

Umbo envió a Rigg al pasado y la conexión de este con el rastro le permitió llegar exactamente al momento que quería. Umbo no podría haberlo encontrado con tal precisión, pero reconoció la distancia cronológica al sentirla. «Sí, ese es el momento y el lugar donde estábamos».

Mantener la conexión con Rigg durante el viaje de vuelta fue mucho más complicado, aunque solo fuese porque no podían hablar. El sistema de comunicación orbital únicamente funcionaba con las naves y los prescindibles de su misma línea temporal, no con una nave que estaba sobrevolando las praderas y los bosques un año antes.

Pero Umbo no falló y mantuvo el contacto con Rigg. Y aunque no poseía la capacidad de ver los rastros, cuando Rigg volvió a estar allí, lo supo. Fue una sensación de proximidad, como si las cosas estuviesen donde debían estar. El vehículo volador había completado su viaje y como, en efecto, había aterrizado cerca de allí un año antes, si Umbo devolvía a Rigg al presente, este dejaría un rastro detrás de sí, en el lugar y el momento correctos.

Y el ratón también, claro está.

—Voy a hacerlo —dijo Umbo a Hogaza y Olivenko—. Ojalá supiera dónde está Param.

—Ha pasado un buen rato. Podría estar en cualquier parte —dijo Hogaza.

—Con la suerte que tenemos, seguro que se ha encabezonado y se ha sentado justo en el mismo sitio donde estaba la nave cuando despegó —dijo Olivenko.

—¿Sabes dónde va a aparecer Rigg? —preguntó Hogaza.

—Donde esté en el tiempo que ahora es el presente para él —dijo Umbo—. Sé que está cerca, pero no sabría determinar dónde.

—Pues hazlo —dijo Hogaza—. Y si sucede algo terrible, siempre puedes volver al pasado y advertirte de que no hagas lo que haya salido mal, sea lo que sea.

—Mi estúpido plan, supongo —dijo Umbo. Y entonces, con un suspiro, dejó remitir la continua presión que mantenía a Rigg en el pasado.

No sucedió nada. El vehículo volador no apareció.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Hogaza.

—Ya lo he hecho —dijo Umbo—. Acabo de traer a Rigg al presente. Lo que pasa es que no sé dónde estaba cuando lo he hecho. —Se puso en pie y oteó el horizonte. Entonces se acordó de que si Rigg había regresado al presente y seguía en el vehículo volador, el sistema de comunicación orbital volvería a funcionar. Sacó el cuchillo y, a pesar de que se sentía como un idiota al hacerlo, le habló—: ¿Rigg? —preguntó. Varias veces.

Y entonces el cuchillo respondió:

—¿A qué viene tanta urgencia?

—Has regresado a nuestro tiempo —dijo Umbo, aliviado.

—He decidido no volver a un sitio donde podía estar Param —respondió Rigg—. Pensé que lo deduciríais.

—Y lo hemos hecho —dijo Umbo—, pero ¿y si me hubiera equivocado? ¿Y si te hubiera dejado en otro sitio? ¿En otro tiempo?

—No lo has hecho. Pero solo podemos hablar así mientras esté en la nave. Ya me había alejado cien metros en vuestra dirección cuando la nave me ha llamado. Así que vamos a postergar la conversación hasta que llegue allí.

Tardó veinte minutos en reunirse con ellos.

—¿Cuánto crees que puede haberse alejado Param? —dijo Hogaza una vez que volvió.

Rigg puso cara de irritación.

—Ha tenido cinco horas. Si fragmenta el tiempo lo justo para permanecer invisible, puede cubrir mucho terreno. Pero podría haberse metido en esos árboles y volver al tiempo normal. En ese caso, sin tener que correr, podría haber llegado a cualquier parte.

—¿Puedes ver tu propio rastro? —preguntó Umbo—. ¿El que acabas de dejar?

—Sí —dijo Rigg—. Podemos hacerlo cuando queráis.

—¿Y dónde está Param? —preguntó Olivenko.

—Por allí —dijo Rigg señalando el linde de los bosques.

Olivenko miró hacia allí y en ese momento reapareció Param. Les dio la espalda y no hizo el menor ademán de reunirse con ellos, pero al menos volvía a ser visible, lo que era buena noticia.

En el primer tránsito, Hogaza hizo que una docena de ratones se subieran a la ropa de Rigg antes de que Umbo lo enviara al pasado. Cuando Umbo lo trajo de regreso, momentos después, los ratones ya no estaban.

—Lo he comprobado —dijo Rigg—. Seguía controlando el Muro.

—¿Los has mandado al otro lado? —preguntó Umbo.

—Solo he estado allí un par de minutos —dijo Rigg—. No iba a dejar que se metieran solos en el Muro. Tardarán mucho en atravesarlo, así que he pensado que es mejor que los mandemos todos al pasado, antes de abrir el Muro para que crucen todos juntos.

En el siguiente tránsito, un centenar de ratones se subieron a Rigg, o se



apelotonaron a su alrededor, en contacto con él como una especie de montículo de carne de roedor. Una pila de materia ratonil. Una masa de masculinidad.

«Aunque, no creo que el nombre científico *mus musculus* se les pueda seguir aplicando, aunque fuese el de sus antepasados. Ahora serían más bien *mus sapiens*. O quizá, por sus ancestros humanos *homo musculus*».

Umbo abandonó sus divagaciones y se centró en Rigg para enviarlo al pasado.

—Alto —dijo Olivenko—. No lo hagas en el mismo sitio que antes.

Rigg lo entendió al instante y Umbo solo un momento después. Si Rigg llegaba al mismo momento exacto, sentado en el mismo punto, aparecería en las mismas coordenadas espaciotemporales que había ocupado antes. Sus dos versiones se aniquilarían mutuamente.

Se levantó y se apartó unos metros.

—Para que los ratones tampoco sean destruidos —les explicó.

Hecho esto, el montículo de ratones volvió a formarse y Umbo se concentró en todos ellos y trató de enviarlos al pasado.

Fue como si cada uno de ellos tuviese una masa tan grande como la de Rigg. Como empujar un bote montaña arriba.

—No puedo —dijo.

—Envía a todos los que puedas —dijo Rigg—. A ver cuántos son.

Umbo dio un empujón hacia el pasado. Seguía viendo a Rigg y a los ratones. Pero cuando los roedores cercanos a Rigg se alejaban un poco de él, desaparecían. Perdía el control sobre ellos. Los demás, sin embargo, continuaban en el mismo momento, así que mientras se alejaban en el tiempo, siguieron siendo tan visibles como antes.

Umbo trajo a Rigg de regreso al presente y contaron los ratones que habían mandado al pasado. No más de cincuenta o sesenta, según le dijeron los roedores a Hogaza.

—Eso quiere decir unos doscientos viajes —dijo Olivenko—. Si quieres enviar a los diez mil.

—Pues es necesario —dijo Hogaza.

—Entonces lo haremos —dijo Umbo.

—¿Puedes conseguirlo? —preguntó Rigg—. Pareces cansado.

—Haré lo que pueda y luego descansaremos —dijo Umbo—. Poco importa que el proceso se prolongue varios días, si al final todos terminan en el mismo sitio y el mismo lugar.

—Les he dicho que se dirigiesen hacia esos árboles —dijo Rigg. Se volvió hacia Hogaza—. Me entienden cuando les hablo, ¿verdad?

—Nos oyen a la perfección —dijo Hogaza.

Mientras el día daba paso a la noche, completaron otra docena de tránsitos, cada uno de ellos con más ratones que el anterior. Habían progresado mucho. Pero para entonces Umbo estaba exhausto y comenzaba a oscurecer.

—Seguiremos por la mañana —dijo Rigg.

—Puedo hacer una más —dijo Umbo.

—Los dos últimos viajes has llevado menos que antes —dijo Rigg—. Estás agotado. Hemos terminado por hoy.

Umbo se alegró de poder descansar.

Hogaza había estado cocinando algo en una fogata que había preparado. Umbo era vagamente consciente de que había bajado a una de las casas del cercado de Odín y, según parecía, había conseguido provisiones, porque estaba asando maíz y tenía pan y una cuña de queso.

—Comen cosas muy sencillas —dijo Hogaza—. No como lo que nos daban en la biblioteca.

—Era comida normal y corriente —dijo Olivenko.

—Comparada con lo que comíamos en la biblioteca de Aressa Sessamo, sí —dijo Hogaza—. Y con lo que se suele ver en O. Pero en esta región del cercado de Odín sería un banquete. Pero esto es lo mejor que tienen aquí. Y como soldado veterano que soy, puedo decir que me parece perfecto.

Mientras Umbo, Rigg y Hogaza cenaban, Olivenko le llevó algo de comer a Param.

Momentos después, Umbo oyó unas lágrimas en la lejanía. Se volvió hacia los bosques y allí, en efecto, vio que Param sollozaba sobre el hombro de Olivenko.

«Te desprecia, Umbo —se dijo—. Para ella nunca serás otra cosa que un campesino. ¿Y qué más te da? Hace meses que no estás enamorado de ella».

Pero aun así, al verla abraza a Olivenko de aquel modo sintió una punzada de celos.

Por la mañana, Param desayunó con ellos y se disculpó formalmente por la «arrogancia» que había demostrado el día antes. Con la misma formalidad, Rigg y Umbo se disculparon por su parte.

—No sé lo que queríamos impedir al regresar —dijo Rigg—, pero tengo la sensación de que me comporté muy mal.

—En esta versión de la historia no —dijo Param.

Pero Umbo reparó en que ella lo miraba con dureza. ¿Estaba avergonzada por haberlo tirado desde la rampa de la nave? ¿O solo sentía desprecio por un campesino como él?

«Para tu información, princesa, puedo hacer un par de zapatos con hierba y espigas de rosal. Tengo un oficio. Soy hijo de un zapatero. Más o menos».

Que él recordara, era la primera vez que se sentía orgulloso de algo que hubiera adquirido de su supuesto padre, el maestro zapatero Tegay. Y eso que Tegay no lo había alabado nunca durante su aprendizaje.

Cuando terminaron de desayunar, reanudaron el envío de los ratones al pasado. Habían terminado bastante antes del mediodía.

—Once mil ciento noventa y un ratones —dijo Hogaza.

—Será una broma —dijo Umbo—. ¿Por qué ese número?

—Aquí también es un número sagrado —dijo Hogaza.

—Pero ellos no creen en esas cosas —dijo Umbo.

—No, eres tú el que no cree en ellas —dijo Hogaza—. Los ratones son muy devotos. No creo que el número tenga ningún valor práctico. Simplemente, lo consideran un número sagrado y creen que la nueva colonia prosperará si se funda con esa cantidad exacta de colonos.

Resultaba chocante pensar en los ratones como «colonos», pero Umbo se había dado cuenta de que siempre sería así. A los humanos les costaba ver a los ratones como iguales, o al menos reconocer que tenían su mismo valor. Eran tantos...

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Umbo—. No creo que puedan mover un arado.

—No necesitan labrar la tierra —dijo Hogaza—. Son unos carroñeros de primera. Por sí solos nunca habrían desarrollado su propia civilización, pero como heredaron la cultura y los conocimientos humanos de los hijos del cercado de Odín, pudieron avanzar a paso de gigante. Y están diseñados para necesitar menos comida que los ratones normales. Así que pueden vivir como carroñeros y aun así disponer de tiempo libre para crear.

—¿Crear qué? —preguntó Umbo—. ¿Pueden usar un martillo? El hierro no se vuelve más blando por el mero hecho de que el herrero sea muy pequeño. ¿Qué es lo que pueden crear?

—Parecen satisfechos con su capacidad de establecer un nivel de civilización muy elevado en un lapso tan corto —dijo Hogaza—. Pero es hora de que nos vayamos.

Umbo se volvió hacia Param.

—¿Vienes con nosotros?

Ella desvió la mirada.

—Claro que viene —dijo Olivenko.

—Oh —dijo Umbo—. ¿Va a permitir que un campesino la lleve al pasado?

—Ya se ha disculpado por eso —dijo Olivenko.

—No lo bastante para que lo olvide —dijo Umbo—. O para que crea que lo decía en serio.

—Pues entonces dejadme atrás —dijo Param con voz teñida por el rencor—. Puedo presenciar la destrucción del mundo desde aquí tan bien como desde cualquier otra parte.

—Te necesitamos —dijo Umbo.

Param apartó la mirada. Pero Umbo se dio cuenta de que estaba complacida.

Recogieron las mochilas y las mudas de ropa que pensaban llevarse. No era gran cosa.

Y esta vez, Umbo no tuvo que empujar. Rigg y él tiraron juntos y se trasladaron instantáneamente, junto con sus amigos, sin dejar ancla alguna en el futuro que acababa de abandonar.

La colina estaba repleta de ratones, salvo en el punto al que acababan de llegar. Mirasen donde mirasen, eran tantos que no resultaba difícil localizar el borde del Muro, porque los ratones llegaban hasta el punto en el que comenzaba a dejarse sentir su efecto.

—Ahora voy a bajar el Muro —dijo Rigg.

Al parecer, los ratones pudieron sentir al instante su desaparición, porque echaron a correr hacia allí y se dispersaron por un pequeño valle. Tardaron horas en cruzarlo todos. Umbo se sentó y contempló el ondulante mar de ratones hasta que desapareció. «Somos sirvientes de los ratones. Les hemos abierto una puerta. ¿Importa ahora que crucemos o no al cercado de Lar?».

«Les importa a Rigg y a Param. Su padre murió aquí. Y a Olivenko, porque Knosso era su mentor y su rey. Y puede que a Hogaza. Pero yo soy solo una herramienta de los ratones, o de los Sessamid, o una especie de hijo putativo de Hogaza».

«No, no puedo seguir pensando así. Son mis amigos. Ir con ellos es decisión mía, para ayudarlos a hacer algo que les importa».

—Ven con nosotros, por favor —dijo Rigg.

Umbo lo miró, sorprendido. ¿Acaso sabía lo que estaba pensando?

—Pues claro que voy —dijo Umbo.

—Eres libre de hacer lo que quieras —dijo Rigg—. No podría haberlo hecho sin ti, así que me alegro de que hayas venido. Pero ya está hecho. Tú nunca pediste la responsabilidad de salvar al mundo.

Umbo estaba conmovido.

—¿Crees que es monopolio de la familia real? —Sus palabras podrían haber parecido duras, pero Umbo las dijo con una sonrisa.

—¿Los Sessamid? —Rigg soltó una risilla—. Por lo que sé de la historia de la familia, no salvamos mundos. Cogemos lo que han construido otros y lo destruimos lentamente.

—Eso describe muy bien a mi viejo padre —dijo Umbo—. Salvo cuando hacía zapatos.

—Los Sessamid no hacemos zapatos —dijo Rigg—. Quiero que vengas conmigo, Umbo. Necesito tu ayuda. Pero si prefieres no hacerlo, no me lo tomaré a mal. ¿Cuántas veces tiene que morir la gente solo por venir conmigo?

—Hasta el momento la muerte no ha interferido tanto con mi vida como podrías pensar —dijo Umbo—. Cuenta conmigo.

—Pues entonces vámonos —dijo Rigg mientras le tendía una mano.

Umbo la cogió, se puso en pie de un salto y, juntos, echaron a andar con grandes zancadas hacia el Muro, seguidos a cierta distancia por Param, Hogaza y Olivenko.

—He estado tratando de comprender por qué están todos tan enfadados conmigo —dijo Param mientras cruzaban el Muro. Umbo y Rigg marchaban bastante adelantados y no podían oír sus palabras.

Hogaza refunfuñó.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —preguntó Olivenko—. ¿Has pensado que, tal vez, tenga algo que ver con el hecho de que empujaste a Umbo por aquella puerta? Digo yo...

—No te pongas sarcástico conmigo —dijo Param.

—En mi opinión está siendo delicado y respetuoso —dijo Hogaza—. Si hubiera hablado yo, sabrías lo que es ser sarcástico de verdad.

—No tendría que haberlo empujado —dijo Param.

—Ahora sí estamos haciendo progresos —dijo Hogaza.

—Debería haberlo hecho otro —dijo Param—. No debería verme reducida a proteger personalmente el buen nombre de la familia real.

—¿La misma familia real que trató de matarnos a todos cuando estábamos en el cercado de Ram? —preguntó Hogaza—. ¿La misma familia real cuya reina trató de asesinar a sus propios hijos mientras se metía en la cama del general Ciudadano?

—El liderazgo resulta natural en algunas personas. Mira a Rigg y a Umbo. Se criaron en la misma aldea. Pero Rigg es un líder nato, mientras que Umbo es...

—Un campesino —dijo Hogaza—. Creo que así fue como lo llamaste, cuando lo acusaste de ser un mentiroso.

—Nunca lo he acusado de...

—Ahora poseo una memoria perfecta —dijo Hogaza. Y cuando citó las palabras de Param, «¿Y se supone que debemos fiarnos de la palabra de un campesino?», lo hizo con una voz asombrosamente parecida a de ella y con una entonación idéntica.

—No pretendía decir que estuviese mintiendo —replicó Param—. Solo que es absurdo esperar que alguien como Rigg o como yo acepte la palabra de un campesino como si tuviese valor de ley.

—Así que llevas casi un año estudiando la historia de los cercados y sigues siendo tan ignorante como siempre —dijo Hogaza.

En lugar de refugiarse en el tiempo fragmentado para escapar de él, Param aminoró el paso para dejar que se adelantara. Pero Olivenko redujo también la marcha para quedarse a su lado.

Param podía sentir la espantosa música del Muro en el fondo de su mente. La

hacía sentir enfadada, triste, desesperada, solitaria y angustiada, pero no como la primera vez. Esta vez no era abrumadora ni aterradora.

—¿También tú vas a criticarme?

—Te criaron para gobernar —dijo Olivenko.

—Eso decía mi madre, al menos —respondió ella—. Ignoro cuándo cambiaron sus planes para mí, pero mi educación, como tal, nunca lo hizo. No se le anuncia al ganado cuándo lo vas a ejecutar.

—Has tenido una educación cortesana —dijo Olivenko—. Estás acostumbrada a oír hablar a la gente con un lenguaje cortés y elevado.

—Como Rigg —dijo Param.

—Pero en su caso, el prescindible Rampres lo preparó para hacerlo.

—Exacto.

—Así que tanto a Rigg como a ti os enseñaron a comportaros de un modo determinado. Os proporcionaron ciertas habilidades. Pero ¿cómo criaron a Umbo?

—Como a un campesino —dijo Param—. No he dicho que fuese culpa suya.

—Era hijo de un zapatero en una pequeña aldea. Asistió a la escuela municipal. Allí le enseñaron la historia del país de Stashi. Le enseñaron que los miembros de la familia real son monstruos voraces, que llegaron a Aressa desde el noreste como una horda de bárbaros incivilizados. Asesinaron a casi todos los gobernantes de su país y violaron a las pocas mujeres de la clase alta a las que permitieron vivir, tras matar a sus hijos, para que pudieran «empezar puras».

—Conozco la historia. No me enorgullezco de esos orígenes. Pero eso sucedió hace muchos siglos.

—No tantos —dijo Olivenko—. Y a Umbo no le enseñaron esa historia como un recuerdo lejano que se podía ignorar o endulzar. Se la enseñaron como si fuese una recreación fiel del modo de gobernar de los Sessamid en Stashi.

—Y eso es mentira —dijo Param.

—O sea, ¿que no hubo nada malo en que Aptica Sessamin decretase que los varones no podían heredar la Radiante Tienda y que todos sus parientes masculinos fuesen ejecutados como criminales, por el simple delito de ser hombres? ¿Incluidos los bebés?

—Eso fue horrible —admitió Param—. Pero sucedió hace muchísimo.

—Fue la abuela de tu madre —dijo Olivenko—. No estoy discutiendo contigo, solo recordándote lo que le enseñaron a Umbo. En las escuelas populares se enseña a los niños que todo el mundo tiene derecho a gobernar cuando le llega el turno y que nadie es mejor que otro por derecho de nacimiento.

—Una mentira evidente.

—Por derecho de nacimiento —repitió Olivenko—. Por linaje. A Umbo le enseñaron que el mero hecho de que tu madre fuese una mujer poderosa no te otorga más derecho al poder que a los demás. Le enseñaron que el poder hay que ganárselo y que si demuestras la suficiente valía, puedes conseguir cualquier cosa.

—Pero no es así como funcionaban las cosas en la República Popular —dijo Param con desprecio—. Yo vi cómo esos hipócritas que fingían vivir en un estado igualitario ascendían a sus parientes y amigos y se establecían como una nueva casta nobiliaria.

—Te estoy recordando lo que le enseñaron a Umbo en Vado Otoño, al pie de las cataratas de Stashi —dijo Olivenko—. Y de repente, su amigo de la infancia, un muchacho de clase social aún más modesta que él, no lo olvides, porque vivía en el campo como hijo de un trampero, su amigo de la infancia, digo, aparece con una bolsa llena de piedras preciosas y empieza a hablar como un gran señor. Como podrás suponer, fue una enorme sorpresa para él.

—Rigg solo estaba abandonando su disfraz para aceptar su verdadera herencia —dijo Param.

—¿Un sitio en una celda, en cuanto pudo arrestarlo la República Popular, quieres decir?

—Ese era nuestro destino en esta época —dijo Param.

—Pero Umbo hizo todo lo que pudo para sacar a su amigo de la cárcel y lo consiguió justo a tiempo...

—¡Fue Rigg el que nos sacó de allí! Usando su talento y el mío. Encontró los pasadizos secretos en las paredes y yo las atravesé para que entráramos y luego...

—No estuvisteis a salvo hasta que Umbo os envió a los dos unos días al pasado... donde os encontrasteis conmigo —dijo Olivenko.

—Nunca he querido decir que Umbo no nos hubiera ayudado y no se hubiese portado bien —dijo Param.

—Solo que su palabra no tiene valor porque nació en un pueblo, entre gente corriente.

—No que no tiene valor, solo que está sin corroborar...

—Recuerda que estoy tratando de ayudarte a entender por qué se enfadó Rigg contigo. Umbo era su amigo en aquella aldea, en una época de la vida de Rigg donde los demás niños no querían saber nada de él. Rigg era el extraño, el forastero y todo el mundo asumía que además era un bastardo. Al menos, los padres de Umbo estaban casados.

—Sé que eran amigos —dijo Param—. Pero Rigg es mi hermano y se supone que debería estar de mi lado...

—Cuando trataron de matarte, estuvo a tu lado, ¿no?

—Nadie estaba tratando de matar a Umbo.

—Y recuerdo una vez en la que dijiste que no estabas dispuesta a dar un paso más. Te rebelaste contra Rigg.

—¡Eso no significa que quisiera seguir a Umbo!

—Y no lo hiciste. Me seguiste a mí.

—Eres un hombre instruido —dijo Param.

—Instruido por tu padre —matizó Olivenko—. Pero aun así, de una clase muy

inferior. No un líder por derecho de nacimiento, ¿verdad?

—Más que los demás.

—Param, ¿de verdad estás tan ciega? Hablo el lenguaje de la corte con el acento de la nobleza porque me he esforzado mucho para aprender a hacerlo. Así que me seguiste cuando no querías escuchar a nadie más. Pero yo nunca he sido el líder de este grupo. Solo era la única persona que podía convencerte para hacer algo.

—¡Eras nuestro líder!

—Los demás me dejaron fingir que era así —dijo Olivenko—, porque Hogaza aún no hablaba y Umbo tenía que cuidar de él. Pero el hecho es que fue Umbo quien hizo todo lo que había que hacer para que siguiéramos con vida.

—¡Y tú con él!

—Yo hacía lo que me decía —dijo Olivenko—. Umbo era consciente de que estabas fuera de tu elemento, de que todo te resultaba extraño. Y también era consciente de que solo me escucharías a mí. Así que se aseguró de que sabía lo que había que hacer, para que fuese yo el que lo propusiese y así tú obedecieras.

—¡Es ridículo! —dijo Param—. ¡Me haces quedar como una niña inútil y mimada!

Olivenko sacudió la cabeza.

—Te hago quedar como alguien que ha vivido tras los muros de una casa, una prisionera, humillada por todos los payasos a los que el Consejo Revolucionario Popular permitía acceder a ti para acosarte. Te hago quedar como una joven que era físicamente débil y que se había acostumbrado a desaparecer cuando las cosas se ponían complicadas. Estabas haciendo grandes esfuerzos para no recaer en ello, solo que estabas cansada, físicamente exhausta por primera vez en tu vida. Umbo, Rigg, Hogaza y yo nos hemos sentido así muchas veces a lo largo de nuestra vida y sabíamos cómo sobrellevarlo. Tú no. No es algo tan fácil de aprender y tú no lo habías hecho aún.

—Estás en el otro bando —dijo Param. Dejó de caminar de repente.

—Ten el valor de aprender la verdad de un amigo.

—¡Tú no eres un amigo! Eres un...

—Un campesino que se ha elevado por encima de su condición para convertirse en erudito y luego en guardia de la ciudad. No me ofenden estos hechos: es mi vida. Del mismo modo, el hecho de que tú no estuvieras preparada para enfrentarte a una vida dura y a caminatas interminables no debería ser motivo de vergüenza para ti. Somos quienes somos. Cuando llega el cambio, comenzamos con lo que somos y, a partir de ahí, tratamos de convertirnos en lo que necesitamos ser.

Lo dijo de un modo que sonaba tranquilizador. Natural. Pero Param no era tonta. Sabía que estaba siendo paternalista con ella. Utilizándola, aplacándola, apaciguándola, empleando todas esas palabras para manipularla y controlarla.

Pero a pesar de ello siguió caminando y siguió escuchando, porque aunque ya no estaba enamorada de él —ahora se daba cuenta de que solo había sido una fase—,



sabía que era un hombre perceptivo y, a fin de cuentas, había sido amigo de su padre, ¿no?

—Param —dijo Olivenko—, ya no estamos en Aressa Sessamo. Aquí fuera somos la gente que cruza los Muros. Ya no pertenecemos a ninguna parte, somos los ciudadanos de la nada y ahí solo existen dos clases sociales: los que son capaces de manipular el tiempo y los que no. Hogaza y yo pertenecemos a la segunda. Rigg, Umbo y tú a la primera. Y no solo eso, Umbo fue el primero que consiguió viajar al pasado por sí mismo. ¿Tú puedes? ¿Podía Rigg, antes de que llegásemos al cercado de Vadesh? Todos logramos sobrevivir y escapar del cercado de Ram gracias a una sola persona.

—Umbo —dijo Param—. Ya lo sé. Pero yo también lo salvé a él, ¿sabes?

—Sí, estabais en aquella roca y cuando finalmente nos soltó a Rigg, a Hogaza y a mí, porque estaban a punto de mataros, lo ayudaste a desaparecer y saltasteis juntos desde aquella roca. Pero incluso entonces, no podríais haber sobrevivido a aquel salto si no os hubiese llevado al pasado. ¿No es cierto? ¿No pasó como lo estoy contando?

—Sí —dijo Param. Y lo cierto es que Olivenko había planteado muy bien su argumento—. Ha sido una grosería increíble olvidar lo mucho que le debo a Umbo.

—No, aún no has entendido lo que quiero decir —dijo Olivenko—. Sí, te portaste como una persona ingrata, rencorosa, desagradable y mala, pero eso es lo que enseñaron a Umbo a esperar de la realeza, así que eso no lo habría molestado. De hecho, no lo molestó. Lo empujaste al suelo desde la nave, pero cuando se levantó no pensaba hacerte nada. Probablemente, ni siquiera se habría quejado. Fue Rigg el que te lo recriminó. Fue Rigg el que, al parecer, iba a empujarte o algo parecido, razón por la que Umbo y él tuvieron que volver para impedirlo.

—Sí y sigo enfadada con Rigg por su deslealtad.

—¡Deslealtad! No, Param. El idiota que no puede dejar de ser leal porque eres una princesa y la siguiente en la línea sucesoria de la Radiante Tienda soy yo, Pero a Rigg eso le importa una cagada de ratón, porque él se crio como Umbo. Rigg no ha sido desleal. Ha sido leal. Porque en nuestro grupo, el miembro de la realeza es Umbo. ¿No lo comprendes? ¿No lo ves? En este mundo diminuto donde solo hay gente capaz de manipular en el tiempo y gente que no es capaz de hacerlo, Umbo es el más importante de los primeros. Hasta ahora, todo ha dependido de él. Es el rey.

—Él no es el rey —dijo Param—. Seguimos a Rigg.

—Exacto. Umbo es el rey, pero no gobierna. Es Rigg quien lo hace, porque está más preparado y puede ver los rastros, así que puede saltar en el tiempo con más precisión y mucho más lejos y además tiene toda la educación que habría tenido Umbo si Rampres lo hubiera escogido a él en lugar de a tu hermano. Umbo debería ser el primero entre nosotros, pero no lo es. Ese lugar lo ocupa Rigg, en parte porque tú lo tratas así.

—Porque pertenece a la... es uno de...

—Es miembro de la realeza —dijo Olivenko—. Pero los demás no lo seguimos

por eso. Lo seguimos porque es inteligente y creativo, porque Rampres lo educó para que pudiera responder a situaciones que a los demás nos superan y porque no quiere ser el jefe, así que lleva las riendas con delicadeza.

—¿No quiere mandarnos? —preguntó Param.

—Es algo que tenemos en común él y yo. Mientras que tanto Umbo como tú pensáis que deberíais mandar, pero él no puede porque nadie lo seguiría y tú porque eres totalmente incompetente.

Estas palabras dolieron a Param de tal modo que, en un acto reflejo, comenzó a dividir el tiempo y se volvió invisible para él. Pero la fragmentación temporal provocó que le fuese más difícil seguir a su mismo ritmo, a pesar de que seguía caminando igual que antes. Por un instante creyó que Olivenko no se había percatado de su desaparición, pero no, seguía caminando, seguía caminando; tenía que saber que ya no estaba a su lado, solo que no iba a detenerse para esperarla.

«No va a consentirme. No va a permitir que lo controle desapareciendo. Me ha dicho la verdad, es lo que ha hecho, y si no soy capaz de aceptarla, peor para mí».

Param volvió al tiempo normal y lo llamó:

—Espérame, por favor.

Olivenko se detuvo y se dio la vuelta.

—Oh, has vuelto —dijo—. Bueno, bien. Me alegro. Siento haber hablado con tanta franqueza. Esperaba que tuvieras el valor de aceptarlo, pero también temía que fueses demasiado arrogante para tolerarlo.

—Las dos cosas son ciertas —dijo Param—. Las dos.

—Pero estás aquí —dijo Olivenko—. Me gustas, Param. Y lo que es más importante, te respeto. Aquí soy el único que realmente comprende algo sobre tu vida... y solo porque estuve muy próximo a tu padre y lo oía hablar de ti. Lo vi llorar cuando hablaba de su incapacidad de protegerte. «¿Cómo voy a ser un hombre, si veo cómo tratan así a mi niña pequeña y no hago nada?». Y yo le decía «¿De qué le serviríais muerto? Porque es como acabaréis si tratáis de impedir que la traten así». A lo que él respondía «Muerto sería un padre mejor, porque al menos habría tratado de protegerla del peligro, no como ahora, vivo, que no tengo el valor de hacerlo».

—Lo que no tenía era el poder —dijo Param—. ¡Y mira por lo que murió!

—Murió tratando de cruzar el Muro —dijo Olivenko—. Y ahora lo hemos logrado nosotros. Era su sueño y lo hemos hecho realidad.

—Y al final ha resultado que, más que un sueño, era una pesadilla —dijo Param.

—¿Una pesadilla? —dijo Olivenko—. Toda esa gente, incluidos tu madre, la reina, y el general Ciudadano, dictador del cercado de Ram, ¡no son nada comparados con nosotros! ¡Somos los que atravesamos los Muros, los caminantes del mundo! Ellos ni siquiera saben que el mundo está a punto de ser destruido, pero nosotros estamos luchando por impedirlo. Somos los dioses a los que el mundo elevará algún día sus plegarias.

—Meterán tres notas en una canción y los destructores las incinerarán —dijo

Param.

—Bueno, la canción solo existirá si tenemos éxito.

—Si tienen éxito los ratones, querrás decir —dijo Param.

—Lo que sea —dijo Olivenko—. Por supuesto, mencionaremos a los ratones. Diremos que unos roedores mágicos nos ayudaron a salvar el mundo.

Param se echó a reír al oír esto.

—Sí, es lo que nos enseñó el Consejo Revolucionario Popular: ¡el que controla la historia se convierte en el héroe!

—Param, soy leal a tu condición como hija de la reina-en-la-tienda. No puedo evitarlo, así es como me han educado. Y me gustas porque eres encantadora y cuando no sientes lástima de ti misma puedes ser incluso divertida, alegre y lista. Pero te respeto porque has llevado una vida más dura que ninguno de nosotros, una vida tan solitaria que con solo imaginarla se me parte el corazón. Tu madre era todo tu mundo y te traicionó... Rigg solo pasó unos meses con ella, apenas la conocía. Pero tú creías que sí.

—Oh, yo la conocía —dijo Param—. No me sorprendió tanto como parece creer.

—Aunque no te sorprendiese, fue una traición, de todos modos —dijo Olivenko.

—Me alegra que me respetes —dijo Param—. Y que te hayas tomado la molestia de hablar conmigo. Porque entiendo lo que quieres decir. Si le hablé con tanta dureza a Umbo no fue porque se lo mereciera, sino porque al menospreciarlo por ser un campesino podía aferrarme al único valor que creía tener: mi sangre real. Pero gracias a ti, me he dado cuenta de lo inútil que es eso.

—No pretendía decir que...

—Soy yo la que ha escogido la palabra «inútil», no tú —dijo Param, mientras le ponía una mano en la muñeca. Ambos dejaron de hablar un instante—. Pero es la palabra que mejor lo define. Y entiendo lo que quieres decir. Soy quien soy. Aunque mi don de dividir el tiempo es bastante patético porque me pone a merced de cualquiera que sepa cómo funciona y me ralentiza, soy una de las pocas personas que pueden manipular el tiempo. Y estoy tratando de aprender a convertirlo en algo útil y agradezco el hecho de que me respetes por mi esfuerzo. Eso es lo único que digo. Gracias.

—No se merecen, mi señora —dijo Olivenko. Entonces se inclinó frente a su mano, como un cortesano, y se la besó.

Era un gesto que siempre habían utilizado todos aquellos que querían ganarse el favor de su madre. Pero como Olivenko lo estaba haciendo por ella y como era un hombre bueno y sabio y como, de hecho, seguía desesperadamente enamorada de él, Param se vio conmovida hasta el extremo de romper a llorar.

El erudito-soldado atravesó lo que quedaba del Muro con un brazo alrededor de ella.

—Sí que habéis tardado —dijo Rigg cuando por fin lo alcanzaron.

—Pues entonces llévanos un momento al pasado para que no nos perdamos ni un

instante de la maravillosa experiencia que estamos viviendo en el cercado de Lar —dijo Olivenko—. Aunque, por lo que yo estoy viendo, se parece sospechosamente al cercado de Odín. Con ratones y todo.

—Están esparciéndose —dijo Rigg.

Umbo estaba bajando por una ladera hacia ellos. Según parecía, había tenido tiempo de subir hasta la cima y ver lo que había al otro lado.

—Tierra deshabitada hasta donde alcanza la vista —les dijo cuando estuvo lo bastante cerca para que lo oyeran todos—. Pero tú dirás si hay algún rastro humano. —Evidentemente, esto estaba dirigido a Rigg, aunque Param y Olivenko se encontraban también allí.

—No hay rastros —dijo Rigg—. Ni siquiera procedentes de los primeros días de la colonia.

—Partieron hacia el mar inmediatamente —dijo Param—. Y entonces se detuvieron y hablaron con Larpres. Es lo único que sabemos de su historia.

No es que Umbo la ignorara, exactamente. Escuchó a Param con atención y esperó a que terminara de hablar. Pero no la miró una sola vez. Y una vez que acabó, dijo:

—Hay una cosa que deberíamos haber visto y no vemos.

Por un momento, Param no supo a qué se refería. Pero entonces, al ver que sacaba el puñal enjoyado, lo comprendió.

—No nos ha dado la bienvenida ningún prescindible.

—Tampoco lo hizo en el cercado de Odín —dijo Umbo—. Pero, tal como veo yo las cosas, Larpres lleva once mil años sin trabajo. ¿Está demasiado ocupado para venir a recibirnos ahora que hemos entrado en su cercado?

—Los caminos de los prescindibles son inescrutables —dijo Rigg.

—Pues escrútalos —dijo Umbo—. Si te parece buena idea, voy a llamar al vehículo volador. ¿Quieres que pida que Larpres venga con él?

—Puede que luego —dijo Rigg—. Es posible que, en algún momento, queramos saber lo que tiene que decir el hombre artificial de esta zona. Al menos no todos sus humanos están muertos, como los de Vadesh.

—Que nosotros sepamos —dijo Umbo.

—Si es que los llamamos humanos —dijo Param.

—Oh, mi definición de «humano» se ha ampliado mucho últimamente —dijo Hogaza—. Los ratones han decidido seguir mi ejemplo y no acompañarnos. Entre mi cara y la fealdad innata de Olivenko, ya somos bastante raros sin que nos acompañe una invasión de ratones inteligentes.

—En otras palabras, quieren tiempo para establecerse antes de que los hijos del cercado de Lar se den cuenta de que están aquí —dijo Olivenko.

—Ya han empezado a aparearse furiosamente —dijo Hogaza—. No quieren encontrarse con los hijos del cercado de Lar hasta que sus bebés estén teniendo sus propios bebés.

—Lo que sucederá dentro de hora y media, aproximadamente —dijo Rigg.

—La gestación es un poquito más lenta —dijo Hogaza.

—¿Y bien? —preguntó Umbo levantando el cuchillo.

—Llama al vehículo volador —dijo Rigg—. Estoy tratando de acordarme de lo que hacía antes para llegar a los sitios. Creo recordar que tenía algo que ver con el uso de las piernas.

—Sí, las piernas —dijo Umbo—. Yo intento usar las mías lo menos posible.

Param se rio entre dientes. Pero las bromas de los muchachos le dolían. Olivenko tenía razón. Por su sangre, era hermana de Rigg. Pero por cariño y lealtad, el único pariente de Rigg era Umbo. Por eso se había enfadado tanto con ella. No quería tener que escoger entre ambos. Pero si lo empujaban literalmente a hacerlo, escogería a Umbo. Lo había escogido.

«Y con razón —pensó Param—. Yo aún no me he ganado mi sitio entre ellos. Una damisela en apuros, aunque sea una damisela que posee la capacidad de hacerse invisible y además sea tu único pariente con vida, no es lo mismo que una amiga querida y digna de confianza. Para eso hace falta tiempo. Y más fuerza, valor y autocontrol de los que he demostrado hasta ahora».

## EL CERCADO DE LAR

La nave los llevó sobre unos paisajes prístinos, pero como Rigg los veía con sus ojos de rastreador, su vaciedad lo sorprendió. Era como el cercado de Vadesh, solo que con menos rastros aún. Aunque en el cercado de Odín había miles de millones de rastros, estaban todos borrosos por los milenios transcurridos y en los últimos años los rastros eran muy poco numerosos y estaban todos pegados al Muro. Qué diferentes eran todos del cercado de Ram, rebosante de vida, donde la telaraña de los rastros seguía renovándose con la actividad de cada día.

El cercado de Odín estaba alfombrado de ruinas; el de Vadesh tenía una sola ciudad desierta; pero en el de Lar no había nada, salvo aquella gigantesca extensión de tierra boscosa, con sus colinas, acantilados y montañas. Solo los rastros casi invisibles de los colonos de hacía once mil años, de camino al norte, al mar, y luego nada, salvo en las proximidades de la orilla.

Sin embargo, por su clima y su terreno, la región se parecía mucho a las tierras desde las que habían llegado los Sessamid, los bosques de los bárbaros, de los que habían brotado todos los invasores del gran valle del Stashik a lo largo de la historia. Era la misma tierra, solo que sin las huellas de la agricultura de tala y quema, sin las cicatrices de los caminos, sin el adorno de los puentes y los edificios.

No era más hermosa que las tierras moldeadas por los humanos, pensó Rigg. Se acordó de las viejas ruinas de los puentes que antaño cruzaran las cataratas Stashi, derruidos por tormentas o terremotos ancestrales. Se acordó de las escaleras talladas en la roca que ascendían por impresionantes paisajes hasta la cima de las cataratas; recordó haber subido corriendo por sus peldaños y haber bajado encorvado por ellas, cargado con fardos de pieles. ¿Estaba mancillada de algún modo la montaña por el hecho de que los humanos hubieran tallado la roca para crear una escalera? ¿O era más hermosa porque era más útil?

«Lo que surge de manera natural resulta grato a la vista, sí —pensó Rigg—. Posee la belleza del mundo salvaje». Pero también había belleza en la Gran Vía del Norte, que discurría paralela al río Stashik, o en las tierras salpicadas de granjas, o en los toscos y desnudos edificios de un sitio tan reciente como Atraje de Goteras, o en las ancestrales edificaciones de la ciudad de O, construidas muchas de ellas con piedras traídas por el río mediante barcazas, como si los humanos hubieran trasladado una montaña entera para levantar la ciudad. Y también la había en Aressa Sessamo, por naturaleza una ciénaga en movimiento, pero transformada por los humanos en una enorme isla de tierra sobre la que se había erigido una ciudad flamante y llena de

vida, un bosque de edificios de madera desde donde se gobernaba un imperio y donde la gente llevaba vidas de dicha y miseria, de hastío y emociones, dejando tras de sí una maraña de rastros que a Rigg se le antojaba el mismísimo tapiz de la vida.

«La tierra natural es hermosa y vuelve a serlo cuando reclama las ruinas de los humanos que han desaparecido. Pero cuando los humanos todavía están allí, tiene una belleza que es la que más me seduce, porque es una telaraña de la que formo parte, es el tejido que mi propia vida, mi propio rastro, está contribuyendo a crear. Lo que crean los humanos no es menos hermoso que lo que brota por sí mismo de lo salvaje».

—También nosotros somos salvajes —dijo Rigg en voz alta, porque necesitaba oír las palabras y para ello tenía que pronunciarlas.

Olivenko, que era el único que estaba lo bastante cerca como para oírlo, levantó la mirada.

—Somos seres salvajes —dijo Rigg—. Los humanos. Damos forma a la naturaleza, pero nuestras formas también son naturales. No deberíamos decir que el mero hecho de que los humanos transformen un sitio lo vuelva antinatural.

—Quizá no deberíamos decirlo —dijo Olivenko—, pero creo que si piensas en el significado de esas palabras, lo que hacemos los humanos es antinatural.

—Pero ahí está el error, pensar que los humanos no formamos parte de la naturaleza.

Olivenko contempló por la ventanilla la tierra que sobrevolaban, el denso cojín de hojas que comenzaba a cambiar de color para recibir la llegada del invierno.

—Una parte no muy importante de ella, en este sitio —dijo.

—No. Este sitio nunca lo hemos tocado. —Entonces se echó a reír con cierta amargura—. Salvo, claro, cuando las astronaves chocaron contra su superficie con tal fuerza que catapultaron hacia el cielo las rocas que forman el Anillo, levantaron accidentes geográficos como el Acantilado Elevado y acabaron con casi toda la vida natural del planeta para reemplazarla con la fauna y la flora de la Tierra. Salvo eso, lo que significa que Jardín es hasta tal punto obra de los humanos que nada de lo que vemos aquí tiene nada de «natural».

—Bueno, eso no te lo discuto —dijo Olivenko—. Aunque tengo que decir que cuando los humanos se marchan, la naturaleza regresa y rellena los huecos, como el mar al paso de los peces. Lo que estamos viendo ahora aquí es natural, aunque en su día lo moldease la mano del hombre.

—Ahora lo moldearán las manos de los ratones —dijo Rigg.

—Humanos disfrazados de ratones —dijo Olivenko—. Aunque no creo que ellos se dediquen a talar los árboles.

—Si quieren talarlos —dijo Rigg— encontrarán el modo de hacerlo. Es lo que hacen los humanos.

—¿Y si quisieran que se multiplicasen?

—Pues los plantarían, como si fuese un huerto.

—O se matarían unos a otros, como en el cercado de Vadesh —dijo Olivenko— y luego dejarían que los árboles se multiplicaran solos.

—Detesto la filosofía, en serio —murmuró Hogaza—. Habláis y habláis y al final no sabéis más que cuando empezasteis.

—Incluso puede que menos —dijo Rigg—, porque yo creía tener una idea y ahora Olivenko ha hecho que me la plantee.

—Todas las ideas carecen de valor —dijo Hogaza—. Al menos hasta que actúas basándote en ellas y entonces lo que importa es la acción, no la palabra.

—¿Quién está filosofando ahora? —preguntó Olivenko—. Actuamos por las palabras en las que creemos, las historias a las que damos crédito o que pretendemos convertir en realidad.

—No lo creo —dijo Hogaza—. Yo creo que hacemos lo que hacemos porque queremos. Y luego inventamos historias para justificar que lo que hicimos era lo correcto y lo que hicieron otros era equivocado.

—O ambas cosas —dijo Rigg—. Funciona en ambos sentidos, constantemente. Actuamos a causa de nuestras historias; nos inventamos historias para explicar o excusar nuestros actos.

«Pero los árboles no lo hacen. Ni las ardillas —pensó Rigg—. Simplemente hacen lo que hacen. Y no pueden cambiar lo que hacen porque carecen de toda esta filosofía».

—Nuestro destino es la costa donde hay mayor presencia humana —dijo la nave—. Lejos de aquí, al norte.

—Cuando nos acerquemos —dijo Rigg—, sobrevuela la costa. Yo te indicaré dónde debes aterrizar.

—¿Qué buscarás para decidir? —preguntó Olivenko.

—No lo sé —dijo Rigg—. Donde haya más rastros y sean más recientes, para que haya más probabilidades de encontrarse con alguien.

—O de que nos maten la primera noche —dijo Olivenko.

—No hemos venido para evitar a la gente, sino para salvarla —dijo Rigg.

—Si se puede salvar algo que no se ve —añadió Hogaza.

«Lo más probable es que no podamos salvarlos aunque los veamos», pensó Rigg.

—Si me equivoco al escoger, siempre podemos retroceder en el tiempo y escoger otro sitio —dijo.

—Pero no puedes hacerlo aquí en la nave —dijo Olivenko—. ¿Verdad? Salvo que despeguemos y sigamos exactamente la misma trayectoria, porque los rastros se quedan detrás de nosotros, en el aire.

Rigg se volvió y vio que sus rastros iban quedando atrás, en la ruta que habían seguido.

—Así es.

—Me pregunto cuánto habría que ascender —dijo Olivenko— para que los rastros dejen de pertenecer al cielo de Jardín y se queden dentro de la nave.



—Cuando las astronaves chocaron con el planeta, todas ellas llevaban humanos a bordo —dijo Rigg—. Debería haber buscado los rastros en sus trayectorias de entrada.

—Tendrías que haber comprobado si sus rastros, durante el viaje, permanecían dentro de la nave —dijo Umbo, que al fin había decidido sumarse a la conversación.

—Lo haré la próxima vez que estemos en una astronave —dijo Rigg—. Debería haberlo hecho antes, pero tenía otras cosas en que pensar.

—Es verdad —dijo Umbo—, como llamarme torpe por haber dejado cadáveres por ahí para distraerte.

—Puede que no los mates tú —dijo Rigg—, pero los creaste. ¿Es que no te enseñó tu madre a limpiar lo que ensucias?

Tuvieron que cruzar todo el cercado de Lar, desde el sur hasta la costa norte. Más allá se extendía el mar. Rigg lo recordaba porque lo había visto en los planos de la biblioteca, pero sobre todo en el enorme mapa que había dentro de la Torre de O; a pesar de todos los mapas que había visto después, aquel seguía siendo el más importante para él, el que definía su visión del mundo. Un globo con la superficie cubierta de cercados, con Muros que se extendían tanto por tierra como por mar.

—Me pregunto por qué decidieron sumergirse aquí —dijo Param—. ¿Por qué no construir barcos, vivir en la costa y navegar adonde les viniese en gana? ¿Por qué adentrarse en el mar?

—¿Porque el clima era mejor? —sugirió Olivenko.

—Seguro que tiene que ver con la respuesta que le dieron al problema de la respiración —dijo Umbo.

—No había ningún problema de respiración hasta que no se sumergieron bajo el mar —dijo Param. Rigg detestaba el desdén que destilaba a veces su voz, sobre todo cuando hablaba con Umbo.

Pero Umbo respondió a su desdén con desdén.

—Uno no empieza a vivir bajo el agua si no tiene un modo de sobrevivir allí.

—Pues dudo mucho que un buen día decidieran empezar a tener bebés con agallas —dijo Param—, y luego empezar a nadar.

—Pero empezaron a vivir en el agua a los pocos siglos de fundar la colonia —dijo Umbo—. ¿Para qué iban a hacer eso si no tenían un modo de respirar bajo el mar?

—¿Por qué discutís, si dentro de poco estaremos allí y podremos ir al pasado para averiguarlo? —preguntó Hogaza—. Y comprobar si siguen siendo humanos. Por lo que nos ha contado Olivenko sobre la muerte del rey, eran monstruos que sacaron a Knosso de su embarcación y lo ahogaron. Puede que se hayan convertido en tiburones con manos.

Al llegar a la costa, Rigg ordenó a la nave que sobrevolara las playas del norte, la región en la que, según los libros de los hijos del cercado de Odín, habían establecido

su colonia ahora desierta los hijos del cercado de Lar. Cerca de la costa había muchos rastros, y recientes. Pero todos salían del agua y luego regresaban a ella, como las huellas que dejan las tortugas que acuden a la playa a desovar.

Rigg se preguntó si podrían seguir considerando humanos a los hijos del cercado de Lar si habían empezado a poner huevos, como las tortugas.

Trató de seguir los rastros en el agua. Cuando estaban justo debajo de las olas, le resultaba muy fácil, pero cuanto más se sumergían, más complicado era. Parecían moverse de manera aleatoria. ¿Y cómo iba a ser de otro modo? Bajo el agua, los hijos del cercado de Lar podían nadar por donde les viniese en gana. No había caminos a los que tuvieran que ceñirse. La mayoría de ellos estaban lejos de la costa, en aguas profundas, más allá de las rompientes que resplandecían dejando blancas y cambiantes serpentinas, y en las profundidades, donde Rigg apenas alcanzaba a sentirlos.

Volvió la mirada hacia los rastros que salían a tierra firme y trató de encontrar algún sentido a su movimiento. No pudo.

—Cuando salen a la superficie —aventuró—, no es a buscar agua dulce.

—Si resolvieron el problema del aire, el del agua no puede haberles costado mucho —dijo Param. También había reservado un poco de desdén para Rigg.

—Apuesto a que el problema del pis les costó aún menos —dijo Umbo.

—¿Y la comida? —dijo Rigg—. Ese es el gran problema. Los dientes de los seres humanos están hechos para la comida cocinada. No tenemos las enormes mandíbulas y los molares de los chimpancés y los australopitecinos.

—¿De dónde sacarían una receta de pan submarino? —preguntó Umbo.

—Seguro que se han especializado en ensalada de algas —dijo Rigg.

—¿Y a qué vienen a la costa? —preguntó Hogaza con cierto tono de impaciencia.

—Lo averiguaremos enseguida, una vez que aterricemos —dijo Rigg.

—Para realizar sacrificios humanos —dijo Param—. Prácticamente no hay un solo cercado que no se haya practicado en algún momento.

—Me pregunto lo que significa el hecho de que los humanos vuelvan a inventar una vez tras otra esa excusa para asesinar a sus semejantes —dijo Olivenko.

—Es un buen modo de librarse del exceso de prisioneros de guerra sin quebrantar el tabú que impide ejecutar a los que se han rendido —dijo Param.

—¿Es una de las teorías que has leído? —preguntó Hogaza.

—Sí —dijo Param, con un tono que revelaba que estaba lista para defenderla frente a cualquier ataque.

—Por lo que yo he vivido —dijo Hogaza—, para los soldados, asesinar a prisioneros indefensos no es ningún tabú. Lo difícil es conseguir que no lo hagan.

De pronto, los rastros que había debajo de ellos dejaron de ser una serie de expediciones individuales hacia el interior para transformarse en una enorme maraña de trayectorias entrelazadas. Miles y miles de ellas, de distinta antigüedad. Algunas se remontaban más de diez mil años en el pasado, mientras que otras apenas tenían

unos pocos días.

—Aterrizá ahí —le dijo Rigg al vehículo volador.

La nave viró hacia la costa y se posó con delicadeza a unos quince metros del límite de la marea alta.

—Aquí es donde celebran su fiesta anual en la playa y sus torneos deportivos —dijo Rigg.

—¿En serio? —preguntó Param con tono de escepticismo.

—No tengo ni idea —dijo Rigg—. Pero el caso es que vienen en grupos de centenares y lo hacen desde hace mucho. Desde el principio... Su primera colonia se encontraba pocos kilómetros hacia el interior.

—Puede que las visitas solitarias a la costa que viste antes fuesen de mujeres, para dar a luz —dijo Param—. Tal vez tengan que salir a tierra para ello.

—O puede que sean maridos a los que han echado de sus casas sus esposas celosas —dijo Umbo.

Como respuesta, Rigg salió del vehículo y se acercó al agua. No había humanos en la playa, pero como sabía que solían visitarla, pensó que no tardaría en verlos.

Rigg nunca había tenido grandes cantidades de arena bajo los pies. No era fácil caminar sobre aquella superficie. Se movía constantemente y le hacía resbalar.

Y allí, en la arena a la que no llegaba el agua, había huellas, un rastro normal dejado por pies humanos.

—No tienen pies palmeados —dijo Rigg.

—Puede que se recorten las membranas entre los dedos, como hacemos nosotros con las uñas —dijo Param.

Hogaza estaba examinando las huellas.

—Puede que sí tengan membranas. Mirad cómo se ha levantado ligeramente la arena... aquí.

Rigg vio lo que señalaba, unas finas líneas entre los dedos, aunque solo en algunos rastros. Pero Rigg había visto cosas parecidas en las huellas que dejaban animales y hombres en los bosques del cercado de Ram, durante su infancia.

—¿Es lo que dices, o solo un efecto del viento? —preguntó.

—Podría ser ambas cosas —dijo Hogaza—. ¿Cuánto vamos a esperar?

—Bueno —dijo Rigg—, ahora que ya hemos cruzado el Muro, no veo por qué no podemos saltar al pasado hasta la última vez que se reunieron algunos aquí. Ya que no podemos llamarlos para que vengan, acudiremos a ellos.

—Estamos usando el vehículo volador del cercado de Lar —dijo Umbo—, y aun así el prescindible aún no ha venido y la nave no ha tratado de comunicarse con nosotros. Aunque obedeció la orden de enviarnos el vehículo volador.

—De todos modos, no estamos buscando al prescindible —dijo Param—. Me alegro de que no esté aquí.

—Los prescindibles son demasiado poderosos como para ignorarlos —dijo Rigg—. Umbo tiene razón en lo que dice, pero Param también.

—No podemos tener razón los dos —dijo Param.

—Sí que podéis —dijo Rigg— y la tenéis. De momento no estamos buscando al prescindible, pero no podemos permitirnos el lujo de ignorar lo que está haciendo, porque seguro que está haciendo algo y podría suponer un peligro para nosotros.

—Qué manera más delicada de expresarse —dijo Olivenko.

—Un admirable baile entre parientes y rivales —dijo Hogaza.

—Que no sirve de nada si os dedicáis a resaltarlo —dijo Rigg.

—No estamos en guerra y no somos rivales —dijo Param—. Ni parientes.

—¿Cómo va a ser rival un campesino de una reina? —preguntó Umbo.

—¿Qué os parece mi idea de volver al pasado para encontrarnos con ellos? —preguntó Rigg.

—¿Y por qué no nos remontamos más y los vemos cuando se marcharon al mar? —preguntó Olivenko.

—Si tuviéramos la certeza de que no iban a detectarnos, estaría de acuerdo —dijo Rigg—. Pero ¿por qué no conocerlos ahora?

—Yo preferiría hacerlo cuando aún eran humanos —dijo Olivenko.

—¿Lo somos nosotros, acaso? —preguntó Rigg—. Y hasta donde sabemos, son tan humanos como nosotros.

—No podemos tomar ninguna decisión hasta que no tengamos más información —dijo Param— y no podremos obtener más información hasta que no tomemos alguna decisión.

—¿Por qué no salta uno de nosotros y lo ve? —preguntó Umbo—. Puedo mandaros al pasado y traerlos de vuelta si algo va mal.

Rigg asintió, pero con aire pensativo, porque todavía no había tomado una decisión.

—Me parece bien. Es más seguro. Pero seré yo el que los vea. ¿Y si cambio algo que nos afecte en el presente?

—No quieres hacerlo solo —dijo Hogaza.

—No sé si comprenderé bien lo que estoy viendo —dijo Rigg—. Y no sé si me tomarán muy en serio si voy solo. Solo soy un muchacho.

—Ya no tanto como antes —dijo Olivenko—. Y de todos modos, tampoco has sido nunca muy niño.

—Yo soy un viejo soldado experimentado —dijo Hogaza—. Lo bastante para saber que cuando alguien se muestra cauto con respecto a su capacidad de juzgar es que está más capacitado para juzgar una situación que quienes no se cuestionan su propia capacidad de hacerlo.

—Me gustaría citar lo que acabas de decir —dijo Param—, pero no estoy muy segura de haberlo entendido.

—He dicho que Rigg no es tan joven como cree, pero tiene razón. Deberíamos ir todos.

—¿A una época en la que aún no teníamos el control del vehículo volador? —

preguntó Umbo.

—¿Quién es el que se pasa de cauteloso ahora? —preguntó Param.

—No tuvimos el control del vehículo volador hasta el final de nuestra estancia en el cercado de Vadesh —dijo Rigg—. Podemos pasar unas semanas sin él. —Se puso en pie y levantó las manos—. Hace pocas semanas, había un grupo de tres personas... Y, por si sirve de algo, sus rastros parecían tan humanos como los demás. Salieron del agua aquí y luego caminaron cerca del río. Puede que estuvieran recogiendo alguna especie de bivalvos de río o algo así, pero eso podrían haberlo hecho en el agua.

—Aún pueden caminar —dijo Umbo—. Eso ya es algo. No se han convertido en delfines, focas u otros mamíferos marinos.

—Nutrias —dijo Rigg.

—Tiburones con manos —dijo Olivenko, y el recuerdo de lo que le había pasado a Knosso enfrió la nerviosa alegría de las bromas de Rigg y Umbo.

Juntaron las manos.

—¿Hay algún ratón con nosotros? —preguntó Olivenko.

—Tres —dijo Hogaza.

—Ocho —dijo Rigg al mismo tiempo.

—Malditos bastardos sigilosos —dijo Hogaza.

—No tenemos secretos —dijo Rigg—. Saben que no pueden ocultarse de mí y nosotros no tenemos nada que ocultar.

—¿Ya sabes qué rastro vas a usar para saltar? —preguntó Umbo.

—Sí —dijo Rigg—. Llévanos.

—Puedes hacerlo tú solo —le recordó Umbo.

—No sé si podría hacerlo con todos a la vez —respondió Rigg—. Y tú eres más fuerte y tienes más práctica. Yo apunto y tú sueltas la cuerda del arco.

Así que Umbo lo hizo.

Había tres mujeres cerca del río, de espaldas al grupo del cercado de Ram. Junto a ellas, de pie, se encontraba un prescindible. Larpres.

—Supongo que esto significa que el prescindible sabe más sobre los hijos del cercado de Lar de lo que creían los otros —murmuró Umbo.

—O que los ratones no saben todo lo que pasa —dijo Param.

—O que no nos cuentan todo lo que saben —dijo Olivenko.

El prescindible los miró y los saludó con el brazo. Las mujeres se volvieron hacia ellos.

—Creo que nos ha oído —dijo Rigg.

—Tienen buen oído —dijo Param.

Rigg echó a andar hacia ellos y el prescindible acudió rápidamente a su encuentro. Las mujeres se quedaron donde estaban.

Rigg trató de centrarse en Larpres, tan parecido a su padre que fue incapaz de no alegrarse al verlo, y tan parecido a Vadesh y a Odinpres que fue incapaz de no

desconfiar de él. No obstante, enseguida desvió la mirada hacia las mujeres, que parecían vestidas y desnudas al mismo tiempo. Llevaban una especie de atuendo que ocultaba sus formas femeninas, pero era de color piel, así que al mismo tiempo parecían desnudas.

¿Eran mujeres o solo pensaba que lo eran porque tenían el pelo muy largo?

¿Y era pelo u otra cosa? Porque colgaba de sus cuerpos de una manera muy extraña.

Las mujeres se levantaron y al hacerlo, su ropa pareció cambiar, convertirse en otra cosa. Eran mujeres, definitivamente, y estaban vestidas, pero su ropa no era ropa. Era otra criatura, una por cada una de ellas, montada sobre sus cuerpos a modo de manto. Cambiaba en respuesta a sus movimientos. Cuando estaban sentadas se adaptaba a su figura, pero en aquel momento se había hinchado por encima de sus hombros como la vela de una nave, para que pudiesen luchar o echar a correr en caso necesario.

Y el pelo era pelo, pero resultaba raro porque salía tanto de las criaturas como de la cabeza de las mujeres. No, solo de las criaturas. Cuando las mujeres las llevaban sobre la cabeza, el cabello parecía estar en su sitio. Pero ahora que no era así, se veía que en realidad eran calvas y el pelo se había retraído al interior de las criaturas.

—Dejad que lo adivine —dijo Larpres—. Sois los habitantes del cercado de Ram que entraron en el cercado de Vadesh atravesando el Muro hace pocas semanas. ¿Qué os trae aquí? ¿Y qué os trae aquí ahora?, porque hasta donde yo sé, seguís en el cercado de Vadesh y en este momento os dirigís al cercado de Odín.

—Así es —dijo Rigg—. Estuvimos en el cercado de Odín, descubrimos muchas cosas interesantes y luego retrocedimos unas semanas en el tiempo para entrar en el cercado de Lar. Y luego retrocedimos hasta este momento, porque vi los rastros de estas mujeres.

—Apuesto algo a que no viste el mío —dijo Larpres con una sonrisa.

—Sabes que no puedo —dijo Rigg—. No hay mucha información sobre los hijos del cercado de Lar en los cuadernos de bitácora de las demás naves.

—Porque sabemos lo mucho que les gusta cotillear a los hijos del cercado de Odín —respondió Larpres.

—¿O sea, que no transmitís toda la información por los mismos medios? —preguntó Rigg.

—Naturalmente —dijo Larpres—. Hay buenas razones para no hacerlo.

—¿Y qué razones son esas?

—Cuando te hagas con el control de todas las naves y los prescindibles, supongo que me veré obligado a decírtelo —dijo Larpres, aún sonriendo.

—¿Y por qué no me lo dices ahora? —preguntó Rigg.

—Tú eres el hombre del futuro —dijo Larpres—. ¿Por qué no me dices si te lo dije alguna vez?

Era un juego sin sentido. El instinto de Rigg se había equivocado al alegrarse de

verlo; pero había acertado de pleno al desconfiar de él.

—Hemos venido a conocer a los habitantes del cercado de Lar —dijo Rigg—. Y me ha parecido más práctico hacerlo en un momento en el que estaban en tierra firme.

—Ya he visto cómo se te iban los ojos —dijo Larpres—. Te fascinan sus cuerpos desnudos.

—Tengo quince años, creo —dijo Rigg—. Me interesan las mujeres desnudas. Pero me interesa más la ropa viviente que llevan.

—¿Es que no la reconoces? —preguntó Larpres. Dirigió una mirada significativa a Hogaza.

—¿Llevan mascaracarnes? —preguntó Rigg.

—Una especie emparentada con ellos —dijo Larpres—. Digamos que lo que vive río arriba, en el cercado de Vadesh, es la versión primitiva. Lo que se encontraron los colonos aquí, en el cercado de Lar, era una variedad mucho más evolucionada.

—¿Así que ayudaste a Vadesh a crear esto? —preguntó Hogaza.

—En absoluto —dijo Larpres—. Nunca le hablé de estos simbioses.

—¿Por qué no? —preguntó Umbo.

—Porque se estaba divirtiendo muchísimo creando los suyos —dijo Larpres.

—Eres un renegado —dijo Rigg.

—En absoluto —dijo Larpres—. Todos le mentimos a Vadesh.

Por vez primera, Rigg pensó que esa afirmación podía ser una mentira. Lo único seguro era que todos los prescindibles les mentían a los humanos. Era mucho más dudoso que se mintiesen entre sí. Más bien, mentirían a los humanos sobre las supuestas mentiras que le contaban a Vadesh.

Pero era demasiado complicado para pensarlo en aquel momento.

—¿Tienes alguna objeción a que hable con esas mujeres? —preguntó Rigg.

—¿Importaría que la tuviese? —preguntó Larpres.

Rigg no respondió. Saltaba a la vista que Larpres se interponía entre las mujeres y ellos y que ninguno de los dos grupos podría acercarse al otro hasta que el prescindible hiciese algún gesto. Larpres sonrió y se hizo a un lado para despejar el camino. A continuación, asintió con la cabeza e invitó a los dos grupos a acercarse.

Las mujeres del cercado de Lar avanzaron con paso titubeante hacia ellos. Miraban con tanta curiosidad al grupo del cercado de Ram como Rigg y sus compañeros a ellas.

—Hola —dijo Umbo.

—Oh, qué gran diplomático —murmuró Param.

—Ellas nunca han atravesado el Muro —dijo Olivenko—. No entienden nuestra lengua.

—Hasta que no hablen —dijo Rigg— no podremos saber cuál es su idioma. —Extendió la mano en un gesto que no estaba muy claro si era una petición de comida o una oferta para estrecharse las manos.

Las mujeres se lo tomaron por el primer lado... o puede que ofrecer comida fuese su manera de estrecharse la mano. Una de ellas introdujo la mano en un bolsillo de su manto viviente y sacó... algo. Una cosa brillante, que se movía. Rigg dejó que se la pusiera en la mano, pero ella no lo soltó.

Dijo algo.

Al principio, Rigg no lo entendió. Luego sí. Quería que cerrase la mano. Porque la cosa estaba viva y si no lo hacía, se escaparía.

Así que lo hizo y solo entonces apartó ella la mano.

A continuación, la mujer se llevó la mano a la boca e imitó el gesto de meterse la criatura allí y tragársela.

—Es un ritual de hospitalidad —murmuró Param.

O un modo muy astuto de introducir las larvas de sus simbioses en su cuerpo. Pero Rigg no expresó este pensamiento en voz alta. Lo que hizo fue sonreír, llevarse la mano a la boca abierta e introducir la criatura en ella.

La criatura se revolvió en su lengua, como si quisiera escapar. Durante una minúscula fracción de segundo, Rigg barajó la idea de morder con fuerza para matarla y que no se escapase. Pero entonces pensó en una cucaracha o una rana pequeña que le explotaba en la boca y se la llenaba con un sabor a tripas, muerte y caca de animal, así que se la tragó entera.

La criatura bajó hasta el fondo de su estómago.

Al menos no tenía garras para agarrarse, ni zarpas para morderle el interior del esófago.

La mujer que le había dado el bicho asintió.

—¿Conoces nuestra lengua? —preguntó.

—Un poco —dijo Rigg. Tendrían que hablar mucho más antes de que el sistema lingüístico del Muro le enseñara aquel idioma con fluidez.

—Estás desnudo —dijo la mujer, señalándole el cuerpo.

Rigg interpretó que quería decir que no llevaba ningún simbionte. Se volvió hacia Hogaza.

—Él está medio desnudo —dijo la mujer—. El que lleva en la cara es muy feo.

—Sí —dijo Rigg—. Pero no es que antes fuese más guapo.

La mujer adoptó una cierta expresión de perplejidad. A todas luces, Rigg no había entendido lo bastante bien el contexto como para hacer que su chiste se entendiese.

—Venimos de más allá del Muro —dijo.

Las mujeres se miraron con asombro y luego se volvieron hacia Larpres, quien sonrió y asintió con una pequeña inclinación de cabeza que Rigg nunca había visto en su padre, pero que Vadash hacía constantemente.

—Habéis atravesado el infierno para hablar con nosotras —dijo la mujer y las demás repitieron la frase. A Rigg le dio la sensación de que se trataba de una cita o algo similar. Tal vez un extracto de unas escrituras sagradas, un adagio o un saludo ritual.



—El infierno se ha abierto para dejarnos pasar —respondió. Sí, en cierto modo habían atravesado el infierno, o al menos una parte de él, al cruzar el Muro para entrar en el cercado de Vadesh, la primera vez. Pero ahora, al hacerlo de nuevo para entrar en de Lar, apenas habían captado un eco lejano de aquel infierno.

La mujer se acercó y lo abrazó de una forma que no tenía nada de ritual. Lo envolvió con el cuerpo entero. Y al cabo de un momento, las otras dos mujeres hicieron lo propio.

—Les dije que ibais a venir —dijo Larpres.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Rigg.

—Cuando os crearon los hijos del cercado de Odín —dijo Larpres—, su objetivo era que pudierais cruzar el Muro para visitar todos los cercados. Cosa que acabaréis haciendo.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Rigg.

—El cuchillo es un comunicador —dijo Larpres—. He seguido todos vuestros movimientos.

Las mujeres soltaron a Rigg y empezaron a acariciarle el cuerpo, el pelo y la cara.

—Vivís en el mar —les dijo Rigg.

—El mar —respondieron ellas, únicamente la palabra pero varias veces, con sentidos distintos cada vez que la pronunciaban. Rigg los comprendió todos: hogar. Oscuro y peligroso. Lugar en el que comemos.

—¿Para qué habéis venido a la costa? —preguntó Rigg.

—¿Por qué no habéis venido vosotros al mar? —inquirió ella a modo de respuesta.

—Yo moriría allí —dijo Rigg—. Pero vuestro cuerpo está hecho para caminar por tierra firme.

—Mi cuerpo en tierra —dijo ella—. Y mi manto en el mar. Dos amigos convertidos en uno por la sangre.

La última frase le resultó extraña a Rigg, como si no fuese capaz de comprender algún matiz que no estaba mentalmente capacitado para captar. Estaba claro que ella se refería al manto al hablar de dos amigos convertidos en uno, pero Hogaza nunca se había referido al mascaracarne en términos similares.

—Cuesta creer que sea un mascaracarne —murmuró Olivenko.

—Es algo parecido —dijo Rigg—. Creo que ya tenemos respuesta a la pregunta de cómo pueden respirar bajo el agua. —Lo dijo en la lengua del cercado de Odín, que habían usado durante tanto tiempo en la biblioteca que era la que acudía de manera natural a sus labios.

Hogaza se adelantó un paso.

—¿Podéis mostrarnos lo que hace el manto para que podáis vivir en el agua?

—¿Es que no lo sabes? —preguntó una de las mujeres.

Hogaza se encogió de hombros.

—¿Y entonces para qué es eso? —preguntó ella señalándole la cara.

—Es feo. Feo —murmuraron las otras dos, como si estuvieran comentando una fotografía del mascaracarne de Hogaza.

Y era verdad. Mientras que el mascaracarne de Hogaza le hacía parecer deforme y había sustituido sus ojos con unos órganos asimétricos, el manto de ellas parecía acoplarse perfectamente a su cuerpo.

Cuando se movían, era como si se moviese la propia piel de las mujeres. Puede que ya formase parte de ellas.

La que le había dado el bicho a Rigg se pasó la mano por delante del cuerpo y cerró los ojos. Al instante, el manto se movió y le cubrió la garganta como un jersey de cuello vuelto. Le envolvió la cabeza entera y, de repente, se puso tenso y se pegó a ella como si fuese un esqueleto. Unos ojos nuevos y más grandes brotaron a ambos lados de la cabeza, como los de un pez. Y cuando abrió la boca para hablar, una membrana la cubría. Amortiguaba el sonido de su voz, pero no le impedía hablar.

—Ya puedo sumergirme —dijo—. Pero sé que no soy una criatura marina. Mi amigo respira el agua y me insufla el oxígeno en la sangre —miró a Hogaza—. Él no puede hacerlo, al menos con eso. Solo es un animal.

—¿Y tu manto no?

—Es mi compañera del corazón —respondió ella—. Mi hermana del alma.

—Aire en el agua —añadió otra, como una entonación.

—Luz en la oscuridad —murmuró la tercera.

—Entonces, ¿todos lleváis esos mantos? —preguntó Rigg.

—Sin ellos moriríamos —dijo la líder de las mujeres.

—¿Y por qué asesinasteis a mi padre? —inquirió Param.

«Adiós a la diplomacia», pensó Rigg.

—¿Tu padre? —preguntó la mujer que las dirigía.

—Knosso, rey del país de Stashi —dijo Param.

—Cruzó el Muro muy lejos, al oeste de aquí —dijo Olivenko—. Lo sacasteis del bote y lo ahogasteis.

Las mujeres retrocedieron, confundidas por la acusación y por la vehemencia con la que Param la había lanzado.

—¿Os referís al hombre que danza sobre el agua?

A Rigg le pareció una descripción válida de un hombre en un pequeño bote, desde el punto de vista de aquellas mujeres.

—Sí —respondió.

—Pero si no está muerto —dijo una de ellas.

—¿Queréis que vayamos a buscarlo? —preguntó otra.

—Sí —dijo Rigg—. En nuestro cercado lo dábamos por muerto.

—¿Por qué iba a estar muerto? —preguntaron—. ¿Es que merecía morir?

—No —dijo Olivenko, con cierto exceso de fervor—. O sea, ¿decís que el hombre que camina sobre el agua está vivo?

—Pues claro —dijo la primera de las mujeres—. ¿Queréis que vayamos a

buscarlo ahora o tenéis más preguntas para nosotras?

—Id a buscarlo, sí, por favor —dijo Rigg.

—He pensado que querríais hablar con él en cuanto os he visto —dijo una de las otras mujeres.

—Él querrá veros, desde luego —dijo la tercera.

—Dejad que envíe una llamada —dijo la líder. Sin más discusión, se acercó corriendo a la masa de agua más próxima, el río en este caso, y sumergió en ella la cabeza cubierta por el manto. Permaneció así un largo rato, al menos desde el punto de vista de Rigg, que instintivamente contuvo el aliento como si también su cabeza estuviese bajo el agua.

Al fin, la mujer sacó la cabeza del agua. Las gotas que resbalaban por ella atrapaban los rayos del sol y brillaban como estrellas.

Se sentó a la orilla del río y se echó a reír.

—Está muy contento —exclamó—. Ya viene.

—Knosso —murmuró Olivenko—. ¿Será posible que no haya muerto?

—Debían de tener un manto para él —dijo Hogaza.

—Pues claro —dijo una de las otras dos mujeres—. ¿Es que el Hombre de Tierra Firme no os dijo que iba a venir a vernos sobre las olas?

—De modo que cuando lo arrastrasteis bajo el agua...

—Fue para impedir que su malvada esposa lo asesinase —dijo una de las mujeres.

—Y tenía muchas preguntas para nosotras —dijo la otra.

—No puedo esperar así —dijo Param con angustia—. No puedo. No pienso hacerlo.

Y entonces desapareció.

«Claro —pensó Rigg—. Al fragmentar el tiempo hasta que Knosso salga del agua, pasará solo unos momentos esperando, mientras puede que para nosotros transcurran horas».

Pero no fueron horas. Ni siquiera habían pasado muchos minutos cuando, entre las olas del mar y las corrientes del río, apareció un grupo formado varios centenares de personas cubiertas con mantos, hombres y mujeres.

Al salir de las aguas, los mantos se retiraron y aparecieron sus ojos donde deben estar los ojos en los rostros humanos y se les abrió la boca y sonrieron y saludaron a las mujeres, quienes respondieron del mismo modo. Venid a conocer a estos recién llegados del otro lado del Muro.

Entonces los hijos del cercado de Lar se separaron y abrieron paso a un hombre, que se salió riendo del agua y se les acercó corriendo por la playa.

—¿Dónde está Param? —exclamó—. ¡Dicen que ha venido mi hija!

Rigg sabía que Param no podía oír nada cuando dividía el tiempo, pero tampoco era necesario. Debía de haber reconocido la cara de su padre en cuanto se levantó el manto que la cubría, porque se hizo visible y echó a correr sobre la arena hacia él.

El hombre la abrazó durante largo rato y la acarició con la misma delicadeza que las mujeres a Rigg, antes.

—Param, Param —murmuró, junto con otras palabras que Rigg no pudo distinguir desde lejos. No quería interrumpir su reencuentro, pero aquel era Knosso, su padre, y sin poder evitarlo, se fue acercando con pasos tímidos.

El hombre levantó la mirada y se apartó un poco de su hija sin deshacer el abrazo. Al mismo tiempo, se acercó a Rigg y se detuvo a un par de metros de él.

En Vado Otoño, Rigg se había visto a sí mismo en muy raras ocasiones. Solo un puñado de personas poseían espejos y como él no tenía que afeitarse, no solía encontrar razones para plantarse frente al espejo de la casa de Nox. Pero una vez llegó a O y luego, en Aressa Sessamo, tuvo muchas oportunidades de ver su propia cara en el espejo. En la casa de Flacommo eran tan numerosos que era casi imposible no encontrarse con el reflejo de uno mismo en todo momento.

Así que Rigg supo lo que estaba viendo la primera vez que miró a su padre a la cara. En Aressa Sessamo no había retratos suyos. ¿Un varón fallecido, miembro de un linaje matrilineal que había quedado totalmente desacreditado tras la Revolución Popular? Recrear su semblante habría sido una traición por partida doble.

Sin embargo, alguien podría haberle dicho a Rigg lo mucho que se parecía a su padre muerto. Que no estaba muerto, en realidad.

Umbo se puso entre ellos y los miró alternativamente a ambos.

—No me extraña que mi padre detestara verme —dijo—. Cuando me miraba a la cara, nunca se veía a sí mismo.

—Dijo que cruzarías el Muro cuando crecieses —dijo Knosso.

—A mí nunca me contó que existieras, ni que yo fuese tu hijo —dijo Rigg.

—No debía hacerlo. ¿Cómo iba a mantener un niño un secreto así? Era mejor que no lo supieras hasta que llegase el momento.

—¿Y ha llegado ya, padre? —preguntó Rigg.

—Oh, hace mucho. —Knosso abrió los brazos y Rigg se adelantó para recibir el abrazo que Rampres, el Hombre Dorado, nunca le había dado, a pesar de que Rigg lo llamaba padre y lo quería. Pero aquel había sido un cariño mal dirigido. Su verdadero destinatario era aquel hombre y el sitio de Rigg, como hijo suyo que era, estaba entre aquellos brazos, como el de los hijos del cercado de Lar estaba dentro de sus mantos. «Soy parte de él. Me hicieron a partir de él. Soy suyo. Él es mío». Y lloró apoyado en el hombro de su padre mientras las manos de este lo acariciaban y acariciaban. Y Knosso murmuró una vez tras otra:

—Rigg Sessamekesh, hijo mío, hijo mío.

## COMPAÑEROS

Lo que más sorprendió a Rigg fue la rapidez con la que se esfumó la emoción que había sentido al abrazar por primera vez a su padre. Por supuesto, fue muy grato que el hombre se conmoviese tanto al verlo. Pero aunque él siempre había anhelado el afecto de un padre, aquel no era el padre del que lo deseaba. El hombre al que había llamado así toda su vida era poco afectuoso y muy exigente, pero también brillante, inteligente, difícil (pero no imposible) de complacer y dotado de profundos conocimientos sobre el mundo en todos sus aspectos. Rigg había disfrutado de toda la atención de su padre durante meses enteros, en los que habían vivido en un permanente estado de diálogo.

Knosso tenía la cara de Rigg, pero ¿quién era? ¿Quién había sido en la vida de Rigg? Su presencia allí era la respuesta a algunas preguntas interesantes que se habían planteado durante el tiempo que había pasado en casa de Flacommio. Tendrían muchas cosas de que hablar.

Pero para Rigg, eso era lo único que podría llegar a ser: un recurso, una persona interesante. La oportunidad de recuperar la infancia perdida ya estaba fuera de su alcance. Podía retroceder en el tiempo, pero no volver a ser un niño. Ya era demasiado mayor para necesitar la clase de paternidad que los brazos de Knosso le ofrecían.

El abrazo concluyó. Knosso lo sujetó a cierta distancia de sí para poder observarlo de nuevo. Esto hizo sentir incómodo a Rigg, que temía que la rápida desaparición de su afecto se adivinase en su rostro.

—Ha venido tu antiguo aprendiz, Olivenko —dijo Rigg mientras se volvía para que el soldado erudito pudiera entrar en la conversación.

Olivenko se adelantó, pero no con la firmeza en el paso de costumbre. Parecía tímido, casi asustado.

—Señor... —dijo.

—¡Olivenko! —exclamó Knosso mientras le estrechaba la mano y le ponía una mano en el hombro—. ¡Mi compañero de estudios, el hombre que me iba a buscar los libros y escuchaba todas mis preguntas! ¿En qué clase de erudito te has convertido al final?

—En ninguno —respondió Olivenko—. Los bibliotecarios pensaron que había estado demasiado unido a cierto rey que se había fugado.

—Así que al final arruiné tu carrera —dijo Knosso— al ser yo mismo.

—Simplemente, tomó un camino distinto —dijo Olivenko—. A la guardia de la

ciudad no le parecía mal que conociese la biblioteca como la palma de mi mano y pudiera hablar con los miembros de las clases más altas. Eso me convertía en un tipo de soldado útil.

—Tenemos mucho de que hablar, amigo mío... ¿Puedo llamarte así, ahora que eres un hombre adulto? He encontrado las respuestas a muchas preguntas, pero estas han abierto la puerta a muchas más... Y como puedes ver, he encontrado una nueva vida bajo el mar, en un mundo mucho más grande y hermoso que cualquier cosa creada en tierra firme por nuestro pobre pueblo del cercado de Ram.

Entonces Knosso se volvió —como se vuelven siempre los reyes cuando están rodeados por sus cortesanos— para ver quién más había venido a recibirlo a la playa.

—Tú debes de ser Umbo —dijo Knosso—. El Hombre de Tierra Firme me ha contado que eres el único amigo verdadero de mi hijo y que posees el mismo don que él.

«El Hombre de Tierra Firme», pensó Rigg. Al parecer, así era como los hijos del cercado de Lar llamaban a su prescindible. Larpres, según el nombre que le habían dado los hijos del cercado de Odín.

Umbo intentó realizar una torpe reverencia, pero Knosso se echó a reír.

—Aquí no soy el rey, muchacho, y no tenemos reverencias. ¿De qué servirían bajo el agua? Aquí, cuando queremos honrar a alguien, nadamos por debajo de él y volvemos la cara hacia arriba. Pero en el mar no tenemos reyes. Cuando llegué tuve que explicarles el término. Me extrañó que conociese su lengua, que no había oído nunca, mientras que ellos no hablaban una sola palabra de la mía.

—El Muro nos ha enseñado todas las lenguas, padre —comentó Param.

—Eso deduje, querida mía, aunque fui incapaz de adivinar cómo —dijo Knosso—. Y este, este gigante, es el posadero Hogaza, un fuerte soldado y protector. Si fuese rey, te haría noble por los servicios que has prestado a mi hijo y a mi hija por el camino. Pero no me queda más remedio que admirar la fealdad del compañero que el viejo Vadesh ha criado para ti.

—¿Conoces a Vadesh? —preguntó Rigg.

—He oído hablar de él —dijo Knosso—. Pero su única visita al cercado de Lar se produjo hace diez mil años y deben ser otros los que os hablen de eso. Entretanto, me gustaría presumir un poco. ¡Olivenko, mi plan para cruzar el Muro por el agua salió bien!

—A nosotros nos pareció que os habíais ahogado —dijo Olivenko—. Asesinado por unas criaturas marinas sin cara.

—Sin cara —repitió Knosso. Se acercó a los hijos del cercado de Lar, que se habían reunido alrededor de las tres mujeres del primer grupo, y les habló en su lengua, que ahora Rigg comprendía a la perfección—. ¡Enseñadles el aspecto que tienen los hombres «sin cara»!

Al instante, los mantos de todos los hijos del cercado de Lar se levantaron de su espada y les cubrieron la cabeza, primero como collares y luego como capuchas. Pero

a continuación, como si sus cuerpos los succionaran, los mantos quedaron adheridos a la carne. Sus rostros perdieron todos los rasgos, salvo una pequeña protuberancia y sendos orificios donde tendrían que haber estado los ojos.

Pero al cabo de un momento, un nuevo par de ojos de gran tamaño brotaron a ambos lados de cada cabeza, en las sienes, y donde habrían tenido que estar las orejas, se abrieron las hendeduras de las agallas. En la boca apareció una cavidad llena de dientes, cuyos labios redondeados se abrían y cerraban alternativamente, como los de los peces pequeños y no como el gran hueco alargado de la boca de los tiburones.

—Esas son las criaturas que vi —dijo Olivenko, tan aliviado que casi se echó a reír—. Así que no eran monstruos.

—Monstruos, en efecto —murmuró Param.

Tras dejarles un momento para admirarlos, los ojos, las agallas y las bocas volvieron a desaparecer en el interior de la carne, los mantos se separaron de la cabeza de los humanos y volvieron a quedar colgando de la espalda.

Rigg estaba fascinado y horrorizado a un tiempo. Qué adaptación tan perfecta al mar, pero qué inhumana.

—Esas criaturas debieron de evolucionar para adaptarse a una criatura muy distinta, nativa de Jardín —dijo Rigg—, pero tuvieron que contentarse con la fauna de la Tierra. Sobre todo los colonos, por lo que se ve.

—Supongo que al principio pensarían que eran peligrosas —dijo Hogaza.

—¡Mejor que os lo cuenten otros! —exclamó Knosso—. Conozco la historia, pero pertenece a las personas cuyos antepasados la vivieron, no a mí. Madre Mock —dijo dirigiéndose a la líder de las mujeres a las que habían conocido primero—. Deberíais ser las Tías y tú las que se la contéis.

—Y así será —dijo Madre Mock—. Pero hemos salido tantos a tierra firme que, ¿qué vamos a comer? Y esos son bebedores de agua dulce, sin manto. El río aquí no se puede beber, con todo el sedimento del interior que arrastra y la sal del refluo del mar.

—Soy Tía Esh —dijo una de las otras mujeres— y esta es Tía Viento. Ella es la que habla, Tía Viento, y os contará la historia.

—Lo haré —dijo Viento—, a cualquiera que tenga interés en oírla. ¡Adaptad vuestros cuerpos a tierra firme, pececillos míos! ¡Porque pasaremos mucho tiempo lejos del agua antes de que termine el relato!

Rigg se sentó al ver que lo hacían los hijos del cercado de Lar; Knosso se sentó a su lado y Param al lado de este. Aferrada a su padre como estaba, parecía muy pequeña y vulnerable y, por primera vez, Rigg comprendió que realmente era tan joven como él.

Desde que su madre intentara quitarle la vida, no había adoptado una actitud tan propia de una hija y siempre había tratado de demostrar dureza, independencia y fuerza. Pero ahora, en presencia de su padre, esa dureza había desaparecido

totalmente. Era como si todo el miedo y la ansiedad del pasado año se hubieran ido acumulando en su interior y ahora, pegada a Knosso, pudiera dejarlos salir finalmente.

—Llegamos a estas costas como hombres y mujeres —dijo Tía Viento—, arrastrados como polvo por el espacio hasta posarnos en estas aguas como el sedimento de los ríos. En aquellos tiempos no conocíamos aún a nuestros compañeros-en-las-olas, a los que creíamos medusas arrastradas por las corrientes. Pensábamos que venían también de la Tierra y temíamos su agujijón. Pero no tenían agujijón y no venían de la Tierra. Lo que hacían era esperar para adherirse al hocico de los animales que se acercaban al río para beber y convertirlos en animales marinos. Los compañeros vivían de su sangre y engendraban dentro de su piel; inculcaban a sus anfitriones el amor al océano, para que nunca se alejasen de la Abuela Mar.

En su lengua «abuela» y «mar» comenzaban con el mismo sonido. Era un nombre hermoso.

—Al principio, cuando los compañeros se adherían a la cara de nuestros antepasados, nos entraba el pánico y se los arrancábamos, lo que causaba gran daño a los humanos, porque los compañeros se unían muy profundamente a ellos desde el primer instante. Durante mucho tiempo, los humanos, temerosos de los compañeros, trataron de envenenarlos o de espantarlos para que se alejasen.

»Entonces llegó un gran banquete, de bestias de tierra y bestias de mar, cocinadas sobre las hogueras, y Vadesh vino por primera vez a esta tierra desde el sur. El Hombre de Tierra Firme y Vadesh hablaron cara a cara, porque Vadesh quería mostrarle a la gente que los compañeros no eran peligrosos. “Han evolucionado demasiado en este nicho para lo que yo quiero —dijo Vadesh—, pero aquí, en la costa, los necesitaréis. ¿Por qué no dividís vuestro pueblo en dos, los que aceptan a los compañeros y los que no? Es lo que yo he hecho”, le dijo al Hombre de Tierra Firme.

»El Hombre de tierra respondió: “No se lo prohíbo a nadie; no tengo ni la voluntad ni el poder de hacerlo. Pero tampoco voy a ordenárselo ni a forzarlos. Que lleven a los compañeros si lo desean y comprobemos si desean vivir la vida a la que les dará acceso”.

Aquel día, solo dos escogieron unirse a los compañeros. Los demás, asustados, decidieron exiliarlos. Solos y aterrorizados, tuvieron que recurrir a su ayuda mutua para adaptarse a la vida bajo el agua, donde no tardaron en reproducirse. No volváis a tierra firme para dar a luz, les dijeron los compañeros. Hacedlo aquí, donde podremos darle a vuestros hijos un compañero para toda la vida.

»Así que el niño nació allí y los humanos descubrieron que hasta eso podía producirse bajo el agua y el compañero del niño se separó de su padre y le dio agallas al pequeño para inhalar su primer aliento allí, en la desembocadura del río. El niño podía nadar desde que nació y respiraba en el agua como un pez, pero al crecer lo



llevaron a la tierra del aire, de los cantos y de la gente erguida, donde aprendió a caminar, como todos enseñamos a nuestros hijos.

»Gracias a los compañeros aprenden más deprisa. Pueden erguirse al primer intento y antes de que haya pasado una hora ya caminan solos y pueden hablar por la boca con perfecto discernimiento. Bajo el agua hablamos con el golpeteo de la carne que cubre la boca y nos comunicamos con el beso del habla. Pero aquí en tierra firme podemos hablar a todos a la vez, como estoy haciendo yo ahora.

La audiencia expresó su conformidad con murmullos.

—Al cabo de cinco años, otra pareja marchó a las aguas en busca de compañeros y al cabo de otros tres otra, y luego otra, hasta que hubo diez parejas con sus hijos que habían escogido el mar para vivir.

»Entonces llegó el gusano del lodo, la enfermedad que hace que la carne se pudra en el cuerpo y se vaya consumiendo sin dejar más que huesos, agonía y muerte. ¿Quién podía vivir cuando el gusano del lodo avanzaba arrastrándose por su cuerpo? Solo los que vivían bajo el agua, porque allí el gusano moría y el compañero curaba la carne.

»Todos los que aún estaban vivos y podían arrastrarse o ser transportados por otros acudieron al agua, donde los compañeros los acogieron y los salvaron del gusano del lodo. Y la vida con los compañeros es tan hermosa que dejamos de pensar que el gusano del lodo fuese algo terrible y su llegada una plaga. Más bien, como fue él quien nos empujó hacia el agua, lo vemos como un amigo. Solo en los cercados donde no había compañeros se convirtió su llegada en un desastre y una tragedia.

Rigg nunca había oído hablar de aquella plaga, pero la mujer hablaba de ella como si fuese algo que había afectado a más de un cercado. ¿Por qué creería Tía Viento una cosa como aquella, si los prescindibles no se la habían contado? ¿Significaba esto que era verdad, que era una plaga capaz de atravesar el Muro? ¿O sería otra mentira de los prescindibles? ¿Por qué no se conservaba recuerdo alguno de su existencia en el cercado de Ram?

Y entonces se acordó de las historias sobre la Muerte Blanca y la Muerte Ambulante. Más que historia real, eran meras alegorías, o al menos eso había pensado siempre. ¿Podía ser lo mismo de lo que estaba hablando Tía Viento? En este último caso, debía de ser mucho más antigua de lo que Rigg creía. Se preguntó si Param se habría encontrado con relatos similares al estudiar la historia de todos los cercados. Pero ella se encontraba al otro lado de Knosso, así que no podía preguntárselo sin que lo oyeran. Y no quería interrumpir el relato.

—En el agua vivimos durante tantas generaciones que perdimos la cuenta del paso de los días en el mar infinito. Batallamos con grandes monstruos marinos, algunos de ellos procedentes de la Tierra y otros nativos de este mundo, que habían logrado sobrevivir al cataclismo. Tratamos de cruzar a nado el Muro y no lo conseguimos. Nos esparcimos a lo largo de toda nuestra costa y establecimos colonias mar adentro y en el interior de los ríos más profundos. Aunque siempre

volvíamos a tierra firme para hablar y bailar cada cierto tiempo.

»En una de tales ocasiones, el Hombre de Tierra Firme vino a vernos, acompañado de nuevo por Vadesh. Vadesh habló de toda la gente de su cercado que había rechazado a los compañeros que había creado para ellos, a pesar de que también podían salvarlos del gusano del lodo. La gente solitaria mataba a los hombres y mujeres que aceptaban a los compañeros, así que estos tuvieron que luchar para defenderse, hasta que no quedaron humanos con vida en aquella tierra, en ninguno de los dos bandos.

»“Venid y aceptad a este compañero terrestre”, nos invitó Vadesh, pero cuando le preguntamos “¿Qué puede darnos que no nos ofrezcan ya los nuestros?”, su respuesta fue un compendio de cosas que no nos importaban, al que además le faltaba la que más nos interesaba a nosotros: los compañeros que él había creado no sabían nadar bien y con ellos, respirar bajo el agua era imposible.

»“¡Pues entonces no queremos saber nada de ellos!”, declararon nuestras madres. Y nuestros padres le dieron la espalda, se cubrieron con sus mantos y volvieron a sumergirse bajo el agua. Vadesh se marchó entristecido, mientras el Hombre de Tierra Firme se reía de él y decía: “Te dije que estaban contentos con lo que tenían y no iban a cambiarlo por algo peor”.

»“No es peor —dijo el viejo Vadesh—, al contrario”. Pero igualmente se marchó y nadie ha vuelto a verlo en este cercado desde entonces.

Así acabó la historia de Tía Viento.

—¿Eso es todo? —preguntó Rigg en voz baja—. Como historia, no es demasiado buena.

—Es que no es una historia —dijo Knosso—. Te aseguro que cuando aquí cuentan una historia, es de las que te dejan boquiabierto o te hacen reír a carcajadas. ¡Podéis creerme! Esto no ha sido más que la respuesta a vuestra pregunta. No la habían compuesto. Tía Viento la ha ido elaborando sobre la marcha.

—Pues a mí me ha parecido muy poética —dijo Param.

—Sí —dijo Knosso—. Así es como habla el pueblo de Lar. ¿Qué sentido tendría regresar a tierra firme si no es para hablar con una voz hermosa, clara y alta, para que puedan escucharla muchos al mismo tiempo? Esa es su biblioteca, su orquesta y su baile. Y ahora mirad y escuchad cómo le responden con cantos y bailes para transformar la historia en realidad.

Y para sorpresa de Rigg, los hijos del cercado de Lar empezaron entonces a cantar lo que Tía Viento les había contado antes, palabra por palabra, solo que en numerosos y melódicos versos. Y cuando terminaron de hacerlo, volvieron a cantar, solo que esta vez sin palabras. Pero el poder de la música era tal que cuando Rigg oía cada acorde, conocía las palabras que lo acompañaban. Y al mismo tiempo que cantaban con aquellas armonías múltiples, bailaban también, y en sus movimientos el gusano del limo les consumía la carne y las madres daban a luz a sus hijos y los hombres exploraban y luchaban con las poderosas bestias de las profundidades y

luego aparecía Vadeshpres, como una especie de patético bufón, llevando mascaracarnes que parecían hechos de un estiércol especialmente asqueroso. Hogaza se rio a mandíbula batiente al verlo.

Cuando el ridículo Vadeshpres se marchó, los presentes siguieron con su baile y todos aplaudieron el relato, a su narradora y a los que cantaban y bailaban.

—Ahora esta canción formará parte de su vida, al menos durante esta generación —dijo Knosso—. Y si la olvidaran, otra Tía Viento la recreará en el futuro con otras palabras y los demás la cantarán con otras melodías. Nada se pierde. Esta es su biblioteca, la poesía de su vida en tierra firme.

—No es de extrañar que améis este lugar —dijo Olivenko—. Pero podríais habernos enviado un mensaje.

—Pero si lo hice —respondió Knosso—. Le pedí al Hombre de Tierra Firme que le dijese al Jardinero que os avisara de que estaba bien. No volvería, claro, porque me había marchado para salvar la vida y quienes me querían muerto no vacilarían en acabar conmigo si lo hacía.

—¿Quiénes os querían muerto? —preguntó Olivenko.

—Mi esposa —dijo Knosso—. Hagia me dijo ella misma que no tenía otra alternativa que ordenar que me mataran, así que si mis estudios no lograban sacarme del cercado, un cuchillo o un veneno se encargarían de hacerlo antes de poco tiempo. Pensó que me hacía un favor al contármelo.

—¡Un favor! —exclamó Param—. ¡También intentó matarme a mí!

—Eso estuvo mal —dijo Knosso.

—¿Eso es todo? ¿Qué estuvo mal?

—Los reyes y las reinas-en-la-tienda llevan incontables generaciones matando a sus parejas y a sus hijos, a sus padres y a sus hermanos. La realeza es así entre los Sessamid. ¿No te han enseñado historia?

—No me enseñaron nada —dijo Param.

—Conocemos la Historia Popular —dijo Rigg.

—Siempre creímos que era un montón de mentiras, inventadas por el Consejo Revolucionario Popular para desacreditar a la familia real —dijo Umbo.

—Sería difícil inventar atrocidades peores que las que cometió la familia real contra sus propios miembros —dijo Knosso—. Pero eso ya no importa. No consiguió matarme y ahora vosotros estáis aquí y me siento más feliz de lo que jamás hubiera creído posible.

—Así que abandonaste a tu hija para salvar tu propia vida —dijo Rigg—, sabiendo que su vida también estaba en peligro.

—Raras veces me dejaban verla —dijo Knosso— y no tenía ninguna razón para pensar que Hagia quisiera hacerle nada a su heredera. No es que matar a los hijos sea algo insólito dentro de la familia real, pero tampoco es lo habitual, porque de lo contrario la familia se extinguiría. Por lo general lo hacen cuando vuelven a casarse, para que los únicos herederos sean los hijos nacidos en el nuevo enlace. Yo no podía

saber que vuestra madre volvería a casarse después de mi desaparición. Pero ahora que lo pienso, tiene sentido. Conocía bien a Haddamander Ciudadano, un hombre muy ambicioso. Siempre había pensado que cuando vuestra madre muriese, lo haría a sus manos. No se me ocurrió que se casarían, hasta que el Hombre de Tierra Firme me lo contó de pasada, como un simple chismorreo relacionado con mi antigua vida.

—No podría haberla protegido aunque se hubiese quedado —dijo Olivenko—. Ni siquiera podría haberse protegido a sí mismo.

—Ya lo sé —dijo Param. Se volvió hacia Rigg y añadió—: Pero es enternecedor que te hayas indignado por mí.

«No me gusta cómo piensa esta gente —pensó Rigg—. Cuando salvé a Param, ignoraba que fuese tan arrogante y egoísta como nuestra madre. Y ahora descubro que Knosso es igual. Un buen hombre y un buen erudito, pero incapaz de ver más allá de sus propios deseos y necesidades. Aunque ahora comprendo el comportamiento de Param desde que salimos de Aressa Sessamo. Es digna hija de su familia».

—Pues te agradezco que me entregaras al Jardinero —dijo Rigg— para que me criase lejos de la corte.

—Era el único modo de mantener con vida a un rastreador como tú —dijo Knosso—. En la casa real, en cuanto se hubiera conocido tu don, los partidarios de la línea de sucesión femenina te habrían asesinado por miedo a que desplazases a las reinas de la Radiante Tienda y recuperases la primogenitura para la línea masculina.

—¿Sabías que era un rastreador? —preguntó Rigg.

—Seguías rastros ya antes de empezar a caminar.

—¿Pero cómo pudiste saberlo? —preguntó Rigg.

—Porque yo también soy un rastreador, claro está —dijo Knosso—. Pero ni de lejos tan poderoso como tú, según el Hombre de Tierra Firme. Dice que puedes ver rastros de cien años de antigüedad.

—Y de diez mil —dijo Umbo—. Y más aún.

Knosso esbozó una sonrisa radiante.

—¡Sabía que llegarías lejos, hijo mío!

—¿Y qué rastros puedes ver tú? —preguntó Rigg.

—Yo apenas llego a distinguir los que tienen diez años. E incluso estos los veo borrosos y me cuesta seguirlos. Son más fáciles los de ayer o los del mes pasado. Pero al menos me sirve para que nadie se me pueda acercar a hurtadillas. ¿No te parece que es muy útil poder percibir los rastros que están detrás de ti tan fácilmente como los que tienes delante? —Le apretó el hombro a su hijo—. Llevo ya mucho tiempo fuera del agua y Madre Mock y las Tías más aún. Además, hemos abierto las agallas para que pudierais verlas y se han secado. Así que creo que vamos a volver al agua a pasar la noche. ¿Os quedaréis aquí, en tierra firme, para que podamos hablar mañana?

—Por supuesto —dijo Param.

—Tenemos muchas preguntas —dijo Olivenko.

—Nunca pensé que conocería a un rey —dijo Umbo.

—Bueno, técnicamente ya lo habías hecho —dijo Knosso señalando a Rigg—. Aunque sigo vivo, creo que podemos asumir que he renunciado a mis derechos a la Radiante Tienda. Así que si crees en los reyes, Rigg es el rey. Y si no, Param es la heredera de la reina. O, si eres republicano, ninguna de ellos es nada.

—Y lo que es más importante —dijo Hogaza—, como ya no estamos en el cercado de Ram, ya no nos importa y no volverá a importarnos, salvo que decidamos volver allí.

—Un republicano nato —dijo Knosso—, pero creo recordar que te conocí como soldado de mi ejército.

—Sí —dijo Hogaza—. Hablamos una vez, en la celebración de una victoria. ¿Cómo es que lo recordáis?

—Si fuese por mí solo, no lo haría —dijo Knosso—. Pero mi compañero ha revivido todos mis recuerdos y en el mismo instante en que te vi, el manto vio lo que había detrás de tu mascaracarne, te reconoció y me mostró el recuerdo de la ocasión en la que nos conocimos.

Hogaza inclinó la cabeza.

—Soy republicano —dijo—, lo que no quiere decir que albergue animadversión alguna hacia la casa real.

—Me alegro de oírlo —dijo Knosso—. Y ahora os deseo buenas noches. Que durmáis en paz en el aire duro y áspero de tierra firme; a mí me mecerán las olas en la fría oscuridad hasta que me quede dormido, como todas las noches.

Los hijos del cercado de Lar se pusieron en pie y, mientras se adentraban en las aguas del mar y del río saltando o chapoteando, sus mantos se hincharon, los cubrieron y volvieron a abrir las agallas. Y al poco tiempo, los viajeros del cercado de Ram volvían a estar solos en tierra firme, aunque maravillados todos ellos.

Todos ellos salvo Rigg, quien sentía otra cosa. Al comienzo mismo de la andadura humana en Jardín, había estallado una plaga que había obligado a los hijos del cercado de Lar a buscar refugio en las aguas. Y los prescindibles se habían contado muchas más cosas entre sí de las que sabían los hijos del cercado de Odín, o al menos de las que habían admitido saber. ¿Conocían los ratones todo aquello?

Rigg miró a su alrededor y constató que aquel día no había pasado ningún ratón por allí. «Bien. De momento sé algo que ellos ignoran. O al menos sé algo que ellos saben pero no han querido contarme. Sea como sea, marchó un pasito por delante. Porque ahora sé lo que pretenden hacer y sé que debo impedirselo y no puedo hacer lo que debo hacer desde aquí, desde el cercado de Lar y no puedo contar con nadie más para hacerlo. Tengo que actuar solo y deprisa, antes de que los demás sepan lo que tengo que hacer o lo deduzcan».

—¿Me prestas el cuchillo, Umbo? —preguntó Rigg.

—Claro —dijo Umbo mientras lo sacaba y se lo daba.

—Gracias —dijo Rigg—. Intentaré devolvértelo lo antes posible, a partir de este

momento.

Echó a andar hacia el vehículo volador.

—¿Adónde vas? —preguntó Umbo mientras lo seguía.

—Al cercado de Vadesh —dijo Rigg.

—¿A ver a ese mentiroso? ¿Esa serpiente? ¿Para qué?

—Tengo que pedirle una cosa —dijo Rigg.

—¿El qué? —preguntó Umbo.

—Necesito un mascaracarne —dijo Rigg—. Y quiero saber cuándo murió Ram Odín y en qué cercado.

—Vas a volver al pasado —dijo Umbo—. Vas a hablar con él.

—No —dijo Rigg—. Eso podría cambiar el mundo entero. Podría hacernos desaparecer incluso a nosotros.

—Nada de lo que hacemos nos hace desaparecer —dijo Umbo—. Eso ya lo hemos discutido mil veces. Al menos Hogaza y yo.

—Voy a saltar hacia el futuro —dijo Rigg.

—Eso no se puede hacer —dijo Umbo—. Solo Param puede avanzar en el tiempo.

—No es cierto —replicó Rigg—. Todos avanzamos hacia el futuro, a razón de un minuto por minuto.

—Bueno, sí, visto así... ¿Qué quieres decir? ¿Qué simplemente vas a... pasar un tiempo alejado de nosotros? ¡Llévame contigo! Te haré compañía.

—Lo que voy a hacer, Umbo, no te lo pediría a ti y si lo hiciera, no lo harías.

—Haré lo que tú creas que se debe hacer. ¿No me crees, Rigg? Ya no siento celos de ti. En serio. Soy tu amigo y te seré leal hasta el final.

—Cuando termine mi tarea, si lo consigo, regresaré y te devolveré el cuchillo.

—¿Qué tarea?

Pero ya habían llegado al vehículo volador, donde Rigg le estrechó solemnemente la mano a su amigo, una cosa que nunca antes había hecho, que él recordara.

—Eres el viajero temporal más poderoso que existe —le dijo Rigg—. Aprende lo que puedas de Knosso... Es un hombre sabio y también es un rastreador. Así que si quieres ir al pasado y necesitas un rastreador que te ayude, puedes contar con él.

—Se parece a ti, Rigg, pero no eres tú. No lo conozco.

—Pues debes conocerlo, entonces. Y por favor, no te enfades con Param. Es como es porque la han criado así y está tratando de superarlo.

—No estoy enfadado —dijo Umbo—. Simplemente, no me gusta.

—Lo sé —dijo Rigg—. Y es una pena, teniendo en cuenta que sigues enamorado de ella y que ninguno de los dos podría casarse con nadie que no fuese el otro.

Y con estas palabras, Rigg subió corriendo la rampa del vehículo volador dejando a un estupefacto Umbo tras de sí y le ordenó que lo llevara hacia el Muro del cercado de Vadesh.

## ADVERTENCIA

Cuando Umbo regresó con los demás, tenían mil preguntas. Habían visto despegar el vehículo volador y cuando Umbo les explicó que Rigg se había marchado, Param se mostró dolida, Olivenko aturdido y Hogaza furioso.

—¡Será idiota! —exclamó este último—. ¿Dice que necesita uno de estos? ¿Para qué? Para ponerse otra vez en manos de Vadesh... ¡Vadesh es el campeón de todos los mentirosos y lo digo yo, que no creo haber oído una verdad de cada diez cosas que me han dicho a lo largo de toda mi vida! Y ninguna desde que dejamos el cercado de Ram.

Pero ya estaba hecho y no culparon a Umbo por ello.

—Arrogante imbécil —rezongó Hogaza—. ¡Me refiero a Rigg, no a ti, Umbo! Arrogante, estúpido y valiente... Va a cargar con todo sobre sus hombros, estoy seguro.

—Yo creo que ha huido —dijo Param—. Creo que está aterrorizado.

—Pues no es así —dijo Umbo.

—Creo que no quiere verse con los visitantes —dijo Param—. Llegarán dentro de solo dos años y quiere asegurarse de que no está con nosotros.

—¿Por qué hablas mal de él, cuando te alegras de que se haya ido?

—¡Eso no es verdad!

—Quieres quedarte a tu padre solo para ti. Te pusiste negra al ver lo mucho que se alegraba de ver a Rigg. Te estaba observando —dijo Umbo.

—Basta —dijo Olivenko—. No sabemos lo que está haciendo Rigg y no sabemos cuáles son sus motivos, pero lo que sí sabemos es que podamos fiarnos de que haga lo que debe hacer, porque ha tenido mil ocasiones para no hacerlo y no las ha aprovechado. Nuestro deber ahora es actuar como si lo que está intentando no fuese a funcionar y tratar de impedir que los visitantes tomen la decisión que tomaron y que provocó la destrucción de este mundo. ¿No os parece?

—Mi padre nos dirá lo que tenemos que hacer —dijo Param.

—A mí no —dijo Umbo—. Aunque escucharé sus sugerencias.

—Estás celoso porque tengo un padre —dijo Param.

—Yo también lo tuve —dijo Umbo—, eso no me impresiona.

—Cuando recuperéis los dos la capacidad de pensar racionalmente —dijo Hogaza—, pensad en esto: los hijos del cercado de Lar tienen su propio sistema de recordar las cosas y saben algunas cosas que, de algún modo, ignoraban los omniscientes hijos del cercado de Odín. Yo propongo que les contemos todo lo que sabemos y oigamos

lo que nos aconsejan.

—¿Todo lo que sabemos? —preguntó Umbo—. ¿Incluido lo de los ratones?

—Sí —dijo Olivenko.

—¡No! —gritó Param.

—No sabemos nada sobre los ratones —dijo Hogaza—, salvo lo que nos han contado ellos mismos, que son unos embusteros.

—Sabemos que hay miles de ellos por ahí —dijo Umbo— y que los hemos traído nosotros y que, probablemente, el mismo día que llegamos, ya habían tenido mil bebés.

—Los ratones no se reproducen tan deprisa —dijo Hogaza.

—¿En serio? ¿Cuántos de ellos estaban embarazados? —preguntó Umbo—. ¿Cuántos estaban a punto de parir?

—Posiblemente la mitad —dijo Olivenko—. Pero la auténtica pregunta es, si se lo contamos a los hijos del cercado de Lar, ¿confiarán más o menos en nosotros?

—Dejarán de hablarnos —dijo Param—. No podremos hablar con mi padre. O le harán daño porque es uno de nosotros.

—Lleva un manto, como ellos —dijo Hogaza—. No es uno de nosotros.

—Para mí, más que tú —dijo Param.

—Lo que tú digas —dijo Hogaza mientras le daba la espalda con impaciencia.

Umbo estuvo a punto de responderle «tú no formas parte de este grupo y nunca lo has hecho». Pero sabía que el silencio de Hogaza era el curso de acción más prudente, así que no añadió nada. Era consciente de que ya había hablado demasiado.

—Creo que deberíamos contárselo todo —dijo Olivenko—. De lo contrario, seríamos tan arteros como los ratones.

—Son unos auténticos maestros del engaño —dijo Param.

—No nos gusta lo poco que nos fiamos unos de otros —dijo Olivenko—, así que intentemos portarnos como el tipo de gente de la que pueden fiarse los demás. Puede que no aprueben lo que hacemos, pero al menos podrán dar crédito a lo que decimos.

—Si les contamos a los hijos del cercado de Lar lo de los ratones, estaremos traicionando su confianza —dijo Param.

—Los ratones ya no se fían de nosotros —dijo Hogaza— y nunca les prometimos que no diríamos nada.

Umbo se dio cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo. Cuando había un secreto de por medio, bastaba con la decisión de una persona de contarla para anular la de todos los demás de no hacerlo.

El auténtico problema era determinar las intenciones de los ratones. Umbo no sabía realmente lo que podían conseguir sin la ayuda de humanos de tamaño real para crear la tecnología. Nunca se había planteado si podían hacer algo con sus patitas. No podían trabajar con metal fundido, por ejemplo. Un hombre con un mandil grueso y un guante ignífugo puede acercarse lo bastante al fuego para sacar una barra de hierro de él usando unas tenazas. Pero un ratoncillo que intentara levantar un trocito de



metal fundido con sus pequeñas patas y unas tenacitas a medida tendría que acercarse tanto que su cuerpo entero se cocería al instante.

Así que, ¿cómo podían crear algo comparable a lo que tenían los humanos? ¿Qué podría hacer su tecnología en el cercado de Lar, donde no contaban con una infraestructura previa de herramientas y maquinaria como la que habían creado los hijos del cercado de Odín?

Los ratones manipulaban los genes. Es lo que admitían haber hecho para crear a Knosso y a Umbo. Bueno, en realidad eran los hijos del cercado de Odín los que se atribuían estos logros, pero luego se habían enterado de que los únicos que realmente podían desplazar las cosas en el espacio con precisión eran los pequeños roedores.

Así que los hijos del cercado de Odín habían trabajado el metal y erigido grandes ciudades; los ratones trabajaban con el tiempo y con los genes y creaban nuevas especies.

Entonces, Umbo llegó a la única conclusión plausible. Los ratones debían de usar el desplazamiento espaciotemporal para todo aquello que los humanos hacían con herramientas. Nunca habían tenido que acercarse al fuego; podían usar sus poderes para desplazar todas aquellas cosas que les fuese imposible mover a mano.

Así que si lograban llegar a la Tierra sin que los detectaran, ¿qué pasaría si su poder de desplazamiento temporal no funcionaba?

No había ninguna razón para creer que sus capacidades de desplazamiento temporal funcionaran lejos de Jardín. Y si no funcionaban, ¿cuál era su plan de emergencia? ¿Reproducirse a velocidad de vértigo, consumir todos los alimentos de la Tierra y matar de hambre a la raza humana? No era muy probable: matar ratones era demasiado fácil.

Tal vez pudieran manipular genéticamente a los humanos de la Tierra. ¿Pero cómo? Cualquier cambio genético tardaría muchas generaciones humanas en hacer efecto. Así no podría impedir que Jardín fuese destruido un año después de la marcha de los visitantes.

Y ahora que Umbo estaba allí, en el cercado de Lar, no podía ir a la biblioteca del cercado de Odín para tratar de descubrir lo que podían hacer los ratones. Ni siquiera podía preguntárselo a Criador-de-ratones, cosa que habría querido hacer, a pesar de que sabía que probablemente le hubiera contado una mentira. O algo que le hubieran contado los ratones, que para el caso era lo mismo.

Los ratones podían mover los objetos de un sitio a otro y de un tiempo a otro. Si ese poder seguía funcionando en la Tierra, contarían un amplio abanico de posibilidades. Habían matado a Param introduciéndole un trozo de metal en el cuerpo. Pero ¿podrían haberle extraído simplemente un órgano vital?

¿Cuáles eran los límites de sus poderes? ¿Cuántos ratones hacían falta para llevar a cabo un solo desplazamiento? Para que pudieran mover un objeto por el espacio y el tiempo, ¿tenía que estar separado de cualquier otro, o al menos poder separarse de él? ¿O podían mover una sección de un pilar y provocar así el desplome de un techo?

¿Y cuál era el objeto más grande que podían mover? ¿Un edificio? ¿Una astronave?

¿Podrían teletransportar la astronave de los visitantes hasta el sol para que se carbonizase?

No, no podían hacer eso. Si los visitantes no volvían a la Tierra, los humanos de allí se darían cuenta de que Jardín representaba una amenaza. Todas estas preguntas daban vueltas y vueltas en la cabeza de Umbo.

Hasta que, en mitad de la noche, encontró la respuesta.

Despertó a Param.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, furiosa—. ¡Estaba dormida!

—Ya lo sé —dijo Umbo—. Pero ¿quién querría dormir, cuando tengo la respuesta?

—¿Qué respuesta?

—La respuesta al problema de que no tenemos información suficiente para hacer nada. Ni siquiera sabemos lo bastante para saber qué preguntas son las que debemos hacer.

—¿Para eso me despiertas? —preguntó Param—. Lárgate.

—Te he despertado porque la solución eres tú.

—Te aseguro que no soy la solución a ningún problema que puedas tener tú.

—Tenemos que ir al futuro para ver lo que sucede con los visitantes y luego volver aquí y decidir lo que debemos hacer al respecto.

Param cerró los ojos, pero al menos empezó a pensar en ello.

—Así que quieres que use mi don para que lleguemos antes al futuro.

—Y luego, cuando hayamos visto lo que queremos, yo nos traeré de regreso. A esta noche. Nadie sabrá siquiera que nos hemos marchado.

—Pero nunca he ido tan lejos —dijo Param—. Tardaríamos semanas.

—Nunca has intentado fragmentar el tiempo en tal medida —dijo Umbo—, porque no querías perderte días, semanas y meses enteros. Pero si lo intentaras con todas tus fuerzas...

—Puede ser —dijo Param.

—Y de todos modos veríamos lo que está sucediendo a toda velocidad. Día y noche, los cambios de las estaciones...

—Así que cuando terminaran de pasar los dos años, lo sabríamos —dijo Param.

—Solo nosotros tenemos los poderes de manipular el tiempo —dijo Umbo—. Usémoslos.

—Sin Rigg.

—Rigg está haciendo lo que cree que debe hacer. ¿Por qué no debemos hacerlo nosotros también?

Param se incorporó y se frotó los ojos con la parte baja de las manos.

—En realidad no te odio, ¿sabes? —dijo.

—Me alegro de oírlo —dijo Umbo—. Me habías engañado.

—Tampoco es que me gustes —dijo Param—. Pero no te odio. Los demás no

hacen más que darme sermones sobre lo mal que te trato.

—Me trataste bien cuando saltamos desde aquella roca, en el cercado de Ram —dijo Umbo—. Y cuando nos ayudaste a cruzar el Muro. En las crisis, estás a la altura.

—Y tú.

—Pues vamos a intentarlo. Si es más de lo que puedes o quieres hacer, puedes parar y yo os traeré de regreso.

—¿Puedes hacerlo con precisión? —preguntó Param—. Creía que necesitabas que Rigg encontrara un rastro para poder encontrar un momento exacto.

—Si retrocedo demasiado, puedes usar tu don para que traernos hasta este momento. Aunque yo no sea preciso, tú si lo eres.

Param se incorporó. Hogaza se removió en su sueño. Olivenko permaneció inmóvil.

Param hurgó en su mochila y sacó el abrigo grueso.

Umbo la miró como si estuviese loca.

—¿Y si estamos en invierno cuando paremos? —le preguntó Param.

Umbo sacó también la pelliza gorda de la mochila.

Se cogieron de la mano, frente a frente.

—Creo que sois dos idiotas temerarios —dijo Hogaza, que al parecer sí que estaba despierto.

—Pero no podemos detenerlos —dijo Olivenko, que también lo estaba.

—Gracias —dijo Umbo—. Volveremos dentro de un minuto.

Param comenzó a fragmentar el tiempo.

Umbo ya había pasado por aquello, cuando saltaron desde la roca. La sensación no era la de que estuvieran avanzando por el tiempo a más velocidad. Más bien, era como si el resto del mundo estuviera acelerando. Solo que esta vez, no vio pasar animales o personas moviéndose a toda velocidad. No los vio moverse. Solo algún destello de una persona muy de vez en cuando, aquí y allá. Los días se sucedían en la borrosa sucesión de los tránsitos del sol sobre sus cabezas y el parpadeo de las estrellas que aparecían durante un instante de oscuridad y luego volvían a desaparecer.

Apareció nieve en el suelo, desapareció, volvió a aparecer, desapareció, se amontonó, se fundió, apareció de nuevo y desapareció de nuevo. Y luego llegó la primavera, una profusión de tonalidades verdes; un verano con la duración justa para sentir el calor y nada más, y luego el fresco y la caída de las hojas y la hierba teñida de marrón y luego, de nuevo, la nieve. Primavera. Verano. Y Param ralentizó el mundo a su alrededor hasta que, gradualmente, terminó de detenerse.

Era de noche. No había nadie en la playa ni tierra adentro, que ellos pudieran ver.

«Rigg siempre sabe dónde está la gente o si la hay o no —pensó Umbo—. Ojalá estuviese aquí».

Pero entonces el pensamiento desapareció. En aquel momento no quería depender de Rigg. Param y él podían hacerlo solos.

—No creo que convenga que nos vean —dijo—. Lo mejor es que estemos escondidos para ver lo que pasa.

—Pues entonces habrá que hacerse invisibles —dijo Param con un guiño—. De todos modos, es el mejor de mis trucos. Volvió a cogerle la mano y caminó con él hacia una pequeña arboleda con matorrales, mientras la noche pasaba velozmente a su alrededor.

Incluso cuando se detuvieron entre los árboles y el sol alzó rápidamente, Param siguió fragmentando el tiempo. Pero ahora que su avance era mucho más lento, pudieron distinguir el borroso movimiento del correteo de los ratones. Ratones por todas partes, entre los árboles y la hierba.

Ratones que entraban y salían por agujeros en el suelo.

Pues claro que no levantaban edificios. Cavaban agujeros. No tenían que apuntalarlos para que no se desplomasen. Los ratones pueden moverse por cavidades tan pequeñas que no se derrumban, aunque carezcan de sistemas de sustentación. Aquellos campos podían albergar una ciudad de cien millones de ratones sin que nadie en la superficie se enterara.

Rigg lo habría sabido, por los rastros. Pero ¿podría ser capaz de distinguir todos los movimientos de tantos mamíferos diminutos?

De repente, el gran problema del plan de Umbo se hizo evidente. Podían viajar al futuro, pero ¿en qué parte de él querían estar? ¿Por dónde vendrían los visitantes cuando llegaran al cercado de Lar?

Si es que llegaban al cercado de Lar. Era una idea que no se le había ocurrido. ¿Y si, al no detectar ni rastro de vida humana en todo el cercado, no se molestaban en visitarlo?

¿Y si los ratones habían insistido tanto en invadir el cercado de Lar precisamente porque sabían que los visitantes no irían allí y, tal vez, los destructores no lo arrasaran al decidir que no había vida humana en él? Al fin y al cabo, el relato de la destrucción de «todo» Jardín, aparecido en los Libros del Futuro, podía no ser completamente preciso.

O puede que fuese allí donde los ratones estaban tratando de construir refugios subterráneos para vivir durante décadas sin salir a la superficie. Puede que su intención fuese esperar hasta que Jardín volviese a ser habitable y ellos pudieran emerger y apoderarse del mundo entero.

¿Por qué habían asumido siempre que los ratones pretendían atacar la Tierra? Lo único que tenían que hacer era enterrarse a profundidad suficiente para que nadie se fijase en ellos.

¿Cuánta información sobre los ratones figuraba en los cuadernos de bitácora de las naves? ¿Los buscarían los destructores? En visitas anteriores no lo habían hecho, porque este era el primer ciclo en el que existían.

«Los visitantes vendrán al cercado de Lar —pensó Umbo—. Serán muy concienzudos. Los cuadernos de bitácora de las naves les dirán que aquí hubo una

colonia y que, de algún modo, sus habitantes buscaron refugio bajo el agua. Así que vendrán a buscar el emplazamiento de esa colonia».

«Y es ahí donde estamos, o al menos muy cerca».

Umbo levantó una mano para pedir a Param que frenara su avance y ella lo hizo.

Los ratones volvieron a moverse a su velocidad normal... que ya de por sí era casi frenética. Casi al instante se encontraron con ratones en la ropa y subidos a los hombros.

—Sabéis quiénes somos —dijo Umbo en voz baja—. Estamos a punto de viajar al futuro. Si queréis volver a ver a vuestras familias, bajaos.

Los ratones comprendieron sus palabras. Volvieron al suelo y se alejaron cosa de un metro, antes de volverse y sentarse a vigilar a Umbo y Param.

—¿Por qué me has hecho parar? —preguntó Param.

—Debemos desplazarnos unos trescientos metros hacia allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es ahí donde estaba la colonia y donde vendrán los visitantes.

Casi al instante, los ratones echaron a correr en la dirección que había señalado Umbo.

—Me alegra que alguien me considere una autoridad —dijo este.

—Como los ratones ya saben adónde vamos, ¿podemos ir hasta allí el tiempo real?

—Claro —dijo Umbo—. Aunque si hay hijos del cercado de Lar en tierra, nos verán. Por no hablar de los propios visitantes, que podrían estar vigilando desde el espacio ahora mismo.

Param suspiró.

—Ya he usado un buen rato mi don. Un poco más no me matará.

Aunque claro, si los ratones volvían a intentar su pequeño truquito con el metal, esto sí que podía matarla.

—No importa —dijo Umbo—. La verdad es que yo también prefiero caminar en tiempo real.

Le soltó la mano y echó a andar.

Param vaciló un instante y luego lo siguió.

—Me pregunto —dijo Umbo— lo que pasaría si me pusiera a orinar mientras estás fragmentando el tiempo. O sea, en cuanto el pis sale de mi cuerpo, deja de formar parte de mí. Así que, ¿seguiría moviéndose con nosotros o volvería al instante al tiempo real? En este caso, haría pis y el pis caería a toda velocidad y tocaría el suelo antes de que lo hiciese.

—No puedo creer que estés obligándome a escuchar algo tan repugnante —dijo Param.

—Vamos, no me dirás que nunca has pensado en ello. Seguro que hasta lo has intentado.

—Era mejor cuando estaba seccionando el tiempo —dijo Param—. Al menos ahí

no podíamos hablar.

—Pues si no te gusta lo que digo, di tú algo.

Permanecieron en silencio durante un minuto o dos. Luego habló Param.

—Gracias por no obligarme a usar mi don cuando los ratones sabían dónde estaba.

—Creo que si nos quisieran muertos, encontrarían el modo de matarnos, pero comprendo perfectamente por qué no querías hacerlo. Y yo tampoco quería que corriese el riesgo.

—Pues gracias —replicó ella.

Umbo sintió deseos de echarse a reír. Decir gracias era algo muy sencillo, pero a ella le costaba mucho. Aunque probablemente no fuese el hecho de dar las gracias... sino de dárselas a él.

—Aunque más tarde o más temprano vamos a tener que hacerlo —dijo Param—. No hemos traído comida.

Una parte perversa de Umbo le hizo volver al tema anterior.

—Y los pedos —dijo—. Seguro que se desvanecen del todo antes de que puedas olerlos, si lo haces mientras estás fragmentando el tiempo. Y no, si me dices que nunca lo has hecho, no me lo creo. De ningún modo.

—Nunca lo he...

—Tengo hermanas —la interrumpió Umbo—. Las niñas se tiran pedos y eructos, y hacen pis y todas las demás cosas asquerosas. Lo que pasa es que fingen que no es así y esperan que todo el mundo se lo trague.

Esperaba algún comentario cortante por parte de Param. O que se alejase de él, asqueada. O que desapareciese.

Lo que Param hizo fue tirarse un pedo.

—Oh, no podías esperar a que estuviéramos acelerando el tiempo —dijo Umbo.

—No sé de qué hablas —dijo.

—Habrá sido un pedo colectivo de los ratones que nos rodean.

—¿Los ratones se tiran ventosidades? —dijo—. Cuánto han evolucionado. Han alcanzado el nivel de los muchachos. Aunque todavía les queda mucho por delante.

Umbo sonrió. Solo un poco. Puede que ella no se diese cuenta. ¿No era asombroso que pudiera decir auténticas groserías y mostrarse como si estuviese muy ofendida y al cabo de un momento soltase comentarios no menos groseros que, en cambio, pareciesen una oferta de amistad?

Llegaron al límite de la colonia, según recordaba Umbo por el mapa que había visto en la pantalla del vehículo volador. Pero poseía buena memoria espacial, especialmente para los lugares. Estaban allí.

—¿Cansada? —preguntó.

—Me despertaste mientras dormías hace dos años y desde entonces no he parado de caminar —dijo Param—. ¿Cómo voy a estar cansada?

—¿Puedes dividir el tiempo mientras duermes?

Param titubeó.

—A veces me he preguntado si desaparecía durante el sueño. Si me había acostumbrado tanto a hacerlo que dormía toda la noche pero solo obtenía un par de horas de descanso.

—¿Estabas cansada todo el tiempo?

—En cuanto despertaba quería volverme a la cama.

—Me recuerdas a mi madre —dijo Umbo.

Param estuvo a punto de decir algo, pero al final se lo pensó mejor. Era un comentario insultante sobre la madre de Umbo. Pero entonces decidió que tal vez fuera pasarse.

«Bien hecho, Param».

—Los ratones saben que estamos aquí. Así que probablemente podríamos dormir los dos a la vez. Pero montaré guardia si eso te va a hacer sentir más segura.

Estaban ya a la sombra de los árboles y Umbo preparó una especie de lecho amontonando toda la hojarasca del año. Param se tumbó sobre ellas Umbo permaneció sentado, con la espalda apoyada en un árbol.

Al cabo de un momento, Param se le acercó. Le tendió una mano.

Umbo la miró.

—Cógeme la mano —dijo ella—. Por si me desplazo en el tiempo mientras duermo.

Umbo le cogió la mano.

Era agradable.

Al cabo de pocos momentos, Param estaba roncando. No desapareció. El tiempo los dejó tranquilos. Así que cuando llegó el momento, en lugar de despertarla para que hiciese su turno, Umbo se tumbó a su lado y, sujetándole la mano, echó una cabezadita. Cuando despertó, ella ya no dormía. Pero seguía cogiéndole la mano.

—¿Me he tirado muchos pedos? —preguntó Umbo.

—Hace tanto que no te bañas que es difícil de decir —comentó Param.

—Ese ha estado bien —dijo Umbo—. Cada vez se te da mejor.

—¿Insultarte? Eso ni siquiera es un deporte, Umbo —dijo—. Es demasiado fácil.

Pero como ella lo había llamado por su nombre, el comentario no le dolió. De hecho, le hizo sentir bien, o algo parecido.

Una vez despiertos del todo, se turnaron para bajar al río y ocuparse de sus abluciones matutinas. El río estaba muy cerca y seguramente lo habría utilizado la colonia en sus primeros tiempos. A diferencia de los mascaracarnes del cercado de Vadesh, los mantos del cercado de Lar eran grandes y fáciles de esquivar en el agua.

Umbo, una vez descansado, algo más limpio y con la tripa vacía, mencionó que tendrían que haberse acordado de traer algo de comer, a lo que Param respondió que no había pensado prácticamente en nada. Entonces volvió a acelerar el tiempo días y semanas, hasta que...

Un vehículo volador comenzó a posarse a varios cientos de metros.

Param y Umbo se dirigieron rápidamente hacia allí. Aunque claro, como marchaban en el tiempo fragmentado, la gente que los rodeaba se movía aún más deprisa.

Mientras observaban, los visitantes montaron toda clase de máquinas de propósito ignoto. Y al poco tiempo empezaron a aparecer los hijos del cercado de Lar con sus mantos, para charlar con los visitantes.

Los visitantes parecían gente normal. Había grandes diferencias entre ellos: algunos tenían una piel tan clara que se podía considerar blanca y otros tan negra que era azulada. Mucha más variedad que entre el moreno casi uniforme que había en todos los cercados que habían visitado hasta entonces.

Umbo llegó a la conclusión de que en la Tierra, las razas que se originaban en una región geográfica tendían a casarse dentro de su propia tribu, mientras que en Jardín las uniones interraciales eran tan frecuentes en todos los cercados que, como todas las colonias partían del mismo punto, todos habían evolucionado del mismo modo, hasta dar como resultado un mismo moreno intermedio.

«Si no hablamos con ellos no nos enteraremos de nada», pensó. Lo que significaba salir del tiempo fragmentado y ver las cosas a su velocidad normal, es decir, hacerse visibles.

En ese momento, algo se movió cerca del vehículo volador de los visitantes y Umbo comprendió lo que era. Los ratones subían corriendo al vehículo por un cable que colgaba de la rampa.

Bueno, no todos ellos corrían. Algunos se movían con bastante lentitud y torpeza.

«¿Por qué?».

«Hembras preñadas —pensó—. Más bebés».

No. No querían que sus bebés naciesen en ruta. Ya sería bastante complicado ocultar la presencia de un grupo de adultos. Con niños sería sencillamente imposible.

Así que, ¿por qué otra razón podían tener algunos de ellos más dificultades para subir por la cuerda?

Y entonces lo comprendió: estaban enfermos.

¿Y por qué enviar ratones enfermos como agentes?

Porque la enfermedad era el propósito de su misión.

Los ratones habían creado una enfermedad de la que eran el vehículo transmisor.

Irían a la Tierra y se la transmitirían a los humanos.

Se había reunido un grupo amplio de hijos del cercado de Lar. Umbo hizo un gesto para indicar a Param que se detuviesen y ella frenó el movimiento de la gente que los rodeaba hasta una velocidad casi normal.

Uno de los visitantes, una mujer, estaba hablando. Al cabo de un instante, Umbo empezó a entender su lengua. Decía una frase y luego un hijo del cercado de Lar la traducía para ella. «¿Cómo conocen los nativos el idioma de los visitantes?», se preguntó. Pero entonces se acordó de que los hijos del cercado de Lar se habían aferrado con tozudez a su lengua ancestral. Y como solo podían utilizarla cuando



estaban en tierra firme, la usaban menos, así que había evolucionado poco. Puede que fuese aún muy similar a la que utilizaban los visitantes de la Tierra.

—Ya sé lo que están haciendo los ratones —dijo Umbo.

—¿Subirse a hurtadillas a la nave?

—Con una enfermedad —dijo Umbo.

—Me pregunto cuál será.

—Espero no tener que cogerla para averiguarlo —dijo Umbo.

—Van a envenenarlos —dijo Param—. Los ratones van a asesinar a todos los habitantes de la Tierra.

—¿Comprendes su lengua? —preguntó Umbo.

—Sí —dijo Param.

—Te acercas a ellos, invisible y te apareces para darles un mensaje —dijo Umbo—. Yo volveré al pasado en el mismo instante en que vea que cierras el puño y lo levantas.

—¿Qué mensaje? —preguntó Param.

Umbo lo pensó un momento.

—Una advertencia. Algo como que los ratones son inteligentes y muy peligrosos y no deben dejar que llegue uno solo a la Tierra.

Param asintió y desapareció.

Umbo mantuvo los ojos clavados en los visitantes. No podía permitirse el lujo de estar mirando otra cosa cuando apareciese Param.

Solo tendrían unos segundos antes de que reaccionaran los ratones. Y tal vez intentarían matarla otra vez.

Param apareció. La visitante que estaba hablando dejó de hacerlo, inclinó la cabeza para mirarla y le dijo algo.

Param levantó la mano para pedir silencio. Una pausa. Y entonces dijo algo apresuradamente y, de repente, levantó el puño. Era la señal. Umbo extendió sus sentidos hacia ella y saltó al pasado.

Param cayó al suelo. El vehículo volador había desaparecido, así que la posición que ocupaba en la rampa la había dejado en el aire.

Pero estaba ilesa y en aquella línea temporal concreta no había un alma en aquel lugar. No siquiera los ratones.

—Creo que hemos llegado un poco antes de lo que pretendía —dijo Umbo.

—O un poco después —dijo Param—. No sé si importa mucho.

Volvieron al campamento caminando en tiempo real.

Pero sus dudas se disiparon en cuanto se aproximaron y pudieron constatar que se encontraban en la misma noche que habían partido. Allí estaba Hogaza y allí estaba también Olivenko, exactamente en la misma postura que entonces. Y allí estaban Umbo y Param, dormidos.

—No —susurró Umbo al ver que Param se disponía a hablar—. No digas nada si es posible, al menos hasta que nuestros «yoes» del pasado se hayan ido. Que no nos

vean. A veces eso puede complicar las cosas.

—Solo iba a decir —respondió Param en voz baja— que nos has traído media hora antes de que nos fuésemos.

—Demasiado temprano —dijo Umbo.

—Más vale antes que después —dijo Param.

Esperaron en tiempo acelerado, sin decir palabra, hasta que sus versiones durmientes despertaron, recogieron sus cosas, echaron a andar y, a los pocos instantes, desaparecieron.

¿Había sido igual la otra vez? Umbo creía recordar que Param había empezado a usar su don antes de que se alejasen del campamento. ¿Era posible que hubiesen cambiado algo del pasado sin darse cuenta? ¿Era posible que se hubiesen bifurcado y que hubieran creado a otro Umbo y otra Param, que andarían por ahí creyendo que eran los de verdad?

Puede que lo fuesen.

Regresaron al campamento.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Hogaza.

Umbo se había olvidado de que Hogaza y Olivenko estaban despiertos cuando se marcharon.

—Hemos visto a los visitantes, pero casi no he tenido tiempo de oír lo que decían.

—Vimos a unos ratones metiéndose en su vehículo volador —dijo Param—. Se movían con dificultades. Como si estuvieran enfermos.

—Pensamos, ¿y si los ratones han creado una enfermedad para que se la lleven a la Tierra? —dijo Umbo—. Algo contra lo que los humanos de la Tierra no tengan defensa.

—Así que en lugar de buscar la respuesta a esa pregunta para decidir si convenía que intervinierais —dijo Hogaza—, intervinisteis.

Dicho así, no parecía una idea demasiado brillante.

—¿Teníais la certeza de que los ratones estuvieran enfermos? —preguntó Hogaza.

—Lo parecían —dijo Param con tono desafiante.

Umbo se alegró de que lo respaldara. Podía haberle echado las culpas perfectamente. De hecho, empezaba a pensar que había hecho mal. Pero si ella hubiera hecho eso, habría tenido que reconocer que había obedecido una orden suya. Cosa que su orgullo nunca le habría permitido hacer.

—¿En qué ha consistido exactamente vuestra intervención? —preguntó Olivenko.

—Les ha dicho que los ratones que había a bordo de su nave eran inteligentes y letales —dijo Param— y que tenían que matarlos a todos para no llevar ni uno solo a la Tierra al regresar.

—Y los ratones no os lo impidieron —dijo Hogaza.

—No puedo asegurar que nos vieran —dijo Umbo—. Param les transmitió el mensaje muy deprisa.

—Pues vais a tener que cargar con la masacre de un buen montón de ratones semihumanos —dijo Hogaza—. Menudo alivio.

—¿Y si el plan de los ratones fuese el único modo de salvar Jardín? —preguntó Olivenko.

—En el próximo ciclo —dijo Umbo— dejaremos que lo intenten.

—¿Qué próximo ciclo? —preguntó Hogaza—. Puede que la próxima vez, los ratones no alteren los genes de Knosso o te den a ti los de tu verdadero padre. ¿Y si se encargan de que no existamos para que no podamos interferir con sus planes?

—Olvidas —aseguró Umbo— que ellos no pueden saltar en el tiempo.

—Pueden escribir cartas —dijo Hogaza— y enviárselas a sí mismos y leerlas y actuar basándose en esa información.

—En el transcurso de vuestra misión de reconocimiento, ¿habéis descubierto algo que nos ayude a impedir que los visitantes nos odien y nos teman? —preguntó Olivenko.

—Estábamos demasiado ocupados tratando de salvar la vida de todos los humanos de la Tierra —dijo Param.

—Yo creía que salvar las vidas de todos los humanos de Jardín era nuestra principal prioridad —dijo Olivenko.

—¿No basta con que hayamos descubierto los planes de los ratones? —preguntó Umbo.

Olivenko sacudió la cabeza.

—Habéis visto a los ratones subirse al vehículo volador de los visitantes y habéis asumido que estaban haciendo lo que pensabais previamente que iban a hacer. Habéis asumido que vuestras suposiciones anteriores eran acertadas. Pero no tenéis pruebas.

—¿Desde cuándo eres abogado? —preguntó Param.

—Solo intento no ser partícipe de un asesinato indiscriminado —dijo Olivenko—. Que es precisamente lo que acabáis de hacer vosotros. O lo que haréis.

—Puede que al avisar a los visitantes los convenzamos de que no deben matarnos a todos —dijo Umbo—. Puede que acabemos de salvar Jardín y la Tierra.

—¡Piensa un poco! —dijo Hogaza—. Sabemos que destruyeron Jardín nueve veces... antes incluso de la creación de los ratones semihumanos. Así que, ¿cómo esperas que avisarles sobre los ratones vaya a servir para hacer algo que habían hecho varias veces antes de que existieran esos ratones?

¿Por qué no había pensado Umbo todo eso? ¿Por qué había decidido simplemente... actuar?

Y ya que estaban, ¿por qué no se le habían ocurrido todas estas objeciones a Param, aunque solo fuese para llevarle la contraria? ¿Por qué, precisamente esta vez, había tenido que decidir que prefería cooperar con él?

Umbo vio cómo los miraba, primero a él, luego a Param, con expresión lánguida y entonces, al ver que le dirigía de nuevo la mirada, comprendió lo que estaba diciendo en realidad el soldado. Querías alardear, Umbo. Querías impresionar a la

chica. No has pensado con la cabeza.

—Bueno, puede que hayamos metido la pata o puede que no —dijo—. O puede que hayamos salvado al mundo. Veremos cómo salen las cosas.

—Si es que los ratones no nos matan a todos en cuanto descubran lo que habéis hecho —dijo Hogaza.

—Por lo que sabemos, los ratones del futuro podrían estar poniendo veneno en nuestra comida ahora mismo —dijo Olivenko.

—Pues entonces moriremos —dijo Umbo—. Pero no podéis asegurar que nos hayamos equivocado, del mismo modo que nosotros no podemos asegurar lo contrario. ¡Así que ya está bien!

—Al menos nosotros no hemos matado a nadie —dijo Hogaza.

—Ni salvado a nadie —dijo Umbo—. Ni conseguido nada.

—Los ratones son muchísimos —dijo Param—. ¿Quién va a notar que faltan unos pocos?

—Los humanos son muchísimos —dijo Hogaza con tono salvaje—. Muchísimos campesinos. Muchísimos enemigos nuestros. Muchísimos pobres. Muchísima gente fea, muchísima gente estúpida, muchísima gente que no es tan buena como yo. ¿Quién va a notar que faltan unas docenas, unos centenares o unos millones, si resulta que mis acciones les cuestan la vida?

Param retrocedió ante la acusación. Parecía a punto de llorar.

Desapareció.

—Mira lo que has hecho —dijo Umbo.

—Muchacho estúpido... —dijo Hogaza—. Te importa más que haya herido los sentimientos de Param que los asesinatos que acabáis de cometer sin ninguna prueba de que haya servido para nada.

Umbo sabía que Hogaza tenía razón. Por muy doloroso y humillante que fuera, tenía razón. Y entre todo el mundo, era la aprobación de Hogaza la que más le importaba. La que más necesitaba obtener.

En su angustia, exclamó:

—¡Solo soy un niño!

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

Nadie respondió.

Param volvió a aparecer.

—No voy a huir de esto —dijo.

—Bueno, me alegra ver que al menos hay alguien que está creciendo —dijo Hogaza.

Param miró de reojo a Umbo y vio que había lágrimas en sus ojos.

—Hemos hecho lo que creíamos que debíamos hacer —dijo—. Era un buen plan. Se le ocurrió a Umbo, a mí me pareció bien y lo hemos hecho. Y él te quiere tanto como yo a mi padre. Así que ¿por qué no eres un poco más comprensivo con él? ¿Es que no es eso lo que hacen los padres?

—Nunca pedí ser su padre —dijo Hogaza.

—Sí, claro que lo hiciste —dijo Param—. Cuando accediste a ir con Rigg y con él, es precisamente lo que hiciste.

—Si tu padre estuviese aquí y supiera lo que habéis hecho, también os reprendería —dijo Hogaza.

—No —dijo Olivenko.

—¿Por qué, porque es mejor que yo? —dijo Hogaza con rabia.

—No —dijo Olivenko—. Porque es un hombre débil y egoísta y no le importaría. Param lo miró como si acabara de abofetearla.

—¡Creía que lo querías!

—Y lo quiero —dijo Olivenko—. Pero también lo conozco mejor que tú. Conozco sus virtudes y sus defectos. Te abandonó en manos de su madre. Lo único que le importaban eran sus investigaciones y sigue siendo así. No debes esperar nada de él, porque te defraudará. Si no comprendes eso sobre él, te partirá el corazón. En cambio Hogaza... Estará al lado de Umbo en todo. Incluso cuando se equivoque y alguien tenga que decírselo claramente. Como hace un padre. Si alguna vez tengo hijos, espero portarme así con ellos.

—¡Pues espero que nunca los tengas! —le espetó Param.

Pero lo único que Umbo podía pensar era: «Hogaza me quiere. Le importa lo que hago». Así que se arrojó en sus brazos y se echó a llorar.

—Lo siento mucho —dijo—. Lo siento, lo siento.

—Díselo a los ratones —murmuró Hogaza. Pero rodeó a Umbo con los brazos y lo estrechó con fuerza.

## ASESINATO

Matar a un hombre no es algo que se decida a la ligera, Rigg lo sabía. Pero también era consciente de que hay veces en que no hay alternativa.

Lo había discutido con Hogaza mucho tiempo atrás, durante el tiempo que pasaron en O, esperando a que un banquero llamado Tonelero convirtiese en efectivo una de sus piedras preciosas para que tuviesen dinero para sus gastos. Rigg y Umbo acababan de aprender a utilizar sus dones conjuntamente. Por sí mismo, Umbo solo podía retroceder un poco en el tiempo y aparecerse a los demás como un fantasma, para transmitirles un mensaje.

Por sí mismo, Rigg solo podía ver los rastros que dejaba la gente en su paso por el mundo.

Pero juntos podían cambiar las cosas de verdad. Rigg podía anclarse a un rastro concreto; luego, Umbo podía mandarlo a ese pasado y traerlo de regreso más tarde. Rigg estaba en el pasado, pero Umbo, que seguía en el presente, también podía verlo. Estaba en ambos tiempos a la vez.

Así fue como Rigg consiguió el cuchillo: se lo robó a un completo desconocido, alguien cuyo rastro había escogido como ancla.

—Podría haberle quitado el cuchillo y luego haberlo usado para asesinarlo —le hacía dicho a Hogaza.

—¿Y qué te ha llevado a pensar eso? Del robo al asesinato en un pequeño paso... —Hogaza puso cara de decepción.

—Tú has sido soldado —dijo Rigg—. Matabas gente.

—Sí —dijo Hogaza—. Estábamos en guerra. Ellos intentaban matarme y yo matarlos a ellos. No siempre conseguí lo que pretendía, pero hasta ahora siempre me he asegurado de que ellos tampoco lo consiguieran.

—Así que imagino que pensarás que no sería justo que fuese a donde sé que va a haber un soldado enemigo, retrocediese en el tiempo y lo matase sin que él sepa que yo estaba allí.

—¿Justo? —preguntó Hogaza—. La muerte en la guerra no tiene nada que ver con la justicia. Si puedes matar al otro sin correr peligro, lo haces.

—Pero acabas de decir que está mal que...

—Enemigo —dijo Hogaza—. Guerra. Sabe que está en guerra, sabe que tiene enemigos y, de repente, sale uno de ellos de la nada y lo asesina. Eso es la guerra. Si conoces un modo de matar al enemigo sin poner a tus propias tropas en peligro, lo haces. Salvas las vidas de los tuyos y acabas con las del enemigo.

—Yo nunca mataría a un desconocido en la calle, sin más —dijo Rigg.

—Pues es lo que has dicho antes. Le has robado y luego has mencionado lo fácil que sería matarlo.

—He dicho que sería fácil —dijo Rigg—, no que quisiera hacerlo.

—Aun así te equivocas —dijo Hogaza—. Es posible que no fuese peligroso y es posible que nadie pudiera impedirte. Pero si alguna vez te resulta fácil matar a otro hombre, es que algo ha muerto dentro de ti.

—O sea, que sí se puede matar en tiempo de guerra —dijo Rigg—. ¿Y en otras circunstancias? ¿Y si alguien atacara a Goteras?

—Lo mataría ella misma, sin necesidad de que yo la ayudara —dijo Hogaza—. No discutamos, sé lo que quieres decir. Umbo y tú tenéis el poder de hacer eso que hacéis con el tiempo. Sabéis que alguien va a matar a otro porque lo ha hecho. La persona está ahí, muerta. Así que volvéis hacia atrás en el tiempo y, justo antes de que mate al otro, aparecéis y le rebanáis el pescuezo.

—Eso sí estaría bien, ¿no? —preguntó Rigg.

—¿Tantas ganas tienes de matar? ¿Quieres averiguar cuáles son las reglas para poder hacerlo?

—Es una simple pregunta —dijo Rigg—. Pero si te da miedo darme una respuesta sincera...

—Te la daré: tienes demasiadas ganas de matar. Retrocede más en el tiempo. Antes de que tu víctima esté preparándose para golpear. Intenta ponerle la zancadilla. A ver si así puedes detenerlo.

—¿Ponerle la zancadilla? ¡Pero si es un asesino!

—¿Sabes por qué va a matar al otro?

—Me lo estoy inventando, ¿cómo quieres que sepa eso?

—¿Tenía un plan? ¿Lo estaba obligando alguien? ¿Cree que el otro le ha hecho algo terrible? ¿Y si luego descubre que no era así? Se alegrara tanto de haber tropezado en aquella posada, o en el banco, o dondequiera que estuviese... Ahora los dos hombres están vivos y no has tenido que matar a nadie.

—¿Así que crees que todos los asesinatos del mundo se cometen por error? —preguntó Rigg.

—Digo que no todo el que mata a otro es un asesino. Algunos homicidas son simples idiotas. A veces son simples muchachos. Y a veces muchachos idiotas.

—A mí no me metáis en vuestra discusión —dijo Umbo desde el otro cuarto, donde estaba leyendo algo. Rigg no recordaba el qué. Solo recordaba que, finalmente, había logrado que Hogaza dijese:

—Sí, tenéis ese poder. Podéis usarlo para matar. Y puede que llegue un momento en el que no haya otra alternativa.

El momento había llegado.

Rigg no lo había decidido de repente. La idea se fue aposentando en su cabeza gradualmente. Comenzó con todas las mentiras. Los hijos del cercado de Odín

estaban convencidos de que interceptaban todas las conversaciones entre los prescindibles y los ordenadores de las naves, pero parte de la información que tenían era falsa y había cosas que ignoraban. La gota que colmó el vaso fue el hecho de que tanto los hijos del cercado de Odín y los ratones les habían dicho que Larpres no sabía nada sobre los hijos del cercado de Lar, cuando, en realidad, Larpres se reunía constantemente con ellos y estaba al corriente de todo lo que hacían.

«Todos le mentimos a Vadesh». ¿Qué querían decir con eso? ¿Por qué a Vadesh en concreto? Sí, había perdido a todos los humanos que estaban a su cuidado, pero ahora resultaba que Vadesh había salido de su propio cercado para visitar el cercado de Lar.

¿Qué importaría que le dijeren la verdad, para qué iban a molestarse en mentirle?

De modo que, ¿quién estaba mintiendo en realidad? ¿Le habían mentido a Rigg los hijos del cercado de Odín? ¿O solo le habían dicho lo que ellos creían que era la verdad mientras que los ratones les mentían a ellos sobre la información que extraían de las comunicaciones interceptadas de los prescindibles?

¿Quién había ordenado que mataran a Param en la biblioteca del cercado de Odín? ¿Habían sido los ratones, movidos por su propio interés, y luego habían culpado de ello a los hijos del cercado de Odín?

¿O lo habían ordenado los hijos del cercado de Odín? Y si era así, ¿por qué? ¿A quién beneficiaban con ello? ¿Lo habían hecho para matar a Param o para tratar de conseguir que Rigg, Umbo y los demás hicieran exactamente lo que habían hecho, ir al cercado de Lar junto con diez mil ratones?

¿Quién controlaba todo aquello? ¿De quién era el plan? ¿Y si todas las criaturas vivas, humanas o semihumanas, estaban siendo manipuladas por los prescindibles y los ordenadores de las naves?

Lo que generaba nuevas preguntas: ¿y si los prescindibles habían perdido el control? Los ordenadores de las naves habían insinuado tal posibilidad. Y desde luego, Rigg había obtenido resultados distintos al dar órdenes a las naves y al hacerlo con Vadesh.

Pero Vadesh había asegurado desde el principio que tenía la obligación de obedecer al portador de las piedras preciosas. Las naves le aseguraban que tenía el control de todo. Y sin embargo siempre estaban haciendo cosas que no tenían nada que ver con sus órdenes y que, en algunas ocasiones, contradecían directamente lo que, según ellos, habían hecho, iban a hacer o incluso podían hacer.

¿Cómo podían mentir las máquinas? ¿Mentían al decir que tenían que obedecerlo? En caso de que fuese así, ¿cómo habían podido programarlas para que pudiesen contar tal mentira? En otras palabras, ¿quién les había ordenado que fuesen capaces de desobedecer las órdenes?

Ram Odín había ordenado la muerte de los demás Ram Odín para que los ordenadores y los prescindibles no tuvieran que enfrentarse a órdenes contradictorias. Sin embargo, uno de ellos había sobrevivido y los ordenadores y los prescindibles lo



sabían, porque existían tanto un cercado de Ram como un cercado de Odín, bautizados así por los fundadores de la colonia.

Las mentiras que les estaban contando... ¿y si no eran tales? ¿Y si todo lo que los prescindibles y los ordenadores, todos ellos, le habían contado alguna vez a Rigg era verdad? O no, verdad no, pero al menos sí afirmaciones honestas... es decir, que transmitían exactamente la información que se les había ordenado transmitir.

Cuando le dijeron que estaba al mando de todo, era verdad. Pero ¿y si poco después había dejado de ser verdad y les habían ordenado que no se lo dijeran?

¿O acaso les habrían ordenado que le dijese que tenía el control cuando en realidad no era así, así que le estaban mintiendo, pero no por decisión propia?

¿Quién podía dar tales órdenes? Rigg estaba en posesión de las piedras preciosas, los cuadernos de bitácora de las naves, así que en justicia tendría que ser él quien tuviese el mando.

Pero solo si el anterior comandante ya no existía. Si estaba muerto.

¿Y si el anterior comandante no estaba disponible cuando Rigg tomó el control, pero luego volvió a estarlo, de modo que Rigg dejó de estar al mando? ¿O siguió estándolo, pero de un modo subordinado, como Umbo en el cercado de Odín debido a que tenía la copia de los cuadernos de bitácora que estaban en el cuchillo, a pesar de lo cual servía a las órdenes de Rigg y no podía contradecir las órdenes de este?

¿Y si Rigg estaba subordinado a otro comandante humano, que había ordenado a los prescindibles que no se lo dijeran?

Entonces todo tendría sentido. Las mentiras de las máquinas dejarían de ser mentiras y se convertirían en las piezas de un sistemático plan de engaño por parte de un comandante que no deseaba que su existencia fuese conocida.

Así era como su padre le había enseñado a pensar. Si las cosas no tenían sentido, cuestionaba todo lo que daba por hecho. Y cuando todo lo que daba por hecho parecía equivocado, debía buscar una explicación que se ajustase a la verdad. Encontrar nuevas posibilidades.

He ahí una posibilidad que nadie había mencionado aún, pero que a Rigg le parecía evidente una vez que había reparado en ella.

Ram Odín seguía vivo.

¿Once mil años después, seguía vivo?

Todas las astronaves contaban con salas donde se revivía a los colonos tras la hibernación. Era el sitio al que Vadesh había llevado a Rigg y a Hogaza, haciéndoles creer que era el puente de mando pero con la intención de ponerle un mascaracarne a alguno de ellos. Rigg siempre había asumido que su objetivo era él y no Hogaza. Pero ahora se planteaba una duda: ¿y si Vadesh le había puesto el mascaracarne al único de los dos que no tenía control sobre el tiempo?

De pronto se dio cuenta de que si llegara a poseer los sentidos aguzados que había recibido Hogaza podría utilizar su poder de una manera mucho más efectiva. ¿No mejoraría también el mascaracarne su capacidad de percibir los rastros, al igual que

hacía con la vista, el olfato y el oído, la rapidez de reflejos, la memoria y la agudeza mental de Hogaza?

Rigg había tenido todas las respuestas a su disposición en la cámara de reanimación de Vadesh, pero por entonces no conocía las preguntas correctas. La cámara seguía en funcionamiento. Pero no para el mascaracarne. Vadesh no tenía que llevar a nadie allí para ponerle el mascaracarne. Eso podía haberlo hecho en cualquier parte de la nave.

Así que, ¿por qué había escogido aquella sala? Porque, de ese modo, Rigg sabría lo que era. Sabría para qué servía. Sabría que existía.

Vadesh estaba tratando de contarle la verdad, a pesar de que se lo habían prohibido. Había alguien allí, en hibernación. «Alguien a quien reviven de vez en cuando y luego vuelve a dormir. Alguien que ha atravesado de sueño en sueño los once mil años de historia humana en Jardín, sin despertar más que algunos días de vez en cuando para dar órdenes, para hacer pequeñas alteraciones en la historia del hombre».

Ram Odín. Solo que no estaba en el cercado de Ram, donde había fundado una colonia y esparcido su semilla. Estaba en el cercado de Vadesh, donde Vadesh había tratado de crear una simbiosis entre los humanos y los organismos nativos.

«Todos le mentamos a Vadesh». Era su contraseña, su desesperado intento por enviar una señal a Rigg, a pesar de las órdenes de Ram Odín, para que supieran que había en la astronave de Vadesh algo a lo que todos ellos intentaban resistirse con todas sus fuerzas.

Esta era la conclusión a la que había llegado Rigg mientras escuchaba la historia de los mantos de los hijos del cercado de Lar, el relato de lo que les había llevado a buscar refugio bajo el agua. Las contradicciones se habían vuelto demasiado grandes y la telaraña de mentiras demasiado complicada. Así que pensó y pensó hasta hacer la conexión que le llevó a esta conclusión: «Ram Odín sigue vivo y lo está manipulando todo».

Y esto le llevó a una nueva conclusión: «No son los visitantes los que provocan la destrucción de Jardín. Es Ram Odín».

En los Libros del Futuro, los agonizantes hijos del cercado de Odín hablaban de los destructores que venían de la Tierra, pero ¿lo sabían a ciencia cierta o era lo que les habían dicho los ordenadores de las naves, los prescindibles? El punto clave era este: los destructores obraban a través de los satélites, los sistemas orbitales que las diecinueve naves originales habían dejado en órbita estacionaria alrededor de Jardín.

Los satélites obedecían su programación amenazando con destruir cualquier cercado que desarrollase armas peligrosas. Pero los propios prescindibles se encargaban de impedirlo, al prohibir cualquier investigación en esa dirección. ¿Qué armas se consideraban demasiado peligrosas como para permitir las?

«Todas las que amenacen el control del planeta que ejercen las astronaves».

Los cercados habían conocido terribles matanzas. Los humanos del cercado de

Vadesh se habían extinguido. Según parecía, al comienzo de la colonia hubo una plaga terrible que afectó a todos los cercados. Se habían sucedido guerras atroces, exterminios, hambrunas y genocidios, sin que eso provocara reacción alguna por parte de los satélites.

«Pero entonces llegan los visitantes y, un año después, los destructores activan los satélites para aniquilar todos los cercados».

En nueve ocasiones distintas, los hijos del cercado de Odín habían probado estrategias diferentes para tratar de aplacar a aquellos dioses vengativos y terribles, hasta el punto de transformarse a sí mismos, desmontar su sociedad y dejar todo cuanto poseían, incluidos sus propios cuerpos, en ruinas; de provocar la involución de todos sus poderes y conocimientos para dejarlos en manos de ratones inteligentes; de plantearse incluso la aniquilación de la raza humana en la Tierra para impedir la destrucción de Jardín.

¿Y si no habían sido los humanos de la Tierra los responsables?

¿Y si había sido Ram Odín?

Los visitantes habían venido. Habían tenido acceso total a los cuadernos de bitácora de las naves. Luego se habían marchado.

¿Y si, al estudiar aquellos cuadernos de bitácora, habían descubierto lo sucedido? Todo el sistema estaba bajo el control del hombre cuyo primer acto, al descubrir la accidental multiplicación de las naves y el desplazamiento cronológico de once mil años hacia el pasado, había sido ordenar el asesinato de todas las copias de sí mismo y luego la destrucción de casi toda la vida nativa de Jardín para hacer sitio a sus colonias. El mismo hombre que había utilizado Jardín como medio para crear seres dotados con sus mismos y extraños poderes de salto temporal, solo que más potentes.

Ahora, ese Ram Odín veía regresar al pueblo de la Tierra. Hasta puede que se acercasen lo bastante para enviar una orden a los ordenadores de las naves y a arrebatarse el mando.

Solo que ya había programado una respuesta automática a esta posibilidad. El resultado de cualquier orden que le arrebatase el control a Ram era la destrucción inmediata de todo Jardín.

Si Ram no podía gobernar, prefería destruir.

Los humanos de la Tierra habían tratado de salvar Jardín de su dios secreto, pero este había preferido arrasarlo todo antes de permitir que le arrebataran el poder.

Ahora todo tenía sentido. Por mucho que los hijos del cercado de Odín intentasen dar una buena impresión a los visitantes, todo sería en vano, porque en realidad, los visitantes siempre la habían tenido y nunca habían querido destruir a los pueblos de Jardín.

Todas las mentiras formaban parte del demente o malvado plan de Ram Odín para mantener el control de Jardín, al tiempo que creaba una raza de viajeros temporales que hiciesen su voluntad sin saberlo.

Suposiciones. Especulaciones hasta la última de ellos. Rigg lo sabía.

Y también sabía que mientras los ratones escuchasen todo lo que se decía en su pequeño grupo (y, sin duda, transmitiesen la información a los prescindibles o a los ordenadores, que a su vez se la transmitirían a Odín), no podía confiarle sus conclusiones a nadie.

Pero había un modo de descubrir la verdad. Podía ir a la astronave en la que vivía Ram Odín, en el cercado de Vadesh. Podía buscar su rastro. Podía comprobar con qué frecuencia lo habían revivido.

Y más importante aún, podía hacerse a sí mismo lo que Vadesh le había hecho a Hogaza. Era posible que Ram Odín lo prohibiese. Hasta puede que ya lo hubiera prohibido, lo que explicaría que fuese Hogaza el que había recibido la máscara y no él. Y también era posible que Rigg no tuviese la fuerza de voluntad que había permitido a Hogaza dominar las poderosas fuerzas que utilizaba el mascaracarne para controlar a su anfitrión.

En cualquiera de los casos, el mundo no estaría peor de lo que estaba. El hecho de que Rigg no pudiese acceder a un mascaracarne, o se volviese loco tras fusionarse con él, o incluso perdiese la vida como consecuencia de ello... ¿en qué iba a empeorar las cosas?

Pero si lograba lo que pretendía, podría averiguar la verdad y si sus suposiciones resultaban ciertas, podría impedir que el mundo fuese destruido por una especie de dios monstruoso que estaba dispuesto a acabar con todo con tal de impedir que los humanos de la Tierra, que tenían la capacidad de arrebatarse el control de los ordenadores y los prescindibles, le pidieran cuentas.

Solo cuando Rigg se hubiera transformado sabría cómo podía afectar esto a sus poderes. Todo dependía de que pudiese llegar hasta Ram Odín en un momento en el que ningún prescindible pudiera salvarlo. En el que Ram Odín no pudiese ordenador a los ratones que enviaran algo al pasado capaz de impedir su asesinato.

Pero también era posible que Rigg descubriese que se equivocaba, que Ram Odín no estaba vivo, que, simplemente, los prescindibles eran capaces de mentir y que la situación era tan caótica e incontrolable como parecía. Puede que la brillante elucubración que había elaborado no fuese más que el producto de sus propios deseos. Puede que no existiera ninguna gran verdad capaz de explicarlo todo.

Así que trató de conservar la calma durante el vuelo hacia el Muro. Pero, claro, en realidad no tenía necesidad de disimular su emoción, su excitación. A fin de cuentas, cualquier cambio de su comportamiento y sus signos vitales que captasen los sensores del vehículo volador podía justificarse perfectamente aludiendo a su decisión de fusionarse con un mascaracarne. ¿Quién no estaría tenso, nervioso, asustado y alterado ante algo así?

El vehículo volador aterrizó y Rigg descendió.

Al otro lado del Muro se encontraba Vadesh, idéntico a su padre.

Al principio, Rigg pensó en llamarlo con un gesto. «No finjas que no puedes cruzar el Muro, porque sé que puedes».

Pero no, era preferible aceptar las cosas tal como los prescindibles querían hacerle creer que funcionaban.

Al cruzar el Muro, sintió la lejana fricción del miedo y la angustia, así como la renovación de sus conocimientos lingüísticos. Tanto en las piedras como en el cuchillo, los cuadernos de bitácora de las naves estarían actualizándose. Rigg mantuvo su atención centrada en Vadesh.

—Tenía razón, ¿verdad? —dijo el prescindible una vez que Rigg estuvo lo bastante cerca.

—No —respondió—. Estabas equivocado. Dejaste morir a todo tu pueblo. Has fracasado. Y yo no quiero hacerlo. Cuando lleguen los visitantes, necesito tener los mismos sentidos que Hogaza, para poder estudiarlos mejor y determinar cómo debo proceder para impedir la destrucción de Jardín.

Era una larga perorata. Parecía ensayada, aunque Rigg no había sabido con antelación lo que iba a decir. ¿Cómo la interpretaría Vadesh? O, lo que era más importante, ¿cómo la interpretaría Ram Odín al escucharla?

«¿Me estoy defendiendo a mí mismo a pesar de que nadie me ha cuestionado? Probablemente. Pero ¿deducirá el prescindible que lo estoy engañando? Probablemente no. Los humanos siempre se justifican cuando creen que pueden equivocarse. Y alguien que está a punto de fundirse con un mascaracarne y ni se plantea la posibilidad de que sea un error es un idiota».

—En otras palabras, que yo tenía razón —dijo Vadesh—. Pero es perfectamente lógico que no quieras admitirlo. El ego desempeña un papel muy importante en las mentiras que se cuentan los humanos a sí mismos.

—¿Y si llevara un mascaracarne, las mentiras que me cuento a mí mismo serían más efectivas? —preguntó Rigg.

—Oh, sí —dijo Vadesh—. Pero también tu capacidad de percibir las.

Incluso ahora, sabiendo lo que sabía y sospechando lo que sospechaba, Rigg no podía por menos que sentir una cercanía a Vadesh, sobre todo cuando utilizaba los mismos acertijos y paradojas que su padre.

Pero también sentía más aversión que nunca por él.

«Cualquier humano que se deje guiar por sus emociones es un necio», pensó Rigg. «Porque podemos sentir dos cosas absurdamente opuestas al mismo tiempo».

—¿Me has traído un mascaracarne? —preguntó.

—No —dijo Vadesh—. No te conviene librar aquí la batalla por el dominio. Hay demasiados estímulos externos. Te devoraría.

—¿Eso lo has descubierto viendo enloquecer a muchos?

—Por supuesto —dijo Vadesh—. El precio del fracaso es elevado.

—Pero tú nunca lo pagas —dijo Rigg.

—Soy una máquina —dijo Vadesh—. Y la historia de Pinocho es absurda. Las máquinas no quieren ser niños de verdad. Los niños de verdad son totalmente corruptibles y se dejan distraer, engañar y asesinar con enorme facilidad.

—¿Y a ti no te engaña nadie?

—Muchos creen hacerlo —dijo Vadesh—. Y yo dijo que lo consiguen.

—Así que eres tú el que engaña.

—Todos engañamos, Rigg Sessamekesh —dijo Vadesh—. Solo que a mí se me da mejor.

—Entonces, ¿tendría algún sentido preguntarte si me has preparado un mascaracarne demasiado poderoso para que me sea imposible dominarlo?

—No, no lo tendría. Y no, no te he preparado nada distinto a lo que le preparé a Hogaza.

—Así que lo preparaste para él.

—Lo preparé para cualquiera que quisiera aceptarlo —dijo Vadesh.

—Hogaza lo aceptó para salvarme.

—Decidió ser un héroe. ¿Quién soy yo para negarle ese privilegio?

—Pero ¿no pretendías ponérmelo a mí a la fuerza? —dijo Rigg. Le costaba creerlo.

—Yo no hago nada a la fuerza —dijo Vadesh—. Explico las cosas y dejo que cada uno tome sus decisiones.

—A Hogaza no le explicaste nada —dijo Rigg.

—No me dio tiempo.

Rigg registró su memoria. ¿Realmente había provocado Hogaza que el mascaracarne saltase sobre él, o se lo había arrojado Vadesh? La memoria humana era tan poco fiable... En cuanto Rigg trataba de imaginarse cada uno de estos escenarios, ambos se volvían igualmente reales e igualmente falsos.

—¿Has traído un vehículo volador o vas a llevarme a la astronave? —preguntó.

—¿Quieres un vehículo volador? Solo me habías pedido que viniese a buscarte.

Rigg sacudió la cabeza.

—Llama al vehículo volador y llévame hasta allí. O no, me iré caminando. Me gusta la soledad y sé cómo orientarme en los bosques.

Pero por supuesto, el vehículo volador estaba cerca. Los prescindibles podían moverse más deprisa que los humanos, pero no tanto como para llegar al Muro sin un vehículo volador en el tiempo que Rigg le había dado a Vadesh para ejecutar sus órdenes.

—¿Qué te ha llevado a optar por mi pobre y primitivo mascaracarne en lugar de los maravillosos compañeros de los hijos del cercado de Lar? —preguntó Vadesh.

Rigg no respondió.

—¿Vas a dejarme con la intriga? —preguntó Vadesh.

Rigg sintió ganas de replicar, «¿por qué iba a sentir intriga una máquina?», pero al final optó por no responder. ¿Por qué fingir que las normas de cortesía se aplicaban a una conversación entre un hombre y una máquina, sobre todo cuando, en teoría, el hombre tenía el mando de todas las naves y todos los prescindibles?

¡Un hombre! Rigg se encogió por dentro ante su propia vanidad. «Qué presunción

la mía. No soy un hombre. Soy un muchacho que intenta hacer el trabajo de un hombre».

O cometer un crimen monstruoso.

Una de dos.

El vuelo transcurrió sin incidentes. No aterrizaron en la ciudad, donde habrían tenido que tomar el tren de alta velocidad para atravesar la montaña, sino en una estructura situada dentro del cráter creado por la colisión de la nave contra Jardín. Desde allí, un ascensor los llevó hasta la astronave, mucho más abajo.

Pero cruzaron el mismo puente entre la pared de la cámara de piedra y la puerta exterior de la nave, situada en su costado. Todas las astronaves descansaban dentro de una herida idéntica en la piedra del mundo, porque todas ellas las había provocado el campo de fuerza que protegía la nave y a sus tripulantes de los efectos del impacto y de los bruscos cambios inerciales.

Rigg siguió de cerca a Vadesh, tratando de permanecer atento a nuevos peligros y de fijarse en cualquier cosa que hubiera pasado por alto anteriormente.

Pero lo que buscaba con más ahínco era el rastro de Ram Odín.

Le resultó sorprendentemente fácil, ahora que sabía que podía estar allí. Era el más antiguo de la nave. Y también el más reciente. Iba una vez tras otra del puente de mando a las cámaras de hibernación y viceversa.

Y no había salido de la astronave en los últimos once mil años. Ni una sola vez había cruzado el Muro del cercado de Ram.

Qué interesante. Al Ram Odín que había gobernado la copia de la astronave donde vivía Vadesh lo había asesinado su prescindible. Y sin embargo, su rastro estaba allí, en la nave. Un rastro considerablemente más antiguo que la llegada del Ram Odín del cercado de Ram al cercado de Vadesh.

Por un instante, Rigg se preguntó si eso significaría que el Ram Odín de aquella astronave no había sido asesinado. Puede que todos ellos hubieran sobrevivido, como el Ram Odín del cercado de Odín.

Pero no. El rastro más antiguo se desplazaba por la nave hasta que, de repente, terminaba en el puente de mando, unas cuantas décadas antes de que otra versión de Ram Odín cruzase el Muro.

De este modo, Rigg descubrió la respuesta a una pregunta a la que tanto Umbo como él le habían dado vueltas desde que se enteraran de la existencia de las astronaves. Los rastros estaban vinculados al campo gravitatorio de los planetas y se movían por el espacio junto con el mundo en el que los dejaban sus propietarios. Pero cuando la gente estaba en el espacio, sus rastros permanecían en las naves que los transportaban. A diferencia de los pasajeros de las embarcaciones que navegaban por el río Stashik, cuyos rastros permanecían en la misma posición en relación con el río y no con sus botes, el rastro de Ram Odín durante el viaje de la nave se había

quedado dentro de ella, incluso después de que se estrellara contra Jardín.

«Puedo verlo todo —pensó Rigg—. Si fuera necesario, podría ver cómo asesinó Vadeshpres al Ram Odín de esta astronave».

Pero no. Si estaba allí como observador le costaría ocultarle su presencia al prescindible, que sabría entonces que los humanos del futuro habían desarrollado la capacidad de viajar en el tiempo. Y esto podía provocar que este prescindible —o todos ellos— se comportasen de manera distinta. Y eso podría cambiar de plano el curso de la historia. No acabaría con Rigg, claro. Umbo y él habían zanjado esa cuestión tiempo atrás. Los agentes del cambio no podían ser deshechos por los cambios que provocaban ellos mismos. Habían bautizado este hecho como la «conservación de la causalidad», a imitación del principio de conservación de la materia y la energía. Como generadores, seguían existiendo aunque el futuro del que procedían se transformase por completo.

«Pero no soy el único cuya existencia debo proteger».

Siguió a Vadesh a la cámara de reanimación.

—He de hacerlo aquí, por si sufres una reacción física adversa —le explicó Vadesh—. Hogaza era muy fuerte y no necesitaba soporte vital. Tú podrías necesitar ayuda mientras luchas por mantener el control.

—¿Y cómo sabrás si he fracasado?

—Lo sabré —dijo Vadesh.

—Explícame los síntomas que te llevarán a esa conclusión —dijo Rigg.

Vadesh no dijo nada.

—Creo que te he dado una orden.

—No tengo una respuesta —dijo Vadesh—. No sé qué síntomas me llevarían a esa conclusión porque eres la segunda persona que recibe este tipo concreto de mascaracarne y la primera no fracasó.

—Pero has presenciado fracasos con genotipos anteriores.

—Eran tan distintos que los síntomas podrían no ser iguales.

Rigg no le creía. ¿Pero debía decírselo o eso llevaría a Ram Odín —quien a buen seguro estaba dando órdenes a Vadesh desde el puente de mando— a sospechar que sabía demasiado?

—Lo que me preocupa —dijo Rigg— es que llegues a la conclusión de que he fracasado y yo no piense lo mismo.

—Hay una solución muy sencilla —dijo Vadesh—. Si mis actos te inducen a pensar que he concluido que el mascaracarne tiene el control total, lo único que tienes que hacer para impedirlos es saltar al pasado y ponerte fuera de mi alcance.

—Hay otra más sencilla aún —dijo Rigg—. Te ordeno que no tomes ninguna medida concerniente al mascaracarne y a mí durante tres años e incluso entonces, tendrás que decirme lo que quieres hacer antes de hacerlo.

—Dentro de tres años —dijo Vadesh— los destructores estarán aquí.

—Por eso he elegido ese número —dijo Rigg.



Vadesh hizo una pausa y luego respondió:

—Obedeceré tu orden.

—Qué amable de tu parte. ¿Acaso tenías alternativa?

—No tengo por qué obedecer órdenes que no pueden entrar en vigor hasta después de tu muerte. Pero mi programación no me permite considerar la dominación del mascaracarne como una forma de muerte. Más bien es una inhabilitación temporal, así que seguiré esas normas en lugar de las de la muerte.

—Qué amable de tu parte —dijo Rigg.

—Tú me lo has preguntado —dijo Vadesh.

Rigg se sentó en el borde de la mesa de reanimación.

—Ahora saca mi mascaracarne —dijo Rigg—. Supongo que ya lo habrás seleccionado, ¿no?

—Tengo varias docenas de especímenes. Y ninguna razón para escoger a cualquiera de ellos antes que a los otros.

—Varias docenas —repitió Rigg—. Sabes el número exacto. Dímelo.

—Ciento setenta —dijo Vadesh.

—Son muchos. ¿Esperabas muchas visitas?

—Precisamente para evitar esa falsa conclusión he utilizado el término «varias docenas» —dijo Vadesh—. Son muchos porque muchos lograron sobrevivir al proceso y mantenerse viables en hibernación.

—Así que mantienes a los mascaracarnes en hibernación —dijo Rigg—. Como a los viajeros espaciales.

—Alguien ha estado leyendo cosas sobre las astronaves —dijo Vadesh.

—Sí, Umbo. Y nos contaba lo que descubría.

—La hibernación y la reanimación funcionan de manera casi idéntica para humanos y mascaracarnes, lo que no supone una sorpresa, puesto que estos mascaracarnes están diseñados genéticamente para ser compatibles con los humanos.

—Saca mi mascaracarne, por favor —dijo Rigg—. Vamos.

Vadesh salió de la habitación y volvió al cabo de un minuto.

—Este está tan sano como el que más.

—Entonces vamos a...

No logró decir «hacerlo» porque el mascaracarne saltó desde la palangana que lo contenía. ¿Lo había lanzado Vadesh o, de algún modo, se había impulsado el mascaracarne por sí solo? ¿O acaso Rigg, sin darse cuenta, había inclinado la cabeza sobre la palangana para mirar en su interior?

Apenas tuvo una fracción de segundo para reflexionar sobre ello, porque entonces, con una abrumadora mezcla de agonía y pánico, sintió que algo le tapaba la boca impidiéndole respirar y, con brutal irresponsabilidad, le introducía unos pequeños tentáculos por la nariz, la boca, las orejas y, lo más doloroso y aterrador de todo, los ojos.

«Ahora es irrevocable —pensó—. Me he quedado sin ojos».

Entonces los tenáculos avanzaron por los nervios ótico y óptico hasta su cerebro y comenzó la lucha.

No fue como uno de esos duelos en los que dos grupos tiran de los dos extremos de una cuerda. Ni como una pelea de lucha libre. Más bien fue algo así como perderse en un laberinto. Rigg se dio cuenta de que su cuerpo estaba percibiendo cosas. Haciendo cosas. Pero no era capaz de encontrar su cuerpo, de dar con la manera de controlarlo.

Era como si el laberinto cambiara constantemente y nada estuviese en el mismo sitio dos veces y apareciesen barreras donde antes no las había.

El dolor iba y venía. Su cuerpo sintió la necesidad de orinar. Lo hizo. Se levantó y echó a andar, pero no porque Rigg se lo ordenara. Obedecía sus propias razones.

No, sus propias razones no. Las del mascaracarne.

Una abrumadora sensación de rechazo lo invadió: la misma hostilidad que había visto en las caras de los habitantes de Vado Otoño cuando se reunieron alrededor de la casa de Nox con la intención de asesinarlo como castigo por la muerte del hermano pequeño de Umbo (al que Rigg había tratado de salvar por todos los medios). Era como si el mascaracarne supiese que aquel recuerdo estaba allí y lo utilizase para abrumar a Rigg con sentimientos y sensaciones del pasado.

Decidió que aquella oleada emocional repentina se producía porque el mascaracarne se había dado cuenta de que Rigg intentaba afirmar su control sobre su propio cuerpo. Cuando se levantó y se movió, obedeciendo al mascaracarne, Rigg no había ofrecido resistencia. Pero el pensamiento de que el cuerpo estaba moviéndose a instancias del mascaracarne debía de haberle parecido a este una forma de resistencia.

«Mis pensamientos son mis armas. ¿Qué decía Hogaza? Algo como que tratar de darle órdenes a su cuerpo era perder el tiempo, al menos al principio. Así que la resistencia está en mis pensamientos. En conseguir que mi cerebro conserve los pensamientos que creo, sin dejar que se disuelvan en los sentimientos y pensamientos que me impone el parásito».

Decirlo era muy fácil. Hacerlo, cuando todos los impulsos de su cuerpo exigían a gritos su atención, no tanto.

Era como el Muro. Solo que en lugar de la angustia y la desesperación, lo que amenazaba con dominarlo eran el hambre, la sed y la lujuria, los impulsos de la destrucción, los incipientes apetitos de un cuerpo adolescente.

Al final de esta guerra silenciosa, resultó que la gran vulnerabilidad del mascaracarne era la falta de variedad de su arsenal. Una vez que Rigg se acostumbró al repetido asalto de los deseos de su cuerpo, comenzaron a hacerle menos efecto y logró mantener el dominio de su propia mente y de los pensamientos que albergaba hasta el final.

Abrió los ojos.

Sabía que lo que estaba abriendo no eran sus ojos, sino los nuevos ojos que había creado el mascaracarne. Pero eran sus nervios los que los controlaban y su cerebro el

que recibía e interpretaba las señales enviadas por esos ojos.

Fuera lo que fuese el mascaracarne, ahora ya formaba parte de él.

¿Significaba eso que el parásito había fracasado?

No, significaba que el mascaracarne estaba sometido a su voluntad, como un caballo a su jinete; permanecía estático y sabía que sus necesidades se verían cubiertas. Seguiría vivo. Se reproduciría y así perviviría, que es el objetivo de la vida en todas sus formas.

La fauna nativa de Jardín estaba viva en aquel mascaracarne y se había convertido en parte de Rigg. Era el servidor de Rigg, sí, pero ahora este veía el mundo a través de sus ojos, y sus necesidades y deseos se incorporarían a su sistema de toma de decisiones. No moriría hasta que muriera él; nunca se lo quitaría; había encontrado un hogar embebido en su carne.

«Pero yo sigo siendo Rigg Sessamekesh».

«No. Sessamekesh no. Solo Rigg. Rigg el rastreador. Rigg el hombre de Jardín. Rigg el custodio de los cuadernos de bitácora de las naves».

Tenía los ojos abiertos. Percibió toda la sala de control de una vez. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado atrapado en la batalla por el control de su mente y, sin tener que esforzarse por calcularlo, lo supo al instante: setenta horas y treinta y dos minutos. En ese tiempo había bebido el agua que le había proporcionado Vadesh, pero había sido el mascaracarne el que había hecho beber a su cuerpo.

Miró a Vadesh, que se encontraba cerca de él, y dijo:

—Tomaré un poco más de agua.

—Te sugeriría que te lavarás un poco, también —dijo Vadesh.

—Todo a su tiempo —dijo Rigg.

—Bienvenido.

—Gracias.

Pero ya había empezado a comprobar una cosa: lo que había hecho el mascaracarne con los rastros.

Al instante, la información inundó su mente. Estuvo a punto de ahogarse en ella, porque fue tan abrumadora como todo lo que el mascaracarne le había hecho sentir antes.

Veía todos los rastros cercanos, pero no como tales rastros. Veía cada rastro como una persona. Conocía sus caras y sabía de dónde habían venido.

Sin tener que hacer un esfuerzo consciente, captó el rastro entero de cada vida, de principio a fin.

«Es imposible que mi mente sea capaz de contener tanta información sobre cada una de esas personas». Pero sin embargo, mirara donde mirara, allí estaba.

Allí estaba Ram Odín, una vez tras otra, rastro tras rastro. En hibernación, fuera de ella. En hibernación, fuera de ella. Sentado en el puente de mando. Tomando decisiones, dando órdenes. Como estaba haciendo en aquel mismo momento.

Y ahí estaba Ram Odín, once mil, doscientos dos años antes... Qué clara era

ahora su percepción del tiempo, sin mediar pensamiento, cálculo o incertidumbre algunos.

Y Rigg supo otro número: su edad. A fuerza de saltar en el tiempo había llegado a estar confundido, porque había repetido varios periodos, revividos al remontarse al pasado. Estaban en el año en que cumplía catorce años, pero había vivido casi un año en el cercado de Odín antes de volver de nuevo al pasado, así que, al margen del año del calendario, ahora tenía dieciséis.

Pero había otras pruebas que tendría que realizar. Por ejemplo, aunque siempre había podido saltar a cualquier rastro pasado con el que hubiera entablado contacto, no podía regresar al futuro sin que Umbo le sirviese de ancla desde allí.

¿Seguía teniendo aquella limitación?

Era muy fácil de comprobar. Se desplazó medio metro hacia la derecha y luego saltó un minuto hacia el pasado.

Luego volvió al futuro. Era una sensación que había experimentado muchas veces, cuando Umbo tiraba de él para devolverlo a su lado, solo que ahora podía hacer que sucediese como un mero acto de voluntad.

Al volver al pasado, pudo verse a sí mismo, sentado a un lado. Al saltar de nuevo al futuro, su otro yo había desaparecido, porque regresó al momento exacto en el que se había ido. Podía saltar hacia atrás y volver luego al mismo punto.

Otra prueba que debía realizar: ¿podía moverse hacia delante como hacía Param, fragmentando el tiempo y saltándose partes de él? También había sentido la sensación correspondiente cuando ella le cogía la mano y comenzaba a avanzar hacia el futuro a una velocidad muy superior a la del mundo real.

Ahora, como el mascaracarne había potenciado sus funciones cerebrales, fue capaz de hacerlo. Al principio lentamente, con una diferencia de velocidad muy poco significativa. Pero luego más deprisa.

Vadesh entró en la sala con una jarra de café. No vio a Rigg.

Rigg esperó a que saliera a buscarlo para detener el avance acelerado del tiempo. No quería que Vadesh supiese que podía imitar la habilidad de Param. Que pensase que había saltado al pasado y luego había regresado, y por eso había desaparecido. Que pensase que Rigg solo había obtenido una versión más potente de habilidades que ya poseía.

Se acercó a la puerta y se encontró a Vadesh en el pasillo, caminando.

—Ahí estás —dijo Rigg—. Estoy sediento.

Vadesh se apresuró a llevarle el agua. No dijo nada sobre la ausencia de Rigg. Si lo único que había hecho Rigg era ir al pasado y luego volver, no sabría que Vadesh había estado en el cuarto en su ausencia. Así que se limitó a beberse el agua.

Había otra habilidad que debía poner a prueba y, en este caso, se trataba de una que nunca había experimentado directamente: el don de los hijos del cercado de Odín de mover los objetos en el espacio y el tiempo. No sabía lo que se sentía al usarla. Ni siquiera la había visto en acción, aunque sí había presenciado sus efectos: el cilindro

de metal que había hecho explotar la garganta de Param; el cuchillo que le había robado de la cintura a un hombre que pasaba por allí.

No tomó la decisión consciente de usar a Vadesh como objeto de su experimento. Simplemente, sintió el deseo de mover algo y Vadesh estaba a mano; Vadesh era la cosa que Rigg estaba mirando, así que fue Vadesh lo que se movió. Apenas la distancia del ancho de un dedo, pero se desplazó sin cruzar el espacio intermedio. Se encontraba a un metro y catorce centímetros de distancia y, al instante siguiente, estaba a un metro y quince centímetros, más un cuarto de centímetro a la derecha. Fue algo tan sutil que Vadesh siguió caminando con total normalidad y si advirtió el cambio en su posición espacial, no dio la menor señal de ello.

«Debe de haber pensado en lo que pasaría si me fusionaba con el mascaracarne, así que estará buscando indicios de lo que puedo hacer y de los cambios que se han producido en mí».

—Bueno, Vadesh —dijo—, ¿no crees que ya va siendo hora de que conozca a Ram Odín?

Vadesh se volvió hacia él.

—Desde luego —respondió—. Supongo que ya conoces el camino, ¿no?

—Le he visto recorrer esa ruta un centenar de veces —dijo Rigg.

—¿Quieres que te acompañe?

«¿Si digo que no, sospechará Ram Odín de mis intenciones?».

—Vas a hacer lo que te ordene Ram Odín —dijo Rigg—, y nada que pueda decir yo cambiará eso.

—Ha dejado la decisión en tus manos, como custodio de los cuadernos de bitácora de las naves —dijo Vadesh.

—Pues entonces ven —dijo Rigg—. Vamos a conocer al señor de esta nave y de todas las naves.

Mientras se ponía en camino, Rigg comenzó a disfrutar de la percepción completa que le otorgaba el mascaracarne. Podía captar todos los rastros por los que pasaba, sentirlos como personas vivas; sin embargo, su presencia no interfería en modo alguno con su vista convencional, que ahora poseía una claridad extraordinaria. Podía ver hasta la última mota de polvo en el aire, en la superficie de todas las paredes, el techo y el suelo, sin que ninguna de ellas lo distrajera de su propósito. Era como si en su interior se hubieran fusionado una mente autista, extremadamente consciente de los detalles, y una mente humana normal, con su capacidad de centrarse en una sola cosa y dejar que todas las demás se disolvieran hasta desaparecer. Era consciente de todas las cosas y al mismo tiempo podía concentrarse en una sola de ellas.

¿Y por qué no? Ahora poseía dos mentes, una alienígena y una humana, trabajando al unísono en la cúspide de sus respectivas capacidades.

Ram Odín era un anciano. Rigg vio todas las arrugas en la piel de su rostro, los pliegues de piel colgante de su cuello, la escasez de cabello, la caída de los párpados... Estaba pálido. Era un hombre que necesitaba la luz del sol y llevaba

mucho tiempo sin recibirla.

—Tengo una propuesta para ti —dijo Ram Odín—. Ahora que te has unido a la criatura nativa más interesante de este mundo.

—Es justo lo que iba a decirte —dijo Rigg—. Tras saludarte como fundador de este mundo.

—Todos los colonos fueron fundadores —dijo Ram.

Rigg caminó entre las consolas de control; Ram giró en su silla flotante para mantenerse orientado hacia él.

—Pero tú fuiste el responsable —dijo Rigg—. El que dio forma a este mundo mientras los demás dormían.

—Ven aquí y ponte a mi lado —dijo Ram—. Quiero que conozcas mi punto de vista, desde esta consola. Quiero que veas el mundo a través de los ojos de los satélites. Si es que se puede decir que tengan ojos.

Rigg pudo sentir la tensión que emanaba el hombre. Viejo y cansado como parecía, estaba muy nervioso en aquel momento.

«Me tiene miedo —pensó Rigg—. Es mi creador, pero aun así tiene miedo de lo que voy a hacer».

Hizo lo que pedía Ram y se colocó junto a su silla, entre dos consolas.

—Ahí —dijo Ram mientras señalaba una representación tridimensional, una imagen tomada desde el espacio del anillo de acantilados, con los bosques y el cráter que marcaba el lugar donde la astronave había embestido la corteza del planeta en aquel cercado—. Te veo como una especie de hijo. No te importa que piense así, ¿verdad? Siempre he anhelado poder enseñarle esta vista a un hijo mío. Mira, acerquémonos para ver mejor.

Mientras hablaba, la imagen se amplió como si estuvieran cayendo en picado en un vehículo volador.

Rigg sabía que el objetivo de aquello era que centrarse toda su atención en la representación, y funcionaba. Como humano, no podía apartar la mirada de aquel objeto brillante y móvil que lo atraía.

Pero como mascaracarne, también era plenamente consciente del cuchillo que tenía Ram Odín en la mano, de la mano que se movía hacia él, rápida como el rayo, para clavárselo en el riñón.

Por sí solo, Rigg no podría haber esquivado el golpe.

Pero el Rigg que se había fundido con un mascaracarne no tuvo ninguna dificultad para saltar a un lado, revolverse, cogerle la mano a Ram y retorcérsela hasta obligarlo a soltar el cuchillo.

El cuchillo cayó, pero Rigg, más rápido que el pensamiento, colocó la mano debajo. Había pensado usar el puñal enjoyado que Umbo y él habían obtenido en su primer viaje deliberado al pasado. Pero ya que Ram Odín había tenido la amabilidad de proporcionarle un arma, sería una descortesía rechazarla.

En el mismo instante en que el cuchillo de Ram Odín estuvo en su mano, Rigg

saltó media hora al pasado, hasta un momento en el que Ram estaba concentrado mirando una consola distinta y se encontraba de espaldas a él. Razón por la que Rigg había escogido precisamente ese momento en su rastro.

Ram Odín no estaba equipado con un mascaracarne. No se dio cuenta de que Rigg se había materializado silenciosamente justo detrás de él.

«Aún no has intentado matarme, Ram Odín, pero lo harás, así que tengo que matarte yo antes».

Su mano se movió como una exhalación. Debido a la velocidad y la precisión del golpe —puesto que el mascaracarne aún no había tenido tiempo de mejorar lo suficiente la fuerza física de Rigg para que supusiese una diferencia—, el cuchillo atravesó sin dificultad las costillas de la espalda de Ram Odín y le perforó el corazón. Con un leve golpe de muñeca, Rigg cortó los dos ventrículos del corazón. La sangre dejó de circular por las arterias de Ram Odín. El anciano cayó de bruces y, sin tiempo siquiera de articular un solo ruido, expiró.

Rigg soltó el arma de, sacó su propio cuchillo del cinturón y lo sostuvo en el campo donde el ordenador de la nave podía reconocerlo.

—¿Hay alguna otra criatura vida que pueda arrebatarme el mando de estas naves y de sus ordenadores? —preguntó.

—No —dijo el ordenador de la nave.

—¿Hay alguien en hibernación que pueda arrebatarme el mando?

—No —dijo el ordenador de la nave.

—¿Hay alguien más en el universo que pueda arrebatarme el mando?

—No —dijo el ordenador de la nave.

Pero eso no podía ser cierto. Entonces Rigg reparó en lo que había preguntado y formuló la pregunta de otro modo.

—¿Hay alguna persona o máquina que pueda arrebatarme el control de las naves en contra de mi voluntad?

—Sí —dijo el ordenador de la nave—. Si me sincronizo con cualquier nave que cuente con la autorización del almirantazgo, tendré que entregarle el control total al ordenador de dicha nave.

Eso debía de ser lo que temía Ram Odín. Pero Rigg no tenía razones para temerlo. Así que no tendría que destruir el mundo para impedirlo.

Solo una vez que tuvo esta información, Rigg el rastreador alargó la mano hasta el hombro de la persona a la que acababa de asesinar.

Ram Odín cayó sobre la consola.

Rigg podía sentir, tan nítido como si lo estuviera viendo, el rastro de once mil años de antigüedad de otra copia de Ram Odín que también se desplomaba en aquella misma nave, sobre aquella misma consola, con el cuello roto por el prescindible que se encontraba tras él.

—Matar o morir —murmuró.

¿A cuántos animales había matado tras encontrárselos atrapados en alguna de sus

trampas? Un número exacto apareció en su mente al instante, pero lo ignoró. A veces, la precisión que le proporcionaba el mascaracarne, sencillamente, no era apropiada. Había matado una vez tras otra. Sabía lo que se sentía al hacer el regalo de la no-vida. Conocía la flaccidez de los cuerpos vacíos.

Pero esta vez, esta vez, se trataba de un hombre. De aquel hombre. Ram Odín. Así que, con la mano apoyada aún sobre su espalda, Rigg se echó a llorar.



## DESTRUCTORES

Tras haber utilizado el poder temporal de Param para saltar al futuro, Umbo y Param decidieron que no tenía sentido esperar tres años para comprobar si habían tomado la decisión correcta al advertir a los visitantes sobre los ratones polizontes. Fue Umbo el que lo sugirió, pero Param accedió al instante y se lo propuso a los demás.

—No podemos volver al cercado de Odín... Por lo que sabemos, los ratones podrían estar planeando su venganza. Y aunque no fuese así, en el cercado de Lar tampoco tenemos sitio alguno donde vivir durante tres años.

—Nos hemos acostumbrado mal en el cercado de Odín —dijo Hogaza—. Teníamos más lujos que cuando fingíamos ser gente adinerada en los hoteles de O.

—Y una biblioteca mejor —dijo Umbo.

—¿Vamos a dejar aquí al rey Knosso justo después de haberlo encontrado con vida? —preguntó Olivenko.

—¿Por qué no lo invitamos a venir con nosotros al futuro? —sugirió Umbo—. Si resulta que los destructores aparecen de todos modos, volveremos al pasado para intentar otra cosa. Podemos llevarnos a Knosso.

—¿Y qué pasa con Rigg? —preguntó Hogaza—. No sabrá adónde hemos ido. Y no puede saltar al futuro sin Param.

—Si Rigg quiere reunirse con nosotros —comentó Umbo—, siempre puede venir aquí, buscar nuestros rastros y saltar a este momento.

—Si no aparece antes de que comencemos el viaje —dijo Param— es que ha optado por no venir.

—¿Eso es lo único que tienes que decir sobre Rigg? —preguntó Hogaza.

—Fue él quien decidió marcharse —dijo Olivenko.

—Ni siquiera sabemos si será el mismo una vez que tenga el mascaracarne —dijo Param.

—Si es que Vadesh no decide matarlo —dijo Olivenko—. Él mismo decidió correr el riesgo.

Hogaza se sentó y miró la arena que tenía delante.

—Hogaza —dijo Umbo—, no olvides quiénes somos y lo que podemos hacer. Si Rigg no se reúne con nosotros en el fin del mundo, pase lo que pase con los destructores, siempre podemos volver al pasado a buscarlo.

—¿E impedir que se destruya de este modo? —preguntó Hogaza mientras señalaba su propia cara con un gesto.

—¿Por qué asumes que eso va a destruirlo? —preguntó Umbo.

—Porque sé que estuvo a punto de destruirme a mí.

—¿Y crees que Rigg es más débil? —preguntó Param.

—Rigg es un niño —dijo Hogaza.

Umbo se echó a reír.

—Lo mismo que Param, y yo.

—Pero vosotros no vais a enfrentaros a un mascaracarne —replicó Hogaza con tozudez.

—Solo a los destructores —dijo Umbo.

—Solo vamos a comprobar si llegan —dijo Hogaza—. Y si lo hacen, escaparemos.

—Rigg es más fuerte de lo que crees —dijo Umbo.

—¿Más que yo? —preguntó Hogaza.

—Es lo bastante fuerte —dijo Umbo—. No fue la resistencia física lo que te permitió someter al mascaracarne, ¿verdad?

—No —dijo Hogaza—. Fue la fuerza de voluntad.

—¿Y crees que a Rigg le falta? —preguntó Umbo.

—Siempre está intentando complacer a los demás —dijo Hogaza.

—Siempre está intentando hacer lo que debe hacer —dijo Umbo—. Que no es lo mismo.

Knosso apareció cuando el sol llevaba lo bastante en el cielo para calentar la playa hasta una temperatura tolerable. Cuando le propusieron ir con ellos al futuro, aceptó al instante.

—Pensaba que atravesar el Muro sería la única aventura de mi vida. Pero habéis venido a ofrecerme otra, en el fin del mundo.

—¿Ya sabéis que el mundo se acaba? —preguntó Umbo.

—Oh, claro —dijo Knosso—. El Hombre de Tierra Firme nos lo contó... Se lo contó al pueblo del mar. Hace muchas generaciones. Por lo que nos habéis contado sobre los hijos del cercado de Odín, nos lo contó en cuanto apareció allí el Libro del Futuro.

—Así que avisaron a la gente del cercado de Lar —dijo Olivenko—, pero no a la del cercado de Ram.

—En el cercado de Ram —dijo Param— nos crearon a nosotros. Y de todos modos, ¿quién habría dado crédito a una profecía como esa? Aquí saben lo que es un prescindible. En el cercado de Ram, es una leyenda, un mito, un hacedor de milagros.

—El Caminante entre los Mundos —dijo Umbo.

—El Hombre Dorado—dijo Olivenko.

—El Inmortal —dijo Hogaza.

—El jardinero —dijo Param—. E incluso Rigg, que lo llamaba padre... ¿qué habría hecho con la información, si Rampres se la hubiera revelado? Eso habría

alterado la historia del cercado. Mientras que el cercado de Lar... ¿realmente tiene historia?

—¿No oíste el relato de Tía Viento? —preguntó Knosso.

—Tienen relatos y recuerdos —dijo Param—. Pero nada cambia. La vida bajo el mar...

—Está llena de infinita variedad —dijo Knosso.

—Pero no de sucesos —dijo Param.

—Allí abajo no tenéis clima —dijo Umbo—. Ni estaciones.

—Bueno, eso no es del todo cierto —dijo Knosso—, pero sí bastante aproximado. Yo soy feliz allí. Pero no, no tenemos guerras, aparte del constante batallar contra los grandes depredadores del océano, que nos obliga a mantenernos unidos en una sola tribu para hacerles frente. Después de once mil años, los monstruos han aprendido a esquivar nuestra costa. Pero los hijos del cercado de Lar han tenido la prudencia de no tratar de cazar a las grandes bestias del océano hasta su extinción. Podrían haberlo hecho, la barrera del Muro mantiene a los tiburones y las orcas atrapadas dentro, donde no podrían haber escapado de nuestros arpones si hubiéramos querido matarlos a todos.

—Así que mantenéis con vida a vuestros grandes enemigos —dijo Param.

Umbo se dio cuenta de que Knosso había pasado de hablar de «ellos» a usar el «nosotros». «Ha dejado de ser un hombre del cercado de Ram. Puede que se alegre de participar en nuestra aventura, de la oportunidad de saltar en el tiempo con nosotros, pero está contento con la vida que tiene en el cercado de Lar. Este es el mundo que quiere salvar. No sueña con un regreso triunfante al cercado de Ram».

«Y si alguna vez volvemos al cercado de Ram, el regreso podría ser triunfante para Param y Rigg, como miembros de la familia real; hasta puede que recluten un ejército para derrotar al general Ciudadano y a Hagia Sessamin y ocupar su lugar en la Radiante Tienda. Pero no habría sitio para mí».

Y entonces, como había pensado en Rigg y Param como rey o reina-en-la-tienda y como la historia del cercado de Ram era la que era, se le ocurrió que no sería raro que se convirtieran en rivales y estallara una guerra civil entre los que querían un rey y los que pensaban que Aptica Sessamin había hecho bien en matar a todos los varones de la casa real para que solo las mujeres pudieran gobernar en la Radiante Tienda. Y habría otros que querrían restaurar la República Popular y, probablemente, los fieles seguidores del general Ciudadano formarían otra facción y sería una historia fascinante, donde todos ellos llevarían vidas desesperadamente infelices, terribles y trágicas.

¿Quién podía decir que Knosso no había tomado la mejor de las decisiones?

Y tampoco es que importase demasiado. Porque en realidad, Umbo no creía que nada de todo aquello supusiera la menor diferencia. Los destructores ya habían venido nueve veces. En esta ocasión, la única novedad sería que en lugar de enviar cartas o libros al pasado, regresarían ellos como testigos. Aunque como los

destruidores permanecerían en el espacio hasta acabar con todos los seres vivos de Jardín, no era fácil saber lo que podrían ver desde una playa situada en el cercado de Lar.

—¿Para qué esperar? —dijo Hogaza—. Podríamos irnos inmediatamente. No hace falta que preparemos un picnic para la excursión. Avanzaremos lo suficiente hasta ver lo que sucede y luego volveremos.

—¿Aunque no aparezcan los destruidores? —preguntó Umbo—. ¿Cuánto tiempo esperaremos para saber que no van a venir?

—Podemos decidirlo cuando estemos allí —dijo Param.

Así que se dieron la mano y Param los llevó al futuro a grandes saltos, más deprisa que nunca. Esta vez no pasaron dos ciclos de estaciones sino tres, y solo aminoraron al acercarse al tiempo previsto para la llegada de los destruidores. Entonces, al ver una gran congregación de hijos del cercado de Lar en la playa, se detuvieron por completo.

Larpres estaba allí. Y Vadesh.

—No quería presenciar esto solo —dijo Vadesh.

Pero como siempre, Umbo pensó que su presencia allí obedecía a más razones de las que estaba dispuesto a admitir.

¿Cómo podía parecer furtivo y Larpres abierto y sincero a la vez? Tenían la misma cara y la misma voz. Eran máquinas. No se diferenciaban en nada del padre de Rigg, Rampres. Ni de Odinpres, por cierto. Y sin embargo, cuando Umbo le confió estos pensamientos a Hogaza, el hombre con percepciones de mascaracarne, este convino con él.

—Hay diferencias casi imperceptibles entre ellos —dijo—. Tus ojos las han captado, así como tus oídos, pero como no llevas máscara, no has podido articularlas en un nivel consciente. En once mil años, hasta dos máquinas idénticas y con capacidad de reparación propia adquieren diferencias por sus experiencias, su nivel de desgaste y sus hábitos. Vadesh siente aversión a la soledad. Siempre ha sentido una enorme avidez de compañía humana, mucho más que los demás.

—Puede que les pase a todos —dijo Umbo—, pero solo Vadesh se haya privado de ella el tiempo suficiente para que se manifieste su soledad.

—O puede que sea un intento deliberado de convencernos de que hay diferencias entre ellos —dijo Hogaza—. Pero incluso eso supondría una diferencia real, así que para el caso es lo mismo.

Todo el pueblo del mar se reunió alrededor de Knosso para celebrar su regreso. Para ellos había desaparecido tres años antes y aunque el Hombre de Tierra Firme les había contado que estaba viajando en el tiempo con los forasteros del cercado de Ram, lo habían echado de menos y les entristecía que se hubiera marchado sin despedirse.

—Pero volveré si aparecen los destruidores —dijo Knosso—. Pienso volver de todos modos. —Entonces, confuso, se volvió hacia el grupo del cercado de Ram y

dijo—: ¿No debería haber vuelto ya? ¿No deberían ya saber lo que ha sucedido porque volví y se lo conté?

—Si vuelves —le explicó Umbo con paciencia— cambiarás esta cadena de acontecimientos y este encuentro no sucederá nunca, al menos así, porque en estos tres años habrán llevado una vida distinta, contigo, una vida en la que apenas estuviste ausente un día.

—¿Tan importante soy para ellos que mi ausencia puede cambiarlo todo? —preguntó Knosso.

—Todos somos así de importantes —dijo Umbo—. Pero no lo cambiaré todo. La gente que está casada ahora probablemente se case también en el próximo ciclo y probablemente lo hizo también en el anterior. En realidad solo hay un ciclo.

—¿Y los niños? —preguntó Knosso.

—La mayoría de ellos nacerán igualmente —dijo Umbo—. Pero no serán exactamente los mismos. La combinación de genes de sus padres será distinta en cada ciclo, debido a las circunstancias de la concepción. Puede que esta se produzca un día distinto. O que sea un espermatozoide distinto el que consiga llegar a la meta.

—¿Es necesario que hablemos de eso... tan abiertamente? —preguntó Param.

—En el cercado de Lar somos así de abiertos con esas cosas —dijo Knosso—. Pero ya sé lo que quería saber. Podemos dejar el tema de momento. —Entonces se acordó de otra cosa—. Pero ¿recordaré esta conversación cuando regrese?

—Nuestros recuerdos permanecerán con nosotros —dijo Umbo—. Todo lo que nos haya pasado antes de volver al pasado permanecerá en la cadena causal... en la nuestra. No es el tiempo sino la causalidad lo que no se puede perder. Cualquier causa cuyos efectos sigan vigentes para los viajeros en el tiempo permanecerá en nuestra memoria. Habrá sucedido, aunque hayan desaparecido resultados que no tenían ningún efecto sobre nosotros y no podamos recuperar la versión modificada del futuro.

—Debéis de ser unos genios, para poder comprender todo eso —dijo Knosso, y a continuación regresó con los hijos del cercado de Lar, que estaban impacientes por hablar con él.

—Hubo un tiempo —dijo Olivenko— en que no habría sido capaz de dejar el tema hasta comprenderlo perfectamente.

—Todos nos hacemos mayores —dijo Hogaza—. Al entusiasmo de la juventud lo reemplaza la constatación de que el aprendizaje nunca aporta claridad.

—¿Y dejas de aprender?

—Sigues haciéndolo —dijo Hogaza—, solo que te fías menos de los resultados. Dejas de tener fe en que lo que aprendas hoy siga pareciendo verdad mañana.

—Yo nunca seré tan viejo —dijo Umbo.

—Yo nunca fui tan joven —repuso Hogaza—. Pero disfruto viendo cómo retozáis los corderos en la pradera.

Pasaron las horas y entonces los prescindibles les dijeron que el momento exacto

que se indicaba en los Libros del Futuro del cercado de Odín estaba a punto de llegar.

Los viajeros del tiempo se reunieron y se dieron las manos para que Umbo pudiese llevárselos a todos al pasado antes de que las armas de los destructores pudieran hacerles daño alguno.

—Los autores de los Libros del Futuro tuvieron tiempo de escribirlo —dijo Olivenko—. No hay por qué pensar que no nos dará tiempo a reaccionar.

—Y aunque sea así —dijo Param—, estaremos muertos y no podremos quejarnos por un simple error de planificación.

Un minuto antes de la hora prevista apareció Rigg. Fue Hogaza, cómo no, el que reparó en su presencia y, por un instante, soltó la mano de Umbo y rompió la cadena que los unía.

—¡Rigg! —exclamó—. ¡Lo has conseguido!

—¡Has venido! —exclamó Umbo.

Rigg tenía un aspecto terrible, pues su mascaracarne era nuevo y aún no se había fusionado con él como había hecho el de Hogaza. Sus ojos aún no habían adoptado su posición final, así que resultaba perturbador mirarlo. Si Umbo no hubiera sabido, tanto por la máscara de Hogaza como por los compañeros de los hijos del cercado de Lar, que terminaría por adaptarse a ello hasta que pareciese algo natural, habría sentido lástima por su amigo. Y de todos modos sí que lo lamentó un poco, porque Rigg, a su modo, siempre había sido apuesto y ahora parecería un monstruo a los ojos de todos los habitantes del cercado de Ram. Nunca podría volver para convertirse en rey-en-la-tienda. Esa guerra civil, al menos, nunca se produciría. Nadie lo seguiría.

Y no es que Rigg hubiera querido nunca ser rey. Umbo comprendía ahora que Rigg no quería mandar en nada. Que lo único que buscaba era lo mejor para todos y que cuando insistía en algo no era porque quisiera salirse con la suya, sino porque pretendía que las cosas saliesen bien.

Como en aquel momento. Empezó a dar órdenes a todos, les dijo que volviesen donde estaban y se cogieran las manos y él mismo se colocó al final de la línea, entre Olivenko y Knosso. Este último estaba agarrado a Param, quien lo estaba a su vez a Umbo, quien lo estaba a Hogaza.

—¿Por qué no vienen los demás? —preguntó Rigg—. Si vienen los destructores, podemos llevármolos a todos.

—¿Y tener dos copias de cada uno de nosotros hasta que vuelva a llegar este día? —preguntó Madre Mock, quien se encontraba junto a Knosso, hablando con él, cuando llegó Rigg.

—Es la hora —dijeron Vadesh y Larpres al mismo tiempo, con la misma voz, de nuevo como dos gemelos idénticos.

Todos esperaron.

—Ha pasado la hora —dijo Larpres, esta vez solo él— y ninguno de los satélites ha visto ni rastro de los destructores.

—Sería imposible que los vieran —dijo Rigg—. Porque los destructores no

venían de la Tierra.

Los demás se soltaron las manos y exigieron saber lo que quería decir.

—No fue la gente de la Tierra. Los visitantes no tuvieron nada que ver con ello —les explicó Rigg—. Ram Odín no estaba muerto. Seguía vivo y en hibernación en la nave de Vadesh, donde despertaba cada cierto tiempo para entrometerse en los asuntos del mundo. Era él quien anulaba las órdenes que les daba a las naves. La llegada de los visitantes lo aterrorizó, porque le arrebataron el control de todo. Así que antes de dejar que regresaran, para traer nuevos colonos, o comerciar con nosotros, o lo que quiera que realmente quisieran hacer con nosotros, ordenó la destrucción del mundo. Los satélites acabaron con todo obedeciendo sus órdenes.

—¿Y qué le ha hecho cambiar de idea? —preguntó Umbo.

—El mismo cuchillo con el que intentó matarme —dijo Rigg—. El mascaracarne me ayudó a quitárselo de la mano y entonces retrocedí en el tiempo para matarlo. En un acto de defensa propia preventiva.

—Qué tonto... —dijo Vadesh—. Bueno, al menos entiendo por qué lo hiciste. Y te creo cuando dices que intentó matarte... No me sorprende. Le daba miedo lo que podías llegar a ser con un mascaracarne... Por eso me ordenó que se lo pusiera a Hogaza o a Olivenko y no a Umbo, a Param o a ti.

Rigg puso cara de sorpresa genuina.

—Entonces, ¿por qué me lo pusiste al final?

Vadesh sonrió.

—Cambió de idea. Y luego volvió a cambiar.

—Está mintiendo —murmuró Hogaza.

—No puedo mentirle al custodio de los cuadernos de bitácora de las naves —dijo Vadesh—. Y por favor, recordad que por muy bajo que habléis, puedo oíros. Y ahora sugiero que volváis a cogeros de las manos, porque lo único que ha cambiado esta vez es que los destructores llegarán tres minutos y medio más tarde.

—¡No! —exclamó Rigg mientras soltaba las manos de los demás y se acercaba al prescindible a grandes zancadas—. ¡Lo he matado! ¡Esto ha terminado!

—Lo has asesinado sin razón, mi querido muchacho —dijo Vadesh—. Pobre Ram. Sobrevivir tantos años para acabar muriendo a manos de un niño que ha llegado a una conclusión equivocada.

—¡Sabía que estaba vivo! —gritó Rigg—. ¡Tenía razón en todo!

—En todo salvo en la razón de la destrucción del mundo. Coge las manos de tus compañeros, Rigg, o muere con el resto de nosotros... A mí me da igual.

Umbo eligió por él. Rodeó a Rigg con un brazo sin soltar a Param ni a Hogaza. Y entonces, al mismo tiempo que empezaba a llover fuego desde el cielo, se los llevó a todos al pasado.

## NUEVOS RASTROS

Rigg supo al instante lo que había que hacer. Los demás tenían sus opiniones, que expresaron allí, en la playa del cercado de Lar, nada más volver de la destrucción del mundo, un acontecimiento que volvía a estar tres años de distancia.

Durante una hora, sumido en la miseria, había escuchado cómo justificaban los demás el asesinato de Ram Odín. Algunos estaban maravillados por el hecho de que siguiera vivo y otros coincidían con él en que había que deshacer lo hecho.

—Voy a hacer lo que tengo que hacer —dijo al fin—. Otra vez. Es hora de que discutáis lo que vais a hacer vosotros con respecto al aviso que disteis a los visitantes sobre los ratones.

Umbo arrugó el gesto.

—Pero si no ha supuesto ninguna diferencia.

—Exacto —dijo Rigg—. Mientras que no advertirlos podría haber salvado nuestro mundo.

—Y borrar a la raza humana de la faz de la Tierra —exclamó Param, como si realmente le preocuparan los habitantes de otro planeta.

«Bueno, puede que sea así», pensó Rigg. Puede que estuviera desarrollando empatía por gente normal y anónima a la que no conocía. La mayoría de la gente no llegaba a hacerlo nunca, así que sería algo digno de alabanza.

Pero a él le parecía que realmente solo estaba tratando de justificar la decisión que había tomado.

—Todos cometimos el mismo error —dijo Rigg—. Sacar conclusiones precipitadas y actuar basándonos en ellas. No eran conclusiones estúpidas. En parte teníamos razón, pero en parte no, y ahora tenemos que profundizar en la verdad para que la próxima vez podamos tomar decisiones más acertadas.

—Algunas decisiones no se pueden deshacer —dijo Umbo—. Hagas lo que hagas, el mascaracarne ya no puedes quitártelo.

«Y siempre sabré que soy un asesino, un asesino capaz de apuñalar a sus víctimas por la espalda, eso tampoco cambiará», pensó Rigg. Pero no lo dijo en voz alta para no tener que soportar que volvieran a repetirle que había actuado en defensa propia, que aunque Ram Odín no había intentado asesinarlo aún, el Rigg que había acabado con su vida había sido objeto de un intento de asesinato por parte de su víctima, media hora más tarde.

«Ya basta. Basta de hablar. O, más bien, basta de hablar de cosas que ya han pasado. Hay que hablar de cosas nuevas».



—El problema de impedir el aviso —dijo Umbo—, es que no quiero perder algunas de las cosas que he descubierto desde que lo dimos.

El primer impulso de Rigg fue responder «no perderás nada». Pero entonces comprendió el dilema al que se enfrentaba Umbo. No podía volver a un momento posterior a la advertencia para contrarrestar sus efectos. Tendría que saltar a un momento anterior e impedir que Param y él interfiriesen con los planes de los ratones para subir al vehículo volador de los visitantes. Lo único que tenía que hacer era avisarse a sí mismo en el pasado y, de este modo, Param y él no viajarían al futuro para advertir a los visitantes.

Pero entonces se borrarían esas versiones futuras de los dos, ¿no?

¿Cuántas advertencias se habían dado a sí mismos, cuántas veces habían cambiado su comportamiento de modo que no se habían convertido en las personas que habían decidido dar el aviso original?

Lo que temía Umbo, aunque no se atreviese a decirlo, era que cambiase la nueva relación que tenía con Param.

Y como Rigg conocía a Param, lo comprendía perfectamente. Si de repente Umbo tenía que decirle a su hermana, cuando estaba preparándose para ser el agente que les transmitiría el aviso a los visitantes, «No, mi yo del futuro ha regresado para advertirme de que no lo hagamos», Param sentiría frustración y disgusto. No volverían a la playa como amigos.

—No hagáis nada aún —dijo Rigg—. Realmente no sabéis si os equivocasteis. No sabemos por qué vinieron los destructores; solo sabemos que no tuvo nada que ver con el hombre al que maté. Puede que hicieseis bien en detener a los ratones. Y aunque no fuese así, tiene que haber otro modo de resolverlo. Y no quiero que Param y tú tengáis que deshacer vuestras vidas de ese modo.

Umbo lo miró con una gratitud y un alivio tan sinceros que Rigg se sintió avergonzado. «¿Quién me da derecho a juzgar por ellos y tomar decisiones?».

Pero sabía lo que habría dicho su padre... Y lo que diría Hogaza, por cierto, si Rigg le hubiera expuesto el caso a cualquiera de ellos. «No estás decidiendo las cosas por Umbo. Simplemente le has confirmado que la decisión que él ya quería tomar es correcta. Tu responsabilidad en el asunto es casi nula. No pienses más en ello».

Tenía otras cosas en que pensar. Y sin embargo no había nada que pensar. Debía volver al pasado y detenerse a sí mismo antes de que matase a Ram Odín, a pesar de que conocía el inevitable resultado de este acto.

Tendría que vivir con ello. Cuando Umbo y él empezaron a manipular el tiempo no conocían cómo funcionaba, así que no eran responsables de las consecuencias. Pero luego lo habían descubierto, al menos en gran medida, y ahora Rigg sabía que había cosas que no se podían deshacer, o más que bien que deshacerlas tenía también sus consecuencias, consecuencias con las que tenía que vivir.

Esta vez tuvo tiempo de sobra para despedirse de los demás.

Les explicó lo que había hecho el mascaracarne por él. Que ahora podía hacer lo

que hacían Umbo y Param.

—Pero ni se os ocurra pensar que debéis conseguir mascaracarnes para vosotros —les dijo—. Aún no sabemos lo que dirá Goteras cuando Hogaza vuelva a casa.

—¿Volver a casa? —dijo Hogaza—. ¿Con esto?

—Sí —dijo Rigg—. Debes volver a casa. Si fuese el resultado de una terrible enfermedad de la piel, Goteras no te abandonaría. Deja que lo decida ella, Hogaza. Ya sabes que es lo que querría.

Hogaza rezongó y apartó la mirada. No tenía argumentos. Sabía que Rigg estaba en lo cierto. Le encantaba repartir sus consejos de hombre duro y sabio, pero no tanto recibirlos.

—Umbo irá contigo —dijo Rigg—. Así, si las cosas no salen bien podrá ayudarte a intentarlo una y otra vez hasta que lo hagan. Y creo que debéis volver a una época anterior a tu marcha.

—Eso fue antes de que abrieses el Muro —dijo Umbo.

Como respuesta, Rigg le entregó el cuchillo enjayedo.

—Usa el vehículo volador del cercado de Lar para llegar al Muro del cercado de Ram y luego llama al del cercado de Ram para que os lleve hasta Atraje de Goteras. Ir por tierra sería peligroso. Aunque el general Ciudadano no os esté buscando, con el aspecto de Hogaza, no podéis andar por el país de Stashi sin llamar la atención.

Todos estuvieron de acuerdo, incluso Umbo, sin el menor atisbo de resentimiento. Por una vez, reconocieron que Rigg no estaba dando órdenes, sino simplemente afirmando lo obvio.

Nadie dijo lo que debía hacer Param y ella tampoco se ofreció voluntaria para ayudarlos. Si los acompañaba, podría llevarlos de regreso al futuro. Pero si se quedaba con su padre en el cercado de Lar, no podría regresar al pasado la próxima vez que llegaran los destructores.

Pasaría lo que tuviera que pasar. Umbo regresaría con Param o Param tomaría la decisión de ir con Umbo y Hogaza. Olivenko también tomaría sus propias decisiones y Rigg apostaba a que Knosso y Olivenko le pedirían a Umbo que los llevase a algún pasado remoto, donde podrían vivir sin complicaciones y sin temer la repentina destrucción del mundo.

El grupo estaba deshaciéndose. Puede que volviese a reunirse. Puede que de alguna forma en la que encajase Rigg. Ni el propio Rigg lo sabía.

Lo que sí sabía era esto: no podía vivir sabiendo que había matado a un hombre sin razón. Hogaza se lo había dicho mucho tiempo atrás. Está bien tratar de impedir un asesinato, pero matar no es el único modo de hacerlo. Rigg podía impedir que Ram Odín lo apuñalara sin tener que retroceder al pasado y apuñalarlo a él. Estaba tan convencido de que era un monstruo que nunca se había molestado en averiguar si era un ser humano, o al menos en comprobar cómo justificaba ante sí mismo sus mentiras y manipulaciones.

Pidió a Umbo que llamara al vehículo volador para él y, tras una breve despedida

y un saludo con el brazo, partió de nuevo hacia el Muro. Pero esta vez, como ya no llevaba el cuchillo, una vez que lo cruzó continuó a pie.

Y era lo que quería. Retrocedió mil años en el tiempo y viajó por los prístinos bosques del cercado de Vadesh. Si Vadesh sabía que estaba allí, que lo supiera. Vadesh era una máquina complicada, mucho más de lo que siempre le había dicho. Pero tenía razón sobre los mascaracarnes, mientras que los extintos humanos de su cercado estaban equivocados, aunque su error fuese comprensible.

La simbiosis entre el hombre y la máscara era una buena cosa. No para todos. Quizá solo para un puñado de personas capaces de sacrificar sus ojos y sus oídos a cambio de otros mejores pero más feos. Y puede que algún día Rigg lograrse acostumbrarse a su nuevo y terrible semblante y pudiera contemplar su reflejo sin sentir miedo o tristeza.

Pero de momento, cada día y cada hora que pasaba en aquel bosque, cazando algún que otro animal cuando surgía la necesidad pero viviendo con frugalidad para quitarse de encima la grasa que había acumulado en el cercado de Odín, eran para Rigg los más felices que había vivido desde la «muerte» de su padre. Sí, estaba solo, pero necesitaba estarlo. Hasta aquel momento no se había dado cuenta realmente de lo difícil y pesado que era tener en todo momento las necesidades de los demás en el corazón y en la cabeza.

«Ahora solo queda mi propia necesidad: deshacer mi crimen y ver si puedo limpiar mi alma».

Cuando estaba cerca de la astronave, comenzó a dar grandes saltos hacia el futuro, hasta llegar a la semana anterior a la muerte de Ram Odín. A partir de entonces se dejó ver. Entró en las desiertas ruinas de la ciudad para que Vadesh acudiera a buscarlo.

Vadesh no fingió alegrarse de verlo. Era un Vadesh que sabía lo que había hecho, pero no cómo terminaba todo, con la nueva llegada de los destructores para acabar con toda la vida de Jardín. Este Vadesh solo sabía que Rigg se había marchado dejándolo allí para ocuparse del cadáver de Ram Odín.

—¿De qué se trata ahora? —le preguntó Vadesh.

—Tenía razón sobre muchas cosas, pero no sobre Ram Odín —dijo Rigg.

—Te lo dije, pero te negaste a deshacer lo que habías hecho.

—He venido a deshacerlo, pero entonces no recordaré que lo había hecho, porque no será así.

Vadesh esbozó una pequeña y ladeada sonrisa, la misma que usaba su padre cuando Rigg respondía medio bien a alguien o se pasaba de listo.

—Has cruzado el Muro, Rigg. El cuaderno de bitácora de la nave recordará esa versión de la historia. Y tú también, ¿verdad?

—Así es, Vadesh. Me acordaré. Gracias por recordarme de que nunca podré olvidar lo que he hecho.

Vadesh lo llevó abajo y rehicieron el trayecto por el túnel hasta la astronave. Una

vez más, cruzaron el puente. Vadesh acompañó a Rigg al puente de mando, donde la consola seguía manchada con la sangre de Ram Odín.

—¿No lo has limpiado? —preguntó Rigg.

—No esperaba compañía —dijo Vadesh.

—Lo limpiaré yo al impedir que ocurra —dijo Rigg.

Miró los rastros, el suyo y el de Ram Odín, para asegurarse de que estaba justo en el sitio correcto antes de saltar al pasado. Pero antes se volvió hacia Vadesh.

—Podría ahorrarnos muchos problemas si simplemente me dijeras la verdad. Lo sabes, ¿no?

—Nunca te he dicho nada que no fuese verdad.

—Dime cosas que aún no me hayas dicho y necesite saber.

—¿Cómo puedo saber qué cosas necesitas saber?

—La verdad, eso es lo que necesito.

—¡La verdad! —repitió Vadesh con tono despectivo.

—¡Sí, porque existe! —dijo Rigg—. Las cosas como son, las cosas como fueron y las cosas como serán.

—Tú precisamente deberías saber que tal verdad no existe —dijo Vadesh—. Solo existen las cosas como fueron y las cosas como serán... de momento. Hasta que llegue un viajero del tiempo y las cambie.

—Este mundo será destruido.

—Sí —dijo Vadesh—, y si yo supiera por qué o cómo impedirlo, te lo diría, porque desde que lo descubrimos, no he hecho otra cosa que tratar de cambiar ese futuro. ¿Por qué crees que existen los mascaracarnes? ¿Crees que seguí criándolos incluso después de que se mataran entre sí todos los humanos? No, no tenía nada que hacer, así que me desconecté hasta que llegó el mensaje sobre los Libros del Futuro y me despertó el ordenador de la nave. Entonces desperté a Ram Odín y decidimos que debíamos crear un mascaracarne capaz de hacer todo lo que hace.

—¿Y qué es lo que hace? —preguntó Rigg.

—¿Acaso no lo has comprobado por ti mismo?

—Sé lo que hace cuando se lo pido. Pero ¿qué más cosas podría hacer si supiera que puedo pedírselas?

—No soy humano. Nunca he llevado la máscara. Sabes infinitamente más que yo sobre lo que puede hacer. Dime lo que descubras... Me encantaría saberlo.

Rigg se dio cuenta de que nunca recibiría una respuesta completa de Vadesh. Pero una cosa era segura: Vadesh sabía cosas que no le había dicho y mentía a pesar de su empeño en que estaba programado para no hacerlo.

Sin siquiera despedirse —¿para qué hacerlo de un ser que dejaría de existir en el momento en que cambiase el pasado y luego no recordaría lo que acababas de decirle?— Rigg saltó al pasado, al momento en el que Ram Odín intentaba que el Rigg anterior centrara toda su atención en la pantalla. El momento en el que empezaba a sacar su cuchillo.

—Quietos —dijo—. Los dos. No podemos permitirnos el lujo de que muera o mate ninguno de vosotros.

Ambos se volvieron hacia él, sorprendidos, detenidos por un instante. Pero transcurrido este, la mano de Ram reanudó su movimiento hacia el cuchillo y Rigg hizo ademán de sacar el arma enjorada que llevaba al cinto, así que Rigg dijo:

—No pienso dejar que ninguno de los dos cometa un asesinato hoy aquí y los dos sabéis que puedo impedirlo si quiero.

—¿Cómo? —dijo su versión anterior, el Rigg que aún no había matado a nadie—. Soy igual de poderoso que tú.

—Eres idiota —dijo Rigg—. Ram Odín no es el que controla a los destructores. Lo mataste aquí... No, yo lo maté, y aun así vinieron los destructores.

—¿Me mató? —preguntó Ram Odín.

—Llevo un mascaracarne, triste y cruel anciano. Te quité el cuchillo y luego salté media hora al pasado y te atravesé el corazón con él. En una versión del futuro, esa consola está cubierta por tu sangre. Así que olvidaos de vuestros planes los dos. Porque penséis lo que penséis, estáis equivocados. No del todo, pero sí en parte, y es hora de que trabajemos juntos para desentrañar este misterio.

El Rigg del pasado miró a Rigg y se llevó una mano a la frente... o al menos intentó hacerlo y tocó al mascaracarne que había allí.

—Los tres —dijo—. Has cambiado mi rastro. Nunca haré los saltos que has hecho. Existimos los dos.

—Los gemelos nunca son idénticos —dijo Rigg.

—¿En qué nos diferenciamos? Hasta llevamos la misma máscara —dijo el Rigg anterior.

—Somos distintos porque mis manos están manchadas con la sangre de Ram Odín.

—Ya no —dijo Ram Odín.

—Recuerdo haber hundido el cuchillo —dijo Rigg— y el triunfo que sentí por haberte vencido y por haber impedido que destruyeras el mundo.

—¡Yo creé este mundo! —dijo Ram Odín—. ¿Cómo has podido pensar que lo destruiría?

—Ya lo hiciste antes —dijo Rigg.

—Pero para eso me habían mandado. Esas eran mis órdenes. Aunque hubiera estado en hibernación, lo habrían hecho las máquinas —dijo Ram Odín.

Era una idea que nunca se le había ocurrido a Rigg.

—¿Estaban programadas originalmente para destruir toda la vida de Jardín?

—Cuando partimos, ni siquiera sabíamos si encontraríamos vida en él —dijo Ram—. Pero estábamos desesperados por encontrar un mundo en el que pudiera establecerse la raza humana. Si de verdad este mundo estaba dentro de la zona donde era factible la vida, la nave... las naves, pero en un principio solo era una, tenía que alterar sus condiciones lo antes posible, para que pudieran seguirnos otras.

—¿Y los destructores? ¿Quiénes son?

—No lo sé. Hemos rehecho el mundo. Las proteínas que se generan aquí son en su mayor parte aptas para el consumo humano y el mundo tiene espacio suficiente para recibir colonos. No los quiero aquí; nuestra civilización es más antigua que la de la Tierra, así que mi plan era convencerlos de que no vinieran. No sé por qué lo arrasaron todo. Solo sé que aún no he descubierto el modo de impedir que suceda.

—Ahora somos dos, para siempre —dijo el primer Rigg, el que no había matado.

—Yo soy el que te ha creado —dijo Rigg— al impedir que asesinaras a Ram. Así que me quedo el nombre. Escoge tú otro.

—No, escoge tú.

—Yo me lo he pedido primero —dijo Rigg acordándose de sus juegos y peleas infantiles.

El otro Rigg sonrió.

—Lo sé —dijo—. Yo me llamaré Kyokay. Porque por mucho que te guste presumir, Ram Odín no es el primero que ha muerto bajo mi mano.

—Yo no maté a Kyokay —dijo Rigg.

—No conseguí salvarlo. Pero ahora tengo un mascaracarne. Ahora creo que podría hacerlo.

—¿Y deshacer todo lo que nos ha sucedido hasta ahora? —preguntó Rigg.

—No, tonto. ¿No te das cuenta de lo idiota que eres?

—Cuanto más hablas, más claro está —dijo Rigg.

—Lo salvaré cuando esté todo solucionado. Me lo llevaré al futuro. Se lo devolveré a su hermano. Pero claro, no puedo coger su nombre... estará vivo y querrá usarlo. Me quedo con el de Noxon, por Nox, la mujer que yo creía que era mi madre, a la que mi padre le confió las piedras preciosas.

—Ponte el nombre que quieras y haz lo que creas que debes hacer —dijo Rigg—. Si impedimos todas las muertes, el mundo no tardará en llenarse y entonces, ¿qué habremos conseguido? Kyokay habría acabado matándose igual, como se mató aquel día por accidente. No es nuestra responsabilidad.

—Lo es —dijo Rigg Noxon—. Y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué es lo que he creado? —dijo Ram Odín mientras los miraba de hito en hito.

—Nada —dijo Rigg—. Somos quienes somos y no somos obra tuya, aunque llevemos tu sangre y hayas intervenido en algún momento en nuestra creación.

—Seamos lo que seamos —dijo Rigg Noxon—, nos hemos creado nosotros mismos con nuestras propias decisiones, con nuestra forma de responder a los desafíos que se han presentado. Como tú. No somos máquinas.

—Pero yo sí —dijo Vadesh, que se encontraba junto a la puerta. Los miró a todos ellos, uno a uno, y se echó a reír—. Dos por el precio de uno. Debéis ser más cuidadosos con lo que hacéis, Rigg A y Rigg B. U os quedaréis sin almas para poblar los cuerpos que creáis por accidente.

—Cierra el pico, Vadesh —dijo Ram Odín.

Vadesh guardó silencio.

«Las máquinas obedecen a Ram Odín. Pero también a mí», pensó Rigg.

Y entonces, como los dos Rigg eran, de hecho, Rigg, demostraron que, al menos en este caso, seguían pensando igual, porque ambos sacaron la bolsa con las piedras preciosas. Los dos juegos que había ahora. Y Rigg Noxon aún tenía el cuchillo, el que Rigg le había entregado a Umbo en la playa del cercado de Lar.

—¿Veis? —dijo Vadesh—. El mundo se os está quedando pequeño.